3 1761 08158690 1

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

HCIA E

AÑO 20. NÚM. 229.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

462679

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 20
no.229-31

11.587

EVOLUCIÓN SOCIAL CONTEMPORÁNEA

I

El sentimiento al que abrió paso la revolución francesa, y que dominó en la primera mitad del siglo XIX, fué de odio á la reglamentación y de amor á la libertad. Reducir el Estado, omnipotente antes, á la mera función de mantener el orden, y dejar al individuo, antes siervo, absolutamente libre para lanzarse sin trabas, en concurrencia irrefrenada, á la prosecución de su bienestar, tal fué el ideal social de entonces. La sociedad entró en plena fase individualista, que tuvo un anverso seductor: lo económico. Los inventos se multiplicaron; la producción creció en proporciones colosales, y el nivel del bienestar subió con rapidez. Mas no tardó en aparecer el reverso. La división del trabajo dió origen á una nueva clase social: el obrero, sujeto á salario incierto y obligado á menudo á emigrar. Toda la ganancia fué para los empresarios, que amontonaron en breve estupendas fortunas y las ostentaron en deslumbradores lujos; todas las penalidades para los obreros, condenados á la privación en lo presente y á la miseria mañana, en la enfermedad y la vejez. Pudieron los nuevos Cresos haberse mostrado generosos con los que les enriquecían; lejos de esto, abusaron de ellos imponiéndoles trabajos superiores á sus fuerzas, especialmente á las mujeres y los niños. Estas crueldades despertaron para con los débiles una corriente de simpatía, que obligó á los Gobiernos á intervenir dictando leyes protectoras, al tiempo

que la creciente diferenciación de fortunas y la igualdad política que se iba implantando en los Estados suscitaron el deseo de la igualdad económica. Estos sentimientos de humanidad y de justicia se condensaron en el socialismo, por cuya virtud la sociedad empezó á modificarse, especialmente desde el año 1870.

Esta transformación no es sólo económica; es también científica, artística, moral, jurídica y religiosa. Cambia lo económico, porque cambian lo ético y lo jurídico, los cuales mudan al tenor que lo científico y lo artístico. Se camina hacia una nueva organización social, hacia una nueva forma de vida, y se camina al empuje de dos fuerzas: espontánea la una, constituída por los múltiples deseos que á diario suscitan las nuevas adaptaciones de los individuos al medio físico y social, y la otra reflexiva, que ejerce el Estado por imposición de las nuevas ideas y principios que aquellos deseos despiertan en la conciencia colectiva. La fuerza espontánea se expresa, de un lado, en la concentración del capital en las sociedades por acciones, los carteles y los *trusts;* de otro, en la asociación del trabajo, para defenderse contra el capital, en las sociedades cooperativas y sus federaciones, en las uniones profesionales de patronos y asalariados, y en las sociedades y federaciones obreras. La fuerza reflexiva se manifiesta en la legislación obrera, tan importante ya en muchos Estados de Europa y de América. Una y otra fuerza conspiran al mismo fin: reorganizar la sociedad, constituirla en colectividades caracterizadas por el respeto á la autonomía del individuo y por la subordinación de éste á los intereses del todo. No se vuelve al antiguo colectivismo, en el que el individuo apenas existía; se camina hacia una organización más compleja, hacia la combinación del individualismo con el colectivismo sobre la base de la justicia. En esta marcha, la fuerza espontánea precede á la reflexiva, la cual obra conforme á las interpretaciones que en forma de ideas y principios le sugieren los progresos realizados por aquélla. Estas interpretaciones pueden ser verdaderas ó falsas: en

el primer caso, la fuerza reflexiva se suma á la espontánea, y juntas ambas imprimen á la sociedad un movimiento firme, seguro, gradual; en el segundo, la fuerza reflexiva, contrariando la acción de la espontánea, provoca perturbaciones, conflictos, luchas, que pueden llegar al extremo de poner en peligro la vida de la sociedad. De aquí la necesidad de examinar en cada momento de la evolución las nuevas ideas que van penetrando en la conciencia social, por ministerio de los varones ilustres, y que tratan de imponerse al Estado, á fin de que el concurso de la razón en la evolución de la sociedad sea favorable y no adverso.

II

De los principios que han entrado en la conciencia social desde que empezó la actual evolución económica, unos, como el derecho al trabajo, son normas meramente morales; otros, como el derecho á la vida, han trascendido á la esfera del derecho. Prescindiendo de esta diferencia, analizaremos los principales por el orden de su importancia, empezando por la igualdad económica, supremo ideal que se cierne allá á lo lejos, como último término de la evolución contemporánea.

La igualdad política es absoluta, mecánica, tendiendo un velo sobre todas las particularidades individuales. Jóvenes ó ancianos, sabios ó ignorantes, virtuosos ó viciosos, todos valen lo mismo: un voto. Ante la urna electoral desaparecen todas las diferencias personales; la igualdad es completa, numérica. ¿Ocurre lo propio con la igualdad económica? No. La igualdad económica no es numérica, es proporcional. Así la definió ya Aristóteles, y así la han entendido después todos los pensadores. Lo contrario sería caer en la servidumbre universal; más aún, suprimir al individuo. «El mayor grado que se puede concebir de igualdad, el comunismo, dice Treischke, es el grado mayor de servidumbre, porque supone la represión de todas las inclinaciones naturales.» ¿En qué consiste la proporciona-

lidad? ¿Consiste en dar á cada uno lo suyo, en el *suum quique* del derecho romano? No. Esta fórmula es individualista, análoga á la moderna del «dejar hacer»; porque deja en pie todos los privilegios tradicionales. La proporcionalidad la expresa exactamente Zeller, comentando el pasaje de Aristóteles, en las palabras: «Lo que A recibe en honores y riqueza es á lo que recibe B, como el mérito de A es al mérito de B». Consiste la proporcionalidad, por tanto, en distribuir á cada uno del haber social la parte que económicamente le corresponde, en virtud de sus disposiciones, aptitudes y obras. Si cada individuo, por razón de su capacidad y aplicación, contribuye en proporción distinta al aumento del patrimonio social, justo es que reciba de este haber parte diferente. Así entendida, la igualdad económica se confunde con la justicia; conserva al individuo su plena autonomía, y concierta sus intereses con los de la sociedad, debiendo ser por todos amada y deseada. Su reinado dista aún mucho de nosotros; pero hacia él caminamos sensiblemente, según es de ver en los progresos que la simpatía y el sentimiento de justicia realizan en las conciencias individuales.

Uno de los más preciados frutos del desarrollo de estos sentimientos es el llamado *derecho á la vida*, que se ha confundido con el derecho á la existencia, el derecho al trabajo y el derecho al producto íntegro del trabajo. No hay tal. El derecho á la vida únicamente lo poseen los que carecen del poder de vivir, de proporcionarse por sí los medios de mantener su vida, como menores, enfermos é inválidos, y consiste en que se los respete y se los ampare. De aquí dos órdenes de deberes para con ellos: de carácter negativo unos, como no inferirles daño ni atentar á su vida, y otros de carácter positivo, á saber: ayudarles á desarrollarla y conservarla. Los deberes negativos han entrado de lleno en la esfera del derecho, que declara delito el homicidio de los ancianos padres y de los enfermos, autorizado y hasta obligatorio en pueblos no civilizados, y el aborto y el infanticidio, que practicaron como lícitos grie-

gos y romanos. Los deberes positivos consisten, respecto de los menores, en mantenerlos y educarlos; respecto de los enfermos é inválidos, en asistirlos. Estos deberes, cumplidos antes exclusivamente por la iniciativa privada, los va reconociendo como suyos el Estado, el cual prohibe á los padres maltratar ó abandonar á sus hijos, funda establecimientos para los niños abandonados, declara obligatoria la primera enseñanza y se encarga de costear y dirigir los establecimientos fundados por la beneficencia privada.

De estos deberes contenidos en el *derecho á la vida* ofrece especial interés el de la educación, privilegio hoy de los hijos de familias acomodadas, y de cuyos beneficios deben participar todos por igual. Todo menor tiene derecho á ser educado hasta la edad en que se manifiesten sus especiales aptitudes, y dedicado luego á la profesión, arte ú oficio al que le lleve su vocación. El día en que este derecho se cumpla deberá señalarse con letras de oro en los fastos humanos. Entonces se habrá asegurado al individuo el contento de la vida, que se obtiene cuando se trabaja con amor, y á la sociedad el colmo del bienestar, ya porque el trabajo del individuo alcanza su mayor eficacia cuando se ejerce en armonía con sus disposiciones, ya porque la sociedad aprovechará los talentos que hoy por falta de cultivo se pierden en los campos, al paso que se economizará las valiosas energías que hoy consume en educar á ineptos. Por desgracia, la realización de este ideal dista todavía mucho de nosotros, hasta en los Estados más adelantados.

El derecho á la vida, aplicado á los adultos válidos, se llama *derecho al trabajo*, que ya proclamó el economista Turgot, trataron de llevar á la práctica los socialistas franceses de 1848 creando los talleres nacionales, ha consignado en el título 19 el Código prusiano de 1894, y es hoy universalmente reconocido. ¿Cómo no? Negar al adulto el derecho al trabajo vale tanto como condenarle á perecer de hambre. E importa notar que, en este punto, se armonizan el interés del individuo y el de la sociedad; porque no recibiendo el individuo el producto íntegro

gro de su trabajo, la sociedad que se lo proporciona se beneficia con el resto. Mas ¿cómo proporcionárselo? Sencillamente, organizándolo, lo que nadie puede hacer más que los Estados; creando *Direcciones nacionales del trabajo*, las cuales, asesoradas por Juntas locales y provistas de buenas estadísticas, lleven á los obreros de donde sobren y huelguen adonde escaseen y se necesiten; y una *Dirección internacional del trabajo*, que, con el concurso de las nacionales, regule y dirija la emigración. Con ello se economizarán el tiempo, dinero, salud y fuerza de trabajo que hoy hace perder la anarquía reinante. Y empleamos la palabra trabajo en su sentido más lato, aplicándola no sólo á los obreros industriales, mas también á los agrícolas y á los intelectuales. Precisamente estos últimos son los más dignos de lástima, por sentir más profundamente que los otros las privaciones físicas y los dolores morales. Mas esta organización del trabajo no ha salido aún del estado de mera aspiración, que al siglo xx corresponde realizar. Lo hecho hasta aquí se reduce á bien poca cosa: tentativas poco afortunadas de algunos cantones suizos y lo obtenido por las *Trades-Unions* inglesas respecto á los obreros calificados.

Al derecho al trabajo corresponde el deber de trabajar, el cual comprende á todos, pobres ó ricos, en la medida de las fuerzas de cada uno. «Quien no trabaja no debe comer», dice el Nuevo Testamento. Mas ¿cómo obligar á trabajar á los que no lo han menester, á los que viven de sus rentas? Parte, por el creciente influjo de la moral social; parte, por la presión del Estado. El influjo de la moral basta ya hoy con las personas de educación esmerada, de las que hay pocas que no trabajen; y en cuanto á los *beati posidentes*, sordos al dictado del deber, incumbe al Estado imponerles una contribución, el tributo del trabajo, cuyo importe se ha de calcular teniendo en cuenta no sólo el beneficio de que privan al patrimonio nacional con su ociosidad, mas también el daño que infieren á la moral pública con los vicios á que por pasatiempo se entregan.

III

El deber de trabajar tiene su límite, el cual se fija en razón del tiempo. Tocamos á la famosa cuestión de la jornada. ¿Qué horas se ha de trabajar? En general, no puede decirse. La duración del trabajo depende de varias circunstancias: de su intensidad, la cual varía en razón de las profesiones; de su naturaleza, que puede ser desagradable, peligrosa ó nociva á la salud; de las estaciones, del clima y hasta de la raza. Dos horas de trabajo en minas ó en una fragua equivalen cuando menos á ocho en el campo; el trabajo en los climas cálidos agobia más que en los templados, en verano más que en otoño, y sabido es que los chinos lo soportan mejor que los blancos. No digamos de su naturaleza. Imponer las mismas horas de trabajo al pocero, que pena, que al mancebo de comercio, que se entretiene, sería una crueldad. En razón de estas circunstancias, la jornada normal del trabajo debe variar según los climas, las épocas del año y las profesiones. Fijar la misma jornada normal de trabajo para todos los países y todos los oficios, cual pretende la democracia socialista universal, es una abstracción. El gran error de Ricardo y de Marx, autores de la jornada internacional, consistió en no advertir que el tiempo no mide la calidad del trabajo. En conclusión, no hay una jornada normal de trabajo; hay jornadas normales de trabajo.

¿Cómo fijarlas? A la luz de los principios de la fisiología y de la higiene social, y conforme á la ley de que la duración del trabajo es inversamente proporcional á su intensidad. El problema es arduo, pero se irá resolviendo. Ya Mosso ha inventado el ergógrafo para medir la fuerza del trabajo humano (1), y el profesor ruso Setschenow ha logrado sentar criterios fisiológicos para determinar la duración del trabajo. Hay que evitar á todo trance el cansancio. Un esfuerzo excesivo,

(1) Mosso: *La Fatigue*, trad. fr., 1894.

ya del sistema muscular, ya del sistema nervioso, desarrolla en la sangre elementos de descomposición, los cuales producen la fatiga cuando se acumulan en cantidad excesiva; la enfermedad, cuando traspasan el límite fisiológico. La sangre de un animal fatigado está envenenada, y así, inoculada á otro animal, provoca en éste los fenómenos característicos de la fatiga. Por tanto, ningún obrero debe gastar más fuerza de la que pueda reemplazar. Aplicando estas y otras enseñanzas en el grado y medida que requiera el conjunto de condiciones sociales y físicas, se irá fijando en cada profesión la jornada máxima de trabajo, que será en todas inferior á la actual, sin que por esto disminuya la producción, á causa de ganar el trabajo en intensidad lo que perderá en duración. «Jornada corta y salario alto, dice Bonn (1), producen en una industria organizada según la técnica moderna más productos, y éstos de mejor calidad, que jornada larga y salario bajo.» De esto se hallan convencidos ya, por una porción de ejemplos, los grandes industriales. Por otra parte, los inventos técnicos, tendiendo á producir la misma cosa en menos tiempo, harán que la humanidad se provea con menos trabajo de la suma total de valores de que necesita.

La diminución de la jornada favorecerá los intereses de la civilización, permitiendo al individuo educarse y ennoblecerse. Una jornada de doce á catorce horas embrutece, mata en el alma todos los gérmenes de nobles aspiraciones, al paso que una jornada racionalmente abreviada deja al obrero tiempo y fuerzas para ejercitar la inteligencia, educar el sentimiento estético y hasta realizar en su ramo inventos técnicos. La educación del obrero es uno de los problemas más vitales del presente estado social. La enorme distancia que separa todavía en las actuales sociedades á las clases altas de las bajas en punto á cultura, es la fuente de donde derivan las perturba-

(1) En Stein: *La question sociale au point de vue philosophique*, página 334.

ciones que sufre aún de vez en cuando el progreso en las sociedades del occidente de Europa y de América. Con haber derribado tantos privilegios y monopolios, mantenemos aún el privilegio de la educación y el monopolio de los goces del espíritu. Urge hacer al obrero partícipe de estos bienes superiores, ya mediante cursos obligatorios de adultos ó escuelas completas hasta los diez y ocho años, ya mediante academias libres y universidades populares. Así obtendremos un tipo de hombre medio más elevado; las sociedades serán más homogéneas y orgánicas, más segura y agradable la vida, más regular y pacífico el progreso.

IV

Llegamos á la cuestión del salario, cuya abolición es la reivindicación fundamental del marxismo. Puro fantasear. No diré yo que no pueda suceder esto en un futuro muy lejano; mas no se descubre al presente, en las sociedades más adelantadas, ningún indicio que autorice semejante predicción. Lejos de esto, el sistema del salario se extiende á nuestra vista, al paso que el capital se concentra, que la cooperación progresa, que se desarrollan el socialismo del Estado y el municipal, y no cabe duda que llegaría á ser universal el día en que se estableciera íntegro el socialismo del Estado. De otro lado, vemos que las instituciones llamadas á limitarlo ó templarlo, como las cooperativas de producción y la participación en los beneficios, han defraudado las esperanzas que habían hecho concebir. Tampoco es cierto que el salario, como remuneración del trabajo, sea humillante y odioso, cual pretenden algunos. Igualmente que el obrero, de salario viven los directores técnicos de las fábricas, de salario los médicos y los abogados, de salario todos los funcionarios, desde el escribiente hasta el jefe del Estado. La diferencia de nombre—sueldo, paga ú honorarios—no implica diferencia en la cosa. Lo que hay de deprimente en el salario es su deficiencia y su inseguridad

ridad. No ha mucho, cuando nuestros partidos políticos tenían la costumbre de renovar el personal administrativo al subir al poder, el funcionario, más tiempo cesante que empleado, era objeto de desconsideración y hasta de menosprecio, y todos recordamos que nuestro maestro de escuela ha sido llevado y traído como símbolo de hambre antes que el Estado se encargase de pagarle los haberes. Hoy, maestro y funcionario gozan de consideración, por habérseles mejorado el sueldo y asegurado su posición. Esto mismo acontecerá con el obrero el día en que se le eleve razonablemente el salario, se le dote de independencia y se le asegure el porvenir.

Respecto del porvenir, se ha andado mucho camino en poco tiempo, habiéndose instituído, en las naciones del occidente de Europa y de América, la seguridad contra los accidentes del trabajo, y en algunas de ellas, el seguro obligatorio contra la enfermedad, la invalidez y la vejez. Esta obra se ampliará y perfeccionará en lo futuro; mas lo principal está ya hecho. Queda el paro, voluntario ó forzoso. El voluntario, que es menester respetar como única arma de que dispone el obrero para defenderse del abuso ó conquistar un nuevo derecho, es de cada día más raro y va perdiendo los caracteres de ferocidad que antes revestía, lo que infunde la esperanza de que desaparecerá el día en que patronos y obreros, persuadidos de que sus intereses son comunes, asienten sus relaciones sobre la base de la justicia y del mutuo auxilio. El paro forzoso, impuesto por el exceso de producción ó la pérdida del mercado, se combatirá con las *direcciones nacionales* é *internacionales* del trabajo, de que hemos hablado antes.

El obrero adquirirá la independencia mediante el contrato colectivo del trabajo y fijando con precisión los términos de éste. Entonces, no pudiendo ser despedido mientras cumpla las obligaciones convenidas, dejará de ser un servidor á merced de quien le paga, transformándose en una persona independiente, que ha vendido una cantidad de trabajo bien determinado. La misma independencia de que hoy disfruta el arte-

sano, de la misma gozará entonces el obrero. Por esto los obreros, con su certero instinto, protestan, al extremo de declararse en huelga, cada vez que uno de ellos es despedido, sin pararse á considerar, las más de las veces, si lo ha sido con razón. En este punto se equivocan y se perjudican; porque nadie más interesado que ellos mismos en echar de su seno al compañero que los deshonra, no prestando el trabajo en las condiciones convenidas ó faltando á los respetos que toda persona debe guardar á sí misma y á sus semejantes.

Respecto á la elevación del salario, se han realizado innovaciones notables desde mediados del siglo XIX, gracias á la organización obrera y á los perfeccionamientos de la técnica, que ha aumentado la productividad del trabajo; y este movimiento continuará en lo porvenir, acelerado más que retardado, por el progreso cada vez más rápido de la ciencia, la difusión de los conocimientos técnicos y una organización más perfecta de las Asociaciones obreras. Por estos pasos se llegará á fijar un *mínimo de existencia*, cual piden ya las *Trades Unions* inglesas, entendiendo por tal no un salario mezquino, el sucintamente preciso para no morir, sino un salario que proporcione al obrero un nivel de vida adecuado á la índole de su profesión. Dicho se está que este mínimo de existencia variará, de la misma suerte que la jornada normal de trabajo, no solamente en razón de las profesiones, mas también según el clima, el grado de civilización y la riqueza nacional, pudiendo darse el caso de que sea un máximo para el habitante de la Turquía Asiática lo que es un mínimo para el obrero de París. Pero ¿qué adelantará con esto el obrero—podrá objetarse—si la vida se encarece en la misma proporción que se eleva el salario? Esto no es exacto, ni teórica ni prácticamente. En teoría, el salario no es más que uno de los elementos constitutivos del precio, y su elevación, quedando invariables los otros elementos, aumentará el precio, pero no en la misma proporción. Supongamos que un precio de seis pesetas se descompone en dos pesetas para el obrero y cuatro para los restantes

elementos: si se duplica el salario, elevándolo á cuatro pesetas, el precio subirá, pero no se doblará; será de ocho pesetas, no de doce. Mas en la práctica, ni siquiera esta subida ocurrirá, porque el precio de los elementos, que en teoría hemos supuesto invariables, desciende constantemente al tenor que aumenta la productividad del trabajo; y así se da el caso de que, de treinta años acá, apenas se ha encarecido la vida en las sociedades bien administradas, á pesar del alza general de los salarios. Ha subido el alquiler en las grandes ciudades; ha subido en algunas el precio de la carne, de la leche y de algún otro producto; pero la mayor parte de los artículos de consumo popular y las manufacturas ordinarias se han abaratado desde 1870, y seguirán abaratándose en adelante (1).

A un mínimo de existencia abajo, corresponde arriba un máximo de existencia. Este pensamiento dista mucho de ser nuevo. En la clasificación que de los atenienses y de los romanos hicieron Solon y Servio Tulio, respectivamente, en razón de la fortuna, se eximió á la clase pobre de obligaciones, las cuales se repartieron entre las restantes en proporción á su capital ó á su renta, gravándose de la inferior á la superior. Teóricamente, un máximo de riqueza trata también de fijar Aristóteles, al decir en su *Política* que la formación del capital no tiene sentido ni fin sino en tanto que posee la propiedad de satisfacer las necesidades del individuo. Esta concepción individualista y estrecha podían sugerirla las antiguas sociedades, de escaso desarrollo económico y que vivían sobre la esclavitud; mas no es aplicable á las actuales naciones, que se afanan en aumentar la producción para que todos los hombres puedan gozar de los mismos bienes materiales y morales. En nuestros días, Harrington y Schroeder han fijado en cifras el máximo de existencia, sin reparar en que este máximo, caso de poder

(1) Si en algunos países se han encarecido muchos artículos de consumo popular, no ha sido por el alza de los salarios, sino por la mala administración.

fijarse, variaría, de igual suerte que el mínimo, según las condiciones climatéricas, la cuantía de la fortuna pública y el grado de civilización. Pero es el caso que no se puede fijar un máximo de existencia; porque limitaría la producción, matando en los que lo alcanzaran el interés por acrecentar su fortuna. El hombre deja de trabajar cuando no ha de sacar del trabajo provecho para sí. Por esto el egoísmo, ó sea el afán del individuo por adquirir, que el individualismo ha colocado en primer término, subsistirá siempre, por ser el gran factor del progreso de la producción, y ésta la condición principal del bienestar. Lo que se pide es que el interés individual se subordine al colectivo, ó sea que no se enriquezca el individuo á costa de sus semejantes, sino para el bien de sus semejantes, lo que realiza cuando crea riqueza y la reparte entre los que le ayudan á crearla en la proporción que demandan la justicia y el ethos moral. Conviene, pues, dejar la puerta abierta al egoísmo, para que el individuo se aplique siempre á aumentar su fortuna, por grande que sea la que ya posee, á fin de que nunca deje de trabajar, de ingeniarse, de esforzarse. No olvidemos que la riqueza social únicamente se alimenta de la que cada individuo crea, y que el perfeccionamiento del individuo es la raíz del progreso social. Mas si no debe fijarse un máximo de fortuna, es evidente que la opulencia debe contribuir á sostener las cargas del Estado en mayor proporción que la medianía, y ésta en mayor que la pobreza, lo que se consigue con el impuesto progresional, que algunas naciones, como Suiza é Inglaterra, han aplicado al capital y á la renta, y todas á las herencias.

Respecto del capital y de la renta, el impuesto progresional se funda sobre la justicia. No es justo, en efecto, que tributen en la misma proporción el rico, á quien le sobra de lo superfluo, y el pobre, que sólo tiene lo sucinto para poder vivir; porque el primero no sacrifica ninguno de sus gustos, al paso que el segundo deja de satisfacer cumplidamente sus necesidades más urgentes. Por tanto, eximir de tributo al pobre

y aumentar la proporción de aquél á medida que se ascienda de una fracción á otra de fortuna, he aquí las bases del impuesto progresional. Mas este impuesto tiende al mismo tiempo á fijar un máximo de existencia; basta al efecto con adoptar en la progresión una razón elevada; entonces se llega á un término en que la renta de lo que el individuo adquiere es íntegra para el Estado. Por esto conviene, en la aplicación de este impuesto, atenerse á una escala moderada, á fin de que, por grande que sea una fortuna, no se despoje á su poseedor del interés por aumentarla.

No se corre este peligro con la herencia, á causa de lo que se ha relajado en la edad contemporánea la constitución de la antigua familia, que era su fundamento. El vasto sistema de parentesco del derecho romano y el antiguo concepto de la familia germánica se han roto, han desaparecido, y debe desaparecer también el derecho de herencia, fundado sobre aquellas instituciones y que aun se mantiene en nuestros códigos. Con razón Lasalle (1) y Sybel declaran anticuado semejante derecho de herencia. Efecto de la desvinculación y del tránsito de la pequeña á la grande industria, del trabajo doméstico al trabajo en fábrica, de las pequeñas á las grandes distancias, el vínculo de la familia se ha reducido á un círculo muy limitado, no va en general más allá del tercer grado de parentesco; y siendo esto así, ¿cómo conservar el derecho de herencia á parientes del décimo grado, que fueron en vida y en muerte tan extraños al difunto como cualesquiera otros de sus semejantes? Suprimir por esto el derecho de herencia, como pide Rühlf, sería un atentado; reducirlo exclusivamente á los hijos, como proponen Buchner y Falcice, injusto; lo que procede es ponerlo en armonía con la actual constitución de la familia, extendiéndolo hasta donde se extiende el sentimiento familiar, cuyo límite puede fijarse en el cuarto grado de parentesco colateral. Como más allá de este grado ya no existe

(1) Lasalle: *System der enwol.* Rechte, I, 264.

sentimiento de familia, tampoco debe haber derecho hereditario, lo que autoriza á elevar cuanto se quiera el impuesto progresional para los parientes lejanos. Hoy se limita, en general, al 10 por 100; ¿por qué no elevarlo al 80 ó al 90? Como no tienen ningún derecho, es un dón lo que se les deja. Así, el impuesto progresional, que debe contenerse dentro de ciertos límites tratándose del capital y de la renta, para no disminuir la producción, puede elevarse discrecionalmente respecto de los grados remotos de parentesco.

Llegamos al derecho de propiedad, que la imaginación de todas las generaciones se ha representado como una categoría jurídica inmutable, sin embargo de estar siempre cambiando al compás de la evolución social (1). Al través de las nieblas que velan la constitución de las primitivas sociedades históricas, vislumbramos en todas que la propiedad empezó siendo colectiva y soberana, y que, en el transcurso del tiempo, lo público se fué diferenciando de lo privado, al paso que el colectivismo se limitaba á círculos cada vez más estrechos, hasta finar en la propiedad privada é individual. En Atenas, la propiedad fué gentilicia después de Codro, familiar en tiempo de Solón, individual desde Pericles, como fué gentilicia en Roma desde Servio Tulio, familiar en tiempo de las Doce Tablas, individual durante el Imperio; y tanto en una como en otra ciudad, si nos remontamos á los orígenes, fué la propiedad, además de colectiva, soberana. Soberana y colectiva fué también la propiedad durante nuestro régimen feudal, en manos del señor, del obispo, del abad, del cabildo ó del concejo; empezó á diferenciarse lo público de lo privado al sobreponerse el poder real al señorial, al tiempo que lo colectivo se fué limitando al círculo de la familia, y siguió evolucionando en ambas direcciones durante las monarquías absolutas, hasta la Revolución francesa, que por la desvinculación y la desamortización acabó con todo lo corporativo, no dejando en pie más que la propiedad

(1) Stein: *La question sociale...*, pág. 234 y sigs.

individual, conforme al concepto del derecho romano. Esta forma de propiedad es la que hoy sigue imperando.

¿Es esta forma de propiedad definitiva? Lo fué para Grecia y Roma, que sucumbieron en esta situación; no lo será para las actuales naciones, que han empezado á reaccionar contra ella, no para suprimirla volviendo al antiguo colectivismo, sino para concertar el derecho del individuo con el derecho social. Realmente, toda la evolución de las antiguas sociedades, hasta que perecieron, y de las actuales civilizadas, hasta nuestro estado presente, ha tenido por único objeto formar un individuo consciente y libre, señor de su pensamiento y rector de su actividad, y este hombre nuevo, término de una evolución millenaria, es al mismo tiempo punto de partida de una evolución nueva y más compleja, que se realizará en los siglos venideros. Como el individuo necesita para seguir desenvolviéndose hacer suyas las cosas que crea con su actividad ó adquiere mediante el cambio, la propiedad privada, así mueble como inmueble, es imperecedera; mas no en el sentido absoluto con que hoy se la entiende y practica, lo que determinaría la disolución de la sociedad, sino con las limitaciones que demanda el interés social. He aquí la causa de esa corriente de colectivismo en que, de treinta años acá, han entrado nuestras sociedades, y que se manifiesta: arriba, en los príncipes del oro, por los sindicatos, los carteles y los *trusts;* en medio, en la clase media capitalista, por los Bancos agrícolas, las cooperativas de producción, de explotación ó de crédito, las sociedades de préstamo y otras; abajo, en la clase obrera, por las cajas de socorro, las cooperativas de consumo y las asociaciones obreras profesionales. Por todas partes va envolviéndonos el colectivismo. Hacia él camina también el Estado moderno, supuesto muro del capitalismo individualista. En Francia y Austria, el Estado ejerce el monopolio del tabaco; en España, el del tabaco, el de las cerillas y, en breve, el del azúcar; en Suiza ha obtenido el de las destilerías y se dispone á establecer el de las cerillas; en Prusia explota las vías férreas y ha emitido un

empréstito para comprar en masa la propiedad rústica de los polacos, agobiada de deudas (primer paso hacia la nacionalización del suelo); en Nueva Zelandia se ha autorizado al Gobierno para poner coto á los latifundios, expropiando las fincas de más de 400 hectáreas de tierra cultivable, de más de 800 de la destinada mitad al cultivo y mitad á pasto, de más de 2.000 de la destinada á pasto, y en todas partes se pide ya, y no se tardará en establecer, la expropiación por causa de negligencia en el cultivo. Este rápido desarrollo de la propiedad colectiva, sin suprimirse la individual, y esta extensión de las funciones económicas del Estado, dicen bien á las claras que estamos caminando hacia una forma sintética de la propiedad, hacia la combinación de la privada y de la colectiva, al objeto de sustituir, á esta insensata acumulación de riqueza arriba y á este envilecedor pauperismo de abajo, un reparto equitativo de la producción, sobre la base de la diversa eficacia de las fuerzas que contribuyen á ella: la inteligencia, el trabajo y el capital.

M. Sales Ferré

LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

Preliminares del reconocimiento.

I

LA MEDIACIÓN INGLESA

Las fiestas con que la América española se apresta á celebrar el primer centenario de su independencia no pueden ser ya motivo de disgusto, ni de recelo, ni siquiera de alejamiento entre las Repúblicas hispano-americanas y la antigua Metrópoli. Ni en el pensamiento ni en la voluntad de aquéllas existe el menor asomo de animosidad contra la Madre Patria, y España, como el padre asiste, lleno el corazón de benevolencia y de amor, á las fiestas con que conmemora el hijo la emancipación que en beneficio de éste resistió aquél, puede y debe tomar parte en actos y en ceremonias que, en definitiva, han de significar la glorificación de la maravillosa obra civilizadora realizada por la raza española á costa de tan heroicos esfuerzos y de tan inmensos sacrificios, que cabe decir que en dar existencia á los Estados americanos y prepararlos para vivir en la sociedad de las naciones gastó España su energía, su sangre, hasta su propia vida.

Desde la emancipación de América han pasado cien años; pero desde la definitiva reconciliación de las jóvenes Repúblicas con España han transcurrido muchos menos. Ha bastado, sin embargo, este último plazo, con ser tan breve, para que

haya cambiado esencialmente la opinión americana respecto de la obra realizada por los conquistadores y por los gobernantes españoles. Bien es verdad que de igual modo ha cambiado el juicio de todos los pueblos civilizados. Pero aunque se han desvanecido muchos prejuicios y aunque se han rectificado no pocos errores, aun subsisten algunos de éstos, y subsisten principalmente entre nosotros, porque como hemos aprendido la Historia patria en las obras de los extraños y no hemos cuidado de rehacerla, repetimos todas las invenciones que por error ó por malicia se han escrito en nuestro daño.

Conveniente es, por tanto, que al asistir á las fiestas de la independencia, y para que la glorificación de España no resulte empañada por la injusticia de los adversarios de esta raza española que ha completado, por decirlo así, la obra de la creación, sembrando los mares de pueblos herederos de su genio y copartícipes de sus glorias, procuremos destruir los errores con que aun se pretende manchar su insigne historia.

Entre esos errores, uno de los más comunes es el de acusar á España de haber resistido tenazmente el reconocimiento de la independencia; y si bien puede decirse que, aun siendo esto verdad, España no habría hecho cosa alguna distinta de lo que hicieron en análogas circunstancias otros pueblos, es lo cierto que ese aserto no puede admitirse de plano, porque el estudio de la actitud de los elementos directores de la sociedad española desde que se inició la insurrección hasta que se celebró el primer Tratado de reconocimiento, no sólo modifica el juicio comúnmente aceptado por los historiadores, sino que hace pensar que si hay algo tal vez censurable en todo el proceso del problema americano, algo que cuando menos sorprende, es la facilidad con que la opinión admitió la idea de la independencia de las antiguas colonias.

La prueba de la exactitud de este aserto es bien fácil.

No interesa al objeto de estas páginas el examen de las causas que produjeron la insurrección, pero sí conviene hacer constar tres hechos cuya exactitud no puede ser discutida:

1.°, que desde el reinado de Carlos III, existían en la América española gérmenes de rebeldía; 2.°, que no obstante esto, cuando en 1808 la Península dió el grito de independencia, las provincias americanas lo secundaron con entusiasmo, y se apresuraron á ayudar, y ayudaron poderosamente, con sus cuantiosos donativos, á sostener la guerra contra Napoleón; y 3.°, que fueron los extranjeros, principalmente los franceses, los norteamericanos y los brasileños, los que prepararon la insurrección, fomentando las conspiraciones, favoreciendo á los rebeldes y dificultando el empleo de los medios, escasos en aquellas circunstancias, de que podía disponer España para impedir la emancipación (1).

Si esto último se atreviese á negarlo alguien, no habría, para convencerle de su error, más que mostrarle la correspondencia de los agentes diplomáticos y consulares de España en los Estados Unidos, porque toda ella, con ser muy voluminosa, aparece desde 1808 llena de avisos y de denuncias de los manejos á que se entregaban franceses é ingleses, sobre todo los primeros, en el territorio de la Unión, para separar á América de la obediencia de España (2). Por esto pudo decir Llorente, historiador contemporáneo de los sucesos, que «América se ha perdido contra la voluntad de la misma América» (3), lo cual, aun no siendo completamente exacto, encerraba un fondo de verdad. Además, como una prueba más de la exactitud de aquel aserto, véase lo que escribió uno de los representantes de España cerca de la República Norteamericana:

«Desde que Napoleón—dijo D. Luis de Onís (4)—desesperó

(1) Poco más ó menos, lo mismo ocurrió cuando la sublevación de Portugal y de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.

(2) Esa correspondencia forma varios grandes legajos, que existen en el Archivo Histórico Nacional.

(3) Llorente.—*Historia de la revolución hispano-americana.*

(4) Onís.—*Memoria sobre las negociaciones entre España y los Estados Unidos* que dieron motivo al tratado de 1819.

de poder corromperla (la América española) y ganarla para sí ó para su hermano José, y la concedió su ostentoso poder para que se emancipase, los emisarios y aventureros franceses conspiraron unidos con los anglo-americanos á la subversión de aquellas hermosas y opulentas provincias. Gentes vagas ó proscritas del seno de otras naciones europeas, sin medios de subsistencia, ó exaltados con la esperanza de grandes fortunas en las provincias sublevadas de nuestra América, corrían á engrosar los cuerpos auxiliares que se organizaban en los Estados Unidos para cooperar con los sublevados. Formáronse asociaciones para esta empresa en diferentes ciudades de la Unión, publicáronse proclamas incendiarias en las Gacetas y se exhortó al pueblo con frases vehementes y con pinturas lisonjeras y seductoras á que tomase parte en estos armamentos y expediciones. La Luisiana, arrancada á la España por Napoleón en 1800 y vendida por él á los Estados Unidos en 1802, facilitaba la entrada de estos aventureros en las provincias de Méjico, y nuestra poca marina les dejaba libres los mares y sin defensa bastante las costas en que podían desembarcar. Ellos verificaron lo uno y lo otro diferentes veces, y el Gobierno de los Estados Unidos parecía aplaudir en secreto sus empresas: acogía á sus enviados y agentes, los animaba con promesas y esperanzas halagüeñas y trataba por medio de sus emisarios con los jefes y caudillos de las provincias sublevadas. El ministro y los agentes de Napoleón en los Estados Unidos acogían igualmente con demostraciones de favor y de júbilo á los enviados de aquellos jefes, y á todos los que se decidían á defender su causa» (1).

Claro es que las torpezas de la Administración, el menosprecio en que había caído la sabia legislación de Indias, el espectáculo de los Estados Unidos, la especie de independencia

(1) Como luego se dirá, en vano se quejó Onís uno y otro día de semejante proceder; el Gabinete de Washington contestó siempre con buenas palabras, pero el abuso no cesó, y se fué logrando el objeto de extender la rebelión.

en que vivían los pueblos americanos desde que se inició la lucha contra Francia, entregados á autoridades débiles unas, ineptas otras, y muy pocas á la altura de su misión (1); los mismos manifiestos de las Juntas de Sevilla y Cádiz, la acción contraproducente de los comisionados enviados de la Península y, unido á todo esto, las noticias falsas, ó cuando menos exageradas, que circulaban respecto del curso de la campaña en la Metrópoli, hicieron que el terreno estuviese convenientemente preparado para recibir las semillas que arrojaron las logias.

Estalló, pues, la insurrección iniciada en Caracas el 19 de Abril de 1810, secundada por Bogotá el 20 de Julio y extendida á Quito el año siguiente, y estalló precisamente en los momentos en que la Metrópoli, considerando á las provincias ultramarinas con iguales derechos que las peninsulares, acababa de llamarlas á tomar parte en las deliberaciones de las Cortes (2); es decir, que las había otorgado activa y directa participación en los negocios públicos, facilitando de esta suerte la exposición de sus quejas y la satisfacción de sus necesidades.

La noticia debió producir, y produjo seguramente, dolorosa impresión; pero aun en medio de las gravísimas preocupaciones que producía á la Regencia y á las Cortes la guerra con Francia, no desatendieron ni una ni las otras la solución del difícil problema que planteaba la insurrección de América, y

(1) América estaba dividida en cuatro virreinatos (los de Nueva España, Perú, Nueva Granada y Buenos Aires) y siete Capitanías generales (las de Yucatán, Guatemala, Venezuela, Chile, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo). Eran capitanes generales: de Venezuela, D. Vicente Emparán; de Nueva España, D. José de Iturriaga; de Buenos Aires, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, etc.

(2) Teniendo en cuenta que en la fecha fijada no podían celebrarse las elecciones en América y Asia, se dispuso que, por los naturales de éstas que habitaban en la Península, se hiciese una elección supletoria de diputados, para que representasen á las provincias ultramarinas hasta que tuviese lugar la presentación en Cortes de los propietarios.

así, no bien recibieron los primeros informes de lo ocurrido en Caracas (Julio de 1810), se apresuró la Regencia, oído el dictamen del Consejo de Estado, á disponer la salida de Cuba, Puerto Rico y Cartagena de fuerzas encargadas de restablecer la tranquilidad; ordenó que se encargase del mando de Venezuela el individuo del Consejo Real D. Antonio Cortavarría, y nombró Virrey de las provincias del Río de la Plata á don Francisco Javier Elío. Por su parte, las Cortes deliberaron sobre las medidas que convenía adoptar, tomando parte principalísima en las discusiones los diputados americanos, que constituían un grupo que ejerció desde el primer momento gran influencia en la Cámara, y especialmente el diputado suplente por Santa Fe de Bogotá, D. José Mejía, uno de los hombres de más valía que figuraban en aquéllas.

El primer decreto que se adoptó fué el de 15 de Octubre de 1810, en el cual «las Cortes generales y extraordinarias »confirman y sancionan el inconcuso concepto de que los do»minios españoles en ambos hemisferios forman una sola y »misma monarquía, una misma y sola nación y una sola fa»milia, y que, por lo mismo, los naturales que sean origina»rios de dichos dominios europeos ó ultramarinos son iguales »en derechos á los de esta Península... Ordenan asimismo las »Cortes que desde el momento en que los países de Ultramar, »en donde se hayan manifestado conmociones, hagan el debi»do reconocimiento á la legítima autoridad soberana, que se »halla establecida en la Madre Patria, haya un general olvido »de cuanto hubiese ocurrido indebidamente en ellos, dejando, »sin embargo, á salvo el derecho de tercero». En 30 de Noviembre siguiente se reiteró la promesa de olvido general. El 5 de Enero de 1811 se prohibieron las vejaciones hechas hasta entonces á los indios primitivos. El 1.° de Febrero se ofrecieron premios á los descubridores de minas de azogue en América. En 9 del mismo mes se decretó que la representación en Cortes de la parte americana de la Monarquía fuese enteramente igual en modo y forma á la que se estableciese en la

Península; que los naturales y habitantes de América pudiesen sembrar y cultivar cuanto la naturaleza y el arte les proporcionase en aquellos climas, y promover la industria manufacturera y las artes en toda su extensión, y que tuviesen aquéllos igual opción que los españoles europeos á toda clase de empleos. El 12 de Marzo se adoptaron varias medidas para fomentar la agricultura en América. Al día siguiente se extendió á los indios y castas de toda la América la exención del tributo concedido á los de Nueva España; se excluyó á las castas del repartimiento de tierras concedido á los indios, y se prohibió á las Justicias el abuso de comerciar con el título de repartimiento. En fin, el 23 de igual mes y año se mandó extender á las Américas la libertad de derechos de alcabalas y cientos en la venta de embarcaciones españolas y extranjeras.

No sería esto cuanto las circunstancias demandaban, y acaso el sistema de enviar pequeñas expediciones de refuerzos no tendría la eficacia necesaria; pero en cuanto á esto último, hay que convenir en que no era posible otra cosa teniendo que atender á la guerra en la Península, y respecto de lo primero, preciso es confesar que, deficiente ó no, señalaba una orientación acertada.

Así las cosas, el embajador de Inglaterra, Enrique de Wellesley, hombre que ejercía en el gobierno español una gran influencia, de la cual, según testimonio de un contemporáneo (1), abusó con alguna frecuencia, planteó un problema que fué durante no escaso tiempo motivo de enojosas negociaciones: el problema de la mediación. En nota de 27 de Mayo de 1811, Mr. Wellesley comunicó á la Regencia las instrucciones que había recibido de su Gobierno, instrucciones un tanto vagas y confusas, pues barajado con otros varios asuntos, aparecía el ofrecimiento de la mediación de Inglaterra entre España y sus posesiones, indicando como medio de obtener la

(1) Lo afirma en términos muy expresivos en sus *Memorias* el que era entonces en España ministro de Estado, D. José García de León y Pizarro.

paz el comercio directo de la potencia mediadora con aquellas provincias.

No consta si este paso fué debido á espontánea iniciativa del Gobierno inglés ó de su representante en Cádiz, ó sugerido por el mismo Gabinete español, aunque es de creer lo primero, porque la proposición respondía á las exigencias de los intereses británicos, y porque ni la Regencia ni las Cortes se daban entonces cuenta exacta, ni podían dársela, de la verdadera situación de América; pero lo cierto es que, puesto en conocimiento de las Cortes el contenido de la Nota inglesa, se nombró una comisión, de la que formaba parte Mejía, para que diese su dictamen. Este se discutió extensamente en sesión secreta, y aunque no faltaron diputados que apoyaran la proposición de Inglaterra creyéndola beneficiosa, la mayoría estimó que variar de un golpe el sistema mercantil de las colonias era causar por lo pronto y repentinamente el más completo trastorno en los intereses fabriles y comerciales de la Península. Sin embargo, cediendo á la presión de las circunstancias, las Cortes concluyeron por acordar pasar á Inglaterra una Nota desarrollando la forma y alcance de la mediación.

Así se hizo, y en seis artículos se consignó que la mediación tendría lugar respecto de las provincias del Río de la Plata, Venezuela, Santa Fe y Cartagena; que duraría un tiempo limitado, que se fijaba; que entretanto habría un armisticio general; que se concedía á los ingleses, sólo durante la mediación, el comercio con las provincias disidentes, quedando las Cortes en determinar de un modo definitivo las ventajas que podrían concedérseles, y que Inglaterra enviaría mediadores para persuadir á los gobiernos de hecho constituídos en América á su unión con España. A estos artículos añadió la Regencia otro, que debía permanecer secreto, en el que se decía que de no lograrse la paz, y á fin de evitar que en tal caso América se creyese reconocida por la Gran Bretaña, ésta suspendería toda comunicación con aquélla y auxiliaría á España en la tarea de someterla.

Wellesley rechazó desde luego todo pacto secreto, y el Ministro de Estado, Pizarro, respondió que se daba ese carácter al art. 7.° en obsequio á la política inglesa, pues, por lo demás, mientras más público fuese más eficaz sería para España. Entonces el embajador inglés rechazó en absoluto la forma en que la Regencia había concretado el pensamiento de la mediación, anunció que no seguiría negociando si no se prescindía de dicho artículo y se quejó de la tardanza en contestar á su nota. «Este método y manera de intimar—escribe Pizarro (1)—sería muy propio de unas negociaciones difíciles entre naciones rivales y sospechosas; pero está muy distante de ser acomodado á nuestra franca amistad (la de España é Inglaterra), y á la sobrada facilidad con que admitimos esta mediación.» «Si se tratara—añade—de la intimación de una plaza enemiga, estaba muy bien esta amenaza; ¿pero cuándo ó dónde se ha visto que una mediación se ofrezca por fuerza á una nación amiga, y que se obligue á un gobierno á que responda de prisa, so pena de enojo, sobre materias dignas de la mayor detención?» Aunque haya alguna exageración en estos juicios, lo cierto es que el Gobierno español necesitaba á toda costa sostener el art. 7.°, porque, como decía el mismo Pizarro (2), «¿qué significaba esta mediación ni qué utilidad nos traía sin esta garantía? ¿Qué estímulo se daba á los americanos para adquiescer, si ningún mal podía traerles la repulsa? ¿Unos simples buenos oficios se compraban así con diez y ocho meses de comercio en aquellas provincias?» La Regencia no se atrevió á adoptar por sí misma una resolución, y decidió, como así se hizo, consultar de nuevo á las Cortes.

Así las cosas, llegaron á Cádiz Mrs. Sydenham y Cockburn, y el embajador, sin habérselo participado al ministro, se quejó de que aquéllos hacían un papel desairado, á lo cual respondió

(1) Exposición de Pizarro á la Regencia sobre la mediación inglesa; fecha, Cádiz, 11 de Mayo de 1812.

(2) *Memorias* de Pizarro, tomo II.

Pizarro que por qué no había anunciado su llegada y que por qué venían sin estar concluído el Convenio. En esto tenía razón sobrada el ministro, pues Mr. Wellesley debió presentarlos personalmente; pero Pizarro incurre en cierta contradicción al tratar este punto, toda vez que en su Exposición á la Regencia dice: «En primer lugar, el señor embajador me re»cuerda que los comisionados mediadores están aquí en Cádiz, »cuando yo como ministro lo ignoro, y también la Regencia, »no habiendo dado parte de su llegada ni presentádolos, ni »avisado en Londres cosa alguna á nuestro embajador y Re»gente de su inmediata salida»; y en sus *Memorias* escribe: «El embajador en Londres sostenía igual discusión con aquel »Gabinete, y había comunicado que estaban nombrados me»diadores Mrs. Sydenham y Cuckburn y otro, y aun prontos »á partir». Aparte de esto, el incidente demuestra que las relaciones entre el ministro de Estado y el embajador inglés eran poco cordiales, lo cual contribuía á dificultar la solución del asunto.

Entretanto, las Cortes contestaron sin oir al ministro en el seno de la Comisión, á la consulta que se les había dirigido, y lo hicieron en un oficio, obra de Mejía, que Pizarro califica de «capcioso y calculado para que fuese el Gobierno quien lo interpretase y se comprometiese». El ministro quiso imponer su criterio á los Regentes; pero éstos, alegando que España necesitaba el concurso de Inglaterra para proseguir la guerra con Francia, se mostraron dispuestos á transigir, por lo cual aquél presentó su dimisión, redactando la *Memoria* de que ya se ha hecho mención.

Se concertó entonces suprimir parte del art. 7.° y refundir el resto en el 6.°, de modo que quedase muy atenuada la obligación de Inglaterra de cooperar con España á reducir á los rebeldes en el caso de que fracasase la mediación; pero cuando se creía concertado el acuerdo, formuló Mr. Wellesley una nueva exigencia: la de que la mediación, es decir, la facultad de comerciar, se extendiese á Nueva España, donde abso-

lutamente no era necesaria. Rechazada esta pretensión, el embajador inglés presentó unas nuevas bases para seguir negociando. Sobre éstas mediaron múltiples contestaciones, hasta que al fin las Cortes resolvieron que quedaban enteradas de la correspondencia seguida sobre la mediación entre el embajador inglés y el ministro de Estado, con cuya respuesta se dió por terminado el asunto, regresando á Londres los mediadores.

Pizarro, comentando este desenlace, dice que «ya que no se sacó el partido que se podía, á lo menos se conservó el decoro nacional, justamente resentido por el proceder poco noble del representante inglés en estos tratos, y se evitó caer en el lazo que nos tendía la Inglaterra», juicio tan apasionado y tan injusto como impolítico y contrario á los verdaderos intereses nacionales fué el desenlace de estas negociaciones. Las Cortes, la Regencia y Pizarro no se dieron cuenta exacta—acaso no pudieron dársela por carecer de informes verídicos y completos y por no serles dado apreciar en su conjunto el problema, como hoy lo apreciamos nosotros—de la realidad de las cosas; imaginaron posible que España, sin ejército, sin marina y sin recursos, hiciese lo que la Gran Bretaña no había podido hacer en muy distintas condiciones; no comprendieron que de hecho se había perdido la dominación sobre los países sublevados y que el ejemplo de éstos sería imitado por los demás antes ó después, y no se hicieron cargo de que los perjuicios que el comercio directo ó libre podía ocasionar á la industria y al comercio de la Península, arruinados por la guerra, eran insignificantes al lado del interés capital de conservar aquellas remotas posesiones.

¿Habría sido eficaz la mediación? No cabe afirmarlo; pero es indudable que, si daba resultado, España, aun sacrificando algo en la cuestión comercial, habría conseguido una gran victoria. Sólo el hecho de que se hubiese retrasado algunos años la emancipación de América era un triunfo de incalculables consecuencias. Si no la daba; si, como parecía lo más pro-

bable, la mediación fracasaba, siempre se habría conseguido una cosa: que aunque ningún precepto, como el del proyectado art. 7.°, obligase á Inglaterra á cooperar á la acción de España, ésta hubiese contado, cuando menos, con las simpatías, con el apoyo moral de aquélla. ¿Qué lazo podía tendernos Inglaterra, si pedía á España lo que de hecho tenía, lo que tuvo sin la voluntad del Gobierno español: el comercio directo? ¿Podía impedirlo aquél? Aun pudiendo, ¿le convenía colocarse en aquellas circunstancias frente á Inglaterra?

Era tanto más grave y más indisculpable el error cometido, cuanto que si en 1811 era posible creer que se trataba de una rebeldía parcial que podía ser sofocada con más ó menos dificultad, al año siguiente, esto es, al ponerse fin á las negociaciones con Inglaterra, no cabía forjarse ilusiones de ninguna especie. Como un reguero de pólvora, la insurrección se había extendido de tal suerte que saltaba á la vista la magnitud del peligro: era toda la América la que, alzada en armas, pretendía romper todo lazo de subordinación á la Metrópoli. Por desgracia, ni España contó en aquellos momentos con un estadista capaz de comprender y resolver tan arduo problema, ni las circunstancias en que se encontraba la Península consentían aplicar el remedio.

II

LA POLÍTICA DE LA REACCIÓN

Motivos hay para creer que Fernando VII, ó por mejor decir, los hombres que le rodeaban al volver á ocupar el trono, no se dieron cuenta exacta del problema que se hallaba planteado, y que imaginaron, cegados por la pasión política, que la rebeldía de las provincias ultramarinas era una consecuencia de los desaciertos cometidos durante el período constitucional y de las ideas que habían imperado en las esferas del Gobierno. Quizá, partiendo de este error, juzgaron posible poner

término á la rebeldía, bien porque ésta desapareciese al influjo del nombre del rey *deseado*, ó bien porque fuese deshecha por la fuerza de las armas.

Sólo así se explican los términos en que el Gobierno absolutista se dirigió á los americanos en dos famosos documentos.

Fué el primero la circular dirigida en 24 de Mayo de 1814 á las autoridades ultramarinas por el ministro de la Gobernación de Ultramar, D. Miguel de Lardizábal y Uribe. «En medio de tan grandes motivos de satisfacción—se decía en ese documento, aludiendo al recibimiento dispensado en la Península á Fernando VII,—su real ánimo se halla penetrado de dolor considerando los alborotos que durante su ausencia se han suscitado en algunas provincias de América. S. M. se halla íntimamente persuadido de que las provincias que componen la Monarquía en ambas partes del mundo no pueden prosperar las unas sin las otras; y no tiene menos amor á sus vasallos de las más remotas que el que tiene á los de las más cercanas á su residencia. Por lo tanto, S. M. está resuelto á enmendar los agravios que hayan podido dar motivo ó servido de pretexto á los alborotos; y para proceder con verdadero conocimiento ha pedido informe á personas naturales de esas provincias, estimadas en ellas, y que según el crédito que tienen de imparciales, dirán los excesos que ha podido haber de una y otra parte. Estos informes se hallarán evacuados dentro de pocos días, y S. M., conocida la verdad, se colocará en medio de sus hijos de Europa y de América, y hará cesar la discordia, que nunca se hubiera verificado entre hermanos sin la ausencia y cautiverio del Padre».

Todo esto, aunque hubiese de ser ineficaz, era explicable y aun admisible; pero no se limitaba á eso la circular, sino que en ella se insistía en hablar de la ilegitimidad de las Cortes extraordinarias y de la Constitución de 1812, y se repetía la promesa de convocatoria de nuevas Cortes y de establecimiento de una Monarquía moderada, como si América se hubiese sublevado contra el régimen establecido en la Península durante

la cautividad del rey y como si la rebelión significase una protesta contra las ideas políticas que prevalecieron en las Cortes de Cádiz y dieron origen á la Constitución de 1812, en vez de ser, como realmente era la insurrección, el principio de independencia de todo poder español.

Complemento de este documento era el segundo, esto es, el manifiesto que en 20 de Julio del mismo año dirigió á sus paisanos el ministro Lardizábal. En él, tratando de infundir á los americanos esperanza y de hacerlos confiar en el rey, les decía: «Él ha restituído vuestro Consejo, destruído por las Cortes, y en él ha puesto cinco americanos, cosa de que no hay ejemplo; y ha puesto asimismo otro americano en el Consejo y Cámara de Castilla; y otros dos á la cabeza de dos Ministerios tan principales y tan respetables como son el de Estado y el de Indias. Él ha restablecido el Ministerio universal de Indias, para que estando bajo de una sola mano, y habiendo un ministro que no tenga que cuidar más que de ellas, vosotros seáis el único objeto de sus afanes y de sus desvelos...» Y luego, exhortándolos á la paz, añadía: «Acabad ya esa guerra destructora de vosotros mismos; conoced que la independencia es una quimera impracticable, y que el intentarla no puede producir más que vuestra propia ruina».

Claro es que, como basados en un error, esos documentos no podían producir resultado alguno, y no lo produjeron. Además, Fernando VII no acertó á seguir en las cuestiones de América una política clara y definida, sino que, por el contrario, fluctuó entre las más opuestas corrientes. Así, se le vió primero restablecer el Ministerio de Indias, para que todos los asuntos de Ultramar corriesen por una sola mano, y suprimirlo más tarde distribuyendo los negocios de aquél entre las distintas Secretarías, sin que ni en el uno ni en el otro caso se dictase medida alguna que pudiese ejercer influencia en el desarrollo de los sucesos. Al fin, comprendiendo, sin duda, que por el camino que se seguía nada se adelantaba, se decidió á variar de rumbo, y se organizó la expedición que salió

de Cádiz á las órdenes del teniente general Morillo, compuesta de diez mil hombres perfectamente disciplinados y con la correspondiente dotación de artillería.

Morillo consiguió positivas ventajas sobre los rebeldes, y aunque cometió algunos errores lamentables, como el licenciamiento de cuerpos compuestos de americanos que habían prestado excelentes servicios, lo cual sirvió para engrosar las filas de los insurrectos, su gestión dió, en general, excelente resultado. Si entonces se hubiese hecho un nuevo esfuerzo mandando otra expedición numerosa, posible es que, cuando menos, se hubiese logrado retrasar la pérdida total de América; pero ¿cómo había de pensarse en el envío de más fuerzas si lo impedía la situación de la Península?

La política exageradamente reaccionaria de los ministros de Fernando VII había lanzado á los liberales á la conspiración. Las intentonas revolucionarias se repetían con frecuencia; el Gobierno estaba incesantemente amenazado, y hasta las mismas Potencias absolutistas, como Rusia, creían poco menos que inevitable el triunfo de la revolución. Si á esto se agregan los incesantes cambios de ministros, pues cuando éstos se juzgaban más seguros en el favor del soberano veíanse sorprendidos por las órdenes de su exoneración y de su destierro, fácil es comprender que en tales circunstancias ni era posible pensar en desprenderse de los elementos militares que reclamaba el estado de América ni cabía que existiese en las esferas gubernamentales plan alguno serio de pacificación.

No se crea que por esto dejaba de preocupar el problema americano: muy lejos de suceder así, menudeaban las consultas y los dictámenes; se llevó el asunto al Consejo de Estado, y en éste concretó su voto el ministro, que lo era otra vez Pizarro, en las siguientes conclusiones:

1.ª El estado de América es doloroso, pero no es uniforme en todas sus partes; es, pues, mi voto, que no todas las medidas han de ser generales; ha de haber medidas para los países dominados y para los que no lo están.

2.ª No es posible tener los medios que ya se necesitarían para sujetar sólo por la fuerza los no dominados.

3.ª Los medios políticos por sí solos no harán mal, pero los creo ineficaces.

4.ª Se necesitan, pues, estos medios, y también una fuerza que los dé valor.

5.ª La pacificación es preferible proporcionarla directamente que por medio de otros.

6.ª El punto de Buenos Aires es el principal entre los no dominados.

7.ª Los medios políticos no pueden ser otros que amnistía general, comercio como la Península, conservación de empleos, buenos jefes, magistrados escogidos y que ya hayan hecho servicios aquí, el ejemplo halagüeño de lo que se haga en otras provincias sujetas.

8.ª Estos medios se ofrecerán desde un punto armado solamente, es decir, que esta publicación será sostenida por fuerza armada.

9.ª Los apostaderos, cruceros y bloqueos son un medio militar excelente y necesario. En la Habana y en donde se pueda deben formarse astilleros y fomentarse la construcción; si no, no habrá marina ni allá ni acá.

10. Si resultase que absolutamente ninguna fuerza se puede enviar, como de ocho á diez mil hombres á lo menos, ocurre el tan discutido medio de la mediación extranjera.

11. Para mediar es menester que sea una Potencia marítima.

12. Las Potencias, en común, es difícil se encarguen de veras de este asunto.

13. Si la chispa echada, pues, no prende, la Inglaterra puede mediar (1).

---

(1) Se había insinuado á las Potencias la utilidad que les traería mediar hablando de lo del Brasil, Pernambuco, etc., y en efecto, lo iban á tratar en Aquisgrán. *(Nota del mismo Pizarro.)*

14. *Sólo se puede admitir la mediación* inglesa garantizando sus resultas; lo demás es imprudentísimo, á mi juicio.

15. La mediación sólo debe dirigirse á los puntos que nos son inaccesibles: Buenos Aires y Caracas, etc.

16. Si la Inglaterra nos da garantía sobre el éxito, deben dársele ventajas mercantiles.

17. Esta garantía no puede ser otra que la de unirse con nosotros para sujetar las colonias rebeldes, si no respetan la mediación al cabo de un plazo convenido, ó á lo menos de cortar toda comunicación mercantil con ellos.

18. En las provincias sujetas, el comercio directo debe afianzarse en los puertos principales para su prosperidad y buen ejemplo.

19. Los aranceles deben subsanar el inconveniente de esta medida, que tanto se pondera en la Península.

20. Este sistema, aun en el caso desgraciado de no surtir efecto, tendrá el de asegurar lo que aun dominamos y prepararnos (como Inglaterra hizo con las colonias) ventajas con las provincias que se separen, superiores á otras naciones por las circunstancias de lengua, religión, etc.

21. La Isla de Cuba puéblese, fortifíquese, cultívese, etc. Para esto divídase en dos provincias independientes entre sí á lo menos. Esta posesión es una alhaja de las más preciosas en la Monarquía; mírese, pues, como tal.

22. Por fin, háganse marchar las providencias de buen gobierno en las provincias ocupadas, á la par que se emplean los remedios para las independientes. Es imposible en política curar la enfermedad de las Américas por un remedio aislado...»

Fácil es advertir, analizando las conclusiones de Pizarro, que éste confiaba poco en la eficacia de los medios que era dado emplear á España; pero que, al propio tiempo, persistiendo en el criterio que ya había sostenido en 1812, mantenía el error de pedir garantías á Inglaterra para aceptar su mediación; y esto, si tenía disculpa cuando se redactó el famoso art. 7.°, era completamente quimérico en 1817. En los cinco años transcu-

rridos entre ambas fechas había ganado mucho terreno la causa de la independencia y se habían creado no pocos intereses que unían á los nacientes Estados con algunas Potencias europeas, por lo cual si alguien se prestaba á mediar á nuestro favor, no cabía pensar en imponerle condiciones. Así y todo, la mediación de Inglaterra no se admitía más que en último extremo, y sólo para el caso de que no se consiguiese que la realizasen colectivamente las potencias, que era á lo que aspiraba el gobierno español.

Tan cierto es esto, que así que comenzó á circular el rumor que los soberanos de Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra y Francia pensaban celebrar una reunión en Aquisgrán, se dieron instrucciones á los representantes de S. M. cerca de dichas Potencias para que indirectamente y de un modo hábil sugiriesen la idea de que fuese invitada España á tomar parte en la conferencia, y para que en ésta se abordase el problema de la pacificación de América. El gobierno llegó á creer que conseguiría su objeto, á lo cual no contribuyeron poco las ilusiones que hubieron de hacerse algunos de los diplomáticos españoles y el lenguaje que usó en Madrid el ministro ruso, que lo era el famoso Bailio Tattischeff, y por virtud de esto se dispuso, por R. O. de 1.° de Junio de 1818, que el representante de S. M. en San Petersburgo comunicase oficialmente al gobierno imperial las aspiraciones del español. Zea Bermúdez cumplió el encargo, y en Nota de $^{22 \text{ de Junio}}/_{4 \text{ de Julio}}$ planteó la cuestión.

«Le Roi Catholique—dijo—croit en premier lieu qu'une réunion de Souverains comme celle dont il est question, si peu commune dans l'histoire, si auguste, et qui en raison des grandes difficultés qu'elle offre toujours dans son accomplissement dévient d'autant plus précieuse, doit, bien loin de se limiter à un seul objet, étendre son influence salutaire et se porter soigneusement à fixer pour le moins les éléments des transactions importantes qui s'agitent aujourd'hui, et dont la conciliation équitable ne sauroit jamais trouver des chances morales plus

propices, ni plus dignes de concentrer tous les efforts des Souverains pour le repos et le bonheur des Peuples. L'évacuation de la France, comme toute autre mesure qui peut intéresser la tranquillité générale de l'Europe et sa prospérité future, ayant des rapports intimes avec d'autres combinaisons politiques, il semble presqu' impossible de traiter et de décider cette question avec succès, sans prendre en considération celles qui se rattachent tout aussi étroitement à la conservation de la paix, et dont la simple délibération de bonne foi offriroit au monde le plus beau spectacle d'une sincère et vraie unanimité d'intention entre tous les Gouvernements.

»D'un autre côté, rien ne seroit peut être plus à regretter qu'une limitation déterminée d'avance, parcequ'elle tendroit immanquablement à introduire une espèce d'embarras, et à relâcher les liens de confiance qui unissent aujourd'hui tous les Etats.

»Aussi le Gouvernement Espagnol le pense et le déclare sans détour, que toute extension donnée à cette réunion à l'effet de garantir la sécurité et le repos général seroit on ne peut plus légitime, parcequ'elle ne sauroit avoir d'autres bornes naturelles que celles prescrites par la politique simple et uniforme que tous les Souverains de l'Europe ont proclamée, et dont le premier et seul mobile et l'unique but sont l'union et l'intérêt commun.

»Sous ce point de vue peut-on présenter à la considération de l'Europe un objet plus digne de l'occuper dans cette auguste réunion que celui que l'Espagne est prête à lui offrir? Si les cabinets des quatre Puissances ont fixé leur attention sur la grande question de la pacification de l'Amérique, ils auront reconnu dans les considérations générales qui en dérivent et dans leurs propres rapports politiques, que de cette pacification dépendent en grande partie la sûreté future des trônes, la stabilité de l'ordre légitime et social dans ses différentes combinaisons, et la paix de l'Europe qui ne pourra jamais se consolider tant que le germe révolutionnaire, qui se reproduit

sous toutes les formes et sous tous les déguisements possibles, trouvera un point d'appui quelconque pour diriger la guerre d'extermination qu'on ne cesse de faire à la tranquillité publique et domestique, et aux principes de réligion et de morale qui en sont les bases essentielles. Les cabinets ne pourront non plus se dissimuler qu'à cette question se rattachent encore les mesures à prendre pour donner une nouvelle impulsion à l'industrie et au commerce européen, et pour fixer ces branches de prospérité sur un plan plus vaste et plus conforme à l'intérêt bien entendu de toutes les Nations.

»L'Espagne désire, en autant qu'il sera possible, opérer la pacification de ses possessions d'outre-mer moyennant l'influence et l'action morale des Puissances intervenantes, appuyées sur un système juste et équitable, êt en cela ses vœux sont certainement analogues aux sentiments d'humanité de ses Hauts Alliés. Mais pour préparer et renforcer cette action il ne faut pas commencer par isoler l'Espagne en l'écartant des conférences d'Aix-la-Chapelle. Nulle occasion plus propice ni plus propre pour fortifier et rendre effective la puissance morale des Souverains réunis; mais si l'Espagne n'étoit point appelée à intervenir à cette réunion, de quel œil les chefs révolutionnaires envisageroient-ils cette exclusion positive? ne feroit-elle pas augmenter leurs espérances coupables? et quel en seroit finalement l'effet moral sur tous les peuples de l'autre hémisphère? cette exclusion ne serviroit-elle point à enhardir les ambitieux, à encourager les rébelles et à affliger et à désoler les sujets fidèles de Sa Majesté, si dignes de Sa protection et de la bienveillance prononcée de tous les Souverains légitimes?

»Si ces réfléxions sont justes comme il n'est guère possible de le contester, combien ne seroit-il pas glorieux, combien ne seroit-il pas digne de la réunion annoncée de présenter au monde des résultats aussi majeurs et aussi satisfaisants que ceux qu'on est en droit de se promettre de la sollicitude des Souverains!

»L'Espagne, appelée à cette réunion, animée, comme elle n'a cessé de le répéter aux Puissances, des sentiments les plus sincères d'équité et de déférence pour opérer cette grande transaction, et portant à l'entrevue une masse de connaissances exactes et précieuses, les seules qui soient capables de rectifier le jugement et la décision des Souverains; l'Espagne leur fourniroit ainsi l'occasion la plus belle et la plus brillante de réhausser l'éclat de leur gloire, et de convaincre irrésistiblement le monde de l'utilité pratique des principes conservateurs consacrés par les dernières stipulations de Vienne et de Paris» (1).

Antes de que se recibiese la respuesta del Gobierno imperial, tuvo el español ocasión de conocer en qué actitud, respecto de estos extremos, se encontraba colocado el Gabinete británico, pues el 13 de Junio escribió el Duque de San Carlos desde Londres:

«Habiéndoseme presentado ocasión, en el curso de la conferencia que tuve el 8 del corriente con el Lord Castlereagh, para hablar de la asistencia del Rey N. S. al Congreso, conforme V. E. me encargó en uno de sus oficios, me dijo: que se alegraba que le tocase este punto, y que supiese que los Soberanos de las cuatro Potencias habían declarado, para evitar los inconvenientes y demoras de un nuevo Congreso, que no se tratase de más negocios que de los del Ejército de ocupación; que podría haber sido conducente haber hecho una excepción de S. M., pero que no podía hacerse porque entonces el de Baviera por sus diferencias con el de Baden, y el Rey de los Países Bajos y otros Soberanos pretenderían lo mismo, y no habría medio de negarlo; y que así se habían limitado á esto para evitar mayores inconvenientes, y dejar radicados en

(1) Anejo al Despacho núm. 361; fecha, San Petersburgo, $^{12}/_{24}$ Julio de 1818.

París, Francfort y Londres las demás negociacioues para no complicarlas.»

Mes y medio después, en 4 de Agosto, añadió San Carlos que había logrado hablar con el Duque de Wellington (1) sobre el estado de nuestros negocios de América y asistencia de España á la conferencia de Aquisgrán, y que el Duque le había contestado lo mismo que Lord Castlereagh.

Por si esto no era bastante, la respuesta de Rusia á la Nota de Zea no dejaba lugar á dudas.

«Si à l'*objet unique* de la prochaine réunion d'Aix-la-Chapelle—dijo el Conde de Nesselrode—on n'a pas ajouté celui de la pacification des Colonies, c'est que ce dernier n'étant prévu ni reglé en principe par aucune des transactions existantes, il n'appartient point aux quatre Puissances de se préparer à cette discussion, sans préjuger de l'assentiment de la Cour de Madrid.

»D'ailleurs les explications confidentielles échangées entre les Cabinets, sur la question des Colonies, ne présentant jusqu'ici, ni les éléments d'une négociation, ni ceux d'une délibération collective, les Cours alliées ne pouvoient non plus compter sur les fruits de leurs travaux, quand même indépendamment de toute autre considération, elles se seroient trouvées disposées à profiter de leur réunion à Aix-la-Chapelle, pour contribuer d'un commun accord à l'œuvre de la pacification de l'autre hémisphère.

»Maintenant que la Cour d'Espagne invite de son propre mouvement les Cabinets alliés à prendre cet objet en considération, conjointement avec Elle, durant les conférences, qui vont s'ouvrir au mois de Septembre prochain, le cabinet de

(1) San Carlos, para conseguir hablar al Duque de Wellington, tuvo que valerse, según confiesa él mismo, de la influencia del general D. Miguel Ricardo de Álava, amigo personal del caudillo inglés.

St. Pétersbourg ne peut que faire porter la note de Mr. le Chevalier de Zéa du $\frac{22\text{ Juin}}{4\text{ Juillet}}$ à la connaissance des trois autres Cours, et déclarer ici, que le vote de S. M.^{té} Impériale, sur la teneur de cette pièce, se conformera strictement à celui de ses augustes alliés.

»C'est cette même adhésion pleine et entière à la majorité des opinions des cabinets alliés qui a porté Sa Majesté Impériale à souscrire aux mesures de précaution par lesquelles on a jugé devoir définir l'entrevue d'Aix-la-Chapelle, comme une conférence spéciale, ayant pour *objet unique* la mise à exécution de l'art. 5 du Traité de Paris.

»Les formes qui ont accompagné cette résolution, celles par lesquelles elle a été communiquée aux autres Puissances, attestent que les quatre Cours, en se réservant l'examen de la question relative à la mise à exécution de l'art. 5 du Traité de Paris, sont loin de s'arroger un droit exclusif, ou de méconnaître ceux dont jouissent avec une égalité parfaite toutes les Puissances qui ont accédé à ce même Traité» (1).

Parecía natural que ante tan reiteradas y explícitas manifestaciones hubiese comprendido el Gabinete español que perdía lastimosamente el tiempo. Mas no fué así; aun siguió alimentando esperanzas de ser invitado á la conferencia de los soberanos, y buena prueba de ello que en 28 de Agosto se ordenó, si bien con el carácter de muy reservado, que se extendiese la plenipotencia para concurrir á la reunión, representando á Fernando VII, á favor del duque de San Carlos, y como segundo plenipotenciario se nombró al marqués de Casa-Irujo. No tardó, sin embargo, en comprenderse cuán infundadas eran esas esperanzas.

Los soberanos de Austria, Rusia y Prusia y los ministros de Inglaterra y Francia se reunieron en Aquisgrán en los pri-

(1) Anejo 2.° al Despacho núm. 361, de Zea Bermúdez; fecha, San Petersburgo, $^{12}/_{24}$ de Julio de 1818.

meros días de Octubre (1), y el 9 firmaron el Tratado relativo á la evacuación del territorio francés por las tropas aliadas. No se invitó á España, ni consta que se adoptara acuerdo alguno concreto sobre la cuestión de América, si es que realmente se trató de ésta. Fernando VII, desairado en París, abandonado luego en Viena, preterido por completo en Aquisgrán, pudo comprender que estaba moralmente aislado en Europa, y que para resolver el problema ultramarino no podía contar más que con los elementos nacionales.

Todavía hubieron de mediar consultas é informes—expedientes de que tan pródiga ha sido siempre la Administración española,—y entre los últimos figura uno nuevo de Pizarro, fecha 9 de Junio de 1818, que es una ampliación del de 22 de Agosto de 1817, ya citado, y otro del conde de Ofalia, en el que se trazaban las bases de la negociación que debía seguirse en Aquisgrán (2); pero las circunstancias eran cada vez más críticas, porque la causa española, que al comenzar 1818 mostraba cierto favorable aspecto, había sufrido luego rudos golpes, toda vez que en dicho año se perdió Chile casi inesperadamente, y en 1819 sufrió igual suerte el Reino de Santa Fe, como consecuencia de la batalla de Boyacá. Entonces, muy tarde acaso, se resolvió enviar una nueva expedición, y para ello se fueron reuniendo fuerzas en las inmediaciones de Cádiz; pero el término de esos preparativos es bien conocido. El ejército que se destinaba á defender la integridad de la patria se sublevó en las Cabezas de San Juan el 1.° de Enero de 1820, y poco después el Rey se vió obligado á jurar la Constitución de 1812.

No es ya discutible, puesto que lo han confesado los mismos agentes de la revolución, que ésta fué preparada por las

---

(1) Luis XVIII no asistió por el mal estado de su salud, y el Regente inglés por no serle lícito salir del Reino. Francia estuvo representada por Richelieu, é Inglaterra por Castlereagh.

(2) *Escritos del Conde de Ofalia.*—Madrid, 1894.

Logias; pero no se ha puesto bien en claro, aunque haya motivos para creer lo segundo, si el objetivo principal de las Sociedades secretas, mejor dicho, de los Centros que dirigían éstas desde el extranjero, fué el restablecer el régimen constitucional ó el impedir que llegasen á América los refuerzos preparados. Sea como fuere, el hecho es que el ejército no llegó á embarcar, y que el movimiento revolucionario del año 20 precipitó el desenlace del problema.

Exponer cómo se llegó á éste y cuál fué la actitud de España, será el objeto de otro artículo.

Jerónimo Bécker

RECUERDOS

Procuraba pintar en el artículo anterior uno de esos conflictos que se presentarán mil veces á todos los empleados de la Administración, entre el interés público y sus deberes como funcionarios del Estado por una parte y por otra los intereses de los particulares.

Conflictos que no existen cuando la justicia es patente y es claro é indiscutible el derecho, porque entonces la solución es evidente y se impone por sí.

La justicia está de parte del Estado, pues el funcionario público no discute ni vacila un punto: atribuye la justicia á quien la tiene, al Estado en este caso.

Por el contrario, el mejor derecho pertenece al particular, pues se le reconoce plenamente, aunque resulten perjudicados los intereses públicos; que contra el derecho legítimo ningún interés debe prevalecer. Lo contrario sería esclavitud, tiranía, egoísmo de la colectividad; y si estos móviles prevaleciesen, la sociedad no existiría, y los mayores triunfos de la civilización quedarían anulados de hecho.

Pero el conflicto se presenta cuando hay duda, cuando el mejor derecho es confuso, cuando al problema no se le ve una solución evidente, y en este caso me encontraba yo con las reclamaciones de mi amigo el contratista de carreteras.

Examinando el caso con toda imparcialidad, con toda la imparcialidad de que podía disponer, no veía clara la solución, y para mayor conflicto dudaba de mi propia imparcialidad, y

pesaba sobre mi espíritu, con peso abrumador, la nota del jefe de negociado, en cuyo criterio yo tenía gran confianza.

¿Me conformaba con su dictamen? Era el golpe de gracia para mi amigo. ¿Ponía una contranota? ¿En qué razones decisivas y terminantes iba á fundarla?

Porque hay que advertir que ni en este ni en ningún caso he ejercido yo la menor presión sobre los empleados que he tenido á mis órdenes, haciéndoles escribir un informe que facilite mi resolución y, en cierto modo, me libre de responsabilidad moral.

¡Es tan cómodo decir: yo no he hecho más que conformarme con la nota del negociado, que me ha parecido bien fundada...!

Esto me ha parecido siempre una inmoralidad administrativa, una cobardía y un egoísmo irritante.

Yo siempre les he dicho á los jefes de negociado, cuando he sido director, ó á los directores, cuando he sido ministro, en toda clase de asuntos, y más aún en los más interesantes: «Estudie usted la cuestión, y proponga lo que crea en conciencia que debe proponer: yo, todavía, ni tengo ni debo tener opinión ninguna; consulte usted la ley y su conciencia, que si yo no estuviera conforme con usted, bajo mi responsabilidad pondría una contranota, sin que esta discrepancia de opiniones le perjudique á usted en mi ánimo. Bien al contrario, al resolver los asuntos me complace y me tranquiliza encontrar personas que no piensen como yo, porque la contradicción es una garantía de acierto».

***

Y en estas luchas internas, que para los egoístas nada significan, pero que para mí han significado siempre mucho, anduve yo tres ó cuatro días, hasta que al fin y al cabo un acto noble, un arranque generoso de mi amigo, vino á sacarme del apuro, y me dió la cuestión resuelta, en forma dolorosa para mí, y dejándome cierto fondo de tristeza y amargura, pero

resuelta en forma definitiva y sin que dependiera de mi voluntad el modificarla.

Hay gente más honrada y más digna en el mundo de lo que piensan los pesimistas.

No todo es codicia, no todo es egoísmo, no todas son negruras en la vida. Grandes negruras se extienden, pero hermosos rayos de luz las rompen con frecuencia.

Apurado estaba yo, cuando recibí una carta de mi amigo, que ya no existe, pero cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria.

Los conceptos principales de la carta eran éstos:

«Acabo de ver, porque me la han enseñado en el negociado, la nota del jefe. No la discuto. A mí me parece excesivamente dura; pero con una nota como la que él ha puesto en el expediente, tú no puedes dictar una resolución contraria, ni puedes concederme ninguna de mis reclamaciones. Sería de muy mal efecto, comprometería tu reputación, se diría que habías cometido un acto de favoritismo; y yo, que soy tu amigo verdadero, no quiero que digan esto de ti.

»Con otro director insistiría, porque aunque reconozco que el asunto no es muy claro, creo que tengo buenas razones en mi apoyo; pero contigo no insisto, y acabo de presentar una comunicación retirando todas mis reclamaciones. De modo que tú ya nada puedes hacer aunque quisieras: consta oficialmente que mis reclamaciones están retiradas.»

Era un alma muy noble la de mi amigo; era un espíritu muy generoso, porque no se olvide que la cantidad que él reclamaba, aunque modesta, era su salvación.

Pasaron algunos años, y yo hice por él lo que pude, creándole una posición, de la cual era muy digno, por su inteligencia, que era clarísima; por su laboriosidad, que era infatigable; por su honradez y su rectitud, de las que acabo de dar una prueba patente. No; él no era de los que explotan á los amigos.

Pues con todas estas cualidades, quizá por algunas de ellas, no hizo fortuna en la vida, aunque había empezado brillante-

mente; pero el que se mete en la refriega de la existencia con espada de caballero no podrá escapar de entre rufianes que manejan el puñal, la navaja ó, cuando más ennoblecidos se sienten, el revólver.

La posición que yo le había creado, y en que hubiera podido prestar grandes servicios á la Administración, la perdió en una revuelta política, y luego fué cayendo y levantando, se arruinó por completo, siguió en el trabajo, emprendió algunos asuntos, y, asómbrense mis lectores, hasta se vió envuelto, un hombre como él, en algo así como una causa criminal.

¡Qué infamia! ¡Qué indignidad!

Salió triunfante, pero quebrantado por completo, y poco tiempo después murió.

Y aquí le consagro yo mi último recuerdo.

En la lucha por la existencia hay muchos mártires: él fué uno de ellos.

*
* *

Se preparaban las elecciones de las Constituyentes.

Yo no me presenté por ningún distrito, porque, como he dicho muchas veces, yo jamás, ni una sola vez, he pedido nada.

Entiéndase: para mí no he pedido nada; para los demás he pedido bastante.

Pero si yo no acudí á ningún distrito, ni siquiera á D. Manuel Ruiz Zorrilla para que me buscase uno, como era director en el Ministerio de Fomento, se me ofrecieron espontáneamente no uno, sino varios; entre otros, el distrito por Murcia y otro en Asturias.

Este último ¿cuál fué? ¿el de Luarca? ¿el de Avilés? No estoy seguro, no lo recuerdo bien; pero, en fin, en esta ocasión, y sin haber figurado jamás en política, salí diputado por Murcia y salí diputado por Asturias.

Claro es que D. Manuel Ruiz Zorrilla, con el cariño que siempre me profesó, aun quería buscarme otro distrito por su cuenta; pero nos contentamos con los dos que acabo de indi-

car, y ambas representaciones ostentaba al abrirse las Constituyentes.

Si no recuerdo mal, opté por Asturias.

Yo no sé por qué los Gobiernos han puesto empeño siempre ó casi siempre, para que en este *casi* se crea comprendido cada uno de ellos, en violentar las elecciones.

Las elecciones se hacen por sí mismas, y todo Gobierno puede traer mayoría sin necesidad de apurar los recursos electorales.

Digo esto, porque el Cuerpo electoral ha sido siempre, al menos hasta ahora, manso y sumiso, y por sí mismo ha acudido á complacer á todo Gobierno, dándole una mayoría ministerial.

Y á este propósito, cito mi ejemplo.

Yo, en el año 68, no tenía importancia ni representación política de ninguna clase.

No había estado afiliado á ningún partido político: ni á los progresistas, ni á los demócratas, ni á los republicanos.

Ni había conspirado, ni el Gobierno jamás se dignó desterrarme.

Era un profesor de la Escuela de Caminos, que como profesor, y en un modesto círculo, tenía cierto nombre, y que había hecho algún ruido como librecambista, pronunciando discursos en la Bolsa contra el proteccionismo, y en el Ateneo en defensa de los ideales democráticos.

Esto, sin embargo, no me hubiera dado jamás un distrito.

Personas que valían mucho más en el orden político precisamente, no pudieron venir á las Cortes Constituyentes.

Y yo vine sin esfuerzo de ningún género, y vine por dos distritos, y hubiera podido venir por alguno más.

Y no me costaron ni un céntimo las dos elecciones; que si me hubieran costado, no hubiera venido; porque ni tenía yo dinero que gastar en luchas electorales, ni aun teniéndolo lo hubiera gastado.

Pero era director de Obras públicas por obra y gracia de la voluntad de Zorrilla, y esto bastaba para que los distritos vinieran á mí.

*
* *

Agréguese á esto que los dos distritos de Asturias y de Murcia estaban admirablemente organizados.

El de Murcia, sobre todo.

Era entonces jefe de todos los partidos avanzados el célebre canónigo Torres: D. Jerónimo le llamábamos.

Persona simpática, de gran talento político en su esfera; y la prueba es que durante algún tiempo, progresistas, demócratas, y hasta republicanos, estuvieron pendientes de su voluntad.

Suave, cariñoso en su trato, en el fondo su voluntad era enérgica, y como no abusaba de su poder para hacer daño á nadie, contentándose con hacer bien á manos llenas á sus amigos, por algún tiempo fué el árbitro de Murcia y aun de la provincia.

Puso nuestra candidatura en unos carteles, uno de los cuales me trajeron como muestra, y que decía así:

«Candidatura del partido monárquico-republicano-democrático.»

Y es claro, salimos todos por unanimidad.

Y sin violencias, sin luchas, sin escándalos, con el asentimiento y el aplauso de todo el mundo.

Dos años después, en las primeras Cortes de D. Amadeo, también me presenté, y hacía dos meses que había dejado de ser ministro: pues ya no pude salir diputado por Murcia. Verdad es que ya no imperaba mi amigo el canónigo Torres.

Y ahora caigo en la cuenta de que la primera vez que fuí diputado conseguí la noble investidura por la protección de todo un canónigo; que muchos conservadores no podrán decir otro tanto.

Mas conste que, sin alardes de mal gusto ni exageraciones

de ninguna clase, D. Jerónimo era un hombre de ideas liberales.

Conste, de todas maneras, que yo jamás, ni siendo director de Obras públicas, ni siendo ministro, ni no siéndolo, he violentado, ni he corrompido, ni siquiera he pesado moralmente sobre ninguna elección, ni en provecho ajeno ni en provecho mío.

Es más: yo jamás me he presentado candidato. Me han presentado los amigos; y si los amigos se olvidaron alguna vez, no salí, y ellos luego tuvieron que reparar el olvido; que yo jamás dije ni esta boca es mía, ni este distrito es mío. He salido por muchos distritos; nunca he considerado ninguno de ellos como propiedad de mi persona.

De suerte que en materia electoral mi conciencia está blanca como una paloma, es decir, como una paloma blanca.

Quizá esto no sea una virtud, sino una manifestación de mi carácter.

* * *

Llegó, pues, el momento solemne de abrirse las Cortes del 69, momento solemne para España y para su porvenir político; y como lo pequeño va unido á lo grande, el grano de arena á la montaña, la hoja á la selva, la gota de agua al océano y cada individuo á la agrupación humana de que forma parte, así aquel momento, que fué solemne para la nación española, debió ser en mi modestísima esfera solemne para mí.

De ser un humilde profesor, pasaba á ser diputado de las Constituyentes, y ya era alto empleado de la Administración.

El acto, pues, de entrar yo en el palacio del Congreso es evidente que marcaba un momento decisivo para mí en la vida social y política.

Y, sin embargo, ¡qué caprichos tiene la memoria! ¡Cuán

grande y cuán singular es la autonomía de las celdillas cerebrales al recoger las sensaciones y almacenarlas!

«Estas, almacenarlas en forma de recuerdos: al archivo de la memoria con ellas. Estas otras, á lo inútil, á los desperdicios; que se las lleve el torrente de los sobrantes del organismo.»

Pues si estas celdillas fueran ordenadas y sensatas, recogerían lo importante, lo trascendental, y en animado cuadro lo convertirían, con sus contornos, sus colores y su vibración, á modo de cinematógrafo cerebral, sin cuidarse de menudencias y desperdicios. Muchas veces sucede lo contrario: conserva la memoria en sus archivos cualquier minucia ridícula, y arroja á la corriente los grandes cuadros que debiera perpetuar.

Digo esto porque no conservo la menor idea, ni el más pequeño recuerdo, ni la imagen más borrosa de la apertura de las Constituyentes, acto al que asistí, y al que debí asistir de etiqueta; ni de ese momento, ni de ese día, ni de los días y los meses que siguieron.

Todo esto, ó completamente anulado ó en cuadros envueltos en neblina.

¿En qué consistirá?

Consistirá acaso en el exceso mismo de la sensación, y en que, por ser tan grande, se difunde y no tiene fuerza cada parte para grabarse en el protoplasma de las celdillas.

Supongamos en una gran masa humana unos cuantos fotógrafos con sus instantáneas, y que ocurre algo muy grande, muy extraordinario que suspende el ánimo y paraliza las funciones, y los fotógrafos quedan convertidos en estatuas de piedra, con el aparato de las instantáneas inerte.

¿El acontecimiento ha sido extraordinario, violentísimo? Pues de él, por lo mismo, no se ha podido sacar ninguna fotografía.

Tal debe ser la explicación de esta falta de que casi me avergüenzo; me avergüenzo, pero hago de ella pública confesión.

Estuve presente, y no me acuerdo; mis fotógrafos se quedaron hechos unos papanatas; no conservo ninguna instantánea.

No las había entonces, mas para el cerebro sí las hubo: que he conservado recuerdos de la más ridícula insignificancia, de que antes dí cuenta á mis lectores, para que en lo grande y en lo pequeño me acompañasen, si es que alguien quiere acompañarme en este camino vulgarísimo de mis recuerdos, en que acaso yo solo voy marchando.

¡Qué me importa! Escribo para mí más que para otro cualquiera, y me complazco con mis recuerdos por insignificantes que los recuerdos sean.

*
* *

Y no debieran serlo, porque eran días críticos en la historia de España.

Por primera vez, casi me atreveré á decir que desde los tiempos de los godos, el trono estaba vacante, no por manera accidental, según entonces se creía, sino por sentencia y ejecución del poder revolucionario del pueblo.

La tradición quedaba rota: aquellas Constituyentes que se reunían eran por aquel entonces el único poder legítimo, eran creadoras del derecho futuro, y no había límite para la voluntad de los legisladores.

Y yo, aunque modesto, era uno de aquellos legisladores. ¡Qué cosa tan extraña y tan inesperada para mí!

Y, sin embargo, al penetrar por primera vez en el Congreso y sentarme en los escaños rojos... yo no sé si pensé todo esto, pero no recuerdo haberlo pensado.

No recuerdo nada de aquella primera época con relación á mi persona.

*
* *

En cambio recuerdo perfectamente cuando á los quince años entré por primera vez en la Escuela de Caminos á presentar mi solicitud.

Esta imagen sí que no se ha borrado de mi cerebro.

La calle del Turco, el portalón grande de la Escuela, una escalera que me pareció solemne y majestuosa, aunque no lo era seguramente. Y la portería obscura y sucia, pero que á mí se me antojó severa y temerosa.

En un rincón, y alrededor de una mesa, los porteros, sin uniforme ni distintivo administrativo de ninguna clase.

En el suelo, y sobre los ladrillos, una estera.

En el fondo, una puerta pequeña que enfilaba con un pasillo muy corto. Al fin del pasillo, otra puerta del tamaño de la primera, y al través de la cual se veía una sala muy larga, enormemente larga, llena de luz; y á un lado y otro, mesas de dibujo y muchos jóvenes, y en el centro una estufa muy grande y muy vulgar: todo esto lo llevo dibujado como algo grande, solemne, lleno de misterios, como algo decisivo para mi porvenir.

No se me olvida, no: pregunté al portero, con timidez y descubriéndome la cabeza, si podía ver al ayudante para entregarle una solicitud.

Y el portero, un hombre fuerte, tosco, pero hasta cierto punto bondadoso, se dignó levantarse, salir al encuentro y decirme que el ayudante no estaba, pero que hacía sus veces el núm. 1 de la promoción de quinto año, y que si quería podría llamarle.

Yo, agradecidísimo á tanta bondad, le contesté que sí, y que si no le molestaba mucho que avisase al respetable núm. 1; y Manuel, así se llamaba el portero, se alejó á lo largo de la sala.

Yo no recuerdo la apertura de las Constituyentes, no veo moverse en el salón de sesiones á los ministros del Gobierno provisional con el duque de la Torre al frente; pero veo á Manuel el portero alejarse por el salón de dibujo, lleno de luz y de ruido, y perderse á lo lejos en busca del alumno número 1 del quinto año.

Aquella figura del portero Manuel, avanzando por la co-

lumna de luz, muy larga y muy estrecha, de la sala de dibujo, vista y enfilada por las dos puertas y el pasillo intermedio, era para mí una figura imponente, más imponente que el jefe del Gobierno revolucionario y futuro regente del reino.

Y yo, humildemente, en la obscura portería, con el sombrero en la mano, y palpitándome mucho el corazón, esperaba la vuelta de Manuel el portero y del alumno jefe de la sala de dibujo en aquel momento, que había de recoger mi solicitud, si se dignaba recogerla, que yo aun dudaba de que hasta tal extremo llegase su bondad.

*
* *

Y volvió Manuel con un joven envuelto en una capeta, de cara móvil y expresiva, de ojos vivos, de pelo graciosamente partido en el arranque en dos ondas, de las que la mayor se contorneaba con gallardía, inclinándose un tanto hacia atrás.

Aquella onda, con el tiempo, había de ser un tupé, el célebre tupé de Sagasta; porque aquel joven era Sagasta.

También al abrirse las Constituyentes entraba Sagasta entre los ministros; pero de éste no me acuerdo, ni sé cómo entró.

Del otro sí, de Sagasta núm. 1 de los alumnos de Caminos, me acuerdo perfectamente: le veo venir á mi encuentro envuelto en su capeta y saludarme con sonrisa bondadosa y risueña.

Ni yo le conocía á él, ni él me conocía á mí; pero Sagasta fué siempre cariñoso con todo el mundo, y su sonrisa, su bondad, que parecía decir «estoy dispuesto á servirle», hasta su capeta plegada y recogida bajo el brazo izquierdo, hasta el futuro tupé, que fué en lo futuro el rasgo dominante y característico de sus caricaturas, todo me fué simpático y todo me animó; y aquel encuentro rápido no se ha borrado nunca de mi memoria.

Si yo fuera pintor, pintaría todo esto y dibujaría con exactitud matemática la figura de Sagasta.

Me saludó y me dijo:—Preguntaba usted por el ingeniero

ayudante, pero no está. Si yo puedo servirle á usted, diga lo que desea.

¡Dios mío, servirme á mí el alumno núm. 1 de la Escuela de Caminos! Me sentí profundamente conmovido; lo declaro con entera verdad: mucho más conmovido que al tomar posesión de mi cargo de diputado de las Constituyentes.

—Traía una solicitud—repliqué, sacándola del bolsillo del pecho, no sin alguna torpeza, porque estos malditos papeles no salen dócilmente del bolsillo, y parece que se empeñan en hacer difíciles situaciones graves y difíciles de suyo.

Pero al fin saqué la solicitud y se la presenté respetuoso, y él la tomó con benevolencia, asegurándome que en cuanto volviese el ayudante se la entregaría.

Y nada más.

Le dí las gracias lo más rendido que pude, y él me saludó afectuoso, se puso á mi disposición, y ni siquiera me volvió la espalda, sino que esperó á que yo saliese de la portería; y yo, al salir, ya desde la puerta, me volví para hacerle un respetuoso saludo, como si saliese de la cámara real.

Fué la primera vez que vi á Sagasta; pero su nombre no se me olvidó, ni su acogida benévola.

Cuando, algunos días después, volví á la portería de la Escuela para conocer el resultado de la solicitud, le pregunté al portero Manuel cómo se llamaba el alumno núm. 1, con quien yo había hablado la primera vez.

Y Manuel me contestó, con tono un tanto enfático, que era el núm. 1 de la promoción de quinto año, y se llamaba D. Práxedes Mateo Sagasta.

Manuel tenía buen instinto, y á mí no se me olvidó aquel nombre, ni aquella entrevista, ni aquel momento, para mí más solemne que el de la apertura de las Cortes Constituyentes, que habían de dar á España la Constitución del 69, la libertad religiosa, los derechos individuales y todo el credo democrático.

José Echegaray

LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN PARÍS

EN LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

II

Fernán Núñez llegó á París cuando el primer acto del largo y tormentoso drama de la revolución se estaba realizando, gracias á los consejos poco acertados de Mr. Calonne. La Asamblea de Notables se había reunido en Versalles el 22 de Febrero, sin otro derecho que el de aconsejar al rey Luis XVI sobre las providencias que era conveniente adoptar en el gobierno político del Estado para el bien público. Pero aquel Parlamento, que, si compuesto de los tres antiguos brazos que constituían las fuerzas constitutivas de lo que la Monarquía había sido en todo el Mediodía de Europa desde los más remotos siglos, no había sido convocado en virtud de sus propios derechos tradicionales y con arreglo á las prácticas desde entonces admitidas, sino por nombramiento del rey, acabó de ser la caja de Pandora en la miserable situación de honda inquietud en que se hallaban todos los espíritus, todas las instituciones y todas las clases. En aquella asamblea fué donde se reveló la ambición de la rama de los Orleans, apareciendo en abierta rivalidad contra la rama primogénita, habiendo sido las armas empleadas para conquistar el aura de la opinión plebeya conmovida y las complacencias del mundo medio intelectual, en cuyas manos estaba la palanca de la revolución, la difamación de la reina y el ridículo contra el rey. En aque-

lla asamblea se pronunció ya para siempre y de una manera irreconciliable el divorcio del clero, de la nobleza y del estado llano, divorcio que cogiendo al trono en medio de sus recíprocas rencillas, habría de sentenciar al trono como su víctima propiciatoria inexcusable, cualquiera que hubiese sido la inclinación que hubiera tomado en tan suprema crisis, cualesquiera que hubiesen sido sus energías para mantener aquella inclinación ó sus contemporizaciones para sostener inútilmente la balanza de un equilibrio que estaba roto, y á cuya base de sustentación no había de volver jamás.

El retiro de Aranda y la llegada de Fernán Núñez no podían ser de mayor oportunidad. Al fin y al cabo, el embajador de España en la corte de Luis XVI era un embajador de familia. La familia reinante en Francia, tronco capital de la dinastía reinante en España, no podía menos de tener en uno y otro país una misma significación y simbolizar unos mismos principios. Esta significación y estos principios estaban consagrados, no sólo por el hecho moral de los vínculos de la sangre, sino por el hecho legal de los tratados existentes. Hubiera sido, por lo tanto, incomprensible cuando menos, que en medio de las tumultuosas orgías con que el genio de la revolución se pronunció escandalosamente desde el primer momento, la casa de la embajada de España, que durante los catorce años del ministerio de Aranda había sido el apeadero y el club de todos los que en el ambiente de la inteligencia habían derramado por toda Francia, por toda Europa, por todo el mundo el espíritu agitador de aquella rebelión universal, que ya se revelaba, contra todo el edificio de los pasados siglos, dispuesta á derrocar todas sus creaciones de excepción y privilegio, continuara siendo el asilo de los que, consecuentes con sus ideas, habían de colocarse en una actitud, ya de amenaza, ya de presión, ya de hostilidad á muerte contra el trono, á cuyos pies Aranda tenía la alta representación del rey de España.

La presencia de Fernán Núñez estrechó más las relaciones

de las dos familias reinantes, de los dos tronos, de los dos países seculares. Todo aquel enjambre que ya comenzaba á enojar con sus familiaridades excesivas al mismo conde de Aranda, desapareció del hogar que asilaba el escudo real de los castillos y leones. También, como Aranda, Fernán Núñez daba sus banquetes en su casa de España, aunque no con la continuidad de la mesa franca de su antecesor; pero los banquetes de Fernán Núñez realzaban á la vez á su persona y á su representación. Después que se instaló con el decoro que su posición reclamaba; después que con Floridablanca resolvió noblemente los conflictos privados de su interior economía (1), en su despacho del 13 de Febrero de 1889 le decía: «El miércoles tuve mi primera comida diplomática, á la que sólo pude convidar la mitad del Cuerpo, y con él al príncipe Enrique de Prusia. El miércoles próximo tendré la otra mitad, con el señor duque y la duquesa de Wirtemberg». En su despacho del 9 de Marzo volvía á decir: «El príncipe Enrique de Prusia comió conmigo en la embajada por la tercera vez». Los ministros efectivos del rey Luis XVI solían también ser invitados á estos banquetes de los miércoles, á los que siempre asistían personajes españoles que por cualquier circunstancia se hallaban en París, y algunos nobles titulados de la vieja pairía de Francia, unidos al conde por su parentesco inmediato con la casa de Rohan.

(1) El sueldo del embajador era de 12.000 doblones anuales, como los había disfrutado Aranda; mas á Fernán Núñez se le dieron además 6.000 doblones sencillos de ayuda de costa para establecerse en París, y tres doblones por legua desde Lisboa á la capital de Francia. Con todo, desde el primero de Abril de 1787 al 8 de Abril de 1788 había gastado 2.452.000 reales en sus viajes y postura de casa, y aunque con los 720.000 reales de su sueldo y los 330.000 de sus rentas reunía para su gasto anual 1.050.000 reales, como el gasto mensual bien ordenado no bajaba de 120 á 140.000 reales, que al año montaban por lo menos millón y medio, diversas veces tuvo que representar su posición, aunque algo la alivió á la muerte de su tío el duque de Rohan la herencia que le dejó, así como la de los abuelos de su mujer, que le dejaron otros 10.000 duros de renta.

María Antonieta había dicho bien, cuando al saber la indicación de Fernán-Núñez para la embajada del rey de España, dijo:—El rey de España no nos manda un embajador, sino un amigo.—Desde que Fernán-Núñez presentó las credenciales y cartas del rey Carlos III en Versalles y en las Tullerías, fué considerado como tal. Cada día su intimidad en la corte era mayor y más frecuentes sus audiencias privadas, á pesar de las imposiciones de la etiqueta y de los espionajes de la opinión. Por sus despachos conocemos algunos actos de aquella intimidad y algunas de las costumbres privadas de Luis XVI y de María Antonieta, y otros por sus cartas particulares á Floridablanca, que tenía el hábito de dejarlas unidas á la correspondencia de oficio. En su despacho núm. 195, correspondiente al 26 de Mayo de 1788, decía:—Como SS. MM. paran en el palacio de Saint-Cloud, propiedad de la reina, sólo cinco semanas, en ellas viven como particulares, almorzando, comiendo y cenando diariamente con las personas que son de la jornada; y respecto de las que piden hacerles la corte, sólo van las que Su Majestad mismo escoge, formándose una lista de ellas. Todos los caballeros presentados á la corte y que han ido á la caza con el rey se hacen inscribir en estas listas, que lleva el primer gentilhombre de cámara que está de año. Este las presenta á S. M., y el rey borra los que le parece. De los que quedan se forma otra lista, y á éstos es á los que se les permite ir á Saint-Cloud. Los embajadores de familia van á hacer la corte, pero no á comer ni á cenar, y así excusan llevar el uniforme verde con galón de oro que tienen todos los que se consideran de jornada. Yo no he podido dispensarme de hacerme el mío; pues la benignidad de estos soberanos ha querido exceptuarme, sentándome repetidas veces al honor de su mesa.—En uno de estos convites María Antonieta preguntó por la condesa, y habiendo sabido que se hallaba en estado interesante, se mostró, así como el rey, muy contenta de *seguir la costumbre*. Como Fernán-Núñez ignoraba en lo que aquella costumbre consistía, trató después de averiguarlo, y en su

despacho del 30 de Mayo pidió licencia «para que los soberanos de Francia le bautizaran lo que su mujer pariese», advirtiendo á Floridablanca que «se haría el bautizo con toda ostentación y que el rey y la reina bajaban á la capilla y asistían al acto». Alguna objeción debió hacerse por Floridablanca sobre este obsequio de los soberanos de Francia, porque en su despacho del 9 de Julio decía al ministro de Carlos III que «procuraría evitar que el rey Luis XVI fuese el padrino de lo que le naciera»; y siempre sobre este asunto, el 18 del mismo mes añadía que habló con el conde de Montmorin para evitarlo, y que Montmorin le dijo «que el rey quería serlo y que no habría medio de disuadir á S. M. de este propósito». Por último, en el despacho del 25 de Agosto refería que su mujer había dado felizmente á luz el día anterior por la tarde dos robustos niños en tres horas de tiempo, mediando sólo tres cuartos de hora entre uno y otro, y en el del 29 el fastuoso bautismo, apadrinado personalmente por SS. MM.

De las intimidades de Fernán-Núñez con la familia real habla con mucha frecuencia en sus comunicaciones oficiales, en las que cuenta á veces sucesos como el siguiente despacho número 198, correspondiente al 2 de Junio:—Ayer fuimos á hacer la corte á S. M. el embajador de Nápoles y yo. La reina, que estaba en traje familiar con sus damas en un balcón, por el cual debíamos naturalmente pasar, nos vino inmediatamente á hablar, diciéndonos había esperado allí expresamente porque el domingo antecedente no nos habían llevado á su cuarto. Su Majestad tuvo la bondad de conducirnos por el interior al cuarto del señor duque de Normandía, que estaba comiendo con muy buen apetito y semblante y enteramente libre de su inoculación. De allí se dignó S. M. conducirnos á su cuarto, enseñándonoslo todo, hasta sus piezas más interiores, y dándonos las pruebas más distinguidas de su bondad y confianza. Pasamos de allí al palacio de Meudon, donde se halla el delfín, el que está algo mejor, pero la calentura no le abandona, y ya más, ya menos, el pulso no está nunca en caja. Su sem-

blante no me dió todas las esperanzas que quisiera de su preciosa é importante conservación, de que por su carácter y por su prematuro talento se hace muy digno». Murió el rey Carlos III en la noche del sábado 13 al domingo 14 de Noviembre de 1788, y quedó en suspenso la representación oficial diplomática de Fernán-Núñez, pero no sus relaciones de intimidad con la augusta familia; y así en despacho de 2 de Enero de 1789 podía decir á Floridablanca:—Ayer fué á Versalles el Cuerpo diplomático; pero no habiendo yo recibido aún mis nuevas credenciales, dejé de hacerlo de acuerdo con el señor conde de Montmorin, sin que esto obste á que en otros días haga particularmente mi corte á S. M. con la frecuencia que antes.—Las credenciales llegaron pocos días después, y en el despacho del 16 daba Fernán-Núñez la noticia de que «el martes 13, en una audiencia privada que el rey, según costumbre, le dió en su gabinete á solas con el conde de Montmorin, le presentó su nueva carta credencial, que el rey esperaba». En la línea de esta intimidad hallaremos después al conde y la condesa de Fernán-Núñez, acompañando en las noches solitarias de la desgracia á la reina María Antonieta en sus habitaciones privadas de Versalles, entreteniendo sus ratos de amargura jugando con ella á la lotería, única distracción ya de la musa brillante del Trianon, y más tarde en las repetidas y solicitadas conferencias con esta reina, estudiando con el embajador de España la manera de salvar á aquella augusta familia de la opresión en que se la tenía y del patíbulo que la amenazaba.

En este terreno político, en el cual, desde su llegada á París á mediados de 1787, ya había visto dibujarse todo el desarrollo y todas las consecuencias de la revolución que se iniciaba, pues en su despacho del 7 de Enero de 1755 decía: «Los últimos decretos del Parlamento y de las provincias acreditan que el espíritu público está hondamente agitado y que son muy difíciles de prever las resultas de una conmoción general, sobre todo en esta nación, donde los medios de rigor y de dul-

zura y sus compensaciones son en el día poco combinables entre sí, y muy expuesto el seguir uno de ellos con preferencia»; en este terreno político ya se había captado la confianza omnímoda de aquellos soberanos, pues cuando el 12 de Octubre de 1789, después de la invasión del palacio de Versalles, el día 5, por las turbas de las mujeres desarrapadas de los mercados y las meretrices del lupanar, «volvió confiado el rey, bajo la custodia de La Fayette, al seno de su pueblo de París», también, viendo él con claridad todo el proceso de lo que contra su dignidad, su vida y sus derechos, y contra la dignidad, la vida y los derechos de toda su familia, les tenía tristemente reservado el destino para una fecha no lejana, quiso dejar su testamento moral en depósito inviolable del más propincuo de sus parientes. En manos de Fernán-Núñez puso aquella carta memorable en la cual se leían estos párrafos, después de describir detalladamente los desórdenes que agitaban la Francia, y de calificar de *metafísico* el Gobierno que trataba de modelar la Asamblea Nacional, «que no podía hacer otra cosa que perpetuar la disensión en el Reino, y hacer la Francia incapaz de sostener el lustre y la dignidad que hasta entonces había disfrutado»; «no acuso—añadía—al corazón de los franceses: la mayor parte son de índole noble y buena, y no dudo que reconocerán sus errores cuando puedan abrir los ojos hacia los facciosos que les han cautivado el espíritu; pero al mismo tiempo yo me debo á mí mismo, me debo á mis hijos, me debo á mi familia y á toda mi casa, que no puede dejar envilecer entre mis manos la dignidad real que una larga continuidad de siglos ha confirmado en mi dinastía». Y después, dirigiéndose al rey de España, Carlos III, añadía: «He elegido á V. M., como jefe de la segunda rama, para depositar en vuestras manos la protesta solemne que hago contra todos los actos contrarios á la autoridad real que me han sido arrancados por la fuerza desde la fecha del 15 de Julio de este año, y al mismo tiempo para cumplir las promesas que yo tenía hechas por mis declaraciones de 23 de Junio anterior. Ruego á V. M. con-

serve secreta esta protesta hasta la ocasión en que pueda hacerse precisa su publicidad».

Como del depósito que Luis XVI hizo en Carlos III de España en esta protesta, y de este documento, que palmariamente implicaba un reconocimiento explícito de prioridad de derecho, que ha debido ser siempre muy tomado en cuenta por nuestra dinastía reinante, emanó todo el plan de conducta que desde entonces se observó en Madrid, tanto para intentar poner en juego en París la fuerza de nuestra autoridad y de nuestro influjo para evitar la catástrofe sangrienta que al fin vino, como para la iniciativa que el Gabinete del conde de Floridablanca tomó en su invitación, primero, á las Cortes de familia: Lisboa, Nápoles, Turín y Parma, sin excluir á Viena; luego, á la de las potencias mantenedoras del equilibrio del Continente: Londres, Berlín, Petersburgo y Stokolmo, sin excluir á Ginebra, debió el conde de Fernán-Núñez sentirse por todo extremo lisonjeado al merecer de Luis XVI la confianza plena para constituirle en el intermediario del documento de su voluntad con el augusto soberano al cual se dirigía. El plan de España para salvar á Luis XVI, y sobre el que mediaron con las Cortes mencionadas tantas y tan accidentadas explicaciones, se vió neutralizado por otros planes que á su vez formaron la Corte de Austria y de Rusia, por los manejos y negociaciones que desde que ganaron la frontera comenzaron á entablar con todo el mundo los condes de Provenza y de Artois, hermanos del rey, y, finalmente, por la actitud de Inglaterra, cuyo embajador en Madrid, á nombre de su Gobierno, no cesaba de decir al diestro ministro de Carlos III: «¿Qué nos importa lo que pasa en París con las iras de la revolución? Lo que á Inglaterra y á España les conviene es que Francia por sí misma se debilite, para que tarde mucho en rehabilitarse después».

Qué atención puso y en qué estudio se empeñó Fernán-Núñez acerca del origen, desenvolvimiento y fases que tuvo y tomó el hecho supremo, que fué llamado, por su representación

diplomática, por una parte á presenciar y por otra á intervenir en nombre de su soberano, nada lo explica mejor que su propio despacho número 388, dirigido al conde de Floridablanca el 16 de Febrero de 1789. En él se demuestra el concepto, á la vez que la importancia trascendental que Fernán-Núñez reconocía á aquellos sucesos; y aunque lo primero de que cuidara fuese de instruirse él mismo acerca de ellos, no desconociendo tampoco la influencia que inevitablemente habían de ejercer en los negocios, en los intereses y hasta en el porvenir de nuestra patria, del mismo modo procuró que todos estos trabajos de exploración y de análisis vinieran á Madrid para la misma instrucción del rey y de sus ministros, porque al cabo, como dependiente y ejecutor de las órdenes del rey y de sus ministros de Madrid, habían de llegar hasta él los solemnes mandatos á que había de sujetar su conducta. El despacho en cuestión está concebido en los siguientes términos:

Excelentísimo Señor.

Muy señor mío: Desde el primer ministerio de Mr. Necker hasta el día, han sido grandes las alteraciones que ha habido en el gobierno interior de este reino. La cuenta general que con el título de *Compte rendu* publicó este ministro en el año de 1781 fué la primera que el público había visto de esta especie. Ofuscada hasta entonces la nación con sus antiguas glorias y con la superioridad constante de su comercio, disfrutaba tranquilamente de una y otra ventaja. Los señores y favoritas se enriquecían con los empeños del Estado; los arrendadores, que adelantaban á éste los fondos á crecidísimos intereses, hacían lo mismo; el público se divertía, y cada cual se procuraba los alivios y pensiones que le facilitaba el favor, la protección y la intriga, sin que nadie pensase ni un momento en los resultados de este desorden, contentándose con decir que los recursos de la Francia eran inagotables.

La cuenta de Mr. Necker les probó lo contrario, y empeza-

ron á abrir los ojos sobre un objeto tan importante. El establecimiento de las Asambleas Provinciales que estableció este ministro, para formar con ellas un plantío para una digna é instruída Asamblea General de la Nación, dió un nuevo impulso al espíritu nacional, que, dedicado enteramente desde entonces á los objetos públicos de que estaba absolutamente separado, ha hecho en ellos rápidos progresos, deponiendo hasta su ligereza natural para emplearse con el ardor y entusiasmo que le es propio en los objetos públicos de administración y gobierno.

Esta época debe, pues, considerarse como el origen de todas las importantes novedades que experimentamos, y de las muchas que deben seguirse á ellas con la reunión de los Estados Generales y sus resultados, que no pueden dejar de ser de la mayor consideración para este reino y de instrucción para los otros.

Fundado en esto, me he formado la idea de hacer reconocer todos los escritos y providencias dados desde dicha época del primer ministerio de Mr. Necker, y hacer de todo un resumen que haga ver la serie y resultado de las providencias, y dé noticia de los escritos dignos de atención que hayan salido, tanto por el partido de la corte y estado llano, como por el de la nobleza y clero, haciendo colección de dichos escritos para remitirla al fin á la corte con dicho papel.

Yo quisiera tener tiempo y conocimientos suficientes para este ímprobo trabajo, que considero puede ser de la mayor utilidad; pero me falta uno y otro, aunque no el conocimiento del mérito de la obra, y el deseo de que se verifique. A este fin he escogido una persona capaz de desempeñarlo, y pondré en la cuenta de extraordinarios los socorros y auxilios que le dé, como quiera que es preciso se dedique enteramente á este trabajo.

Espero que mi resolución merecerá la aprobación de S. M., en cuyo beneficio y aumento de nociones gubernativas resultarán todos sus efectos.

Dios guarde á V. E. muchos años. — París, 16 de Febrero de 1789.

Excmo. Sr.

B. l. m. de V. E. su más atento seguro servidor,

El Conde de Fernán-Núñez

Excmo. Sr. Conde de Floridablanca.

La base de todo el movimiento político-social despertado, como Fernán-Núñez decía, por las primeras reformas económicas de Necker en 1781, no sólo consistía en la igualdad de la tributación que se imponía rompiendo la valla de los antiguos privilegios, sino la imposición de la misma igualdad común en el derecho á la administración de justicia, y, en suma, la obsoluta desaparición de las barreras sociales de clase para el triunfo definitivo de la igualdad civil y de la igualdad moral. Por encima de toda filosofía ecléctica, de toda filosofía racionalista y de todo fanatismo de clase ó de escuela, á pesar de que esta doctrina se levantara á vías de acción entre otras clases contra la que absorbía las altas jerarquías de la Iglesia, hemos de convenir en que aquella igualdad humana, en cuyo nombre la revolución francesa se levantaba, era aquella igualdad fundada en la fraternidad común, dogma esencial de la doctrina del Crucificado. Así, pues, no fué preciso hacer la convocación de los Estados Generales para que los problemas que de aquí surgieron se individualizasen desde la primera reunión de la Asamblea de los Notables. En ésta se dibujaron todas las actitudes; en ella renacieron todos los divorcios; en ella se templaron todas las armas para el combate; el clero y la nobleza se prepararon á resistir, ó con el trono ó contra el trono; el estado llano se dispuso á avanzar, ó con todos ó contra todos; y á estas actitudes irremediables é irresistibles obedecieron por una parte las protestas y las rebeldías de los Parlamentos de provincia y de las altas clases que los componían, por otra parte la agitación permanente de los espíritus y las furias populares del motín.

Entre elementos tan discordes quedaba de tercero el rey y sus ministros: el rey, sin resolución alguna posible, pues su papel le imponía la protección al derecho de todos; los ministros, sin providencias de salvación, ni capacidad siquiera para comprender, no para dirigir las circunstancias. Vista la dirección de los sucesos en los despachos veraces é ingenuos de Fernán-Núñez, no pueden menos de recordarse estos juicios de un ilustre escritor francés:—«La Providencia, escribía, que dotó aquel reinado de tantos hombres ruidosos, no le concedió siquiera un solo hombre de Estado. Todo se volvió promesas y decepciones. La corte estaba alborotada. Apoderábase de la nación la impaciencia, y las oscilaciones degeneraban en convulsiones. La Asamblea de los Notables, los Estados Generales, la Asamblea Nacional, todo estallaba al parecer en las manos del rey, y las buenas intenciones de éste produjeron una revolución más ardiente é irritada que la hubiesen podido producer sus vicios. A la sazón amenazaba al rey la Asamblea Nacional, y no contaba en su Consejo un hombre capaz, no sólo de resistirla, sino de hacerse cargo de ella, porque los verdaderos fuertes más querían ser ministros populares de la nación que servir de defensa al rey.»

Y en otro lugar añade:—«La virtud del príncipe podía satisfacer la tranquilidad de su conciencia, pero no era suficiente para las resoluciones que debía tomar. Al salir de sus consejos de ministros, en los cuales cumplía lealmente las condiciones constitucionales de su papel de rey, procuraba buscar, ya en la amistad de sus servidores adictos, ya en los consejos de los enemigos que furtivamente admitía á sus conferencias, inspiraciones de acierto, las más íntimas y desinteresadas. Los consejos se sucedían á los consejos, y se contradecían en el ánimo del rey, del mismo modo que los resultados se contradecían en todos sus actos. Los enemigos á quienes consultaba le sugerían concesiones, prometiéndole una popularidad que huía de sus manos al mismo instante que querían entregársela. La Corte le aconsejaba que se mantuviese fuerte, siendo así que la

fuerza de que ella podía disponer era un sueño. La reina luchaba por inspirarle su valor. Los intrigantes le proponían la corrupción, los tímidos la fuga, y él ponía en práctica al mismo tiempo pareceres tan opuestos. Pero ninguno de ellos era eficaz, porque había transcurrido ya el tiempo de las resoluciones útiles y convenientes; la crisis se hacía inevitable, y era preciso elegir entre la vida y el trono. Queriendo esforzarse en conservar una y otro, estaba escrito que perdería ambas cosas. Así, pues, cuando el hombre reflexivo se coloca mentalmente en la situación de Luis XVI y se pregunta mentalmente á sí mismo cuál hubiera sido el partido que hubiera podido salvarle, no puede menos de contestarse tristemente: *Ninguno*» (1).

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN
De la Real Academia de la Historia.

(1) Lamartine: *Historia de los Girondinos*, libro I, párrafos 10 y 11.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

LA TRANSICIÓN

V

Balzac.—La personalidad.

Indicado ya el plan y sentido de la *Comedia humana*, es tiempo de considerar el valer propio de su autor, la esencia de su personalidad literaria, sus condiciones y cualidades peculiares de literato y de artista.

Desde luego se advierte que la observación, en Balzac, no tiene afinidades con lo que más adelante llamarán observación los naturalistas de escuela. La observación en Balzac es aquel dón natural de *devorar* las cosas, y á pesar de su riqueza pasmosa de referencias y detalles, datos y hechos menudos (que estaban allí como están las cosas familiares y verdaderas á las cuales nadie presta atención hasta que el arte las pone de manifiesto); á pesar del admirable axioma que Balzac formula—«antes todo era relieve, ahora se trabaja ahondando»,—ello es que no nos figuramos al autor de la *Comedia humana* tomando notas en una cartera, clasificándolas, formando un prolijo expediente antes de escribir una novela, como hizo después Zola al recoger y querer realizar por cuenta propia la idea de la *Comedia humana*. Ni aun le comprendemos extractando un libro, por más que su obra demuestre con evidencia

copia de lectura y que conozcamos sus etapas de encerrona en bibliotecas.

Lo que le concedemos es vista de ojos, trato de gentes, conversación, práctica del vivir, *lección de cosas* incesante, recibida al pasar por distintos medios y varias profesiones, en estados si no de miseria, por lo menos de apuro y combate encarnizado. Balzac no podía contarse entre los legos, pero se cuenta en la escasa falange de los hombres que con su ardiente mentalidad dominan completamente á su cultura y en ningún caso son dominados por ella. Como en todo individuo de excepción, en Balzac no es lo adquirido, es lo natural lo que hace el gasto, lo que vale, lo que se impone. Por eso muchos opinan que no es Alejandro Dumas padre, sino Balzac, quien debió ser calificado por Michelet de «fuerza de la naturaleza». Si en toda la literatura del mundo se hubiese perdido el dón de la espontaneidad, á Balzac sería preciso acudir para encontrarlo, á pesar de lo tenazmente que mascaba sus obras.

Tenemos que adherirnos á la opinión de Sainte Beuve; según él, en semejante complexión de escritor, la parte de inventiva tiene que ser más considerable aún que la de observación y estudio. La inventiva, en un novelista como Balzac, que no emplea los procedimientos hasta él empleados, que es objetivo y épico, no se reduce á discurrir una fábula cuando la realidad no se la proporciona hecha; en Balzac, como en Cervantes, la inventiva va al fondo de los pensamientos, de los sentimientos, de los intereses humanos, y se confunde con la adivinación y la segunda vista, y á veces, por la misma acuidad de la visión, llega hasta la alucinación, forzando y extremando el sentido arcano y oculto de las apariencias vulgares.

La inventiva inferior del novelista es la de la fábula, de lo que se llama el asunto ó argumento, y no sería difícil probar que el asunto de las mejores novelas ha sido tratado en otras detestables, así como los argumentos de los dramas de Shakespeare se encuentran en mediocres y olvidadas producciones

teatrales anteriores. Todo va en la personalidad del autor.

El mérito de Balzac no estribaba en la fábula, ni sus novelas de argumento complicado y sensacional son las mejores. Lo que distingue á Balzac es que, así como Rousseau y Bernardino de Saint Pierre trajeron á la novela el paisaje, Balzac trajo los objetos y el dinero. Antes de Balzac, dice acertadamente un crítico, no hay novelas *vestidas* ni *amuebladas*, y yo agregaría: ni novelas en que los héroes dependan de la bolsa (á excepción quizás de *Manon Lescaut*). La novela se había considerado género de mero entretenimiento, como han seguido considerándola todavía en nuestros días algunos escritores clásicos (citaré, entre nosotros, á D. Juan Valera); por lo tanto, no se escribía para escudriñar la vida social, ni para disecar el corazón humano fibra por fibra, sino para narrár un episodio, generalmente amoroso, generalmente de juventud—recuérdese la mayoría de las novelas románticas, y dígase si fueron otra cosa—(excepto las de aventuras). En esa cualidad secundaria de la invención del asunto, Balzac quedaría por bajo de Alejandro Dumas padre, y hasta del autor de *Las memorias del diablo*, á quien Julio Janin, *reventador* concienzudo de Balzac, anteponía á éste por «el movimiento y los incidentes variados». Así es que, al hablar de la invención en Balzac, me refiero principalmente á la invención de caracteres, presentados en un medio real, rigurosamente histórico en los grandes rasgos, y de una exactitud geográfica que recuerda la de Dante. Esa invención de caracteres es la creación de seres vivos «haciendo competencia al registro civil».

Sin duda los caracteres presentados por Balzac existen, y á no ser así no valdrían cosa; pero el novelista no pudo observarlos todos en su inacabable serie, ni retratarse en todos, como diz que se retrata en *Alberto Savarus*; en sus novelas—él mismo nos lo afirma,—á pesar de la fidelidad en reproducir las costumbres, no hay clave; apenas si la malignidad señaló dos ó tres figuras que pudiesen corresponder á personas de carne y hueso, famosas en los anales de la sociedad parisiense ó de las le-

tras, como la *Camila Maupin*, que en lo físico recuerda á la actriz Georges y en lo moral tiene rasgos de Jorge Sand. Es evidente, pues, que los caracteres de Balzac son inventados, creados, pero creados sobre la vida, con pasta de verdad, interna y externa, y he aquí una de las enormes superioridades de Balzac respecto, no sólo á Walter Scott, Jorge Sand y los novelistas de aventuras y lances, sino al ilustre Flaubert, que sólo creó dos ó tres caracteres marcados con el sello vital, y á Zola, que no creó caracteres, sino *tipos*, lo cual es muy diverso, y conduce fatalmente á generalizar, á caer en la abstracción y en la mentira.

No sólo es Balzac un inventor de caracteres, sino que — y no puedo menos de nombrar á Shakespeare, en quien observo otro tanto,—á pesar de su adhesión á lo real, es un idealizador del carácter; es decir, que entre sus caracteres abundan los individuos extraordinarios, dotados de tal fuerza de individuación (en diversos sentidos), que nunca podrían confundirse con ese vulgo medio cuya pintura prefirió, veinte ó treinta años después de Balzac, la escuela naturalista. Brunetière asegura, con razón, que no es en *Rojo y negro*, de Stendhal, donde hay que buscar los profesores de energía, y, añadiría yo, los cerebros de complicadas ruedas, sino en diversas obras de Balzac, á pesar de las profesiones de fe democráticas (democráticas en arte) que podemos encontrar en su teórica. Lo democrático en arte, verdaderamente, no consiste en tomar por modelo á una labriega ó una criada de servir mejor que á una señora; lo democrático es retratar la verdad, si se quiere, pero la verdad insignificante. Una criada de servir, entendida como la *Rabouilleuse* de un *Un menaje de soltero*, ó como la *Cochet* de *Los labriegos*, deja de ser carácter vulgar y sin sentido.

Entre los personajes de Balzac, que forman un mundo, hay algunos estudiados con tal ahinco y relieve, que la vida intensa del alma humana está en ellos en acto continuo. Con igual penetración ha creado los caracteres masculinos que los femeninos, particularidad propia del gran inventor de caracteres,

pues hay novelistas y dramaturgos de alta fama, cuyas mujeres son totalmente convencionales. Y es otra cualidad de Balzac, que imprime sello de carácter hasta á los personajes meramente episódicos, que no hacen sino cruzar por la escena y resaltan un minuto—como pueden resaltar los protagonistas, de quienes habla extensamente.—No es el menor encanto de Balzac ese dón del *apunte*, del *boceto*, de la *mancha* intensa, propio de los pintores geniales.

El vigor psicológico de ciertos caracteres de Balzac llega á revestir proporciones imponentes, que recuerdan el mar en días de tormenta, la emoción terrorífica de aquello cuyos límites no discernimos. Véase la terrible figura de Felipe Bridau (*Un hogar de soltero*). Felipe Bridau es el estudio más completo de una psicología modificada por el medio y la concurrencia vital: es el hombre de presa, que pudo ser héroe y paró en bandido, pero *bandido social*, que elude las responsabilidades ante la ley. Demuestra Felipe Bridau que la guerra, al establecer estados anormales, anormaliza también los caracteres y los prepara á mantener en la paz el mismo estado de guerra, pero sin la generosa y franca exposición al peligro y sin la aureola de la gloria. Abismos de psicología son Papá Goriot, Luciano de Rubempré, el padre de Eugenia Grandet, el abate Troubert, Marneffe, Crevel, César Birotteau, Beatriz, la prima Bette, Eugenia Grandet, Ursula Mirouet, Beatriz, la duquesa de Langeais, la Musa del departamento, Baltasar Claes, ¡y tánta y tánta figura de segundo término, en que la indicación, por lo firme y segura, equivale al estudio detenido y concentrado!

Dícese comúnmente que Balzac fué novelista épico; creo llegado el momento de notar que en Balzac, al lado del positivismo histórico, hay una propensión constante á *dramatizar* la epopeya. Su vasta obra hubiera debido llamarse, más que *Comedia humana, Drama humano*. En efecto, hasta lo cómico de Balzac es cómico dramático. Se ha dicho de Balzac que, así como no tiene distinción ni elegancia, no tiene chiste, ni hu-

morismo, ni *esprit;* y acaso sea cierto, si consideramos el chiste, el *esprit* y el donaire como algo que provoca, no á meditación, sino á solaz y risa. Los tipos de Balzac encierran un sentido cómico demasiado hondo: son crueles, son amargos, como amargas son la vida y la realidad. Balzac no es de los que divierten, en el sentido inferior y trillado de la palabra. La malignidad de Julio Janin, al poner en la misma línea á Paul de Kock y á Balzac, pudo ir más allá, y anteponer al chocarrero autor de *Gustavo el calavera;* seguramente ha arrancado más carcajadas, y los mozalbetes lo prefieren. Balzac veía el drama, la comedia dolorosa, á lo Molière; nunca el sainete, ni aun cuando retrata tipos tan grotescos como el ínclito Gaudissart.

Pero cuando digo que veía el drama, conviene añadir que era el drama *natural,* por decirlo así, que encierra toda vida, aunque algunas veces llegase á la exageración de los caracteres dramáticos, como en la *Historia de los trece* y *La última encarnación de Vautrin.* Es curioso que el novelista, á quien se rechaza del teatro considerándole incapaz de un éxito alumbrado por candilejas, sea el hombre más inclinado á dramatizar y á sugerir la preocupación dramática, hasta sobre la base de insignificantes asuntos. Y es que Balzac posee, al lado de aquella «viva sensibilidad» que le acuchillaba el corazón, una imaginación fogosa, plástica, volcánica y sin freno, no al estilo de Dumas ni de Sué, pero no menor ni menos rica. Dícese que era premioso y difícil en la labor literaria, pero yo creo que el exceso de ideas y planes y materia ígnea en su cerebro es la causa de esta especie de dificultad, parecida al tartamudeo de los que hablan emocionados, con atropello de conceptos y períodos. Si su premiosidad naciese de aridez, no se explicarían sus incesantes variaciones y refundiciones del texto. No hubo, al contrario, novelista más abundante, más ahogado en sobreproducción, y pudo decir de sí mismo lo que otro ilustre novelista contemporáneo: «En mí es una secreción la novela».

Lo dramatizado, en Balzac, hasta cuando la imaginación

y no la realidad es la que suministra el terror dramático, sin cuidarse de la verosimilitud,—es siempre *fuerte* y ejerce sugestión,—mayor que la ejercida por otros escritores, excepto por Edgardo Poë y Hoffmann. Compárese, por ejemplo, la ejecución de *Milady* en *Los tres mosqueteros*, y el castigo de la coqueta duquesa en la *Historia de los trece*, ó la degollación del bretón delator en *Los chuanes*. Y la inclinación á dramatizar y el poder dramático de Balzac se demuestran, tanto ó más que en los sucesos que refiere, en las descripciones, penetradas de una especie de fatalidad, de un sentido de misterio, vibrantes de emoción secreta, indefinible, que nos anuncia algo próximo á suceder ó que ha sucedido ya, y cuya huella conservan los objetos. Las descripciones de Balzac son efectivamente largas, minuciosas, á toques lentos como los cuadros de la escuela holandesa; pero es que en la descripción está ya el drama asomando y como insinuándose en nuestra mente. Alguna de estas magistrales descripciones guarda con el asunto la misma conexión que la sinfonía ó el preludio con la partitura. Balzac no describe jamás *por describir*, porque un lugar ó un paisaje encantaron sus sentidos y solicitaron su pluma. Al describir, lo que hace es situar en el medio ambiente el drama, dentro de la verdad psíquica que presta significación á los hechos materiales. Los objetos tienen su lenguaje, y este lenguaje lo ha interpretado como nadie el vidente Balzac. La escuela, más adelante, llegará á desquiciar, exagerándola, esta relación profunda de nuestro espíritu con lo que nos rodea, y las tres descripciones consecutivas de París en *Una página de amor*, aunque trozos de muy bella factura, no nos producirán el efecto revelador y dramático de la descripción de la villita de Guérande en *Beatriz*, ó la selva de Aigues en *Los labriegos*, que son, más que descripciones, pedazos de alma anticipados y entregados á nuestra avidez psicológica. Hay que saber leer estas descripciones; si las saltásemos, llevados del vulgar afán de ver «lo que sucede», realmente habríamos perdido la médula de la obra de Balzac. Debo decir, porque á ello obliga la sin-

ceridad, que á veces Balzac se enreda en esta parte de su labor, no mide las proporciones (ya se sabe cuán de prisa trabajaba: para abreviar hay que tener tiempo) y llega tarde á lo que propiamente se conoce por drama y acción. Así le sucede, verbigracia, en la novela *Los labriegos*, en la cual el suceso dramático, el asesinato del guarda Michaud, ocupa tres páginas y viene precedido de una interminable serie de estudios de ambiente y medios, grabados muchos de ellos al aguafuerte con el sentido humorístico más encantador, como, por ejemplo, las páginas del timo de la nutria,—pero que, reducidos á la mitad, bastaba para armonizar los elementos de ficción y observación.

Hay que resignarse: Balzac debe leerse á veces, como se lee á los historiadores, á Macaulay ó á Suetonio, con la diferencia de que la preparación lenta de su lectura hace estallar más vivamente la emoción dramática. Si falta el drama en los sucesos, está delicadamente envuelto en la psicología, como pasa en *César Birotteau*, asunto esencialmente burgués y vulgar, que la fuerza analítica de Balzac eleva á las proporciones de conflicto terrible, lucha épica de los intereses materiales en la sociedad contemporánea.

El estilo en Balzac forma parte de los procedimientos nuevos y especiales que el gran innovador aporta al género. Desde luego, es un estilo muy distinto del que empleaban los románticos, y en el cual se nota la huella que imprime la poesía lírica. En la novela romántica (salvo excepciones, como *Adolfo*, que está escrito de un modo seco y sencillo) abunda siempre la retórica, y esto cabe decirlo, en primer término, de las novelas de Jorge Sand, escritas con láctea fluidez, pero escritas en prosa poética. Cualquiera de los que precedieron á Balzac, y también de los que le siguieron (Flaubert, Zola, Daudet), se ha preocupado más de lo verbal y formal que el creador de la *Comedia humana*. Es seguro que el estilo, aisladamente, no importa á Balzac: lo mira como medio de decir lo que quiere decir ó de insinuarlo con ese calor interior, esa vi-

bración y estremecimiento de vida que es preciso reconocerle. Balzac, no cabe duda, sea por instinto ó sea por reflexión y estudio, y lo primero me parece evidente, sabe su idioma tanto como el que más, según afirma Taine; lo sabe desde sus primeros orígenes y verdores y retoñares literarios, y basta abrir los *Cuentos de gorja* (*Contes drôlatiques*) para cerciorarse de ello. Pero no se forma un estilo literario por conocer á fondo el idioma, y hay ignorantes de todo elemento gramatical y retórico que son extraordinarios estilistas naturales. Evidentemente, Balzac, aparte de los juegos retozones de los *Cuentos*, en la labor de la *Comedia humana* no aspira á hacer estilo, ni aun arte riguroso, sino que, como dijo felizmente Brunetière, el arte de Balzac es su naturaleza y su temperamento.

Acerca del estilo de Balzac encuentro dos opiniones opuestas, y las dos de monta: la de Brunetière y la de Sainte Beuve. Sainte Beuve lo definió como una *eflorescencia* que hace temblar la página; como un estilo cosquilleador y disolvente, enervado, rosado, jaspeado de todos los matices, deliciosamente corrompido, asiático y flexible como el cuerpo de un mimo antiguo, que adopta cualquier postura. Sainte Beuve no es nada tierno para Balzac (dícese que le guardaba rencor por haber rehecho en *La azucena del valle*, la novela *Volupté*), y, no obstante, su definición acusa un estilo de escritor peritísimo y refinado, mientras Brunetière entiende que la definición repugna al verdadero modo de ser de Balzac: «Como escritor—dice—no es de primer orden; ni siquiera cabe decir que recibió del cielo, al nacer, prendas de estilista, y en este respecto no podemos ni compararle con algunos de sus contemporáneos, como Víctor Hugo y Jorge Sand». El detallado análisis que sigue á este fallo nos muestra á Balzac expresándose frecuentemente en galimatías, corrigiéndose para estropearse más, no escribiendo ni con casticismo, ni con pureza, ni con claridad; pero dado que Balzac no se propone la realización de la belleza, sino la representación de la vida, animando y vivificando, mediante un talismán secreto suyo, todo cuanto

ha querido representar, no conviene decir que escribió mal ni bien, sino que escribió *como es debido*. La revolución que hace Balzac en literatura no es de forma, sino de fondo; inferior en lo verbal, su grandeza en lo substancial es la que le ha valido subir tan alto después de su muerte. Y en efecto, yo debo reconocer, á pesar de mi afición invencible á la belleza del estilo, que la vida es un dón todavía más rico y precioso, y que los autores sólo admirables por la forma caen en olvido antes que aquellos capaces de insuflar á su obra aliento vital. Es la fábula de Pygmalion, aplicable al arte siempre. Sin duda, saludamos al gran estilista en Teófilo Gautier, pero está muy olvidado ya; lo único que le salva es una idea: su teoría del arte por el arte. Y á Flaubert, admirable cincelador, no es el estilo, es la observación de la vida expresada con el estilo, lo que le sitúa entre los maestros.

En cuanto al estilo de Balzac, ó mejor dicho, á su forma literaria, no cabe en la definición de Sainte Beuve. El estilo de Balzac, en el cual rara vez asoma el «trozo de factura», es tan enérgico *por dentro*, que hace tolerar y hasta beber con gusto las digresiones y las descripciones detalladas. Entre el estilo brotan, traídos por la misma fuerza del asunto, párrafos de una belleza de realidad que sobrecoge; frescos y retratos que parecen de Goya. La comparación de Balzac con Goya se me ha venido frecuentemente á la pluma. Son dos «pintores universales» históricos, de la historia de su tiempo; son juntamente dos alucinados que van infinitamente más allá del realismo vulgarista, servil y fiel como un perro; son dos temperamentos desatados, en los cuales la *vida* es la cualidad maestra, á la vez que el modelo y el asunto; son dos retratistas de la mujer, del misterio femenino, de las elegancias y corrupciones de una época, dos agudos psicólogos sociales; son dos creadores en perpetua erupción de volcán, arrojando ya llama, ya lava, ya humo, ya escoria, desiguales en su producción, y condenados á no hacer obra parcial que pueda llamarse definitiva y perfecta, debiendo buscarse la perfección y lo decisivo de su labor

en el conjunto, no en un trozo aislado. Son, por último, dos que se cuidan más del *sér* que del bien y de la perfección, imitando en esto á la naturaleza, según la afirmación de Leopardi. De los dos puede decirse que trazaron la historia contemporánea, y que dentro de su patria descubrieron la vida local, y aun la vida regional.

Este aspecto de Balzac no hay que echarlo en olvido: es un novelista que sale de París y recorre los departamentos, estudiándolos con una justicia y una previsión que no han superado después los *localistas especiales*, encerrados, como Pereda, en su huerto. Y es que Balzac no es un costumbrista, sino un historiador analítico de las costumbres, y quisiera hacer resaltar la diferencia. Un costumbrista (Trueba, Fernán, Pereda) es siempre un poeta apologista (poeta de mayor ó menor altura) de una comarca. Balzac estudia la provincia sin ternura, con el amor acre y viril del pintor al modelo, que quiere retratar hasta la medula, pero no idealizarlo. Y la España local de Goya, que no está favorecida, se asemeja en esto á la Francia local de Balzac, admirable parte de su labor, que por sí sola bastaría para ganarle la inmortalidad. Si hubiera dos Balzac, el de los estudios de provincia y el de los de París, los dos serían colosos.

Clasificar á Balzac, incluirle no en una escuela, sino en una tendencia general literaria, no puede hacerse sin distingos y restricciones. Naturalista, lo es, aunque sin duda ni la retórica, ni la filosofía, ni los cánones de la escuela que de él procede sean los mismos que él profesaba: á su tiempo veremos la diferencia. Realista es también, por la noción de la importancia de ciertos resortes que la novela antes había desdeñado, por la acción de esas mil cosas menudas, íntimas, si se quiere, que tanto influyen en el desarrollo de la vida humana. Y romántico, lo es en gran parte, no sólo porque queda en él enorme cantidad de levadura romántica, sino porque su obra está asentada y arraigada en época y terreno ultrarrománticos, y el ambiente le obliga á no prescindir del romanticismo, aunque

le impulsen las nuevas corrientes objetivas y positivas. Considerando esta heterogeneidad de la obra de Balzac, es exacto lo que de ella dice Emilio Zola al comparar la *Comedia humana* á una torre de Babel, que el arquitecto ni tuvo ni hubiese tenido nunca tiempo de terminar: «El obrero ha empleado cuantos materiales encontró á mano: yeso, cemento, piedra, mármol, y hasta arena y barro de los fosos». La sensación de inarmonía, de desequilibrio, de barroquismo que causa la *Comedia humana* á los que más la admiramos, es lo característico de la obra *de transición*, en la cual, que su autor quiera ó no quiera, al servir de puente entre dos épocas literarias, la tierra y la arena de las dos orillas se ha de mezclar al ludir del agua, y no han de poder ocultarse los materiales que confluyen y representan lo presente y lo pasado.

Emilia Pardo Bazán

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

RETRATOS DE DESCONOCIDOS

En Apsley-House hay, además de Quevedo y del Papa, un busto de un noble caballero (Nr. 159), el cual pasaba antes por un autorretrato, si bien la construcción de la cabeza es muy distinta de la del pintor.

Recientemente se ha creído que era Calderón. Pero la diferencia ó, más bien, oposición entre este tipo de fría altivez, con su mirada de lado, entre orgullosa y escudriñadora, y la indecisión melancólica y contemplativa del poeta, no puede ser más evidente. La gracia de las facciones pálidas y un tanto descarnadas de un hombre de unos treinta años reside en la unidad y espontaneidad con que están fundidas, ingeniosa combinación de luz y sombra. Sobre el fondo obscuro se destaca el lado más claro de la cabeza, vuelta con gran plasticidad.

Pocos retratos están modelados con una superficie tan amplia, apenas matizada de luz y sombra; así, por ejemplo, se destaca la nariz sobre las mejillas, de un tono completamente uniforme, y, sin embargo, ninguna facción está obscurecida. El contraste de estas proporcionadas masas fortalece la impresión de luz solar, que recuerda á Solimena. Las sombras, calculadas con luz de arriba, llenan la mayor parte de las cuencas é indican los pómulos, evitándose, por un pálido reflejo, que parezcan apagadas.

Palomino cita varios retratos de cortesanos para cuyo reconocimiento no tenemos ningún punto de apoyo; entre ellos, dos maestros de cámara: el de D. Nicolás de Cardona Lusiguiano y el «muy celebrado de Pereira, caballero de la Orden de Cristo, pintado con inusitada maestría y habilidad». Después, el de D. Fernando de Fonseca Ruiz de Contreras, marqués de la Lapilla, caballero de la Orden de Santiago, y el confesor de la reina, el trinitario fray Simón Rojas, muerto en 1624 y retratado después de su muerte.

En la Galería de Dresde (Nr. 698, 0,65 ½ × 0,56) está el retrato de uno de estos caballeros. Un señor de edad, vestido de negro y de apariencia seria y distinguida; la dorada cadena del pecho ostenta, al parecer, el pequeño escudo; la cruz roja está indicada en el manto con algunas pinceladas anchas. Los cabellos, canosos y fuertemente iluminados, delatan una existencia llena de cuidados; pero por su actual corpulencia parece haber trocado sus servicios de campaña por algún cómodo sillón de cualquier Consejo.

El busto es interesante, porque muestra en su estado incompleto al pintor durante su trabajo. La cabeza está también bosquejada sobre fondo claro, en un color ligeramente pardo, y luego toda ella por igual, incluso el cráneo (así parece), envuelta en un medio tono de carne. Debió, pues, mediar una larga interrupción. Los cabellos son de un singular tono desigual, así como las dos guías del bigote; éstas parecen estar formadas de dos trozos superpuestos, de los cuales el primitivo era más canoso. En el retocado se repartió un tono más claro sobre el rostro; en el tratamiento del toque de los ojos y del *bigote* se ve evidentemente. Quizá es casual que los ojos, especialmente el derecho, apagado, parecen hinchados por una dolencia. Aquella clara encarnación debe fundirse probablemente con las medias tintas grises. Esto no se ha hecho, por lo cual parecen la frente, las mejillas, las sienes y el cuello una casi vacía superficie blanducha.

EL MARQUÉS DE CASTEL-RODRIGO

El interesante pero dudoso cuadro de un anciano MARQUÉS DE CASTEL-RODRIGO, en el palacio del príncipe Pío de Saboya, en Milán, ha sufrido, desgraciadamente (como es fácil de comprobar), varias vicisitudes.

Según las armas (el nombre está casi borrado), era el segundo poseedor de este título D. MANUEL DE MOURA, cuya madre era una *Corte Real*; lleva el escudo de la Orden de Cristo de Portugal.

Su padre, D. Cristóbal de Moura († 1613), fué introducido en la alta política por Felipe II, llegando á ser nombrado primer virrey de Portugal.

Su palacio en el Tajo, con sus torres y galerías, pertenecía á lo más prestigioso de la antigua Lisboa (1). El mausoleo ó panteón de familia en San Benito fué mandado construir por D. Manuel, en Roma, á Franz du Quesnoy. Pero la revolución de 1640 le separó para siempre de su patria y de sus antepasados. Esta desgracia entenebreció sus últimos años. Deseaba ya descansar, y pidió al rey en 1646 su relevo.

La firma (*Velazquez f.t*), en el brazo del sillón, es ciertamente falsa; pero la concepción netamente española del continente y la mirada, así como el acostumbrado tono blanco de las facciones y del fondo, trae sin duda á la memoria el nombre del maestro; en efecto, se busca con dificultad su firma en los detalles accesorios y manos. La cabeza no es indigna de él. Se reconoce al hombre de Estado y de negocios, encanecido en la intriga, en la observación de los hombres.

Por los años de 1644 á 48 era gobernador civil de Flandes. El muy raro (no puesto en el comercio) grabado de Paul Pontius, el cual grabó también por aquel tiempo, como pareja, al

(1) M. DE MONCONYS: *Voyage d'Espagne*, IV, 32 (1628).

viejo D. Cristóbal, muestra sólo vagamente la forma de la cabeza; pero en vez de la algo deprimida nariz, ostenta una muy larga y aguileña y cabellos rizados. Por la edad, Velázquez no pudo pintar al marqués hasta su vuelta de Flandes, es decir, un par de meses antes de su viaje á Italia (1648), ó después de su regreso en el estío de 1651, pues D. Manuel murió en Enero de 1652. En Madrid hubiera llamado la atención la gorguera, abolida por Felipe IV en 1623.

APÓCRIFOS

También las obras atribuídas á los grandes artistas, equivocadamente y, á veces, en perjuicio suyo, pueden tener alguna utilidad; enseñan á conocer la idea que en ciertas épocas ha dominado sobre ellos, al par que adiestra la mirada. Es verdad que el estilo de Velázquez es fácil de comprobar; pero bajo él se encubren notables equivocaciones, así como el desconocimiento de este mismo estilo.

Aun en Madrid, donde se está en mejores condiciones para educar la mirada, se le han atribuído lienzos completamente apócrifos, como el supuesto Alonso Martínez de Espinar (1105), el joven de rostro moreno y facciones sensuales, pintado con tanta tiesura y grosería (1104), y el boceto de una cabeza de viejo (1115).

En muchos retratos, en parte excelentes, induce á error la fisonomía española de aquellos tiempos; citaré el caballero de Santiago de la Galería Surmondt, en Berlín; el «Alcalde» de sir John Neeld, en Grittleton; el joven de largos cabellos negros, en Burleigh-House; D. Pedro Moscoso de Altamira, en el Louvre (556); el imponente Caballero, de poderosa osatura y enérgicos rasgos, de Earl Stanhope.

Con frecuencia se cree reconocer su espíritu en los retratos de príncipes de la Iglesia, porque la seriedad sacerdotal y dignidad contenida de éstos recuerda el *sosiego* español. Munich

posee su cardenal Rospigliosi; Berlín, el cardenal Azzolini (reivindicado por Teodoro Levin á G. F. Voet); Maguncia, un desconocido; la Galería de Salamanca, un monseñor Bolonés, al cual calificaban los expertos en París *incontesté et incontestable*; en Londres apareció un joven purpurado (E. A. Leatham).

En la cabeza fogosamente esbozada y llena de afecto de un franciscano, pintada con terrible verdad (Brera 390), han admirado muchísimos la bravura del raro pintor en Italia; pertenece, así como el retrato (155) de la escuela milanesa, probablemente, á Daniel Crespi. Y entre los mejores Velázquez de Inglaterra se enumera el noble polaco (?) (duque de Abercorn), el cual bien á las claras muestra ser de la escuela inglesa.

Muchos lienzos de gabinete deben el supuesto nombre de Velázquez, como es fácil comprender, á la especulación. Y cuando se unen en un tratante de cuadros la práctica de éstos con el instinto del negocio, puede jugar al crítico una mala pasada. La digna figura de un corregidor de Madrid, D. Francisco de Rivas († 1660), pintada en el tono gris apagado de los malos pintores de aquel tiempo, fué presentado en la Exposición Old Masters de 1880 (Nr. 244) para espanto de los admiradores de Velázquez. El catálogo (ó sea sir J. C. R.) añadía vergonzosamente: *The head only by Velázquez.*

Pero la palma del atrevimiento pertenece al descubridor del retrato ecuestre de D. Luis de Haro, la perla de la Notthwick Gallery. ¿Por qué no había de haber pintado el favorito del Conde-Duque á este sucesor suyo? Alguien halló en él la cabeza mejor pintada que había visto, muy por cima de las de Van Dyck. El barón James de Rothschild pagó 960 £, y le puso en un sitio de honor en el palacio Ferrières. Moritz Busch le menciona en su libro *El conde Bismarck y su gente*. Pero la cabeza no tiene ninguna semejanza con D. Luis de Haro, y el cuadro no es ni siquiera de la escuela española.

El más interesante de todos los atribuídos á Velázquez

es á la vez el más enigmático por su asunto, autor y escuela. Del siglo XVIII poseemos una hoja de la «Magia Negra» copiada de un retrato entonces celebrado que después fué sacado engañosamente á subasta como la MUERTE DE ROLANDO, de Velázquez (Vente Duparc, 1820). El secretario general del Louvre deploraba no haberlo comprado para el Museo Napoleón (1). La National Gallery lo adquirió de la colección Pourtalé por 37.000 francos.

Un joven caballero yace acostado sobre el suelo, desnudo, delante de una pared de piedra con grandes losas. Dos calaveras, al lado de la cabeza una y otra á los pies, indican que hay una tumba. Está puesto en dirección oblicua, vuelto hacia el fondo como una estatua en su sarcófago; los abundantes bucles negros hacen de almohada. La ancha mano derecha descansa sobre el pecho; la izquierda coge la empuñadura de la espada, la cual está cruzada debajo del cuerpo. Viste coraza, antebrazo y caderas, calzón negro, media blanca y zapato negro también. Una media luz alumbra el lugar; de la rama de un árbol seco pende una lámpara, cuya mecha se extingue humeando; á la izquierda ábrese un abismo; á lo lejos, montañas que alumbra un resplandor crepuscular. ¿Ha sido abandonado allí por los enemigos ó por los suyos puestos en precipitada fuga, ó se ha dejado caer él mismo esperando la muerte? No tiene traza de estar herido.

La indicación no es segura. En España, dice el catálogo, se tenía por una imagen de la vanidad de las grandezas humanas. Si el hombre cuyas facciones presenta el caballero muerto, pues son facciones de retrato, se hizo pintar en un acceso de misantropía, será entonces un cuadro de *desengaño* más no-

(1) Se imprimieron dos catálogos redactados por Rocher, hijo; en el primero, con la indicación D*** se dice: «Pour jeter une fleur sur la tombe de l'ancien secrétaire général du Musée, M. LAVALLÉE, nous dirons, qu'ami des arts et des amateurs, il viut nous voir peu de temps avant sa mort; après avoir admiré cette production, il dit en nous quittant: Que n'ai-je vu cette belle chose lorsque j'avais quelque pouvoir!»

ble é ingenioso que los repugnantes cuadros de podredumbre de Valdés Leal en la Caridad de Sevilla. Recuérdese que el viejo emperador en Yuste y Felipe IV en el Escorial celebraron sus funerales en su sarcófago. En cuanto al autor, pudiera pensarse en discípulo de la escuela napolitana. Pudiera mostrarse aquí su inventiva, con mayor conveniencia que en el regalo de grandes cuadros de maestros, de un *pot pourri* de inverosímiles obras de juventud, ó en la amputación de un miembro sano para alarma del público crédulo.

RETRATOS DE MUJERES

Se asegura comúnmente por los viajeros que en ningún otro país de Europa se crían más hermosas mujeres que en Europa. Puede ser verdad; pero en la falsificación ó imitación de anteriores escuelas de pintura, este hecho etnográfico no aparece visiblemente confirmado.

Sus poetas describen á menudo el encanto, el poder ilusorio de hermosos cuadros de mujeres en poesías románticas; hablan de la ofrenda del pincel (1). Calderón, en el *Mayor monstruo los celos* (2), explica los monstruosos de Herodes por su descubrimiento de la peligrosa exaltación que el retrato de la bella había encendido en Octaviano. Éste se apodera del tesoro del Tetrarca, y de él, como más preciada joya, del retrato de una desconocida. Entonces contempla la vieja lucha de las fuerzas más poderosas de la vida; amor y muerte deciden. La

(1) Por pincel perdido viene.

LOPE: *Las flores de Don Juan*, III.

(2) CALDERÓN: *El mayor monstruo.*

Viéndose amor entonces excedido,
la deidad de una lámina apercibe
á quien borrar la muerte no ha podido.

más cumplida obra del amor, la belleza, es destruída por la muerte; pero sólo la belleza viva; el amor vence creando una imagen que la muerte no puede borrar, y hasta con más viveza que todo lo vivo, pues belleza es alma.

No vi más viva hermosura
que es alma de la pintura.

La belleza de las españolas no se puede comparar con la de las romanas. Les falta la grandeza, que, según Aristóteles, es inseparable de la belleza, «la planta creada para el mármol», como decía Winckelmann. En vez de la alta belleza, la Naturaleza les ha concedido la gracia que obra más viva y sensualmente y que reside en el color y en los contrastes de color, en la movilidad de las facciones y del cuerpo. «¡Qué serían las hermosas de Toledo—dice Tirso—si no poseyesen la gracia!» (1) (*donaire*, en lo cual entra también el habla). La neta española aparece al lado de las demás de su sexo como un instrumento de más cuerdas y de más aérea vibración. El citado poeta dice también: «La belleza consiste en sangre delicada» (2). Calderón dice que «el contraste del color (*la oposición*) es una parte de la belleza» (3).

---

(1) Las hermosuras
de Toledo, no lo fueran
si el donaire no tuvieran.

TIRSO: *No hay peor sordo*, I, 5.

(2) La belleza... consiste toda
en la sangre delicada.

TIRSO: *El amor médico*, II, 8.

(3) Cejas grandes, ojos negros
que sobre la blanca tez
muestra que la oposición
es hermosura también.

CALDERÓN: *Lances de amor y fortuna*, I.

Pintar tales cosas sólo era dado á los grandes artistas que aprendieron el arte del color y del claro-obscuro, y que podían coger los imperceptibles matices de la piel y el fugitivo juego de las facciones movibles, cosa que escapa á los ojos vulgares.

¡Pero cuánto tardó en llegar la pintura española á este refinamiento! Por eso se muestran sus poetas á menudo tan escépticos. La mezcla del blanco y el rojo, jazmín y clavel, en el rostro, apenas puede imitarla el pincel, afirma Tirso de Molina (1). En su poético dialecto pictórico dice Calderón: «El aire, la luz, el fuego ni el sol no se pueden pintar. ¿Quién podría representar una belleza que fuese juntamente fuego, sol, aire y sol?» Estas frases figuran en la conmovedora tragedia en que presenta un joven aprendiz de pintor, que feliz por haber conseguido el amor de una hermosa mujer, como el viejo Rubens se entretiene en retratarla. Cuando la pierde se convierte en *pintor de su deshonra*; primero, cuando la retrata como Dejanira; por fin en cruel desenlace, cuando pinta con su sangre la en otro tiempo adorada imagen. En esta obra confiesa el poeta que es imposible imaginar belleza (que para él consiste en las proporciones del rostro) tan perfecta como la de aquella mujer, y que la fantasía no es buen guía del pincel (2). Acude á la memoria al llegar aquí la confesión completamente opuesta de Rafael en su carta á Baltasar Castiglione. El poeta dice en otra de sus obras: «En la belleza ha consumado la Natura su más grande obra; por esto es el escollo de la pintura; la

(1) ¿Alcanzó jamás la ciencia
del pincel más singular
la mezcla de aquel carmín
que con la nieve se enlaza
y en las mejillas abraza
el clavel con el jazmín?

TIRSO: *La Villana de Vallecas*, II, 3.

(2) *El pintor de su deshonra.* Jornada II, al principio. T. IV, 70 p.

fealdad, por el contrario, es fácil de imitar; se fija en la memoria por muchos y especiales signos» (1).

En los retablos del siglo XV y principios del XVI descúbrense á veces característicos rostros de mujeres del campo que aún hoy pueden reconocerse en el pueblo, ese conservatorio de infalsificables tipos nacionales. Pero en el siglo clásico no se ha desprendido aún de su ruda corteza. El italianismo de Vargas, Céspedes, Juanes, Becerra y otros, sólo daba derecho de ciudadanía á las *formas comunes*; la conmemoración de lo nacional ó local era tenida artísticamente por vulgaridad, y en religión por cosa profana. Pacheco habla irónicamente del encanto natural de las andaluzas del pueblo (I, 96), y encomia el de la noble dama de cabellos de oro y ojos de zafiro; el oro de la belleza no se encuentra en el barro del pueblo, sino en el arte extranjero. Las estatuas de santas mujeres de Montañés, el último idealista de Sevilla, casi se acercan al ideal antiguo; su fantasía no desciende á lo individual. Hasta muy entrado el siglo XVII, los tipos nacionales de belleza femenina están desdeñados por los pintores y escultores.

Sólo el naturalismo se atrevió á llevar al arte religioso españolas auténticas, al principio con dudoso gusto. Las cabezas de mujeres y niños toledanos del Greco, de indecible encanto melancólico, sedujeron á los laicos; pero no tuvo imitadores. Las *santas* maravillosas de Zurbarán, vestidas medio fantásticamente, medio á la moda, con sus grandes ojos ne-

(1) Porque como su poder
tuvo en ella (belleza) más que hacer,
da en ella más que imitar. Loc. cit.
Mas cuando es tan excelente (un rostro)
que no hay término en sus partes
que desigualado deje
especies á la memoria,
no se imita fácilmente.

CALDERÓN: *Darlo todo y no dar nada*, II.

gros, de cabeza pequeña, de rígidas líneas y acentuadas facciones, están tomadas de modelos populares. Alonso Cano sólo accidentalmente imaginaba bellezas auténticas; pero su discípulo fray Atanasio, llamado Bocanegra, halló un ideal sudespañol, de fino dibujo, de grandes ojos, de belleza infantil y soñadora. A Murillo le estaba reservado revelar el peculiar encanto de las andaluzas y su utilización para la interpretación nacional de la Historia Sagrada. Sus cuadros están llenos de elementos típicos; la Madona del palacio Corsini, las Justa y Rufina, muestran sus modelos en toda su exuberancia. Pero por gran retratista que fuese, como demuestra el retrato de D. Justino Neve, los únicos retratos de mujeres que de él se conocen son aquellas frívolamente seductoras vecinas de Triana.

Entonces debió pensarse que había llegado el siglo de los retratos de mujeres. Pero faltaba á los pintores libertad para la representación de la belleza. Los celos, con todo su séquito oriental, son propios de la sociedad española. Quien haya estudiado la sobrexcitación psicológica y patológica de sus *celos*, comprenderá que allí una obra de arte, que daba á su asunto una especie de posesión general, debía parecer indecente. Nathanael Hawthorne dice de la real belleza de su Zenobia: «La imagen de su figura y de su rostro debería propagarse por toda la tierra. Sería una injusticia contra el resto de la humanidad conservarla sólo como espectáculo para unos cuantos...

»Hubiese debido estimar como un deber tener incesantemente ante sí pintores y escultores...» ¿Pero cómo había de permitir un español de la época de Calderón retratar una belleza que nadie había de mirar con ojos indiferentes? Una irritabilidad como la que se describe en las obras de Tirso y Calderón, tan inaccesible á toda reflexión, y que se venga en un cuerpo inocente, ¿iba á soportar imágenes como las que se permitían los italianos de las princesas de su tiempo? Las bellas, aun de calidad, se veían expuestas á persecuciones, y el

poder del oro se tenía por irresistible (1). Las mujeres vivían en reclusión claustral (2), y no se mostraban ni en los paseos ni en las calles. Las salidas fuera de su casa limitábanse á visitas en literas, especialmente á ricos conventos de monjas; hasta la misa solían oirla en casa.

Aunque en el círculo de la corte se participase de las costumbres europeas, los retratos, sin embargo, se prevenían con grandes preparativos de defensa. Sus originales parecían inaccesibles á las amables seducciones de su sexo. Aquellas cualidades, que, según los poetas, formaban por lo menos una mitad del encanto femenil, la gracia de Tirso, el *mirar tan suave* de Lope, estaban severamente proscriptos; la expresión de fría altivez era ley.

De aquí que en las colecciones españolas de cuadros haya tan pocos retratos soportables de mujeres, y esa clase que se suele llamar «bellezas» falte casi. Palomino menciona la costumbre existente en Francia, Alemania é Italia (hoy pudiera haber citado á Inglaterra), de representar en retratos grandes y pequeños á damas distinguidas (*madamas sobresalientes en calidad y hermosura)*, «sin hipocresía ni secreto»; pero añade: «entre nosotros el punto de honra es más riguroso» (3). Así se escribía aún bajo los Borbones. Sólo en tiempo de Felipe II, cuando el espíritu del Renacimiento se hacía sentir allí, fueron pintadas muchas hermosas damas para su galería de retratos del Pardo, pero eran producto del pincel de Antonio Moro. Por otra parte, estas «beldades» se traían de Venecia la mayor parte; aun se ve en el Museo una reproducción muy repetida de una cortesana, de mano del Tintoreto. También envió

(1) Camilo Guidi cuenta de una de estas damas: «Non restó esenta da quelle persecuzioni que senza risparmio patiscono in questa corte le donne di aclamata bellezza» (1643).

(2) El conde Ottonelli, de Módena, decía de la bella Antonia, hija del ministro Haro, que vivía entre los muros del palacio de su padre con «maggior riserva che in un monasterio» (1653).

(3) *Museo pictórico*, I. 97.

Tiziano aquel ejemplar de su gentil Lavinia, adecuada al gusto español, como Herodías con la cabeza del Bautista.

Tampoco en la corte de Felipe IV, donde se despreciaban muchos prejuicios, tuvo el primer pintor del rey que retratar á muchas damas. ¿Debemos lamentarlo? Está muy repartida la opinión de que Velázquez es con preferencia un pintor de hombres (1). Un característico de tal fuerza no pudo tener vocación para pintar beldades femeninas. La agudeza en la observación desvía necesariamente de la belleza. Pero cuán á menudo, aun en las cuestiones de estética, se ha comprobado la necesidad del hecho real antes que su exactitud.

Aquel prejuicio recibe una confirmación por el examen de sus obras. En el Museo de Madrid no aparece ninguna española auténtica. El número de las damas regias es, en verdad, crecido, pero son reproducciones de muy pocos modelos, y pertenecen á una raza extranjera. No pueden despertar interés ni por su gracia ni por su importancia espiritual.

En la primera reina española, Isabel de Borbón, la más estimada dama de aquel tiempo, parece haberle faltado la libertad del estudio; parece que el modelo se prestó con repugnancia; la segunda, la insignificante Mariana de Austria, parecerá cada año más repulsiva. Al obligado alejamiento de toda apariencia amable, asociábase una clase de vestido que excede á todo lo entonces existente en cuanto á suprimir ó encubrir toda forma masculina ó femenina (2). Y como Velázquez, lejos de suavizar tales detalles, los acentuaba, con una honradez más simpática al historiador que al artista, se explica que sus damas no exciten gran entusiasmo. Ante tales modelos y tan estricta etiqueta, el arte era impotente. También un pintor de bellezas como Mengs ha pintado la más deforme cabeza de mujer, que

(1) Velázquez was emphatically a man, and the painter of men. R. Ford, *Penny Cyclopaedia*, 1843.

(2) También Calderon sabía que moda y belleza son enemigas. *El precepto, la hermosura, no aumenta.* Alaba los cabellos sueltos en la Hija del Aire. *Son hermosas sin obediencia.*

por cierto sostuvo corona: la princesa María Josefa. ¿No se habría mostrado Velázquez bajo otro aspecto en presencia de mejores modelos? Ciertamente, á juzgar por los retratos que se conservan de desconocidas, pero netas españolas, y por los hermosos versos que D. Gabriel Bocángel dedicó á un retrato de una dama de inusitada perfección (1).

La única dama española de la galería española (Nr. 10.890, 92 × 0,39), y la primera de las tres en la SIBILA, aparece primeramente en el inventario de San Ildefonso (1774), bajo el título de «Retrato de una mujer, de perfil», 1774, con una tabla en la mano (2), en tiempo de Carlos III. Difícilmente puede ser la mujer del pintor.

El retrato es interesante, por ser la única vez que el pintor ha elegido la posición del perfil. Las líneas son menos bellas que interesantes, más características que amables. La frente es despejada, blanca y correcta (*frente desembarazada*, como exigía Tirso en *Amar por señas*); la mirada tranquila, dirigida á lo lejos de los profundos y grandes ojos, presta al semblante el fuego de la inteligencia. El carácter de seriedad está acentuado por la sombra de la frente y de los ojos, pues la luz viene de detrás. ¿Es una artista ó una vidente? La tabla debiera manifestarlo, pero está vacía. El vestido, gris; el manto amarillo, de ideal sencillez. ¿Quiso mostrarse en un aspecto poético, como Domenichino en las figuras y medias figuras de su hermosa Marizzebill, cuando pintaba á Santa Cecilia ó Cu-

(1) Llegaste los soberanos
Ojos de Lisi á imitar,
Tal, que pudiste engañar
Nuestros ojos, nuestras manos.
Ofendiste la belleza,
Silvio, á todas desigual,
Porque tú la diste igual
Y no la naturaleza.

PALOMINO: *Museo*, III, 34.

(2) Cuarto bajo, 1794; tasado en 300 reales.

mea? Parece de unos veinte años, edad del encanto en la mujer, según Lope:

...una mujer hermosa
desde quince á veinticinco.

En esta sencillez sorprende la fantasía especial del peinado. ¿Será acaso una artista? ¿Pero qué española no era entonces artista? Los abundantes y rizosos cabellos negros se agolpan sobre la frente como una diadema natural, y caen hasta parte de las mejillas. Por detrás está atada por una cinta amarilla en forma de redecilla, y la trenza, de la cual pende un extremo por la espalda. La garganta, delgada, está ceñida por un collar de perlas y un estrecho cuello.

El retrato está pintado con colores empastados ligera y ampliamente; el fondo es amarillento grisáceo. Este tono, y la posición de perfil, conviene al carácter de discreción de esta noble figura, vuelta de espaldas á la luz y al espectador. Los pintores no se contentan con el parecido.

A la crepuscular Sibila, con la mirada en el espacio, sucede una figura que sigue con la vista al espectador casi de un modo molesto. *La dama con el abanico* volvió desde la galería Aguado (en donde fué grabada en acero con muy poca fortuna) á la colección Lucien Bonaparte (1816, £ 31). Lord Hertford la adquirió en 12.750 francos (36,5 × 27).

Ojos de Juno, nariz fina y palpitante, encarnación cálida y florida, bien formada boca rojo cereza, largo y redondo cuello, con collar de cuentas obscuras, el cual forma con el pecho un ángulo obtuso:

la garganta, cuellierguida,
cándida, gruesa, torneada.

TIRSO: loc. cit.

El pelo, peinado hacia atrás, deja ver la frente un tanto descarnada, y asoma luego en blandos bucles obscuros por las mejillas; así aparece de pie, con la mirada vuelta á la izquier-

da, y cogiendo con gracioso ademán el borde de la modesta mantilla negra á la altura del pecho. Este *manto* era una de las más temidas prendas del guardarropa de las damas de Madrid, á menudo execrado de esposos y padres, y hasta interdicto por la censura de una real pragmática (1639). Con un tirón de su dedito, podían enmascararse ó mostrar sólo coquetamente un ojo, ó como en el presente retrato, hacer un marco con su seria negrura al más hermoso pecho, gracias al vestido aceitunado de pronunciado descote.

A más del general contraste de colores obscuros ó apagados del traje, el estrecho borde de encaje de la camisa (al estilo de Ticiano) sirve para acentuar la entonación meridional de la piel, cuya frescura está asegurada por abundante empaste.

Las manos están cubiertas por amplios guantes gris perla, terminados por manguitos de encaje. Nada de joyas. La derecha sostiene el abanico, completamente abierto como un elocuente jeroglífico, y le expone á la mirada del interlocutor. Del brazo izquierdo pende el rosario con su lacito azul. Así, pues, maneja los tres mudos instrumentos de toda virtuosa de aquel tiempo: la mantilla y el abanico en acción, el rosario como encubridor. Es un traje de guerra. La mirada de sus ojos obscuros es altiva, casi dura, una mirada estratégica que bajo la máscara de frialdad encubre impaciencia y pasión; implica una pregunta, si no un ultimátum. Si dejáis pasar el momento, nunca os perdonará.

¿Quién es y de dónde viene? Probablemente de misa, en la Victoria, la *parroquia de las damas*, según Tirso; de ella no hay más que un paso á la calle Mayor,

> donde se vende el amor
> á varas, medida y peso.
>
> TIRSO: *La celosa de sí misma.*

O de la alameda del Prado. Pero el pintor no da nada á entender; sólo la ha proporcionado el vacío fondo gris verdoso.

¿Es una de aquellas Circes á causa de las cuales se arruinaban los nobles? ¿O pertenecía á aquella clase de toledanas de la comedia, que al recibir el agua bendita con una mirada bien dirigida hacían infieles á los novios la víspera de la boda? Un laberinto de fuego y hielo, de hipocresía y experiencia, de altivez y galantería.

De esta desconocida existe una reproducción en Chiswick House, la posesión del duque de Devoushire, desde la mitad del siglo pasado ($28'' \times 18\,^1/_2''$).

La expresión es más melancólica, pero el traje más elegante, más alegre de color, aunque más recatado. Sobre un vestido de seda amarillo-limón, con volantes de encaje negro en la falda y las mangas, cae el ancho cuello blanco y la mantilla negra de encaje, cuyo borde, cortado en forma de pétalos por la mitad derecha del rostro, sube hasta la sien; ostenta su collar de perlas. La mano aprieta un inocente pañuelo en lugar del significativo abanico. Ha olvidado el guante; pero sus manos son pequeñas «azucenas de cinco hojas» (1). Realmente están sólo diseñadas, y para una española de posición notablemente ordinaria. «En pies y manos se conoce al diablo y á las criadas»:

> ¿El guante te quitas?
> ¿Que se conocen, no reparas,
> por los pies y por las manos,
> los diablos y las criadas?
>
> CALDERÓN: *Fuego de Dios en el querer bien*, II.

El tercer retrato que, procedente de la DUDLEY GALERIC,

(1) Azucenas de cinco hojas eran las manos.
CALDERÓN: *Amor, honor y poder*, II.

> Una mano hermosa
> Blanda, poblada y perfeta,
> Que tiene acciones por alma
> Y bien de dedos por lenguas,
> Hará enamorar un mármol.
>
> TIRSO: *La celosa de sí misma.*

pasó al Museo de Berlín, representa, por último, una dama auténtica, y por cierto muy elegante (*bien prendida*).

El cuadro puede rastrearse hasta la colección de Sebastián Martínez, en Cádiz, si bien A. Ponz, en su descripción (Viaje, XVIII, 20), no lo menciona. Lord Ward Dudley lo adquirió de la galería de Salamanca en el año 1867 por 98.000 francos (1,37 × 1,00).

La figura emerge de un fondo gris claro, en traje negro, viva y plástica. Actitud y gesto son las convencionales en las damas regias; asimismo la forma del vestido y del peinado es la normal entonces en personas de los treinta á los cincuenta años.

El atavío sobrepuja en riqueza al de la princesa, sin ser exagerado; «rico, pero no estrambótico». Un diamante rosa confirma la alta jerarquía de la dama, prendido en el pelo sobre la sien derecha; los pendientes están formados por tres perlas cada uno; lleva collar de perlas. La *lechuguilla*, que aquí hubiera venido muy bien como elemento horizontal entre tantas líneas verticales, ha desaparecido. Vestido de terciopelo negro floreado; el forro de las mangas y del cuello es de tela azul tejido de oro con estrellas doradas y guarnecido de encaje de oro por los bordes.

Encima la cadena de oro, larga y pesada, formada de rosetones, de la cual pende un soberbio dije de *azabache*. En los dedos índice y meñique de la mano izquierda, y en la derecha, ostenta tres sortijas con piedras también en forma de rosetones.

En el continente y en la manera firme de apoyarse en el respaldo del sillón rojo se creería reconocer un carácter en armonía con las facciones, que indican voluntariedad y altivez. Frente alta y descarnada, cuencas de amplio dibujo sombreadas por fuertes cejas; ojos obscuros y rasgados, nariz cóncava, de punta redondeada y saliente; una boca grande, pero bien dibujada, con profundas comisuras; barbilla redonda y enérgica.

Un rostro de proporciones más bien grandes, que por la gigantesca disposición del rubicundo pelo y por los bucles que cubren las sienes y mejillas debía quedar proporcionado. Sólo un débil tinte rosado cubre las mejillas. El conjunto, aquellas formas enérgicas, la fría y tranquila mirada observadora, la chocante pompa y la forma piramidal de la figura forman un retrato muy poco seductor. ¿Quiere ser acaso la soberbia femenina?

Sobre la espalda del lienzo, que ahora está reforzado con una nueva tela, debía haber en antiguos caracteres el nombre de *Joana de Miranda*. Este era el nombre de la mujer del pintor. ¿Podía éste, cuya paga era tan modesta y tan irregularmente cobrada, regalar á la hija del pintor Pacheco tales collares de perlas y cadenas? Sin duda aquí debe tenerse en cuenta la habitual economía de las casas españolas (1).

En el brazo izquierdo, pendiente, se ha encubierto ligeramente con el abanico cerrado la curva de la muñeca, al principio meditada, pero sin modelar el miembro; así es que parece algo informe. Esto no es razón para dudar de la autenticidad del hermoso cuadro. «Diariamente acudían allí huéspedes—escribe el 31 de Agosto de 1638 un padre jesuíta,—y se gastaba más en ellos que en el ejército» (2).

A éstos pertenecía aquella DUQUESA DE CHEVREUSE, que llenó con sus intrigas la época de Richelieu y Mazarino. De su retrato por Velázquez se han conocido datos hace poco tiempo.

María de Rohan casó, á la muerte de su primer marido el duque de Luynes, con Claudio de Lorraine, duque de Chevreuse, y era una de las más encantadoras y espirituales mujeres

(1) El nombre de Miranda aparece varias veces en la corte de Felipe IV. Hubo un D. Antonio de Miranda (*Alcalde de Casa y Corte*), un don Luis de Miranda Enríquez, y, finalmente, los duques de Peñaranda eran condes de Miranda.

(2) *Memorial histórico español*, XV.

de su tiempo, y su vida una ininterrumpida cadena de aventuras amorosas y de intrigas fraguadas por el amor. Al cardenal, que la odiaba por haber rechazado sus impertinentes y enojosas galanterías, le era molesta por poseer la confianza de la reina; la alejó por este motivo de la corte. Luis XIII sentía tanta repugnancia por ella, que la borró de su testamento. Encontrábase en Tours cuando la noticia de la detención de la correspondencia de la reina la puso en el mayor espanto. Resolvió refugiarse en España (6 de Septiembre de 1637); el octogenario arzobispo le ayudó en la fuga. Perdió la dirección, y erraba de palacio en palacio, de albergue en albergue, disfrazada de hombre y pasando á nado el Somme; escribió al virrey de Aragón, marqués de Vélez, el cual la recomendó en seguida al rey. A esto siguió una invitación con las señas del camino, en el cual se le dispensó un trato de princesa; en Barbastro habitó el palacio del obispo, en Zaragoza en el del virrey (10 Octubre). Se tenía avidez por abordar á la amiga de la mayor de las hermanas del rey, con la cual hacía veinte años que se había roto, y sobre todo de ver á la dama política, especie aún no conocida en España y que se podía alabar de que Richelieu la considerase como enemiga. Olivares, especialmente, mostraba impaciencia de saludar á una persona con la cual le unían profunda coincidencia de sentimientos. Para procurarse el placer de celebrar sus confidencias á solas acudió presuroso á Barajas, dos leguas de Madrid, para recibirla. El cardenal Retz decía que sus ocurrencias eran como rayos, pero que las cabezas más sensatas debían confesar su exactitud. ¡Cómo brillarían los pardos ojos traidores y cómo sonreiría su hundida boca cuando aquella francesa de treinta y siete años, con la conocida volubilidad daba rienda suelta en acerbas sátiras á todo el veneno acumulado durante su largo viaje, mientras D. Gaspar llenaba las pausas con sus aguzadas pero pomposas sentencias, en el estilo colorista que tan de su gusto era! Pudo decir: «la realidad sobrepuja la fama de tan gran ministro». El 5 de Diciembre hizo su entrada acompañada de las

damas que salieron á recibirla. S. M. no podía retardar la presentación de una dama de la cual se decía que sabía enamorar á todos los príncipes que á ella se acercaban; apareció á su paso en un balcón del Palacio del Buen Retiro. Ella fué á vivir en el palacio de Alba.

En su audiencia con la reina Isabel encomió en elevados términos la belleza de su hermana menor, Enriqueta de Inglaterra, de la cual traía un retrato que ofreció á SS. MM. Habíale traído para cambiarle por el de la reina, y llevárselo á su hermana en Londres (adonde partiría en Febrero). D.ª Isabel se lo prometió.

En la gran cacería organizada en su honor en el Pardo estuvo al lado de la reina, con la princesa de Carignan. Cuarenta jabalíes fueron seguidos, y hasta había estanques dentro de los circuitos de donde los perros sacaban las reses. Tres horas duró este elevado placer.

En Enero la retrató Velázquez, en traje y peinado francés (1). Tez blanca y cabello rubio, viveza y gracia aguda, inteligencia y conocimiento de las gentes, todo lo cual hacía de esta mujer excéntrica una de las más célebres damas de aquel tiempo. No encontraría muy favorecido su retrato.

También retrató Velázquez á una inglesa; su retrato se encontró á su muerte en su palacio (2).

DOS NIÑOS

Los buenos pintores de niños son contados. Los que el *consensus gentium* señala como más especialmente afortunados

(1) Diego Velázquez la está ahora retratando con el aire y traje francés. 16 Enero 1638. Idem, tomo XIV. Es de muy linda presencia y alindada persona, muy airosa y despejada, blanca y el pelo rubio.

(2) Una cabeza de una inglesa de Diego Velázquez. Inventar. de 1661. *Doc. inéd.*, LV, 424.

en la imitación de las formas y la gracia infantil, Tiziano, Correggio y Murillo, pertenecen á aquellos que poseían el genio del color y la luz. Los pintores de niños deben aprender el arte de apoderarse de lo intangible, de lo espiritual de las formas, de olvidar la técnica.

Desde el año 1638 poseía Madrid «la fiesta de niños». Aquel maravilloso idilio de la juventud de Tiziano, antaño, en Roma, especie de canon de los artistas romanos, en el cual trataron de volver á hallar Poussin y Flammingo, separándose del modelo deformado de su tiempo, el camino de la pureza infantil.

Velázquez poseía el más ligero, blando y transparente pincel que pudiera soñar un pintor de niños; sus más frescos laureles los ganó en los cuartos de niños. Era ya el pintor de la luz y del ambiente.

Ya había ganado el más caluroso aplauso en la representación del pequeño príncipe Baltasar y su hermanita menor. El encanto de sus embobados padres y de la Corte, testimoniado por las numerosas copias, ha sido confirmado por la posteridad. Sus retratos se ven sitiados por los estudiantes y copistas, y de una encantadora rubita se dice que parece una infantita de Velázquez.

Eran niños de procedencia teutónica. ¿Por qué sólo poseemos *un* niño de raza española? «Las niñas españolas—dice Mad. d'Aulnoy—son más blancas que el alabastro, y de tan perfecta belleza que parecen ángeles; realmente cambian de un modo sorprendente: se tuestan con el sol y palidecen al aire».

Las dos medias figuras del Museo de Madrid (Nr. 1.087 y 88, 0,58 × 0,46) son parecidas como hermanas. Y como quiera que el pintor tuvo dos hijas que se llevaban veinte meses (1619 y 1621), se ha dicho que eran sus dos hijas, Francisca é Ignacia. Sólo que el año 1626 no está en armonía ni con el vestido ni con el estilo. Alguien aconsejaba á los que quisieran penetrar en el secreto del *touche* del maestro que mirase estos

dos retratos. Pero en el año 1626 había poco de este *touche*.

El mejor dibujado y pintado con más finura es el Nr. 1.087. La niña coge con ambas manos un puñado de rosas en el delantal. Recuerda las vistas de parque en que se ven vagar pequeños y grandes amigos de las flores, ó sentados en la hierba. Es una niña aristocrática que ha cogido las rosas para ella, y sus ojos casi melancólicos y suplicantes ¿no indican que no quiere separarse de ellas? Y la florida niña es ella misma una rosa. Cara redonda, cuello corto, altos hombros, negras y espesas trenzas. El tono de la piel es notablemente más cálido y profundo que el de los niños reales. El vestido avellanado, con mangas grises de bullones, acuchilladas, está animado por adornos de cintas del color de las flores.

El segundo retrato (Nr. 1.088) es un primer ensayo que, por la inquietud del modelo y la prisa del pintor, está algo desdibujado (los ojos y la boca). De aquí que se noten enmiendas (1).

---

(1) Otros retratos de mujeres atribuídos á Velázquez son, algunos por lo menos, interesantes originales de pintores de la escuela de Madrid, contemporáneos suyos.

La vieja dama, de figura entera, con una niña de tres años (la esposa de D. Cristóbal de Corral), en el palacio del Duque de Villahermosa, en Madrid, está pintado con dureza y ninguna solidez, y parece corresponder por el peinado á la cuarta década del siglo. Una joven y principal dama de cabello y ojos negros, á la moda de mediados de siglo, se encontraba en la Galería de Leganés, y fué comprado en la segunda subasta de Salamanca, en París, 1875, por 17.000 francos. En la Galería española del Louvre había un celebrado retrato de D.ª Juana Eminente, que más tarde se atribuyó á Murillo. Una notabilísima amazona representaba á la hija (de diez y ocho años) de D. Luis de Haro, D.ª Antonia, con la cual pensó casarse el duque de Módena (1653). Bajo un sombrero con penacho de plumas brota una cabellera de pesados bucles (quizá una peluca) hasta los monumentales bullones de gasa de los brazos; bajo el abierto *casacón*, el vestido granate, que cae en forma de cono, con anchos festones horizontales de oro; apoya la mano derecha en una escopeta de caza. Este retrato sólo alcanzó en la venta de la colección Berwick y Alba, en el año 1877, 7.202 francos. No se sabe dónde ha ido á parar la condesa de Monterrey, que de la colección Altamira pasó á la de José Madrazo.

Otros retratos no pertenecen ni siquiera á la escuela española, ni re-

VISTAS DE CIUDADES Y GRUPOS DE FIGURAS

VISTA DE ZARAGOZA

En el año 1645 llevó el rey consigo al Norte al Príncipe de Asturias. El objeto era el acostumbrado juramento de fidelidad de los Estados de Aragón y Navarra, al cual debía seguir su casamiento. En Agosto confirmó en la Seo de Zaragoza los privilegios de Aragón, en presencia de los tres Estados (*brazos*) y del monarca, como secreto espectador.

Cuando, en recuerdo de este viaje, quiso llevarse una vista de la ciudad, al frente de su séquito, y dió el encargo á Juan Bautista del Mazo, yerno de Velázquez, especialmente dotado para este género de pintura, escogió el Príncipe el más favorable punto de vista. Este fué la orilla izquierda del Ebro, debajo del puente de piedra, en el arrabal Altabás. Según la tradición, en el hermoso edificio convento de Mercenarios de San Lázaro, fundación del rey Jaime el Conquistador. Este convento fué destruído en la guerra de la Independencia. El lugar escogido está cerca de la estación. (Tamaño, 1,80 × 3,31.)

La VISTA DE ZARAGOZA es quizá el mejor paisaje de Mazo, pintado con una claridad y ciencia raras en él; á Stirling recordábale el Canaletto. Además del fiel retrato de la vieja capital de Aragón, era infalsificable tipo de la antigua ciudad española. Ofrécenos una imagen de la coloreada sociedad que rodeaba al monarca. Si bien Mazo sólo puso su nombre en la-

---

presentan españolas; por ejemplo, la dama en la Galería de la Academia de Viena, que también estuvo en Inglaterra (Bridgewater-Galerie); la supuesta infantita del palacio de Ferrières es Vittoria della Rovere, archiduquesa de Parma. La dama anciana con el devocionario, del Prado (Nr. 1.089), es un enigma.

tín (1), se cree, por razones intrínsecas, que las numerosas figuras provienen de su maestro. En efecto, parecen demasiado buenas para él.

Bajo un cielo de azul obscuro, con ligeras nubes con estrías luminosas, muévese el poderoso río, de un verde obscuro, animado por embarcaciones con velas y pabellones violetas. El río tiene su nivel de estío, pero deja un monumento de su furia destructora en el añoso puente de siete arcos del siglo XV (1437). El colosal arco del centro, de 39 metros de ancho, fué arrastrado en la crecida del 3 de Marzo de 1643, y cuando con grandes gastos fué reconstruído en Febrero de aquel año, fué destruído de nuevo. Muchas casas y conventos fueron arrasados; las orillas, áridas y desmanteladas, muestran aún las huellas. Este puente es la nota más vigorosa del cuadro.

Al otro lado del río espárcese la ciudad de Este á Oeste, con sus esbeltas torres y pesados palacios con galerías y miradores, y la iglesia, como nave que se eleva sobre aquel mar de casas, recordando á las ciudades italianas de la Edad Media. También en este tiempo la decadencia, cuyo símbolo puede representar el puente destruído, escribió en piedra con elocuente lenguaje el espíritu de aquellos conquistadores de Nápoles y Sicilia. Terca obstinación y perezosa negligencia.

Aquel *puente de piedra* que une la carretera de Madrid á Barcelona conduce á la *Puerta del Angel*, flanqueada por dos torrecillas; entre dos balcones se ve el cuadro de los Angeles. Por la carretera camina un coche con seis caballos, seguido de un largo séquito de infantería; el rey, como siempre, solo, se ve á lo lejos volviendo á palacio. Éste aparece á la izquierda

(1) La inscripción dice así:

IVSSV | PHILIPPI. MAX. HISP. REGIS | IOANNES
BAPTISTA MZ VRBI CAESAR.
AVG. VLTIMVM PENICILLVM IMP...
ANNO. MDCXLVII

de la puerta, en aquel muro con balcones y tapicería y cubierta de *azulejos*.

Es la antigua residencia del rey de Aragón, hoy palacio del arzobispo. Detrás asoma la Seo, con su cimborrio enmaderado. Al otro lado de la puerta se ve la Casa Consistorial y la Lonja unida á ésta, terminada en 1551, que se reconoce por sus cuatro torrecillas. La primera piedra del barroco edificio del Pilar, no se colocó hasta 1686. En su lugar aparece la modesta Santa María la Mayor, de cuyo claustro y capilla se ve la parte exterior. Más allá, hacia el Oeste, elévase San Felipe, con sus tres fachadas, con su gran torre de reloj inclinada; la *Torre nueva*, de 312 pies castellanos, cuya extraña ornamentación recuerda que colaboraron en ella cinco arquitectos cristianos, judíos y moros. Sigue San Pablo con su esbelto campanil gótico; por último, extramuros de la ciudad, el gran cubo de la *Aljafería*, palacio morisco donde nació, en 1271, Santa Isabel de Portugal.

Como todas las construcciones son de ladrillo, presenta un tono pálido y terroso, en armonía con el tono general de gravedad. Nada más árido é inhospitalario que esta orilla del Ebro. Ningún árbol, ningún muelle suavizan aquella desnudez de la tierra. Pero aquí, donde cuadraban los feroces campamentos de lasquenetes, está reemplazada la flora por una sociedad exótica y y multicolora, y su pintoresca indumentaria cortesana y del país. Una parte de ella está de la parte baja de la orilla, pero las figuras principales están arriba, probablemente en el jardín del convento, separado del paseo por un muro cuyo antepecho ha desaparecido. Están reunidas en grupos ó sentadas; las damas juntas en tapices sobre la hierba, ó paseando lentamente por la orilla. Todas las caras parecen ser retratos; algunas recuerdan las figuras de caza y los estudios del Louvre. A la izquierda se ve un eclesiástico de alta jerarquía. Muy á la vista hay un joven caballero rubio, con capa roja, mirando á lo lejos, aislado, y á su lado un caballo con su caballerizo. La cabeza está deliberadamente estropeada, ara-

ñada, y sin duda pintada de nuevo. En el primer término, en un extremo de la izquierda, hay una mujer emperejilada, en traje de la provincia, con amplias mangas blancas, falda azul y una rosa en el pecho, que vende pescado. De personas «sin nacimiento», sólo tienen el privilegio de aparecer allí mendigos. Palpita allí el *esprit* de Callots, la verdad y variedad de Hogarth y la distinción de Van Dyck. El cuadro está distribuído en cuatro zonas horizontales: una de tranquila luz solar, el océano de casas, el río verde-obscuro transparente, y la multicolora multitud que guarnece la orilla del río. Sobre esta tranquila alegría, aparece un contraste ideal de recuerdos: la destructora catástrofe de los elementos, la próxima guerra del Sur y las pasadas grandezas de Aragón. La decadente capital del en otro tiempo poderoso y conquistador reino, y sus actuales visitantes, la ociosa corte de Felipe IV, sintetizan los tiempos tan opuestos en que se fundaron y perdieron los reinos.

Esta vista, recuerdo de los días felices del príncipe, despertó después sentimientos dolorosos. Terminado después de su muerte, no fué puesto nunca en las habitaciones reales. Se colocó en los pasillos (*tránsitos*) sobre la Casa del Tesoro; en tiempo de Palomino, estaba en el corredor de la iglesia de la Encarnación.

EL CASTILLO DE PAMPLONA

Un cuadro hasta ahora enigmático, seguramente debido al mismo viaje de la corte al Norte, se encuentra en Apsley House (1). Es también una vista, esta vez un castillo rodeado de grandes montañas; una entrada real en el centro, y delante una alegre reunión, extraña mezcla de tipos de provincia.

(1) Evelyn Wellington: *Pictures and Sculptures of Apsley House*, I, 191. 21,5 × 35. (Adquirido en 1844.)

W. Burger la califica de obra maestra; no se reconoce la mano del maestro, pero es de su escuela. El cuadro está pintado sobre una tela grosera, con abundante color, pero las figuras y los detalles del príncipe son bastante característicos.

En tiempo de Carlos II había en el pasadizo, sobre la *Casa del Tesoro*, una vista «*Del Castillo de Pamplona* con paisaje y mucha gente del pueblo contemplando la entrada del rey Felipe IV, con las armas reales de Navarra» (1). Cean Bermúdez lo vió aún en el *Cuarto del Rey*. Quizá está aún en los almacenes del Museo del Prado, inaccesibles á los simples mortales.

Este cuadro tenía, efectivamente, cuatro varas de ancho y casi lo mismo de alto; así, pues, no puede ser el nuestro. Pero también ostenta en el borde superior las armas de Navarra; en una gran guirnalda de flores y frutas sostenida por dos niños alados, un escudo y la rueda (2). El lienzo de Wellington puede ser, pues, el primer esbozo, ó quizá una copia.

La causa ocasional fué la siguiente: En la primavera de 1646 fué el rey á Pamplona á convocar las Cortes de Navarra para que el príncipe jurara los Estatutos del reino y para pedir al mismo tiempo una ayuda de 300 hombres y algún dinero. Como los tozudos navarros rehusaran esta última prestación, salió de Zaragoza, según cuenta el embajador veneciano llegado á Pamplona el 22 de Mayo, al día siguiente del jura-

(1) Otro lienzo de 4 varas de largo y poco menos de alto, pintado el castillo de Pamplona, con un país y mucha gente de aquellos trajes mirando la entrada del Rey Ntro. Sr. Don Felipe IV, con las armas reales de Navarra, original de J. B. del Mazo, tasado en 400 doblones, cien más que Zaragoza. Tránsitos angostos sobre la Cassa del Thesoro. Inventario de 1686. En los suplementos manuscritos de Cean á su Diccionario (Academia de San Fernando) se encuentra una noticia de D. Juan Francisco Andrés, Obelisco histórico; según éste, había en el primer término «varias figuras de hombres y mujeres en la variedad de los trajes vizcaínos, guipuzcoanos, roncaletes y provincianos».

(2) Las armas de Navarra (gueules aux chaînes d'or posées en orle, en croix et en sautoir) aparecen también en forma de una rueda con siete rayos de oro. Como aquí.

mento, lleno de cólera. Sabemos también por un documento del archivo de Palacio (Catálogo del Museo, 443) que D. Francisco de Borja había recomendado al rey el pintor Mazo, el cual recibió orden de partir con doscientos escudos para el viaje, *á pintar la descripción de aquella ciudad y castillo*. En nuestro cuadro sólo se ve, sin embargo, el castillo. Este está situado en el Sudoeste, ante la puerta de San Nicolás, en el sitio en donde en 1694 fué bendecida la basílica de San Ignacio. Pues éste era el punto en que en 1571 tuvo lugar el conocido episodio dramático del guipuzcoano D. Iñigo López de Recalde, que se ha hecho mundial. Estamos en un anchuroso valle de siete leguas de perímetro, con triple corona de altas montañas, que descienden por la izquierda en escarpado precipicio y por la derecha en bosque; sobre un desfiladero asoma también un picacho azul.

El castillo está rodeado de fuertes muros y foso en el interior, jardines y construcciones diseminadas. Pegada al foso de la izquierda, una senda conduce á la puerta principal en el centro. Por ella suben dos carrozas: una de seis y otra de cuatro mulas, entre compactas murallas de espectadores.

En el primer término agítase la multitud, rica de color. A la izquierda hay un grupo de diez y ocho señoras y señores, que cogidas con pañuelos danzan en corro. Las damas españolas bailan habitualmente con guantes; sólo se los quitan para bailar con el rey, y las infantas, con los nobles, de la manera allí representada.

Más allá, delante, un caballero con jubón granate y sombrero de pluma monta un caballo puesto en corveta, rodeado de siete caballeros en traje negro de corte, entre ellos cuatro con la cabeza descubierta. Quizá sea el príncipe. En el centro, en primer término, están sentadas tres damas en la hierba, alrededor de las cuales hay varias mujeres engalanadas en traje de navarras con blancas *tocas*, semejante á las de las campesinas romanas.

LA CONVERSACIÓN

Que la preciosa colección de trece retratos de caballeros españoles en cinco grupos, del Louvre, no representa pintores españoles, no hay que perder tiempo en demostrarlo (1).

Dos del fondo vuelven la cara distintamente; uno de ellos, el único que por un ademán exterioriza sus sentimientos, agita su sombrero en alto. Otro á la izquierda, que está entre dos caballeros principales, uno de los cuales apoya amigablemente la mano en su hombro, está orientado hacia aquél. El mayor número, sin embargo, está de espaldas; aprovechan la ocasión para susurrarse novedades y cuentos de personas principales; también se vuelven á mirar á los que no están al alcance del oído, á cuya costa gira la conversación.

La distribución de esta reunión de ociosos es bastante equilibrada, si bien los cinco grupos son independientes; ninguno se inclina á los corros vecinos, que van alejándose, aunque con poca separación, hasta el fondo. De izquierda á derecha se nota gradación en las filas: en las de este último lado están casi todos con la cabeza cubierta, y se muestran más apáticos; son también de más edad. El cuadro es un documento para el estudio de los gestos de los españoles, en tales ocasiones en que cada cual sabe que le están mirando todos, sobre todo los más importantes. Apariencia indiferente como si no se ocupase de los demás, bajo la cual, sin embargo, están calculados el ademán, la actitud y la mirada. Uno ha adoptado la postura en que se hacía retratar el rey.

Se ha dicho que este cuadro era indigno del maestro por la expresión que aquí y allá se advierte de timidez en el dibujo y por la vulgar distribución; pero parece increíble que fisono-

(1) El pequeño retrato pintado en madera fué regalo del infante Don Gabriel, hijo de Carlos III, á la duquesa de Alba; después pasó por varias manos, y fué adquirido en 1891 por Laneuville para el Louvre (6.500 fr.). Alto, 0,47; ancho, 0,77.

mías de tan marcado y sutil carácter, verdaderos retratos y gestos arrancados á la vida con tanta acentuación, haya podido pintarlos en tan pequeñas dimensiones un compilador. En el abocetamiento de este grupo no hay nada de cuadro sustantivo; algo así, pudiera creerse, como un *pendant* de los cuadros de tiradores del Norte: no; son accesorios de figuras para los grandes cuadros de caza y de ciudades cuya innecesaria organización en un pequeño cuadro se deja para más tarde.

Grupos completamente semejantes de cortesanos, pero que no pueden ser sólo estudios para más grandes cuadros, encontramos en dos encantadores cuadritos que provienen del Palacio de Madrid y fueron llevados con otros, en tiempo de la guerra francesa, por el embajador de Dinamarca Bourke, en cuyo poder los vió el siglo pasado lord Stuart de Rothsay. Encuéntranse actualmente en Bowood, la posesión del marqués of Lansdowne (Waagen Treasures, III, 164).

La escena de estos cuadros no ocurre en ningún parque, sino en un lugar montañoso, si bien las personas aparecen en traje de corte, magníficamente coloreado, en vez del de caza ó viaje. Son indudables retratos y manifiestamente en muy significada ocasión; ¡cuánto no aumentarían su encanto si poseyésemos la clave de la novela!

El primero nos traslada á un ancho desfiladero. A la izquierda una pendiente formada por desprendimientos; allí sentada en la hierba una mujer con un niño. A lo lejos una majestuosa cima de líneas quebradas; á la derecha ábrese el paisaje detrás de obscuro boscaje en una llanura como una especie de mar. En el verde valle encuéntranse dos caballeros. Uno, en jubón granate y calzón con amplias mangas acuchilladas, viene del fondo sobre un robusto caballo de buena andadura hacia un segundo jinete que está frente á él, este último con sombrero quitado, en jubón azul claro sobre un caballo pío. Un tercero, á pie, delante, á la derecha, con coleto de ante, botas arrugadas, ha puesto el sombrero sobre una gran piedra.

En el segundo cuadro, más rico, se ve detrás del prado un valle sombrío con brillantes bandas de agua; en el centro una colina con profunda escotadura; á los pies una ciudad; á lo lejos colinas azuladas.

En medio de la pradera está sentada una dama distinguida. Lleva un grueso abrigo gris verdoso parecido á los actuales guardapolvos, por cuya abertura asoma un extremo del vestido rojo tostado con ancho galón dorado. Tiene envuelta la cabeza en la mantilla negra; en la mano derecha un abanico cerrado; la izquierda separa coquetamente la mantilla de sobre un ojo, y sobre su rostro cae un rayo de luz. Mira al caballero de la derecha, con el cual habla. Este viste un jubón rosa pálido y ancho cuello; en la mano izquierda tiene un par de guantes largos y amarillos, y la apoya en la espada. Al lado de estas personas principales, y algo apartado mirando fuera del cuadro, un segundo caballero, joven, de capa azul, botas de montar y sombrero de plumas, que tiene sobre el pecho. Detrás, sentada junto á la dama joven, hay una vieja vestida de obscuro; esta dueña tiende la mano á un caballero grueso, viejo, de rostro arrugado, de interesante fealdad y de color aceitunado, envuelto en amplia capa parda. Que la dama pertenece á la corte nos lo demuestran las figuras de dos enanos en chillón traje de gala, de abigarrados colores, que están á la izquierda. La figura grotesca del que está detrás nos indica al Niño de Coria; viste un traje azul con anchas guarniciones de plata, calzones bombachos rojos acuchillados y mangas de la misma especie; vuelve la cabeza acentuadamente á la dama en actitud de burla. A su lado está su compañero, no más grande, pero proporcionado, el cual se apoya sobre el hombro de su favorecido compañero. Jubón y calzones son de tela amarilla brocada. En el centro hay además un grupo ligeramente bosquejado.

Es indudable que esta escena data de la corte de Felipe IV; todo el que la vea pensará en Velázquez al mirar las figuras, que son tipos muy suyos. Sin embargo, examinándo-

las de cerca se presentan varias objeciones. El tono gris transparente del paisaje, la forma de las montañas y el boscaje poco denso no son de su estilo. Las graciosas figuras multicoloras delante del vaporoso paisaje traen á la memoria el nombre de Won Werman; alguien ha pensado en un célebre holandés que estuvo en Madrid y pintó en la corte, si bien aun no ha aparecido nada de él (Terboch). Ambos cuadros han sido ensanchados en su perímetro (1).

CARLOS JUSTI

FIN DEL LIBRO QUINTO

(1) MRS. JAMERSON, loc. cit. It shows that V. had not lers versatility than Titian. El paisaje de la Galería del Haya (258) se ha atribuído á Velázquez indebidamente.

MATERNIDAD

(NOVELA)

I

La antigua casa de maternidad de la calle del Akersgade, en Cristianía, es un edificio de dos pisos, de indefinido aspecto, situado en medio de un jardín sin árboles. Es, sin embargo, una casa respetable que cuenta, y nos quedamos cortos, sus ciento cincuenta años; y son tantas las mujeres que con el alma llena de alegría ó de tristeza han acudido á buscar allí un refugio, que, ciertamente, se escucharía más de una peregrina historia si la vieja casa pudiese contar sus recuerdos.

Un día soleado de Marzo de 1878 detuviéronse ante la casa de maternidad un señor y una señora, y tiraron del anillo mohoso de la campanilla. Abrióse la puerta: encontraron el jardín desierto y pasaron al patio, en donde la nieve y el barro, humeando al sol, mezclaban sus vapores con la atmósfera de hospital, que despedía un olor desagradable.

El portero, con la pala en la mano, recibió á los visitantes. Como éstos preguntaran por el profesor, aquél, indicándoles una puerta del ala izquierda del edificio, una puerta pintada de amarillo, les dijo:

—A esta hora acostumbra á estar en la habitación del ecónomo, allí.

El marido, dejando á su mujer en el patio, se apresuró á subir al terrado que conducía á la oficina del ecónomo. Pero

volvió á salir en seguida, porque le dijeron que el profesor había ido á ver al interno de guardia. El portero se apoyó en su pala, y señalando con la mano una casita roja aislada, cerca del ala derecha del hospital, dijo:

—¿El interno de guardia? Es allí.

Y el señor se dirigió de prisa al lugar indicado. No tardó en aparecer de nuevo, de muy mal humor.

—Tampoco está allí el profesor. Está visitando las salas con los estudiantes.

—En ese caso, tiene usted que esperarle arriba, en su despacho—dijo el portero señalando con el dedo una escalera de edificio con escalones de piedra gris que se veía á la derecha.

El caballero lanzó un suspiro y volvió á marchar, mientras que su mujer seguía prefiriendo el quedarse allí, en el patio.

Esta vez el señor permaneció bastante tiempo sin volver, y la dama comenzó á pasearse nerviosamente. La espera le parecía interminable, en su ansiosa impaciencia por conocer el resultado de la gestión.

Tenía cuarenta años cumplidos, y le había sido preciso renunciar á la esperanza de ser madre; pero, de acuerdo con su marido, formó el proyecto de adoptar un niño ajeno, elegido entre los de la Maternidad. De esta manera podrían escoger entre varios niños, y podrían realizar al mismo tiempo una buena acción. Hacía ya más de un año que el profesor se había encargado de arreglar la cosa, que, por lo visto, no era tan fácil como hubiera podido creerse. Por de pronto, como es natural, el niño debía ser sano y estar bien constituído; la madre había de satisfacer á las mismas cualidades físicas; por último, esta madre tenía que acceder á las condiciones que querían imponerle.

Por fin, el profesor había enviado un recado al matrimonio, diciendo que creía haber encontrado lo que se buscaba.

Ahora el pequeñín estaba allí, detrás de aquellas ventanas. ¿Cómo era? Dentro de un momento iba ella á verle; se lo llevaría tal vez en seguida... ¿No habría en la ascendencia del niño

alguna tacha moral hereditaria? ¿Podría convertirse verdaderamente en hijo suyo?

¡Hay tántas cosas posibles cuando se trata de un niño desconocido, al que es preciso adoptar en cierto modo á ciegas!

Ella iba y venía por el barro helado; se volvía para mirar la puerta por la que su marido había desaparecido. Cuanto más avanzaba el sol, más irrespirable se hacía el aire en aquel patio. Pasaban gentes con mantas y colchones que iban á sacudirlos en el fondo del jardín. Y persistente, flotaba ese melancólico olor de hospital, que se filtra á través de las paredes de los grandes edificios silenciosos como una voz que contara siniestros acontecimientos á punto de desarrollarse detrás de las lúgubres ventanas.

Oyóse de pronto un grito desgarrador que salió de una sala del segundo piso, y que se repitió dos ó tres veces. La señora se dirigió al portero, ocupado en romper el hielo de un arroyuelo helado.

—¿Quién grita ahí arriba?

El portero se apoyó en la pala, miró al sol entornando los ojos, y sonrió ante una pregunta tan cándida.

—¿Quién?... En verdad que no es fácil decirlo: aquí, sabe usted, se oye gritar noche y día, todo el año.

En este momento el marido se asomó llamando á su mujer: el profesor los esperaba en su despacho.

El patio quedó desierto unos instantes. El portero se marchó; la pala quedó allí apoyada en la pared; los tejados goteaban; un estornino se balanceó sobre la gotera y cantó, con el pico amarillo alzado hacia el sol... Después apareció una enfermera interna, una joven con las mangas remangadas, que cruzó el patio gritando:

—¡Portero, portero!

Y poco después, la cabeza gris del portero se asomó á una puerta; estaba comiendo un pedazo de pan, y el hombre, con tono de mal humor, exclamó:

—¿Qué pasa?

La joven se paró, y bajó involuntariamente la voz.

—El interno le ruega que suba usted á la sala 10.

—Bueno, bueno; ¿pero es que no puedo tomar un bocado antes? ¿Qué me quiere?

—Es para bajar un cadáver.

—Bueno, ya voy.

La cabeza del portero desapareció; la puerta volvió á cerrarse.

Por fin apareció el profesor, seguido de los dos esposos; hablaban con animación. El profesor decía:

—Puesto que desea usted ver al niño en seguida, señora, vamos á proceder diplomáticamente... Ustedes siguen en la idea de que la madre ignore quiénes son, ¿no es eso?

—Seguramente—replicaron los dos á la vez.

Y la señora añadió con viveza:

—Al hacer mío á ese niño, quiero tener la certeza de que el niño será completamente nuestro. Figúrese que más adelante se le ocurriera á su madre reclamarle... ¡Y quién sabe si tendrá ella también una familia que quisiera mezclarse en esto!... No, gracias, no queremos cuestiones.

—Pues bien, va á ser preciso que ahora desempeñen ustedes una comedia—dijo el profesor haciendo signos de aprobación con la cabeza.—Pero cuide usted, señora, de no salirse del papel cuando vea á nuestro querubín.

Los hizo atravesar el patio y subir una escalera. De repente, la señora puso una mano en el brazo del médico, y le dijo en voz baja:

—Todavía no nos ha dicho usted quién es la madre.

El profesor siguió subiendo unos cuantos escalones; paróse luego, y contestó:

—Hasta ahora se ha negado á dar su nombre y sus señas. La llamamos «el 47».

—Pero, siendo así, ¿es seguro que consienta?

El profesor sonrió y contestó:

—Creo haber adquirido cierta aptitud para conocer á estas

gentes; y—añadió con un nuevo movimiento de cabeza con el que parecía aprobar esta vez sus propias palabras—si no me engaño, no hay aquí mujer más desgraciada que ésta... En fin, vamos á ver...

Siguió subiendo; hizo entrar al matrimonio en un corredor sombrío, lleno de puertas numeradas. Luego, al detenerse para abrir una de aquellas puertas, dijo en tono más alto del que era necesario:

—Si quieren ustedes, podemos echar una ojeada aquí.

Dejó pasar delante á los dos esposos. Salió á su encuentro un olor particular, desagradable. La sala estaba oscura; las ventanas daban al Norte. Distinguíanse, en primer término, dos filas de camas, con la cabecera en la pared, á lo largo; después dos filas de caras y de ojos que se volvían hacia los visitantes.

Tres niños se pusieron á gritar al mismo tiempo, y sus madres trataban de acallarlos. Podía verse ahora que unas estaban sentadas en la cama, que otras estaban dando de mamar, mientras que algunas permanecían tumbadas en un medio sopor, pálidas y extenuadas por los sufrimientos que acababan de experimentar.

En la cama más próxima á la puerta estaba acostada, pero vestida, una mujer, que se levantó al ver los que entraban. El profesor se dirigió á ella:

—¿Dónde está su niño?—le preguntó.

La mujer, cuya cara llena y ancha tenía un tinte amarillento, contestó tranquilamente:

—¿Mi hijo? Pero si se ha muerto hace tres días.

—¡Ah, sí!... Ahora me acuerdo... Era el de usted, en efecto.

Y el profesor iba á seguir, cuando la señora, dirigiéndose á su vez á la parturiente, le preguntó con interés:

—¿Y no siente usted la muerte de su hijo?

—Era lo mejor que podía sucederle—contestó la interpelada bajando los ojos.

Y el profesor intervino, diciendo:

—Usted ha tenido ya tres, ¿no es así?

La mujer miró á la señora, como si fuese ésta la que le interrogase, y contestó sin vacilar:

—Sí, tres.

—¿Es usted sirviente?—preguntó la señora dando un suspiro.

—No, soy encuadernadora.

El matrimonio y el profesor siguieron andando, mientras que la mujer volvía á tumbarse en la cama con las manos cruzadas tras de la nuca.

Todos los rostros se dirigían hacia los señores aquellos, y los miraban con esa mezcla particular de envidia y de admiración que experimentan los que se encuentran en un hospital cuando ven á un visitante: aquellas dos personas venían del sol, del aire puro; traían consigo un reflejo de aquel sol, unas partículas de aquel aire puro; y á los pocos instantes iban á salir de nuevo, á volver allí de donde venían, y en donde podrían estar cuanto tiempo se les antojase.

El profesor se había parado junto á otra cama, y la señora se dijo: «¿Será ésta?» Pero al acercarse, vió en la almohada una cabeza de vieja con pelo gris.

—Esta ha tenido un parto muy laborioso—explicó el profesor con el tono del oficio;—es una primeriza de cuarenta y cinco años.

La señora, al ver que la mujer estaba adormecida, preguntó cuchicheando:

—¿No es ésta, verdad?... Esta será casada, naturalmente.

El profesor meneó la cabeza.

—No, no es casada—dijo sonriendo con su particular sonrisa.

Pero comprendiendo que la aventura de aquella seducida de pelo blanco afectaba penosamente á la señora, le dijo:

—Venga usted por aquí; le contaré algo muy curioso.

La condujo hacia la otra fila de camas, del otro lado de la

habitación, y se detuvo en el centro. Una mujer pálida, de facciones contorsionadas y deformadas, reía, reía sin cesar y estrechaba al mismo tiempo á su hijo contra su seno.

En cuanto vió al doctor se puso á lanzar una porción de palabras incomprensibles, mientras que le subía á los labios una franja de espuma. Pero una alegría rara, extraordinaria, iluminaba sus chispeantes ojos.

—No es solamente una anormal desde el punto de vista mental—murmuró el profesor,—sino también desde el punto de vista físico. Tiene las rodillas subidas bajo el pecho, y así es de nacimiento. Y, sin embargo, ya lo ve usted, es madre... Ocurren muchas cosas en nuestros países cristianos que no sospechan las buenas señoras que hacen medias para los paganos (1).

La señora tuvo que apoyarse en el brazo de su marido: hubiérase dicho que iba á desmayarse. Y murmuró:

—Supongo que no será ella: es imposible.

No pensaba sino en la única cosa por la que había venido.

El profesor volvió á tomarla del brazo, y con su sonrisa satisfecha dijo:

—Y ahora venga usted por aquí. Quiero enseñarle también algo bello... Veo que está durmiendo...

La señora comprendió que se trataba de la persona en cuestión, y su corazón, emocionado, se puso á palpitar con violencia.

El profesor la condujo á una cama próxima á una ventana. La luz, á través de la cortina que estaba echada, iluminaba la almohada, en la que los visitantes vieron la cabeza bella y regular de una joven dormida. La cabellera, abundante y negra, estaba suelta, cubría la almohada y desaparecía tras de los hombros, y la cabeza de la mujer dormida inclinábase ligeramente hacia el niño que reposaba al lado.

---

(1) Alusión á las sociedades de mujeres escandinavas que proporcionan géneros y dinero á las misiones de la India y de China.

Parecía que el sueño la había sorprendido en el momento de ir á dar el pecho. La camisa estaba entreabierta, mostrando un cuello blanco y lleno y un seno repleto de leche. Parecía tener unos veinticinco años, y el rostro, de facciones bien dibujadas, hubiera sido delicioso, de no tener un aspecto tan cansado.

Pero la señora no tenía ojos sino para el niño. Al principio le había mirado con cierto sentido crítico, como si se tratara de algún género que iba á adquirir. El pequeño dormía como su madre. La cabeza, bastante grande, cubierta de un fino pelillo, era á la vez fina y robusta.

La manecita regordeta estaba tendida hacia el pecho de la madre, y la boquita se movía de vez en cuando, como si estuviese mamando en sueños. Las mejillas eran redondas y frescas como dos manzanas. Ciertamente, era un niño lindísimo, una monada que estaba pidiendo caricias. La señora comenzó á sonreir, sin darse cuenta.

Así, pues, aquel niño iba á ser el suyo, aunque en aquel momento pareciese descansar con tanta seguridad al lado de su verdadera madre. Las ropas que le envolvían eran toscas y estaban remendadas — los vulgares trapos que la Maternidad pone á los niños pobres, — y tampoco parecían muy limpias.

La buena señora experimentó el imperioso deseo de llevarse al niño inmediatamente, darle un buen lavado y vestirle en seguida con la preciosa ropita que con sus mismas manos había cosido y bordado en aquellos últimos tiempos.

Sin embargo, tuvo también que mirar á la madre, que dormía allí apaciblemente con su pequeñuelo, sin sospechar á su lado la presencia de otra mujer que venía para arrebatarle su hijo. Hubo un momento en que el corazón de la buena señora experimentó un vago sentimiento de piedad: ¿no había algo de crueldad en separar así al hijo de la madre?

Pero no fué más que un momento. En seguida reaccionó, recordó su razonamiento habitual: de todos modos, preciso se-

ría que aquella mujer se separase de su hijo, que sería para ella la vergüenza de toda su vida si lo conservase. De igual suerte que la encuadernadora, consideraría la muerte del pequeño como una dicha, una vez pasada la primera pena. ¿No era, por consiguiente, mejor para ella ceder su hijo á otra que le serviría de tierna madre, cederle y enterrarle ella en su corazón, como si hubiera dejado de existir?

De repente, la que dormía abrió los ojos, y las dos mujeres se miraron unos segundos. Luego la señora, como á su pesar, retrocedió dos pasos y se puso á examinar otra cama.

El profesor no perdió el aplomo, y con tono de buen humor dijo:

—Se había usted dormido, ¿eh? ¿Y cómo va el polluelo?

Sin contestar, la parturiente se subió la manta hasta la barbilla y se volvió de espaldas; el niño, despertado, empezó á lloriquear, y ella, con la cabeza baja, se esforzó en hacerle callar. Pero no logró ocultar el vivo rubor de vergüenza que le había asomado á la cara.

Cuando ya se iban á marchar los visitantes, la señora se detuvo junto á la puerta, y dirigió una larga mirada á la cama de junto á la ventana. Parecíale ya que iba á dejar á su propio niño.

En el patio dijo al profesor:

—¿Cree usted que haya algo de malo en dejar ignorar á la madre lo que será de su hijo?

—Ella elegirá con plena libertad—contestó el profesor.—Tendrá tiempo para pensarlo, y, por mi parte, no tendrá que pesar ni amenazas ni promesas. Veremos lo que decide.

Y los tres franquearon la puerta de salida del establecimiento, mientras que la dama anunciaba su intención de socorrer, por mediación del profesor, á la desgraciada joven.

II

Hay muchas maneras de estar cansados. En las personas felices el cansancio se disipa suavemente, dulcemente, en el sueño; pero el cansancio puede ser también tan grande que se deje sentir como una pesadilla que le despierta á uno. Esto ocurría al 47, á la joven acostada junto á la ventana. Habíase vuelto á dormir unos instantes, pero cuando se despertó sintióse más cansada que nunca.

En una sala como aquélla, con sus numerosos recién nacidos, no era fácil tener la tranquilidad necesaria. Si su hijo no gritaba, lo hacía otro, ó bien varios que se ponían á chillar al mismo tiempo. Y cuanto más fatigada se encontraba por la falta de sueño, menos podía soportar el ruido y tanto mayor era su molestia al verse continuamente perturbada.

Si era su pequeño el que la despertaba, ocurríale sentir como un acceso de desesperación; si era uno de los otros, experimentaba entonces un acceso de rabia que le hacía apretar los dientes. Hacía siete días y siete noches que estaba allí, y apenas había podido dormir media hora seguida. Comenzaba á sentir una rara pesadez en el occipucio; sus ojos no soportaban la luz, y el colchón, duro y desigual, le lastimaba tanto en la espalda que le parecía un potro de tortura. Desde hacía dos ó tres días la menor emoción experimentada de improviso la hacía derramar lágrimas, aunque hiciese todo lo posible para vencer semejante debilidad.

Se incorporó, apoyándose en un codo; echó una mirada por la rendija de las cortinas, y vió que el sol no lucía ya tan cegador sobre el tejado frontero. Apartó la cortina y permaneció echada, contemplando melancólicamente el cielo dorado, que enrojecía en el Occidente, sobre las frondosas colinas, más allá de la ciudad.

Siempre era esto preferible á ver lo que la rodeaba, aun-

que ahora desease mirar por otra ventana, por parecerle que así le dolerían menos los ojos. Aquí aparecían siempre las mismas paredes, las mismas chimeneas, los mismos feos patios, los mismos montones de piedras ó de ladrillos en los tejados, que hacían pensar á veces en un gato al acecho. Ayer había un poco de nieve en el tejado del Palacio de Justicia; hoy había desaparecido. Más lejos, en la ciudad, estaban alzando un campanario, y á menudo el pensamiento de que podía caerse un obrero le daba vértigos. En fin, veíase aquel gran anuncio de pretensiones que mostraba orgullosamente sus letras doradas encima de una casa, en un poste de hierro: *L. B. Hausen, grabador en madera.* Allí estaba ayer, allí estaba todavía hoy, aquel nombre que la perseguía, y que ella no podía, sin embargo, dejar de buscarle de reojo después de haberle mirado durante mucho tiempo.

Tal vez ocurría algo en las camas que rodeaban á la suya, pero esto no la interesaba. Conocía muy bien el aspecto de la sala á aquella hora, con todos los ojos dirigidos hacia la puerta, en espera de la comida de la tarde, y con la secreta esperanza de que sería un poco mejor que la de la víspera.

De pronto, alguien la tocó en un brazo; se volvió. Era una de las enfermeras, que le deslizó en la mano un portamonedas pequeño. La 47 miró ansiosamente á la joven, que se inclinó hacia ella y murmuró:

—Diez coronas. No han querido dar más.

La 47 contemplaba el portamonedas como si la cosa no le pareciese creíble, diciendo:

—Sin embargo, era un reloj de oro.

—Han dicho que era viejo.

Y la 47 puso el portamonedas en el borde de la ventana, lanzando un suspiro.

—¡Qué se ha de hacer! Gracias, y perdone la molestia.

Sola, se quedó un instante sin moverse, mirando al vacío; metió la mano bajo la almohada, sacó un pañuelo doblado y

se puso á contar lo que contenía. ¡Ocho coronas solamente! (1). Diez y ocho con las diez que acababan de traerle. Había que calcular que su cuenta subiría, por lo menos, á veinticinco coronas (2), y la inquietud que la había atormentado día y noche la volvió de lleno. ¡Si la casa, para cobrar, la exigiera el nombre...! Volvió á guardar las monedas de plata en el portamonedas, que colocó bajo la almohada, y permaneció quieta, contemplando el techo.

«Pues bien—se dijo al fin:—tu capa de invierno está todavía en buen uso; podrías muy bien sacar de ella otras diez coronas, ya que la primavera va á llegar. ¡Qué importa lo que suceda después, con tal de que salgas de aquí sin historias!...»

Estas reflexiones la tranquilizaron mucho, y sus ojos se bajaron de nuevo. ¡Era tan fatigoso estar siempre dando vueltas á las mismas tristes y enojosas ideas! No podía más, no; no quería pensar.

En esto se abrió la puerta, y entraron dos enfermeras con sendas bandejas en la mano. Era la comida de la tarde: siempre la misma papilla, la misma leche azulada, y todas las caras, llenas de esperanza, se volvieron instintivamente...

Distribuyéronse platos y tazas. Algunas madres estaban todavía tan débiles, que había que alimentarlas á cucharadas; otras estaban sentadas en las camas, y acogían sus raciones con el buen apetito habitual de la parturiente...

La 47 dejaba vagar sus miradas de una cama á otra. ¿Quién hubiera podido prever, no más que un año antes, que también ella se vería allí acostada en aquella sala común, equiparada á todas aquellas mujeres que, en su mayor parte, procedían del arroyo?

---

(1) La corona vale, aproximadamente, 1,30 pesetas.

(2) En Noruega la asistencia en sus hospitales no es nunca gratuita. Para los indigentes, el Municipio de donde son toma á su cargo, previa información, los gastos del tratamiento. El anónimo que quería conservar la joven la obligaba, por lo tanto, á saldar su cuenta con sus propios medios.

El sol poniente, cuyos últimos rayos, rojos y oblicuos, penetraban al través de los cristales, proyectaba una amplia mancha de luz sobre el papel de la pared, frontera á ella. Todo el resto de la vasta sala estaba sumida en la sombra, y apenas se distinguían las figuras.

En el fondo de la habitación, en una esquina, una muchacha de diez y ocho años reclamaba un suplemento.

—¡Ah, Dios mío!—exclamaba bromeando;—¿no hay nadie que quiera venderme su ración? Daría por ella una corona.

Llevaba la tosca ropa blanca amarillenta de la casa, pero sobre sus hombros se esparcía una magnífica cabellera de un rubio de fuego, con la que el sol jugaba cada vez que ella se inclinaba para alargar el plato.

Una de las bandejas se hallaba detenida á los pies de una cama. La que la ocupaba sollozaba y se negaba á comer. Era una vulgar mujer pública, cuyo hijo había muerto la víspera, de una enfermedad congénita, y la cual mujer, con general asombro, se mostraba inconsolable.

—Coma—le decía la enfermera.— Ya verá cómo todo acaba por arreglarse.

Pero la mujer, por toda respuesta, se tapó la cabeza con las sábanas y siguió sollozando.

—Denme su ración — dijo la muchacha de la esquina.— Verdaderamente, me parece que se debería poder comer aquí á gusto, lo mismo que en las casas de corrección.

Ahora, á lo largo de las dos filas de camas no se oía más que el tintineo de las cucharas y de las tazas, y el habitual descontento empezaba á manifestarse. Una campesina, que había entrado y dado á luz la víspera, pero que se sentía ya completamente restablecida, llevó la taza á las narices de la enfermera que se la presentaba.

—¿Leche esto?... En el campo lo llamamos añil para lavar.

Tomó una cucharada del líquido y la tiró al suelo, volviéndose bruscamente de espaldas.

—¿Qué modales son éstos—exclamó la enfermera, poniéndose en jarras.—¿Tendré que ir á quejarme al señor profesor?

—Vaya á buscarle si quiere. Le preguntaré si lo que ordeñan aquí de las vacas es agua.

Una obrera, de lengua suelta, se mezcló en el diálogo, diciendo:

—¡Como si nosotras pudiéramos esperar algo mejor! ¿Acaso no somos una cualquiera cosa? ¿Qué puede importar que nuestros hijos revienten? Otro asunto es para las distinguidas damas que tienen cuarto aparte. Estas necesitan sin duda sedas y edredones; para ellas desnatan nuestra leche. ¡Ah! aquí no se trata de la misma manera á todo el mundo.

Todas las mujeres aprobaron esta peroración. La muchacha de la esquina, á la que no habían dado suplemento, dijo:

—Sí que es verdad eso. Lo mismo que con el alimento, sucede con el profesor. A nosotras nos trata como á perras. Pero se pone de rodillas delante de las señoronas, las besa los dedos. Las da fortificantes, tanto interiores como exteriores. ¡Ah! es la verdad.

Y la encuadernadora añadió:

—No pondría yo la mano en el fuego respecto de que esas señoras tengan los hijos de la misma manera que nosotras.

Esta observación fué muy celebrada. Y en medio de estrepitosas carcajadas, oíanse aún los sollozos sofocados de la mujer pública, que seguía con la cabeza tapada por las mantas.

Había también en la sala una mujer casada, una vigorosa trabajadora de una veintena de años. Era la única que pareciese satisfecha de su suerte. Sobre la mesa de noche veíanse muchas buenas cosas que su marido le llevaba todos los días: manzanas, naranjas, pastillas de chocolate, panecillos. Cada vez que se disponía á tomarlas, sentía de tal manera todos los ojos fijos en ella, que las golosinas se le quedaban literalmente en la garganta. Pero sus compañeras de sala eran, á la verdad, demasiadas para que pudiese compartirlas con ellas.

En aquel momento, la atención general se fijó en la contrahecha.

Aprovechaban el instante en que le hacían tragar su ración para quitarle discretamente á su pequeño. Pero en cuanto lo advertía, se olvidaba de todo, tendía los brazos y lanzaba pequeños gruñidos; y la emoción que experimentaba aportaba de nuevo la espuma á sus labios.

La encuadernadora, á quien esta escena hacía reir, se acercó á la cama de la paciente, y dijo con ironía:

—¿Te imaginas que te van á desembarazar de tu chiquillo, que vas á librarte tan fácilmente de la vergüenza y de las burlas? ¿Eh? Estáte tranquila, te quedarás con él. Estáte tranquila. ¡Ja, ja!

Pero la pobre criatura no advertía que se reían de ella. Continuaba tendiendo los brazos y gimiendo. Aquella mujer, que había sido loca toda su vida, que á menudo se mordía los labios hasta hacerse sangre, se había convertido de pronto en una madre tierna y solícita.

Y sentíase que en aquella razón naciente, despertada por el amor maternal, comenzaban á penetrar inquietas preocupaciones por lo porvenir. ¿Qué sabía, en efecto, si no se vería separada de su pequeño, cuando el inspector de la Asistencia pública—á cuyo cargo la había puesto su estado—los hiciera salir á ambos?

Por fin volvió la enfermera y le devolvió el niño; y de nuevo ella le abrazó con ternura y cuidados, y volvió á echarse, riendo, riendo, con una risa que no se contenía, como si su pecho fuese á estallar si se contuviera.

La 47, en su cama, cerca de la ventana, se había esforzado en comer la mitad de su ración, y había mandado lo restante á la muchacha del rincón. Después, recogidos los platos, las tazas y las bandejas, las dos enfermeras se remangaron las mangas y empezaron á vestir á los niños para la noche. Entró otra con un cesto lleno de ropa recién lavada, que fué poniendo alrededor de la estufa para que acabara de secarse. Como

la estufa estaba al rojo, la ropa se puso en seguida á humear, y pronto la sala se llenó de un olor asfixiante de jabón moreno y de lejía. La atmósfera no mejoraba, sino que empeoraba á medida que desnudaban á los siete niños y echaban su ropa sucia en montón cerca del fuego. Unas se tapaban las narices, otras tosían, y mientras tanto, los chicos, que se agitaban en manos de las enfermeras, de una destreza profesional, armaban una espantosa algarabía.

Diríase que aquel aire pestífero avivaba en todos los corazones una rabia impotente, muda, hasta el momento en que, devueltos los niños á sus madres, estalló bruscamente.

La obrera de la lengua suelta alzó á su pequeño, y exclamó:

—No; esto es demasiado... ¿Está limpia esta ropa?... venga usted aquí.

É hizo señas á una de las enfermeras, que se acercó maquinalmente. Y hubo una explosión de denuestos respecto á aquella ropa, que tenía la pretensión de estar lavada, pero que en realidad no estaba más que metida en el agua con una mano de jabón moreno y secada en la estufa. ¿Era raro el ver morir tantos niños de enfermedades contagiosas?

También en las otras camas, en toda la sala, se olfateaba la ropa de los pequeños, y pronto el descontento llegó á la injuria. Las enfermeras se miraron; después se pusieron á hacer que quitaban el polvo aquí y allí, alegando que ninguna de las dos había lavado aquel día. Eran otras enfermeras: algunas de aquellas delicadas señoritas de la ciudad, que hasta entonces no se había mojado nunca las manos en el agua de la colada... Pero ¿qué importaba esto á aquellas mujeres furiosas? Las mismas enfermeras les daban la razón. Y su cólera se desencadenaba; algunas hacían ademanes de amenaza, gritaban y juraban. Y la pestilente atmósfera las hacía toser sin parar. La 47 se tapaba los oídos: aquello era un estrépito espantoso. Cuando la cosa se apaciguió por fin, presentaron los niños á las madres que criaban. Y mientras que, pálidas é inclinadas, miraban á sus pequeñuelos, que mamaban, reanudóse la con-

versación á propósito de las señoronas de la primera división, á las que se atendía de muy distinta manera... Si es cierto que se maman las primeras convicciones al mismo tiempo que la leche materna, aquellos recién nacidos eran seguramente futuros anarquistas.

La mayor parte de los niños se criaban con biberón. Para éstos trajeron una marmita de leche hervida y humeante, que pusieron en medio de la sala.

Una enfermera se acercó á la 47 y le preguntó:

—¿Tomará leche esta noche su pequeño?

—Sí — contestó ella con un gesto de cansancio; — no me siento en estado de darle el pecho hoy todavía.

La enfermera se llevó al niño, y las tres mujeres se sentaron en torno de la marmita, distribuyendo la leche con una cuchara á los pequeños, los cuales la tomaban mal, y concluían á menudo por atragantarse.

Cuando llevaron al niño á la 47, la joven cogió á la enfermera por la muñeca y exclamó muy asustada:

—¡Está usted loca!... ¿Sabe usted lo que ha hecho?

—¿Qué?... ¿He hecho tal vez mal en dar la leche á su hijo?

—Se ha servido usted primeramente de la cuchara para el pequeño que tiene una fea enfermedad y en seguida para el mío, sin lavarla antes. Por lo visto está usted loca.

La enfermera se echó á reir y contestó:

—¡Bah! La cosa no es tan grave.

Y, desasiéndose, salió de prisa.

La 47 limpió cuidadosamente con el pañuelo el interior de la boca de su hijo. Pero, como una vez más le subieran los sollozos á la garganta, tuvo que volverse para que nadie lo notase.

A los pocos momentos estaba de nuevo tumbada, con el pequeño dormido sobre su brazo, contemplando el cielo amarillento del Poniente. El sol había desaparecido, y las sombras invadían la ciudad, oscureciendo los tejados de las casas. Extenuada como estaba, la llegada de aquella nueva noche que descendía llenaba á la joven de un temor angustioso.

La atmósfera de la sala era cada vez más irrespirable: la pobre mujer tenía la garganta extraordinariamente seca. Quiso beber de su botella, pero el agua estaba completamente tibia y tenía un sabor á jabón que por poco la hace arrojar. Las enfermeras recogieron las ropas sucias y, por olvido ó indiferencia, se fueron sin renovar el aire; y la estufa continuaba caldeando de una manera intolerable; todas, en sus camas, sudaban copiosamente.

Ahora que ya no había allí testigos pertenecientes al personal de la casa, entablóse de cama á cama el coloquio habitual. La encuadernadora contó recuerdos de sus anteriores visitas á la Maternidad. Un día, una enfermera descuidó el vendar convenientemente á una mujer que acababa de dar á luz: tuvo una hemorragia por la noche, y la encontraron muerta á la mañana siguiente. Otra vez, dos mujeres dieron á luz al mismo tiempo, y las enfermeras colocaron de prisa y corriendo á los niños en una misma cama. Pero cuando se trató de entregarlos, era imposible distinguirlos, y dieron á cada una de las madres uno de los niños, completamente al azar. A los tres años, ellas se pusieron de acuerdo para hacer el cambio. Ahora hablaba de un joven interno que se puso á reconocer á una mujer, acabado de salir de una autopsia: la mujer se contaminó, murió...

Y mientras que la encuadernadora contaba sus historias, á cual más espantosa, la oscuridad se iba haciendo cada vez más profunda en la siniestra sala. La 47 se tapó la cabeza con las mantas para no seguir oyendo.

III

«Duerme, duerme. No hay que pensar en todo esto ahora. ¿Para qué?... ¡Duerme, duerme!»

Y la 47 apretaba los párpados; pero no hacía más que dar incesantes vueltas. Era más de media noche.

Un poco de ruido aquí, allí; un ronquido, un niño que se despierta y llora. La calle está silenciosa. Todo acusa la noche plena.

Precisamente cuando está uno demasiado cansado para poder dormir, es cuando no se puede dejar de pensar, y de pensar en las cosas más siniestras. Y, como la noche última, como todas las noches anteriores, he aquí que raras visiones empiezan á desfilar ante sus ojos, en las tinieblas.

.....

Muy bajo se ha caído ahora, en el arroyo. Pero hay en cierta parte del espacio un rincón soleado en el que se vivió en otro tiempo, y en una situación muy diferente. He aquí que surgen otros recuerdos, otras islillas doradas. Surgen y desaparecen. Cada recuerdo tiene su paisaje propio y uno está colocado en medio de cada cuadro, como punto central de una vasta composición de mil colores.

Primeramente aparece la islita rodeada de arrecifes y la casita de su padre, el guardián del faro. Luego ella se encuentra en Ostland, en una comarca bella y fecunda, ¡y la ocurren tántas cosas! Y después es una sombría guardilla de la capital, en donde, durante meses, permanece encerrada como en un calabozo... Pero no ha terminado: he aquí que comienzan á dibujarse rostros ante sus ojos,—rostros de hombres ó de mujeres, caras de amigos, y algunas otras también que llenan todavía su corazón de odio.

De pronto se incorpora en su cama, coge el reloj de su vecina y lo mira á la luz de la lamparilla. No son más que las dos, ¡ah! ¿No acabará nunca esta noche?

Vuelve á echarse, se tapa la cabeza con las mantas, cierra los párpados con todas sus fuerzas. ¡Dormir, dormir!...

Pero, al poco rato, estaba de nuevo allí lejos, en la islilla; pensaba en sus ancianos padres, que seguían viviendo en la casa próxima al faro y que no sabían ni sospechaban nada.

Se echa boca abajo, solloza... pasan unos minutos... Pero he aquí que tiene catorce años. Está jugando, en la isla, con

los niños de los pescadores. En torno de ellos la mar suena y, en el Oeste, se confunde con el cielo; al Este, la tierra firme, una línea negra entre cielo y agua. En todos los huecos de las peñas, las aves del mar tienen sus nidos; son sus buenas amigas. A menudo acaricia á una de aquellas aves, sin que huya volando... Acompaña á su madre á la iglesia por el camino que serpentea al través de pequeñas hornagueras, sobre las colinas... En toda la isla no hay un abrigo, salvo un árbol raquítico en medio de su jardín...

Al mismo tiempo que sus dos hermanos, trabajaba ella con su padre. Este tenía una gran biblioteca y ella aprendió pronto á leer libros en lenguas extranjeras. ¡Pero qué diferentes eran sus padres! La madre, de una religiosidad concentrada y sombría; el padre permanecía levantado gran parte de la noche con una botella ante él. Había sido oficial de marina, y un accidente, cuya responsabilidad le incumbía, le obligó á retirarse. No podía olvidar esta desgracia.

Luego nuevos infortunios caen sobre la casa: de los dos hermanos de la joven, el mayor es encarcelado por estafa, el otro abandona una buena colocación en Cristianía para fugarse con una amazona de circo... La madre lo aceptó todo como una cruz que el Señor le imponía; el padre encaneció en pocos días. En adelante la pobre niña había de vivir sola con sus padres, semejantes ahora á dos enfermos que todo lo esperaban de ella. Parecíale á ella misma que esto era lo más natural del mundo: ¿no debía ella procurarles tanta alegría como tristeza les habían causado sus hermanos?

El único inconveniente de esta existencia fué que á los veintidós años estaba ella todavía allí con sus ancianos padres y sin ningún plan para el porvenir. Allí no iban nunca visitas, no había medio de salir un poco: así fué que el aislamiento al que se había sometido le hacía, cada día más, la ilusión de una prisión perpetua.

Ocurrió entonces que una tía rica, que residía cerca del lago de Mjös, en una gran propiedad, la invitó á ir á pasar un

verano. El padre, cuando se enteró, mordió el extremo de su pipa y murmuró:

—¡Ah, ah! Todavía se acuerdan de nosotros, á pesar de todo.

Pero aquello era para la joven una ocasión de salir un poco de la jaula, y concluyó por conceder su permiso. Este acontecimiento fué en el último verano. Un año, sí, un año solamente...

Pero se estremece de nuevo, se sienta en la cama y se lleva las dos manos á la cabeza.

—¡Dios mío! ¿por qué, por qué no puedo dormir?

Al poco rato volvió á echarse con los ojos entornados... Llega á la finca, después de algunos días pasados en la capital, aturdida por tantas nuevas impresiones.

La casa estaba situada en una colina y se reflejaba en el vasto lago que bordean ricos prados y profundos bosques de abetos. Estábase en Junio; el huerto rebosaba de manzanos en flor, las praderas ondulaban con la brisa del verano.

Ahora los perfumes secos de la hierba, de los follajes y de las floraciones de toda especie reemplazaban el aire duro y fresco de la mar, al que se había hecho. En su cuartito, ocurríale pasar horas enteras con medio cuerpo fuera de la ventana para bañarse en la tibia atmósfera nocturna.

Sobre el lago una luna amarilla cerníase sin dar luz, de clara que era la noche.

¿Cómo era que desde los primeros días había empezado á sentir cierta antipatía hacia su tía y sus dos primas? ¿Era que temía verse mirada con menosprecio, á causa de las faltas cometidas en otro tiempo por su padre y sus hermanos? Sin duda, porque el recuerdo de estos sucesos estaba siempre en ella como una herida al descubierto; temía que alguien la tocara.

Y llegó el momento en que tuvo la certeza de que la compadecían: fueron rozándola, una tras otra, en el sitio de la herida siempre abierta, miradas, inflexiones de voz, alusiones de

todo género; pensaba que tal vez la despreciaran también por la manera que tenía de vestirse, por sus modales.

Pero calló su furor. No quería volver aún á su casa. Y su cólera, por tener que disimularla, trocóse pronto en un sentimiento más duradero. Gota á gota, se amasó el odio en su corazón. Pero también tenía que ocultar este odio: así se hizo hipócrita. Y, como no quería á ningún precio apenar á sus padres, no les escribía sino cartas alegres: así aprendió á mentir.

Acudía á menudo gente á aquella casa, y no tardó en observar que la encontraban bonita, más bonita que sus dos primas, que eran de su edad.

Solicitáronla en matrimonio un rico hacendado y un veterinario: rechazó á los dos. Formaba sueños de porvenir; quería llegar alto y lejos, y esto no solamente para hacer felices á sus padres, sino para aventajar á sus primas y vengarse así un día.

Entonces fué cuando apareció... Era un pariente del difunto marido de su tía. Acababa de doctorarse en medicina y pasaba por ser rico, muy rico. Cuando ella creyó observar que el doctor se inclinaba en particular á una de sus primas, comenzó á fijarse en él: «Se lo quitaré», se dijo. Pero había que obrar hábilmente.

¡Qué animación había traído con él! No había más que excursiones al monte, hogueras por la noche en el bosque, choque de vasos, risas y ardientes miradas. ¡Qué verano! Hasta entonces ella había rezado sus oraciones todas las noches; ahora se olvidaba de hacerlo.

Él observó, sin duda, que ella era de una esencia más común que las demás jóvenes que allí había; de otro modo no se hubiera atrevido á entrar en el cuarto de ella, como lo hizo, aquella noche en que se habían quedado los dos solos en la casa.

Al día siguiente le parecía á ella que eran más que prometidos, casi esposos ya. En adelante podía mirar á sus primas sin odio; no aspiraba ya á la venganza; le bastaba triunfar.

Los dos amantes se citaban en el bosque; así transcurrieron unas semanas de felicidad. Ella estaba enajenada, radiante.

Y cuando pensaba en sus padres, ya no formaba más que dulces sueños luminosos en los que los veía por adelantado junto á ella, ¡tan bien cuidados! ¡tan tranquilos, al fin!

Una mañana se marchó él súbitamente. Ella no había podido hablarle antes de su marcha; se quedó inquieta. Esperó una carta, que no llegó; concluyó por escribir ella.

No tuvo respuesta.

Y después, al poco tiempo, se enteraba por una conversación de sobremesa que el doctor Folden, en relaciones desde hacía mucho tiempo con una joven de Cristianía, iba á casarse en breve. ¡Ah! ¡qué día! ¡qué horror de día!...

La joven se incorpora una vez más, y, pasándose una mano por la frente, exclama:

—¡Me vuelvo loca, me vuelvo loca si no me duermo en seguida!

Y su vecina, la mujer del pelo ya blanco, que también está despierta, le replica en voz baja:

—¿Cree usted que es la única?

Ella no replica. Y mientras que permanece así, con la cabeza entre las manos, revive aquellas horas pasadas en vagar por los campos, al través de los bosques... Las noches sombrías de Agosto habían ya empezado; la hierba húmeda mojaba sus vestidos y sus pies. Había concebido una sospecha terrible. Si se confirmase... ¡Dios mío, si se confirmase!...

Al amanecer volvió á la casa, arrastrándose casi. Y por la mañana bajó, como todos los días, á hacer su tarea habitual, cantando y bromeando. Era preciso que no sospechasen algo; por nada en el mundo les daría esa ocasión de triunfar.

Por fin comprendió que la espantosa hipótesis era cierta: estaba en cinta. Pero no por ello dejó de ir yendo y viniendo como de costumbre, con los cantares en los labios; era preciso que nadie tuviese ni la menor sombra de una duda... Y esta necesidad le enseñó á reir en vez de llorar, le dió ingeniosidad

y sangre fría. Debía haber un medio para salir del paso; si no lo había, lo inventaría ella...

¿Pero en dónde refugiarse ahora? ¿Volver á su casa? ¡Asestar un nuevo golpe á sus padres, después de todo lo que habían sufrido!

Un día escribió á su casa una carta rebosante de alegría; pedía dinero para seguir unos cursos destinados á completar la educación casera de las jóvenes, en Cristiania. La mandaron el dinero, aunque el padre gruñó un poco. Entonces, para que su tía y sus primas no fuesen á buscarla, se enfadó francamente con ellas poco antes de su partida; y se separaron reñidas.

Se ocultó en la ciudad como un animal herido. Siguió los estudios cerca de un mes; luego no se atrevió á continuar por miedo de que las gentes hiciesen observaciones.

Entonces entró en casa de una costurera que vivía bajo los tejados, en un barrio apartado de la ciudad. Dedicábase allí, durante todo el día, á penosos trabajos de aguja, ganando apenas con qué albergarse y comer. La pequeña suma que recibiera desaparecía rápidamente. No se atrevía á salir, temiendo siempre encontrarse alguna persona conocida. Pero seguía escribiendo á su casa páginas alegres y entusiastas en las que se encadenaban las mentiras... ¡Qué largo fué aquel invierno!

Y llegó el día en que se dirigió á la Casa de Maternidad, deslizándose junto á las paredes. Mientras que la sacudían los primeros dolores, hubo de sostener una discusión, en una oficina, con un médico que la interrogaba; pero se negó tenazmente á dar á conocer su nombre y su profesión.

La obligaron á tomar un baño, después la hicieron acostar en una cama dura y mal oliente de la sala de nacimientos... ¡Dios mío! Jamás hubiera creído que un sér humano pudiese estar tan solo y miserable.

Todavía hubo algo peor para ella. Dos internos fueron á reconocerla. Creyó que se iba á morir de vergüenza. Después se encolerizó y exclamó:

—¿No basta con que uno de ustedes se ocupe de mí?

Y uno de los estudiantes le contestó, casi con tono de burla:

—Perdónenos, señorita, pero estamos aquí para aprender nuestro oficio.

Y ella se dijo:—¡Vas á ver cómo te toman por una perdida!

Durante quince horas la torturaron los dolores del alumbramiento. Y cada vez que sufría uno no podía contenerse y exclamaba una sola palabra, siempre la misma:

—¡Mamá, mamá!

Todas las veces, entre dos crisis, miraba con fijeza el techo pintado, sombreado por las luces de los mecheros de gas que apestaban la sala.

Al anochecer vinieron dos mujeres que habían de velar por la noche. También ellas la reconocieron para su instrucción personal de comadronas. Luego llamaron á otras jóvenes, que se acercaron á su vez. Y otras más se unieron á éstas.

Ella no era un sér humano, sino una cosa, un objeto del que cada cual se servía á su conveniencia, sin preocuparse de sus más íntimos sufrimientos. Y ella permanecía allí, sin poder hacer nada, ni siquiera protestar. Era horrible aquello. En el transcurso de la noche llegó otra mujer de parto; á la hora, otra.

Eran tres ahora para gritar, separadas solamente por un biombo; los gritos de las otras dos la hacían estremecer de pies á cabeza.

Se envió al mismo jefe de la clínica; llegó á examinarla, antes de la mañana, rodeado de los internos de guardia, á los cuales explicaba aquel caso excepcional. Fué á buscar unos instrumentos, volvió, y le dijo con una sonrisa:

—Me parece que ya es tiempo de desembarazarla á usted...

Y la operación empezó. Las alumnas comadronas miraban con curiosidad, con las manos puestas en las caderas... No tardó ella en perder el conocimiento.

Cuando volvió en sí se asombró de vivir aún. Las otras dos continuaban gritando. Pero he aquí que oyó el débil vagido de un niño, y en seguida se creyó sentirse alzada por ángeles, mecida por una música celeste.

—¡Enséñenmelo!—exclamó.—¿Cómo es? ¿Está bien conformado? Les ruego que me lo enseñen.

—Es un niño, señora; que sea enhorabuena—le dijo el interno que estaba acabando de hacer la cura.

Y cuando el pequeño sér, lavado y vestido, descansó al fin en su brazo, prorrumpió ella en lágrimas de felicidad.

Pero cuando la trasladaron á la sala en donde estaba acostada en aquel instante, hubo de considerar claramente la triste realidad. Por de pronto, se trataba de dar de mamar al niño. Sin duda ella, en las circunstancias en que se encontraba, no se había alimentado suficientemente; pero estaba sana y era de buena constitución, y la naturaleza hizo de modo que tuviese bastante leche para su hijo. Desgraciadamente, esto fué á costa de sus propias fuerzas; cada vez que el pequeño concluía de mamar, le parecía á la madre que se la iba á quebrar la espalda, como si el niño la hubiera sacado la misma medula. Tuvo que ceder y resignarse á quitarse el niño del pecho.

Y luego... largas noches sin sueño, inquietud por el porvenir, sombríos recuerdos: he aquí todo lo que constituía su vida. Poco á poco todas estas preocupaciones habían concluído con la primera alegría de su maternidad. Su cama se convirtió para ella en un lecho de tormento, que temblaba, sin embargo, dejar. Porque ¿á dónde iría después?

.....

De nuevo se echó en la almohada gimiendo:

—Otra noche como ésta, y me volvería loca, ¡Dios mío!

Por encima de la ciudad, una franja amarilla en el cielo anunciaba el día.

IV

—¿Qué tal? ¿hemos dormido bien?

El profesor hacía su visita de la mañana, seguido del jefe de la clínica, del interno de guardia, de la comadrona jefe, de los estudiantes y de los alumnos.

—Gracias, bastante bien—contestó la 47, tratando de sonreir.

El profesor estaba aquella mañana de una amabilidad que no le era habitual.

Hizo un gesto un poco escéptico, y le tomó el pulso con la mirada en el reloj.

—No va esto muy fuerte—dijo tras un corto silencio.

Y volviéndose á la comadrona, añadió:

—Mire, precisamente tenemos un cuarto al lado, un cuarto de una cama; se la podrá trasladar allí esta mañana, ¿no es verdad?

La comadrona pareció un poco asombrada, pero asintió en el acto.

Y el profesor sonrió á la 47, se despidió amablemente y se alejó con su acompañamiento.

Hubo gran agitación en la sala cuando, una hora después, vinieron á preparar el traslado de la joven. Y mientras que salía ella, apoyada en el brazo de una enfermera, después de haberse despedido de las que allí quedaban, sentía pesar sobre ella las miradas curiosas y envidiosas de las otras, que se preguntaban por qué, de repente, se mejoraba la suerte de aquélla, y la suya solamente.

La instalaron en una habitación clara, orientada al Mediodía. Todo estaba allí muy limpio. El aire tenía una agradable frescura; la cama tenía sábanas muy blancas y hermosas mantas encarnadas. Una vez acostada, sintióse llena de bienestar. Pusieron á su hijo en una cuna al lado de ella, y al poco rato

la trajeron un tazón de chocolate. ¿Habría allí una equivocación?

A la hora de comer llamaron á la puerta, y el profesor entró solo. Parecía que le acompañaba una atmósfera de buen humor; y ella le estaba tan agradecida por lo que acababa de hacer en su favor, que le sonrió instintivamente cuando le vió acercarse á la cama.

Sentóse él cerca, cruzó las piernas, y con los ojos fijos en la ventana, se puso á hablarle.

—Vengo para hablar con usted de una cosa sobre la que no necesita usted contestarme hoy... ¿Qué piensa usted que sea?

Aquí sonrió y meneó la cabeza, como si se hubiese hablado á sí mismo. Después continuó:

—Hasta ahora no sé quién es usted. Pero soy un práctico viejo, y creo tener cierto olfato. Usted, sin duda, es de buena familia; tal vez sea usted casada, tal vez no... No tengo empeño en saberlo... Pero ¿qué diría usted si su hijo fuese á convertirse en príncipe heredero de un pequeño reino? ¿eh?... Es decir, que una buena familia, acomodada, sin hijos, quisiera adoptar el de usted... ¿La desagradaría esto mucho?

De nuevo sonrió y movió la cabeza, como para él solo; luego sus ojos se fijaron en los de la joven. Esta, cuando estaba en presencia del profesor, tenía costumbre de cuidar que no se la conociese ninguna emoción; pero esta vez no pudo impedir el ruborizarse. Creía que él estaba de broma.

El profesor continuó:

—Hablemos un poco de usted ahora. No le vendría á usted mal el pasar una temporada en el campo, para que el color volviera un poco á sus mejillas, ¿no es verdad? Y si sucediera por casualidad que necesitase usted algún dinero—es una cosa que puede ocurrir para hacer cualquiera cosa,—pues bien, esto podría, de igual manera, arreglarse fácilmente. La familia de que le hablo es rica; puedo asegurar que el pequeño será un verdadero príncipe heredero... ¿Qué dice usted?

Y la miró en actitud interrogativa.

No, aquello no era una broma. De repente, los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. ¡Hacía tánto tiempo que no había oído una palabra de simpatía! ¡Todo aquello era tan imprevisto, tan sorprendente! ¿No era como un socorro que le venía del cielo? Y se puso á sollozar.

El profesor le acarició el pelo.

—Vamos, vamos, cálmese. Ya verá cómo todo irá bien, ya lo verá usted... Y reflexione sobre lo que he dicho; piénselo usted; hasta mañana.

Se levantó y salió.

Cuando se enciende la luz es cuando se comprende lo denso de las tinieblas que le rodeaban á uno; cuando se ve tendida hacia uno una mano salvadora es cuando se tiene conciencia plena de la miseria en que se estaba. ¡Cómo! Ella, que la víspera se abandonaba á la tristeza más desesperada, que no sabía ni cómo iba á pagar siquiera la cuenta del hospital para volver á la calle, ella... No, no era más que un sueño... A su pesar, se frotaba los párpados. «¿Por qué lloras así?, se decía; bien ves que has soñado. ¿Empezará, acaso, á extraviarse tu cabeza?»

En todo caso, si era sueño, el sueño continuaba. Porque al poco rato una enfermera entró á preguntarle qué deseaba beber en la comida, vino ó cerveza. Ciertamente, debía de encontrarse ahora en aquella primera división de que tan á menudo se hablaba en la sala general.

Cuando le sirvieron el almuerzo, á la vista del blanco mantel, de la servilleta, de los manjares delicados, sintió súbitamente el deseo de comer, de volver pronto á la juventud, á la vida. El sol iluminaba la habitación con una luz suave, amable, y una sensación de dicha demasiado fuerte para sus nervios la hacía reir y llorar á un mismo tiempo; cuando se ha vivido mucho tiempo en un sótano, basta, para deslumbrar, con un rayo de sol.

Después que hubo terminado de comer, quiso esforzarse en pesar las proposiciones del profesor. ¿Pero qué tenía que pe-

sar en suma? Estaba en el arroyo, y querían salvarla. Ya ella había pensado á veces, en horas de fiebre, en la posibilidad de hacer desaparecer á su hijo una vez salida de la Maternidad; y he aquí que venían á decirle ahora:—De tu hijo haremos un principito. Y tú misma puedes haberte engañado, haber dado un mal paso; pero aquí estamos para levantarte, ya lo ves... ¿E iba ella á rechazar aquellos ofrecimientos?

Cuando el profesor volvió á visitarla, al día siguiente, ella no puso más que una condición: la familia de que se trataba no debía tratar de averiguar quién era ella.

El doctor se acarició las patillas y, sonriéndose á sí mismo, dijo:

—Muy bien. Precisamente los nuevos padres del pequeño no quieren tampoco que usted sepa quiénes son...

Y se echó á reir, como si la cosa no tuviese importancia alguna.

Ella experimentó como un volquetazo en el corazón, y se preguntó en seguida el por qué. Pero se había hecho de tal manera á la idea de que semejante adopción era un bien, tanto para su hijo como para ella, que no quería escrutarse por miedo de descubrir algo desagradable. Quería alzarse, quería la salvación que la ofrecían, y para esto consentiría en todo.

—Perfectamente, es asunto terminado—dijo él.—Creo que vendrán á buscar al principito mañana... Al mismo tiempo pondrán á disposición de usted cierta suma, de la que no tendrá que dar cuenta á nadie.

Y volvió á reir, y ella hubo de hacerle el dúo. El la habló en seguida de la retirada de la leche, la examinó los pechos, cuyo estado le pareció satisfactorio, y se fué.

Ella permaneció acostada, con las manos juntas, sonriendo á sus pensamientos, por los que bellas palabras aladas: «dinero», «libertad», «salvación», pasaban y repasaban como luminosas mariposas. ¡Había, pues, un Dios, á pesar de todo!

Y en su felicidad, le pareció que podía ahora concederse el derecho de gozar de su hijo durante las pocas horas que le

quedaban todavía. Le tomó de la cuna, le durmió en sus brazos, y durante toda aquella hermosa tarde, soleada, de primavera, permaneció echada, contemplando sonriente y con la cabeza inclinada la carita de su hijo... Lo cierto era que se parecía al padre.

Por la noche, cuando la enfermera vino á vestir al niño, pudo tenerle un instante á su lado, en su cama, completamente desnudo. Fué un gozo. El sentimiento maternal, que las circunstancias habían embotado un instante en ella, se despertaba, pronto como un haz de llamas; derramó lágrimas sobre lágrimas—lágrimas de melancólica alegría,—sin duda al pensar que su hijo veríase un día entre los afortunados de este mundo...

Al día siguiente llegó el momento en que vinieron á buscar al pequeñuelo. Le quitaron los pañales que le envolvían, para ponerle la nueva y preciosa ropita llena de bordados. Luego se lo dieron á su madre para que lo despidiera. Ella tomó en brazos á aquel pequeño sér, que de niño pobremente vestido se encontraba transformado ahora en hijo de ricos, que ya no era el suyo. Ella echó una mirada á la camisita que llevaba: estaba cosida á mano, sin duda por la nueva madre del niño, aquella nueva madre que, en lo futuro, debía cuidar de todo lo del niño.

Le besó y trató de bromear.

—Vete con Dios, trastín — dijo: — sé muy bueno para tus padres de adopción. Sin duda nosotros no nos volveremos á ver... ¿No quieres sonreirme una sola vez, picarón?... Vaya, adiós, adiós.

Cuando se hubieron llevado al niño, la joven, echada en la cama, tuvo durante mucho tiempo los ojos fijos en la puerta, que se había cerrado. Después ocultó el rostro bajo las mantas, y se echó á llorar.

El profesor apareció en aquel mismo momento, como si hubiera previsto la cosa. Sacó del bolsillo un fajo de billetes de Banco, que deslizó bajo la almohada de la joven, con aire de

fina malicia; después se sentó su lado con benóvola sonrisa.

—Felicito á usted — le dijo, acariciándole suavemente la frente.—Es preciso confesar que han tenido una gran suerte usted y su hijo; sobre todo, él.

Y continuó con tono alegre, declarando á la joven que la mayor parte de los niños que nacían en la Maternidad entraban en la vida bajo auspicios en modo alguno tan favorables como el suyo.

Luego le preguntó si consentía en que los nuevos padres del pequeño le pusieran el nombre que ellos habrían elegido. En general, se bautizaba á los recién nacidos allí mismo, casi en seguida; pero la familia que había adoptado al niño quería que la ceremonia se celebrase en su casa: no se podía negarles esto... Ella contestó, como el profesor lo deseaba, que dejaba á los nuevos padres en absoluta libertad de obrar como les pareciese. El doctor aprobó estas palabras con la cabeza, acariciándose la barbilla con satisfacción.

Resuelto este punto, preguntó á la joven:

—¿Y usted? ¿Qué piensa hacer al salir de aquí?

—No lo sé—contestó ella enjugándose los ojos.

—Comprendo—replicó él volviendo á mover la cabeza.—No quiere usted volver en seguida á presentarse en público. Necesita usted un año de tranquilidad para olvidar.

Ella sonrió á su interlocutor con confianza. Aquel demonio de hombre le adivinaba todos los pensamientos.

—¿Qué diría usted si la proporcionasen un buen puesto, nada cansado, un puesto de ama de llaves, por ejemplo, en casa de un noruego viudo y rico, sin hijos, que viviera en una ciudad de provincia, en Suecia? ¿Aceptaría usted?

«Tú no podrás volver á la casa en mucho tiempo, se dijo ella. ¿Por qué no hacer esa tentativa?»

Y dió gracias sinceras al profesor, comprendiendo que lo mejor que podía hacer era seguir los consejos de aquel hombre de experiencia.

Él salió, después de haber acariciado de nuevo con los dedos

el pelo de la joven, como lo pudiera hacer un padre cariñoso.

A los dos ó tres días de esto, al atardecer, subía ella al coche que la esperaba á la puerta del hospital. En el momento de arrancar el caballo, echó ella una última mirada á los pabellones grises y bajos que se veían al través del jardín solitario. Le parecía que había estado allí todo un año; tras de aquellas paredes quedaban aún otras mujeres prisioneras; acercábase la hora de su pobre comida de la noche... La contrahecha, la mujer del pelo blanco... ¿podía ella olvidar todo aquello nunca?

El coche rodaba por las calles llenas de ruido. La joven había querido primeramente ir á recoger sus avíos, que dejó en casa de la costurera, en el barrio. Contaba así estar de vuelta por la noche en su antigua habitación.

Aquella noche escribió á sus padres una carta que se esforzó en llenar de alegría:

«Querida mamá: He terminado de seguir ahora el curso de instrucción casera; pero oye lo que me sucede: la directora tenía el encargo de proporcionar á un viudo rico y sin hijos, que vive en Suecia, un ama de llaves elegida entre sus mejores alumnas, y me ha designado á mí. No me desagrada ganar algún dinero, y además se me hace un honor. Así, pues, he aceptado. No te enfades; iré á casa dentro de un año, y seré muy buena para vosotros dos, papá y mamá. Adjunta una pequeñez para ti, mamá; he cobrado un anticipo sobre mi sueldo...»

Y la carta seguía en el mismo tono.

Pero, una vez cerrado el sobre, la joven se quedó inmóvil, con la mirada fija. ¡Tendría, pues, siempre que amontonar mentira sobre mentira!... Esto le desgarraba el corazón todas las veces, y, sin embargo, era necesario: no podía asesinar á sus padres.

Bajó, echó la carta al buzón, compró un litro de leche y bizcochos. Quería comer en su cama. ¡Qué placer, meterse entre sábanas que no olían á hospital y á parturiente!

Pero cuando se estiró en su antigua cama se olvidó de comer; sus ojos se cerraron. Sumióse poco á poco en un vacío delicioso...

Por la mañana se despertó; se incorporó, apoyándose en un codo; comió unos bizcochos; luego se dejó caer, y volvió á dormirse.

Por la tarde pensó en levantarse; tenía los pechos llenos, y le hacían daño. Pero en cuanto bebió un poco de leche, cayó, á su pesar, otra vez en la almohada, y el sueño volvió á apoderarse de ella.

Por fin, podía dormir tranquila.

JOHAN BAYER

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

LOS PRIMITIVOS ESPAÑOLES [1]

I

Los problemas. — Los medios de estudio.

La historia del arte no ha conocido hasta nuestros días sino tres escuelas de pintores constituídos y florecientes anteriores al siglo XVI: la italiana, la flamenca y la germánica. Las tablas antiguas, con ó sin fondo de oro, que se encontraban dispersas fuera de Italia, de Flandes ó de Alemania, distribuíanse algo al azar entre Fra Angélico, Juan Van Eyck y Alberto Durero. Hoy, una nueva escuela de «primitivos» (2) ha tomado puesto al lado de aquéllas, cuya fama estaba consagrada. Francia ha reivindicado sus derechos y encontrado sus títulos. Tiempo es de devolver los suyos á España.

Una aventura muy reciente, y que ha hecho algún ruido, debe dar el alerta á los historiadores. Sir Julio Wernher, el

(1) Suscrito por el ilustre profesor E. Bertaux, publica el siguiente estudio, cuya continuación anuncia, *La Revue de l'Art*.

(2) Conservo esta palabra de moda como un título que tiene el dón de atraer la curiosidad, y sin ocultarme lo que hay de arbitrario, por no decir algo peor, en calificar de «primitivos» á un Filippo Lippi, á un Van Eyck, á un Fouquet.

gran coleccionador de Londres, poseía una hoja de tríptico, pintada al óleo sobre fondo de oro, delicadamente labrada, que fué vendida en Berlín. La tabla fué estudiada en 1905 por M. Herbert Cook, quien se apresuró á publicarla en la *Gazette des Beaux-Arts* (1).

Es un San Miguel de gran tamaño, con armadura y la espada levantada sobre el dragón infernal, cuya cola roza á un donante de corta estatura arrodillado á los pies del arcángel. La maravillosa finura de la técnica no quita nada á la extraña y arrogante actitud de los contornos. El arcángel tiene el tipo de las figuras imberbes de Rogier van der Weyden. El monstruo, enorme escarabajo Goliath, cuyo caparazón de color de ágata está incrustado de pedrerías, anuncia las fantasmagorías diabólicas de Jerónimo Bosch. Las materias preciosas, perlas, gemas, cristal de roca, sedas, terciopelos, brocados, están imitadas con esa exactitud cuyo secreto descubrieran los Van Eyck, y que parece hecha para engañar el tacto lo mismo que la vista. El metal de la blanca armadura está pulido por un buen espadero, y en el corselete espejea toda una ciudad con sus campanarios y sus torres. Son *virtuosidades* de flamenco. Pero ¿cuál de los pintores de Flandes, cuyos nombres y obras conocemos, hubiera ideado la graciosa inflexión del juvenil cuerpo que se cimbrea bajo la rica armadura, y el ostentoso vuelo de la gran capa que flota en torno del caballero como un estandarte de seda y terciopelo?

La obra, en efecto, lleva la firma de un maestro desconocido hasta aquí. Sobre un rollo de pergamino desplegado, y como tirado en la florida hierba, ante el donante del tríptico —sin duda algún Miguel—se halla caligrafiado un nombre en caracteres cursivos: *Bartolomeus Rubeus*. Bajo el nombre, el anagrama *Ihs*, una invocación del artista; á continuación de la palabra *Rubeus*, un adorno compuesto con la letra *f*, y que es el sello del pintor: *fecit*. Nada más: la patria del maestro es

(1) Año 1905, tercer per., t. XXXIII, pág. 303-304.

un problema. ¿En qué lengua se debe traducir ese nombre latinizado?

Si el cuadro hubiera sido descubierto un año antes, un conocedor, cualquiera que fuese, no habría, sin duda, vacilado: ante una obra de pura técnica flamenca, pero más nerviosa y más movida que una tabla de pintor flamenco, hubiese pensado en Alemania. Habríase buscado en la historia artística de los países del Norte un puesto provisional, y más cerca de Wohlgemüth que de Rogier van der Weyden, para un *meister Roth*.

Pero cuando el *San Miguel*, comprado en Berlín, entró en la colección de Londres, eruditos y críticos estaban aún maravillados por el éxito mundano y las decisivas revelaciones de la exposición del pabellón de Marsan, en donde la primavera del arte francés había vuelto á florecer, tras los siglos de opulenta cosecha, como en un «Salón de otoño». M. Cook se acordó, al mirar el cuadro de la colección Wernher, de una tabla del Museo Calvet, de Aviñón, que acababa de ver en París. A la verdad, las dos obras no tenían otra semejanza que el asunto que representaban: *San Miguel combatiendo al dragón*. Todo lo demás era diferente en una y otra: técnica, fondo, colorido, composición y estilo. El cuadro de la colección Wernher es, hay que confesarlo, mucho más sabio, vigoroso y majestuoso que la tablita de Aviñón. Sin embargo, esta casual semejanza bastó para convencer á M. Cook de que el *San Miguel* de Londres era «un documento de arte francés primitivo». Este es el título que dió á su artículo, cuya conclusión fué que el *Rubeus* era un *maître Roux*.

Pero he aquí que llegó una protesta de Barcelona. El señor Casellas, director de un gran periódico catalán y estimable conocedor de arte, recordó, en un artículo de la *Veu de Catalunya*, lo que los eruditos franceses é ingleses habían olvidado, si es que alguna vez lo supieron: que existía en una sala contigua al claustro de la catedral de Barcelona un cuadro donado en 1490 por un canónigo de la iglesia, Lluis Desplá, y firmado

en el marco antiguo por un pintor de Córdoba, cuyo nombre parecía ser la traducción en castellano de *Bartolomeus Rubeus*.

OPVS. BARTHOLOMEI. VERMEIO.
CORDUBENSIS.

Es una *Piedad*, con dos hombres en traje sacerdotal, de rodillas ante la Virgen y Cristo, el canónigo donante, y un cardenal, San Jerónimo.

El mismo M. Cook quiso dar noticia del descubrimiento de su contradictor. No contento con dar satisfacción cumplida á Vermejo devolviéndole el *San Miguel* de la colección Wernher, se declaró presto á darle el *San Miguel* de Aviñón, causa inocente de la primera atribución, y hasta la trágica y misteriosa *Piedad*, de Villeneuve.

Esta invasión repentina del arte español en Provenza fué presentada por M. Dimier, partidario declarado del italianismo clásico, como una victoria sobre los primitivos franceses, que podía ser el principio de una derrota completa de los mismos. Henri Bouchot velaba. Rechazó al español al otro lado del Rhin. En un artículo muy comedido, que era una respuesta á M. Dimier, publicó un grabado alemán del siglo XV, un *San Miguel*, de impetuoso aspecto, que se parecía mucho al arcángel de *Rubeus*. ¿Había que volver á la atribución que, en el estado actual de los conocimientos, parecía la más verosímil, y hacer del pintor misterioso algún franconiano?

Un grabado no era una prueba. Las imágenes de piedad, compradas en las ferias de Alemania, han circulado en España como en Italia; una de esas hojas volantes pudo ser vista por el pintor de Córdoba.

Faltábale al sabio francés, lo mismo que al sabio inglés, haber estudiado la pieza capital del debate: la obra firmada por Vermejo, la *Piedad*, de Barcelona. Cuando se está frente á ella, en la sala capitular de la catedral, es preciso mirarla largo rato para ver destacarse las figuras á través de las capas de barniz amarillo, bajo la lluvia de manchas blancas produ-

cidas por las salpicaduras del estuco, y entre las manchas oscuras formadas por los verdes que han tirado á negro. La obra aparece viril y magistral; pero en verdad se parece tanto al *San Miguel* de la colección Wernher como un Bellini á un van der Weyden.

¿Deben atribuirse el cuadro de Londres y el cuadro de Barcelona á dos artistas distintos? Si el Rubeus no es el Vermejo de Córdoba, hele aquí de nuevo sin patria conocida. ¿Qué razones invocar en favor de España?

Más de una. El *San Miguel* de la colección Wernher procede de la región de Valencia; el traficante de Berlín que lo vendió no lo ignoraba. Mr. Cook lo ha dicho en su último artículo. Yo puedo indicar en dónde se encontraba el cuadro en 1900: en una iglesia de Tous, aldea perdida á quince kilómetros de Alcira, en uno de los sitios más agrestes del valle del Júcar.

Cierto es que España fué, en un tiempo, un vasto museo de cuadros flamencos, que enriqueció á la mayor parte de los museos de Europa. Para afirmar que el *San Miguel* se pintó en España se necesita una prueba material: la firma acaba de darla. El nombre de *Bartolomeus* contiene una *r* de dos astas paralelas cruzadas por un guión en cruz (*r perruña*), que es la letra más característica de los escritos españoles del siglo XV, y que ha pasado al alfabeto de los incunables castellanos. Rubeus, cualesquiera que fuesen su país de origen y la patria de su familia, es un pintor que aprendió á escribir en España. ¿Habrá que llamarle Bartolomé Rubio, que es lo que querría decir en castellano Le Roux? ¿Debe preferirse la forma catalana Bartolomeu Roig?

Es inútil buscar. A pesar de las apariencias, Rubeus y Vermejo no fueron más que uno. El colorido, cuando se pasa del *San Miguel* á la *Piedad*, parece muy diferente, pero no lo fué siempre. El barniz ordinario que se dió al cuadro de Barcelona es lo que le vela con un tinte ambarino, cuyo tono indeciso recuerda á primera vista la atmósfera dorada de los cua-

dros venecianos. Los colores primitivos tenían el brillo de los colores flamencos. Los pliegues angulosos y marcados de las dos túnicas, la una violeta oscura, la otra carmesí; la suave blandura de las pieles, de color gris claro ó armiño, la combinación del paisaje, rocas, árboles y «fábricas», son de un artista que ha conocido é imitado, como Rubeus, obras ó maestros del Norte. El pintor de Córdoba insiste en accesorios ó detalles con la minuciosidad ingeniosa y pueril de un brugense; un jinete anciano de barba blanca montado en un viejo caballo blanco pasa entre la maleza, cerca de la cabeza de la Virgen; una mariposa se ha posado en el suelo desnudo, ante San Jerónimo, al lado del león dormido.

El breviario que lee el cardenal ha sido copiado é iluminado con grandes rasgos tan cuidadosamente como el libro de Horas del donante arrodillado ante el San Miguel de mestre Rubeus. Los edificios de la ciudad que se muestra á lo lejos, detrás de la cruz—torres almenadas como campanarios flamencos, cúpulas más parecidas á las cúpulas extrañas de los Van Eyck que á los monumentos moriscos de Andalucía,—tienen los contornos de las torres y de las cúpulas que se reflejan en la coraza del arcángel.

Un paralelo, que acaban de indicar al mismo tiempo dos eruditos españoles (1), acabará de probar que el pintor del *San Miguel* es también el de la *Piedad*. Existe, en una de las sacristías de la catedral de Sevilla, una tablita de técnica y de estilo flamencos que lleva la firma de un pintor andaluz, Juan Núñez. Vese allí la *Piedad* ante la cruz, entre un santo diácono, que es San Vicente, y el Arcángel San Miguel. El grupo de la Madre y del Hijo no tiene la fuerza trágica de la *Piedad* de Barcelona, pero está dispuesto poco más ó menos como el gru-

(1) D. S. Sanpere y Miquel, en la obra sobre los *Cuatrocentistas catalanes*, de que hablaré más adelante (t. II, pág. 112), y D. Elías Tormo y Monsó, en la nueva revista *Cultura Española* (primer año, fasc. III, página 519).

po que pintó Vermejo. El fondo del paisaje y los edificios son casi idénticos en el cuadro de Sevilla y en el de Barcelona. Ahora bien: el San Miguel puesto por Juan Núñez á la derecha de la Virgen lleva una tarja ornada de un *umbo* de cristal de roca, como la que presenta al monstruo del *San Miguel* de la colección Wernher; ante el Arcángel y la Virgen está arrodillado un donante, un canónigo, tan pequeño con relación á los santos como el donante pintado por Rubens. El cuadro de la catedral de Sevilla reúne, en la obra de un artista sin vigor, una *Piedad* que recuerda el cuadro de Bartolomé Vermejo, y un *San Miguel* que recuerda el de Bartholomeus Rubeus. Esta vez es difícil dudar de que Rubens sea la traducción de Vermejo. Tal vez llegará á saberse por algún documento que Juan Núñez fué discípulo del maestro de Córdoba.

Si Rubens es Vermejo, es también cierto que entre el *San Miguel*, cuya fecha es desconocida, y la *Piedad* de 1490, el pintor envejeció y se engrandeció. Es probable que á su educación flamenca se sumase el conocimiento de algunas obras italianas. Rubens firmó en cursiva gótica; Vermejo firma en bellas mayúsculas antiguas. Sin embargo, permaneció rebelde á esa gracia italiana, que había de ablandar á los más robustos de los extranjeros. De hispano-flamenco se convirtió en español.

El retrato del canónigo Desplá, más vigoroso todavía que el perfil del donante arrodillado ante el San Miguel, ese retrato, severo, casi rudo, se halla más cerca de un Zurbarán que de un Memling ó de un Bellini. Vermejo es español por su culto del cadáver divino, al que rodea á la vez de horror y de ternura. La sangre se cuajó en los brazos tensos cuando estaban clavados en la cruz; y ahora que Cristo reposa en las rodillas de su Madre, el reguero inmóvil y negro parece subir de la mano agujereada por el brazo colgante. Pero al pintar el cuerpo de su Salvador el artista tiene un pensamiento que ningún otro pintor, á lo que creo, ha expresado, un pensamiento delicado y original de monja mística: como el pie lívido de

Cristo va á tocar en el desnudo suelo, sale de éste, para sostener aquél, una mano pequeña y fina, la mano de un ángel de la tierra...

De este pintor terrible y tierno, sabio y poderoso, que ha sido sin duda el primero de los grandes pintores de España, y que era ayer desconocido, querríamos saber cuál fué su vida, cuáles fueron sus maestros, lo que debe á Andalucía, su patria, y tal vez á Cataluña, en donde pintó una obra maestra; cómo se formó, cómo se trasformó. El problema está apenas planteado. Habrá que perseguir su solución al otro lado de los Pirineos. Allí esperan otros muchos problemas y otros descubrimientos á los buscadores de «primitivos».

En un país que no ha sido devastado por ninguna revolución política antes de 1835, y que no ha conocido las guerras de religión, los cuadros antiguos no han tenido que sufrir, en su mayoría, sino por el desdén ó la incuria. Son todavía numerosos, seguramente más numerosos que en Francia. Los anticuarios están enterados de ello: en esta busca, como en otras, se han adelantado á los arqueólogos. Si es fácil comprender que el *San Miguel* de Tous no se haya conocido hasta el día en que fué llevado á Valencia para viajar al través de Europa, puede asombrarse uno, en cambio, de que las tablas del gran políptico de la catedral de Ciudad Rodrigo no hayan sido estudiadas por nadie en el claustro en que estaban relegadas antes de pasar á figurar, por el año 1895, en Richmond, en la colección de sir Frederick Cook. Importantes cuadros españoles, que vienen de Colonia y de otras partes, se encuentran hoy en el Louvre, en el Museo de Artes decorativas, en la colección de M. Martín Le Roy; otros (de los cuales uno estaba firmado por Pedro de Córdoba y fechado en 1475) (1) fueron vendidos no ha mucho en París, con la colección Pacully. Una *Adoración*

(1) Este Pedro es el autor de un gran retablo, pintado en 1475, y que se conserva en una capilla de la catedral de Córdoba, cerca del *Mirhab* de la antigua mezquita.

de los Magos, firmada por el hijo de Mestre Rodrigo (1), y que Passavant vió en Valencia en 1850, ha pasado al Museo de South-Kensington; el mismo Museo posee un gigantesco retablo procedente de Cataluña. Si todavía hay perdidos en las iglesias de España antiguos cuadros flamencos, hay, por lo menos, un antiguo cuadro español que se encuentra extraviado en una iglesia de Flandes, y no de las menores: la catedral de Amberes. Es un retablo consagrado á San Miguel y á los ángeles, que un mayordomo de la catedral compró, hace unos veinte años, como una obra de la escuela de Colonia. Las inscripciones pintadas en las banderolas que llevan los ángeles están en puro catalán. Lo que queda de la antigua pintura española en las colecciones europeas no es nada, sin duda, en comparación con lo que se ha comprado, al azar, para América. Un retablo catalán de *Santo Domingo* ha pasado á Nueva York, al Museo Metropolitano; una curiosa princesa de Aragón, que tiene los atributos de *Santa Engracia*, patrona de Zaragoza, está en Boston, en la colección Gadner. Sin embargo, hasta aquí, «el primitivo» español no ha sido exportado sino bajo la etiqueta de primitivo flamenco ó bien como una especie de *bibelot* cuajado de oro y compañero de los marfiles moriscos, de los esmaltes de Limoges, de los ornamentos de iglesia, de los tapices de procesión, de todas las obras preciosas ó curiosas que salen de España á cajas llenas, sin empobrecer sensiblemente las inagotables reservas de arte antiguo que legó á este país un pasado prestigioso.

Si hay regiones, como Galicia y Asturias, que, habiendo quedado estériles por mucho tiempo después de la época romana, no parecen guardar una sola pintura de los siglos XIV

(1) Mestre Rodrigo no era conocido hasta aquí sino por su hijo. Acabo de encontrar una obra firmada de este pintor valenciano en la misma Valencia, en la iglesia de San Nicolás, en donde el cuadro estaba perdido en un rincón oscuro. Es una *Crucifixión* pintada en los últimos años del siglo XV. Puede leerse en un papel tirado en el suelo, al pie de la cruz: *Rodrigus de Veia me pintavit*.

ó XV, hay provincias, como las catalanas, en donde las menores aldeas poseen ya un retablo de compartimientos múltiples en su encuadramiento gótico, ya algún cuadro aislado. Una población decaída, Segorbe, ha conservado hasta seis grandes retablos del siglo XV. Encontraríanse muchos otros en los pueblecillos de los alrededores de Valencia. Varios de estos cuadros dispersos y aislados son ruinas; algunos están intactos. En medio de obras miserables é infantiles se ocultan obras soberbias, que serán un día célebres. De estos cuadros no han mencionado hasta aquí sino un número muy reducido las revistas y los libros de arte. Apenas si algunos de ellos han sido estudiados por Carl Justi, el historiador de Velázquez, el clarividente explorador de la España antigua, en artículos breves y sueltos, cada uno de los cuales, por lo demás, es un modelo de crítica; ha indicado algunos otros en la importante introducción que escribió en 1900 para el *Baedeker* de España. El único sabio extranjero que haya esbozado una historia sumaria de la pintura española antes de mediados del siglo XVI es M. Paul Lefort. Las primeras páginas de su notable estudio forman un repertorio de nombres y de hechos que no serán inútiles para investigaciones más profundas. Después de estos dos veteranos, el único que haya intentado un estudio de este género es un abogado de Madrid, D. Elías Tormo y Monsó. Las conferencias que dió en el Ateneo y publicó en 1902 en una colección de opúsculos, tratan de la pintura española en el siglo XVI; contienen preciosas indicaciones para el XV.

Son éstas piedras de espera que no podrían proporcionar puntos de apoyo á una construcción duradera. Faltan los materiales. Será preciso arrancar mucho á lo desconocido; pero conviene por de pronto examinar y pesar los que yacen al pie de la obra.

Cualquiera que sea la escuela que se haya de estudiar, la crítica de hoy reclama, para conocer á los artistas y á las obras, elementos de información, que son de dos órdenes diferentes. La busca y la publicación de los documentos de archi-

vos, cuentas ó contratos, precisa nombres y fechas. Estos documentos son letra muerta mientras que no los vivifique el contacto de las obras. Pero el cuadro perdido en una iglesia de pueblo es comparable al pergamino metido en un armario: para que deje de ser inédito es preciso que salga de su escondite, en original ó en efigie. La historia del arte tiene sus bibliotecas, compuestas de ejemplares únicos ó de impresos corrientes. Son las colecciones públicas, exposiciones permanentes; las exposiciones, colecciones pasajeras; en fin, las colecciones fotográficas, colecciones portátiles y exposiciones circulantes.

El concurso de éstos diversos medios de información y de comparación, algunos de los cuales son de progreso reciente, puede acelerar de manera nueva y verdaderamente moderna el trabajo de la historia.

La mejor prueba de esto la ha dado la Exposición de los primitivos franceses, esa contemporánea de los triunfos del automovilismo francés. Las conclusiones han podido parecer demasiado rápidas. Pero aun teniendo en cuenta lo que ha quedado en el camino, véase el camino recorrido y el fin alcanzado. Los hechos acumulados por un trabajo lento y oscuro se han reunido de repente en un haz esplendente; el Louvre, por premio de su concurso, se ha enriquecido rápidamente con obras capitales; la reunión de miniaturas y de cuadros dispersos, después de unas cuantas semanas, se ha perpetuado con publicaciones monumentales: un grupo de artistas, conocidos apenas por algunos eruditos, entra en el círculo luminoso de la posteridad.

Los caminos de España no se prestan á tales velocidades. Vastas regiones del arte antiguo se encuentran aún privadas de todo trabajo de acceso. De las ciudades históricas de Andalucía, Sevilla es la única que haya encontrado en nuestros días un erudito—D. José Gestoso y Pérez—para sacar de los archivos los nombres de algunos pintores anteriores al siglo XVII. La mayor parte de los cuadros que quedan en las

iglesias de las dos Castillas, ó que han sido relegados á las sacristías, son todavía hoy casi tan desconocidos como lo eran en tiempo de Goya. Nada hay más inédito que los primitivos de la catedral de Burgos, cuadros de un retablo contemporáneo de la toma de Granada, en el que se ve á uno de los reyes magos—el negro—llevar al cinto la más auténtica de las «espadas de Boabdil».

La supresión de los conventos, en 1835, fué seguida de un primer ensayo de centralización de las obras de arte antiguo. El romanticismo, en España como en todas partes, gustaba de cuadros «góticos». Durante la guerra civil, que causó tantos estragos entre los monumentos históricos y los mausoleos reales de España, fué cuando se sacaron de las sacristías primitivos flamencos, como el *Triunfo de la iglesia sobre la sinagoga*. Algunos primitivos españoles pasaron á Madrid. Tablas y lienzos fueron amontonados en las salas de la Academia de San Fernando; una comisión eligió allí un gran número de obras, que, trasportadas á uno de los conventos suprimidos, el de la Trinidad, formaron el primer Museo nacional de España. La curiosidad de algunos eruditos se fijó en los cuadros durante tanto tiempo olvidados. En 1852, la Academia de la Historia compraba para sus colecciones el gran tríptico del monasterio de Piedra, fechado en 1390, producto maravilloso y único en su género del consorcio del arte cristiano con la industria musulmana. En 1867, creábase en Madrid un Museo Arqueológico. Recogió algunos cuadros del siglo xv, que procedían de Aragón. En 1872, el Museo del Prado se hizo Museo Nacional; en él hallaron asilo los cuadros del Museo de la Trinidad. En el vasto palacio, los viejos pintores de los retablos de Avila y de Toledo fueron tratados como parientes pobres por los grandes de la pintura española: los Velázquez y los Murillo. Sus obras, albergadas las unas en las salitas llamadas de Alfonso XII, y atribuídas en su mayor parte á las escuelas flamenca y alemana; las otras, en la entrada de la gran galería, en donde hacen antesala, apenas obtienen una mirada de

los visitantes, que se dirigen aprisa hacia las obras famosas. M. Lefort es casi el único que les haya hecho la caridad de una cita ó de una viñeta. Fuera de Madrid, la sola población de la España central cuyo Museo contenga hoy cuadros arcaicos es la antigua capital, Valladolid. Estos cuadros permanecen desconocidos en el piso primero del palacio de Santa Cruz, mientras que las esculturas policromas del piso bajo figuran entre las obras más célebres del arte español. Las tablas castellanas no obtuvieron puesto en las voluminosas publicaciones que el Gobierno comenzó con pompa y dejó sin terminar: *Los monumentos arquitectónicos* y el *Museo español de antigüedades*. No se encontrará, entre el desorden de los grabados y de las cromolitografías que acompañan á los textos oficiales, sino cuadros de la Academia de la Historia y del Museo Arqueológico, que representan las primeras escuelas de Aragón. El privilegio otorgado á las obras de esta región no es sin duda producto de la casualidad.

Fué un pintor aragonés, D. Valentín Carderera, el encargado de presidir el inventario de los conventos suprimidos. Artista y sabio, desempeñó su misión con un celo de apóstol. Recorriendo, lápiz en mano, las iglesias y los conventos más apartados de los caminos, reunió los materiales de los dos volúmenes de la *Iconografía española*, publicados de 1855 á 1864, y que conservan en sus grabados la figura de más de un monumento hoy mutilado ó destruído. Carderera formó también, con los documentos gráficos que no pudo hacer que se reprodujesen, cuadernos abundantemente provistos, y con algunas tablas antiguas descubiertas en Aragón después del inventario, una colección pequeña y valiosa. Fué el Gaignières de España. Las estampas y los dibujos que había reunido, y que constituían un gabinete real, fueron adquiridos por la Biblioteca Nacional de Madrid. En cuanto á los cuadros, Carderera mismo los legó, en 1880, á su ciudad natal, Huesca, en donde forman un Museo provincial, en la sala más capaz de un palacio destartalado, cuyo gigantesco escudo es el de Carlos V.

El ejemplo dado por las pesquisas de Carderera no ha sido imitado por nadie en la región central de Aragón. Los pintores primitivos de Zaragoza siguen anónimos, á excepción de algunos que fueron á trabajar á otras poblaciones. No figura ningún cuadro digno de mención entre las curiosidades del pequeño Museo Arqueológico que acaba de formarse en el edificio de una escuela, no lejos de la basílica del Pilar.

Dos capitales solamente han contribuído, con importantes trabajos colectivos, á las investigaciones que han de aclarar los orígenes de la pintura española; son dos ciudades de la antigua corona de Aragón: Valencia y Barcelona.

En 1802, un religioso de la Merced, fray Agustín de Arqués Jover, formó en Valencia una colección de documentos de archivos relativos á pintores, escultores y arquitectos, de los que muchos eran anteriores al siglo XVI. El manuscrito del religioso, que Cean Bermúndez conoció demasiado tarde para utilizarle en su *Diccionario*, no se publicó hasta 1870 (1). Un digno émulo del P. Jover, el canónigo D. Roque Chabás, quien, al reorganizar los archivos eclesiásticos de Valencia, ha hecho que sustituya al más deplorable caos el orden más meticuloso, ha sacado de los pergaminos algunas actas notariales, cuya sola publicación hacía salir de la nada algunos de los episodios más brillantes del primer Renacimiento. Han cooperado á la obra dos altos empleados del Municipio, el archivero D. Luis Tramoyeres y Blasco y el secretario D. José María Burguera, quienes han encontrado textos notables. Es de lamentar que trabajos de esta importancia hayan quedado ocultos en una revista de erudición — *El Archivo* — publicada en Denia, de reducido número de ejemplares, y que casi no se puede encontrar, ó hasta en almanaques y periódicos cuya existencia nadie puede adivinar. Por lo menos los visitantes de Valencia pueden cómodamente pasar revista á toda una se-

(1) Por D. M. R. Zarco del Valle, en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LV.

rie de tablas pintadas de fines del siglo XIV á principios del XVI, que se encuentran divididas en dos grupos: el uno ha quedado en la catedral, en donde impera sobre el altar mayor el colosal retablo pintado por dos discípulos españoles de Leonardo de Vinci, y en donde una serie de cuadros antiguos cuelgan de las paredes de la sacristía del tesoro, debajo de los archivos, estancia favorita del buen canónigo D. Roque; el otro ocupa dos salas pequeñas del Museo Provincial, que ha sido acondicionado en 1892, en medio de un claustro expropiado, y que tiene por director á D. Luis Tramoyeres.

El trabajo que se empezara en Valencia en los primeros años del siglo XIX, y que se continúa en el XX, ha sido emprendido más tardíamente en Cataluña, pero aquí se ha llevado más de prisa y más en grande. Esta activa región ha hecho en la arqueología progresos tan rápidos como en la industria, y por medios análogos. Barcelona ha sido, en la moderna España, la ciudad de las exposiciones. Ya en 1867 organizó una exposición retrospectiva, en la que figuraron cuadros españoles del siglo XV, algunos de los cuales fueron grabados para el álbum que se publicó al año siguiente. En la Exposición general de la ciudad, en 1872, instaláronse secciones arqueológicas, y lo mismo se hizo en la Exposición universal de 1888; esta última fué mucho más rica en cuadros de las escuelas más antiguas de España, que lo que había de ser, en 1892, la famosa Exposición colombina de Madrid, en la que las tablas de los siglos XV y XVI, flamencas en su mayor parte, desaparecían en medio de la tapicería y platería. A Barcelona enviaron tablas más ó menos carcomidas los obispos, los Capítulos, las corporaciones y los coleccionadores mismos, que empezaban á buscar para sus galerías pinturas con fondo de oro. Cerca de los cuadros «góticos», retenía la atención una serie por su extrañeza bárbara: eran las pinturas «romanas», las *tablas románicas*, venidas de Vich.

La pequeña ciudad pirenaica, en la que revivía la llama del patriotismo catalán, no había hecho menos que la gran ciudad

marítima por el antiguo arte «nacional». Apenas se había cerrado la primera exposición retrospectiva de Barcelona, cuando Vich abría otra en 1868. En la generación siguiente, un prelado opulento é imperioso, D. José Morgades y Gili, ocupóse en reunir en Vich un tesoro de arte antiguo, despojando, para el mayor provecho de la historia, las iglesias de sus diócesis y de algunas diócesis vecinas. Las primicias de la colección expusiéronse en Barcelona en 1888. El 7 de Julio de 1891 inaugurábase en Vich el Museo arqueológico y artístico en una dependencia del palacio episcopal; allí, cuatro mil objetos de arte, reunidos en unos cuantos años, formaban un conjunto por el que un sindicato de anticuarios ofreciera más de un millón. El obispo, que había improvisado aquel museo, supo encontrar, para terminar y continuar su obra, un organizador y conservador digno de él. Fué un sacerdote joven, mosén José Gudiol, quien, después de haber redactado en tres meses un catálogo de 550 páginas (publicado en Vich en 1893) y de haber emprendido la redacción de un manual de arqueología catalana (1), abordó el estudio de los archivos eclesiásticos de Vich. Los descubrimientos que ha hecho han acrecentado ya la importancia histórica de una colección en la que tablas pintadas desde el siglo XI hasta el XV forman una serie absolutamente única en toda la Europa occidental.

La iniciativa del obispo de Vich provocó una emulación fecunda. Manresa, Lérida, Solsona, quisieron tener su pequeño museo episcopal, y el de Manresa, por lo menos, reunió algunas tablas dignas de estudio en torno del maravilloso frente de altar, bordado en la primera mitad del siglo XV por el florentino Geri di Lapo. En Barcelona también se hizo sitio en los museos de Bellas Artes, que ocupaban uno de los palacios de la Exposición de 1888, para una serie de cuadros antiguos, algunos de los cuales se remontaban, como las tablas de Vich, á los siglos XI y XII. Fueron expuestos en dos salas gemelas

(1) Este manual se publicó en 1902.

que dependen, la una del Museo municipal, la otra del provincial. La última ha recibido el retablo de la antigua capilla de los consejeros de la ciudad, pintado en 1445 por Luis Dalman; sacado de los archivos de la casa consistorial, se ofrece hoy al estudio en plena luz.

Una nueva exposición de arte antiguo, abierta en Barcelona en 1902, permitió apreciar los progresos que los esfuerzos colectivos habían realizado en unos cuantos años y en una región limitada. Esta vez tratábase de una exposición toda ella catalana; no se invitó á la corte ni á los grandes señores de Madrid. Sin embargo, los cuadros enviados por la ciudad, las iglesias y los coleccionadores, eran mucho más numerosos que en 1888; tapizaban ahora salas enteras. D. Ramón Casellas, uno de los más activos organizadores de esta manifestación, podía, con legítimo orgullo, hablar en la *Veu de Catalunya* de la «pintura gótica catalana».

La Exposición de 1902 no atrajo á los aficionados y á los eruditos del Norte; tuvo la desgracia de coincidir con la Exposición de Brujas, que fué el punto de cita europeo de los sabios, de los fervorosos y hasta de los indiferentes. Una vez más los primitivos flamencos perjudicaron á los primitivos españoles. Pero Cataluña poseía hombres que no tenían necesidad alguna de las colaboraciones extranjeras.

La Junta de Bellas Artes, que había organizado la Exposición, formó, para asegurarle resultados duraderos, un plan, que el comité de la Exposición de los Primitivos franceses no conoció sin duda, pero cuya amplitud y excelencia no ha podido aventajar. Decidióse la publicación de un álbum de lujo, y se abrió un concurso entre las Memorias que debían tener por asunto una de las secciones de la Exposición. Desgraciadamente, como ocurre con harta frecuencia en España, las intervenciones oficiales, muy lejos de producir la ejecución de estos proyectos, los encaminaron, por un viaje de etapas, hasta las márgenes del río del olvido. El álbum, para el que se tiraron magníficas planchas en negro y en color, no ha apa-

recido todavía. La Memoria premiada no ha sido publicada por la Comisión. Por fortuna, el autor, D. Salvador Sanpere y Miquel, ha encontrado un editor. La librería del *Avenç* acaba de poner á la venta un trabajo que comprende dos volúmenes en octavo, copiosamente ilustrados, y que lleva este nuevo título: *Los Cuatrocentistas catalanes*.

Este es el primer ensayo de conjunto que se haya consagrado á una provincia de la antigua pintura española. El escritor es un historiador que en el trascurso de una larga y laboriosa carrera ha escudriñado en todos sentidos los archivos de Barcelona. Añade varios documentos inéditos á los que Puiggari reunió en 1870 respecto de los artistas catalanes del siglo xv, y á los que mosén Gudiol describió en Vich. Robusto y siempre alerta, ha recorrido de nuevo, acompañado por un joven fotógrafo, D. A. Mas, el país que durante treinta años no cesó de explorar, desde la *riviera* de Tarragona hasta los Pirineos. En fin, habituado desde hace mucho tiempo á hacer todos los años visitas á los museos y á las bibliotecas de los diversos países de Europa, cuyas lenguas conoce y en donde cuenta con amigos, ha podido, con una autoridad que es casi el único en poseer en España, reclamar un puesto para la escuela catalana, al lado de las escuelas del siglo xv, cuya personalidad reconoce la crítica moderna.

Reuniendo en torno de este libro sólido los resultados dispersos de las averiguaciones emprendidas fuera de Cataluña, y buscando por uno mismo con conciencia y fe, es posible hoy, no escribir una historia de la pintura española anterior al siglo xvi, pero sí, por lo menos, esbozar algunos capítulos de esta historia. Esto es lo que yo quisiera intentar aquí.

E. Bertaux

CRÓNICA LITERARIA

Los intereses creados.—Comedia en dos actos, de D. Jacinto Benavente, estrenada en el teatro Lara, de Madrid.

El estreno de la comedia de Benavente, *Los intereses creados*, ha sido la principal novedad literaria ocurrida desde mi crónica anterior. Es más frecuente que en estas revistas se hable de libros que del teatro. Pero éste no es un criterio cerrado. Una comedia es materia tan propia de una crónica ó un folletín literario, como una novela ó un libro de poesías. Hablaré, pues, de *Los intereses creados*, con tanto más motivo, cuanto que ha dado origen á un homenaje al autor. Ese homenaje ha sido un banquete. Me parece muy puesto en razón que la forma corriente de tales homenajes sea un banquete. Aplaudir á un hombre dándole de comer es un símbolo elocuente y certero. Indica que lo mejor que pueden hacer los contemporáneos de un hombre superior es rodearle de bienes materiales. Lo malo es que casi nunca se aprovecha la lección, y los banquetes suelen quedarse reducidos á un símbolo... y á una comida.

Los intereses creados pertenecen al teatro fantástico, no al de observación. Son lo más distante de una comedia de costumbres, en el sentido en que por lo común se entiende este género, ó sea el de pintura de las costumbres de una época, de un país, de una clase social; de lo genérico del modo de vivir en cierto tiempo y cierto pueblo. *Los intereses creados* no tienen tiempo ni color local. Son de todos los tiempos y todos los lugares. Son, por lo mismo, una comedia filosófica, una come-

dia que no atiende á circunstancias pasajeras, sino á cosas duraderas y en cierto modo permanentes de la psiquis humana. Claro es que á una sociedad humana de la edad de piedra no sería aplicable la tesis de la obra de Benavente sin algunas modificaciones. Pero es una comedia que lo mismo puede ocurrir entre contemporáneos nuestros que entre gentes del Renacimiento ó entre romanos antiguos. Su supuesto histórico es muy general, se puede compendiar en una palabra: civilización. Dondequiera que hallemos una civilización, desprendida de la animalidad y en que los hombres puedan engañarse unos á otros con buenas palabras, los personajes de Benavente estarán en disposición de representar con estos ó los otros trajes la poética y elevada farsa de *Los intereses creados*. Sólo se requiere para ella una sociedad en que haya intereses. Casi es superfluo decir otra cosa que una sociedad, porque sin intereses no hay sociedad; no hay más que una manada.

Uno de los aciertos del autor ha sido presentar á los personajes, ó por lo menos á los más característicos, como Arlequín y Polichinela, con los trajes tradicionales de la comedia italiana y de los muñecos de Guignol. Así afirma su inactualidad. Esos personajes son simbólicos, y lo son sin aleación ni mezcla de ninguna clase. Llevan con eso gran ventaja á los personajes simbólicos adulterados, que quieren ser á la vez símbolos y hombres de carne y hueso. Estos hombres símbolos, tan abundantes en una gran parte del teatro moderno, por ejemplo, en Ibsen, nos embrollan con su doble naturaleza. Como son alternativa ó simultáneamente símbolos é individuos concretos, su simbolismo tiene algo de enigmático y obscuro, y queda entregado muchas veces á la interpretación individual. En los de Benavente no cabe confusión. No tienen de individuos más que lo preciso para ser figuras de teatro.

Otro mérito de la obra es la extremada simplicidad de sus recursos dramáticos. Ya que para los hombres no es posible la creación *ex nihilo*, la obra magna del arte, la más creadora y más poética, consiste en fabricar la belleza con cortos elemen-

tos. Sacarla, ya que no puede ser de la nada, de lo que más se aproxime á la nada; reducir todo lo posible su andamiaje. En todo lo que es muy complicado, fácilmente se echa de ver el artificio, y eso nos estropea la ilusión, que sólo es plena cuando nos parece que la belleza brota espontáneamente como una aparición celeste. El criado ó escudero Crispín, que tanto sabe, emplea para favorecer á su señor los mismos ó parecidos medios que el gato con botas del marqués de Carabás, en los cuentos de Perrault. Esto es lo que mejor nos demuestra que es un sabio, no de los atiborrados de lectura que no saben andar solos por el mundo, sino de los verdaderos, cuya Universidad ha sido la vida.

La composición de la obra es sencillísima. Es de una claridad latina, meridional. Lo contrario de la nebulosidad del Norte, que encanta á todos aquellos que se enamoran de lo que no entienden bien y que son en el fondo espíritus fetichistas. Pero esta claridad no indica que la obra tenga nada de superficial. Todo lo contrario. Es claro en ella lo exterior, la expresión, lo que á los fines del arte conviene que sea claro. El fondo es profundo, pero no obscuro, porque esa forma sencilla, transparente, cristalina, deja ver perfectamente las almas con sus agitaciones y mudanzas.

Los intereses creados comienzan con un pormenor arcaico. Sale de entre la cortina el Prólogo, el viejo Prólogo de la comedia antigua, que explicaba á los espectadores lo que iban á ver en las tablas. Hoy el Prólogo es, por punto general, innecesario, y en las comedias, donde sería conveniente que lo hubiera, porque así sabríamos qué tesis ó qué simbolismo ha querido presentar el autor, no suele haberlo. En *Los intereses creados* no hace falta porque ésta es una comedia clara, pero el prólogo es un adorno poético. Tiene el atractivo que encierran las antigüedades para los espíritus cultos, y además concurre al efecto general de inactualidad que se busca en la obra. Es uno de los medios que en ella se emplean para advertir al espectador que lo que va á ver no es un cuadro realista,

formado con elementos individuales y concretos; que la comedia está, si no fuera del tiempo y el espacio, porque esto sería imposible, fuera de un tiempo y un espacio determinados históricamente.

Este Prólogo no cuenta lo que va á suceder en la comedia. No es un Prólogo narrativo. Explica el sentido de la comedia, y para explicarlo hace una excursión á los orígenes del teatro. Sobre todo, es una pieza poética propia para poner el espíritu de los espectadores al tono de lo que van á presenciar. Tiene, entre otras, una frase profunda. Aquellas marionetas, aquellos muñecos vivientes que va á ver el público, son los primitivos, los de las viejas comedias de antaño; pero como ha pasado el tiempo, han aprendido mucho. ¡Vaya si han aprendido! Ha pasado por ellos la labor histórica del siglo XVII, el espíritu crítico del XVIII, la revolución moral del XIX, todos esos cambios de ideas, que por un sutil y raro contagio transmitido por la atmósfera social, han llegado hasta á las almas más pobres de ideas y más limpias de lecturas. Hay mucha gente que no sabe, ni falta que le hace, quiénes fueron los Enciclopedistas, y les debe, sin embargo, su modo de discurrir en muchos asuntos.

Se va el Prólogo, y aparecen en escena dos truhanes. Uno es joven y apuesto, Leandro. El otro ya no es mozo ni presume de galán; sí de experimentado y astuto. Es Crispín, que como criado ó escudero acompaña á Leandro, su amigo. Vienen huídos de Bolonia, donde tienen cuentas pendientes con la justicia. Llegan á la ciudad, lugar de la acción, sin dineros, con sólo algunas cartas de recomendación. Dos caminos se les abren: el estrecho del parasitismo, del pordioseo, del sombrero en mano y de la súplica; el ancho del atrevimiento y de la intriga, de la conquista audaz de la riqueza. Leandro vacila, es joven, no está aún bastante curtido por la vida. Crispín no duda: hay que osar, hay que imponerse; la audacia promete el triunfo. Llama imperioso á una posada, maltrata al hostelero y á los mozos porque no acuden pronto, y les convence de que

Leandro es un gran señor que viaja de incógnito, encargado de una misión secreta.

Llegan á la hostería Arlequín y el capitán, un poeta y un soldado, sin blanca. Crispín hace que Leandro los tome bajo su protección. Lo que consuman correrá de su cuenta, y el hostelero habrá de tratarlos á cuerpo de rey, bajo severas amenazas. Así dan los dos pícaros su primer paso en la conquista de la ciudad. Han ganado á las armas y á la poesía. Luego se entera Crispín de que aquella noche da una gran fiesta doña Sirena, noble dama que entretiene y sustenta su vejez en disimulados oficios de tercería. A esa fiesta va á asistir Silvia, la hija del señor Polichinela, el mejor partido de la ciudad. ¿Para quién ha de ser esta joya sino para Leandro? Crispín se granjea el apoyo de doña Sirena. Cuando Crispín tropieza en la fiesta con el rico señor Polichinela, advierte que se las ha con un antiguo conocido. Juntos han bogado, mal de su grado, en galeras. La vida y milagros del truhán convertido en personaje no son un secreto para el truhán que continúa en el hampa. Pero al señor Polichinela no se le puede engañar con embelecos y mentiras. Conoce demasiado á la vida, y conoce de sobra á Crispín. Hay que engañarle con la verdad. Crispín le entera de que Leandro aspira al honor de ser su yerno. El señor Polichinela se irrita. De seguro va á cometer alguna tontería. Crispín, gran psicólogo, sabe que no hay medio mejor de encalabrinar á una muchacha romántica y mimada que la oposición paterna. ¡Salud, romanticismo; salud, aroma de la fruta prohibida! Entretanto, Leandro ha visto á Silvia y ha quedado cautivo de sus gracias. La que iba á enamorar le ha enamorado. Pero ¿qué importa? Eso dará más fuego á sus miradas, más poesía á sus palabras, más delicadeza á sus galanteos. El mejor camino para llegar al amor es el amor. Leandro, tímido, hace á Silvia atrevida. El acto termina con una bella escena de amor, en que los enamorados, arrullados por la música, se alejan por el jardín, bañado en blanca y poética claridad lunar.—Ya hemos vencido—dice Crispín sintiendo el en-

canto de aquella hora de poesía en que las almas se buscan,—¡hemos ganado al amor!

En el segundo acto, los dos aventureros han avanzado mucho en su empresa. Tienen de su parte al amor, á las armas, á la poesía, al interés del hostelero que les fió y del judío que les prestó dinero, á la vanidad de los que se han hecho sus amigos y no han de querer confesarse engañados por dos truhanes, á la opinión pública. Crispín ha trazado una farsa con valentones alquilados para hacer creer que el señor Polichinela trató de hacer asesinar á Leandro. Las gentes lo creen, porque el señor Polichinela es capaz de eso y de mucho más. Pero el triunfo, próximo ya, está en ese momento difícil en que cualquier imprudencia, cualquier dilación, cualquier futilidad puede malograrlo.

La ficción ha hecho su obra. Hay muchos interesados en que Leandro siga siendo el gran señor misterioso que finge ser, pero la ficción tiene un término: los acreedores se impacientan, los dineros no llegan, los curiosos averiguan, y el señor Polichinela, que no es rana, acude con jueces y corchetes para demostrar que Leandro y Crispín son dos redomados pícaros. Entonces, en la hora crítica, surge el peligro mayor: la conciencia de Leandro, que reconoce su indignidad y no quiere engañar á Silvia. Otra vez el amor y la verdad vuelven á ser la mejor política. Los escrúpulos de Leandro sirven para encender más y más á Silvia. A todos conviene que Leandro sea el príncipe misterioso digno de emparentar con el opulento personaje señor Polichinela, que si hay Senado en aquella ciudad, de seguro será senador por derecho propio. A Silvia por enamorada, al hostelero y al judío porque cobrarán, al capitán y á Arlequín porque tendrán un amigo poderoso, á doña Sirena porque recibirá su comisión matrimonial, al juez y al escribano porque percibirán las costas, al señor Polichinela porque evitará el escándalo. Esta es la obra de los intereses creados. Leandro y Crispín descubiertos y convictos, ¿qué representan para los demás? El desengaño, la ruina, el ridículo.

Triunfantes, la sociedad continúa ordenadamente su marcha y mantiene incólumes sus prestigios é intereses. Deben triunfar.

A muchos les parecerá la comedia de Benavente una sátira demoledora, una sangrienta flagelación de los egoísmos sociales. Sin duda en lo que dice de la justicia, en los tipos de Polichinela y doña Sirena, y en la filosofía de Crispín, hay una sátira cruel; pero la comedia es de un elevado idealismo, es optimista, y hasta estoy por decir que profundamente conservadora.

¿A quién se debe el triunfo? ¿A los intereses creados? No. Triunfa ante todo el amor de Leandro, lo más noble, lo más alto y puro de la comedia. Los intereses creados le ayudan. Crispín, discurriendo sobre la pareja que forman él y su amo, dice que en ella se ven repartidas en dos hombres las dos personalidades que todos llevamos dentro. Todos tenemos en el alma un noble señor de altivos pensamientos y un criado ó servidor encargado de las bajas obras de la vida. Los aficionados á abstracciones llaman á esto idealismo y sentido práctico. Don Quijote y Sancho han sido sus más elevados símbolos literarios. En *Los intereses creados* parece, á primera vista, que triunfa el servidor de las ruines óbras, el que se arrastra é intriga. Pero ¿triunfa sólo Crispín? El amor y la nobleza de Leandro parte son para la victoria. También vence el señor de los altivos pensamientos.

Decía que la comedia de Benavente es más conservadora que revolucionaria, y voy á tratar de probarlo. Aquí se suele llamar revolucionario á todo lo que tiene sentido común y no se encierra en la más rutinaria ramplonería. Ayudarse de los intereses creados no es destruirlos, es incorporarse á ellos. El verdadero revolucionario no busca el apoyo de los intereses creados; quiere hacer tabla rasa de todo para edificar de nuevo. Lo que hacen Crispín y Leandro es lo que en la historia han hecho infinidad de aventureros geniales unos, mediocres y afortunados otros. Desde los mayordomos de Palacio fran-

cos hasta Napoleón III, la formación de muchos regímenes, de muchas instituciones, de muchas monarquías, se ha efectuado por el procedimiento de Crispín, es decir, interesando á todo el mundo en que cuajase la novedad que se quería implantar. Además, el que pone de su parte á los intereses creados acaba por amoldarse á ellos y hacerse suyo. Leandro, casado con Silvia, será una de las columnas de la sociedad.

En resumen, el que se ingenia para poner de su parte los intereses creados no quiere destruirlos, pero tampoco quiere ser él destruído, y dice: hermanos, comamos todos, que todos somos hijos de Dios.

Los dos personajes principales, Leandro y Crispín, son muy simpáticos, cada uno á su modo, porque son muy humanos. Los escrúpulos de Leandro son lo más noble, lo más delicado de la obra, los altivos pensamientos de ella. Hay, sin duda, en *Los intereses creados* cosas más ingeniosas y profundas. Pero esto es la flor de ideal que brota en la comedia y la embalsama con perfume moral. ¿Y Crispín? Más que por discreto y sagaz nos sorprende por lo abnegado, por lo leal. Hay en el mundo más Crispines de lo que se cree, que se gozan en el éxito ajeno, en el triunfo de aquellos á quienes sirven, y sólo están á sus anchas en la penumbra del auxiliar discreto que sabe desaparecer á tiempo y acudir cuando es necesario. Inestimable hallazgo es dar con uno de estos preciosos amigos que tienen alma de escudero ó de secretario particular. Sin ellos, muchos Leandros que bullen por el mundo, casados ya con la hija del señor Polichinela é incorporados por ende al respetable estado de yernos, ó á cualquier otro alto estado, no habrían podido pasar de vulgares zascandiles. Si Leandro va solo á la ciudad, probablemente pára en la cárcel.

El estilo es uno de los grandes méritos de la comedia de Benavente. Es un estilo poético y noble, limpio de afectación y libre de preciosismo. Creo que ahora se escribe en España bastante mejor que hace treinta años. Pero el afán de ser estilistas á fuerza de cuidado y de lima echa á perder á muchos

escritores modernos, cuya prosa, de puro relamida y perfecta, nos empalaga. Se adivina al autor mirándose en ella lleno de satisfacción como en un espejo. Benavente no es de ésos; dice sencilla y correctamente las cosas, y como tiene cosas que decir, cosas ingeniosas, profundas y poéticas, no necesita retorcer ni alquitarar la frase.

Ese es el secreto del escritor: tener cosas que decir; el estilo le será dado de añadidura. Los modernistas, á quienes distingue y separa con tanto acierto de los modernos *Fray Candil* en su bello y vibrante libro *Muecas*, publicado recientemente en París, deben leer la comedia de Benavente y aprendérsela de memoria. Hallarán en ella una lección de estilo, una lección de sencillez y de gracia.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO. — Economía política: Los *trusts*. = Pedagogía: Gimnástica racional. — El método intuitivo en lingüística. = Costumbres: La coquetería femenina. = Historia: La corte de Francisco I. = Crítica: Galicismos á granel. = Impresiones y notas: Paradojas sobre las comidas de convite.

ECONOMÍA POLÍTICA

Los «trusts». — ¿Qué es un *trust?* El público, y hasta la prensa, en cuanto se halla con una coalición de especuladores, la da el nombre de *trust*; pero es un error. Según Max Turmann dice en *La Revue Hebdomadaire,* hay que distinguir dos especies de *trust:* la «consolidación» y la «combinación» ó *holding-trust*. La *consolidación* consiste en la fusión de las compañías ó empresas dedicadas á la explotación de una industria ó negocio cualquiera de modo que desaparezca toda multiplicidad de iniciativas y de competencias, quedando una sola empresa ó compañía. La *combinación* consiste en dejar subsistentes todas ó varias empresas, pero teniendo la mayor parte de las acciones de cada una el *holding-trust*; así se respeta la existencia material de cada sociedad, pero es sólo en apariencia, pues, en realidad, los mayores accionistas son los que la dirigen y gobiernan.

Las causas de la aparición y del gran desarrollo adquirido por los *trusts* están en primer término en la necesidad de acabar con la competencia ruinosa que se hacían para conquistar

el mercado los productores y fabricantes; esa competencia agria y desenfrenada, excitada por el desarrollo del maquinismo, tenía que acabar por hacer llegar á una inteligencia á los competidores para evitar la ruina común. Reconocidas las ventajas de esa inteligencia, los *trusts* se fundaron, y en seguida se organizaron para sacar todo el partido posible de su fuerza por medio de tarifas aduaneras que imposibilitaran la competencia del extranjero, por medio de las tarifas de transporte que les colocaran en condiciones favorables, y hasta privilegiadas, y por medio de la legislación que les permitiera desenvolverse á su gusto.

La iniciativa para la constitución de un *trust* suele partir de un financiero—el *promoter*, promotor,—que es el primero que se ha fijado en que tal ó cual ramo de producción se presta á una coalición de productores. Hecha la comprobación, el promotor se asegura el concurso de un grupo de capitalistas que adelantan el capital necesario para el negocio, y una vez constituída la sociedad, se compran las fábricas, talleres, etc., dedicados á aquella industria; el pago se hace en moneda, ó bien en acciones de la sociedad. Estas acciones son de dos clases: ordinarias (*common stock*) y privilegiadas (*prefered stock*); éstas tienen derecho preferente á un tanto por ciento (generalmente un 7 por 100) del capital que representan sobre los beneficios realizados, y las ordinarias no pueden percibir nada hasta que aquéllas han cobrado *todo* el dividendo que les corresponde; si los beneficios no permiten repartir el dividendo preferente, el accionista privilegiado lo percibirá en otro ejercicio, sin que el ordinario pueda cobrar nada hasta que todos los dividendos correspondientes al privilegiado hayan sido satisfechos.

Este doble tipo de acciones lleva consigo la supercapitalización ó hinchazón del capital, consistente en triplicar ó cuadruplicar el capital efectivo por el nominal. Si se quiere, por ejemplo, fusionar en un *trust* diez ó doce sociedades cuyo aporte importa 300 millones, se forma un *trust* de 600 á 900

millones, y con ese capital, así diluído, se paga ampliamente á los accionistas de las empresas englobadas. Ese sistema es el generalmente adoptado, por ser el que permite al promotor ofrecer á las sociedades existentes un precio de compra cuya misma exageración les decide á la venta. Otro aliciente del sistema es que así se disimulan mejor los enormes beneficios de los *trusts*, pues repartidos entre mayor número de acciones no parecen tan escandalosos.

Este remojo del capital (*watering arrosage*) tiene, sin embargo, sus inconvenientes: si el beneficio neto no permite pagar interés á las obligaciones, los *trusts* quiebran; si basta para este servicio, pero no llega para pagar dividendo á las acciones, éstas bajan, y el *trust*, herido en su crédito, encontrará difícilmente los capitales que pueda necesitar para mejorar sus fábricas y para la buena marcha del negocio, quedando así en malas condiciones para luchar contra sus competidores, que están libres de tantas cargas. Aun hay otro cargo más grave que hacer á la supercapitalización, y es el de que lesiona gravemente á los suscriptores de títulos, á quienes se venden títulos *diluídos* en provecho de los propietarios de empresas liquidadas, que cuadruplican su capital; esta lesión, que ya es enorme de por sí, se agrava con la división de las acciones en privilegiadas y ordinarias; éstas no cobran más que pobrísimos dividendos, si llegan á cobrar algo, porque la mejor parte de los beneficios se reservan para las preferentes, y porque los consejeros, dueños de acciones privilegiadas, prefieren consagrar los beneficios á mejoras de la explotación antes que á repartir dividendos á unas acciones que les son completamente indiferentes. Esto sin contar las sumas que absorben los intereses y amortización de las obligaciones emitidas y las cargas enormes que suelen pesar por múltiples conceptos sobre los *trusts*.

Y con esto llegamos á una cuestión muy controvertida: ¿cuáles son los efectos de los *trusts*? ¿qué juicio merecen?

Hay que distinguir entre los efectos económicos y los so-

ciales. Entre los económicos hay que distinguir los que afectan á los accionistas y los que afectan al público. Para los accionistas es evidente que los *trusts* ofrecen ventajas económicas, resultantes de la concentración industrial y de la comercial. El *trust*, al suprimir la competencia, suprime la guerra de tarifas y facilita el alza de los precios, permitiendo, por otra parte, realizar grandes economías en los gastos generales de administración y publicidad. La *American Book Company*, formada por cinco grandes casas editoriales de libros escolares, empezó por suprimir la reimpresión de las obras menos reputadas, y dejó luego el sistema de reclamos y de primas, exigido antes por la competencia, realizando así grandes economías, pues para conquistar á los encargados de elegir los libros de texto había que regalarles á unos la *Enciclopedia británica*, á otros «un piano para la señora», y así sucesivamente. Otra ventaja es la disminución de gastos de transporte, pues cada pedido se sirve por la fábrica ú oficina más próxima, y esto representa sumas importantes. En lugar de 15 ó 20 direcciones técnicas y administraciones centrales, no hay más que una, lo que reduce grandemente los gastos. Las compras de primeras materias se hacen en mejores condiciones de precio y calidad, y, como se opera en grandes masas, se pueden aprovechar los residuos y derivaciones, montando industrias auxiliares ó derivadas. El *trust*, por otra parte, puede cerrar las fábricas que no le den resultado, y repartir la producción por especialidades, todo lo cual se traduce en otras tantas series de economías, que permiten al *trust* dar sus productos más baratos, haciendo competencia á los productos similares en el mercado internacional al mismo tiempo que monopolizan el mercado nacional. No hay duda que, económicamente, los *trusts* ofrecen innegables ventajas á sus miembros, aunque el reparto de sus beneficios entre los diversos tipos de acciones es injusto y falto de equidad.

¿Y el público? ¿saca alguna ventaja de los *trusts?* Aquí las opiniones se dividen. Los adversarios de los monopolios criti-

can el alza de los precios y la perturbación de la vida económica producida por la formación del *trust* y por las consecuencias desastrosas de sus fracasos; á lo que los partidarios de los *trusts* contestan que los precios se han abaratado, y que no pueden exagerarse por temor á concitar violentamente la opinión pública. ¿A quién dar la razón? En la cuestión de precios hay estadísticas para todos los gustos, según los casos. El problema es complejo, y lo más positivo que sobre él puede decirse es reproducir las conclusiones de Jenks, consejero perito de la *Comisión industrial*: «El resultado general de este estudio parece probar—dice—que los *trusts* han tenido en muchas circunstancias, temporalmente al menos, el poder de dominar el mercado, y que en la mayor parte de los casos se han servido de su influencia para aumentar la distancia entre el precio de la materia primera y el del producto acabado; este resultado ha podido obtenerse, ya elevando el precio de venta, ya disminuyendo el precio de la primera materia, ya haciendo ambas cosas á la vez; en todo caso la distancia entre el precio de los materiales y el del producto ha sido aumentada con provecho evidente del fabricante».

Si económicamente puede uno mostrarse reservado en el juicio que forme de los *trusts*, socialmente hay que ser más categórico, y hay que afirmar que esas coaliciones, por su enorme poder, son un verdadero peligro. Hay *trusts* cuyo capital asciende á tres mil, cuatro mil y cinco mil millones. Con semejantes recursos se tiene una influencia formidable. Sólo el *trust* del acero tiene á sus órdenes un personal de 200.000 individuos. La cuarta parte de los electores americanos están al servicio de los *trusts*. Con semejante poder se corrompen Parlamentos, Tribunales y Gobiernos, siendo bien conocidos los hechos de soborno de toda clase de funcionarios y legisladores, no ya sólo para recabar leyes protectoras, sino para encubrir abusos y fraudes en beneficio de las sociedades monopolizadoras. La misma política internacional está influída por los *trusts*, siendo sabido que el del azúcar—el corruptor por

excelencia—fué el que trabajó con mayor empeño para provocar la guerra con España, á fin de intervenir en el mercado cubano.

Desde el punto de vista social, los *trusts* deben ser juzgados con toda severidad, como un gravísimo mal y como un peligro no menos grave para el desarrollo normal de una nación y para la paz internacional; son agentes eficacísimos de desmoralización en muchos sentidos, y constituyen seria amenaza, por los intereses y las ambiciones que ponen en juego, para la conservación de las buenas relaciones internacionales.

PEDAGOGÍA

Gimnástica racional.—Salvo en determinados casos, hoy está reconocido por todos que los ejercicios físicos deben tener por objeto distribuir la fuerza por todo el cuerpo, generalizarla, en lugar de localizarla en ciertos miembros. Las hipertrofias provocadas por el trabajo excesivo de tal ó cuál músculo las pagan los demás; el Hércules que levanta pesos enormes en el circo no puede correr; tiene biceps, pero carece de piernas, como dice en *La Revue* de París el comandante Emilio Mayer. Tal vez en determinadas profesiones se presente cierto desequilibrio; pero hasta en ese caso conviene rectificarlo en lo posible por medio de ejercicios adecuados. En cuanto á la generalidad, debe aspirarse al desarrollo normal más completo posible. La gimnástica moderna tiende á formar lo que Herbert Spencer llama «buenos animales», es decir, individuos cuya conformación física dé de sí armónicamente todo lo de que es capaz. Para lograrlo se exige un trabajo muscular *racional*; pero aunque esta palabra parece suficiente, hay que saber qué se entiende por ella.

El sueco Ling tiene el honor de haber sido el primero que dándose cuenta de las exigencias de la naturaleza por la anatomía, la mecánica y la fisiología, se ha revuelto contra los

procedimientos de educación física destinados á producir hipertrofias, reemplazando por medios racionales lo que los profesionales hacían antes por puro empirismo. En vez de pedir á la gimnasia la producción de algunos brillantes atletas, ha comprendido que lo interesante era mejorar la raza en su conjunto por el desenvolvimiento integral del cuerpo humano.

Hijo de un pastor protestante, Ling estudió Teología y se consagró á la literatura, escribiendo varios poemas patrióticos y sentimentales; dos nobles emigrados franceses le enseñaron esgrima, y tal afición cobró á estos ejercicios, que en 1805 fué nombrado maestro de armas de la Universidad de Lund; entusiasta y estudioso, se preocupó de todo cuanto se relaciona con el desarrollo y el vigor del cuerpo, y en 1812 solicitó del Gobierno una subvención para propagar su método: se la negaron; pero firme en sus convicciones, siguió trabajando, y en 1813 logró que se creara el Instituto central de gimnástica de Stockolmo, cuya dirección le fué confiada. Su método, punto de partida de todos los demás, se reduce á un conjunto de ejercicios higiénicos y terapéuticos, esencialmente individuales, hasta en los que se realizan simultáneamente en colectividad. El sistema no ha podido dar mejores resultados, pues en medio siglo la estatura media ha crecido tres centímetros en los reclutas, y la longevidad se ha extendido por término medio á nueve años. Estos éxitos han hecho que el método sueco se haya propagado, y recientemente se ha introducido en Francia en el ejército y en la Universidad; sólo que como en nuestros países no se tiene tanta paciencia, se han adornado los ejercicios de flexiones, torsiones y rotaciones con juegos al aire libre, que tienen, entre otras virtudes educadoras, la de acostumbrar á la disciplina, sin la cual ni el remo, ni la pelota, por ejemplo, podrían llegar á dominarse nunca.

El sistema del dinamarqués Müller es el que ha metido más ruido últimamente; Müller no es un profesional, pero sobresale en todos los *sports*, hasta el punto de haber conseguido 132 premios, y entre ellos 123 de campeonatos de remo, nata-

ción, patinación, lucha, peso, marcha, salto, bojeo, *foot-ball* y carreras, siendo, según el pintor Carlos Bloch, «el más hermoso sér humano que jamás se ha visto». Este Apolo hercúleo era hijo de padre enfermizo; nació enclenque, y se crió con muchas dificultades, habiendo padecido con frecuencia disentería, fiebre, diarreas, enfriamientos, etc. A los ocho años, en 1874, leyó unos libros de gimnástica que despertaron su gusto por los ejercicios físicos, que fueron objeto de sus constantes preocupaciones en medio de sus estudios y trabajos de ingeniero militar é ingeniero civil y de la administración de un sanatorio en Jutlandia. Allí es donde publicó su famosa obra *Mi sistema*, en 1904, traducida al alemán, al inglés y al francés. Müller no pide más que un cuarto de hora al día; ese cuarto de hora se dedica á un lavado completo, con fricciones en todo el cuerpo, en toda clase de posturas que hagan poner en juego todos los músculos; en esta sesión de hidroterapia se logra ejercitar todos los miembros y limpiar bien la piel, con lo que basta para que todo el cuerpo se mantenga en perfecta salud.

La mayor parte de los métodos de gimnasia descuidan precisamente el cuidado de la piel y el juego de los músculos del abdomen. Así sucede, por ejemplo, con el método de los pesos ligeros, del Dr. Attila, vulgarizado por Sandow. De los 18 ejercicios de este sistema, los 13 primeros están dedicados á movimientos de brazos bastante fatigosos: es un sistema bueno para el desarrollo de los biceps; pero hay muchos hombres con biceps sólidos y con mala sangre, con pulmones flojos ó estómago estropeado; es mucho más importante tener corazón robusto y pulmones fuertes, piel sana, activa digestión y riñones é hígado sin tacha. Para reaccionar contra esas tendencias de atletismo es para lo que Müller ha ideado su sistema, dando gran importancia á todo lo que tiende á favorecer la respiración cutánea. «Me ha ocurrido con frecuencia oir á *sportsmen* y aun atletas alabándose de hacer tales y cuales ejercicios sin sudar, y es porque tenían sus poros tapados por la grasa y el sebo humano secos.» No atiende menos Müller á

la gimnástica del vientre, de la que depende la buena digestión y la regularización de las funciones intestinales, relacionadas con el buen estado del hígado y de los riñones. «Dando á todas estas vísceras—dice—un masaje natural, oprimiéndolas como se exprime el agua de una esponja, se las fortificará y se llegarán á suprimir las causas de esas innumerables enfermedades que atacan á las personas sedentarias; al cabo de algunas semanas se notará con alegre sorpresa que la grasa acumulada en el vientre y en torno del talle deja su puesto á músculos sólidos; y luego se asistirá poco á poco á la formación de lo que yo llamo *un corsé de músculos*, condición esencial de salud y robustez.

Adóptese el método sueco de Ling ó el dinamarqués de Müller, y hasta los ejercicios del *jiu-jitsu* japonés; lo que importa es que las prácticas de educación física alcancen á toda la población y no estén reservadas á una clase. Es preciso que el niño adquiera la costumbre de cuidar de su cuerpo, de lavarlo, fortificarlo, flexibilizarlo, y que una vez adquirida esa costumbre, la conserve y la siga practicando toda la vida. La gimnástica racional consiste en eso.

***

El método intuitivo en lingüística.—La frase de Carlos Quinto *quod linguas quis callet tot homines valet* ha encontrado un intérprete genial y ferviente en Arturo Schopenhauer, según dice Eva Kühn Amendola en *L'Italia Moderna*.

Hoy se llama práctico el estudio de las lenguas en un sentido que es el de los intérpretes, dragomanes, *ciceroni* y porteros de fonda; pero se ignora el valor práctico en el sentido de *no conceptual*, *intuitivo*, que posee el aprendizaje de las lenguas. Se trata de *valer* realmente otro hombre, y en ese sentido Schopenhauer valía por muchos hombres, y las citas originales en siete ú ocho lenguas que se encuentran continuamente en sus escritos son clara señal de su modo de ver en esta materia. Pero aparte de esto, ha dejado algunas páginas que

merecen ser traducidas y en las que encontramos un documento explícito de su pensamiento:

«No para todas las palabras de una lengua se encuentra en toda otra el equivalente preciso, pues no todos los conceptos indicados por las palabras de una lengua son precisamente los mismos que expresan las palabras de otra, aunque esta correspondencia se verifique á veces de un modo estupendamente preciso, como ocurre en el caso de *sylepsis* y *concepto*, *Schneider* y *tailleur* (1); pero con frecuencia son tan sólo conceptos semejantes y afines, pero diversos por alguna modificación, como por ejemplo:

»Apaidentos, rudis, roh,
orme, ímpetus, Andrang,
mejane, medium, Mittel,
seccatore, importun, Quälgeist,
ingenieux, sinnreich, clever,
Geist, esprit, wit,
Witzig, facetus, plaisant,
Malice, Bosheit, Wickedness, etc.

»A veces en una lengua falta la palabra para un concepto que se encuentra en la mayor parte y hasta en todas las demás; así le ocurre al francés con la carencia del verbo *estar*. En cambio para otros conceptos sólo se encuentra la palabra en determinada lengua, de donde la toman las demás; así sucede con el latín *afecto*, el francés *naïf*, el inglés *confortable*, etcétera. De donde resulta claro que con el estudio de cada lengua extranjera se forman nuevos conceptos para dar significado á nuevas voces; que se escinden conceptos que hasta entonces habían compuesto un concepto más vasto, y por ende

(1) Aplicado al castellano, por ejemplo, ya no es tan exacta la equivalencia de estas dos palabras con la de *sastre*, pues el *Schneider* alemán y el *tailleur* francés más bien equivalen á *cortador*, *tallador*.

más indefinido; que se descubren relaciones hasta entonces desconocidas, porque la lengua extranjera indica el concepto por medio de tropos y metáforas; y que así entran en la conciencia, por medio de la nueva lengua aprendida, gran cantidad de matices, semejanzas, diferencias y relaciones de los objetos que dan nueva luz á todas las cosas.

»De aquí se sigue que en cada lengua se piensa diversamente, porque nuestro pensamiento, con el estudio de cada una, recibe nueva modificación y nuevo colorido, y que por eso el poliglotismo, además de su gran utilidad inmediata, es también un medio directo de cultura del espíritu, corrigiendo y perfeccionando nuestras ideas por medio de relevante multilateralidad, y dando matices á los conceptos, porque con el estudio de muchas leyes el concepto se libra cada vez más de las palabras.»

El mismo modo de considerar los hechos lingüísticos que en los *Parerga y Paralipómena* de Schopenhauer, se encuentra en la *Estética* de B. Croce: «La lingüística ha descubierto el principio de la *individualidad* irreductible del hecho estético, cuando ha afirmado que la palabra es *lo realmente hablado* y que no hay dos palabras idénticas, destruyendo así los sinónimos y los homónimos, y mostrando la imposibilidad de traducir propiamente una palabra por otra de un dialecto á una lengua, ó de la lengua materna á una lengua extranjera».

Dado este orden de ideas, se ve en seguida cuál es el método más ventajoso para estudiar una lengua, según la señora Kühn, si se quiere que tal estudio no sea un ejercicio intelectual, sin más alcance que el de acumular vocablos y catalogar formas gramaticales. A cuantos han aprendido dos ó tres lenguas se puede preguntar: «¿se ha enriquecido su mente por medio de este trabajo?» No; se han empleado muchos años y muchas fatigas, pero con escaso resultado, y no por culpa del que aprende, sino del que enseña.

El alumno ha estudiado la lengua extranjera principalmente por innumerables traducciones, que dan, para cada pa-

labra de la lengua materna, un equivalente rígido de la lengua extranjera, y eso es lo único que aprenden, no la lengua extranjera, sino la lengua propia escrita con voces extranjeras. Esto no ocurriría con el método *intuitivo*: con este método, las palabras entran por el oído antes que por los ojos, y entran especialmente por la imagen, por el contenido de la palabra. El profesor debe tratar de asociar en la mente del alumno cada palabra á la imagen que expresa y no á la palabra correspondiente de la lengua materna; así el alumno empezará, desde las primeras lecciones, á pensar en la lengua extranjera, y su memoria y su fantasía se orientarán intuitivamente en el sentido querido.

Este método es, en resumen, el que se emplea para enseñar al niño su propia lengua: cuadros que representen los varios objetos de la vida, pequeñas historias de las que resulten claras las varias relaciones entre los hombres, deben utilizarse por todo profesor como medio de enseñanza. La gramática debe ocupar un puesto secundario, y debe estudiarse por el método inductivo, pues como ya decía Herder, «la gramática debe sacarse de la lengua y no la lengua de la gramática». La conclusión á que se llega por todos los caminos es ésta: «se debe llegar á la lengua extranjera directamente, saltando, en lo posible, sobre todo intermediario, vocabulario y gramática.

Se trata, en efecto, de *intu-ire*, de *ir dentro del* idioma desconocido, de penetrarlo, hacerlo cosa propia, que se desarrolle espontáneamente en nuestra conciencia, por intususcepción y no por yuxtaposición, como se desarrolla en la conciencia del niño, que lo mama de los labios maternos; se trata, no de aprender el francés ó el alemán, sino de desarrollar en nosotros el francés ó el alemán. Recúrrase para ello lo menos posible á la lengua nativa, y sólo especialmente para explicar algún pasaje difícil ó para extraer inductivamente de los ejemplos alguna regla, y hágase uso de todos los medios procedimientos intuitivos que la experiencia de cada enseñante acon-

seje. Con los adultos podrá usarse un método mixto, medio intuitivo, medio gramatical.

Este método no es nuevo: los célebres pedagogos Comenio y Ratiquio lo habían empleado hace siglos para las lenguas clásicas. Pestalozzi ha reconocido que la intuición es el principio más alto para la instrucción del hombre, y el profesor de Marbug, Guillermo Vietor, ha revolucionado la enseñanza lingüística desde 1882 con la adopción de ese principio. Vietor en Alemania, Alge en Suiza, Schweizer y Wolframm en París, son los apóstoles de la reforma, una de cuyas derivaciones es el llamado método Berlitz, bueno tan sólo para fines prácticos inmediatos.

COSTUMBRES

La coquetería femenina.—Dice Paula Lombroso en *La Revue* que la coquetería ha nacido únicamente del deseo en la mujer de agradar al hombre, de atraer su atención y de seducirle. Las mujeres, en efecto, no tienen á su disposición otros medios legales, por ahora, de hacer la conquista de los hombres, y no es asombroso que la coquetería se haya arraigado intuitivamente en el alma femenina. En la locura misma, las capas superiores de la personalidad son las primeras que desaparecen; luego vienen las consolidadas por las exigencias morales y sociales: la gentileza, la modestia, la pureza. La coquetería es de las más resistentes: en los manicomios se encuentran pobres locas que han perdido todas las cualidades propias de la femineidad, menos la coquetería; esas desgraciadas se miran todavía en su espejo sonriendo, y se adornan con todo lo que pueden: trapos, telas y flores; nada más doloroso que ver esas vírgenes locas manifestando sus deseos y sus aspiraciones de pavonearse con ricos tocados y preciosas joyas.

La coquetería es universal: desde la gran señora hasta la más humilde costurera la sienten y la practican, cada una co-

mo puede. Conocida es la anécdota de la billonaria americana que, habiendo de recibir en su palacio á un príncipe de sangre real, encargó dos trajes, uno blanco y otro rosa, de 25.000 francos cada uno; los dos eran preciosos: el rosa la hacía surgir vaporosa, como una provocativa Eva; el blanco la hacía aparecer con la gracia seráfica de un ángel; no sabiendo con cuál exhibirse en la recepción, se las arregló para lucir los dos: se puso primero el de color de rosa; pero en medio de la comida un criado, diestramente torpe, la echó encima una salsera, y un cuarto de hora después la billonaria volvió á salir triunfante, de blanco, como celeste aparición.

La coquetería ha existido siempre. El hombre ó la mujer de las cavernas se adornaba con anillos, pendientes y pulseras; las mujeres salvajes no retroceden ante ningún sacrificio por embellecerse: llevan tatuajes; se agujerean las orejas, la nariz y los labios; se meten en las encías palitos de madera; se comprimen la cabeza para alargarla; se arrancan los dientes, y reducen sus pies á muñones, rivalizando así con nuestras damas del siglo XX, que se martirizan el talle y el vientre, sometiéndose á toda clase de operaciones por conservar la belleza de una línea ó alejar la sombra de una arruga.

Y no sólo en todos los tiempos; en todas las edades es coqueta la mujer. «Después de todo—decía á Paula Lombroso una tía suya,—á los cincuenta años se está en la flor de la edad.» Esta opinión—añade la distinguida escritora—no dejó de escandalizarme á los diez y siete años, cuando creía que los treinta eran el colmo de la decrepitud; hoy, que he pasado de los treinta, empiezo á compartir involuntariamente las opiniones de mi tía. Las niñas hacen su aprendizaje de coquetería cuando apenas saben hacer uso de sus piernas: andan á gatas ante un espejo, y se apoderan de todos los trapos que encuentran en la habitación, para adornarse y pavonearse; se sienten felices al lado de un oficial de brillante uniforme que les rinde homenaje haciéndolas un mimo.

Un director de cárcel, el Sr. Cadalso, ha sabido sacar par-

tido de la coquetería de sus administradas. Sabido es que los reglamentos prohiben toda clase de cosméticos, polvos y perfumes; pero, á pesar de todas las prohibiciones, las presas hacen prodigios para adornarse. Muchas logran obtener polvos lamiendo las paredes y masticando la cal, que les da una pasta blancuzca; otra fué encontrada una mañana con el rostro untado de rojo como una bailarina de ópera; se visitó minuciosamente la celda, se revolvió todo y no se daba con la explicación, hasta que al fin se dió con la clave del enigma; en la tela de las camisolas había un hilito rojo: la presa había tenido la paciencia de ir sacando los hilos rojos de su camisa, y echándolos en agua había logrado obtener agua rojiza, con la que se había pintado. Otra detenida había conseguido fabricarse un corsé, pues el corsé es el sueño de todas, exasperadas por la fealdad de la camisola penitenciaria; aquella presa, burlando la vigilancia, había arrancado los alambres de la reja de su celda, y se había oprimido con ellos de tal modo, que un día, durante la misa, se desvaneció; así se descubrió la materia de aquel talle tan excesivamente esbelto; y hay que notar que para conseguir que la encerraran en aquella celda, pues las otras no tienen alambrado, se había hecho castigar multitud de veces, hasta que la llevaron á ella como reincidente recalcitrante y rebelde. Cadalso, pensando juiciosamente en el partido que se puede sacar de esta propensión de la mujer á engalanarse, mandó hacer tres tipos de vestidos penitenciarios: uno de lana gris, sencillo, pero elegante, de forma sastre, para las presas de conducta ejemplar; otro de lana á cuadros azules y grises, para las presas de conducta normal; y el tercero, de tela grosera y de color amarillo, para las rebeldes é incorregibles; el resultado ha sido tan maravilloso, que al cabo de poco tiempo todas las presas tenían derecho á llevar el traje de hechura sastre: lo que no podían los consejos ni los castigos, lo lograba la coquetería.

La coquetería no goza de buena reputación; los hombres se dejan seducir por la elegancia, la gracia, las sonrisas y el *flirt*,

pero declaran que la coquetería es una prueba de la inferioridad de la mujer; las mujeres por su parte usan y abusan de la coquetería, pero afectando despreciarla. Lo que quieren que se admire es su ingenio; sin abstenerse de vigilar con el rabillo del ojo en el espejo el efecto de su traje y de su moñito, desdeñan en los salones hablar de trapos y se interesan—claro es que las mujeres *comm'il faut*—por las cuestiones del día, los asuntos de Marruecos, la literatura, la Gota de leche, el teatro de la naturaleza, los cuadros de la Exposición; de sus trajes de suprema distinción, de sus peinados deliciosos, de sus pendientes y sortijas no parecen ocuparse; se diría que han nacido y crecido así, como modelos de la última moda. Al hojear sus cuadernillos de visitas, conferencias, obras de caridad, ventas benéficas, se diría que no las queda tiempo para arreglarse, y en realidad dedican á componerse muchas más horas de las que confiesan; hacen como esos poetas que después de haber retocado veinte veces un soneto dicen que lo han improvisado; es un error, según Laura Lombroso, el obrar así; deberían estar orgullosas del trabajo y de las molestias que sufren por sacrificarse á la coquetería.

En la coquetería hay á veces hasta heroísmo: las pobres chinas, que se torturan los pies hasta reducirlos á muñones que no las permiten andar sino á saltitos; las doncellas de Malaca, que para alargarse el cuello se lo dejan meter entre tornillos que las estrangulan; las pobres papúas, que se hacen arrancar los dientes; las tunecinas, que antes de casarse se atracan de arroz para engordar, como si fueran cebones, poniéndose tan gruesas que apenas pueden moverse, ¿no son otros tantos casos de heroísmo? ¿A costa de qué esfuerzos y sufrimientos no se logra el talle de avispa de nuestras elegantes? Y si hoy tenemos corsés perfeccionados, ¿qué decir de aquellas terribles armaduras de acero que aprisionaban el cuerpo de nuestras abuelas? La mujer moderna, como su antepasada, acepta el martirio de la coquetería con estoica serenidad; sonríe, hace monerías, charla con abandono, y entretanto sufre,

oprimida, ahogada, durante toda una velada interminable. Sabe que todo lo que revela sufrimiento, disgusto, cansancio, aleja á los hombres, los irrita ó los enerva, y oculta animosamente sus tormentos para ostentar sus gracias.

Esta ruda disciplina á que la coquetería somete á la mujer elegante la enseña el dominio de sí misma, la hace reprimir sus sensaciones, y sobre todo la enseña á no descubrirlas. Esa firmeza paciente, esa dulzura de aspecto, esa igualdad de humor, esa fisonomía que tan bien sabe componerse, todo eso que es el encanto de la mujer y el atractivo de su trato, es producto de la coquetería. Se dirá que eso es ficción, hipocresía, máscara engañosa para mejor atrapar al hombre; pero Laura Lombroso no es de esa opinión; así como á fuerza de llevar corsé se estrecha el talle, así á fuerza de querer parecer graciosa y amable, la mujer se acostumbra á serlo realmente. La coquetería es la iniciación de la amabilidad, de la dulzura sincera, aunque parezca paradójico.

Laura Lombroso sostiene que á la coquetería debemos en gran parte el bienestar que nos rodea. La coquetería no tiene otro objeto que provocar la admiración, y la mujer no ha omitido nada para hacerse deseable; ella ha inventado tejidos, telas, adornos, encajes, todo lo que podía contribuir á realzar su belleza. Y no sólo se han ocupado de sí mismas, sino del cuadro en que deben aparecer para mejor resaltar; los muebles ricos y preciosos, las colgaduras, las alfombras, los paravientos, los tocadores, las mesas bien servidas, el alumbrado deslumbrador, los visillos discretos, todo es producto de la coquetería femenina, refinamientos inventados, buscados, perfeccionados por el eterno deseo de agradar.

El hombre, aunque sea Rothschild, no necesita palacios, ni lujos, ni elegancias; le basta una mesa de trabajo, un despacho ó un laboratorio. Un palacio no se comprende sin la mujer, como no se comprende una jaula sin pájaro. Sólo la mujer sabe llenar con su presencia, animar y decorar la casa, desde la cocina hasta el salón. Y sólo la mujer coqueta, la verdade-

ramente femenina, es la que posee el secreto de transformar nuestro interior en lo que ha llegado á ser, gracias á las flores que lo embalsaman y á los espejos que reflejan muebles y chucherías. Entrad en un claustro de donde la regla destierre á la mujer, y sólo veréis paredes desnudas, una silla de paja y una cama de madera.

Y no es esto todo: la literatura debe á la coquetería todo ó casi todo lo que es. La novela no es más que la fotografía y el comentario de la coquetería; la parte más interesante de la literatura moderna no existiría si no hubiese mujeres coquetas que la inspirasen. La conclusión que en definitiva saca Paula Lombroso es que el mundo sería singularmente pálido, triste y aburrido sin la coquetería femenina, y que gracias á ella se ha introducido en la vida social una cosa bien seria: el placer y la dicha de vivir.

HISTORIA

La corte de Francisco I.—La corte de Francisco I ha sido cronológicamente la primera de esas reuniones regias de grandes señores y grandes damas, siempre de gala, siempre de fiesta, y sin otro afán que el de la ostentación, que se hayan conocido en Europa. El cuadro mismo de la corte, con sus títulos y funciones, existía hacía ya mucho tiempo, habiéndose formado lentamente á través de los siglos; pero era un cuadro muerto. Francisco I lo vivificó dando en él á las mujeres un puesto especial, provocando la afición al lujo y á la elegancia, y dándole, por la frecuencia de las reuniones, aquel carácter de riqueza, grandeza y desembarazo, cuyo apogeo señaló la fastuosa época de Luis XIV, el rey-sol.

Francisco I era alto, fuerte, majestuoso, de noble porte, incansable, de buen diente, bebedor en firme, y siempre vestido con ricos trajes cubiertos de oro y pedrerías. Hablaba mucho y bien, siendo amenísima su conversación. Sabía de todo, y sus conocimientos en materia de guerra, de literatura, de

geografía, de lenguas, de bellas artes, de caza, de agricultura, asombraban á sus cortesanos. Tenía el talento de instruirse haciendo hablar á los sabios; se asimilaba perfectamente lo que oía, y emitía juicios y opiniones acertadísimos en todo. Pero principalmente era un hombre de placer, y todos los juegos, diversiones y placeres le encantaban. Los negocios de Estado le aburrían, y su característica era la ligereza. No es extraño que se preocupara de organizar su corte de modo que pudiera hallar á todas horas en ella materiales de distracción y elementos propicios á sus expansiones favoritas: cazas, viajes, juegos y diversiones.

Bajo la dirección del gran maestre de la casa del rey, he aquí el servicio particular del soberano, por orden jerárquico: el chambelán, que gobierna el cuarto del rey; cuatro gentiles-hombres de cámara, llamados después primeros gentiles-hombres, cada uno de los cuales servía tres meses del año sin dejar nunca á su señor, y teniendo á sus órdenes doce pajes; y otros muchos gentiles-hombres, cuyo número ha variado entre 20 y 54; luego vienen 20 mayordomos, encargados de la parte material de la vida, especialmente de la alimentación, y que para cumplimiento de sus funciones tenían á sus órdenes 30 cesteros, 25 coperos y 15 trinchadores. La secretaría está á cargo de siete secretarios de cámara con numerosos escribientes, y los servicios menudos de traer y llevar los desempeñan 30 pajes de cámara, que contribuyen no poco al brillo de las recepciones con su gracia juvenil y sus vistosos trajes de plata. En seguida viene la capilla del rey, formada por el cardenal gran limosnero; el confesor del rey, que es un dominico; 50 limosneros, plantel de obispos, siete capellanes y siete sumilleres de capilla.

Por bajo de esta alta servidumbre aparecen las series inferiores de empleados subalternos, más especialmente domésticos: cuatro ujieres de cámara; de 20 á 40 lacayos; el guardarropa mayor, con sus diez criados y dos portamantos; siete cantores, siete médicos, seis cirujanos, cuatro barberos, un li-

brero, de ocho á catorce mozos, ocho oficiales y ocho ujieres de sala. Tras éstos viene el personal de la cocina, que comprende dos series, la cocina del rey y la de la corte, cada una de las cuales tiene cuatro intendentes y seis colas, con soperos, salseros, pasteleros, portadores, guardavajilleros, marmitones, proveedores, barrileros, sumilleres y ayudantes, con más el inevitable cortejo de fruteros, tapiceros, lavanderas, músicos, porteros, tesoreros y demás gente. La caballeriza es aparte, con su caballerizo mayor y 25 caballerizos gentiles-hombres, que tienen á sus órdenes todo un ejército de cocheros y palafreneros, pues no se necesita menos para atender á los frecuentes viajes y excursiones del rey con toda su corte. Aparte también hay que contar el personal de caza: un capitán de telas y cien arqueros destinados á cerrar el bosque con telas, para cazar dentro del vallado así dispuesto; cincuenta carros, doce monteros con sus servidores y perreros, y más de cien perros y galgos, y luego la halconería con sus 300 aves de rapiña, atendidas por cincuenta ayudantes halconeros gentiles-hombres.

Cada una de las reinas, la de Francia y la de Navarra, y cada uno de los príncipes tienen casas, satélites de la del rey, si no tan fastuosas, con todas sus jerarquías: limosneros, capellanes, mayordomos, coperos, ujieres, cocineros, escuderos y lacayos. Las reinas tienen, además, cada una una dama de honor, con otras quince damas Claudia y diez Margarita, y diez y seis señoritas de honor la una y diez la otra. Las hijas del rey tienen entre las tres otras diez y nueve damas, sin contar numerosas camareras y doncellas. Los hijos tienen dos ayos, cinco cancilleres, diez mayordomos, tres gentiles-hombres, catorce donceles de honor y multitud de servidores análogos á los del rey. A todo lo cual hay todavía que sumar la guardia del rey, compuesta por 400 arqueros, 300 franceses y 100 escoceses; 900 suizos alabarderos y 200 gentiles-hombres, todos con uniformes brillantes.

Era difícil hallar entonces en París lugar adecuado para

las ceremonias de corte. El Louvre era incómodo y sombrío, como que sólo servía de prisión y de fortaleza; por eso el rey prefería las Tournelles, ó bien se instalaba en el Parlamento, cuando no en el patio de la Bastilla para sus grandes banquetes y recepciones. De todos modos, á Francisco I le gustaba poco vivir en París ni en ninguna parte. De humor voluble, iba y venía continuamente, sin permanecer quince días seguidos en ningún sitio. Imagínese lo que suponía en aquellos tiempos ese constante ajetreo de toda una corte. Benvenuto Cellini escribe en sus *Memorias* que se necesitaban 12.000 caballos, y estando completo el séquito, 18.000 para transportar toda la servidumbre. Según Loranzo, el conjunto representaba una masa de 6.000 jinetes y 12.000 infantes. La vida, con semejante equipo, no era muy agradable, pues á lo mejor había que acampar en despoblados ó en pueblos sin recursos, y había que atenerse á las tiendas de campaña, carros y barracones de tela, que daban á aquella corte trashumante el aire de un campamento de gitanos.

Todos sufrían con aquellas peregrinaciones todo género de privaciones y molestias; sólo el rey parecía contento, como si nada le faltase; tenía tapiceros, llamados «reposteros» á la castellana—pues entonces el español era la lengua de moda en Francia—que se le adelantaban para montar su instalación con todos los requisitos necesarios, de modo que al llegar el rey nada echara de menos, ni alfombras, ni lecho, ni trajes, ni muebles. Su mesa no carecía de nada, y, como dice Brantome, «en una aldea, en medio de los bosques, en la asamblea, era tratado lo mismo que si estuviese en París». Pero no le sucedía lo mismo á su séquito, que gemía y murmuraba. Los señores se arruinaban con aquellos viajes dispendiosos, y los embajadores extranjeros, que tenían que seguir á la corte, no cesaban de quejarse. Al crear la primera corte moderna, Francisco I resucitó el humor vagabundo de los primeros Capetos.

Aquellos caprichos eran carísimos, sobre todo para el rey mismo. Pero Francisco I nunca se fijaba en lo que gastaba.

Acaso no haya habido ningún rey que haya gastado tanto, magníficamente, sin duda, pero también del modo más desconsiderado y descuidado. Aquel derroche se extendía á todo. Arbitro de la elegancia, Francisco I impuso modas costosísimas. Todo lo que llevaba era de oro: los dijes, las espuelas, los botones, las hebillas y los espejos; su mula tenía una funda recamada de oro, y una brida de seda con placas y botones de oro; sus vestidos eran de paño de oro, bordado, rizado y perfilado de oro como una casulla; sus dedos estaban cubiertos de sortijas con piedras preciosas; llevaba debajo ropa blanca de la más fina tela de Holanda, y camisas bordadas de seda negra, que se conservaban en estuches de piel perfumados. Todos los objetos de su uso particular, tinteros, frascos, candelabros, vajilla, pupitres y rebec, eran de plata; sus pieles de marta y cibelina eran riquísimas, y la vaina de su espada era de terciopelo blanco. La cuenta de su sastre ascendió un año á 15.600 libras, equivalentes á unos nueve mil ó diez mil duros de nuestra moneda.

La corte tenía que seguir el ejemplo del rey. En los días de gran recepción, los 200 gentiles-hombres de la guardia estaban vestidos de paño de oro, mientras el rey aparecía de blanco con traje de tela de plata, teniendo á su lado al canciller en traje de ceremonia con un manto escarlata; los pajes y caballerizos estaban también de blanco, mitad terciopelo y mitad tela de plata, y todos los demás cortesanos y damas rivalizaban en pompa y esplendor, hasta gastarse el último ducado: el público los admiraba; pero los comediantes de entonces se burlaban en sus farsas y moralidades, representadas en las plazas públicas, de los señores «que llevaban sus tierras sobre los hombros».

No era el rey el menos apurado para cubrir sus enormes gastos. Es imposible saber lo que costó á Francia aquel reinado dispendioso en el que hubo que apelar á todos los medios para hacer dinero: préstamos á las ciudades, al clero, á los monasterios, á los banqueros franceses y extranjeros; aumento de

los impuestos, enajenaciones de bienes, venta de empleos, contribuciones extraordinarias, anticipos, toda la serie de medios, recursos y procedimientos que puede inventar el poder para estrujar á los contribuyentes, todo se puso en juego para poder atender á los gastos, sin lograrlo nunca, pues constantemente se saldaban las cuentas con déficit, que cada año iba en aumento. El intendente general, Semblançay, pagó por todos, pues le confiscaron los bienes y le ahorcaron en Montfaucón á los setenta y cinco años de edad.

A pesar de todo esto, el reinado de Francisco I—aun contando con Pavía y la torre de los Lujanes—figura como una de las épocas más brillantes de la historia de Francia, gracias precisamente á los gustos fastuosos del rey, á su carácter y á la decidida protección que otorgó á las letras y á las artes.

CRÍTICA

Galicismos á granel.—Pase que en la sección telegráfica de los periódicos, redactada á escape y corregida de cualquier modo, se deslicen disparates de Geografía y de Gramática; pase que á los traductores de folletines, mal pagados, no se les pida documentación alguna literaria, y se les autorice para destrozar los originales; pase que periódicos de escasos recursos tengan redactores sin cultura que se metan á mansalva por el campo de las letras, y no dejen títere con cabeza en su brutal espigueo; pase que en una gacetilla de reclamo se deje al anunciante plena libertad de atropellar la lengua que usa, pues para eso paga; pero que en periódicos de gran circulación, de inagotables recursos, de redacción bien montada y de prestigio bien adquirido se atente contra el castellano, y no en la sección telegráfica, ni en la de reclamos, ni en la de noticias, ni siquiera en la parlamentaria, sino en sendos artículos firmados, se maltrate la lengua nacional con la mayor frescura, eso no puede pasar, y no debe pasar, sin nuestra protesta al menos.

Cojo al azar un periódico, el *A B C* del 25 de Noviembre, por ejemplo, y, dejando á un lado deslices de menor cuantía, tropiezo con las enormidades siguientes:

1.ª En un artículo firmado por J. M. Salaverría, y dedicado á demostrar la trascendencia del cinematógrafo (no quiero entrar en el fondo del asunto, aunque tiene su miga), se dice en el último párrafo: «A cuantos se preocupan de la perpetuidad de sus personas, yo les aconsejo *que no se tarden*, que no desaprovechen la ocasión». ¡Que «no se tarden»!... Pero ¿qué es eso? En castellano no existe el verbo *tardarse*; hay *tardar* y *retardarse*, y hay *retrasarse* y *atrasarse*: el tren *tarda* en venir, el reloj se *atrasa*, el coche se *retrasa*; pero nadie dice que el tren *se tarda*, ni el reloj *se tarda*, ni el coche *se tarda*. Eso se dice en francés, pero no en castellano, y aquí, donde tenemos para expresar lo que quiere decir el Sr. Salaverría con su «que no se tarden» giros tan perfectamente castellanos como los de «que no tarden», «que no se retrasen», «que no se atrasen» y «que no se retarden», maldita la falta que nos hace el «no se tarden», que repugna al oído y al buen gusto de todo el que sienta el castellano.

2.ª En otro artículo firmado por Eduardo Hahn (éste es de Berlín) se dice: «El que lea con atención la prensa de este país notará en medio de la satisfacción general causada por el recibimiento entusiasta que ha tenido Guillermo II en Inglaterra, notará cierto recelo y desconfianza *que trasluce en cada frase*». Dejemos á un lado la repetición del *notará* y la falta de una coma después del primer *notará*, pues éstos son descuidos dispensables. Pero ¿qué recelo ó qué desconfianza es esa que *trasluce* en cada frase? ¿Quién trasluce? ¿Qué es lo que trasluce? Evidentemente, el que lea trasluce, en cada frase, cierto recelo y desconfianza; eso es lo que se pretenderá contestar, con todas las apariencias de aposteriorística justificación, á nuestras preguntas; pero no es eso seguramente lo que se ha pensado decir; lo que se ha pensado y lo que se ha querido decir es que «el que lea la prensa notará cierto recelo y

desconfianza *que se trasluce* en cada frase». La desconfianza no trasluce, sino que se trasluce en cada frase. Podría decirse que el lector trasluce (ve al trasluz) el recelo y la desconfianza en cada frase que lee; podría decirse, algo mejor, que cada frase trasluce (luce tras ella) el recelo y la desconfianza; pero la desconfianza y el recelo nunca *traslucen*, sino que *se traslucen*.

3.ª En otro artículo firmado por L. Montero (éste es de Roma) se lee: «Por no corresponder á las *solicitaciones* indecentes á que está acostumbrado el elector meridional en Italia, él (Gianturco) perdía los colegios electorales en *la vigilia* de llegar á la jefatura del Gobierno». Pase lo de solicitaciones, aunque mejor estaría *instancias*, *requerimientos*, *exigencias*, ú otro término corriente y castizo en lugar del arrastrado *solicitaciones*; pero como, después de todo, en castellano tenemos *solicitar*, y de este verbo se puede formar *solicitación*, no hay grave inconveniente ni enorme pecado en admitir ese derivado verbal. Pero ¿y eso de «*la vigilia* de llegar á la jefatura del Gobierno»? Eso sí que es grave y enorme y despampanante. El Sr. Montero ha querido decir *la víspera;* sólo que como *la víspera* se traduce en francés por *la veille*, que también significa *la vigilia*, y como en italiano *vigilia* y *veglia* vienen á confundirse en el francés *veille*, entre el francés y el italiano le han corrompido las oraciones al Sr. Montero, y de ahí que nos dé *vigilia* por *víspera*, y que hable de «la vigilia de llegar al poder» como hablará seguramente de «las Vigilias sicilianas».

4.ª El mismo Sr. Montero, en otro párrafo del mismo artículo, dedicado á ensalzar los nunca bastante alabados merecimientos del difunto Gianturco, en prosa nunca bastante tildada de extranjerismo, dice también: «A quien desprecia á los meridionales de Italia porque su miseria *secunda* sus antiguas llagas, cabe *gritar* que en las vetustas casas *provinciales* de Calabria, Nápoles y Sicilia, crecen aún hombres *educados á la vida* como lo fué Manuel Gianturco». ¿Cabe ensartar más disparates en menor espacio? Sí cabe, porque á todo hay quien

gane; pero convengamos en que es muy regular la ración de desatinos que nos sirve el Sr. Montero, y que si los entusiastas del insigne Gianturco no encuentran mejor panegirista de su ilustre amigo, mejor era dejarle sin panegírico, aunque agradeciendo la intención. ¡Una miseria «que secunda» antiguas llagas! La miseria agranda, agrava, empeora antiguas llagas, pero no las secunda. «¡A quien desprecia á los meridionales cabe gritar!» ¡No! Si precisamente es lo contrario lo que se quiere decir; y si los que gritan eso que dice el Sr. Montero (y por cierto que no hay por qué decirlo á gritos, pues es muy largo y van á desgañitarse) no son los despreciadores de los meridionales, sino los otros. — «¡En las vetustas casas provinciales!» No son *provinciales*, Sr. Montero, sino *provincianas* lo que usted ha querido decir; las casas provinciales no son las casas provincianas, aunque parezcan la misma cosa. «¡Hombres educados á la vida!» ¡Dios mío! ¡Qué educación y qué hombres! ¡Unos hombres educados á la vida!... Se dice «para la vida», Sr. Montero, aunque eso es ya uno de tantos lugares comunes del modernismo spenceriano.

Pase que en Roma haya un Sr. Montero, y en Berlín un señor Hahn, y en otro sitio un Sr. Salaverría que sean colaboradores de *A B C*, aunque no acierten á usar bien el castellano. Pero ¿no tiene *A B C* en su casa distinguidos correctores para limar y pulir los escritos que se destinan á la publicidad, sirviéndolos al público limpios de tamaños defectos?

Y quien dice *A B C* dice cualquiera otro rotativo, pues todos pecan, en mayor ó menor escala, y todos deberían preocuparse de no pecar.

IMPRESIONES Y NOTAS

Paradojas sobre las comidas de convite.—Caillavet y Flers publican, en la notable revista parisiense *Fémina*, un curioso artículo sobre el tema que sirve de epígrafe á estas líneas.

Al hombre le gusta comer en compañía. En las costumbres modernas la comida de convite es ceremonia corriente. Pero hay que analizarla en sus causas y en sus efectos, para comprenderla en todo su alcance.

Si se invita á las gentes á comer manjares costosos y á beber vinos caros, es porque se tiene deseo de ver á los invitados, y se sabe que no vendrían si no se les ofreciera alguna recompensa, que en este caso es una buena comida, con helados, primores y todos los requisitos. De aquí puede sacarse el axioma: «Todos los invitados á comer son invitados pagados».

Los invitados son esencialmente decorativos; nuestra vanidad ó nuestro interés nos excitan á ponerlos á nuestra mesa. Presumimos que la presencia en nuestra mesa de personas notables hará que se hable de nosotros ventajosamente; ó bien nos imaginamos que sacaremos algún provecho de su venida; así, por ejemplo, nos gusta recibir á gentes más ricas que nosotros, porque pensamos hacer un buen negocio cambiando la comida de cincuenta duros que les ofrecemos por la de mil pesetas que nos han de devolver. En cuanto á las personas que queremos de veras, parientes y amigos íntimos, no las invitamos sino á almorzar, ó bien á comer, pero de americana, y el clásico puchero; no son de los invitados al banquete; y si lo son, es para que hagan el catorce figurando á un extremo de la mesa. De aquí el segundo axioma: «No se tiene verdaderamente gana de invitar á comer con nosotros sino á las personas que no tienen gana de venir á comer á nuestra casa».

Antes de una gran comida, los dueños de la casa piensan en las personas que han de invitar, pero no en las que no han de invitar. Pero para éstas precisamente es para quienes se da la gran comida: vejar á los Fulano, sobrepujar á los Zutano y ser envidiados por los Perengano, es el interés capital de los anfitriones; se piensa con deleite en la bilis que echarán cuando lean la lista de los invitados y los pormenores de la comida, y la alegría de prever su decepción es tan viva, que disipa todo escrúpulo de economía y de molestia. Este sentimiento es tan

universal, que hasta ha dado origen á una floreciente industria: la de los que compran las conchas de ostras, cáscaras de melones y caparazones de tortugas y langostas de las grandes fondas para expedirlos á provincias, donde se venden á los particulares para que éstos los incluyan entre las basuras y desperdicios de su casa, á fin de hacer creer á los vecinos en una comida pantagruélica, para que rabien de envidia todos los que no han tomado parte en ella. De aquí se deduce el tercer axioma: «Se da una gran comida *para* algunas personas y *contra* muchas otras».

El elemento que debe ser más cuidadosamente desterrado de toda gran comida es la verdad. Todo, desde la invitación hasta las despedidas, tiene que ser hipócrita y amañado; desde el dueño, que miente al decir: «El Sr. Tal suplica á usted... se digne *honrarle* viniendo á comer á su casa», hasta el convidado, que dice al dar al anfitrión un apretón de manos: «¡Qué exquisita noche hemos pasado!», todo es falsedad y embuste: el uno piensa que ningún honor le hace con ir á su casa, y el otro piensa que para aburrirle así más valía que no se hubieran acordado del santo de su nombre. De aquí el cuarto axioma: «Las grandes comidas son esencialmente quiméricas».

Conclusión: La tranquilidad, la alegría y la dicha son de los que no comen fuera de su casa.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El problema social y la enseñanza del derecho.—Tesis para la licenciatura en leyes y ciencias políticas, por R. Hermansey. Santiago de Chile, 1907.

Se trata de un trabajo ligero, así por su extensión (25 páginas) como por su importancia. Sin embargo, para tesis de licenciatura puede pasar.

El autor comienza bien. Parece tener espíritu libre y científico, y algún día puede, siguiendo así, llegar á dar á luz escritos de consistencia. Truena contra la rutina y contra la poca independencia y el demasiado servilismo y apego al texto muerto de las leyes que suelen ofrecer los abogados y juristas, lo que no es muy á propósito para contribuir al estudio y á la resolución de los problemas sociales, y principalmente del obrero, con sentido moderno y con los arrestos que fuera menester.

La Sardegna è in Italia? Pregiudizi sul regionalismo, per Eduardo Cimbali. Roma, 1907.—Folleto de 65 págs., 3 liras.

El título de esta obra puede desorientar un poco sobre su contenido. No se trata de la duda geográfica que parece envolver aquella pregunta, ni tampoco de una cuestión que se refiera á la Cerdeña exclusivamente, en sus relaciones con la Italia.

El nuevo trabajo del profesor Eduardo Cimbali no es otra

cosa, en realidad, más que un alegato patriótico, escrito con el mismo calor y el mismo estilo vibrante que el autor acostumbra, y en el que se protesta contra el poder central italiano—más aún que contra el Estado—por el abandono en que tiene ciertas regiones de Italia (no sólo la isla de Cerdeña), denominadas por Cimbali «africanas», y se lamenta la consiguiente situación de inferioridad que ocupan en comparación de las otras, á que da el nombre de «europeas».

Hay, para C., dos Italias: la Italia europea, «toda próspera, toda culta, toda progresiva, toda civil», y la Italia africana, «toda mísera, toda analfabeta, toda atrasada, toda bárbara», desprovista de medios de comunicación, ignorante, castigada por la malaria, esclava políticamente, donde los diputados no los elige el pueblo, sino que los nombra el Gobierno á su antojo.

El primero y más urgente deber de este último, según Cimbali, es rescatar esta Italia africana, acabando con su *segregación* del resto del país, mediante la construcción de ferrocarriles, carreteras y caminos, acabando con su analfabetismo y acabando con la malaria mediante las obras de conveniente saneamiento y bonificación. Y como el dinero indispensable para tan grande empresa, estos «cientos de millones no podrán darlos jamás ni los sobrantes del presupuesto ni conversiones de renta, sino que sólo podrán obtenerse por un acto de grande y nacional heroísmo, por el heroísmo de un gran empréstito nacional», Cimbali aboga por la realización de este empréstito.

Esta es la substancia del opúsculo, desarrollada, como he dicho, en ardorosas y viriles páginas. Al leerlas, yo he pensado muchas veces en nuestro país, porque entre nosotros hay aún más Cerdeñas que en Italia; ¡como que casi todo el territorio es una agrupación de Cerdeñas! Pocas veces como ahora pudo aplicarse aquello del fabulista: *mutato nomine*...

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Evolución social contemporánea, por M. Sales Ferré..... 5

La independencia de América, por Jerónimo Bécker..... 22

Recuerdos, por José Echegaray..... 47

La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa, por Juan Pérez de Guzmán..... 59

La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán..... 72

Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi..... 84

Maternidad, por Johan Báyer..... 117

España fuera de España, por E. Bertaux..... 151

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 169

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 178

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 230.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

FEBRERO 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

11.620

LA EMIGRACIÓN EN GENERAL

Y LA EMIGRACIÓN EN ESPAÑA

Pocas cuestiones de actualidad tan grande como la emigración, y pocas también en que la opinión formada sea, á mi juicio, tan errónea. Sólo detractores de la emigración se encuentran por todas partes, y mucho extrañará mi voz—que siento no sea más autorizada—contra esa inmensa falange.

Sin embargo, el estudio debe ser ofrenda depositada en el altar de la Verdad, y yo á ese altar acudo á dejar los productos de mi trabajo con la ruda franqueza que engendran las devociones verdaderamente emotivas.

*
* *

Existen entre nosotros algunos lugares comunes que ya muchos fonográficamente repiten, sin darse cuenta, clamando contra la emigración, pidiendo que el Estado intervenga, queriendo poco menos que construir en el litoral un remedo de la muralla de China, hecha con agentes policíacos. Culpa de esto cabe á algunos políticos, ganosos de popularidad y pedestales, que utilizan como frase retórica de un realce inmenso lo de los campos que se despueblan, las ciudades que se desangran, la pobre España que se queda sin hijos, y tantas otras, más propias de la fantasía que de la reflexión.

Hay en todo esto algo de artificioso, pues ni España se des-

puebla ni la emigración es siempre un mal. Al contrario, *la emigración es un bien.* Prescindiendo del aspecto histórico, en que tantos bienes reportara, difundiendo civilizaciones, transformando social y políticamente la América, enlazando el Oriente con el Occidente, llevando el progreso á los salvajes de Africa y Oceanía; prescindiendo del aspecto mercantilista, ya que tanta fortuna deben muchos pueblos (entre ellos España) á la emigración, aun queda el aspecto meramente espiritual, aun queda la emigración como lazo que une países distantes, como vínculo de simpatía que fusiona pueblos diversos, como sostén de la paz por los intereses de reciprocidad que á la sombra de ella se crean, como propaganda de armonía por lo que en el país de destino difunden los emigrantes el respeto para el de su origen (pues tanto más se quiere la patria cuanto más lejos se está de ella), como abrazo, en fin, que á través de montes y mares enlaza á los pueblos.

La riqueza de nuestras costas cantábricas, el florecimiento de Barcelona, la prosperidad de Valencia y Alicante, ¿á qué se debe sino á la emigración? Id por Asturias, recorred los pueblos que rodean á Villagarcía y Vigo, marchad á la provincia santanderina, y donde veáis el mejor hotel, la fábrica más adelantada, preguntad quién la levantó, quién es el dueño, y en seguida aparecerá *el indiano.* Id á Valencia y Alicante y preguntad quiénes son los mejores obreros agrícolas, y veréis cómo son los mismos que en emigraciones temporales marchan á Argelia.

Si esto pasa en España, cosa análoga ocurre en los demás países. Así se ve las repúblicas sudamericanas, que merced á la emigración han crecido y progresado; los Estados Unidos, que á ella son deudores de su fabulosa pujanza; Alemania, que la utiliza para su engrandecimiento mercantil en la gran lucha comercial que tiene entablada con la Gran Bretaña; Italia, que por su crecido número de emigrantes ha logrado en los puntos de establecimiento desplazar productos españoles que en ellos tenían su mercado; Portugal, con simpatías innúme-

ras en el Brasil por lo regular y sostenido de su corriente emigratoria; Japón, que ha podido hacerse dueño de Corea sin discordia con los naturales por el gran número de nipones que, establecidos en ella, habían difundido las costumbres patrias; Inglaterra misma, que, gracias á más de diez y seis millones de hijos suyos mandados á los Estados Unidos, hállase con éstos en cordialísima fraternidad. Ante estos hechos, ¿cómo abominar por sentimiento inconsciente de la emigración?

***

Con pocos que sean los recuerdos que se exhumen del campo de la Historia, basta para llegar á la misma conclusión que precede, á la de que la emigración crecida ha guardado proporcionalidad directa y constante con el desarrollo de la civilización y el aumento del progreso.

Los pueblos en el estado de salvajismo no emigran; la misma falta de elementos los hace estables. Pero en seguida que la civilización asoma, la emigración empieza. Es indiscutible que el mayor progreso abre nuevos y dilatados horizontes á las necesidades humanas; y así como el individuo, cuanto más sobrio es, tanto más se convence de su propia insignificancia, así los pueblos, cuanto más grande es su progreso y cultura, más precisados se ven del intercambio de servicios y más débiles se sienten en el aislamiento. La división del trabajo se hace mayor, se diversifican más las aptitudes y las producciones, y hay que romper fronteras para ir más allá de las propias á ofrecer lo que sobra y á recoger lo que falta.

Las emigraciones aisladas son, sin embargo, escasas en la antigüedad. Aun cuando se diga que hay exageración al creer que en los tiempos de la Edad Antigua y Media, extranjero y enemigo eran denominaciones sinónimas, lo cierto es que no distaban mucho de la sinonimia. Sin garantías para su persona que emanaran de una ley preestablecida y fueran aplicadas por un poder imparcial y justo, sin más derechos que los que la benevolencia del país adonde se dirigía querían reconocer-

le, sometido á enojosas tutelas y protecciones, vejado con instituciones tan odiosas como el *albinagio*, bien puede decirse que debió ser bastante escaso el número de individuos que se atrevieran á emigrar aislados, mucho más si pertenecían á las bajas capas sociales. Y hasta tal punto creo justo este aserto, que la Historia nos muestra cómo para lograr los brazos necesarios se recurría á los mercaderes de esclavos, que efectuaban las compras precisas.

De ahí que las primeras emigraciones fuesen colectivas, en masa; es decir, invasiones. Ejemplos de ellas los tenemos en la de los *Hicsos* en Egipto, la de los *Hebreos* en Palestina y la de los *Scytas* en Asia Menor. Emigraciones colectivas fueron las que difundieron la cultura helénica creando colonias que, aunque carecían de vínculo material con la Metrópoli, eran su remembranza en carácter, organización, creencias y costumbres; emigraciones colectivas sirvieron de base á la extensión del poder de Roma; emigraciones colectivas de celtas, galos, cimbrios, teutones, suevos y helvecios acabaron, en bien de la civilización y del progreso, con el corrompido imperio, que necesitaba transfusión de sangre sana á sus venas putrefactas; emigraciones colectivas fueron, en fin, las de la raza árabe, joven y animosa, que entonces representó el zenit de cultura.

Después, las invasiones normandas—emigraciones escandinavas á mano armada—establecen poblaciones en la Gran Bretaña é Irlanda, en las bocas del Sena, en Italia del Sur y en Sicilia. Siguen luego las Cruzadas—emigraciones temporales de los cristianos á Tierra Santa,—que ponen en comunicación el mundo oriental con el occidental.

Y así se llega al acontecimiento magno en la historia de la emigración, el descubrimiento de América, determinante del cambio de la emigración en masa por la individual.

Contenidas las poblaciones europeas en el Viejo Mundo, el descubrimiento de Colón pareció á modo de válvula de seguridad, por la que empezó á salir la población aventurera, pues

la miseria, por naturaleza tímida, y el espíritu trabajador, entonces muy escaso, no fueron los factores más importantes del contingente que derivó hacia la América; lo fueron la codicia por las grandes riquezas y el espíritu aventurero, el afán de vivir entre lances y batallas, siempre apetecibles por los que de la holganza hacen su culto; lo fué el *auri sacra fames,* que dijo Gladstone. Hernán Cortés, conquistador de empuje, que en germen no fué sino un estudiante desaplicado é inepto, es el tipo que caracteriza una época de emigrantes.

Las realidades defraudaron las esperanzas, y en el siglo XVII se detiene el movimiento emigratorio á la América. Entonces es cuando se organizaron las Compañías privilegiadas de Indias, órganos de casi toda la corriente emigratoria de dicho siglo. Y decimos casi toda, porque en el siglo XVII, durante su primer tercio, es cuando se verifican las grandes emigraciones inglesas de puritanos y presbiterianos, que alejándose de su patria por las persecuciones políticas y religiosas de que Carlos I les hizo objeto, llevaron á efecto la fundación de numerosas colonias.

Progresos en la navegación y expansiones comerciales determinaron una corriente continua de emigración en el siglo XVIII, detenida por la Revolución Francesa á causa de las guerras napoleónicas. Mas desaparecidos estos motivos transitorios, la emigración sigue con más fuerza que antes, porque la navegación se hace más rápida, segura y barata; los lazos que de antiguo parecían atar al hombre con su terruño se rompen, y un prepotente individualismo convierte al hombre en un sér que á sí mismo se deifica y ante sus propios ojos se crece y agiganta; las naciones empiezan á relacionarse mediante los órganos permanentes de la diplomacia que establece el Congreso de Viena y el de Aquisgrán; la igualdad revolucionaria dignifica la condición del extranjero, para quien el antiguo recelo y desconfianza se extingue; la libertad proclamada hace que disminuyan las trabas y obstáculos artificiales puestos por los Gobiernos á las emigraciones; y finalmente, el

Derecho Internacional comienza á tomar cuerpo en la realidad, desligándose del Natural, con el que venía confundido, para pasar á la esfera positiva.

*
* *

Muchas son las causas que pueden producir emigraciones, pero todas ellas pueden perfectamente reducirse á dos: una, la que tiene asiento en el alma humana, produciendo esos espíritus aventureros, esos caracteres independientes, cuyas tendencias les lleva á lo ignoto, á lo nuevo, haciéndoles obsesos de una verdadera *neofilia*; y otra, la que tiene asiento en el cuerpo, la que reconoce como origen el hambre, la debilidad, la miseria, y que empuja inevitablemente hacia un horizonte en el que se ponen esperanzas que conforten de la consunción y agotamiento de fuerzas. El exceso de población y la esterilidad del territorio, las dos grandes causas de emigración á que suelen referirse los tratadistas, no son otra cosa sino manifestaciones del pauperismo, de la miseria, originada por una excesiva distribución de los productos ó por una reducida producción, siempre por un notorio desequilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

En España, ¿cuál de las dos causas apuntadas es la que produce la emigración? La emigración, ¿se debe á que hay tendencias emigrantes en el carácter español, ó se debe á que hay hambre y miseria?

No ha faltado quien, siendo verdadera autoridad en tal materia, haya atribuído la emigración española á condiciones de temperamento que, con influjo irresistible, empujaban á la busca de aventuras y emociones que sirvieran de pasto á la imaginación exacerbada. El Sr. Labra, en el Congreso Social y Económico Hispano-Americano, decía: «Yo tengo por indiscutible el hecho de que, existiendo varias determinantes de la emigración española, una de esas determinantes, quizás la más arraigada, y aun la más visible, es la fuerza expansiva de nuestra raza, el ánimo de la dilatación, el amor á lo lejano y

difuso, el deseo de correr los mares y pisar nuevas tierras donde probar el empuje y la fe del emigrante, y las energías y las aspiraciones que vibran eternamente en el hogar originario ó de procedencia..... No; no es cierto que el deseo de mayor comodidad, menos el imperioso reclamo de la necesidad material urgente, sean las únicas causas, ni siquiera las más poderosas, de la emigración de las provincias del Norte y Noroeste de España, emigración que, ahora mismo, después de los desastres de 1898 y de la pérdida de Cuba y Puerto Rico (precisamente para Cuba), y cuando se inicia en las playas del litoral Cantábrico un imponente y ya afortunado movimiento industrial y económico. Por encima de esos motivos, acentuadamente interesados, está un estímulo de carácter moral, una razón de trascendencia en el orden general de la vida humana: aquella incomprensible fuerza que empujó á los almogávares del siglo XIV á realizar la legendaria empresa del Oriente, que animó á los compañeros de Núñez de Balboa en el Panamá y de Irala en la Plata, y que llevó los autores de las Leyes de Indias á dar á la empresa colonizadora española otro fin más superior que el de la mera explotación material ó económica de las tierras conquistadas».

La opinión del Sr. Labra, compartida por muchos, ¿es cierta? Para mí la negativa es indudable. En primer lugar, si fuera cierta, la emigración sería un hecho general en todas las capas sociales, que por igual serían copartícipes de las tendencias nacionales; y, sin embargo, se observa que, lejos de eso, son los pobres, los incultos, los analfabetos quienes emigran, llevando al país de destino su mero esfuerzo personal, y teniendo que actuar de meros braceros, inútiles para cuanto no sea el trabajo material y rudo. En segundo lugar, el crecimiento de la emigración después de nuestra rota del 98 nada tiene de particular existiendo factores determinantes de ello, como la pérdida de mercados, que destruyeron mucho comercio, el aumento de tributos, el miedo que se apoderó de muchos ánimos, etc. Y, finalmente, el atribuir á los almogávares pensa-

mientos de carácter moral pugna con todos los datos de la Historia.

Sólo á la miseria es á lo que puede atribuirse la emigración española. ¿Es que la población es excesiva y la falta de subsistencias empujará hacia otro país donde puedan hallarse? ¿Es que la esterilidad del suelo engendrará un déficit en la producción? Lo primero no es fácil; una estadística cualquiera acusa una densidad mayor de población en casi todas las naciones europeas que en España; Bélgica, Holanda, Austria y Francia, con una densidad mucho mayor que España, dan menos contingente de emigrantes. Ló segundo tampoco puede afirmarse con exactitud; aquella frase de Cánovas que decía que España sólo había sido rica en hombres de guerra, es una hipérbole. Una nación que cuenta con más de tres mil quinientas horas de sol al año; una nación que en poco más de medio millón de kilómetros cuadrados de superficie tiene las siete regiones agrícolas, y lo mismo se da la caña de azúcar en Almuñécar y Motril, que el naranjo en Valencia y Murcia, el olivo en Aragón, la vid en León y Castilla la Nueva, los cereales en Castilla la Vieja, los prados en Galicia, los bosques en Asturias; una nación que posee toda clase de producciones, que está bañada por tres mares, que se halla surcada por cerca de trescientos ríos — desgraciadamente desaprovechados por la incuria gobernante, más atenta á las nonadas de la política menuda que á los altos intereses patrios,—que posee altas mesetas y hermosos valles, donde se disfruta, desde un clima ardoroso, cuasi tropical, hasta otro frío intenso, con cielo hermoso y diáfano en Andalucía, con grandes nebulosidades en el Norte; una nación así, ¿es de suelo estéril?

A mi parecer—y así lo tengo sostenido en anteriores estudios — la causa primordial de emigración en España es la miseria.

La miseria, los negros horrores de la miseria, esos que se sufren porque no se come, porque se vive mal, porque el trabajo escasea, ¿qué duda tiene que pueden producir el que la

mente se remonte por encima de esas negruras, y, siempre esperanzada, piense en que su suerte podría mejorarse en otras partes? Y cuando esto se piensa un día y otro, y cuando un día y otro también se sigue sufriendo, llega un momento en que la misma situación presta fuerzas y el ánimo se decide: aquél es un emigrante.

Como luego he de referirme á la misión que el Estado tiene en este problema, y he de hacer aplicación á nuestra patria, precisa señalar cuáles son las causas de tal miseria, para poder ver adónde tiene que dirigirse la actividad del Estado.

Señaladas á la ligera, son tales causas: la instrucción teoricista que recibe la juventud española; la incultura de las clases trabajadoras; el número escaso de cooperativas, así como de centros de instrucción y recreo lícitos para obreros; la mala condición del obrero, que tiene una jornada demasiado larga, un salario escasísimo en muchos casos; que la mujer y el niño son objeto de explotación; el último sin garantías para el aprendizaje que sean efecto de la regulación jurídica de dicho contrato, y aquéllas sin garantías tampoco para el obligado período que abarca las postrimerías del embarazo, el parto y el puerperio; y al lado de esto, el trabajo á destajo, aniquilador de los obreros mejores y más fuertes; lo rarísimo que es el conceder á los obreros una participación en los beneficios; la falta de una Caja de retiros para proporcionar una pensión que asegure el sustento á los obreros ancianos é inválidos; los abusivos *sweating-sistem* y *truck-sistem;* lo incierto del derecho á la huelga, sometido á las arcaicas disposiciones penales de una época en que no podía presentirse la intensidad y desarrollo que en la actualidad tienen los conflictos entre el capital y el trabajo; las luchas frecuentes entre el capital y el trabajo, que hacen escasee el último y detienen los progresos industriales y agrícolas; los impuestos excesivos; el caciquismo y usura; los consumos, impuesto que con su progresividad al revés encarece de un modo descompasado el precio de los artículos de primera necesidad, únicos usados por las clases más meneste-

rosas, y del cual se valen los caciques para hacer más insoportable la situación de las familias que no les son afectas; la contribución de sangre, tan irritante por la desigualdad que encierra la redención; los latifundios y el absentismo; el abandono de las vías de comunicación; la escasa protección prestada por los Gobiernos á la agricultura y ganadería; la inadecuada organización de las Cámaras de Comercio; y, finalmente, la inestabilidad política, que hace imposible la permanencia de ninguna idea reorganizadora en la gestión de los negocios públicos.

*
* *

Expuesta á grandes rasgos la causa de la emigración, toca examinar las consecuencias que produce.

No hablemos de las consecuencias para el emigrante, ya que éstas dependen de su personalidad, variando totalmente según sus hábitos de trabajo, sus virtudes y su continuidad en el esfuerzo; no hablemos tampoco de las consecuencias para el país de destino, ya que es indudable el aumento de población, el aumento de capital, el aumento de brazos útiles para el trabajo, la extensión del cultivo á terrenos baldíos y el acrecentamiento de relaciones internacionales y transacciones mercantiles; hablemos de las consecuencias para el país en que la emigración se produce, y así veremos si la intensidad del mal es esa tan inconscientemente pregonada.

Decía J. B. Say que la partida de 100.000 emigrantes por año, con el peculio que llevan, equivale á la pérdida de un ejército de 100.000 hombres que todos los años pasaran la frontera con armas y bagajes. ¿Hay exactitud en ello?

En primer lugar examinaremos lo relativo á la población. La emigración ¿la disminuye? ¿Retarda, al menos, su crecimiento? No hay un solo ejemplo de países en que la emigración abunde y la densidad de población disminuya. Para nadie es un secreto que en Alemania cada día aumenta más la corriente emigratoria; pues bien: en 1902 tenía una densidad de 104 ha-

bitantes por kilómetro cuadrado, y en 1905 lo era de 112. España presta el mayor contingente de emigrantes en los litorales valenciano, catalán, cantábrico y galaico, y las provincias de estas regiones están mucho más pobladas que las mesetas castellanas y las sábanas andaluza y extremeña. Francia aumenta de población en Normandía, que es donde la emigración es más grande, y disminuye en las provincias montañosas del Este y Sur. Lehr cita el caso de Inglaterra, que en el decenio de 1841-51, en que disminuyó la emigración, fué más débil el crecimiento de población, y afirma lo contrario de Say, á saber, que «no es el gran número de nacimientos el que estimula la emigración, sino ésta la que estimula la reproducción humana», citando esta opinión de Roscher: «Toda extensión relativa de la masa de subsistencias lleva tras de sí un crecimiento de población. Es, sin embargo, incontestable que la creencia universal en una extensión de las subsistencias debe causar el mismo efecto que esta extensión realizada»; y esta otra de Leroy-Beaulieu: «La tendencia al aumento de población tiene por medida no sólo los recursos reales de los trabajadores, sino la opinión que ellos tienen de estos recursos».

Para mí, las opiniones de Roscher y Leroy-Beaulieu de que Lehr se sirve son incontestables. A esa creencia obedece, en mi sentir, el problema de la despoblación francesa, que ya apunta en Inglaterra y Alemania, según ha probado Arren en un artículo reciente, nutrido copiosamente de datos estadísticos, y cuyo único origen yo creo que estriba en la limitación voluntaria del número de nacimientos, sobre todo en las clases media y alta, para no tener que renunciar á reducir el *confort*.

Mas admitiendo tales opiniones, no por eso creo quede suficientemente probado que la población no disminuye por la emigración. Lo que hay es que los países en que la emigración alcanza cifras de importancia lo deben ó á una densidad de población grande ó á una miseria extremada. Si lo primero, como tal densidad será la resultante de un gran coeficiente de natalidad y buenas condiciones de higiene social, claro es que

la población seguirá creciendo; si lo segundo, muchas serán las familias pobres que emigren, pero aun serán siempre más las que se queden, y el pauperismo es el que mayor número de nacimientos engendra, hecho suficientemente probado, aun cuando las causas no estén bien precisadas.

Ahora bien: ya que la población no se retarda en su crecimiento, ¿disminuirán los capitales? Creo que tampoco, porque, determinándose principalmente la emigración entre las clases pobres, hay una compensación sobrada entre sus pequeños peculios y el crecido número de capitales que regresan, sin olvidar los giros considerables realizados por los emigrantes.

*
* *

De intento he dejado para el final de este artículo lo más interesante en el problema emigratorio, y es la función que al Estado compete realizar.

En primer lugar, ¿puede y debe impedirse la emigración? Que no es posible lo demuestra el hecho de que de nada han servido restricciones legales para aminorarla. Y en cuanto á si debe intentarse la prohibición, creo que fuera de aquellos casos en que gravite sobre las personas el cumplimiento de determinadas cargas fiscales (servicio militar), la responsabilidad criminal (cumplimiento de una condena) ó la responsabilidad civil, ó de aquellos otros en que no exista la capacidad legal, por tratarse de menores que marchan sin el consentimiento de las personas llamadas á prestarlo ó de incapacitados que carecen de autorización del tutor, no se debe intentar siquiera el prohibirla. Hacerlo equivaldría á negar la libertad individual, negando la substantividad de la persona humana, para convertirla en mero átomo formativo del Estado, sin más voluntad que la de éste. Así como existía una servidumbre personal, en la que el siervo estaba adscrito al señor, y otra de la gleba, en que la adscripción era al terruño, ahora habría que resucitar la esclavitud, instaurando una nueva forma de ella con la *servidumbre estatal* ó *estatolatría*, en la que el in-

dividuo permanecería siempre sujeto al Estado en que nació, ínterin no se dignara manumitirle como gracia especialísima.

«Es necesario poner un dique á la emigración; es necesario que el Estado la impida». Tales son las voces que han resonado con frecuencia y aun siguen resonando en Parlamentos, conferencias, mitins y prensa. Mas cuando la reflexión se impone, todos reconocen la necesidad de respetar la libertad del emigrante, sin más restricciones que la de exigir una manifestación clara de que su voluntad se halla determinada en tal sentido, y una prueba de no tener pendiente el cumplimiento de responsabilidades penales ó fiscales.

En el Congreso Social y Económico Hispano-Americano de 1900 decía el Sr. Piernas: «El que emigra no deja un hueco en la población... Aunque el emigrante sea un aventurero, debe dejársele libre... Es un egoísmo colectivo muy mal entendido el que pretende se malogren con daño común esfuerzos y aptitudes que en otro lugar pueden desenvolverse en beneficio de todos». En dicho Congreso decía asimismo el Sr. Alonso Criado: «Tratar de reglamentar la emigración es como querer poner puertas al viento». Jardón escribe: «La emigración actual no debe cortarse, ni es conveniente oponerla diques ni cortapisas. Para el que tiene ansias de lo desconocido y puede tocarlo, sería una prisión odiosa la de la patria si, contra su voluntad, se empeñaran en retenerlo». Gutiérrez Sobral, en una carta prólogo de un libro sobre emigración, debido al marqués de Fuensanta de la Palma, dice: «Poner trabas al movimiento del hombre, limitándole el campo de acción de su trabajo, me parece un absurdo, porque absurdo es obligar á residir en un lugar al individuo que en él no encuentra medios para realizar el desarrollo de sus facultades en beneficio de su existencia». Rodríguez San Pedro, Labra, Zulueta, Montero Ríos y tantos otros han expresado en el Parlamento opiniones análogas.

La libertad de emigrar es indiscutible; pero el Estado ¿deberá cruzarse de brazos cuando se marchen sus hijos?

Yo creo que la misión del Estado no termina en el embarque, sino que continúa en la travesía, y se sigue ejerciendo en el punto de desembarco. ¿Cómo? Con una ampliación de las funciones consulares, si se quiere; con instauración de nuevas instituciones, si así parece preferible. La forma es lo de menos; la esencia es lo que importa. Y la esencia es que en los puntos elegidos por los emigrantes para el desembarco haya quien en nombre del Estado les proporcione datos, les facilite trabajo, les ponga en relación con los naturales, investigue el trato que reciben, intervenga en los contratos que hagan, tenga obligación de denunciar abusos, comunique al Estado de que proceden los datos y noticias que deban ser tenidos en cuenta, sirva de lazo de unión entre su país de residencia y el de origen, transporte á los que no alcancen el éxito apetecido, etcétera, etc. Esto, después de haber tenido el Estado un servicio de inspección y vigilancia durante la travesía para evitar los abusos horribles que se cometen. Todo esto es preciso si el Estado ha de ser padre cariñoso, en vez de padrastro que sólo se acuerda de sus hijos para obligarles al servicio militar y exigirles el pago de impuestos. Y es preciso más: hay que elevar el rango de nuestras representaciones diplomáticas en América, adonde tantos españoles se dirigen, y que es vergonzoso se tengan más descuidadas que las de puntos como San Petersburgo, en que apenas si tenemos intereses.

El Estado debe encauzar la emigración, dirigiéndola principalmente á América. Allí hay un vastísimo territorio, escasísimamente poblado, en el que se habla nuestra lengua, en el que se siguen nuestras costumbres, en el que se leen nuestros literatos, en el que se admiran nuestros sabios, en el que se reverencian nuestras glorias. Y al lado de eso hay un Estado poderosísimo que no sabemos con qué título ha proclamado el principio de «América para los americanos», y á su evocación persigue con tenacidad la hegemonía del Nuevo Continente. Con más medios materiales, con grandes recursos financieros, con una cultura asombrosa, si pretende apoderarse del alma

de esas naciones hispanas, lo conseguirá á muy poco esfuerzo, dada nuestra desidia. ¿Por qué no utilizar la emigración como arma que lo impida? Cuantos más españoles allí vayan, cuantos más intereses allí se creen, cuantos más y más vínculos se aten entre la madre y las hijas, más y más difícil resultará extirpar del corazón filial el amor de la que les dió existencia á la vida del progreso.

La política á seguir no está en medidas prohibitivas de la emigración, sino en procurar no se enseñoree la miseria de los hogares, y así los que marchen sean los que conscientemente quieran; y logrado esto, encauzar la emigración hacia la tierra americana. ¿Medios para todo? En la conciencia están. Haya Gobiernos estables y buenos, inicien una política de reconstitución, recurran si fuere necesario al crédito, abran vías de comunicación de interés general, hagan pantanos, canalicen ríos, repueblen bosques, protejan la ganadería, impulsen el progreso de la agricultura, expropien los latifundios, persigan el absentismo, regeneren las costumbres, reformen los impuestos, castiguen las ocultaciones, difundan la instrucción, extirpen la usura y el caciquismo, mejoren la condición del obrero, y cuando la política tenga este alto y sublime concepto y las energías que hoy se pierden en las nonadas del personalismo y en el cubileteo electoral se aprovechen en obras verdaderamente nacionales, que aúnen voluntades en vez de dispersarlas, entonces la emigración quedará por sí misma reducida á sus justos límites, porque estos medios son más eficaces que el lanzar desde la *Gaceta* leyes y circulares, que en ella exhalan simultáneamente el primer vagido y el suspiro postrero.

MARIANO MARFIL

FE, CARIDAD Y ESPERANZA

Hace cuatro años que vivo alejado de Madrid, pero sin dejar de mirarle atentamente y de escrutar sus perspectivas mentales. Mis frecuentes viajes á la Corte me permiten rectificar errores de tamaño, precisar matices, fijar sombras, determinar significaciones, vislumbrar tendencias, etc., etc. Mi inmersión en este gran *remanso* ejercita mis fuerzas de nadador que lucha para no dejarse *tragar*. Vengo siempre á Madrid con mucho espíritu, con frescura de ideales, con voluntad en tensión; y al marcharme llevo cansera en las entrañas del carácter. ¿Por qué?

No son decepciones, porque nada pido que no procure merecer; no son desalientos, porque todo lo que aspiro en mi alma lo llevo. Es asco, contaminación de desgane mental, síntomas de anemia, caquexia espiritual.

¡Por todas partes el rebaño, el rebaño pastoreado por un nombre exótico, alimentado en borreguil apetito con pan de munición; el cotarro formado para hacer la digestión de cosas no ingeridas, donde la conversación insinuadora viene á ser un revulsivo de ideas recién cazadas! Todos estos son legionarios de la *Unión de jóvenes* presidida por el abogado *Stensgard*, que en su practicismo instintivo logra hacer la síntesis química de la esclavitud del que mendiga y del señorío del que da. Ellos han pactado con sus efectivos señores la ración de la letra de molde francesa, para sacarlos de apuros en el Parlamento, á

cambio de la ración de las estampitas que el Banco de España fabrica *para vivir* y *dejar vivir*.

Yo encuentro un admirable asunto en este comercio recíproco de los jóvenes y los viejos (tema ya desflorado) para dar mi parecer sobre él y marcharme después tranquilo á mi refugio solitario, donde seguramente he de fraguar pan para unos y hambre para otros, agrandándome en estima á mis propios ojos por haber fabricado, no un castillo de marfil sobre inmensa planicie arcillosa, sino un nido de ideales cobijado por el árbol de la vida, de mi vida, soterada primero en el subsuelo espiritual de España y abierta más tarde al sol con intensa virtud germinativa... intensa, por lo menos en deseo.

Soy joven todavía; pero me apartan de estos jóvenes, no mi juventud, su vejez. Quieren ser verbo espiritual de los senadores católicos y de los diputados radicales: ¡verbo mental, los papagayos, los rementores del eco palabrero, de la híbrida sinfonía ó del preciosismo del *boudoir* francés!; quieren ser la vanguardia de la mentalidad española los que, embadurnándola de insinceridad efectista, procuran presentar en el mercado productos de relumbrón, y por unos pesos duros saquean media biblioteca.

Pero bien miradas las cosas, todo esto se reduce á un puro aparato y á una impura comedia fabricada con manía álgida de notoriedad periodística. La inmortalidad de estos genios, «*como la flor del cactus, dura un día*». A quien tuvo valor para escribir un libro sobre nuestra gran careta teatral española, no ha de faltarle para trazar unas cuartillas sobre esta fase de nuestra mentalidad, miserablemente tatuada para desfigurar sus fealdades.

Pero no es lo peor la falta de sinceridad, el maridaje del corazón con la inteligencia que piensa, sino el cinismo exacerbado, este *cinismo urbano*, que es poquedad de entendederas y terquedad de ignorancia, con ribetes de boulevard ó de salón, que adopta los tonos de Fulano, ó las maneras de Mengano, y

las rebeldías de Nieztsche, como el gato de una patrona malhumorado por falta de *ración integral*.

Este dogmatismo cínico es como el de muchos curas de aldea que yo conozco, que comparando la ciencia con la teología dejan tamañita á aquélla, y en sus adentros han de exclamar, como el predicador del cuento... *non sum plus*, cuando hayan de explicarse lo que por intuición hija del trabajo acumulado otros ven.

Pero el caso no es el *ser*, ni *rester*, como aspiran los franceses, ó *werden*, como anhelan los alemanes, sino *pasarlo bien* y *llegar*, *pareciendo*. El parecer es la caricatura de la vida espiritual de nuestra futura generación: parecer bueno, parecer sabio, parecer poeta, parecer pensador, parecer rico, tener fachada de percalina gris y dar el pego al público haciendo creer que es de granito.

Porque hay dos maneras de *llegar* (no dicen crecer, no sienten la significación íntima de la palabra *evolución*), no saben desenvolverse, pues la realidad, dura, fría, inexorable, los arrolla; hay dos maneras de llegar, de llegar á tal parte, de colocarse en aquel plano ó en el de más arriba, con Fulano ó con Mengano, con una cátedra ó con una mitra; de llegar no á paso forzado, sino en los automóviles del municipio, la provincia ó la nación, misterio de nuestra santísima trinidad política, que hace el milagro de vivir sin ganar la vida y echarla á perder á veces.

La *carrera* de estos jóvenes es de ministerio á ministerio, de su guardilla á tal tertulia, del arroyo al café, de la cacharrería á la cátedra grande, de la biblioteca al salón de conferencias... Son zánganos que zumban en esta gran colmena burocrática, sin educar el sentimiento del paisaje, en la magnificente hermosura de una mañana de Abril en estas majestuosas llanuras, de un cielo á plena tarde, de un Guadarrama nevado, reverberando luz á meridiano sol.

La ciudad se los ha tragado. En su laminador brutal, espíritus dóciles y plasmables fueron pasando poco á poco, para

decorar después las grandes empresas de la ñoñería nacional, en la industria, la banca, la cátedra sagrada ó la novela de costumbres. Hacen el oficio del zinc embadurnado en las tiendas de comestibles.

Se cultiva la especialización; pero lo característico es la despreocupación por lo serio y la ocupación en lo trivial. Parece que el oficio de estos rumiantes de pacotilla es tragar los desperdicios mentales de exóticas culturas, ó fabricar harina con el grano merodeado en las sepulturas de las momias egipcias.

La letra de molde es el gran pedestal para estos *faiseurs*. Y como la inmortalidad de un día dicen que no cuesta más que cincuenta pesetas en *primera plana*, es muy fácil que jóvenes medianos resulten genios y corten el cupón de inmortalidad á los pocos meses de exhibición, si el barquichuelo que lo lleva no se hunde. De las dos maneras de llegar, la más fácil es explotar la fuerza animal de sus protectores, y además la ignorancia. Dicen que en tierra de ciegos el tuerto es rey; pero como los ciegos no pueden ver si el tuerto se duerme, podrá suceder muy bien que á su habitual ronquido se le dé una significación musical. ¡Quién sabe si los cerdos en su especie tienen también sobrecerdos nietzschianos con espíritu musical y mente soñadora para entretenerse en sus ocios!

*
* *

¿Y quiénes son los viejos? En una nación vieja, antes envejece el joven que el viejo se rejuvenece. Son viejos muchos jóvenes. Pocos viejos tienen un alma joven y un corazón no agriado por la experiencia y el desengaño. La ilusión es cosecha de flores de la primavera de la vida. Quien sabe recogerla y atesorarla en todas sus estaciones, tiene siempre juventud, y ese es el ideal de todo viejo. Que por él solamente puede soldarse su espíritu con el de las generaciones que formó. La solidaridad de dos generaciones no es obra de autoridad, sino de sentimiento.

Quien siente de veras la vida y recuerda en su vejez el espíritu expansivo de aquélla, es un viejo cuya mirada no tiene trayectorias ni hacia la cuna ni hacia el sepulcro. Hace arrancar de ambas una doble y mutua aspiración; las hace converger en sí y, luego de recogerlas, las eleva al ideal del vivir eterno, libre del fuego arrebatador de los veinte años y del hielo de los ochenta. En el mirar, ni el exceso de luz ni la eterna sombra. En el sentir, esa tibieza encantadora, esa efusión de las almas de horizonte inmenso, lleno de montañas y valles en feraz cultivo, en la vida alegre y laboriosa.

Como las edades del espíritu no coinciden con las del cuerpo, aunque debieran coincidir, ó por lo menos corresponderse, en pueblos donde la individualidad es poco fértil y además no se la cultiva, la memoria es el albergue de los muertos que rigen á los vivos.

El poder de dirección está en razón inversa de la distancia á la cuna, y en razón directa de la distancia al sepulcro. Si juventud es plenitud de vida en crecimiento, vejez es plenitud de autoridad en dominio.

En nuestro *senado* social y en el *político* las capacidades no siempre coinciden con las posiciones. Los derechos adquiridos, las fórmulas y los precedentes son las máquinas movidas por el *Senior* español. En el expediente y en los buenos peones de la burocracia se encuentra todo lo demás que se precisa. Después, por sustitución y ley del menor esfuerzo, el peón se hace capataz, maestro de obras, ayudante, ingeniero y, si los años ayudan, *empresario*.

Según los cálculos del Instituto Geográfico, el coeficiente demográfico de la vejez española (Reseña geográfica y estadística de 1888) es de 7,98 por 100, ó sea el 8 en números redondos. Quiero suponer que después de veinte años este coeficiente no haya variado; por consiguiente, para una población de veinte millones de habitantes habrán de existir poco más de millón y medio de viejos por la edad del cuerpo. ¿Cuál es la proporción de la del alma? Aquí se me ocurre pensar en las

relaciones que en nuestro país existen entre el *progreso* y la *rutina*, el *experimento* y la *experiencia*, el *valor* y el *miedo*, como factores psíquicos ó poderes del alma española en su edad activa y pasiva. Si hay más rutina que progreso, si damos más fe á la experiencia de otro que á la propia experimentación, si es mayor el miedo que el valor, podemos asegurar que el reino de los sesentones y ochentones se parece á una Monarquía absoluta. Como en ellos representaciones é ideas fijas, las aprendidas en su juventud, que són las de los muertos de hoy, son las más claras, las que poseen mayor fuerza de transmisión para generar un movimiento, de ahí que sea preciso reducir á muy pocos el millón y medio de que antes hablamos, y que las raíces de la individualidad espiritual actual, hayan de buscarse en un Don Juan, el Cid, Pelayo, Don Rodrigo, Isabel la Católica, etc., para los eruditos; Cánovas para los políticos autoritarios, Sagasta para los enredadores, Prim para los intrépidos, Narváez para los dictatoriales, Diego Corrientes para los ladrones aventureros.

Así como cada joven tiene en el viejo el resorte que le mueve, el viejo guarda en su memoria el muerto que le guía. Por eso no es paradoja aquello de que vivan más los muertos que los vivos en nuestro país.

Los viejos de sesenta, sesenta y cinco, setenta y setenta y cinco años de hoy tenían treinta en el 77, 72, 67 y 62, épocas todas de efervescencia mental y política, en la cual, por carecer de solidaridad con los de su generación, por tener subordinación á los viejos y no unión con los jóvenes de su edad, no lograron, no supieron, no quisieron cultivar la planta que la *élite* que los había dirigido arrojó al suelo español. Adoptaron la postura de la oración, pero con el espíritu durmiente. Envejecieron á los treinta años, á esa edad en que el hombre empieza á revelarse tal cual es. Fueron los cosecheros del espíritu revolucionario y democrático, en vez de ser sus laboriosos *pioneers*. La riqueza mental y moral que heredaron, adquirida á fuerza de sangre y de valor, no supieron conservarla ni fo-

mentarla. Como los mozos hijos de una generación de industriales, sintieron atavismos hacia el salvajismo vagabundo, que gasta en luchas orgiásticas su vida y su dinero. Guardaron las libertades pronunciadas en letras de molde, en un código hecho á patrón pedido, en vez de cultivarlas é injertarlas en nuestra personalidad, en vez de escribirlas en nuestros hábitos con la mano pragmática de una voluntad perseverante. Se creyeron libres y liberales por decreto. La libertad, en vez de brotar de adentro, se nos impuso desde afuera. Fué hija del ojo y del oído, y no del corazón. Fué el esquemático fantasma de un ideal, no el poderoso calor de una vida. Ahora, cuando el agua les llega al cuello á causa de su inacción, carecen de la sinceridad del arrepentimiento, y movidos por sus *manes*, aspiran á resucitar á los muertos y á enterrar á los vivos. Sí, á los vivos, los que más jovenes se creen. Suena su clarín de guerra con ímpetu de pulmón deshecho; pero sus vibrantes notas de desmayo ni galvanizan los cadáveres, ni llevan al sueño cataléptico á los que se sienten fuertes porque se nutrieron con la propia ración y con la ajena.

No tiene derecho á pedir libertad el que la hipotecó por pereza ó por codicia, ó el que en insensatas juergas la ha gastado. Libres son los que se libertan por sí y para sí, no los que, esclavos de otros, predican lo que no sienten, y quieren dar lo que no tienen. La libertad no es un dón, es un derecho; y no se aviva por calarse con más ó menos energía el morrión histórico; que el siglo de los *cándidos* es padre del de los *vivos*, y la galería es por lo menos bilingüe y, además de bilingüe, pensadora.

Esto explicará ahora el que todos digamos y lamentemos que no hay hombres, que están en crisis los espíritus viriles. Es que en los talentos hembras se practica la ovariotomía, y en los talentos machos la castración. Así la raza y la comunidad se hace estéril para engendrar y criar caracteres, únicos que, sin saberlo y sin quererlo muchas veces, son siempre libros abiertos, en cuyo pragmatismo saben leer todas las al-

mas. Una generación es producto de otra, y si la juventud ha envejecido prematuramente, eso será razón de por qué no pueden formarse los hombres, ni rejuvenecerse los viejos.

Así como los jóvenes en su veloz carrera, hecha con motor ajeno, sólo aspiran á llegar, los viejos tienen por ideal ó norma de vida el permanecer, vivir en perpetuo yacentismo, impedir toda avalancha externa, defender trincheras que no abrieron con soldados que no pagan, pero que contentos luchan porque saben que de defensores pasarán á defendidos, y reclutarán á cualquier precio soldados entre los que hoy atacan con denuedo. Se gasta, pues, doble energía, y no en colaboración, sino en resistencia y en ataque. Entre los viejos y los jóvenes son los únicos que podrían hacer los hombres; pero para ello se necesita fe en unos y caridad en otros; fe que, como veremos, es muerta, y caridad que á fuerza de egoísmo está desvirtuada.

***

Zahondando en nuestra mentalidad, descubrimos en ella que la idea de la fe es un *pleito homenaje*, un *rationabile obsequium*, como dicen los teólogos, de la razón, *señora*, al orden sobrenatural, reinante é imperante. Este concepto tradicional de la fe es fruto de un régimen de feudalismo mental, en el cual el señorío de la razón no ha sido pleno. El espíritu de libre examen, al dar autonomía á la razón humana, al proclamar su emancipación, transformó la idea y sentimiento de la fe, de centrífugos y radiantes, en centrípetos y convergentes. La fe pierde su carácter representativo, deja de ser intelectualista y se hace emotiva y activa.

La fe no es creencia, sino creación, facultad, poder de acción. Poco á poco, el concepto dinámico de la fe va penetrando en el caudal de nuestro pensar contemporáneo. Y hay maestros, como Unamuno, que afirma ser la fe, no creer lo que no vimos, sino crear lo que no vemos. Si los metafísicos llegaron á convertir la fe en un problema de conocimiento, el pensador hace de ella una especie de instinto ciego creador. Ambos con-

ceptos, á mi ver, son deficientes. La fe, ni es creencia sólo, ni creación tan sólo. El concepto orgánico de la fe ha de abarcar en un estado mental complejo, factores de representación, de emoción y de acción. Tener fe, fe humana, no teologal, fe psíquica, ni es creer lo que no vimos, ni crear lo que no vemos, sino *ver lo que crearemos*. La fe es creencia y confianza. Es *autognosis* y *autopistis*, conocimiento y confianza en sí mismos; es basamento de *poiesis*. No es seguridad plena, sino resultado de la experiencia personal, del conocimiento del propio carácter. Hay en el hombre un ideal personal, que es su trayectoria en la vida; y una cadena de actos personales, que se ajustan ó no á él. El éxito habitual en la acción es elemento de fe, de creencia y confianza para un nuevo propósito. La fe es hija de la acción, y madre también de ella. El sentimiento la acusa, pero no la crea. La inteligencia la revela en cada experiencia personal, sin aumentarla ni disminuirla. El verdadero creyente no es contemplativo solamente, sino activo (*fanatismo*) ó reactivo (intolerancia). Ya lo dicen los sagrados libros: *la fe sin obras es muerta;* y el Kempis exclama hermosamente: *más quiero sentir la fe que saber la definición de ella.* Viene á ser la fe el rédito que el carácter cobra á su capital de acción acumulado, rédito que es capital para nueva acción. La verdadera fe humana, flor de plenitud personal, nimbo del carácter, se acusa sobre todo en el hombre; empieza á revelarse en el joven, se corrobora ó se anula en el viejo. Cuando el *yo perceptual* y el *yo vital* se han completado, la creencia del joven es eco de su energía potencial y producto de su energía actual, es resonancia psíquica del propio poder personal, es la visión clara y distinta de una acción futura en un presente propio.

La fe tiene, además, un aspecto introspectivo. En el seno de la conciencia, fe y valor personal se hermanan. Creer en sí mismo es ver en su sér un proceso constante de reacción, es verle perenne á través del tiempo, sentir su eternidad, es mirarle en plenitud desbordando el espacio infinito.

Tal manera de verse y representarse el hombre engendrará, sí, el *egoísmo de creación*; pero es preferible esto, aun siendo un caso de auto-sugestión, al *miedo al aniquilamiento*. Esta forma de fe es hija de autarquia espiritual, producto de la espontaneidad de la vida, de su expansión en el mundo y en la sociedad.

Fe y sinceridad se hermanan; y solamente puede disimularlas la hipocresía. Quien cree de veras, de veras y sin trabajo confiesa su creencia. Ser sincero es decir lo que se siente y sentir lo que se dice. Es pensar en alta voz, convirtiendo los labios en dócil instrumento del corazón. De la cordialidad, por lo tanto, arranca la fe hacia el ideal, la sinceridad hacia la vida. Fe y sinceridad son la ornamentación más hermosa de nuestro sér, la espléndida y transparente vestidura con que éste se engalana. Los que sienten y piensan vivamente su sér, vivamente lo creen, con viveza y sinceridad lo confiesan.

Del hondo conocimiento arranca la verdadera fe, la fe más viva, fe que es más íntima, más tenaz, más poderosa que la convicción. Este es un descanso del hombre, que consigo mismo lucha á solas, un vencimiento de sí mismo. La fe, como luz serena é inmóvil, penetrando en las últimas profundidades del espíritu, escudriña el cauce por donde fluye la propia vida, y descubre la estructura de las rocosidades del carácter, basado en ciego instinto.

La fe del ignorante es simple, no sencilla. Tiene una simplicidad brutal y egoísta. Significa un renunciamiento del propio sér, confesión de inutilidad, falta de valimiento para lograr la ayuda de un alma conmiserada. El ignorante creyente quema incienso sin percibir sus perfumes.

La ignorancia, la desconfianza y la mentira, contrapuestas á la verdad, á la sinceridad y á la fe, en vez de presentar en la vida el sér como es, lo muestran pareciendo lo que no es. El que hoy quiere parecer lo que no es, no tiene fe para ser mañana lo que hoy quiere parecer.

Nuestros jóvenes, que prefieren al ser el parecer, carecen

de valor, no pueden esforzarse en ser lo que parecen. Quien no tenga voluntad de vivir, íntima y personal voluntad de vivir, jamás creerá en sus obras. La obra propia es el milagro de nuestra propia creación, es la corroboración tangible de los ideales que creemos y queremos.

Acusan poca persona, mejor dicho, la anulan, los que no creen en sí mismos. Tan funesta es para la eficacia de la acción la *megalopsiquia* como la *micropsiquia*. Hay que ver el espíritu con su propio tamaño. La verdad y la fe así lo exigen. Por eso el miedo suele ser la enfermedad crónica, incurable, de los hombres que se ignoran, por no haber pretendido nunca conocerse.

Y miedo es la enfermedad de esta juventud española: miedo físico, miedo moral, miedo inquisitivo. El miedo que llega á ahogar el propio instinto de defensa y conservación los mantiene en mísera servidumbre. Prefieren postular como mendigos á ganarse el pan como obreros. El joven español, el de hoy, es comensal unas veces y parásito otras del hombre en su edad viril y del viejo.

Por ser medrosa esta juventud, por no atreverse á nada, tiene contextura espiritual conservadora, á pesar de todos los radicalismos teóricos con que juega. Hay más verdad en una pedrea infantil ó en una zambra de fiesta rural que en las cátedras de *Retórica* de la Academia de Jurisprudencia y del Ateneo, donde el que se siente madera de diputado se dispone á la labra y ensamble en el maderamen político, expuesto á desvanecerse al primer ensayo de incendio. Toda revolución histórica se hizo siempre por jóvenes, pero no siempre para jóvenes. Las revoluciones espirituales, únicas que prevalecen, exigen ante todo hombres de verdadera fe, mártires, si es preciso.

Cuanto más clara es la visión del estado de postración de España y más vivo el presentimiento de su rehabilitación, más obligados estamos á trabajar por ella y para ella.

Los ocios de la vida ciudadana, que descansa firmemente en

una nómina mensual ó en un cupón trimestral, tienen también sus congojas y sus motivos de duda. Como todo está concatenado, podrá suceder que la nómina fluctúe con una recaudación dificultosa, á causa del hambre de los campos y de los centros obreros urbanos.

Por lo tanto, nuestros jóvenes *sensatos* deben compartir sus simpatías, sin vincularlas á título de feudo en la clase de los pudientes y mangoneadores. El que nativamente no es rico de espíritu y empieza por confesar su cobardía para lograr aumentarle, quiera ó no, está clasificado en la categoría de los pobres. Y pobre con pobre y rico con rico, mayor solidaridad lograrán para vivir en fraternidad pacífica ó luchar con enemistad perdurable.

La adulación á la aristocracia y el desprecio al proletariado, nota característica, fundamental y última de nuestros jóvenes, ¿será signo de fe sincera ó de estudiada hipocresía?

¡Cuánto distan nuestros jóvenes del verdadero culto á la vejez, culto basado en respeto, veneración y afectos nobles, culto á la autoridad de unas canas, al valor moral de unos labios por donde brota tradición viva, que es semilla de progreso! El valor moral de la vejez se desconoce en absoluto por aquellos á quienes los de la vanguardia les estorban, y elevan preces y jaculatorias á la muerte para que despiadadamente se los trague. Y así, la muerte que vivifica á los muertos es el fetiche de los vivos. ¡Pérfido canibalismo de estos archicivilizados ó pseudocivilizados, que no se atreven á asesinar (moral y socialmente sólo) á quienes les estorban, é imploran un mediador para que de veras les quite la vida! Y si la muerte social es disculpable en la guerra de selección para afirmar la vida, el homicidio intencional, suplicado por cobardes, es, en rigor, punible en alto grado.

*
* *

El viejo no es caritativo para con el joven, y por no serlo, no sabe inspirarle verdadera fe. La caridad de los viejos no es

amor de humanidad, simpatía ética, basada en igualdad de naturaleza y en desigualdad de condición. No es lazo fraternal, calor de un mismo hogar, íntimo, cordial; no es eso. Es gracia teologal, compasión ó misericordia convencional para con los caídos é inferiores. La caridad de estas almas no es fuego que enciende, sino manto aparatoso que vela. Castas de espíritu aristocrático y jerárquico, que otorgan en sociedades paternales y heriles sus favores con mano de fariseo, son estas generaciones de viejos, dispensadores de gracia á expensas de la justicia. No aman ni aborrecen. Tal vez por eso no educan. Si fueran verdaderamente caritativos, serían también tolerantes; el próximo no sería un esclavo; la merced no se convertiría en préstamo usurario al joven, y el *comitatus* de estos *seniores*, en vez de estar formado por una legión de imbéciles, sería el aula regia de una aristocracia mental y política, *aula* y no *corte*, donde se diesen mutua cátedra de buena voluntad y de saber. Los que tienen hambre de gloria y se sacian con alcohol de adulación forzada, ¡qué pequeños son en espíritu! Engañarse á sí mismo es cosa fácil; pero permitir que otro lo haga, sabiendo ambos que el adulador miente por salario, es ridículo.

Este régimen del favor y de la gracia, este dios de la recomendación, al cual todos los españoles quemamos incienso á diario y con derroche, es el que trae á mal traer á España. Es en substancia la recomendación, una exhibición de fuerza personal. La vida se nos presenta como escenario, donde se tornea por puro efectismo. Hay también en esto álgo de brutal: el éxito de una recomendación ensancha la perspectiva social del que la otorga eficazmente. Quien la implora, lo hace por profesión ó por ambición, ó bien considerándola como un mal necesario, lo hace para neutralizar la recomendación misma. Pendientes todos de la recomendación, en ella confiamos con ceguera. Esa es la fe de los que usan y abusan de ella. *Hacer carrera* es subir en ascensor ó marchar en hombros. Tener amigos es lograr de ellos todo lo que se les pide, y servirles

en todo lo que nos exijan como superiores. Ni el de arriba ni el de abajo se paran á analizar él fondo ético de la petición ó del favor.

Pero la caridad al uso no suele traspasar el parentesco. La palabra *prójimo* interprétanla en el sentido de *próximo*, es decir, de menos distante que otro, ignorando que la verdadera caridad tiene en su esfera un centro cordial que á todos los hombres por igual se irradia, y es centro de atracción sobre el cual todas las necesidades de todos los hombres gravitan. Nepotismo y humanismo en la caridad de los viejos se excluyen por hacerse incompatibles. Somos codiciosos hasta en el amor que dispensamos, y lo somos por tener poco amor que dispensar.

La caridad suele revelarse también en forma de protección. En la economía moral española, el proteccionismo ahoga el librecambio. Protector y protegido tienen la misma relación ética que la jurídica de *siervo á señor* en el régimen feudal. El protector defiende, ampara, ayuda, sostiene, eleva, favorece. El protegido admira, obedece, alaba, engrandece y se humilla ante el viejo y armado caballero de la ética española. Tiene la *capitis diminutio* de la autoridad. Es unidad básica de jerarquía. No tiene fe en sí mismo, porque el yo se ha hipotecado preventivamente á otro. El protector favorece al suyo y al suyo solamente, ó al que quiere someter á vasallaje, porque al ser suyo es él mismo, persona de su propiedad. Esta caridad feudal es íntima y substancialmente egoísta.

Y ahora pensemos en la leyenda de la hidalguía, que en la vida real y concreta del espíritu de nuestra comunidad es una mentira más, y por lo tanto ración de imaginaciones febriles ó de bobos templados.

***

Rota la unión de dos generaciones que en su vida mental y moral procuran mutuamente engañarse y explotarse adulando unos y protegiendo con favor convencional otros, ¿dónde está

la esperanza? Hay esperanza cuando hay un ideal lejano, cuando se camina vertiginosa ó cautelosamente por las anchas carreteras ó por los tortuosos caminos de la vida. Pueblo que no se mueve ni cree necesario el movimiento, ¿para qué la quiere? Sólo esperan de veras los que de veras creen. Sólo inspiran fe y esperanza los que verdaderamente aman. El espíritu dogmático, brutalmente practicista, sanchuno, de gente gorda y satisfecha, suele escaparse por la boca como humo de cigarro en caprichosas espirales al viento, que lo desvanece en aburrimiento y en tristeza. Sólo hay un presente fatalista para estas gentes sin ideal, un presente que se caza á salto de mata con liga ó con red, un presente que se defiende á puñetazos, porque es pequeño para todos. Es porque no se elabora por todos. Por tal razón se nos estrecha en vez de ensanchársenos cada día. Se espera la lotería, pero con la desconfianza de que toque. Espéranla también los que nunca han jugado, los que no han sabido ó no han podido convertir las energías que derrocha el juego en fuerzas que aprovecha el trabajo.

¡Fe, caridad y esperanza! Virtudes teologales que preternaturalizaron nuestro humanismo histórico, de cuyos restos vivimos. *In ipse movemur*, *in ipse sumus*. Es nuestro dios; un dios muerto ó moribundo, un dios que languidece cuando más lejano queda.

¡Fe, caridad y esperanza! Muertas hoy en todas las almas españolas, muertas tal vez sin que se haga posible una resurrección colectiva.

No queremos aprender que el *esperar moderno* es una marcha sin cansera hacia el ideal, una marcha perseverante, tenaz, escrutadora, *progresiva*. El ideal contemplativo es el resultado de la postrera acción ó un medio no más para proseguir todas aquellas que á la postrera conducen. *A Dios rogando y con el mazo dando* rezaba el viejo refrán castellano. Y es verdad: á mayor fe personal ó extrapersonal exaltada, correspondió en nuestro pueblo una mayor acción, más honda, más intensa y más fecunda. El creer y el esperar dió plenitud á su

vida y la derramó por el mundo. Hoy que la fe es confianza en el esfuerzo, y la esperanza fe en el valor del trabajo personal, y la caridad amor á la dura ley del trabajo, que no es castigo expiatorio, sino fuente de salud y de riqueza, hoy esta virtud, más psico-fisiológica que teologal, huye de las almas y de los cuerpos españoles, castigados con los tres pecados capitales que determinan su miseria ética, jurídica y económica; es á saber: *la pereza, la sobriedad y el miedo.*

ELOY LUIS ANDRÉ

RECUERDOS

Estoy recordando la época de mi vida en que más adelantos hice en mi carrera, en mi carrera social, pudiera decir: démosle este nombre; en que empecé á obtener triunfos ruidosos, en que justa ó injustamente, no me toca á mí resolverlo, empecé á tener admiradores, y en que, sin embargo, pasé menos días tranquilos y agradables.

Porque mi vida por aquellos tiempos andaba agitadísima entre la política y la Administración; dos cosas que me han molestado en gran manera y de las que hubiera huído si mi voluntad hubiese sido libre y soberana.

Nada más contrario á mis gustos, á mis inclinaciones, á mi manera de ser y de sentir.

¡La Administración! ¡Qué cosa tan necesaria para la vida de un pueblo!

Más que útil, necesaria digo; por eso los que quieren maltratar á España dicen con tono severo: «En España no hay Administración». Yo creo que se equivocan ó que, por lo menos, exageran; pero de cualquier modo que sea, yo reconozco que no se puede vivir en un país sin una Administración por lo menos regular.

Pero es el caso que á mí me molesta lo que no es decible, y me molestaba en aquella época tanto por lo menos como me ha molestado después.

Estar todo el día estudiando expedientes, consultando leyes y reglamentos, firmando minutas y órdenes; oyendo al que

viene á recomendar un expediente, al que viene á quejarse de una resolución, al que pide, al que reclama y nunca al que da; pensar que en un asunto palpita una ilegalidad ó que en otro asunto se atropella á un particular; querer poner en claro una cuestión y verse rodeado de leyes, reglamentos, disposiciones que cada cual tira por su lado, que muchas son obscuras y otras son contradictorias, y esto una hora y otra hora, y un día y otro día, y siempre lo mismo.

Al poner una firma, pensar: «¿habré acertado? ¿será esto lo justo? ¿me habrán traído bien estudiado el expediente? ¿lo habré estudiado yo por completo?»

Todo esto, para el que tiene conciencia, es un tormento intolerable.

Sobre todo, cosas en que no palpita nada grande. Menudencias, pequeñeces que interesan á unos cuantos particulares ó á unos cuantos millones que aportan los contribuyentes, pero que en nada influyen sobre la marcha general del cosmos.

Esta vida administrativa, para cierta clase de personas de otras inclinaciones y gustos, es como papel secante del espíritu: se lleva todo el jugo en forma de borrones, y perdóneseme la imagen modernista: pero es que todos concluiremos por ser estrambóticos, si no es que ya empezamos á serlo.

Hasta aquí lo tocante á Administración en su parte más noble, por decirlo así, y más severa, y más útil para el país.

Y nada digo de la cuestión de empleados, porque á ella consagré varios artículos.

Cuentan que el eminente literato D. Ventura de la Vega llamó un día á sus hijos; con ellos se fué á la habitación más retirada de la casa, con ellos se encerró haciendo grandes misterios, y en voz baja y conmovida así les habló:

—Hijos míos, voy á haceros una revelación, una confidencia terrible; pero que nadie lo sepa: no reveléis mi secreto, porque quedaría deshonrado.

Los chicos se echaron á temblar, y él continuó:

—Hijos míos, me revienta el Dante.

Así lo he oído referir; valga por lo que valiere, la revelación tiene gracia.

Pues yo llamaría también á todos mis lectores, y con el mayor secreto les revelaría también que la Administración pública me revienta lo que no es decible.

***

Y por algo á propósito de la Administración pública me he acordado del gran literato, á quien no tuve el gusto de tratar personalmente, pero de quien siempre fuí y sigo siendo gran admirador.

Su nombre se atraviesa en mi memoria al hablar de la Administración pública y de sus maléficas influencias para todo espíritu artístico, porque en efecto, D. Ventura de la Vega, según he oído referir á sus íntimos, y sean ellos los responsables de lo que voy á contar, si lo que voy á contar no fuera cierto, D. Ventura de la Vega, repito, el inolvidable autor de *El hombre de mundo*, de *La muerte de César*, de *Don Fernando el de Antequera*, de *Jugar con fuego* y de tantas otras joyas literarias, debía en esto de la Administración pública *acompañarme en el sentimiento*.

Porque del tiempo en que fué empleado corrían por entonces ocurrencias muy graciosas.

Dicen que tenía en su negociado un expediente formidable, por el estilo del que yo describía en uno de mis anteriores artículos, y que lo había encerrado en un armario especial con un cartelón que llevaba esta especie de sentencia: «A este expediente que le meta otro el diente».

Y en otro armario contiguo había hecho una doble división.

En la primera había acumulado cierto número de expedientes con este letrero:

Expedientes que resolverá el tiempo.

Y en la segunda división otros tantos con esta á manera de divisa:

Expedientes que no resolveré yo.

Todo esto contribuía á simplificar notablemente su negociado; pero como, á pesar de todo, los asuntos se acumulaban, de cuando en cuando acudía á otro procedimiento: se iba á ver al director ó al ministro y le persuadía, con su palabra y con su talento, de que los negociados estaban mal repartidos; que no obedecían á ningún principio administrativo, ni de orden, ni de utilidad práctica, y le proponía al jefe una nueva organización.

Claro es que un hombre de su entendimiento y de su saber, aun en materia administrativa, no proponía disparates, sino cosas racionales y hasta convenientes para la marcha de los asuntos.

El ministro aprobaba su plan, se establecía un nuevo régimen de negociados, y el resultado práctico era que el suyo se quedaba limpio de expedientes.

Bien comprendo que todo esto que se contaba no será exacto al pie de la letra, porque D. Ventura de la Vega, con su gran inteligencia, con su inteligencia clarísima, era tan buen empleado como el mejor, siquiera mostrase su ingenio en forma de chistes y bromas, que luego se condensaban y circulaban por el mundo con ese relieve que la leyenda suele dar á lo que ha sucedido y á lo que no ha sucedido, pero pudo suceder.

Y de todas maneras, no ha de creerse que el literato, el poeta, el crítico, el hombre de ciencia, por ser alguna de estas cosas ya no sirve para la Administración ó para la política.

Decía el gran poeta Campoamor á uno que declamaba contra todo el que sabía hacer versos, que el que sabía hacerlos se diferenciaba del que era incapaz de versificar en que el segundo sólo era apto para ciertas cosas, y el primero sabría hacer todo lo que hacía el segundo, y además buenos versos.

¡Y quién duda que la afirmación de Campoamor es evidente!

Newton descubrió la atracción universal y fué director de la Casa de la Moneda en Londres, es decir, empleado de la Administración pública.

Laplace supo escribir la mecánica celeste y supo ser marqués, que no es precisamente ser agente de la Administración, pero que es cosa bien distinta de la de los cálculos celestes.

Chasles fué uno de los primeros geómetras del siglo pasado, y fué comerciante. Ayala era gran poeta y gran dramaturgo, y murió siendo presidente del Congreso de Diputados. Campoamor, el mismo Campoamor, una de las figuras más importantes del pasado siglo, se dedicaba á la Agricultura, en la cual era peritísimo.

Pero ¿á qué acumular ejemplos? Un hombre puede á la vez trabajar para ganarse la vida, aun en cosas que no le agradan, y que es el verdadero trabajo, y dedicarse á otras que satisfagan su inteligencia ó su ingenio; y éstos, más que trabajos, son placeres.

Y de tal modo me he perdido en esta digresión, que ya no sé por dónde iba mi pensamiento, ni por dónde le arrastraban mis recuerdos.

Me parece que abominaba de la Administración y que abominaba de la política.

***

Pero, debo confesarlo, aún más de la Administración que de la política.

Porque la política, con todas sus impurezas, con todas sus amarguras, encierra algo grande en sí. Contiene miserias é indignidades, pero en ella brotan las ideas del porvenir entre luchas, entre conflictos, entre verdaderos dramas sociales; y sobre todo en aquella época, que era época crítica para la Historia de España, y que, dígase lo que se quiera, ha sido grandemente fecunda para el porvenir.

Al principio, la entrada en el Congreso me mareaba. Como yo no había figurado en la política activa, no conocía á ninguno ó á casi ninguno de los diputados de las Constituyentes, y aunque conociese á alguno de nombre, no era capaz de conocer sus personas, con lo cual mi situación era muy difícil. Por-

que es el caso que todos me conocían á mí; es decir, sabían que era el director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, y sobre mí caían con recomendaciones y preguntas apenas daba unos pasos dentro del Congreso.

Únase á esto mi falta de memoria para los nombres, y se comprenderá que debí pasar grandes apuros en aquellos días.

Sin embargo, yo era todavía joven, no me faltaban energías, y ¿por qué no decirlo? tampoco era manco de la mano izquierda; de suerte que no salí mal en aquella prueba, y á los pocos meses tenía muchísimos amigos en todos los lados de la Cámara.

Estos primeros tiempos de las Constituyentes no los recuerdo bien; mis recuerdos están envueltos por una niebla. El pasillo, lleno de diputados; el salón de conferencias, un hervidero; el salón de sesiones, á veces un volcán. Únase á esto mis trabajos en la Dirección, y se comprenderá que mi vida era por entonces un sueño, á veces una pesadilla: todo lo más opuesto á mis aficiones, á mis gustos, al ideal que yo me había forjado para la vida.

Yo no aspiraba á ser rico; con muy poco tenía bastante: una posición modesta, pero segura é independiente; muchos libros de Matemáticas para estudiar en ellos, libros de Literatura, y sobre todo, novelas para las horas de descanso; tener muy pocos amigos, y que nadie me conociese ni me molestase, y mirar al mundo exterior y á la vida social como se mira una perspectiva ó se escucha un drama más ó menos interesante.

Yo hubiera querido ser espectador, siempre espectador; actor, nunca; y jamás lo he conseguido.

Así es que, á pesar de que yo iba adelantando en mi carrera, en lo que antes llamaba mi carrera social, yo no estaba contento. Seguía porque era preciso, porque era un deber para con mi familia y para con mis ideas; pero en forma de sacrificio interno.

¡Ser director de Fomento, ser diputado de las Constituyentes, tener probabilidades de ser ministro!, todo esto no está

mal; pero yo era mucho más feliz siendo alumno de la Escuela de Caminos; retirándome á mi casa á las cuatro, al salir de la Escuela; leyendo un libro de Matemáticas junto al balcón; estudiando mis lecciones por la noche, y leyendo una novela para dormir. Mucho más feliz que entrando en el Congreso con cierta importancia, oyendo peticiones, dando esperanzas ó quitándolas, hablando de política con unos y con otros, presenciando alguna discusión ó tomando parte en ella, y por la noche yéndome á despachar al Ministerio.

Todo esto halaga la vanidad; pero la vanidad es una soberana sandez: son los globos hinchados con que juegan los chicos, que de entre las manos se les escapan y se van por el aire.

Y no es que piense hoy esto: hoy no tendría nada de particular, porque soy viejo; es que lo he pensado siempre, aunque á veces he tenido que disimularlo.

***

Decía que de estos primeros meses de las Constituyentes no conservo recuerdos vivos, de contornos marcados y en orden todos ellos. Son nubes confusas, revueltas, que pasan y se deshacen.

A veces en la confusión se destaca algo, y no lo más importante, sino quizá un pormenor sin importancia.

Me veo, por ejemplo, en el salón de sesiones, y veo entre los bancos republicanos un diputado alto, flaco, de voz áspera, que grita, que insulta y que tiene en la mano un enorme sombrero de copa estropeadísimo.

Y acaba su peroración, y con gesto de supremo desprecio sale, encasquetándose con mal gesto el sombrero aun antes de salir de entre los bancos y de bajar la escalerilla.

Y oigo un grito de indignación de toda la Cámara, considerando el acto del diputado como acto de intolerable descortesía.

Y el diputado se quita el sombrero, y llevándolo muy en alto, á manera de protesta y de burla, abandona el salón.

Era Paul y Angulo.

¡Cuántas cosas más importantes habré oído y habré visto en aquellos tiempos de las Cortes!

Pues todo está borroso, y, en cambio, el desquiciado y enorme sombrero de Paul y Angulo lo veo flotar en el aire y salir por la puerta que está á la izquierda de la presidencia.

Otro recuerdo, también insignificante, y que también se refiere á Paul y Angulo.

Increpaba al Gobierno por no sé qué suceso, que él aseguraba haber sido sangriento, allá en Jerez, y gritaba que hubo matanza y que hubo un niño muerto, lo cual resultó completamente falso; y en el momento en que se comprobó la falsedad del hecho, oigo una voz de un diputado diciendo:

—Ya lo ve S. S., ¡qué matanza ni qué niño muerto!

Todas estas pequeñeces las recuerdo con claridad perfecta, con energía de sensación, como en un cuadro de colores vivos y de robusto marco. En las celdillas cerebrales se me quedaron grabadas.

Y aquí recuerdo una frase de Martos, que se sentaba junto á mí ó, mejor dicho, que estaba á mi lado; frase que referida, por decirlo así, en seco, sin atmósfera propia y sin precedentes, tendrá poca gracia; pero que á todos los que rodeábamos en aquel momento al eminente orador nos arrancó una estrepitosa carcajada, y se estuvo repitiendo en el grupo cimbrio muchísimo tiempo.

Entre los diputados progresistas había uno, que era excelente persona, de antigüedad y respeto en el partido, y que se distinguía por su carácter bondadoso.

Bajo de cuerpo, de edad madura, fisonomía dulce y ojos más dulces todavía, que jamás miraban con enojo ni á los amigos ni á los adversarios.

Era hombre que hablaba poco y que asentía mucho. No recuerdo ningún discurso suyo, exceptuando alguna pregunta inofensiva al ministro.

Por lo demás, tenía buen criterio y juicio claro y despejado.

Pero no hay hombre que no tenga sus defectos, y el de la simpática persona á quien me refiero era la excesiva bondad.

Asistía puntualmente á la Cámara; oía á conciencia todos los discursos, pero jamás se irritaba con los discursos de los adversarios, por violentos que fuesen contra los hombres de la revolución, como entonces se decía.

Martos, que le apreciaba mucho, pero que no podía por menos de ver el lado cómico de las cosas y de los hombres, le había puesto un mote singular. Le llamaba el *Conejito de yeso*.

He aquí la explicación: hace muchos años, en mi juventud, recorrían ciudades, pueblos y aldeas unos vendedores ambulantes, casi siempre italianos, que llevaban una tabla horizontal sobre la cabeza, y en la tabla multitud de muñecos de yeso: perros, gatos, *Madonnas*, cantantes, figurines ridículos de hombres y mujeres y, entre ellos, conejitos de yeso, que eran los predilectos de los chicos.

Porque el conejito de yeso no era de una pieza sino hasta el cuello, que se abría en forma de tubo, y en este tubo entraba la cabeza, que estaba suspendida por un alambre, formando resorte, pero dejando libertad de movimientos.

A estos vendedores les llamaban los muchachos, al menos los de mi tiempo, *santi*, *boniti*, *barati*.

Y es el caso que, al ir caminando el vendedor de los muñecos de yeso, la cabeza del conejo tomaba un movimiento oscilatorio de arriba á abajo; parecía que iba diciendo: sí, sí, estoy conforme, me parece bien; y niños y mujeres y aun hombres rodeaban al italiano, rogándole que moviese la tabla, para que los conejitos de yeso moviesen la cabeza.

Y veamos cómo se justifica el mote que Martos le había puesto al buen progresista, de carácter bondadoso.

En su banco estaba, como queda dicho, oyendo atentamente todos los discursos y asintiendo á todo lo que se decía, como

si todo le pareciese muy bien, aunque en el fondo no estuviera conforme con el orador; era un asentimiento de bondad de carácter y de cortesía parlamentaria.

Y como daba la casualidad, que el buen señor tenía el cuello muy flaco, y que los cuellos de las camisolas que usaba eran muy anchos, con toda holgura oscilaba su cabeza de arriba á abajo, en perpetuas señales de asentimiento, ni más ni menos que el conejito de yeso de los italianos que vendían *santi, boniti, barati.*

Cuando Martos le veía ya no le quitaba la vista, y de cuando en cuando murmuraba por lo bajo: «¡Pero, hombre! ¿Cómo está usted conforme con lo que dice ese orador, si nos está poniendo como trapos?»

Pero un día, en no sé qué sesión, tales enormidades dijo un orador republicano contra los progresistas, que ya el noble progresista no pudo más: interrumpió por vez primera el ritmo de su cabeza oscilante, y en vez de moverla de arriba á abajo, la movió dos ó tres veces de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, en señal inequívoca de enérgica negación.

Y Martos, dando un salto, y con olímpica seriedad, nos dijo á los que le rodeábamos: «Miren ustedes, miren ustedes: al *Conejito de yeso* se le ha roto el resorte; hay que avisar á Olózaga para que se lo componga».

*
* *

¿Por qué recuerdo yo con tan perfecta claridad todas estas pequeñeces, no sólo insignificantes, sino hasta ridículas, y se han borrado, en cambio, de mi memoria tantas sesiones solemnes, dramáticas, de interés supremo?

Entendámonos. No todas se han borrado del cinematógrafo de mi memoria.

Algunas quedan, que ya iré describiendo; pero de otras, ó pedazos sueltos ó nieblas vagas y sin contornos.

Sí; yo veo á Castelar en su sublime rectificación á Manterola: yo oigo sus acentos maravillosos.

Yo veo á Figueras, también en la cuestión religiosa, levantando los brazos, y con voz poderosísima exclamando:

«Yo creo en Dios Todopoderoso», recordando una escena de *Los mártires*.

Todos los grandes momentos los recuerdo, pero como figuras que se destacan, no como cuadro completo; que éste se va desvaneciendo entre la niebla del olvido.

Y, sobre todo, y esto es lo que me extraña, que se grabe en las celdillas cerebrales con tanta intensidad, sobre todo entre contornos más fijos, cualquier pequeñez insignificante, y hasta grotesca, que la imagen soberana de uno de esos grandes momentos, que bien pudiera llamar históricos.

Quizá porque son grandes no caben en límites pequeños ni en marcos limitados, y buscan, con la vaguedad del recuerdo, anchos horizontes.

***

La vida de las Cortes Constituyentes era, más que activa, febril.

Era una excitación perpetua, era un amontonamiento de problemas.

Era una palpitación perpetua de la Cámara, á que respondían palpitaciones y sacudidas en el país.

Yo no voy *haciendo historia*, voy dictando recuerdos según los caprichos de mi memoria; recuerdos grandes y recuerdos pequeños; lo sublime y lo ridículo; los arranques sublimes de Castelar y el sombrero grotesco de Paul y Angulo avanzando hacia la puerta de salida; gritos de entusiasmo ó de pasión y carcajadas burlescas.

Figueras, que proclama su creencia en Dios, y el *Conejito de yeso*, á quien se rompe el resorte; y así nos vamos acercando á momentos críticos.

En esta atmósfera se va preparando la Constitución del 69, la de los derechos individuales, la de la libertad religiosa, la que duró poco más de tres años, y la que, sin embargo, en la Historia de España será inmortal.

Pero, vamos por orden, y seamos formales, y hablemos en serio de cosas que bien lo merecen.

Bueno será que, antes de seguir con mis recuerdos, indique brevemente el estado de las diversas fuerzas parlamentarias que iban á realizar obra tan grande como la que representa aquella Constitución democrática; pero quede todo esto para otro artículo.

José Echegaray

DE LINGÜÍSTICA REGIONAL

Y SUS CONCOMITANCIAS

A mis amigos de Cataluña.

En los periódicos catalanes (porque los del resto de España no sólo no dan cuenta del movimiento intelectual de aquella región, sino apenas del que vive en su propio territorio) leo que la Diputación Provincial de Barcelona ha creado un *Institut d'Estudis Catalans*, subvencionándole con la cantidad de 40.000 pesetas. Componen por ahora el Instituto los señores Rubió y Lluch, Puig y Cadafalch, Pijoan, Corominas (Pere), Massó y Torrents, M. de S. Oliver, Brocá y Miret y Sans. Su fin principal consiste en fomentar las investigaciones referentes á la lengua y á la literatura catalanas.

A esta labor va unida en la mencionada comarca la fundación casi diaria de periódicos y revistas, escritos generalmente en catalán y consagrados á fines análogos, mereciendo especialísimo recuerdo, entre otros, la espléndida *Revista de Bibliografía Catalana*, que edita nuestro querido y eruditísimo amigo D. J. Massó y Torrents, á quien se debe asimismo la muy linda *Biblioteca popular de l'Avenç*, que cuenta ya con más de sesenta volúmenes de 100 á 150 páginas en octavo. Sucédense las publicaciones de eruditos tan conspicuos como Miret y Sans, Sanpere y Miquel, Carreres y Candí, Obrador y Bennassar, Elías de Molins, E. y A. Aguiló, J. Pijoan, J. Bofarull, y otros muchos, cuyo número aumenta diariamente. El citado

Obrador y Bennassar ha dado á luz el primer espléndido volumen de una completa edición de Raimundo Lulio. La Sociedad de Bibliófilos Catalanes prosigue su tarea de reproducir en preciosa forma textos antiguos de esa lengua. El Sr. Miquel y Planas continúa en condiciones populares su benemérita labor de bibliófilo en sus *Histories d'altre temps*. Síguese imprimiendo el *Recull* de viejos textos catalanes. Y á toda esta labor sirve de coronamiento evangélico el *Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana*, que edita en Palma de Mallorca mossén Antonio M.ª Alcover, el cual busca y obtiene la bendición del Papa para sus trabajos, y pone en ellos el mismo fervor propagandista que en otros tiempos empleó el beato Raimundo Lulio para la conversión de los infieles.

De todo esto apenas sabe nada el resto de España (ignorancia no *mal intencionada,* puesto que suele ocurrir lo mismo con las propias producciones castellanas). Sabemos que existen unos grandes autores dramáticos que se llaman Angel Guimerá, Santiago Rusiñol é Ignacio Iglesias, porque nos los han dado traducidos (y á fe que no pueden quejarse del recibimiento que se les ha hecho); pero de la obra no traducida no se sabe una palabra, y poetas tan notables como el mallorquín Costa y Llobera y los catalanes Juan Maragall, Apeles Mestres, Falp y Plana, Alcoverro, Burgas, Plana y Dorca, José Carner, y tantos otros, son menos conocidos que los autores griegos. Tenemos noticia del gran Milá y Fontanals porque escribió en castellano; pero nos son extraños críticos tan eminentes como Ixart; filólogos tan eximios como Pompeu Fabra; narradores tan amenos como Emilio Vilanova, y novelistas tan excepcionales como Victor Catalá, el autor de *Dramas rurals*. Del propio Verdaguer, á pesar de estar traducidos *Canigó* y la *Atlántida*, sólo se tiene una ligera noticia. Algo análogo sucede con Narciso Oller, siquiera ciertas versiones le pusieran de moda durante algún tiempo.

Y el movimiento no es sólo intelectual; no ha trascendido solamente á las esferas de la novela, del cuento, de la crítica,

de la historia, de la erudición, de la filología y de la poesía; no ha repercutido sólo tampoco en el orden político, sino que tiene manifestaciones artísticas y sociales de capital importancia. La fundación de las sociedades corales y de los Ateneos obreros (no para hacer elecciones, promover huelgas y alimentar holgazanes, como en Madrid, sino para educarse honrada y libremente en la vida del espíritu); la *Asociación Wagneriana*, que ha dado al pueblo catalán versiones esmeradísimas y directas de las obras del gran artista germánico; la arquitectura, que ha creado después de inútiles esfuerzos de la Europa entera, un estilo genuino, peculiar y característico, llevado á su más alta expresión por el genial Gaudí; la filosofía, que ostenta representaciones de tanto fuste como el original Diego Ruiz y el profundo Antich; mil manifestaciones más que pudiéramos mencionar (por ejemplo, en la esfera musical el inspirado Morera), demuestran el fenómeno á que aludíamos.

Todo ello revela un esplendoroso, innegable renacimiento, que va unido, como cualquier renacimiento, á entusiasmos fervorosos, y como cualquier entusiasmo, á exageraciones, y como cualquier exageración, á ridiculeces. Vamos á hablar algo de esto, sin perjuicio de continuar más ampliamente en otra ocasión.

*
* *

¿Me preguntáis si este renacimiento me parece bien? ¿Me preguntáis si encuentro loable, y provechoso, y venerando, este surgir de hombres nuevos, que con ahinco y facultades se consagran á la vida intelectual, dando á conocer la labor de sus antepasados, las condiciones de su vida presente y las aspiraciones que laten en su espíritu para lo por venir? Yo me admiro de la pregunta. ¿Por qué me había de parecer mal? Lo que yo quisiera es que semejante actividad se observase también en Aragón, en Navarra, en las Provincias Vascongadas, en León, en Asturias, en Galicia, en Extremadura, en Andalucía, en las dos Castillas y en Canarias. Lo que yo deseara es

que no tuviesen que venir los extranjeros á sacar á luz nuestras antigüedades, á escribir nuestra historia, á infundirnos confianza (como lo procuró Farinelli) en nuestra capacidad y en nuestro porvenir. Lo que yo anhelara es que nuestras nuevas generaciones respetasen su tradición en lo que tiene de gloriosa, no dando lugar á que los trabajadores de buena fe muriesen aislados y desconocidos, impidiendo la muerte de las sociedades científicas y gastando en libros y en empresas intelectuales una pequeña parte de lo que despilfarran. Lo que yo pido es un poco de amor sincero al ideal, porque esto es lo único que restaura y fortifica, y porque sólo se perdona el mucho pecar al que amó mucho. No niego que la ciencia, el arte y las demás manifestaciones de la vida intelectual siguen cultivándose, y en ciertas esferas con manifiesto esplendor, en la España no catalana, en la España de Cajal y de Echegaray, de Menéndez Pelayo y de Pérez Galdós, de Bretón y de Chapí, de Benavente y de Álvarez Quintero, de Menéndez Pidal y de Rodríguez Marín. Llego á afirmar que no encuentro actualmente en Cataluña una representación tan gloriosa en el orden científico como Ramón y Cajal, ni en el crítico como Menéndez y Pelayo, ni en el novelístico como Galdós ó Palacio Valdés, ni en el dramático como Benavente, ni en el erudito como Rodríguez Marín, ni en el jurídico como Azcárate, ni en el artístico como Sorolla (que no por ser valenciano deja de pertenecer á la España no estrictamente catalana). Pero esto me importa poco, porque Cataluña tiene derecho á enorgullecerse con esas figuras, del mismo modo que el resto de España se enorgullece con Verdaguer ó con Milá. Lo que digo es que la generalidad de los españoles parecemos un pueblo de viejos exhaustos, sin entusiasmo y sin fe, gruñones y recelosos. Yo he oido en pleno Ateneo de Madrid poco menos que blasfemar de Cervantes, de Lope de Vega y de Quevedo; yo veo que han seguido dirigiendo la vida pública española la mayor parte de los que fueron cómplices, cuando no coautores, en algunos de nuestros más graves desastres; yo veo que las cátedras universitarias consagra-

das á la especulación pura suelen verse habitualmente desiertas; yo observo que aquí la vida intelectual suele desenvolverse en un ambiente de envidia y de malas pasiones; yo reparo en que al trabajador se le llama *chiflado* si se consagra á la investigación abstracta, y *vivo* si á los estudios de aplicación práctica; veo que hay un fondo general de escepticismo respecto á la sinceridad de cualquier entusiasmo, y creo que si Jesucristo viniese á tierra de España para predicar sus doctrinas, mientras no tocase al garbanzo, sería escuchado con la más completa indiferencia, y podría estar tranquilo respecto á su crucifixión. Entiendo que tal es nuestra situación verdadera, aunque me sea duro el confesarlo, y por eso aplaudo y celebro cualquier síntoma de vitalidad, aunque se traduzca en persecuciones y en odios, siempre que engendre radicales movimientos, que sacudan el marasmo nacional y hagan latir un poco más aceleradamente los corazones.

*
* *

No me asustan ciertos extremos, pero comprendo que impresionen y alarmen. La trascendencia política del renacimiento intelectual catalán ha despertado hace tiempo sospechas y recelos, dando lugar á que se envolviesen bajo el mismo sentimiento de execración ciertas fogosidades regionales y el despertar literario, al amparo del cual habían surgido. Es también indudable que entre ciertos elementos (principalmente intelectuales) de Cataluña reina una animadversión á las cosas castellanas, mayor, *incomparablemente mayor* que la que puede haber respecto á ellos en otros elementos castellanos. Castilla (comprendiendo por ahora bajo este nombre, como suelen hacer los catalanes mismos, la parte del territorio no catalana) ha pagado sin rechistar las contribuciones, cada vez mayores, que se le han exigido para levantar las cargas generales del Estado (entre ellas las de Cataluña); Madrid ha acogido con el mismo y aun con mayor afecto que puede acoger á un castellano, á los principales regionalistas catalanes, dándo-

les cátedras y público para exponer tranquilamente sus ideas (tal hizo no hace muchos años el Ateneo matritense); España ha visto llegar en tiempos antiguos y modernos á los más altos puestos del Gobierno á hijos de la floreciente Cataluña; Castilla entrega su dinero, el poquísimo dinero que tiene, para pagar los productos de la industria catalana, aun en ciertos casos en que serían mejores y más baratos si se diesen facilidades para que llegasen del extranjero; Castilla ha celebrado tratados de comercio y ha combinado sus aranceles para proteger especialmente á Cataluña, cuyo trabajo considera como suyo propio. En Castilla no se pregunta á nadie si nació en Cataluña, en Italia ó en Marruecos, porque la hospitalidad de esta tierra, que no padeció las vergüenzas del feudalismo en la Edad Media y que se distinguió siempre por un sentimiento democrático que tan hermosamente historió Martínez Marina en su *Teoría de las Cortes*, y al cual no llega en nuestros propios días la republicana Francia, no permite pedir certificados de origen. Y sin embargo de esto, en Cataluña se imprimen y de Cataluña salen á veces manifestaciones (muy aisladas, por fortuna, pero reales) ofensivas y molestas para el resto de la Península, que, naturalmente, se indigna por ello; y así, lo que no ha podido lograr la historia, parece apuntar á consecuencia de las malas mañas de cuatro orates.

Y, sin embargo, en todo esto no veo yo sino una prueba más de los caracteres *hispánicos* de Cataluña. La tendencia al aislamiento y la inclinación imitativa han sido constantes en la historia española. Que España resulta madrastra para los naturales y madre para los extraños, es cosa que se viene repitiendo desde Cervantes hasta nuestros días. Que política, literaria y filosóficamente vamos á la zaga del extranjero desde principios del siglo XIX, es un hecho notorio aplicable tanto á Cataluña como á Castilla. Esos elementos catalanes á que antes nos referíamos han acentuado la tendencia anti-científica y anti-histórica de aislamiento al exaltar á su región á expensas de las demás, que para ella y con ella viven y vienen vi-

viendo hace siglos, y han llevado hasta un extremo infantil el *América para los americanos*, de Monroë, traducido en el *Cataluña para los catalanes;* de donde resulta el absurdo inconcebible de que mientras las demás regiones ven con gusto que les juzguen magistrados catalanes, y les autoricen sus documentos notarios catalanes, y les defiendan soldados catalanes, y les gobiernen autoridades catalanas, esos catalanes á que aludo quisieran convertir su tierra en coto redondo para los de allá, con exclusión absoluta de los restantes. Y hasta hablan de un Derecho catalán *especialísimo*, olvidando que ese Derecho es el menos nacional de todos (¡todavía rigen allí las compilaciones justinianeas!), que para consultar los *Usatges* han de valerse de una reducción *castellana* (la de Vives), y que el famoso *Apéndice* al Código civil para Cataluña llegó á consistir en unas cortas páginas, trabajosamente reunidas. Bien está que puntualicemos nuestra historia; bueno es que procuremos conservar lo que aun vive, cuando sea digno de conservarse; pero no descubramos los sarcófagos que encierran las enjutas momias, pretendiendo volverlas á la vida, porque los días no pasan en vano. Y si el mero retroceso es un bien, yo pido más lógica y más constancia, y llego al último límite del aislamiento, que no es el de la tribu ni el de la familia, sino el puramente individual, y abominaré de toda autoridad que se me imponga (aunque sea la del Estado regional), y diré que nadie mejor conoce mis necesidades que yo mismo, y estableciendo en primer término mi *autonomía* como individuo, amaré á todos los hombres sin distinción de razas ni fronteras, y cuanto mayor sea el círculo de mis afectos, más noble y más grande estimaré mi condición.

Comprendo el federalismo de Pi y Margall (aunque entiendo que históricamente contribuyó á que fracasara la obra de la revolución del 68). Las ideas del ilustre autor de *Las Nacionalidades* constituyen un sistema de doctrina, que puede admitirse ó rechazarse, pero que de todos modos merece discutirse con seriedad. Lo que no me explico es que se diga: «quere-

mos Cortes propias, magistrados y escuelas propios, ejércitos propios» (como me decía no ha muchos meses un conspicuo y eminente catalanista), con referencia á *una sola* región de un Estado, con independencia de las demás, cuando todas constituyen un solo pueblo bajo las mismas condiciones de igualdad. Una colonia puede decir eso (y aun estaría sujeta á trabas importantes dentro del propio sistema federativo que practican los norteamericanos), pero una parte del territorio nacional no puede proclamarlo sin egoísmo intolerable. Pi y Margall, á pesar de ser catalán de nacimiento y de inclinaciones, no habló jamás en nombre de una región determinada al exponer su sistema de gobierno, sino que sentó una doctrina científica para aplicar la idea federal á la *nación española* (1), doctrina que nunca se realizará prácticamente sin un *consensus* general de los pueblos á que haya de aplicarse. Lo demás es encender odios, atizar discordias y ahondar antipatías de carácter que pueden traducirse en la ruina colectiva. Es como seccionar un miembro del cuerpo vivo: el cuerpo queda mutilado, y la sección produce necesariamente sangre.

*
* *

Urge, por consiguiente, que todos sepamos apreciarnos, y para ello, como premisa ineludible, que todos podamos conocernos.

Nada hay que contribuya tanto al desconocimiento como la ignorancia del idioma, porque entre los pueblos, como entre los individuos, ni la raza, ni la historia, ni los intereses, ni las creencias, levantan las barreras que el factor citado. Cuando el latín fué lengua generalmente usada en el mundo europeo, cualquier nacional podía sentirse ciudadano del orbe con más títulos que en una época de diferenciación lingüística. Séneca podía hablar á sus colonos de Italia en la misma lengua que empleaba para hablar á los de Córdoba; hoy, cualquiera de

(1) *Las Nacionalidades* (Madrid, 1877); pág. 317.

nosotros, en caso análogo, necesitaría conocer dos idiomas distintos; este doble esfuerzo es una consecuencia de la diferenciación política de la Edad Media.

Esto supuesto, ¿no es una vergüenza que en nuestras Universidades, donde aparecen enseñándose oficialmente el árabe y el hebreo, el sánscrito y el griego, no haya cátedras donde se expliquen el catalán, el gallego y el vascuence? ¿No se impone la creación de cátedras de *Lenguas* y *literaturas regionales*? ¿No sería esto mucho más práctico que esas inútiles enseñanzas, pomposamente bautizadas con los títulos de *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas, Gramática comparada de las lenguas semíticas, Lenguas y literaturas neolatinas, Historia de la civilización de judíos y musulmanes*, y otros rótulos sesquipedálicos, en absoluto vacíos de contenido, puesto que los alumnos no están capacitados para aprovechar lo que desde tan encumbradas esferas se les diga?

Estoy muy distante de creer (perdóneme mi respetable amigo mossén A. M. Alcover si hago esta declaración, que en nada disminuye mi afición á la dulce habla de su tierra) que el catalán (y menos el gallego) tenga la importancia histórica y literaria que el castellano. Sé también, y lo saben perfectamente los editores barceloneses, que por un lector que halle un libro escrito en catalán encontrará ciento un libro escrito en castellano; pero esto no quita ni pone nada á la sustantividad del idioma, nacido casi al mismo tiempo que el castellano, y representado, como él, en capitales monumentos literarios de la Edad Media y de los tiempos modernos. Como cuestión de decoro nacional, y hasta como medio de estrechar los lazos que secularmente unen á las distintas regiones españolas, paréceme que se impone la creación de la mencionada cátedra en nuestros establecimientos de enseñanza (¡de la paupérrima enseñanza, cuyos directores suelen ser, de algún tiempo á esta parte, sus más encarnizados enemigos!).

*
* *

Mas, como en un principio decía, todo entusiasmo fervoroso suele traer consigo sus exageraciones más ó menos infantiles, y esto acontece con el de que ahora tratamos.

Recuerdo con verdadero placer el primer *Congreso internacional de la lengua catalana*, celebrado en Barcelona en Octubre de 1906. Asistí á él galantemente invitado por mis amigos de Cataluña, y sólo conservo memorias de afecto y de gratitud. Quizá por ser yo el único representante de Castilla que allí iba, extremaron conmigo las cortesías y las finezas, que tratándose de otro hubieran sido seguramente más merecidas. Y me complazco en rememorar la inolvidable sesión inaugural de aquella asamblea, la inmensa multitud que llenaba el salón de actos, el entusiasmo indescriptible que todos aquellos semblantes revelaban, los discursos elocuentísimos que allí se pronunciaron en distintos idiomas, y sobre todos las palabras ardorosas, vibrantes, casi en el tono de apóstol, que mossén Alcover dirigió á la concurrencia. Yo fuí á tal fiesta precisamente porque entendía que aquella era y es una obra de paz y de concordia, y al mismo tiempo un acto de justísimo homenaje al valor innegable de la filología catalana, y por eso me sentí orgulloso al hacer resonar en aquel recinto, siquiera fuese con la deficiencia que mi personal condición me imponía, los acentos de mi querida habla castellana. De allí salieron proyectos de ediciones, estudios científicos, viajes de investigación y mil otras consecuencias beneficiosas para la cultura española en general y para la catalana en particular.

Pues bien, aun á semejante respetabilísima labor ha habido quien le *ha sacado punta*, en el sentido figurado de la frase. Uno de los representantes extranjeros de aquella asamblea española, el profesor italiano Guarnerio, al dar cuenta del *Congreso* en la revista milanesa *Natura ed Arte*, descubre que la susodicha asamblea no es lo que nosotros habíamos pensado, sino algo tan épico y tan estupendo que pone los pelos de punta. Basta decir que titula el artículo: *La Risurrezione di un popolo, lotta di lingue e lotta di razze*. Y yo no salgo de mi

asombro al leer semejante rótulo. ¿Qué *lucha de lenguas* es esa, tratándose de un Congreso donde, desde el castellano hasta el francés, pasando por el valenciano, el provenzal, el algherés y el italiano, los demás idiomas reúnen sus acentos para entonar un himno en loor del catalán? ¿Qué *lucha de razas* hubo en semejante ceremonia, como no fuese la de la española y no española? ¿Acaso imagina el profesor Guarnerio que los valencianos, los catalanes y los castellanos que allí estábamos pertenecíamos á distintas razas? Pues ¡Dios le conserve y haga prosperar sus conocimientos antropológicos, que yo, como el Estrépsiades de Aristófanes, no alcanzo á distinguir la piel de perro de la de perra! Y suponiendo que tal fantástica *lucha* hubiera existido, ¿es así como se agradece la hospitalidad de una familia, contribuyendo á agrandar las diferencias entre los hermanos?...

Pues no le va en zaga al profesor Guarnerio otro *Arcade*, distinguido filólogo aragonés, D. Julio Cejador, que ciertamente no puede quejarse en ningún sentido de la protección de Castilla á los forasteros. Al dar cuenta en *Nuestro Tiempo* del tantas veces citado Congreso, se cree en el caso de decir que «sería una insulsez abogar en Madrid por un Congreso de lengua castellana», y no desaprovecha la ocasión de ofender al pueblo que amorosamente le acogió, escribiendo que «el pueblo de la meseta castellana no tiene otra riqueza que la envuelta en los pergaminos de su hidalguía trasañeja, ni siquiera otras aficiones mercantiles ni industriales que las del Caballero de la Tenaza y del dómine Cabra, ó las del Buscón y de Guzmanillo» (¡...!)

¡Grans mercès de tot!, podríamos decir, hablando en levantino. Claro que sería una *insulsez* abogar en Madrid por un Congreso de lengua castellana; pero por otras razones de las que sospecha el Sr. Cejador. Ese Congreso está abierto permanentemente, y en los días que corren, aparte de la Academia Española, es infinito el número de nacionales y de extranjeros que se ocupan en filología castellana; monumentos como

el *Diccionario de Autoridades* no los había en toda Europa en la época en que la Academia le publicó; y para no hablar de los viejos tiempos, cuya labor lingüística ha procurado referir el señor conde de la Viñaza en su *Biblioteca histórica de la filología castellana*, son por lo menos *tantos* como en Cataluña los que en Castilla se ocupan *seriamente* en investigaciones de esa índole.

Y ¿qué diremos del tan cacareado lugar común de la falta de industria y de la sobra de hidalguía castellanas? En primer lugar, Sr. Cejador, la hidalguía no huelga en ninguna tierra del mundo, sino que cada día va siendo más necesaria, y vale más, mucho más, que todas las mercancías del Universo. Pero, además, el pueblo castellano, aparte de su heroica lucha con el terruño, al cual sabe arrancar el sustento, cultiva la industria en el grado en que puede cultivarla, sin que sea lícito afirmar, sin censurable desconocimiento de la realidad, que no tenga otras aficiones mercantiles que las del Caballero de la Tenaza. La última *Exposición de industrias* celebrada en Madrid (y conste que sólo se refería á las industrias *madrileñas*) ha sido una revelación y una enseñanza en este sentido; y de mí sé decirle al Sr. Cejador que en mis viajes por la provincia de Cuenca, la más pobre de Castilla la Nueva, apenas he hallado lugar de cierta importancia donde no hubiese una fábrica, ya de harinas, ya de resina, ya de papel, ya de paños, ya de otra industria cualquiera (1). Lo insulso es hablar de un país sin enterarse de sus condiciones; y lo inicuo, tildar de Caballeros de la Tenaza á los hombres que hicieron la unidad nacional y dieron su sangre y su vida por la libertad política de todos desde la Edad Media hasta nuestros días.

El *Bolletí del Diccionari de la llengua catalana* echa una mano al Sr. Cejador, y añade por su cuenta, con una piedad

(1) Y si nos referimos en general á la España no catalana, me atrevo á señalar cuatro provincias (Santander, Vizcaya, Oviedo y Huelva) cuya riqueza industrial es superior á la de las cuatro provincias catalanas.

encantadora, que los castellanos no se hallan en estado de celebrar el mencionado Congreso, pero «que bé'l necessiten per alsarse de la postració feresta en que's troben en matèria de filologia».

¡Válame Dios! Aquí sí que viene de perlas lo del andaluz del cuento: *¡Compare! ¿Ez uzté Carlomano?* ¿Es posible que se oigan tales cosas en tierra de Hervás y Panduro? ¿Es indispensable deprimir á la filología castellana para enaltecer á la catalana? ¿Será preciso recordar aquí lo que el inmenso Quevedo decía en su famoso papel *La rebelión de Barcelona ni es por el güevo ni es por el fuero,* aludiendo á los fueros y privilegios catalanes: «No los alegan como los tienen, sino como los quieren»? ¿Dónde hay un filólogo español tan meritísimo y tan conocido en el extranjero como D. Ramón Menéndez Pidal? Y el Sr. Menéndez Pidal ¿se ocupa en filología turca ó en filología castellana? Y el Sr. Araujo, el Sr. Fernández Llera, el Sr. Commelerán, el Sr. Lanchetas, el Sr. Alemany y otros muchos de provincias, que no tengo necesidad de nombrar, ¿consagran sus trabajos filológicos al chino? Y si alzamos los codos y vamos adelante, como decía el autor del *Buscón*, y nos fijamos en el extranjero (principalmente en Francia, en Alemania, en Suecia y en las dos Américas), ¿no es cierto que por uno que se ocupe en filología catalana hallaremos treinta que se consagren á la castellana? Pues si todos viniesen á tierra de garbanzos, ¿dónde íbamos á aposentarlos, como no fuese al aire libre, por falta de local bastante espacioso? ¡Válame Dios!, vuelvo á decir, ¿á quién se le ocurre que no sería posible, por *falta de personal*, celebrar un Congreso de filología castellana? ¿No vendría, por ventura, á él el mismo Sr. Cejador, que tan buenos trabajos ha hecho en filología castellana, y á quien el Ateneo de Madrid concedió un importante premio?

*
* *

Aborrezco el *chauvinisme*, pero creo también que uno debe defenderse cuando se le ataca, y sobre todo cuando se le ataca

injustificadamente y sin más ni más. Recién fundada por castellanos la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, se anuncian en ella obras del más ilustre de los escritores catalanes, de Raimundo Lulio, y en el proyecto se dice que «figurarán al cabo en esta obra nacional varios tomos de poetas y prosistas catalanes de los siglos medios: crónicas tan admirables como las de Don Jaime I, Desclot, Montaner y la atribuída por tanto tiempo á Don Pedro IV; obras enciclopédicas y doctrinales de Ramón Lull y de Eximenis; novelas como *Tirant lo Blanch*; poetas como Ausias March, Jaime Roig y Corella», publicaciones que serán «bilingües, para que puedan ser manejadas por todos los españoles, estampándose el texto y la traducción á dos columnas», y que no serán *gratuitas*, sino que se pagarán como se pagan todas las colaboraciones de esta biblioteca. Se anuncia el *Congreso internacional de la lengua catalana*, y á él acuden castellanos, enviando adhesiones y trabajos; y todo esto lo recompensan ciertos señores menospreciando el valor de la obra de sus hermanos, empequeñeciendo ratonilmente el concepto de la patria y entonando salmos en honor de su *benvolguda llengua*, á quien nadie piensa en atacar ni en deprimir.

Los castellanos no tenemos la culpa de que nuestro alto, viril y sonoro idioma, de que la lengua de Cervantes y de Lope sea de las más extendidas en el mundo, como no tienen la culpa los ingleses de que el idioma de las islas y del Imperio británico sea el inglés, y no el escocés ó el irlandés (á pesar de su considerable importancia), ni los franceses de que el idioma de Francia sea el francés, á pesar de existir otras lenguas en el país, entre ellas el provenzal, cuya literatura medioeval y moderna es conocida en el mundo entero, é influyó tan notoriamente en Italia y en Cataluña misma. Quejarse de semejantes hechos es tan absurdo como formar proceso al rayo que aniquila las torres más altas. Se trata de una obra de la Historia, y la Historia tiene una esfera de acción más amplia que el perímetro nebuloso de una sacristía ó el mentidero ahumado

de una redacción. Walter Scott era escocés de corazón y de nacimiento, y gracias á él conocemos y amamos á Escocia; pero escribió en inglés, porque juzgó ciertamente que era ese el único medio de ser leído. La obra del idioma es la más natural de todas, y viene necesariamente de abajo arriba, del pueblo á los literatos; si el pueblo la olvida ó la corrompe, todas las Academias del mundo no bastarán á resucitarla.

Un eminente crítico y poeta catalán, D. Ramón D. Perés, publicó en 1903 un precioso volumen rotulado *Musgo*. Son poesías de exquisita factura y de muy delicado sentimiento. Entre ellas hay una sección donde se encuentran versos como los siguientes, que no resisto á la tentación de transcribir:

«¿Por qué en la lengua que mi madre un día
me hablaba cuando niño,
no ha de alzarse en incierta melodía
la voz de mi cariño?

¿Podrá no más que de Castilla hablarnos
la lengua castellana?
¿Tendremos de ella acaso que olvidarnos
para hablar de la tierra catalana?

Se enlazaron ya al borde de mi cuna,
cual aguas de dos fuentes
que á juntar van en sólo una laguna
sus opuestas corrientes,

la frase castellana de mi madre,
noble, dulce, severa,
con el habla viril en que mi padre
á Cataluña reflejaba entera.

Yo quiero aquí ser fiel á esa memoria
de razas que se funden,
y, olvidando tristezas de la Historia,
en un sér se confunden;

yo quiero que resuene en mis cantares,
voz del amor humano,
el himno justo á mis paternos lares,
y que entenderlo pueda el que es mi hermano,

el que en su sangre lleva, cual la mia,
la onda varia y lejana,
el que en remotas tierras no me oiría
si no le hablara en lengua castellana.»

Esto no era sino trasladar al terreno artístico la obra grandiosa, nacional, *benvolguda*, del insigne Milá y Fontanals, que si ilustró como nadie la historia catalana, ilustró también como nadie la historia castellana, con aquel su espíritu equilibrado, sincero, exento de rencor y de envidia, propio, en suma, del vérdadero hombre de ciencia. Pues bien: ante esas palabras tan noblemente sentidas y tan bellamente expresadas, no se le ocurre otra cosa al crítico de la *Revista de Bibliografia Catalana* (año III, núm. 6) que escribir, con la intransigente pluma de un iluminado albigense: «No estem acostumats a que en versos castellans se canti l'amor a Catalunya, *ni creiem que aquesta part de* Musgo *sigui gaire ben rebuda en els paisos pera ls quals s'ha escrit*, que tenen com a natural la llengua castellana. Adhuc podria esser que aquestes quinze poesíes perjudiquessin l'exit de totes les demés. Es una mena de poesia fonda que en castellà sembla nebulosa i que en català de segur resultaria molt més clara».

¡Medrados estáis, oh manes de Garci-Lasso, de Calderón, de Espronceda, de Zorrilla y de Bécquer! ¿Por qué no ha de ser *ben rebuda* esa poesía en tierra castellana? ¿Porque así se le antoja al articulista? Si está escrita para castellanos y, por añadidura, en castellano, y *ainda mais* todo lo que dice es verdadero y bello, ¿qué obstáculo ha de haber para que se admire? Pero lo más delicioso es lo de la *mena de poesia fonda*. Esto es sencillamente *homérico*. ¿Conque es decir, que en habiendo en un libro *una mena de poesia fonda*, ya resulta *nebulosa*

en castellano, y *molt més clara* en catalán? ¡Qué lástima que no lo supieran esto Calderón, Espronceda, Enrique Gil, Tassara, Campoamor y otros *desdichados* por el estilo, cuyas obras bastarían para llenar unas cuantas salas de la Biblioteca *Nacional* que proyectaba crear en Barcelona el Instituto de Estudios Catalanes! ¡Qué lástima que no se entere de esto el Sr. Marquina, el poeta de más enjundia de la nueva generación catalana, pero que se complace en escribir en castellano, y á quien un castellano de imperecedera memoria, D. Juan Valera, dió á conocer al mundo literario! ¡Qué desgracia que no lo sepan los Sres. Alcover y Costa, que han compuesto bellísimos versos en el idioma de Cervantes!

«Di sì felice innesto
serbiam memoria eterna;
io smorzo la lanterna:
qui più non ho che far.»

No hagamos comparaciones innecesarias, porque resultarían odiosas. A trabajar, cada uno en lo suyo, y como decía el honradísimo Sancho Panza, «cada Fulana hile, y vivamos»; que si los catalanes hacen buenas obras, gloria habrá para todos los españoles; y si los castellanos las ejecutan, pasará lo mismo; y si la filología catalana llena de admiración con sus futuras investigaciones al orbe terráqueo, nos enorgulleceremos por ello; y si la nuestra produce algún Bopp, derecho tienen los catalanes á presentarla como modelo, mientras Dios nos haga la merced de conservarnos á todos el título de españoles. Y pues el Papa «está content de que vaja avant y arribi a cap *l'Obra del Diccionari de la llengua catalana*», y le concede «la seva benedicció», también nos regocijamos y se la otorgamos nosotros, pues tenemos en ella un interés más directo que Su Santidad, y al fin y á la postre... á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

*
* *

En materia de Filología (tomando este vocablo en el sentido amplio y generoso que tenía en la época del Renacimiento), los catalanes tienen justos motivos para lamentarse de la preterición de que han sido objeto, y otro tanto podrían decir los gallegos.

No soy partidario de las Academias, tales como se han organizado á partir del siglo XVIII. Me parece que con la forma de constitución que poseen, sólo se logran dos malaventurados fines:

1.° Alimentar la vanidad personal, enemiga de la investigación sincera de la verdad, y alentadora de una *aristocracia* literaria, tanto más absurda cuanto más limitado es el número de los que la definen.

2.° Causar al Estado dispendios de cierta consideración, casi siempre infructíferos. Y digo *infructíferos*, no sólo por sus escasas consecuencias, sino por el exiguo mérito de la obra. El *Diccionario* de la Academia Española, por ejemplo, va á acabar, por las trazas, en punta; comparado con el de *Autoridades,* llevado á término con patriótico ahinco en el siglo XVIII, es verdaderamente una pequeñez; y basta recordar las famosas definiciones de *jilguero* y de *papeleta*, para comprender lo ridículo de su costosa tarea. La mejor *Gramática* de la lengua castellana que existe no es la de una corporación, sino la de *un solo individuo:* Andrés Bello. Y en cuanto á la Academia de la Historia, cuya labor ha sido algo más grande y sustanciosa, baste saber que todavía tiene sin publicar las crónicas y los fueros capitales de la Península, y que lo no conseguido en años y años de juntas y comisiones por la *regia* y fastuosa corporación: editar la *Crónica general de España*, mandada escribir en el siglo XIII por Alfonso el Sabio, lo ha conseguido en pocos meses de trabajo *un solo individuo:* el Sr. Menéndez Pidal (D. Ramón). A pesar del gasto que esas sociedades requieren, de los beneficios de diverso género de que disfrutan y de los estipendios que cobran sus honorables socios, es preciso que los extranjeros y algunos *descarriados*

españoles vayan publicando ediciones críticas de nuestros clásicos, para que el pueblo pueda conocerlos bien; el *Poema del Cid*, el de *Fernán González*, el *Arcipreste de Hita*, el *Quijote*, la *Celestina*, el *Poema de Alexandre*, y, en general, todos nuestros modelos literarios, en sus mejores ediciones, y las más aceptables historias de nuestras letras, están escritas por no-académicos. La antigua y la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, empresas gigantescas en su género, son ambas de creación particular. Todo esto es una vergüenza para las mencionadas corporaciones, y autoriza para preguntar sinceramente: «¿De qué sirven?»

Ni siquiera han logrado *limpiar*, *fijar y dar esplendor* al idioma, que cada vez va descaeciendo más, empobreciendo y extranjerizando su antiguo riquísimo caudal. Y en lo que respecta á las lenguas y literaturas regionales, no hay que decir lo absolutamente negativo de la tarea. En lugar de sostener delegaciones regionales que recogiesen y estudiasen el fondo dialectal, folklórico, artístico é histórico de cada comarca, y le fuesen publicando de un modo sistemático y en períodos determinados, otorgan los títulos de *académicos correspondientes*, lo mismo que otorgan los de académicos de número, para alimentar la vanidad ó para obedecer á influencias políticas. De la misma manera que las *Sociedades Económicas*, cuya institución obedeció sin duda á fines nobilísimos, no sirven ahora, por lo común, más que para elegir senadores, que tampoco buscan, en general, al pretender tales cargos, realizar ningún *sacrificio*, así las Academias se han trocado en sucursales de tertulias y cacicatos políticos, y la Española prefiere por eso elegir presidente á D. Alejandro Pidal, enfrente de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y las de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas no encuentran mejor historiador ni pensador más eximio para entregarle la dirección de sus tareas que el señor marqués de la Vega de Armijo; *et sic de ceteris*, porque, como dice con encantadora sinceridad la mayoría de los electores: «¡Qué sería de nosotros si no tuviésemos de di-

rector á un personaje *influyente!*» Sócrates combatió como soldado en la batalla de Potidea, pero fué jefe dentro de su escuela de Atenas. Para los nuevos intelectuales, el jefe ha de ser siempre un *general*. Y si algún *inocente* levanta la voz para reprobar este orden de cosas, las *huestes* dirigen contra él unánimes sus tiros (cuando no adoptan la más segura y provechosa táctica del silencio), confundiendo el procedimiento bélico con el científico, de la propia suerte que trocaron la dirección científica por la militar,

«e il meschino calunniato,
avvilito, calpestato,
sotto il pubblico flagello
per gran sorte va a crepar.»

¡No! *¡Pro dii immortales!* «¡No confundamos las *especias!*», como decía el cocinero del cuento; y tengamos valor para desechar lo inútil y fomentar lo beneficioso, sin entretenernos en seguir á remendones callejeros. Una Academia Española que no hace el más mínimo caso de los idiomas regionales no debe llamarse así; y ni aun debe recibir el nombre de *Castellana*, si no vela dignamente y con eficacia por los intereses de la lengua y de la literatura de Castilla.

También se quejan los catalanes, con razón sobrada, de que no se hable de su país en las historias pomposamente tituladas *de la literatura española*. ¡No parece, á juzgar por tales rótulos y tal contenido, sino que Cataluña no forma parte de la Península! Aparte de que, históricamente, las lenguas y literaturas regionales están tan enlazadas con la castellana, que aisladamente no se comprenden. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el movimiento poético de la corte de Alfonso el Sabio, ni la introducción de las leyendas caballerescas en la literatura castellana, sin el conocimiento de la poesía galaico-portuguesa y sin la obra de los trovadores lemosines? El propio marqués de Santillana, en su carta al condestable de Portugal, dió, allá á mediados de la xv^{a} centuria, un nobilísimo ejemplo

de cómo debe entenderse la historia literaria *española:* «Los catalanes, valençianos, é aun algunos del reyno de Aragón—decía,—fueron é son grandes offiçiales desta arte (*de la poesía*). Escrivieron primeramente en trovas rimadas, que son pies ó bordones largos de síllabas, é algunos consonavan é otros non. Después desto usaron el deçir en coplas de diez síllabas á la manera de los lemosis. Ovo entre ellos deseñalados omes, asy en las invençiones como en el metrificar. Guillén de Berguedá, generoso é noble cavallero, é Pao de Benbibre, adquirieron entre estos grand fama. Mossén Pero March el viejo, valiente é honorable cavallero, fiço assaz gentiles cosas, é entre las otras escrivió proverbios de grand moralidat. En estos nuestros tiempos floresçió Mossén Jordé de Sanct Jordé, cavallero prudente, el qual çiertamente compuso assaz fermosas cosas, las quales él mesmo asonava, ca fué músico exçellente, é fiço, entre otras, una canción de oppósitos que comiença:

«Tosions aprench é desaprench ensems».

Fiço la *Passion de amor*, en la qual copiló muchas buenas canciones antiguas, asy destos que ya dixe, como de otros. Mossén Febrer fiço obras notables é algunos afirman aya traydo el Dante de lengua florentina en catalán, non menguando punto en la orden del metrificar é consonar. Mossén Ausias March, el cual aún vive, es grand trovador, é ome de assaz elevado espíritu.» ¡Qué lección daba el buen viejo, con estas palabras, á las Academias y á los historiadores futuros!

***

El donosísimo D. Diego Hurtado de Mendoza, en sus glosas al *Sermón de Aljubarrota*, refiere lo que se vió en Salamanca cuando, graduándose un portugués de bachiller, le preguntaron sus compañeros si después de graduado sentía en sí más que antes. El bachiller les respondió: «Sento uns fumeciños á maneira de presunção».

Estos *fumeciños* brotan á cada momento en las páginas que

el hispanófobo galicano J.-M. Guardia (cuya muerte lamento, por no poderle decir á un difunto lo que se me antojara decirle á un vivo) antepuso á su versión francesa del *Sompni* de Bernat Metge (Barcelona, 1889). Allí constan descaradamente los afirmaciones más gratuitas: «La Catalogne *déteste* la Castille, qui le lui rend bien. Le Castillan se dit, se déclare Espagnol, parce que la Castille *est devenue l'Espagne*. Le Catalan n'est Espagnol qu'à son corps défendant»; «Sous Louis XIII, la Catalogne s'était donnée à la France plutôt que de subir l'inepte tyrannie des faibles monarques de Madrid» (¡como si esto, de ser cierto, constituyese un título de gloria!); «Aussi sont-ils rares, rarissimes, les Catalans de race qui ont bien écrit en castillan...», etc., etc.

¡Rarísimos los catalanes de raza que han escrito en buen castellano! Lo raro es encontrar, tratándose de gente culta (porque los incultos tampoco hablan bien el catalán), quien no escriba y hable *bien* en castellano. He conversado con todos los catalanistas que concurrieron al Congreso de la lengua de 1906, y todos me hablaron siempre en correctísimo castellano (algo más correcto á veces del que yo escucho en Madrid á los oradores); veo en las publicaciones más regionales alternar el empleo de uno y otro idioma; he penetrado en el interior de familias muy catalanas y he visto que se expresaban, cuando querían, en espléndido castellano; leo poesías de catalanes, escritas en muy buen idioma de Castilla, y me encuentro en la historia literaria castellana con nombres catalanes tan ilustres como Boscan, Capmany, Balmes, Cabanyes, Bartrina, Balaguer y Milá, para no mencionar á otros. ¡Qué más he de decir, si es notorio, y el mismo Guardia lo reconoce, que el empleo *sistemático* del catalán como idioma literario, obedece en la actualidad al impulso *erudito* de los Juegos florales de la segunda mitad del siglo XIX! Cataluña intelectual es *bilingüe*, y esto, lejos de constituir un defecto, es un verdadero y positivo mérito. El niño que habla dos idiomas suele ser de inteligencia más despierta y viva que el que sólo conoce uno.

Y si vamos á otras regiones, los hechos que referimos son todavía más reales. Dígasenos si no es *clásica*, desde el punto de vista castellano, la florentísima literatura valenciana de los siglos XVI á XIX. La lista de escritores, historiadores, novelistas, poetas, autores dramáticos, etc., parece no agotarse nunca, y la mayor parte de ellos son modelos de habla castellana. Pero esto nada tenía de particular. Valencia, en la primera mitad del siglo XVI, había sido centro editorial de las más importantes creaciones literarias castellanas: *La Celestina*, el *Cancionero* de Hernando del Castillo, y cien monumentos más que podríamos mencionar, de aquellas prensas salieron á propagarse por el mundo. Juan Luis Vives, valenciano de raza, nacido en 1492, redactaba cartas á paisanos suyos en castellano, y Bernardo Pérez, de Gandía, traductor de los *Silenos*, del *Aparejo de bien morir* y de la *La lengua* de Erasmo, escribía á principios del siglo XVI en uno de sus Prólogos: «porque era lenguaje sabido y entendido, como lo es en Valencia el romance castellano». No se trata de un fenómeno, cual el de los autores portugueses que escribieron en castellano (que son muchos y muy importantes), debido á circunstancias excepcionales y pasajeras, sino de un hecho histórico, cuyas proporciones se agrandan con los siglos, á consecuencia de una evolución ineluctable, como la que acabó en la misma Península por fundir en unos cuantos tipos lingüísticos las múltiples formas de habla popular empleadas en esta tierra desde los tiempos protohistóricos.

Comprendo muy bien que uno de los aspectos de la obra científica consiste en reducir á unidad la muchedumbre de las diferencias, y que, por lo tanto, todo lo que sea caminar hacia la unidad en cualquier sentido, es obra progresiva y bienhechora. Yo celebraría que sólo se hablase un solo idioma en el mundo, ya fuese el catalán, ó el castellano, ó el *esperanto*, ó cualquier otro de los que existen ó se inventen; pero me hago cargo de que por ahora el *consensus* universal es imposible de obtener, de que la obra del idioma es en su fundamento natu-

ral é inconsciente, y de que son enormes las dificultades de todo género que á semejante universalidad se oponen. Pero aunque esto se consiguiera, mientras una lengua haya vivido, y especialmente mientras haya cristalizado en monumentos literarios de consideración, será una labor digna, humana y provechosa estudiarla y fijar sus condiciones.

Me explico que á los maestros de instrucción pública que viven en territorio catalán, gallego ó vascongado, se les obligue á enseñar el castellano á sus discípulos, porque el castellano es el idioma oficial de la nación española, y es en castellano como un extranjero se dirige siempre á un español, por lo mismo que habla en francés (y no en provenzal) á un francés, y en inglés (y no en escocés ó irlandés) á un inglés, y en italiano (y no en alghorés) á un italiano. Vale mucho más el interés nacional que el amor propio de una región determinada. Me explico también que el idioma oficial de las autoridades entre sí sea el castellano, por razones análogas. Pero encuentro muy mal que aquellas autoridades que han de comunicarse con el pueblo, y han de enterarse de sus necesidades y de sus deseos, ignoren el idioma en que este pueblo se expresa. El artículo 62 del Reglamento del Notariado exige al notario que explique á los otorgantes y testigos en su dialecto particular la escritura extendida en castellano, si hubiere alguno que no entendiere este idioma. ¿Por qué no se ha de exigir lo mismo en casos análogos y aun más graves á los jueces y magistrados? Es absurdo que, tratándose de declaraciones de cuyo texto depende la vida, la libertad, la fortuna ó la honra del ciudadano, la autoridad judicial le pregunte al procesado ó al testigo en un idioma que no es el suyo; y aún más arbitrario es que le demande las contestaciones en un idioma, el valor de cuyas palabras desconoce. Un catedrático *español* de Facultad debe expresarse siempre en castellano, porque la Universidad de Santiago no es de los gallegos, sino que pueden ir á ella estudiantes de todos los territorios, así como la Universidad de Barcelona no es de los catalanes, sino del Estado español, y tienen de-

recho á acudir á ella todos los españoles. Un diputado vasco no puede expresarse en las Cortes en vascuence, porque no le entendería nadie. Pero un juez ó un notario que tienen que tratar con gallegos, por ejemplo, deben, por intereses de la fe pública y de la justicia, saber expresarse en gallego. El régimen de las mayorías es cruel, pero necesario en el estado actual de la organización política; mas por lo mismo que es un *mal necesario*, debe restringirse en cualquier esfera todo lo posible.

***

Considero, pues, como un beneficio para la cultura el establecimiento reciente de la *Academia gallega* y del *Instituto de Estudios Catalanes*, si allí se trabaja sin *chauvinismes* ridículos, con la mira puesta en el progreso humano y huyendo de toda tendencia aisladora y egoísta. Una cosa es trabajar *por* un pueblo, y otra muy distinta trabajar *para* un pueblo. Lo primero es una labor meritoria y laudabilísima. Lo segundo es un *servicio doméstico* más ó menos *agradecido* y mejor ó peor *pagado*.

El *Instituto de Estudios Catalanes* «tindrà per objecte la superior investigació científica de tots els elements de la cultura catalana», según los estatutos de su fundación. Se dividirá en cuatro secciones, tituladas respectivamente: de *Historia*, de *Arqueología*, de *Literatura* y de *Derecho*. Publicará textos, memorias, colecciones, estudios y monografías referentes á cualquiera de las indicadas materias. Los ocho individuos del Instituto, presidido por el distinguido profesor D. Antonio Rubió y Lluch, se muestran animados por los más ardientes deseos de trabajar por la cultura. Y en verdad que ya era hora de que este amor se despertase, porque los catalanes, ni más ni menos que las otras regiones españolas, han dejado que la curiosidad y el oro extranjeros se llevasen á lejanas tierras monumentos preciados de su literatura y de su arte.

Pero si el referido *Instituto* ha de tener «por objeto la *superior* investigación *científica* de todos los elementos de la cultura catalana», ¿por qué ha cerrado, en la forma que indica la mencionada división en secciones, el campo de sus trabajos? ¿Es que la gloria de la investigación científica catalana ha de consistir en referirse exclusivamente á Cataluña? Si á los futuros miembros del Instituto se les ocurre no dedicarse, por ejemplo, á la clasificación y al estudio de la flora catalana (porque esta tarea, con un poquito de esfuerzo, podría considerarse incluída en la sección de *Historia*), sino á la ciencia en general, y son capaces de realizar admirables descubrimientos en Medicina, en Astronomía, en Fisiología, en Filosofía, etc., ¿no habrá hueco para esta labor en el *Instituto?* ¿Se entenderá que la gloria de Cataluña consiste en estudiar *lo catalán*, y no en que sean *catalanes* los que estudien? ¿Le importará tan poco á la Diputación el progreso humano, que sólo se sienta animada para dar unas pesetas á lo que fortifique el amor á Cataluña? Con el establecimiento de dos ó tres secciones más, que no representarían excesivo gasto, la organización del Instituto sería más simpática á los ojos del resto del mundo, sin que esto obste para que lo hecho merezca aplauso. La Real Academia Española, por ejemplo, se ocupa *preferentemente* en temas de investigación hispánica; pero buena parte de los discursos de entrada de sus miembros (única labor que la mayoría de ellos ejecuta) se refiere á cuestiones de interés general.

En la reciente discusión del presupuesto de Instrucción pública que ha tenido lugar en las Cortes, se ha evidenciado la supina incultura de la mayor parte de los *oradores* que rigen los destinos de nuestra patria. Se ha hablado de la *erudición* como de un pecado, y hasta se ha llegado á contraponerla al equilibrio de las facultades, como si en los tiempos que corremos pudiese nadie enterarse de una ciencia cualquiera (no ya de la Historia ó de la Arqueología, sino v. gr. de la Medicina ó de la Antropología) sin el aparato dificilísimo é indispensa-

ble de la *erudición*. ¿Qué entenderán esos salvadores de la patria por *erudición*, y por qué no la definirán antes de censurarla, para que sepamos á qué atenernos? Mommsen, Darwin, Ihering, Schopenhauer, Herbert Spencer, y en general las figuras más insignes de la especulación extranjera, serían aquí mirados con desprecio olímpico por los jóvenes imberbes y los viejos gobernantes que no han menester de ningún libro para saber nada. A Menéndez y Pelayo, una de las glorias más legítimas, no de España, sino del mundo, le diputan muchos por un *erudito*, y así se ahorran la lectura de sus producciones. Si reparasen en las citas que esmaltan los trabajos de Cajal y de Azcárate, por ejemplo, echarían de ver con desagrado que también son colosales *eruditos*. Y como sin la erudición no se puede dar un paso, en los días por que atravesamos, y la erudición se menosprecia por no tomarse el trabajo de adquirirla seriamente, fatigan las prensas españolas libros y folletos inútiles, que revelan horizontes intelectuales limitadísimos y donde se descubren á lo mejor el oxígeno ó las islas Molucas, por no enterarse bien antes, mediante la *ingrata* erudición, de si se conocían ya. Y así vamos viviendo, y así se llama á voz en cuello á los extranjeros para que vengan á enseñarnos, sin caer en la cuenta de que esos extranjeros puede que sean también *eruditos*, ni en que quizá exista en España quienes sean capaces de competir con ellos. Pero ¿cómo se ha de saber si esos elementos aprovechables existen ya en la nación, si aquí molestan las letras de molde á los directores de pueblos?

El *Instituto de Estudios Catalanes* ha contestado á estas imbecilidades dedicando á la *maldita* erudición la mitad, por lo menos, de sus tareas. Y ha hecho en esto muy bien, y yo le aplaudo *ex animo*, y hago votos por su buena ventura, y me propongo colaborar en ella con las muchas ó pocas fuerzas de que Dios me haya dotado. No descansemos en Ticknor ó en Fitzmaurice-Kelly para conocer la literatura castellana, ni en Morel-Fatio ó en Denk para enterarnos de la catalana, ni en

Carolina Michaëlis de Vasconcellos para apreciar la galaica. Trabajemos en nombre propio por el esplendor de la verdad y de la patria, y hagamos buenas las palabras que el gran Verdaguer dirigió á *Espanya*:

«Poden tos rius escorrers, venir al mar tes terres,
no l'ull, però, aclucarshi del sol que may se pon.»

Adolfo Bonilla y San Martín

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

LIBRO SEXTO

SEGUNDO VIAJE Á ROMA

(1649-1651)

CAUSA OCASIONAL DEL VIAJE

La antigua Roma deja siempre, después de la primera visita, honda nostalgia, por lo menos en aquellos que merecen visitarla. La segunda estancia suele ser ya más agradable, más placentera. Este deseo, la sospecha quizá de que allí le esperaban aún los más brillantes días de su vida, impulsó al pintor, entonces de cincuenta años, al país en donde, cuando tenía treinta, había experimentado por primera vez la dicha de entregarse á la contemplación del arte y de los monumentos de Roma con la libertad de un país donde todo reviste grandeza.

El primer viaje había sido un viaje de estudio; el segundo fué oficialmente un viaje de negocios, aunque el motivo oculto, pero real, fuese el de volver á visitar el país querido; quizá también estrechar las suavizadas relaciones de España con el Papa, Corte y sociedad, y mostrar en aquella arena todos sus talentos.

Su encargo, pretexto para el largo permiso, estaba rela-

cionado con su nuevo empleo de director de las reformas del palacio de Madrid.

En los últimos años se habían adornado salas nuevas, se habían dispuesto nuevos locales. Su decorado no podía ó no quería confiarse á los artistas nacionales, especialmente desde que los nombres de dos pintores decoradores muy celebrados de Italia habían llegado á Madrid; también para el mobiliario se pensaba llamar á determinados artífices en bronce. Los nuevos locales habían dado ocasión á una nueva instalación del tesoro de cuadros; algunas salas habían transformado ya el palacio en una pinacoteca. Pero los actualmente existentes no bastaban á los planes del rey.

«En esta ciudad—escribe sir Arthur Hopton el 20 de Julio de 1638—no hay cuadro de algún valor que el rey no adquiera á buen precio.»

Pero sabían allí perfectamente que Madrid era muy modesto mercado en comparación con Venecia y Roma. Por esto se echó mano de Velázquez.

«Propúsole—dice Jusepe Martínez (1)—S. M. que deseaba hacer una galería adornada de pintura, y para esto que buscase maestros pintores para escoger de ellos los mejores, á lo cual respondió: «V. M. no ha de tener cuadros que cada hombre los pueda tener». Replicó S. M.: «¿Cómo ha de ser eso?» Y respondió Velázquez: «Yo me atrevo, Señor, si V. M. me da licencia, ir á Roma y á Venecia á buscar y feriar los mejores cuadros que se hallen de Tiziano, Pablo Veronés, Bazán, de Rafael de Urbino, del Parmesano y otros semejantes, que de estas tales pinturas hay muy pocos príncipes que las tengan y en tanta cantidad como V. M. tendrá con la diligencia que yo haré; y más que será necesario adornar las piezas bajas con estatuas antiguas, y las que no se pudieren haber se vaciarán y traerán las hembras á España, para vaciarlas después aquí con todo cumplimiento».

(1) *Discursos practicables*, pág. 118.

Mas para disponer aquellas habitaciones reales, verdaderos templos de arte, según los modelos italianos, era preciso también estatuas.

«Será necesario adornar las *piezas bajas* con antiguas esculturas. Las que no se puedan tener se traerán las formas á España para fundirlas tan cumplidamente como sea posible.»

Hasta allí el palacio poseía pocas piezas de esta clase. El inventario de Felipe II contenía 117 obras plásticas, entre ellas 32 seguramente modernas; las demás eran la mayor parte retratos en busto; sólo cuatro estatuas (1) fueron en parte trasladadas á los jardines de Aranjuez y del Buen Retiro, donde Ponz aun las vió (Viaje VI, 133). El inventario de 1636 enumera 58 estatuas, de las cuales sólo una parte determina: las expuestas en el «Jardín del Emperador», al lado del pasadizo; doce estatuas de emperadores con coronas de laurel de plata, y tres caballos en la torre de la biblioteca.

En 2 de Marzo de 1647 recibió Velázquez el nombramiento de veedor y contador de la fábrica de la pieza ochavada (2). Esta pieza correspondía á la renovación del antiguo palacio, empezada en tiempo de Felipe II, pero sólo terminada ahora. Entonces se ideó una prolongación del ala del Sur, dispuesta en forma que se elevase paralela al antiguo frente una nueva fachada; en ésta fueron construídas, entre otras, las dos torres cuadrangulares salientes que flanqueaban la antigua puerta. Esta nueva parte contenía el salón de los Reinos, la sala de los Espejos y el *Ochavo*. El Ochavo no era otra cosa que una gran pieza de la antigua torre de la izquierda (3). Estaba ahora sobre la puerta principal, al lado de la nueva escalera. Recordaba las tribunas de Florencia, conocidas del rey por los

(1) E. Hübner: *Estatuaria antigua en Madrid*. Berlín, 1862.

(2) Fueron dos nombramientos: el primero, de veedor, en 22 de Enero; y el segundo, de contador, en 2 de Marzo de 1647.—*N. del T.*

(3) C. Justi: *El palacio de los Austrias en Madrid*. Zeitschr. f. Bild Kunst, 1894.

relatos de los señores y pintores florentinos. Se resolvió disponer un consorcio semejante de plástica y pintura. El mismo Felipe IV la llamaba su tribuna.

Cuando Fernando II de Toscana envió al ministro Haro una estatua de su señor, con una mesa-consola de mosaico florentino, la encontró de tanto gusto el rey, que D. Luis se la regaló.

«Mandó ponerla—dice el embajador florentino Ludovico Incontri en 30 de Agosto de 1651—en el *salone ottogono*, entre las dos galerías, la cual es como la tribuna de S. A. (*e come la tribuna di S. A.*). Allí tiene la reina sus mejores alhajas; las paredes están adornadas con pilastras y hornacinas de jaspe con las mejores estatuas.»

Cuando la reina, de diez y seis años, y la infanta María Teresa se disputaban estas obras de arte, la una para el nacimiento del heredero, y la otra para su matrimonio con Luis XIV, dijo el rey, riendo:

«Echáis mal las cuentas, porque, estando el caballo y la mesita en la tribuna, ya no soy dueño de ellas, pues todo lo que aquí llega se entiende incorporado á la Corona» (1).

Los cuadros eran asuntos mitológicos y de caza, de Rubens y Snyders, realmente copias, y dos originales perdidos de Van Dyck: Baco con las ninfas, Mercurio y Saturno. En el techo, unas ninfas tocando, del Tintoretto. El salón estaba destinado para contener otras muchas preciosidades. Entre las estatuas veíase el hombre de la espina, que ya poseía Feli-

(1) S. M.tà gl'ha fatto porre nel Salone ottagono che vien fra le due galerie, et è come la Tribuna de S. A., nel quale il Re tiene le cose più preziose, essendo le pareti ornate di pilastre, et nicchie di diaspro con statue bellisisime. La M.tà della Regina e la S.ra Infanta, in presenza del Re, stavano facendo i conti a chi di loro haveva a toccare, pretendendole la Regina al primo figlio maschio, et la S.ra Infanta quando si partira della M.tà Sua et anderà a marito: et il Re ridendo disse a D.e S.re, che facevano male i conti, poiche essendo il cavallo et il tavolino posti nella *Tribuna* egli non n'era più Padrone poichè tutto quello che entrava in d.a Stanza, s'intendeva incaramato per la corona.

pe II, y los siete planetas de bronce que Fernando había logrado en Holanda.

Como no era de esperar que se encontrase ocasión para adquirir antiguos originales, se determinó proporcionarse moldes de los más celebrados modelos de los Museos romanos, divulgados por entonces por obras de estampería por todas partes, para fundirlas en bronce.

Con una comisión semejante fué enviado á Italia, un siglo antes (1543), el pintor Primaticcio por Francisco I. Reunió allí en poco tiempo 125 estatuas, torsos y bustos, y mandó fundir las mejores antigüedades de Roma á Jacobo Barozzi da Vignola y á Franz Libon. Además de Marco Aurelio y la columna de Trajano, se conocían el Laocoon, el Apolo, Venus, Cleopatra, el Nilo y el Tíber. Los fundidos en París se recomendaban por su airosidad y pureza. Es posible que las noticias que Vasari daba de estas antigüedades para la colección de copias de Fontainebleau (Vite, XIII, pág. 3; IX, 80) diera el impulso al plan de Felipe IV.

Extrañaría á los admiradores y detractores de Velázquez que éste encargase en Roma una colección de moldes de obras antiguas, confiándola á un predecesor, en ciento veinte años, de Rafael Mengs. Se ha relacionado la aparición simultánea en todas partes de estos Museos de copias, hacia el fin de aquel siglo, con la decadencia del sentimiento pictórico, y el dudoso gusto de Gerardo de Lairesse y de Van den Werff. Rumohr nota «que desde la creación de la sala de los Antiguos en Amberes (1680) y Amsterdam (1700) desapareció rápidamente en las escuelas de ambas ciudades aquella finura de percepción tan poco común que caracterizaba sus primeros trabajos» (Tres viajes, pág. 59).

En España este peligro no era un secreto; también Martínez hace notar (loc. cit., 4): «El dibujo es por tales escuelas rígido, seco y lo más ingrato á la vista». Sin embargo, los procedimientos tan fatalmente pseudoclásicos y antipictóricos del siglo siguiente tal vez fueran menos un efecto de los anti-

guos que del ya iniciado marasmo que con semejante transfusión esperaba rejuvenecerse. La natural fuerza de resistencia de los pintores de raza del siglo anterior no había tenido que temer tal desviación.

Es probable también que estas compras y el viaje en cuestión fueran hechos en interés de una Academia de pintura en proyecto. Indudablemente se fundieron moldes suministrados por Velázquez en la Academia fundada en tiempo de Felipe V. Tal institución fué ya proyectada bajo Felipe III, según Jusepe Martínez, por Vicente Carducho, á excitación del cual, en el año 1619, los pintores de la capital elevaron un memorial con los estatutos. A la inauguración del reinado de su hijo se habló otra vez del plan, y Olivares se mostró favorable al mismo; se bosquejó un programa con concursos doctrinales, premios y grados concedidos en actos públicos; la ejecución, á la cual también las Cortes de Castilla se mostraron favorables, naufragó por la «discrepancia» de los pintores.

*
* *

Ya en 14 de Mayo (1) decretó el rey al *Bureo* que se pagasen al pintor sus atrasos, lo que tuvo lugar, con efecto, en 6 de Octubre de aquel año.

Velázquez abandonó Madrid en Noviembre de 1648. Como en Cataluña ardía aún la guerra, Barcelona estaba en poder de los franceses, y en Valencia y Sevilla reinaba la peste, el embarque tuvo lugar en Málaga el 5 de Enero de 1649. También el embajador veneciano, Basadona, tuvo que hacer este camino para venir á Madrid, en el cual invirtió sesenta y ocho días. La travesía no estaba exenta de peligros. En la primavera de 1650 lograron apresar los piratas franceses, entre Alicante y Génova, un buque español con el secretario de Don Juan de Austria, que equipó una flota á Nápoles para arrojar á los franceses de Elba y tomar Longona y Piombino.

(1) El decreto lleva fecha de 18 de Mayo de 1848.—*N. del T.*

Velázquez unióse al séquito del embajador español, que se dirigía á Triento para recibir á la nueva reina, Mariana de Austria, D. Jaime Manuel de Cárdenas, duque de Nájera y Maqueda. A consecuencia de los vientos contrarios, no pudieron llegar á Génova hasta el 11 de Febrero.

También en esta ocasión sólo estuvo poco tiempo, como de paso en Génova. Después de Milán y Padua, estuvo en la ciudad de las lagunas. No espera Velázquez á gozar de las fiestas que en aquel Estado se preparaban para recibir á la futura reina de España, y, presuroso de llegar á Venecia, reposa en Milán sólo algunos días, los suficientes para ver la Cena de Leonardo y dar un vistazo á las iglesias. Por lo cual cedió el honor de retratar por primera vez á la joven reina de España á un extranjero, Justus Sustenmars, pintor de la Corte en Florencia, que llegó con el cardenal Yoh. Carl de Medici hasta la frontera. Este retrato lo llevó consigo á España.

El 21 de Abril entraba en Venecia.

COMPRA DE CUADROS EN VENECIA

Entre los muchos huéspedes de alta jerarquía de todas las naciones que entonces acudieron á Venecia, como primer lugar de recreo de Europa, no pocos iban á dejar su dinero á cambio de cuadros. Es este artículo la reina de los mares era la primera plaza, pues ya en el siglo XVI la escuela veneciana ocupaba el primer rango en la general estimación. A los pintores de Italia y del extranjero siguieron los potentados: Carlos I de Inglaterra, Felipe IV, Fernando II de Toscana, Cristina de Suecia, el archiduque Leopoldo Guillermo, tenían avidez de cuadros venecianos.

Por aquel tiempo estuvieron allí personalmente el duque Francisco II de Módena (1648); Antonio Ulrico de Branschweig, de veintitrés años (1556); el marqués Carlos II de Mantua (1460); Fernando III. El pintor holandés Daniel Beck fué

como agente de la reina de Suecia, dando á entender que llevaba grandes planes (*concetti grandi*).

Se hablaba de dos pintores que el emperador iba á enviar. «De todos lados—dice Marco Boschini en una poesía dedicada al archiduque Leopoldo—vienen cazadores que tienden sus redes, derramando oro sin tasa para llevarse nuestras joyas.»

Perche a sto muodo da tutte le bande
ghi cazzadori, che le rede tende
e che senza mesura l'oro spende,
e porta via ste zogie cusi grande.

Mas si Velázquez había creído que sólo con llevar la bolsa bien repleta iba á encontrar á la primera oferta Tizianos y Paolos, se equivocó. Estos no esperaban comprador; todo lo contrario, el comprador debía acecharlos con mucha paciencia. De Tiziano apenas si aparecían cuadros históricos; un retrato surgía á veces, y se daba por él, si tenía manos (1), 100 doblones, 200 ducados de plata. Cierto Dux (quizá Landi, † 1545) era objeto de general codicia en el estudio del senador Landi. Lo compró lady Vichman en 1646 por 3.200 ducados.

Era preciso vivir allí mismo, ó tener un agente medio aficionado medio comerciante, de suma experiencia, que estuviera en acecho, ya de la ruina de un noble, ó de la secularización de un convento, ó de las veleidades de una monja abadesa ó de un párroco, agente en el cual depositaban su confianza los Silock de este negocio, y que no se desdeñaba en entrar disfrazado á un antiguo palacio. Las crónicas hablan incidentalmente de los innumerables aficionados que descubrían Leonardos, Correggios, Holbeins, Georgiones apócrifos. El gran Pedro de Cortona compró entonces un falso Paolo para el cardenal Bichi (2). Pero quien poseyese un agente de esta clase po-

(1) Las manos de Tiziano eran altamente apreciadas.—*N. del T.*

(2) «Ci vuol bene il fondamento dell'arte, ma nel resto si ricerca una grandissima pratica», hace notar Paolo del Sera. Su correspondencia con Fernando II se halla en el Archivo de los Oficios.

día muy bien reunir en veinte años una soberbia colección con el dinero de los príncipes. Uno de éstos era Niccolo Rinieri, que poseía hermosos Paolos y Bassanos, y Paolo del Sera, un rico comerciante y comisionista, que vivía en una casa del Canal grande, y que había aprendido á pintar en casa del Prete Genovés. Era agente de Fernando II de Toscana, y recibía siempre las primeras ofertas secretas. Pero rara vez llegaban extranjeros que pudiesen pagar la prima á estos señores; Sera quería, como él decía, una *offerta da Re* para su estudio. El archiduque Leopoldo se la hizo. Poco antes de la llegada de Velázquez (1647), vendió uno de los tres hijos y herederos de Vincenzo Grimani Calerge á unos genoveses, aquella tapicería de dibujos rafaelescos, por la cual anteriormente había ofrecido el conde Arundel diez mil ducados.

De adquisiciones de pintores españoles, cita Palomino cuatro lienzos; el mejor es ciertamente un Paolo: Venus y Adonis (Prado, 526), un asunto pintado á menudo por éste; dos cuadros al temple de la vida de Cristo: el uno la curación del ciego, «un milagro del arte», que no se atrevió á exponer á los peligros del transporte. De Tintoreto trajo la Conversión de San Pablo (?), un techo de la historia de Moisés, la Purificación del Botín de las Vírgenes Madianitas (415); y, finalmente, El Paraíso, muy rico en figuras (428), boceto de su gran obra del Gran Consiglio. Boschini, que entonces le conoció, y que le describe como espejo de un seductor caballero en su *Carta del navegar pintoresco*:

> «Cavalier, che spirava un gran decoro
> de si perfeta, e nobile maniera
> che ogn'un'el lauda, e somamente el precia».

refiere que esta (pág. 56) última obra era la que prefería; encontróle un día ante ella en el palacio del Dux, perdido en la admiración de la artística distribución y la vida de las innumerables figuras de esta gigantesca obra. «Este cuadro solamente basta para inmortalizar á un hombre; parece la obra de toda una generación.»

El fantástico mercader de joyas falsas contaba, además, que había dado por cinco cuadros 12.000 escudos; pero citaba, además, el «Paraíso», dos Tícianos y dos Paolos. La cosecha le parecía algo escasa, pero «*no se trova de comprar più niente*» (1).

Sin embargo, Velázquez, al dar aquellas seguridades al rey, había tenido un certero presentimiento, como lo probaron los acontecimientos del año siguiente en el mercado de cuadros; desgraciadamente, llegó algo pronto.

Cuando la Serenísima, en 1657, decretó, para costear la guerra de los turcos, la supresión de las órdenes de los Cruzados y del Espíritu Santo y la confiscación de sus bienes, y la obtuvo de Alejandro VII, aparecieron inesperadamente algunas de las primeras obras maestras en el mercado.

Los canónigos de S. Spirito poseían dos cuadros de altar de Tiziano, la Venida del Espíritu Santo; sobre el altar mayor la inestimable obra de juventud del San Marcos, con los cuatro santos, y en el techo tres historias del Antiguo Testamento. Los cruzados tenían en el refectorio las Bodas de Caná, de Tintoretto (1561), y una admirable cabeza de mujer rubia llena de encanto y luces de oro. Ya antes de la publicación de la bula de extinción, el provincial y prior de esta orden, el padre Barbero, había ofrecido á Paolo del Sera, por la mediación del tratante en cuadros Barbier, este cenáculo para un comprador incógnito (Marzo 1656). Pedía 4.000 escudos de plata, mientras que el archiduque sólo ofrecía 1.500 piastras. En esto sobrevino la bula, y el Gobierno inventarió el valor total. Los cinco cuadros de Tiziano fueron destinados á la iglesia y sacristía de la Salud, donde aun los podemos ver. La lucha para

(1) Boschini dice que vió también un hermoso retrato de mano de Velázquez, en Venecia.

Se ghe ne viste un simile (retrato) a Venecia
E l'hó visto anca mí; questa xè vera,
De si perfeta, e nobile maniera,
Che ogn'un'el lauda e somamente el pretia.

obtener las Bodas de Tintoretto fué encarnizada. El nuncio Carlos Caraffa intercedió con los procuradores de San Marco, á los cuales Paolo del Sera rebajó hasta 2.500 ducados (1.666 $^{2}/_{3}$ piastras). Pero el patriotismo estaba picado; los procuradores Pesaro y Bragadis querían llegar hasta 3.000 ducados; los pintores pedían 10.000; finalmente pasó á la Salute.

Abrióse una perspectiva extraordinaria.[1] En Octubre de 1618 apareció el hebreo Ventura Salomón como agente del padre maestro de los siervos, con la oferta de una de las brillantes creaciones de Paolo: el Convite del fariseo en el refectorio de la Orden. Pedía 10.000 ducados; quizá lo dejarían en 8.000; el judío debía percibir un 5 por 100. El Gobierno cerraría los ojos. Paolo del Sera creyó imposible que la ciudad dejase escapar tal obra. También esta adquisición naufragó, probablemente por la avaricia de los florentinos; la Serenissima regaló el cuadro siete años más tarde á Luis XIV.

NÁPOLES EN EL AÑO 1649

Apenas llegado á Roma, debía Velázquez ir á Nápoles para entregar sus cartas de recomendación al virrey conde de Oñate. Estas contenían la orden real de ayudarle largamente en todas las necesidades que el objeto de su viaje le ocasionase (1). Cuál era su objeto, nos lo da á entender Passeri (2) diciéndonos que se encargaron trabajos á un escultor napolitano. Julián Finelli, de Carrara, había sido enviado por el duque de Terranova (Oñate) á Roma, para ocuparse en la fundición de los antiguos en yeso y una parte en bronce, así como también algunos modelos suyos, y doce leones de bronce dorado. Estos estaban destinados á mesas de mármol; se los encuentra á menudo en los retratos posteriores, como en el de Carlos II, de

(1) Palomino, III, 336: «De assistirle larga y profusamente».

(2) Passeri: *Vite de'pittori*, 261, 267. Una parte fué sólo en Madrid fundida. Palomino, 340.

Carreño. Este envío no tuvo lugar hasta el año 1652; por consiguiente, Velázquez no tuvo más que elegir sino estos antiguos. Finelli había hecho las estatuas de Monterrey y su mujer para Salamanca; su favor con el conde le fué, según Passeri, de mucha utilidad. Monterrey le había recomendado á Velázquez.

Nápoles era entonces la más fecunda mina de los españoles, en lo que se refiere á obras de arte. Aun hay iglesias en España donde se cree uno transportado á Nápoles; por ejemplo: la colegiata de Osuna, la iglesia de las Agustinas Descalzas, de Salamanca; también en el palacio real ésta era la única que representaba las escuelas italianas. En la fundación que costeó Monterrey (entonces virrey) en la antigua ciudad universitaria, trabajaron los más sobresalientes pintores de Nápoles, incluso muchos industriales; una gran parte de los cuadros estaba en la clausura, es decir, invisible, hasta que hace pocos años fueron trasladados á París.

En esta ocasión visitó por segunda vez á José Ribera. Veinte años habían transcurrido desde su primer encuentro; la mayor parte de la carrera artística de los dos pintores. Sin embargo, Ribera era ante el caballete el mismo que en otro tiempo. ¡Qué serie de creaciones fueron expedidas durante aquellas dos décadas de su casa, frente á San Francisco, á lejanos países! Entre ellas estaba la gran Concepción pintada para el mismo Monterrey, en el año 1635; el Misterio favorito de los españoles, asunto que hermana muy poco con las demás producciones de su talento. A esta apoteosis de la Santa Virgen siguió (1637) el insuperable cuadro de un alma doliente en la Pietá de San Martino, ante cuya seriedad y majestad de su dolor todas las representaciones del siglo palidecen. Después vinieron los años agitados en que iba á aparecer Domenichino, para enseñar á los napolitanos lo que había de ser la pintura monumental. Ribera no le hizo sombra, no era un pintor de frescos. Pero quiso demostrar que lo que se consideraba como monopolio de aquel italiano del Norte, estaba á su alcance

cuando quería. Para ello pintó la Sacra Familia con la Santa Catalina para Génova (1643), hoy en el parque de Stratton, en Inglaterra; un grupo íntimo de familia, cuyas dos mujeres presentan tal pureza de líneas, tal elevación, gracia y discreta intimidad, que hace penoso separarse del cuadro. Al año siguiente se le concedió la cruz de la orden papal de Cristo. El año 1646 le depara una satisfacción artística. Recibió una tablita de altar de la discutida capilla del Tesoro, el martirio de San Januarius; estaba allí como un documento elocuente entre las obras medianas del Domenichino, en un ángulo de la cúpula. Allí donde sus rivales esperaban una obra patibularia, hallaron una figura riente, tranquilamente triunfadora, inundada de luz.

Pero entonces sufría un golpe terrible. Tenía dos lindas hijas, cuyas facciones encontramos á menudo en sus Vírgenes. La más joven, María Rosa, estaba en aquel tiempo en el esplendor de su belleza juvenil. Todavía en el año 1646 utilizó su rostro para modelo de uno de sus más grandes cuadros de la Purísima. En él llevó á la exageración su sistema de pintar con luz y sombra, sin color. El cuadro estaba destinado para Madrid; para el altar mayor del convento de Santa Isabel, cuya gran iglesia estaba en construcción desde hacía siete años.

En aquel año estalló la insurrección de Masaniello, y el hijo natural del rey, Don Juan de Austria, fué enviado á Italia. Durante su agitada vida, en Nápoles trabó amistad con el pintor de la corte, cuyos retratos ecuestres multiplicó por medio del grabado (1648). Este primero y único trato con un individuo de la dinastía fué nefasto para Ribera. No esperaba nunca de España, su patria, nada bueno para él, y así lo había declarado ya años antes. «España—solía decir—es una tierna madre para el extranjero, y una dura madrastra para sus hijos.» Por esto no quería abandonar Nápoles. «El que se encuentra bien en un sitio, no se mueva de allí» (1). María Rosa

(1) «Quien está bien no se mueva.» Dice, según Martínez: «Que España es madre piadosa de forasteros, y cruelísima madrastra de los propios naturales.» *Discursos*, 34.

fué inmolada á la seducción del joven príncipe. Este llevóla á un convento de Palermo. El dolor del severo padre tocó en los límites de la desesperación. Se maldijo á sí mismo, pues su vanidad había ocasionado la desgracia; había tenido el atrevimiento de invitarle á una de sus tertulias de noche. La tradición dice que se retiró á una posesión en Posilipp, y pronto desapareció. Pero sus cuadros, fechados hasta 1652, y la visita de Velázquez, demuestran que sobrevivió algunos años á su desgracia († 2 de Septiembre de 1652). Las obras de este último año son de tal maestría técnica y de tal profundidad de sentimiento, que demuestran que la amargura no había agotado su espíritu. El San Sebastián del Museo de Nápoles es la última y más elocuente reproducción de este asunto, tan á menudo representado por él, pero allí la muerte es una transfiguración. En los Pastores, del Louvre, parece haber buscado un consuelo, pues se reproducen los rasgos de la hija, perdida para él, en la María con los ojos al cielo. Su canto del cisne fué la gran Comunión de los apóstoles en San Martino. Esta es su obra más rica en figuras y de arte, y en la cual se admira otra vez la suntuosidad de colores tizianescos de su juventud, insuperable en la expresión de la devoción sacramental, verdad y profundidad de sentimiento, dignidad y solemnidad del gesto (1).

Fruto de las trágicas relaciones fué una hija, la cual, por mediación del padre Nithard, ingresó en las Descalzas Reales de Madrid, en donde vivían y morían damas de la Casa de Austria (2).

En el cuadro de Santa Isabel, de Madrid, habrá chocado á todo el que esté familiarizado con el estilo de Ribera el exotismo de aquel rostro vulgar de María. Sabemos por Palomi-

(1) Pocos ejemplos hay de la disparidad cronológica en las obras de un maestro como el de Ribera. Esta obra, inspirada seguramente en las escuelas venecianas y lombardas, se colocaría en época anterior si no llevase la fecha al pie del lienzo.

(2) Este hecho consta en los papeles de la sucesión de este jesuíta, hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, descubiertos y publicados en la *Gazette des Beaux Arts*, por P. LEFORT, 1882, I, p. 42.

no (III, 312) que está repintado por Claudio Coello, porque las monjitas, indignadas con la semejanza de retrato con la hija del pintor, lo mandaron así. No era, en verdad, la cabeza de María Rosa (conocida también en Alemania por la Santa Inés (1), de Dresde) un modelo poco adecuado para una santa. ¿Cómo pudieron escandalizarse en Madrid después de tantos años de muerta la joven? Esta indignación no se manifestó hasta que las monjas supieron la procedencia de la *Excelentísima Señora* en las Descalzas Reales. Se notó su semejanza con este rostro de María, cuyo modelo fué en otro tiempo María Rosa.

ROMA EN 1650

Velázquez entró en la Ciudad Eterna por segunda vez la víspera del jubileo que á consecuencia de la extinción de la guerra se celebró y atrajo extraordinaria y numerosa peregrinación. No sabemos si esta tropa de peregrinos celebraba realmente una fiesta de paz. El Papa contestó con la Bula de 23 de Noviembre de 1648, *Declaratio nullitatis*, á la celebración de la paz de Wesfalia. Pero de todos los países acudían las hermandades; también aparecieron los príncipes Leopoldo y Matías de Toscana, María de Saboya, hija de Catalina de Austria. Al lado de éstas advirtiéronse muchas figuras siniestras del Mediodía de Nápoles, que después de la sofocación de la guerra en los Estados eclesiásticos aparecieron á veces con intento de pillaje en el territorio napolitano. En el Colosseum vivió largo tiempo tal banda. En Roma encontró apoyo en el palacio del embajador francés, pues este señor extendió su derecho de asilo á toda la manzana en que estaba su casa. Allí moraban «Masanielli», como ellos se llamaban, á cientos. El cardenal Barberini, que introdujo en Roma la primera peluca francesa, se llamaba entonces *il principe di Casa Masaniello*.

(1) A. Schnütgen: *Zeitschr. f. christf. Kunst.* 1892.

La cólera del pueblo romano se desató contra los reclutadores españoles que con consentimiento del Gobierno hacían su agosto. Hasta osaban poner sus manos en los peregrinos; pero los aldeanos con sus bastones guarnecidos de plata eran hombres de puños, y como en cierta ocasión en la plaza de San Pedro fuese detenida una cuadrilla de estas piadosas gentes, batieron con ayuda de la multitud del Bosgo á la guardia y la redujeron á prisión. Un pasquín decía: «También en Roma hacen Masianelli». En suma: la santa Roma era un lugar clásico para el estudio de los cuadros de soldadesca. La catástrofe de Nápoles había excitado en general el sentimiento patrio italiano. La posición del español en Roma no era agradable. El Papa mismo era un italiano de corazón. Con ocasión de las luchas eclesiásticas de Venecia exclamó: «Es imposible que los eclesiásticos olviden el servicio de su patria: tan fuerte es la voz de la naturaleza; Nos lo hemos experimentado cuando de vuelta de España entramos de noche en esta ciudad; nos apresuramos á abrir las ventanas de nuestro palacio para celebrar contemplando la Piazza Navona y el Pasquino mestro regreso á la patria» (1). Censuró la sangrienta dureza de D. Juan de Austria como impolítica é inhumana. La fuerza de los acontecimientos le puso enfrente de los españoles. Estos miraban con indignación pasar por el Corso al enviado del clero de Portugal, y pronto también al del «Tirano» (así llamaban al nuevo rey Juan IV); hubo choques sangrientos. También era detestado en la corte. Cuando el agente español Ameyden fué interrogado en la primera audiencia del duque de Arcos por los prelados y caballeros allí reunidos acerca de su carácter, dijo de él que era «limpio de manos y *justiciero* (así llamaban á Don Pedro el Cruel) y cortés», á lo cual se le contestó que las dos primeras cualidades se veían á veces en los españoles, pero la tercera jamás (2).

(1) Despacho del veneciano GIUSTINIANI, 1 Octubre 1650.

(2) Che s'erano veduti altri ministri di Spagna netti di mano, é giustitieri, *ma cortesi mai*. Ameyden, 25 Enero 1646.

Tenemos á la vista un cobre del dominico Barriere, de Marsella, en el gusto de Callot, que reproduce de la manera más fiel una escena de aquel año, en la cual puede pensarse que Velázquez tomó una parte principal. Es una reproducción de la fiesta organizada el 17 de Abril, madrugada del día de Pascua, por la *Cofradía de la Gloriosa Resurrección*, fundada en 1579. Realmente es la colonia española, en cuyo centro se halla el embajador con Fernando Brandano, *oficial mayor* de la Secretaría Pontificia, al cual retrató también Velázquez. La perspectiva muestra la Piazza Navona vista desde el extremo sudoeste. Esta plaza, la más característica de Roma, desde 1477 mercado, debe su actual configuración al Papa Inocencio X; en ella está sita su casa natal. A la izquierda hay, en la parte más visible, un palacio moderno; según cuenta Sandrart (página 200), «la casa donde nació, con otras muchas de al lado, hasta *alla Madonna della Pace*, fueron demolidas, y en su lugar mandó edificar el majestuoso edificio llamado Palazzo Pamfilio, con la iglesia». La iglesia de Santa Inés no fué empezada hasta dos años después. El obelisco, que lleva la inscripción 1651, estaba ya erigido.

El antiguo Circo agonal fué transformado por el romano Carlo Reinaldi, el hijo del constructor del palacio, en un peristilo con columnas ceñidas de hojas y con bellos remates puntiagudos, en las cuales ardían dos mil luces. El obelisco estaba rodeado por un castillo con cuatro torres, sobre el cual estaban los coros de música; otras cuatro había en las terrazas de la periferia. En el eje longitudinal flanqueaban esta *guglia* dos agujas que irradiaban haces luminosos; la torre del Colegio Romano y el Anima respondían. Esta multiplicidad de luces proporcionaba en la claridad de la mañana un espectáculo original; el aire parecía saturado de oro fundido. Allí donde después se colocó la fuente del *Tritone pesce*, ó Neptuno, modelada por Bernini, y en el extremo de enfrente, eleváronse dos arcos de triunfo costeados por castellanos y aragoneses, coronados con obeliscos y cúpulas que recordaban la

corona del rey de España; en uno había una estatua del Resucitado, en el otro la de María, á la cual se apareció en la mañana de Pascua.

A la izquierda, en el sitio donde pronto se levantó la fachada de Santa Inés, obra de Rainaldi y de Borromini, erigieron los fieles portugueses un altar con las armas de su país. A la derecha se veía la fachada renacimiento de la antigua iglesia nacional española de Santiago y San Ildefonso. De ella salía la procesión, abriendo la marcha el embajador, duque del Infantado, y avanzaba bordeando el antiguo Circo á lo largo de los edificios. La devoción no impedía volver la vista á los balcones del palacio Pamfili, los cuales estaban guarnecidos de apretadas filas de hermosas damas. Entre ellas encontrábase la mayor celebridad femenina de Roma, la cuñada de Su Santidad, la Papesa, como la llamaba Pasquin, Donna Olimpia Maidalchini (1).

La oleada del jubileo había llegado hasta el mundo de los artistas. En los últimos tiempos se había trabajado sin descanso para la inauguración. En primer término figuraba la restauración del interior de la iglesia Lateranense por Borromini; decíase con asombro que sin tocar á los muros ni los cimientos, y respetando las sagradas antigüedades, había hecho la iglesia más clara, rica y agradable. También logró terminar el príncipe Ludovisi el edificio de San Ignacio, con la fachada de Algardi. San Pedro conservaba el piso y revestimiento de las naves laterales de mármol con las palomas Pamfilinas y el retablo. Finalmente se inauguró el Museo Capitolino, con lo cual vino á realizarse el proyecto del nuevo Capitolio de Miguel Angel de casi un siglo antes.

Por otra parte, los tiempos económicos de los Pamfili eran más bien mezquinos para los artistas; éstos echaban de menos á los Barberini y su liberal y personal protección. El actual

(1) Fr. Cancellieri: Il mercato, il lago ed il pal. Panfiliano. Roma, 1811, pág. 108.

sobrino, Camilo, un año cardenal, y que por su matrimonio con la más rica heredera de Roma, Olimpia Aldobrandini, fué otra vez el único vástago de la casa, dió en verdad más que todos trabajo á los artistas y escultores, pero era difícil en los asuntos pecuniarios; tuvo un pleito con Mola por cuestión de honorarios. La inspiración procedía siempre de su madre, que manejaba á su gusto la bolsa del Papa. Por esto tenía el primer puesto en lo que al lustre de la casa se refería, además de la Piazza Navona con palacio, iglesia y fuente, la Villa del Respiro sobre el Janiado, empezada bajo la dirección de Algardi en la coronación, el más bello y grandioso jardín del siglo. El palacio fué encomendado por Algardi á su paisano Gio Francesco Grimaldi.

El Papa demostraba en verdad en ocasiones vivo sentimiento y acertado juicio en cosas de arte; pero le importaba tan poco de pintores como de cosas del *bel esprit*. No gustaba de tratar con pintores, pues se quejaba de no haber recibido de ellos sino enojos y desengaños.

PINTORES ROMANOS

En la sociedad de artistas de Roma había todos los tipos imaginables: bohemios, caballeros, idealistas y excéntricos. En la obra de Passeri (1) se los ve no sólo pintar, sino gesticular y aun hablar. Entre los primeros dábase algún misántropo melancólico como el pobre Pietro Testa (de Lucca; nació en 1617), *il Lucchesino*, cuyo cadáver fué hallado en el Tíber el Miércoles de Ceniza del año del jubileo; un ingenioso grabador y creador de asuntos pictóricos que no sabía pintar (2).

(1) G. B. Passeri: Vite d'pittori, scultori ed architetti che anno lavorato in Roma, 1772, 4.° Este libro da una buena idea de la sociedad de los pintores de Roma; á causa de sus desembozados juicios no se imprimió hasta un siglo después de su muerte, y aun entonces con supresiones.

(2) En el *Buen Retiro* había en el siglo XVII tres cuadros suyos: un sacrificio de Flora (28 ducados), una Europa (59) y un retrato ecuestre de un romano (35). Inventario Carlos II.

Además el inculto Miguel Angel Cerquozzi (nacido 1602), cuya avaricia llegó á ser proverbial, pintor de batallas y de género que cultivó las bambochadas introducidas por Peter van Laer, y el romano Angelo Cazoselli, que imitaba á Caravaggio y á otros, representaba como un lazzarone y pintaba sus lamidos cuadros en compañía de alegres mozas. Guercino, que también pertenecía á esta clase, hacía largo tiempo que se había retirado á su Cento, adonde iban á buscarle de todos los países. El tránsito á la segunda categoría la formaban los fanfarrones y matones, como el escultor Francesco Baratta de Massa, el cual trataba el mármol con la bravura del hijo de Carrara. Trabajaba entonces con el francés Claude Adam (el más viejo de esta familia de escultores) y dos italianos en los cuatro tritones de la fuente de la Piazza Navona.

Después venían los artistas de corte y caballeros, los cuales, con la cruz de órdenes militares en el jubón y en la capa y espada á la cintura, gallardeaban ó cabalgaban por las calles; Matthias Preti, Lorenzo Bernini y los grandes fresquistas ó retratistas al minuto. Estos miraban con menosprecio á los demás pintores cuyos cuadros circulaban por las tiendas de los *rigattieri*, donde eran negociados considerándolos como meros *dilettanti* ó *pittori da belleza*.

Entre éstos había aislado algún sumo sacerdote del culto de la belleza y antigüedades clásicas, como Poussin y el magnífico Franz du Quesnoy, cuya Santa Susana, á pesar de Winckelmann, es un ejemplo de la «imitación de las obras griegas», más precioso que muchos de los que circulan con arreglo á la fórmula de esta escuela artística. A todas estas tres clases tenía un poco Salvator Rosa.

El pintor y agente del rey de España difícilmente pudo reunirse con otro mundo que éste. Palomino nombra á los que él trataba, y son todos representantes de la escuela moderna, de ímpetu y bravura.

El *Cavalier Calabrese* debía ser conocido de Velázquez en Madrid. Este gran aventurero y vagabundo entre los pintores

de su tiempo había ya visitado á los treinta años España, París y Holanda; conocía á Rubens, y era desde 1642 caballero de la Orden de Malta. Cuando supo en Venecia la muerte de Lanfranco (1647) voló á Roma para adquirir su fresco, aún no acabado, de S.. Andrea della Valle. Obtuvo el primer premio en el concurso de la Academia de S. Luca, de donde pronto fué elegido individuo.

Su trabajo en aquella iglesia no hace buen efecto, porque mal aconsejado por Cortona, quiso sobrepujar en grandeza al Domenichino; quiso volver otra vez á Roma sólo para deshacerse de esta obra. El palacio de Madrid poseía de él el «Agua de la Roca» y la «Niñez del Bautista» (Prado, 343 y sigs.).

Roma, con su grandiosa arquitectura, era el hogar de aquellos vigorosos y ardientes «pintores de gran aparato»; allí pasaba la manera de Bohemia por seca y pedante. Pietro Berettini, de Cortona, adornó también dos salas del palacio Pamfili con escenas de la *Eneida*, muy celebradas y que han pasado á las tapicerías flamencas. Fué el más glorioso de esta banda, diestro en la ordenación, sensualmente agradable en formas y actitudes, más alegre y brillante en el color y de pincel blando y ligero. «Corona de'pittori» se le llamaba, según el anagrama de su nombre, ideado por el más grande pintor de Toscana (d'Argenville). Velázquez debió de haberle hecho proposiciones de volver con él á Madrid para que tomase parte en el decorado de palacio. De él había en el Buen Retiro en tiempo de Carlos II un Gladiador en el anfiteatro, y el Museo posee actualmente unas Lupercales (Nr. 141 y sigs.).

El español halló también al viejo Nicolás Poussin, que en 5 de Noviembre de 1642 había vuelto á Roma, su verdadera patria, para siempre. En Madrid había cuadros suyos; Felipe IV poseía un Cristo arrojando á los mercaderes del templo, y un San Lorenzo, que á lo que parece se han perdido. Todos los demás Poussin del Museo se adquirieron en la época de los Borbones. El pintor de Andelys trabajaba entonces en una Curación del ciego de nacimiento (Louvre, 426), y en aquel

soberbio autorretrato que le ocupó dos años cumplidos. En el verano de 1650 lo envió á su protector Mr. de Chautelon, y una copia á Pointel. Le pintó «porque se le hacía muy duro dar cien pistolas por una cabeza en la manera de M. Angel, el cual las hacía muy bien, pero resultaban frías, llenas de afeite y sin vigor ni dulzura».

El escultor de cámara de los Pamfili era ALESSANDRO ALGARDI (nació 1662), un bolonés de *bella presenza*, amable y adulador, jovial y dispuesto á la guerra. Nadie hacía conocimiento con él que no deseara ser su amigo, dice Passeri. El año 1650 fué el punto culminante de su vida. La estatua de bronce de Inocencio X del Capitolio, que arrancó de las manos al pobre Mochi; el retrato del comedor de Triniti d'Pellegrini, fundada en recuerdo del lavatorio del jubileo; el de la Loggia del palacio Goujalociur, en Bolonia; los bustos del hermano Benedetto y de Olimpia en la Galería Doria, son de Algardi. El Papa lloró su temprana muerte (1654). Hizo también los modelos para los relieves del piso bajo de la Villa y para los grupos de la fuente, y completó los antiguos de los muros.

Pero su más admirable trabajo fué el gran relieve de las nuevas esculturas León I y Atila para el altar Leo I en San Pedro, en cuya terminación en mármol tomó parte su ayudante Domenico Guidi, el sobrino de Finelli, entonces fugitivo en Nápoles. Felipe IV consiguió un molde del modelo original en plata, encuadrado en una ornamentación arquitectónica de bronce dorado y lapislázuli, sobre la cual descansa un león (1).

El papel que desempeñó Velázquez en estos y otros trabajos de Algardi para la corte de Madrid, se deja adivinar. Es fácil que el escultor boloñés, que tanta parte tuvo en la restauración de la antigua Roma, por ejemplo, en la Villa Ludovisi, fuese su consejero en la elección de cuadros. El español debió de ver en el taller muchas cosas adecuadas á la nueva sala del Alcázar. Al menos aparecieron en ella en aquel tiempo: una Ma-

(1) PONZ: *Viaje de España*, VI, 70.

dona con el niño, de bronce; el mismo asunto en un relieve ovalado de plata, y otros (1). Su última obra, cuyo modelo en cera pudo terminar, fundición de Guidi y Ercole Ferrata, fué los *Capofocolari* para el rey. Los cuatro elementos estaban simbolizados por otras tantas divinidades: Júpiter sobre el águila, los gigantes vencidos, Juno sobre el pavo y las enredaderas, Neptuno en su carro de conchas y Cibeles conducida por leones. Según Bellori (2), los hizo fundir Velázquez en vida del maestro. Passeri, sin embargo, habla de Juan de Córdoba, el agente del rey en Italia. Debieron perderse en un naufragio en Génova, sólo que se pudo obtener otro molde; el modelo en cera se veía con frecuencia en los talleres de Roma. Ahora le encontramos positivamente en los siete grupos de la fuente de Neptuno de los jardines de Aranjuez, cuyo asunto armoniza con la descripción de los mencionados Capofochi. Tres están duplicados. Probablemente la fuente de Ganimedes, edificada por Felipe III en 1621, fué reconstruída por Felipe IV en 1662 para colocar dichos bronces (3). También la fuente de mármol, Hércules con la Hidra rodeada de Ninfas, Sátiros y Náyades, erigida en 1664, se atribuye á Algardi.

Pero el acontecimiento de este ciclo fué el restablecimiento de Lorenzo Bernini en el favor de palacio. La muerte de su protector Urbano había sido la señal del rompimiento con el arquitecto de San Pedro. El pretexto le suministró una de las torres de la fachada ya casi terminada en que se veían grietas; se consiguió del Papa la orden de demolición. Otro hubiera sido hombre al agua después de este golpe, pero la flexible naturaleza de Bernini le soportó sin gran quebranto. Trabajó en la soledad, esperando que pasara la cólera del Papa. Con-

(1) Ponz: *Viaje de España*, VI, 56.

(2) Bellori, *Le Vite de'Pittori*, Roma, 1672, pág. 399.

(3) Ponz, 1.226 y sig. La inscripción dice, según Madoz, Diccionario Geográfico, II, 437: «El Rey N. S. D. Felipe III mandó hacer esta fuente... año de 1621: se reedificó en 1662. Desde entonces se cambió el nombre por el de Fuente de Neptuno.»

solábase con la ejecución del grupo «el tiempo descubriendo la verdad»; sólo terminó la Verdad, una Verdad un tanto exuberante, especie de Rubens en mármol que no salió de la familia. (Corso 151.)

Tuvo ocasión de alcanzar una victoria sobre sus adversarios sólo con las armas del arte. En el Capo di Bove (Cecilio Metella) habíase roto en cuatro pedazos el obelisco del circo de Caracalla, de granito rojo, desde hacía mil años. El más inteligente y sabio aficionado de su tiempo, Sir Tomás Arundel, había concebido el plan de llevarlo á Inglaterra. Entonces resolvió Inocencio trasladarlo á su Piazza Navona y hacer en el centro una gran fuente. En Agosto de 1648 fué llevado allí por bueyes. Se efectuó un concurso y Bernini fué omitido. Pero Niccoló Ludovisi, el marido de la sobrina del Papa, Constanza, pidió al escultor un modelo. El día de la Anunciación de María, cuando Inocencio X, después de la gran cabalgada á la iglesia de Minerva, se trasladó á su palacio de familia, se expuso en una habitación. Allí lo halló al pasar en compañía de D.ª Olimpia y del cardenal sobrino. Quedó asombrado, mirándolo por todas partes y permaneciendo algún tiempo entregado á encontrados sentimientos. En aquel momento decidióse la suerte de Bernini. El Papa exclamó: «Esto es un ardid del príncipe Ludovisi; hay que utilizar á este Bernini, quiérase ó no. No se deben ver sus modelos sin decidirse á comprarlos.» Mandó llamar al escultor, le abrió su corazón y casi hubo de disculparse. Le dijo que fuese todas las semanas á verle; su conversación, dijo una vez, era digna de príncipes. Finalmente, se conquistó el corazón del viejo artista al descubrirse la obra (1651). Contempló la obra con placer, pero echó de menos el agua. Ya estaba á punto de marcharse, cuando llegó á sus oídos un estruendo. Volvióse y vió precipitarse las masas de agua de Acqua Vergine. Entonces exclamó: «Con este inesperado goce me habéis dado diez años de vida».

El efecto de la Fontana pertenecía propiamente á los espectáculos de la antigua Roma, cuando en 1.° de Agosto la

plaza se convertía en una naumaquia, en la cual daban vueltas los carros de los nobles. Entre las rígidas columnas del arte antiguo y los sencillamente grandiosos lineamientos del circo antiguo, símbolo de lo invariable (entonces restablecidos en toda su pureza por el acordonamiento de las casas), había hallado Bernini el más poderoso contraste en sus cuatro dioses, encarnación del eterno movimiento del agua y de la vida.

Se fundió, con arreglo al modelo original, un grupo de bronce dorado, que se regaló, adornado con las armas españolas, á Felipe IV. También se sacó una copia de la obra de David en Villa Borghese para Madrid, además de un estudio de los antiguos: la cabeza de Séneca.

Desde entonces no hubo ya duda de que el Papa y Bernini eran inseparables. Por mucho que se pudiese censurar su gusto de la forma, el creador de la columnada de San Pedro tenía el sentimiento de las grandes formas, que es el secreto del arte romano antiguo y moderno; era el hombre de las decoraciones arquitectónicas cortadas á la medida de las ceremonias y representaciones pontificias.

Bernini era también el más prodigioso retratista entre los escultores de su tiempo. ¡Con cuánto gusto sabríamos algo sobre su encuentro con Velázquez! Hizo en 1649 un crucifijo de bronce para la joven reina, por el cual le regaló Felipe IV un collar de oro (1). Dos naturalezas diametralmente opuestas y, sin embargo, niños á la vez, se saludaron y cumplimentaron naturalmente: el ardiente y ambicioso napolitano y el fanático y mesurado español, éste un frío observador, hostil á todo lo que oliese á comercio de aplausos; aquel una fantasía ardiente, é inquieto creador, buscando siempre nuevos efectos inauditos. Se puede imaginar cómo llevó hasta la hipérbole Bernini aquellos retratos del palacio Doria y cuán sincero fué en cambio Velázquez en los suyos.

---

(1) Baldinucci en la vida de Bernini cita un crucifijo de tamaño natural para la capilla del palacio de Madrid (pág. 194).

Bernini no creyó que hay un encanto que falta en la naturaleza y que el arte le debe comunicar; la naturaleza sabe dar su parte á toda belleza que á ella le corresponde; la cuestión está reconocerla en cada caso. Trataba de hallar los rasgos característicos de cada asunto. Hacía moverse á su modelo porque en el movimiento se revela la individualidad, y porque el que está parado no se parece á sí mismo tanto como el que se mueve. Por esto hizo muchos modelos del natural; pero cuando trataba el mármol los dejaba á un lado. Le servían para apoderarse de los rasgos; pero en la ejecución le estorbaban, porque la obra de arte verdad no debe parecerse al modelo.

Así creó algunas admirables cabezas, en las cuales creemos reconocer un parentesco espiritual con el último estilo de Velázquez. La semejanza estriba en el fácil dominio de la técnica de su arte y en la viveza y la amplitud de la ejecución en las cualidades rigurosamente individualizadas y, sin embargo, grandiosamente libre, característica; cualidades que más tarde fué perdiendo el escultor retratista y más en el tiempo de la llamada restauración de este arte y en ninguna parte manifestadas de modo más triste que en la iglesia de San Pedro.

Salvator Rosa pertenecía á las primeras notabilidades de Roma; sin duda fué la figura más novelesca de aquel mundo de artistas. En su casa de Trinitá de Monti se reunían prelados y príncipes, y apenas hubo un individuo del Sacro Colegio que no hubiera estado alguna vez allí. En sus paseos nocturnos iba rodeado de un séquito de admiradores, poetas, músicos y cantantes de primer orden; todos hubieran querido poder decir: *Nos quoque*. No es ningún secreto que á la noticia del levantamiento voló á Nápoles; nunca disimuló sus sentimientos, como lo demuestra la cuarta sátira. Esta circunstancia pudo resolver el pintor de la corte española á mantenerse alejado. Con sorpresa vemos que entre tantos cuadros napolitanos no se encuentra en los inventarios de Madrid del siglo xvii ninguno de Salvator Rosa. Los paisajes y batallas debieron seducir en alto grado á Velázquez, así como también sonreiría ante su

ilusión de ser un gran pintor de historia y considerar aquéllos como un género subordinado. El español, que «prefería ser el primero entre los vulgares que el segundo entre los distinguidos», no emprendió nunca nada para lo cual no se sintiese con fuerzas; el napolitano, engañado por la vanidad, atrájose la burla por historias, cuyos romanos y santos parecen demonios y que se conducen como medianos actores y están modelados como muñecos de paja.

Que trabaron conocimiento parece creíble por el relato del ya citado Boschini (loc. cit., pág. 56), de una conversación, que si no se puêde considerar literal porque está en verso, es, sin embargo, bastante verosímil.

«Velázquez, llamado allí el autor del retrato de Inocencio X, *fato col vero colpo venetian*; fué preguntado en Roma por Salvador: «¿Qué decís de nuestro Rafael? Si no le tenéis por el mejor, ¿dónde habéis visto lo bueno y lo bello en Italia? Velázquez movió un tanto ceremoniosamente la cabeza y contestó: «Rafael (para deciros la verdad, pues soy sincero y franco), debo confesar que no me gusta (*stago per dir che nol me piase niente*).» Entonces observó Salvador: «No hay en Italia nada de vuestro gusto. Pues nosotros la damos la palma.» Mas D. Diego repuso: «En Venecia se encuentra la bondad y la belleza; yo doy á su pincel el primer lugar; Ticiano es el portaestandarte» (1).

A Venecia se trova el bon e'l belo:
Mi dago el primo liogo a quel penelo:
Tician xè quel che porta la bandiera.

Rafael era, en cierto modo, su antípoda. En Rafael reside el punto de gravedad de tal manera en el dibujo, que se puede creer que basta para conocerle sus dibujos y que aun se le ve

(1) Una ocurrencia semejante cuenta Boschini de Domenico da Passiguano, pág. 145, y Martínez (Discursos, 108) relata un dicho que se le escapó á Paolo Veronese en Roma: «*Buena la habemos hecho en venir á ver cosa tan poca*», que reproduce en su redacción auténtica y suave.

allí mejor que en sus cuadros; de Velázquez hay escasísimo número de dibujos; y en las reproducciones sin color de los cuadros de uno y otro, de Rafael queda más que de ningún otro pintor, y en cambio cuán poco queda de Velázquez.

Sin embargo, en justicia, se debe estimar y hasta amar á Rafael; aun cuando no se le tome por modelo, se puede seguir la dirección de su tiempo, y comparándole con sus antecesores, tener una opinión propia respecto del valor de su obra. En este sentido se expresaba Ribera, que no estaba más cerca de Rafael que Velázquez.

Sin embargo, aquí parece Velázquez expresar, con palabras que no dejan lugar á dudas, su completa repulsión hacia Rafael. De ser verdad, deberíamos compadecer al español. Pero quizá empleó otras palabras un tanto distintas, y Salvator, al cual él habló de corazón, le comprendió demasiado á su gusto. Bien pudo él mismo haber dicho estas palabras: «Hablaba, dice su conocido de largos años, Passeri (Vite, 434), de Pablo Veronese más que de todos los demás, y el estilo de los venecianos era el que más cautivaba su corazón. Por el contrario, sus relaciones con Rafael no eran muy cordiales, así como con los napolitanos en general, á quienes llamaba pétreos y secos» (1).

Por lo demás, no habló Velázquez de la gracia, expresión ni del dibujo de Rafael, sino de la técnica, en la cual daba la preferencia al *penelo* del veneciano. La fuerza de sus palabras provenía quizá de cierto espíritu de contradicción contra el exagerado rafaelismo de entonces. Nunca fué más estudiado y venerado (aunque no siempre se consideraron como es debido sus cuadros) que en el siglo XVII y en Roma, pues en el XVI le

(1) En E. I. A. Hoffman, hermano de Serapión (escritos, IV. 40), suena, en efecto, de otra manera. «Vos comprendéis á Rafael; no me contestaréis como Velázquez, al cual pregunté ha poco lo que pensaba del Sanzio. «Ticiano, me contestó, es el pintor más grande; Rafael no sabía nada de la encarnación.» En este español está la carne, pero no el verbo, y, sin embargo, le elevan en San Luca hasta el cielo porque una vez había pintado cerezas que picaban los gorriones (!).

oscureció Miguel Angel, el XVIII los antiguos y hoy preocupa más á los eruditos que á los artistas. En aquel tiempo llamábase á las Estancias «la Academia del pintor», y el pabellón de Agostino Chigi no era sitiado sólo por turistas. ¡Cuántas vidas de pintores son un eco de este sentimiento! No sólo la de los Poussin, Lesueur y Sassoferrato, sino también la de los Bernini, Maralla y Andrea Sacchi, al cual un dibujo de Rafael sumía en éxtasis y le llamaba «un ángel, no un hombre», y explicaba su posterior esterilidad como «temor» ante el ídolo.

EL CRIADO PAREJA

Cuando S. S. declaró conceder una sesión al español, sintió éste la necesidad de prepararse con algo (*prevenirse*, dice Palomino) para desentumecer los dedos. Probablemente no habría tocado los pinceles desde Madrid. Su vida era más agitada que en 1630; aun cuando ya no era poco tratar con propietarios de cuadros, mercaderes, príncipes y porteros, fundidores y escultores, tampoco podía sustraerse por completo á la sociedad. Nada es más perjudicial al creador que el hablar y ver continuamente cosas de arte. En resumen, quiso hacer un experimento antes de todo, y halló el *anima vili* á mano en su criado y moledor de colores el moro Juan de Pareja. Y un experimento especial para demostrar cómo se conducía el pintor ante una cabeza fea. Los italianos indican hasta el color del rostro del Papa como el de aquel retrato: *olivastro* (1).

Hizo llevar este retrato á algunos amigos por el original para oir su opinión. «Con asombro observaron el modelo y la copia, dudando á quién debían dirigirse y quién debía contestarles.» El pintor Andreas Schmidt, entonces en Roma, contó

(1) Il ritrato di questo pittore (Gicia di Pareia), ch'era di una carnazione olivastra, l'aveva di mano del Velázquez l'emin. Traiano d'Acquaviva. Carta de PRECIADO á G. B. PONFREDI. 20 Octubre 1765, en la colec. Bottari, VI, 230.

más tarde en Madrid: «Allí había la costumbre de adornar el día de San José (19 de Marzo 165) el *claustro* de la rotonda con magníficos cuadros antiguos y modernos; con este motivo se expuso el retrato en dicho lugar, con tan general aplauso, que según el juicio de todos los pintores de las diferentes naciones, sólo él parecía la verdad.» A consecuencia de lo cual fué Velázquez elegido individuo de la Academia de San Luca, cuyo *príncipe* era entonces el arquitecto *G. B. Soria*.

Tal exposición (*mostra ed apparato di quadri*) tenía lugar en las festividades, además del Panteón, en el Chiostro de San Giovanni decollato y en el cortile de S. Bartolomeo dei Bergamaschi. Los cuadros importantes daban ocasión á que se imprimiesen versos y elegías, y á veces también epigramas, los cuales daban motivo á debates, y á veces á peores incidentes. El célebre Marino publicó un tomo de poesías referentes á cuadros de su propia galería y á otros que especialmente le interesaban (1). El éxito de Salvator con su Prometeo en una de estas exposiciones tuvo por consecuencia su salida de Roma. En el tiempo de aquella *mostra* describe Ameyden una fiesta de la *Confraternitá della Rotonda*, una cofradía cuyo iniciador fué un tal Antonio. «Este templo, cuya forma representaba el poder de Roma, estaba adornado con cuadros famosísimos que habían sido dispuestos para ella, é iluminados de muchos miles de cirios.» ¿Es ésta la de que nosotros tratamos? Passerie, en la vida de Salvator Rosa, llama á la asamblea *congregazione di virtuosi*.

En el siglo anterior, el entonces director de la Academia española en Roma, Francisco Preciado, había hallado nuestro retrato en casa del cardenal Trajano d'Acquaviva. Este es, probablemente, uno de los dos ejemplares correspondientes que están hoy en la Galería inglesa: uno, en poder de Earl of

(1) *La Galería del cavalier Marino*. Distinta in pitture e sculture. En Nápoles, 1620. V. Ign Cicunpi, Innocenzo X. Roma, 1878, 283.

Carlisle, en Castle Howard; el otro, el mejor, en Longford Castle, posesión de Earl of Radnor. (Dim. 30″ × 25″.)

Sobre fondo gris claro se destaca la media figura del mestizo, trazada con amplio y valiente pincel sobre el lienzo. Así debía estar ante su amo, medio vuelto á la derecha, en jubón verde obscuro, la mano cogiendo la capa, con ademán un tanto plebeyo, la cabeza echada hacia atrás. Los fogosos ojos negros miran casi á estilo de corte, midiendo al espectador como si se sintiese realzado al ser pintado por su señor y haber de comparecer ante los *virtuosi* de Roma. Cierto gesto irónico parece revelar un secreto *anchi'io non pittore* al maestro mismo oculto. Los rebeldes cabellos crespos están peinados al descuido según la moda española; cejas y barba, espesas; por lo demás, tiene la frente corta, inclinada hacia abajo; los fuertes pómulos, la nariz deprimida é inclinada, los labios abultados y rojos y el color cobrizo y brillante de los africanos; todo realzado por el amplio cuello blanco bordeado de encaje; una imagen del indomable vigor de su región.

Que realmente es Pareja, lo demuestra su correspondencia con el autorretrato en la Vocación de San Mateo en el Museo de Madrid. Sólo que mientras Velázquez acentuaba su carácter de raza, él, al hacer su propio retrato, se europeizó; ambos guardan entre sí la misma relación que las cabezas de los Dumas.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

LOS PRIMITIVOS ESPAÑOLES[1]

Los discípulos de Juan Van Eyck en el reino de Aragón.

I

El primer nombre de un pintor de España, anterior al siglo XV, que haya salido del olvido, es un nombre catalán, Luis Dalmau. Este nombre trazólo el pintor en letras mayúsculas, con la fecha de 1445, en medio de un gran cuadro, sobre la base de un trono en el que está sentada la Virgen rodeada de los consejeros de la ciudad.

SUB ANNO MCCCCXLC PER LUDOVICUM DALMAU FUIT DEPICTUM (2)

La firma se le escapó á Ponz, quien, en 1788, cita el cuadro con admiración (3); fué copiada y publicada por primera vez, en 1853, por David Passavant, en el folleto que reveló á algunos curiosos el arte «cristiano» de España, relegado en la sombra por el esplendor del arte musulmán. Con una palabra, el

(1) Véase el número último de La España Moderna.

(2) Facsímil en el artículo de Carlos Justi: *Alt flandrische Bilder in Spanien and Portogal (Zeitschrift für bild, Kunst* XXII, 1887, p. 183).

(3) *Viaje de España*, t. XIV, p. 12.

erudito de Francfort señaló su puesto en la historia al pintor del cuadro de Barcelona y reconoció en él á un discípulo «de los Van Eyck» (1).

Con este título Crowe y Cavalcaselle admitieron á Dalmau en la historia de los antiguos pintores flamencos, publicada en Londres en 1857. Desde entonces clasificóse al pintor catalán entre los secuaces de los maestros del Norte, y, con éstos, recibió los honores de los manuales y repertorios (2). A principios del siglo xx personificaba, por sí solo, para la crítica alemana la pintura española del siglo xv, de igual suerte que á principios del siglo xix representaran los Van Eyck varias generaciones de pintores flamencos. Un importante cuadro de altar, sacado de Valladolid, fué vendido en Colonia con la colección Bourgeois, en 1904. Habíanle engalanado con una sólida capa de barniz berlinés, con un marco castellano de fabricación germánica y con una enorme etiqueta con el nombre de Luis Dalmau. Con este nombre entró en el Museo del Louvre.

Hoy, el cuadro de Barcelona, firmado por Dalmau, posee, gracias á los eruditos catalanes, una historia más rica en detalles precisos que la de ninguna obra maestra flamenca del siglo xv. Nada, ó casi nada, falta á la serie de los documentos que Puiggarí comenzó á publicar en 1870, y que el Sr. Sanpere y Miquel acaba de reunir, completándola, en la monumental obra consagrada á los *Cuatrocentistas catalanes*. Podemos penetrar hasta en los pensamientos que animaban á los magistrados que encargaron la obra.

Barcelona era, en tiempos de Dalmau, una ciudad opulen-

(1) *Die Christliche Kunst in Spanien*. 1853, p. 75.

(2) Sin embargo, ha habido un crítico que declaró que la firma de Dalmau fué «descubierta» en el cuadro de Barcelona en 1904 (*Gazette des Beaux Arts*, t. XXXV, 1906, pág. 296). No cito este detalle sino para mostrar lo denso de la bruma de ignorancia que ha rodeado hasta nuestros días los orígenes de la pintura española, bruma mezclada con la neblina de los errores.

ta, altiva y libre, que trataba con su señor, el rey de Aragón, como reina del Mediterráneo. En 1369, no lejos del palacio real, empezó la construcción de un edificio que fué más vasto y rico que aquél: la Casa de Consejos. El edificio, en el que se reunía la gran Asamblea de los Ciento y la Comisión de los Cinco, permanece aún en pie en medio de la ciudad vieja ante una plaza nueva. De las construcciones del siglo XIV queda solamente una fachada lateral con su portada, sobre la que se alza una estatua de mármol de San Rafael, que fué donada en el año 1400 por un ciudadano barcelonés, y la cual despliega sobre el muro sus alas de águila, alas de cobre batido, poderosas y ligeras.

El Concejo tenía, como el Palacio Real, una capilla. Esta debía de ser pequeña. Al poco tiempo de terminada pareció desnuda y pobre. El 6 de Junio de 1443 el Consejo de los Ciento deliberó sobre los medios de enriquecerla, á fin de que fuese más renombrada entre los que la viesen, y especialmente entre los extranjeros. Decidióse mandar hacer el retablo que faltaba al altar. Se nombró una comisión de doce notables para elegir el pintor y preparar el contrato. Reunióse el 4 de Setiembre con los cinco consejeros en ejercicio, y la asamblea redactó las conclusiones. En la fachada de la capilla había de abrirse una «ventana bella y notable» con sus vidrieras y con verja, de manera que preparase una luz favorable para el retablo futuro. Para éste, los consejeros resolvieron dirigirse al «pintor mejor y más apto que se pudiese buscar y encontrar» (1). El elegido fué Luis Dalmau, el cual firmó el 29 de Octubre el contrato por el que se comprometía á entregar el retablo en el espacio de un año, y aceptaba como estipendio una suma de cinco mil sueldos barceloneses. El 29 de Noviembre firmaban los consejeros otro contrato con el colaborador necesario del pintor, con el imaginero Francesch Gomar, el cual, mediante setenta y cinco florines, había de hacer las ho-

(1) Sanpere y Miquel, t. I, p. 206.

jas del retablo y esculpir el marco (1). La firma puesta en el cuadro atestigua que se terminó en 1445.

La obra de Dalmau salió por primera vez de la *Casa Consistorial* en 1847, cuando se emprendieron los trabajos de reparación del monumento, y pasó á la capilla gótica de San Miguel, aneja al palacio, que se convirtió en capilla del municipio; allí fué en donde la admiró Passavant. En 1868 se decidió la demolición de la capilla; el cuadro fué llevado de nuevo al palacio municipal y relegado en la parte alta del edificio, en la penumbra de los archivos, en donde Carlos Justi lo estudió en 1877. Por fin, el 30 de Mayo de 1902 entró en el nuevo palacio de Bellas Artes (2); allí se le puede examinar á gusto y con buena luz.

El marco es el que Francesch Gomar talló en buen roble de Flandes. El obrero fué fiel á los compromisos que juró con la mano puesta en los Santos Evangelios. La madera del magnífico marco ha conservado, bajo el dorado bronceado por los años, las aristas salientes y los relucientes gruesos del metal cincelado por el orfebre. Los follajes mencionados en el contrato imitan los dentellones del cardo y los rizados de la escarola. El coronamiento, trazado según las curvas largas y tendidas que eran comunes en la audaz y esbelta arquitectura de Cataluña, comprende dos arcadas superpuestas. La más saliente hace el oficio de guardapolvo (en catalán *guardapols*). Ostenta en su cúspide el escudo de Aragón (de oro con barras en campo de gules), llevado por dos ángeles volantes, esculpidos y dorados, como las hojas sobre las que se destacan. Estos ángeles, cuyos paños forman pliegues angulosos, al estilo flamenco, tal vez fueron dibujados por Dalmau; en efecto, el contrato hecho con el pintor le imponía el cuidado de pintar el escudo y los ángeles sobre el guardapolvo del marco. No se

(1) Sanpere y Miquel, p. 238.

(2) En el Parque. Debo estos exactos informes á D. C. Pirozzini, conservador del Museo Municipal.

vuelve á hacer mención ni del escudo ni de los ángeles en el contrato firmado por el imaginero. Pero se fija su puesto en un documento muy curioso y casi único en su género, que ilustra las actas notariales; es un croquis sobre pergamino, descubierto por Puiggari, publicado por él y reproducido por D. S. Sanpere y Miquel. En él hállase trazado con regla y compás el encuadramiento del retablo con proporciones muy inexactas; la colocación de las figuras está marcada, no con dibujos, sino con simples letreros escritos en catalán. Este croquis, más que un boceto, es un programa, en el que están anotadas, según el deseo de los consejeros y de los notables, las «historias» que debía representar Dalmau. Sería imprudente reconocer en este pergamino, que podía ser redactado por cualquier escribiente, la escritura del mismo pintor.

Dalmau siguió escrupulosamente los datos del croquis, que el contrato del 27 de Octubre amplía y detalla. Traducir las líneas esenciales de estos documentos auténticos es describir el cuadro con la pluma de un notario contemporáneo del artista.

«En medio del retablo, la imagen de Nuestra Señora Santa María sentada en un suntuoso trono, con el Niño Jesús en los brazos... Y al lado derecho del dicho retablo la imagen de la Virgen Santa Eulalia, patrona y singular abogada de la ciudad, teniendo en la mano el instrumento de su martirio. Y después, en el mismo lado, tres de los dignos consejeros; es decir (partiendo del trono) mossen Johan Lull, mossen Francesch Lobet y mossen Johan de Junyent, arrodillados, con las manos cruzadas, dirigiendo sus ojos hacia la Virgen María... Item, al lado izquierdo del retablo, la imagen del bienaventurado apóstol San Andrés con su capa y la cruz de su martirio. Y luego, del mismo lado izquierdo, los dos últimos consejeros, es decir, mossen Ramón Savall y mossen Anthoni de Vilatorta...»

Los cinco consejeros del cuadro son los que firmaron con Dalmau el contrato del 29 de Octubre de 1443.

En este contrato no se encuentran mencionados los ángeles que forman dos coros de chantres, encima de las cabezas de los magistrados. Estos ángeles que el pintor añadió, sin duda, para su propia satisfacción, son las figuras á las que el cuadro debe su fama. Llaman la atención, no por la novedad de una creación de artista, sino por la evidencia de su plagio. Los ángeles de Dalmau imitan uno á uno, dos á dos y hasta tres á tres, los rostros, el pelo, las actitudes y los grupos de los ángeles cantores que Juan Van Eyck pintó gloriosamente reunidos ante un facistol celeste, encima del Cordero: imitan de la mejor manera hasta los gestos que distinguen al tiple chillón del plácido contralto.

Los recuerdos del cuadro de Gante son menos aparentes en el primer término del cuadro de Barcelona, pero no son menos precisos. El rostro ancho y abultado del San Andrés tiene una maraña de barba y pelo incultos, á la manera del San Juan Bautista sobrehumano, y más parecido á los gigantes que á los ángeles (1). El apóstol tiene la ruda majestad y la entristecida mirada de los patriarcas que están en pie sobre el césped paradisíaco, detrás de los profetas arrodillados. La Santa Eulalia, con ligera diadema, igual á la de los ángeles, viste traje de princesa, como las vírgenes coronadas de flores, cuya procesión sale del boscaje verde para avanzar hacia el Cordero. Los mismos consejeros notables de Barcelona tienen la cabeza y las manos en un todo dispuestas como messer Josse Vydt, el donante del políptico de Gante.

Dalmau se acordó también de otras obras de Juan Van Eyck, cuyo centro no era ya el Cordero. El cuadro de los cinco consejeros está casi compuesto como el del canónigo Van der Pale. Las piernas raquíticas del Niño Jesús están colocadas sobre el manto de María, exactamente como las del lozano infante que sonríe en medio del tríptico en miniatura conservado en Dresde. La decoración representa, como en este último tríp-

(1) *Hic est Baptista Johannes, major homine, par angelis.*

tico y como en el retablo del canónigo brugense, el santuario de una iglesia, en medio del cual se alza el trono de María. Todas las diferencias de detalles en el mobiliario y la arquitectura se explican por imitaciones bastante desgraciadas de los modelos de madera y de piedra que el pintor encontraba en Barcelona. El trono no es ya un asiento bajo, protegido por el dosel de brocado, del que pende el paño de honor; con su respaldo desnudo y sus brazos llenos de estatuillas de profetas y de sibilas, su baldaquino festoneado, es el sillón de un prelado, hecho para ocupar el centro de una soberbia sillería. Las arcadas y los capiteles romanos de Juan Van Eyck se encuentran sustituídos por una arquitectura poco verosímil y poco homogénea, cuyas formas son catalanas. Las aberturas á través de las cuales se muestran los ángeles, y que debían figurar las ventanas de un crucero, son las arcadas de un claustro que recuerda de lejos el de la catedral de Vich. En los edificios que pueblan el paisaje del fondo, los recuerdos flamencos recobran su imperio: agudos se alzan al lado de las extrañas torres, con cúpulas que los pintores de Maseyck vieron, sin duda, en los países del Mosa ó del Rhin. El castillo que asoma por encima de la cabeza de San Andrés no se parece en nada á los antiguos monumentos de Barcelona, aunque sobre su puerta ostente el escudo real de Aragón.

En la imitación obstinada de un maestro cuya habilidad técnica era desigual, el esfuerzo del discípulo tiene que ser á veces desafortunado. Las manos de los consejeros están talladas en madera; los dedos crispados de los ángeles se asemejan á patas de cangrejos. El Niño Jesús es un muñeco desarticulado. Dalmau se muestra más cerca de su maestro cuando deja de copiarle. Los retratos de los consejeros no son indignos de que se les cite al lado del *Hombre del clavel*. Hay que prescindir de tres de ellos: los de los magistrados que presenta Santa Eulalia; como la Santa, han sido desfigurados por una de esas restauraciones groseras que, para tapar una rendija, emborronan la mitad de un lienzo. Los otros dos retratos están intac-

tos. El contraste de los dos hombres á quienes el azar juntara está tan francamente acentuado por el pintor, que casi resulta cómico. ¡Qué buen tipo de hombre es mosén Ramón Savall! Es un hombrón orondo y rozagante; su rostro bonachón rebosa salud; sus pelos grises, cortados al rape, constituyen un cepillo en el que se debe de pinchar la palma de la mano de San Andrés. El vecino, mosén Anthoni de Vilatorta, es un hombrecillo de color morenucho y bilioso, con cara de mal genio; sus cabellos, largos y fuertes, están peinados á la moda de Borgoña y de Francia, y cortados en redondo encima de las orejas, á manera de peluca. Para analizar así dos tipos y dos temperamentos, no bastaba que Dalmau hubiese aprovechado la enseñanza de Juan Van Eyck; necesitaba tener á su vez ojo de retratista. El pintor Casas, que en nuestros días ha fijado en asombrosos dibujos la fisonomía y el aspecto de todas las personalidades que tienen un nombre en Barcelona, admira con razón las efigies de los antiguos consejeros.

Dalmau había aprendido de Juan Van Eyck á hacer el retrato de las cosas inanimadas con tanta conciencia como el de los hombres. A ejemplo del maestro, procura pintar las telas y las pieles, de manera que se perciba no solamente la diversidad de los colores, sino la diferencia de las materias, seda, terciopelo ó pelo. Dedícase él también á imitar las materias más ricas y más costosas. Las capas de sus ángeles no tienen, ciertamente, la magnificencia de las que pesan sobre los hombros de los cantores de Van Eyck. Pero sus oriflamas son del mismo galón que borda las túnicas de las vírgenes de Van Eyck; las menores piedras engarzadas en ese galón, entre las perlas, tienen un agua tan clara y brillante como el enorme cabujón que sujeta, como un broche de capa pluvial, el manto de San Andrés.

Los consejeros sabían que el pintor era capaz de hacer que la vista se engañase. En el contrato le pidieron no solamente que pintase sus caras «tan propiamente como vivientes las tenían», sino también que les pusiera sus togas rojas, «tan be-

llas que pareciesen ser de seda, con adornos y forros que parecieran guarnecidos de piel de marta». Pero querían también ornar su «suntuoso retablo» con una riqueza más real. El contrato declara expresamente que las oriflamas del manto de la Virgen serían de «oro fino de Florencia», y que el fondo del retablo estaría «dorado con buena y bella doradura» de aquel mismo oro. Dalmau faltó al compromiso que firmara. No empleó el oro sino para los nimbos, formados por rayos tan sutiles, que apenas son visibles. Todas las oriflamas imitan el oro con ocre amarillo, ennoblecido solamente, como las obras de Juan Van Eyck, por el trabajo del pincel. El fondo, en vez de ser parecido á una placa de metal pulimentado, es un cielo sobre un paisaje. El pintor, para compensar la economía de oro, hizo gasto de arte. Sería curioso saber lo que dijeron de esto los respetables consejeros.

En cuanto á los colores, son los más finos y más puros que el artista pudiese encontrar. En esto se cumplió el contrato. El manto de la Virgen está teñido de «azul de Acre», del precioso ultramar, que el tiempo no puede oscurecer. Y sin embargo, ese azul regio no es el de los Van Eyck. Los verdes, los rojos, todos los colores del cuadro de Barcelona, son más claros y menos salientes que los del cuadro de Gante. Imitan mejor la limpidez de las gemas que lo profundo de los terciopelos. Las caras son grises y pálidas. La luz es igual y fría. Al pasar de la iglesia á las lejanías y al cielo, el pintor ni siquiera ha tratado de indicar el contraste entre la luz de interior y la del «aire libre», que se encuentra tan audazmente señalado en el cuadrito del canciller Rollin. El retablo de Barcelona, comparado con todas las obras de Juan Van Eyck, es descolorido y flojo; no parece hecho de esa substancia que da á las tablas flamencas la propiedad de absorber la luz y reflejarla exactamente como las cosas que están en el espacio.

Una palabra lo explica todo: el cuadro de Dalmau no está pintado al óleo, como lo creía Justi, sino *a tempera*, sin acei-

te, sin resinas y sin barnices (1). ¿Por qué el extranjero, que aprendió tanto del arte de los Van Eyck, no adoptó en una obra de semejante importancia los perfeccionamientos, misteriosos aún para nosotros, que acababan de enriquecer maravillosamente la técnica secular de la pintura al óleo? El contrato no dice nada sobre este punto, y se hace imposible toda conjetura.

Lo cierto es que Dalmau hizo cuanto pudo. A pesar de las durezas del dibujo y de las crudezas del color, su obra acusa una seriedad y una aplicación dignas de la ciudad enérgica y laboriosa que encargó el cuadro para ella por mediación de sus mandatarios. Las armas de Barcelona, que todavía se ven esculpidas sobre la puerta de la Casa Consistorial—el escudo acuartelado, en forma de rombo, en el que la cruz alterna con las barras del reino,—se hallan repetidas en el retablo en todos los sitios en que han podido encontrar hueco. Decoran los ladrillos que forman el pavimento de la iglesia, y los cuales son idénticos á las *rajolas* del siglo XV recogidas en el edificio de la Casa Consistorial (2). Componen las llaves colgantes que unos ángeles sostienen sobre la cabeza de los magistrados, y marcan con un triple sello la bóveda del coro, detrás del trono de la Virgen. Al multiplicar estas armas en la iglesia en que los consejeros oran antes de deliberar, Dalmau ha hecho de esta iglesia en pintura como un templo de las libertades de Barcelona.

¿Era la suya natal la ciudad á la que el pintor consagraba así su paciente trabajo? El legajo de documentos que contiene la historia de la obra no da respuesta alguna á tal pregunta. A Dalmau, en el contrato de 1443, se le denomina sencillamente pintor. Un documento posterior en diez años al contrato hace dudar que el pintor del retablo de los consejeros

(1) El Sr. Sanpere y Miquel fué el primero en reconocerlo (t. I, p. 242).
(2) Font y Gumá: *Rajolas valencianas*, núms. 170 y 171, p. 125-126.

fuese barcelonés de origen. Es un borrador de un contrato de 1453, publicado por Puiggari, y que se refiere á unos *entremeses* que representaran la *Creación del mundo* y la *Natividad*, y que un sacerdote había de ejecutar ó restaurar para la procesión del Corpus. Uno de los testigos es un pintor establecido en Barcelona, y llamado Luis Dalmau del Viú. Este sobrenombre es, como lo ha visto bien Justi, un nombre de lugar. Pero hay varios pueblos llamados así: un Viú catalán, en la provincia de Lérida, y un Viú aragonés, en la provincia de Huesca, al pie de los Pirineos. ¿Cómo elegir entre estas dos provincias? ¿Cómo saber siquiera si el Luis Dalmau *del Viú* de 1453 es el mismo artista que diez años antes firma solamente Dalmau?

Cualesquiera que sean la patria y los padres del pintor, la obra que firmó lleva en sí misma su genealogía artística. Es ostensible que Luis Dalmau vió con sus ojos la obra maestra de los hermanos Van Eyck; es cierto que conoció cuadros de Juan. Si al pintar el retablo de los consejeros no adoptó Dalmau la técnica flamenca, aplicó, utilizando un procedimiento más ingrato, todos los principios del arte nuevo, del que la pintura al óleo no era más que un elemento. Para que semejante esfuerzo alcanzase el resultado que tenemos á la vista, necesitábase—nadie dudará de ello—un artista formado ante el innovador en el estudio de Brujas.

Pero ¿cómo se puso Dalmau en relaciones con Juan Van Eyck? ¿Cuándo fué á Flandes? Justi ha aportado á este asunto observaciones dignas de atención. Ha seguido, á través de la obra de Capmany (1), la corriente de cambios que el comercio estableció entre Barcelona y Brujas. En 1445, en el mismo año en que firmaba Dalmau el retablo de los consejeros, moría en Barcelona un batidor de oro, Johannes Drooghe, de Brujas. Desde 1389, los comerciantes catalanes tenían cónsules en Bru-

(1) *Memorias históricas sobre la marina, comercio y arte de la antigua ciudad de Barcelona*. Madrid, 1779, t. II.

jas. Entre una y otra ciudad había navegación continua. En 1435 una galera catalana fué abordada por piratas ingleses á veinticinco millas del puerto de la Esclusa. Entre los comerciantes que iban á bordo figuraba Johan Lull, que fué consejero de Barcelona en varias ocasiones, de 1414 á 1446, y que era consejero en jefe (*conceller en cap*) cuando Dalmau pintó el retablo. Es el hombre de gran nariz que ocupa el primer puesto á la derecha de la Virgen. Johan Lull pudo designar á la elección de sus colegas un pintor capaz de imitar las obras maestras flamencas que él mismo había admirado en sus viajes. Tal vez se llevó á Dalmau, en alguna ocasión, á Flandes ó le envió allí. El Sr. Sanpere y Miquel hubiera atribuído gustoso á mosén Johan Lull ese papel de inspirador y de Mecenas. Pero no podía salir de las conjeturas. Cuando investigaciones tan concienzudas y tan ingeniosas como las del historiador barcelonés no han revelado ningún hecho saliente, puede desesperarse de encontrarlo.

La luz se ha hecho desde hace poco. Los documentos que D. Luis Tramoyeres ha tenido el mérito y la suerte de encontrar en los archivos de Valencia (1) han eliminado las incógnitas del problema planteado por la obra de Dalmau. Dejan aún en la sombra el lugar y la fecha del nacimiento del pintor, pero dan á conocer el sitio en que recibió su primera educación de artista: no fué en Barcelona.

Luis Dalmau estaba en Valencia en 1428, al servicio del rey Alfonso V, y era designado como «pintor de la ciudad de Valencia». Es decir, que vivía en ella, no que en ella hubiera nacido. Ciertamente, los Dalmau eran numerosos en Valencia, como en Barcelona; todavía lo son. En 1361 un Dalmau, *lapicida*, tenía su taller de tallista de piedras ó de escultor en Valencia, en la parroquia del Salvador. Pero mientras que el do-

(1) Estos documentos han sido reproducidos y analizados por la crítica más aguda en el último número de una Revista que honra á la ciencia española, *La Cultura Española*, t. II, año 1907, p. 542-574 (publicado en Julio).

cumento que nombra al pintor Luis Dalmau *del Viú* no quede anulado por un documento más explícito, se opondrá á que se cuente al pintor del cuadro de Barcelona entre los hijos célebres de Valencia. En la época en que Dalmau aparece en Valencia, la ciudad en que los reyes de Aragón habían fijado su residencia habitual era, desde hacía cerca de medio siglo, el centro de una escuela de pintura floreciente, cuya historia se reconstituye poco á poco, y que será estudiada aquí. Ninguno de los cuadros pintados en Valencia por artistas locales ó extranjeros, y que pueden ponerse en el primer tercio del siglo xv, tiene la más remota semejanza con el cuadro de los consejeros. Dalmau empezó, sin duda alguna, por pintar á la manera de los «primitivos», cuyos retablos de fondo de oro alegran con sus colores claros y suaves una salita del Museo Provincial de Valencia. Pero su período *valenciano* es desconocido; no importa por el momento. Lo que queremos saber es cómo ese pintor de Valencia llegó á ser un imitador de los flamencos.

Un documento contesta. Con fecha 21 de Septiembre de 1431, Luis Dalmau, que lleva el título oficial de pintor de la casa del señor rey, recibió cien florines de oro para gastos del viaje que había de hacer al país del «condado» de Flandes, para asuntos concernientes al servicio del dicho señor. La orden de Alfonso V está fechada en Barcelona; pero el pago debía hacerse en Valencia. Dalmau se embarcó en el Grao. ¿Cuánto tiempo permaneció en Flandes? ¿Volvió á Valencia, ó bien á Barcelona, en donde reaparece en 1443? No lo sabemos. Tenemos que contentarnos con registrar la fecha de la marcha; ella explica todo el cuadro pintado ocho años después. Dalmau hubo de llegar al término de su viaje hacia la Navidad de 1431. Ahora bien: el 6 de Mayo de 1432 fué cuando se colocó en Gante, en la capilla funeraria de la familia Vidt, el políptico empezado por Huberto Van Eyck y terminado por su hermano Juan. Si Dalmau fué sin tardanza del puerto de la Esclusa al estudio de Brujas, en donde se terminaba la

obra maestra, tuvo varios meses para contemplarla y copiarla.

La misión que el artista recibió de su soberano era, sin duda, sencillamente la que sabemos que realizó: traer en los dedos de su mano la *virtualidad* de los pintores flamencos. Un documento napolitano del propio hijo de Alfonso V, Fernando, rey de Aragón y de Sicilia, puede ayudar á completar lo que se sobrentiende en la orden real dada á Luis Dalmau. En 1469 un tal Giovanni di Giusto fué enviado por el rey de Nápoles á Flandes, á Brujas, «para *aprender á pintar*» (1).

Los reyes de Aragón, como los reyes semifranceses de Navarra, habían vuelto sus ojos, desde fines del siglo xv, hacia la Francia del Norte y Flandes, como hacia la tierra magnífica del lujo y del arte. A ejemplo del soberano, la nobleza y los mismos magistrados de las ciudades ricas hicieron venir las obras más preciosas de los artistas franco-flamencos, tejedores de lizo ó vidrieros. El inventario del rey Martín parece continuar los del duque Felipe el Atrevido: menciona, en medio de una larga serie de tapicerías, un tapiz de *Saladino y de los doce pares de Francia* (2). El noble catalán Gilaberto de Cruilles poseía dos tapices de la historia de *Bertrand du Guesclin*, en 1390, diez años después de la muerte del héroe, entrando en

(1) Cito, pensando en mis amigos de Barcelona y de Valencia, dos pasajes de los documentos relativos á este pintor. Como todos los documentos aragoneses de los archivos de Nápoles, están redactados en catalán.

«De maudement del S. R. per mig lo dit bauch (la sucursal del Banco florentino de los Strozzi, en Nápoles) á Johan pinctor, lo cual de present Sa M. tramat en Flandes per apendre de pinctor, XXII du... (13 Abril 1469. Reg. 60. f.r 278).

»A Johan de Justo, fill del viscastella de la torre de Sanc Vicent (en Nápoles) lo qual lo Senyor Rey ha trames en Bruges por apendre de pinctor... XXXIV duc.» Citado en el *Achivio storico por la provincie napoletone*, t. IX, p. 223.

De regreso de Nápoles, Giovanni di Ginoto entró al servicio del rey. Se le cita en 1480 y 1492. Uno de sus trabajos fué un mapamundi, pintado en tela de Holanda. (La misma colección, t. IX, p. 406.)

(2) Publicado por Sanpere y Miquel, t. I, p. 47.

la gloria como el último de los Preux (1). En 1407, los consejeros de Barcelona encargan á Flandes dos vidrieras con las imágenes de las cuatro Virtudes cardinales, que estaban destinadas á la casa del Consejo, para la que ha de trabajar Dalmau (2).

Artistas flamencos ó franceses llegaron, atraídos ó llamados, á Barcelona antes de fines del siglo XIV. Si no se trata antes de 1440 de establecer en la ciudad la industria de los «paños de Ras», y si no se presenta hasta 1430 un tapicero flamenco entre los artistas al servicio de Alfonso V, el rey Juan, en cambio tiene á su servicio, desde 1388, á tres bordadores de Brabante ó de Alemania. En 1393, el pintor Nicolás de Bruselas casa en Barcelona á su hija Monserrada; este nombre, completamente catalán, el de la Virgen que tiene por trono la más fantástica de las *sierras*, prueba que el padre de la desposada vivía en Cataluña desde hacía muchos años. Un pintor envejecido y atrasado no podía bastar al gusto del rey Juan; quiso hacer que fuera á Barcelona un artista célebre en los países del Norte. Sus bordadores se lo dieron á conocer como «muy apto», el pintor Jaco Tuno. El rey escribió en seguida, el 20 de Febrero de 1386, una carta al vizconde de Rodez, la cual confirmó y completó con una segunda carta del 16 de Marzo. Ordenaba á aquel personaje que, «cuando estuviera en París, pidiese ó hiciera pedir, «*en la Varna*» el pintor en cuestión. El rey «lo quería». Es preciso que Tuno venga; tendrá los mismos beneficios que cada uno de los bordadores, y, además, será tan bien quisto que se dará por contento. Pero que venga pronto

(1) Boffarull y Sans: *Gilaberto de Cruilles*, 1886, p. 50 y 51 (citado por Sanpere y Miquel, p. 23). Este catalán tenía, además, entre sus tapices un paño de Arras con las armas de Duguesclin. Sábese que un tapiz de la historia de Duguesclin fué entregado á Felipe *el Atrevido*, en 1386, por Pedro Beaumetz; otros dos fueron ejecutados para el duque, en 1395, por Jacobo Dourdin y Nicolás Bataille. Todos estos tapices eran de París (J. Guiffrey: *Histoire de la tapisserie*, p. 37 y 39).

(2) Sanpere y Miquel, t. I, p. 74.

y por el camino más recto. Lo que el rey pide, ante todo, es que el pintor «sepa hacer bien y dibujar con presteza figuras de hombres, y dar parecido á fisonomías de rostros». ¿Cuál es ese retratista famoso? ¿Sería, por casualidad, aquel Jacobo Coena, que parece haber tenido, hacia fines del siglo XIV, un renombre europeo, y que vivía en París? ¿El pintor que fué llamado á Milán en 1399, habría ido diez años antes á Barcelona? Nada prueba que Jaco Tuno haya hecho el viaje. El rey Juan termina su segunda carta en estos términos: «Y si por ventura no pudieseis haber á éste, procurad otro, el más apto que se pueda, porque estamos muy necesitados de él» (1). Una cosa hay de cierto, y es que un artista franco-flamenco pintó en Barcelona por el año de 1390, exactamente como entonces hubiera pintado en París. Dejó una tabla, resto de un retablo más importante, que cuelga hoy en la sala capitular de la catedral de Barcelona, y que apenas es visible en la sombra. Es una *Crucifixión* tumultuosa y contorsionada, la única obra que representa hoy en la historia de la pintura sobre tabla el arte violento, emocionante y á veces grotesco de las *Horas menores* del duque de Berry.

Así, pues, el reino de Aragón siguió de cerca las últimas etapas del arte franco-flamenco, antes de la revolución que realizaron los hermanos de Limburgo y los hermanos Van Eyck. ¿Cómo llegó á Barcelona y á Valencia el nombre de los últimos innovadores que relegaron al olvido á sus antecesores? No faltaban intermediarios entre los compatriotas y los contemporáneos de Juan Van Eyck. En 1430, el tapicero mestre Guillermo de Uxelles—tal vez un brabantino de Ixelles — estaba en Barcelona y recibía mil florines del tesorero del rey. Al

(1) El texto original (catalán) de estos documentos, que, á no dudarlo, llamarán la atención de los historiadores del arte francés, lo ha publicado Puiggari en las *Memorias de la Real Acàdemia de Buenas Letras de Barcelona*, t. III, 1880, p. 79 y 80. Los pasajes más importantes han sido traducidos al castellano por Sanpere y Miquel (I, p. 29-30).

año siguiente volvió á su país. La letra por la que el rey hace que le den cincuenta florines para su regreso lleva la misma fecha (6 de Septiembre de 1431) que el pago de cien florines á Dalmau para su viaje. Alúdese á las *misiones* y los gastos que el flamenco podrá hacer (1).

Mestre Guillermo debió, según toda verosimilitud, de marchar con Dalmau; pudo servirle de guía hacia el maestro, de quien las artes tributarias de la pintura esperaban nuevas formas. Tal vez, como ingeniosamente lo supone el señor Tramoyeres, fuese á buscar en Brujas modelos para los talleres de alto lizo que el rey pensaba establecer (2). ¿No tiene acaso el aspecto de un cartón de tapicería el cuadro de los consejeros con sus colores sin vida?

Es inútil sutilizar sobre conjeturas. Dos de los documentos que acaban de citarse dejan suponer que Dalmau pudo trabar relaciones con Juan Van Eyck antes de marchar á Flandes, y conocerle en persona, ya en Portugal, ya en la misma Valencia.

El viaje de Juan Van Eyck á Portugal es el acontecimiento mejor conocido de su vida, gracias á una detallada relación conocida por dos redacciones, una en castellano y otra en francés (3). El pintor acompañaba á Juan, señor de Roubaix, enviado de embajador por Felipe el Bueno, para pedir la mano de la infanta Isabel. La embajada, que llegó por mar á Cascaes el 16 de Diciembre de 1428, fué recibida por el rey en Avis el 15 de Enero de 1429. Juan Van Eyck empezó en seguida el retrato de la infanta, que fué enviado al duque el 12 de Febrero.

La embajada borguiñona hubo de esperar más de tres semanas su presentación al rey Juan. Éste se encontraba con su

(1) Tramoyeres, art. cit., p. 565, n. 27.

(2) Art. cit., p. 565.

(3) Sanpere y Miquel las ha estudiado recientemente con mucha sagacidad (t. I, p. 209 y sigs.).

hija en Estremoz (al norte de Évora), en donde preparaba la recepción de la infanta Isabel de Aragón, prometida de su hijo mayor, el príncipe Pedro, aquel cuyo hijo reivindicó más tarde el trono de Aragón, é hizo pintar en Barcelona el retablo que aun se conserva en la capilla real. El príncipe, que llegó á Valencia en el mes de Julio de 1428 para arreglar los últimos toques, partió con una embajada para Alcolea (al norte de Sevilla), en donde le esperaba la infanta, y desde donde, por Badajoz, pasaron ambos á Portugal. El lugar que fué el punto de cita del príncipe portugués y de la infanta aragonesa se encontraba en el reino de Castilla. Ahora bien, el 28 de Agosto de 1428, algunos días antes de la salida de la embajada nupcial, el tesorero de Valencia abonó 330 sueldos reales á Luis Dalmau, pintor de Valencia, para los gastos que le originara el viaje de Castilla que emprendía por orden del rey. ¿Qué iba á hacer Dalmau en aquel viaje? Sin duda concurrir á las fiestas que habían de celebrarse en Portugal. Si fué con el doctor Ram, protonotario de Aragón y jefe de la embajada, hasta Estremoz y hasta Lisboa, puede muy bien creerse que saludara al pintor famoso enviado por el duque de Borgoña y admirase su obra.

Pero tal vez ya en 1428 hubiera visto Luis Dalmau á Juan Van Eyck. El año anterior Felipe el Bueno, apremiado por volverse á casar, mandó á pedir á Alfonso V la mano de la infanta Isabel, la misma que había de casarse, no tardando, con D. Pedro de Portugal. Estas negociaciones, que no dieron resultado, han dejado poca huella. Sin embargo, está probado que una embajada borguiñona se reembarcó en el Grao de Valencia en los primeros días del mes de Octubre de 1427. Al descubrir este documento, el Sr. Tramoyeres se acordó de los viajes secretos y misteriosos de Juan Van Eyck, cuya mención se ha conservado por los tesoreros de Borgoña. El 26 de Agosto de 1426 Felipe el Bueno manda entregar una suma á su ayuda de cámara y pintor para cierta peregrinación hecha por el duque y en nombre suyo y para cierto viaje secre-

to. Por esta fecha habíase ya realizado el viaje; el duque hace que se liquide con el pintor lo que «podía serle debido». El documento no es, pues, aplicable, como lo ha creído D. L. Tramoyeres, al viaje de 1427 y á la embajada de Valencia. Pero si no tuviésemos más que las cuentas de la tesorería de Borgoña, ignoraríamos por completo que Juan Van Eyck formó parte de la embajada de messire Juan de Roubaix. Así como se le envió en 1428 á pintar el retrato de la infanta Isabel de Portugal, así también pudo ir á Valencia en 1427 para hacer el retrato de otra Isabel, la infanta de Aragón.

Este viaje problemático interesa más á la biografía de Juan Van Eyck que á la historia de Luis Dalmau. Ya sabemos lo esencial: la fecha de su viaje á Flandes. Lo que aprendió en Brujas á partir de 1431 explica lo que pintó en Barcelona de 1443 á 1445.

Después de haber firmado su gran cuadro, se quedó en Barcelona. Se le llama «habitante de la ciudad» el 27 de Abril de 1448, á propósito de un modesto trabajo encargado por el tesorero del rey.

Nada prueba que Alfonso V lo volviera á tomar á su servicio cuando regresó de Flandes. Solamente después de la muerte de Alfonso y el advenimiento de Juan II, en 1458, es cuando Dalmau parece reanudar sus trabajos para la casa real. En 1460 pintó oriflamas de trompetas, cotas de armas y caparazones de caballo con las armas del nuevo soberano, que, rey de Navarra por derechos de su mujer, unió un nuevo escudo á los de Aragón y de Sicilia (1). Esta es la última mención que acerca del pintor se haya encontrado. Tal vez murió en aquel mismo año de 1460, en el que Barcelona fué asolada por una terrible epidemia (2).

(1) Tramoyeres, art. cit., p. 568 y 569; dos documentos del 12 de Febrero.

(2) Sanpere y Miquel, t. I, p. 266.

Las investigaciones de los eruditos de Barcelona y de Valencia han jalonado con una serie de fechas, escalonadas de 1428 á 1460, la carrera de un pintor que no era antes conocido sino por una obra única fechada en 1445. Queda por buscar, después de ellos, lo que pueda subsistir de esos treinta años de trabajo y comparar con la Virgen de los consejeros las tablas conocidas ó inéditas que han sido ó pueden ser atribuídas á Luis Dalmau.

E. Bertaux

MATERNIDAD

NOVELA

V

Era un día de Abril; ella estaba sentada junto á la ventanilla de uno de los coches del expreso, que la llevaba á todo vapor hacia la frontera sueca. Casas de campo, tierras negras con manchas de nieve todavía en algunos sitios, desfilaban rápidamente ante los ojos de la joven; de vez en cuando, el tren se metía por un bosque de pinos achaparrados que se perdía en el horizonte de un cielo lluvioso, gris y sombrío.

Consagró los últimos días á hacer algunas compras necesarias. Las quinientas coronas que percibiera habían sufrido considerable merma, pero podía presentarse de una manera decorosa. Había recobrado rápidamente las fuerzas y la salud; siguió las recomendaciones del doctor, que la prescribió un reconstituyente, la cerveza doble y la leche recién ordeñada, y se encontraba á maravilla.

Y además, alejábase por fin de aquella ciudad en la que vivió con el continuo temor de ser reconocida, descubierta, y en la que tanto había sufrido. Desde que salió del hospital, los abrumadores recuerdos de los días que allí había pasado la persiguieron como una angustiosa pesadilla que no lograba ahuyentar; ocurríale, de noche, despertarse sobresaltada, creyéndose todavía allí, en la sala común. Y si no se daba prontamente cuenta de que se trataba de un sueño, su cuerpo se

llenaba de copioso sudor... Ahora el tren la llevaba, la arrancaba á su desgracia, á todos sus malos recuerdos. Cuando, por fin, sonó en sus oídos la lengua sueca, se sintió como libertada y respiró á sus anchas. Aquí nadie sabía su historia; aquí podía, sin temor, mirar á todo el mundo á la cara; para ella empezaba una nueva existencia en un nuevo país.

Y mientras que el tren franqueaba á toda velocidad las llanuras suecas, se reclinó, con los ojos cerrados, en el respaldo del coche. La sensación de ir de la oscuridad á la luz la llenaba continuamente de contento. Cierto era que todavía la acompañaban pensamientos de inquietud; pero estos pensamientos no llegaban á entristecerla. Hacía un mes que no había recibido noticias de sus padres; pero tal vez no era aquello sino una casualidad.

Ahora quería estar alegre. Había sido salvada como por milagro de la perdición total. ¿No debía sentirse feliz? Aquí, en Suecia, todos la respetarían; las condiciones materiales de la existencia serían buenas para ella; podría escribir todas las noches á sus padres largas cartas, palabras de verdad y de amor solamente. ¿No equivalía esto casi á una vida en común con ellos? ¡Qué consuelo para ella!

Se puso á contemplar el paisaje, en el que el sol, pasando al través de las nubes, empezaba á iluminar los campos húmedos y los árboles. Y, como siempre desde hacía algún tiempo, la sensación de contento que experimentaba la llevó á pensar en su hijo. Pensó que hubiera debido, de todos modos, poner ella misma el nombre á su hijo: Carlos, Hermann, Olaf, ó bien... Y su pensamiento se perdió entre los nombres que le parecían más bonitos.

Para que sea posible pensar constantemente en un objeto, hay que ponerle un marco; así, poco á poco, se dijo que el niño debía de encontrarse por entonces en Christiansad... Sin duda, el padre adoptivo era allí prefecto; se figuraba á éste de buena estatura, elegante, con patillas blancas y lentes de oro... En cuanto á su mujer, la veía gruesa, de aspecto severo, con

traje de seda... Llegaría un día en que aquel matrimonio tendría un hijo, ya hombre, dado á luz por ella...

Y mientras que continuaba pensando en el porvenir del niño, experimentaba un bienestar tan grande que sonreía sin darse cuenta.

Llegó á su destino á las doce de la noche. Era una población de poca importancia, cuyas luces estaban ya apagadas y cuyas casas de madera se percibían vagamente á la luz de la luna. Un coche tirado por dos caballos la esperaba en la estación; instalóse en él con su equipaje, y el cochero tomó por un ancho camino.

Este camino atravesaba un valle en cuyo fondo se oía correr un arroyuelo. Las ruedas del coche rechinaban sobre el suelo helado; el hielo crujía bajo los cascos de los caballos, que iban á buen paso.

A las dos horas de marcha, la joven vió los edificios de la fábrica, cuyas negras chimeneas se alzaban hacía el cielo. Cruzó luego por un pueblecillo formado por casas de obreros, y por fin el coche penetró en un paseo con árboles, en cuyo extremo se elevaba la casa del amo, del propietario y director de la fábrica adonde iba la viajera.

Su corazón tuvo una ligera sensación de ansiedad involuntaria. ¿Cómo se las arreglaría ella para hacer que todo anduviese en orden en aquella inmensa casa? ¿En qué tonta y presuntuosa empresa se había metido?

En el edificio no había luz sino en una sola ventana, casi oculta por los árboles del jardín. Pero cuando el coche paró ante el terrado, un hombre salió de la casa y se adelantó: era el director, Flaten, quien, inclinándose galantemente, ofreció su brazo á la joven para hacerla entrar. El comedor estaba iluminado y la mesa puesta; la llevó á su sitio, y se puso á cenar al mismo tiempo que ella.

A los pocos instantes, interrumpiendo de pronto la conversación, que versaba sobre el viaje de la recién llegada, el industrial dijo, sonriendo:

—Perdóneme, señorita, pero todavía no me han dicho su nombre. ¿Quiere usted hacerme el favor de decírmelo?

Ella sintió que se ponía encarnada, y contestó, sin levantar los ojos del plato:

—Me llamo Regina Aas.

Hacía mucho tiempo que no había salido este nombre de sus labios. Era un acontecimiento para ella. El director levantó su copa y la chocó con la de Regina; luego se informó de lo que pasaba en Cristianía.

Era un hombre de unos cincuenta años, grueso y calvo, con los bigotes canos bajo una nariz encorvada. Sus ojos reflejaban mucha bondad, y parecía muy sencillo, muy buen sujeto. Dijo que había nacido en Hamar; que á los veinte años encontró una colocación en España, en un comercio, y que había tenido buena suerte en sus negocios. Había comprado su propiedad actual hacía algunos años, á causa de los grandes bosques que se extendían en rededor. Pero desde que enviudó —hacía un año—no se encontraba ya á gusto allí; hasta proyectaba venderlo todo y volver definitivamente á Noruega...

Regina se olvidaba de que estaba con un extraño, por la confianza que le inspiraba la franqueza cordial de su interlocutor; la trataba como una igual, sin reticencias de ningún género, y esto parecía una cosa nueva á la joven, y la complacía. Pero entonces produjose un incidente que no esperaba ella.

Acababan de levantarse de la mesa, cuando él se pasó una mano por la frente, y le dijo, como si quisiera recordar:

—¿Regina Aas?... ¿Sería usted hija del teniente de navío Aas, con quien trabé amistad hace ya tiempo en Barcelona, en donde estuvo él con su barco?

Y miró á la joven.

En un segundo se dijo ella: «Es preciso que no lo sepa. Tal vez el profesor le haya dado algunos informes sobre mí, y ¿quién sabe lo que puede ocurrir?...» De nuevo estaba á la de-

fensiva. Y como ya tenía el hábito del disimulo, contestó con la mayor naturalidad:

—No, mi padre era labrador...

—Ya.

Y, vuelto de espaldas á la joven, se puso á escoger una de sus pipas, mientras decía, como si se hablara á sí mismo:

—La verdad es que mi pregunta no venía á cuento. Precisamente en los periódicos noruegos de ayer se da cuenta de que el teniente Aas, de quien le hablaba, ha muerto de torrero en no sé qué faro de la provincia de Skœrsgaard. Si hubiera sido usted su hija, no estaría, ciertamente, aquí.

Regina se apoyó en la mesa. «¡Ten cuidado con desmayarte!»

El industrial encendió su pipa y, por fortuna, levantó una cortina y miró un momento por la ventana.

—Espero—añadió—que no se aburrirá usted aquí demasiado, señorita Aas... Pero, volviendo al teniente de navío en cuestión, puede usted creerme que era un excelente y alegre compañero; ya le contaré acerca de él algunas divertidas historias.

Volvióse hacia ella y, sorprendido por la alteración de su rostro, exclamó:

—¡Ah! Me parece que necesita usted descansar, señorita. El viaje la ha fatigado, sin duda. La muchacha le indicará en dónde está su cuarto.

Y le tendió la mano, dándole las buenas noches.

VI

El minero es feliz mientras que sube del pozo. Va hacia la luz, y las tinieblas van hundiéndose cada vez más, bajo el cesto en que se encuentra. Pero cuando está ya afuera, cuando se va á mezclar con los hijos de la tierra libre, observa entonces que todos le señalan con el dedo y se dicen: «Es un mine-

ro». No importa que se ponga otro traje y se lave bien: las señales de su infernal y subterránea estancia persisten como estigmas que no logra borrar.

A la mañana siguiente Regina pensó:

«Es imposible quedarse hoy en la cama: esto podría dar lugar á sospechas. Es necesario que bajes, que te conduzcas como si esta nueva desgracia no te hubiese afectado.»

Estaba sentada en su cuarto, con sus efectos en rededor; pero en cuanto se ponía en pie, volvía á caer en su silla, con las manos enlazadas sobre las rodillas.

Mientras que estuvo en camino, subiendo del negro abismo de miseria en que estuvo sumida, experimentó una gran alegría al pensar que estaba salvada. Pero ahora, libre, habíase convertido en un sér como todos los otros; de esta suerte comprendía tanto mejor lo que había pasado. ¿Por qué deshacía su equipaje? ¿Por qué no volvía á su casa para asistir al entierro de su padre y quedarse al lado de su madre? Harto comprendía que esto era imposible, y, sin embargo, seguía frotándose los ojos, no segura de estar bien despierta, por lo increíble que todo aquello le parecía... ¿Qué había pasado? ¿Cómo se encontraba ella allí? ¿Por qué se había desterrado de su país y de su casa? ¿No era la antigua Regina Aas?... Había cruzado un valle tenebroso; volvíase á encontrar ahora en lo alto, en la luz, como en otros tiempos. Pero ¿por qué había cambiado? ¿Por qué se había convertido en una persona diferente?

Era preciso bajar en seguida, simular la joven inocente, reir como antes, mostrarse alegre y descuidada. Este era el papel que tenía que desempeñar: sabría salir adelante. ¿Pero qué felicidad había en todo esto? Ella había soñado con que iba á empezar á ser feliz aquí, y de repente se le presentaba una nueva lucha diaria para ocultar su secreto, como cuando vivió en casa de su tía el año último. Su madre permanecería sola allá abajo, y ella debía obrar como si no pasara nada, fingiendo tranquilidad y alegría. ¡Esta era la felicidad que le estaba reservada, su felicidad!

Se vistió y terminó su tocado. Al salir se miró otra vez en el espejo. Su cara seguía hinchada, aunque había menudeado las abluciones. Mojó la toalla en el agua fría, y la pasó por sus ojos; después se los secó concienzudamente. Esta vez quedó mejor. Sonrió al espejo; sí, podía pasar. Nadie al verla sospecharía que su padre se encontraba en aquel momento en el lecho mortuorio, y que tal vez había sabido la verdad antes de morir.

Baja. El industrial ha ido á su oficina. En la cocina, muy grande, muy clara, hay dos criadas en plena actividad: una de ellas, mujer ya vieja, es noruega. Las hornillas están al rojo; utensilios relucientes cuelgan de las paredes; todo tiene un aspecto nuevo y limpio, verdaderamente agradable. El ama de llaves que se va desayuna con Regina; en seguida le enseña toda la casa y le da los informes necesarios. Después se marcha antes de la hora de comer.

Durante la comida, Regina se encuentra sola con Flaten en el vasto comedor. Él no dice gran cosa, come de prisa, y se encierra en una habitación próxima para dormir la siesta. Ella se asoma á la ventana, contempla el valle sombrío, en donde aquí y allí algunas casas aisladas dejan escapar hacia el cielo ligeras espirales de humo... Sí, la cosa es segura: su padre se había enterado de todo y ha muerto de vergüenza. Había sufrido ya demasiado con sus hijos...

Transcurren otros días... Es preciso de toda precisión que no se deje ella caer al suelo, mientras que evacua sus quehaceres de la casa. Es preciso también que esté sonriente y contenta: esto corresponde á su edad. Los ojos de los extraños parecen llenos de sospechas; importa no dejarlos ver nada, si no se quiere que lo adivinen todo.

Así ella bromeaba y reía con los criados, y mostraba á Flaten una cara alegre.

El dueño volvía á las ocho de la noche, cansado y silencioso. Después de la cena, se encerraba en el cuarto de su difunta mujer con una pipa, un libro y un vaso. Regina comprendía

que aquel hombre vivia aún con el recuerdo siempre presente de la muerta, y que aquel cuarto era para él como una capilla en la que se refugiaba para evocar su memoria...

Era una casa pacífica. De vez en cuando venía á comer un compañero de negocios; y entonces no se hablaba más que de maderas, de bosques y de mercados extranjeros. Flaten dejaba pocas veces la casa. Regina le agradecía que no la interrogase jamás sobre ella ni sobre su familia. Dejábala, además, en toda libertad para dirigir la casa como quisiera; y poco á poco todo empezó á marchar bien.

Una noche, cenando, Flaten alzó los ojos del plato y la miró un momento.

—Usted no se encuentra bien, señorita Aas. La veo á usted cada vez más pálida. Mañana he de hacer algunas visitas; venga usted conmigo si gusta; así hará usted algunas relaciones.

Pero Regina contestó que estaba muy bien, y que por el momento no podía pensar en alejarse de su puesto. Esto lo dijo con cierta turbación, y á partir de aquel día notó que Flaten la observaba á veces: tenía la impresión de ser espiada, vigilada; parecíale que querían arrancarle su secreto...

Por fin recibió una carta de su madre. Comprendió al leerla que se había perdido otra anterior. Su madre le daba detalles del entierro, y la censuraba por no haber ido. Pero nada en aquella carta daba á Regina motivos para creer que se supiera algo suyo. No era ella la que había matado á su padre: pudo abandonarse á su pena como á un dolor feliz, puesto que su conciencia no le proporcionaba una mayor amargura.

El cuarto de la joven estaba situado en el tercer piso de la casa. Estaba empapelado de azul, y no había en él más que un grabado: Napoleón contemplando el incendio de Moscú. En las claras noches de primavera, gustaba de permanecer sentada en una mecedora al lado de la ventana; dejaba vagar sus miradas por las colinas cubiertas de abetos, suavemente agitados, que se escalonaban una tras otra, hasta la última, que azuleaba en el fondo dorado del Poniente. De vez en cuando,

Regina apoyaba un codo en el alféizar y la barbilla en la mano. La mecedora quedaba quieta; después volvía á su movimiento... Luego se paraba de nuevo, y Regina se inclinaba mirando, como mira un preso desde su cárcel. El arroyo cantaba en el silencio su canción monótona, las fábricas se habían callado, y de las enormes chimeneas no salía más que una humareda expirante.

«¿Qué ha ocurrido, pues, en mi vida? ¿No podré pretender ya el agradar á un joven? Ya no me ocurre ahora el pensar en el día de mi boda. ¿Qué ha pasado? ¿Volverán para mí todas esas cosas?...»

Pasan los días. Sin abandonar la máscara de la alegría, Regina continúa siempre en guardia: es preciso que se vigile á sí misma para no olvidar su papel; y es preciso que vigile también á los otros.

El que oculta algún grave secreto es siempre receloso. A veces creía ella descubrir en Flaten un indicio de que lo sabía todo. Esto era para ella un terror constante. Estaba al acecho, medía y pesaba sin cesar la menor palabra que oía. ¡Cuántos pensamientos, cuántas inquietudes!

¿Por qué el médico del hospital la había elegido á ella para lo del niño? ¿Había obrado de acuerdo con la familia de ella, que tal vez se había enterado de todo? ¿Habíase representado una comedia cuya trama no lograba descubrir?

¿No habrían adoptado al niño algunos parientes suyos? Pensaba en una tía que vivía sola en el Nordland. ¿Estaría el niño en su casa? ¿Sería por esto por lo que Regina no debía saber lo que era de su hijo?

Cada idea, cada hipótesis engendraba otras que la tenían despierta por la noche, que ponían en movimiento la mecedora ó la paraban bruscamente.

¿Por qué el doctor la había enviado aquí, á Suecia, al lado de aquel noruego viudo? ¿Era para alejarla de su país? ¿Habríanse dicho: «Se quedará allí, se olvidará de todo, hasta de su hijo, y no volverá nunca»?...

¿Habrían pensado en desembarazarse así de ella? ¿Y dejaría ella que se realizase semejante plan? ¿Se resignaría á esto?

Cuanto más lo pensaba, más le pesaba y humillaba el socorro que había recibido. Por mucho que trabajara y se portase bien, no era menos cierto que debía su puesto únicamente á los que se lo habían procurado. Ella no era más que una muchacha caída y que debía sufrirlo todo con tal de que ganase el pan diario. ¿Había caído tan bajo? A veces, al pensar esto, sentíase enrojecer de ira y de vergüenza; levantábase bruscamente de su asiento con los puños crispados... Después procuraba tranquilizarse. ¿Qué podía hacer, por el momento al menos?

¿Por qué estaba condenada á sufrir todo aquello? ¿Por qué, por qué? ¿Era una sentencia irrevocable de su triste destino?...

La primavera avanzaba. Las golondrinas hacían los nidos bajo las ventanas. Las flores formaban una alfombra polícroma en los terrenos próximos al río. El sol caldeaba cada día más.

A veces, por la noche, incorporábase ella en la cama y se decía en voz baja:

«¡Basta, basta! Ahora tienes que dormir, Regina. ¡Atiéndeme, Dios mío! No quiero pensar, quiero dormir.»

Con los labios apretados, procuraba fijar su imaginación en algo insignificante, en cualquiera cosa... Y se despertaba por la mañana, después de algunas horas de sopor, con el sentimiento confortante de una victoria alcanzada sobre sí misma. Así como se esforzaba en descansar, comenzó á esforzarse en comer. Su juventud luchaba contra la desgracia, como un organismo robusto que triunfa de una enfermedad...

El verano sucedió á la primavera. En sus momentos de libertad, Regina bajaba al jardín á entretenerse un poco. Un fuerte olor á hierba y follaje aromaba el aire. A veces la calma era tan profunda en aquel jardín, que se olvidaba del lugar en que se encontraba; tenía la impresión de vivir en un reino pequeño, suyo, de ella sola, aparte del mundo. Los pá-

jaros revoloteaban sobre su cabeza; algunos hacían sus nidos allí arriba, en el alero del tejado. Los arbustos formaban como un recinto en torno de ella; sentábase en la hierba; por todas partes no se veía sino verdor y cielo azul, y no se oían otros rumores que el canto de los pájaros y el murmullo vago del río. Y el universo entero, y los malos recuerdos, todo se borraba, todo desaparecía lejos, muy lejos.

Un domingo por la tarde paseábase por el jardín; pero alguien la observaba desde el terrado: era Flaten. Ella no le veía, y continuaba yendo y viniendo tranquilamente con un rastrillo en la mano. Llevaba un traje claro, desceñido, y un ancho sombrero de paja cubría la masa negra de su pelo.

—Es una muchacha soberbia—pensó él.

Había observado que la cara de la joven había ido floreciendo en aquellos últimos tiempos; los colores volvían á sus mejillas. Y, sin darse exacta cuenta de los motivos que le impulsaban, empezaba ahora á prolongar las comidas. Cuando ella estaba presente, sentía Flaten que su humor se alegraba y ocurríale olvidar las preocupaciones de sus negocios y su dolorosa obsesión.

—¡Señorita!—gritó á la joven.

Esta alzó la cabeza, asustada casi. No le creía en casa, y se sentía como sorprendida en falta. Cuando se acercó él, se ruborizó ella y sonrió con timidez.

—Perdóneme—dijo.

Y se quedó allí, esperando, al pie del terrado, apoyada en el rastrillo. Como él la había llamado por llamar, no supo al pronto qué decirle.

Pero al contemplarla así, como estaba, vió que era muy bella. La mano que empuñaba el rastrillo era morena y bien hecha; la manga estaba levantada y descubría un brazo blanco y redondo, ligeramente sombreado por un fino vello rubio. Regina tenía el tono brillante de las mujeres que acaban de dar á luz, y el sol del verano y el aire libre habían añadido toda la frescura de la salud. Sus facciones bien pronunciadas

habían perdido su dureza, y los sufrimientos secretos imprimían á su rostro enérgico una espiritualidad que no le era habitual. Ella estaba allí, en pie sobre un fondo de verdor, con su traje claro y suelto, y esperaba con los ojos bajos, jugueteando maquinalmente en la arena con la punta de su zapato.

Por fin tuvo él que decidirse á decir algo.

—Señorita—dijo,—temo que se aburra usted aquí mortalmente. Mañana marcho á hacer una pequeña excursión á Goteburg; venga usted conmigo. Esto proporcionará, á mí una agradable compañía de viaje, y á usted la ocasión de tomar un poco de aire... ¿Qué dice usted?

Ella se miró al pie y reflexionó un poco. Después alzó sus hermosos ojos, sonrió y contestó ruborizándose un poco, á su pesar:

—Acepto muy gustosa su amable invitación.

Pero al día siguiente, al recorrer con él las calles de la gran ciudad, sintió de nuevo su antigua angustia, aquel temor enfermizo de encontrarse, en cada esquina, con alguien que la conociese. Sentíase ridícula, reíase de sí misma; pero no lograba desembarazarse de su miedo, que la seguía como su sombra.

Cuando volvieron á la casa se dió cuenta de que no había podido distraerse verdaderamente un solo instante en la excursión. En la casa, en medio de sus ocupaciones diarias, iluminaban á veces, como de improviso, algunas horas felices. Pero le era de todo punto imposible el divertirse á gusto, cuando lo quería, como otra persona cualquiera. Porque entonces los malos recuerdos se alzaban ante ella, la impedían ser dichosa. Aun yéndose al fin del mundo, comprendía que siempre sería así, siempre.

Cuando sus reflexiones llegaban á este punto, la mecedora se paraba bruscamente.—Sí, Regina, así es—pensaba.—Y sin embargo, mientes cien veces al día para tener secretas estas cosas... Si arrojaras la máscara, ¿crees que te encontrarías peor?

Pero entonces se levantaba de repente, roja de emoción.

—¡Eso jamás! Es preciso que soportes la situación tal como es. ¿Querrías causar semejante dolor á tu madre?... Y tú misma, ¿acaso no estás bastante humillada sin eso?

La conducta de Flaten para con Regina se hacía de día en día más significativa. Ella percibía á veces en los ojos del industrial miradas que la inquietaban. Tenía con ella atenciones casi ridículas. Traíala regalos siempre que volvía de algún viaje, como si fuera su mujer.

Todo esto determinó en Regina pensamientos de mal agüero. Decíase:

—Estas maneras son un procedimiento como otro cualquiera para conquistar favores. Una noche vendrá de puntillas á llamar á tu puerta, ya verás. Todos los hombres son parecidos. ¿Quién sabe si no me ha atraído aquí con esa sola intención?

Continuó comportándose como antes; pero cuando le miraba murmuraba en su fuero interno:

—Sí, puedes venir: te espero... Ya verás cómo bajas la escalera de cabeza.

En una de las habitaciones había, colgado de la pared, un gran retrato de la señora de Flaten, rodeado de un crespón. El industrial se sorprendía cada vez con más frecüencia parado ante aquella imagen, absorto en su contemplación, como si hubiera querido evocar más claramente las facciones de su difunta mujer. A menudo se tumbaba en un sofá ante el retrato; parecía pedir á la muerta que le protegiera contra sí mismo, que no le abandonara.

VII

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?—se decía Regina.—¿A dónde irás después? ¿Podrás ver á tu madre el año próximo? ¿Comienza á gustar tu corazón la dulzura de la espera? No, no. Si llegas alguna vez á mirar á tu madre á la cara y á estar

como si nada hubiese pasado, ese día no tendrás nada que envidiar á las mujeres perdidas y á su triste descaro. Pero si, por el contrario, dejases las mentiras y confesaras la verdad, ¿no sería esto matar á tu madre con tus propias manos? No hay medio de escapar á esta disyuntiva. Sí, uno solo: no volverla á ver en la vida.

Regina tenía la sensación de estar condenada á una pena perpetua. Cuando el horror de la situación se le aparecía por completo, ocurríale dejar caer los platos que tenía en la mano. ¿De qué podía servirle la estimación de las gentes que la rodeaban, puesto que nadie podía leer lo que pasaba en su alma? La idea enfermiza que una amiga ahuyenta con sólo echarse á reir, en ella era preciso que lo ocultase bajo una máscara de fingida alegría. Y esta idea se fijaba, se agarraba sólidamente en ella, y engendraba otras en la obscuridad de su corazón.

Todas las noches permanecía hasta tarde sentada, mirando fijamente, como en un tablero de damas, el desarrollo del juego de su vida.

«¡Ah! ¡si en casa de tu tía, en aquel tiempo, hubieses obrado de tal ó cual manera!...—se decía.—En este mundo se trata de jugar con prudencia y no equivocarse. No le hubieras debido dejar entrar en tu cuarto; hubieras debido echar el cerrojo: esto le hubiese excitado y te habría estimado más... Algunas lo tienen todo: buenos padres, felices, educación esmerada, hermanos de los que pueden estar orgullosas. Se casan con el hombre que han elegido; cuando tienen un hijo, es una alegría para la casa entera; no necesitan vender á sus hijos por dinero. Estas han recibido el dón de jugar con discernimiento, ó bien Nuestro Señor es el que juega por ellas. Pero hay otras que cometen una falta en su partida, que se equivocan en un golpe; y toda su vida queda perdida, perdida para siempre.»

Y continuaba pensando en lo que se hubiera debido hacer. «¡Si hubiese obrado de tal ó cual manera!...»

Las cartas de su madre le hacían el efecto de hálitos sua-

ves que pasaban por su corazón. Y como ninguna esperanza aparecía ante ella en lo futuro, se dedicó á refugiarse en sus queridos recuerdos, en representarse con el pensamiento á su madre, á la casita de la isla, á los pájaros de la playa, á la vasta extensión de las olas.

Volvió á rezar sus oraciones de la noche; le costaba hacerlo, pero era como un sacrificio que hacía á su madre, porque era un medio para ella de sentirse cerca, muy cerca de la querida ausente; á veces casi tenía la ilusión de que le hablaba. Púsose así á frecuentar la iglesia; en ella volvía á encontrar su candor y su inocencia de niña; parecíale estar todavía sentada entre sus padres, como antes.

Era una iglesita pobre; los fieles, en su mayor parte, eran obreros que trabajaban en las fábricas. Pronto se habituaron á ver, todos los domingos, á aquella joven que llegaba con su libro de cánticos en la mano, y que se sentaba en lugar apartado. La música del órgano, el canto era lo que más la impresionaba. ¡Qué bálsamo tan delicioso para su corazón miserable!

Su dolor se ensanchaba en el cántico de voces armoniosas; el órgano lo cantaba en amplias y profundas resonancias. Y ella mezclaba sus acentos con los que llenaban la nave, con la sensación de confesarlo todo delante de todos, sin hacerse traición.

Y el viejo pastor, que no llevaba el mismo traje que los del país de Regina, ¡con qué severidad hablaba de la voluntad de Dios cuando predicaba! «Si tienes la intención de convertirte de buena fe—se decía,—preciso será que te abandones enteramente, sin restricción. Pero supón que Nuestro Señor quiera otra cosa distinta de la que tú quieres; que exija, por ejemplo, que te quites la careta y confieses la verdad... ¡Eso nunca! Que me castigue, si le parece bien, pero no me resignaré á eso»...

Y cuando volvía el cántico, tenía ella como la impresión de una acogida amplia, generosa, que no exigía nada de ella, que la consolaba, gran poder indulgente que escuchaba su confesión, no comprendida por los otros.

Todos los domingos veía entrar en el templo al médico del lugar, que daba el brazo á una mujer de edad, que no parecía, sin embargo, ser su madre, porque tenía el aspecto de una obrera endomingada. Pero siempre estaban juntos, sentándose uno al lado del otro y siguiendo el canto en el mismo libro.

Un día, en la mesa, Regina habló de esto. El médico era conocido por sus obras caritativas; ¿era aquella mujer una de sus pretegidas?

Flaten se limpió los labios con la servilleta; luego se puso á sonreir de una manera particular.

—No—dijo,—es su propia madre. Cierto es que nunca ha estado casada, pero ha educado á su hijo á fuerza de trabajo y de valor. Después de haber padecido, hoy se ve honrada.

—¡Ah!—dijo Regina con mucho interés.

—Sí. Su hijo la lleva á todas partes y la presenta á todo el mundo diciendo: «Es mi madre». No oculta que las cosas no han ocurrido muy regularmente. La pobre vieja gustaría de sustraerse á esas escenas, que la molestan bastante; pero su hijo no lo entiende así. Está fuera de duda que no va al templo sino para agradar á su madre mostrando á todos que es su hijo. Esto en él se ha convertido en una especie de monomanía.

Al escuchar al industral, Regina pensó desde luego en su hijo; se puso á mirar fijamente en el vacío, hasta el punto de olvidarse que estaba comiendo. Pero al instante miró á su interlocutor, y se dijo:

«¿Me habrá contado esto con intención? ¡Ten cuidado, Regina! Come, ríe y habla de otra cosa.»

Y se apresuró á hacerlo así.

Pero antes de terminar la comida, pensándolo bien, decidió que Flaten no había querido hacer ninguna alusión. Y bruscamente, como si se le hubiera ocurrido de pronto, le preguntó:

—¿Y qué dicen las gentes á propósito del médico y de su madre?

El industrial se echó á reir.

—¿Los chismes? ¿Pero cree usted que el doctor Lindstrom se ocupa de esas tonterías?... Un día, en una comida, en la que me encontraba sentado junto á él, y al otro lado el pastor, dijo estas palabras: «Doy gracias á mi madre y la felicito por haber padecido y haber concebido un hijo. Sin esto no existiría yo, y Dios sabe el valor que doy á la vida... Oiga, señor pastor: brindo por la salud de las mujeres que, sin haberse casado, han cumplido, no obstante, su destino, dando con su sangre un sér al mundo». El pastor quedó tan confuso, que bebió también. Yo mismo presencié esta curiosa escena.

Regina lanzó una carcajada extraña, y se apresuró á abordar otro tema.

A partir de aquel día, se sentó siempre en la iglesia bastante atrás para ver delante al médico y su madre.

Él era un hombre robusto y corpulento, con la barba y el pelo ya canos; solamente en la nuca le quedaban unos mechones negros rizosos. La madre parecía muy pequeña, débil y gastada á su lado.

Desde entonces ocurrió á veces que Regina se olvidaba de cantar, por lo que le daba que pensar la pareja que tenía delante. Aquella mujer le inspiraba respeto sencillamente; no tan sólo había aceptado el juicio del mundo y las censuras de la opinión pública, sino que había cuidado de su hijo y había hecho de él lo que ahora era. Y ella estaba sentada allí, al lado de él, como junto á una obra terminada.

—¿Y tú—se oía Regina dentro de sí,—qué has hecho? Sin duda no podías obrar de otra manera, sin duda... ¿Pero y esa mujer? Esa no ha vendido á su hijo, no ha comprado buena ropa por el precio que de aquél sacara... ¿Y tú? Tú no podías obrar de otra manera, sin duda... Pero ¿y esa mujer? ¿Qué crees tú que pensaría de ti si supiera lo que has hecho?... ¡Dios mío! Este traje, este sombrero, estos guantes, ¡con qué dinero...!

Así, bajo la máscara sonriente de su rostro, nuevas medi-

taciones tejieron en ella sus tristes marañas. Un día pidió á Flaten un adelanto sobre su sueldo, y completó así la suma que envió al profesor, rogándole que remitiera aquel dinero á quien correspondía.

Pero esto no rescataba, sin embargo, la vergonzosa acción de que se había hecho culpable. Aquella acción seguía allí, incrustada en su pasado; parecíale que nunca lograría desprenderla de su vida.

Empezó á huir del templo: no podía soportar la vista del médico y de su madre. ¡Y ni una amiga, ni una distracción! Nada que pudiese orear con un soplo de aire puro el aire irrespirable que oprimía su pecho. Siempre, semana tras semana, el mismo trabajo, la misma habitación, la misma máscara, la misma pena honda...

¿En dónde se encontraría su hijo ahora? ¿Teníase la seguridad de que estuviese bien cuidado?... ¡Ah! ¡Si hubiera tenido el mismo valor que aquella mujer! Pero en seguida este pensamiento la hacía reir, por lo imposible, lo inverosímil que le parecía... Pero ¿y si se hubiera marchado á América? ¡Ah! esto era otra cosa...

Ahora la mecedora se balanceaba largo rato por la noche. Regina permanecía en la ventana con la mirada perdida en las colinas, hacia el Oeste, como si de allí pudiera venirle algún socorro.

Pero he aquí que el niño, contra el que tan gravemente había pecado, empezaba á vivir en ella de una manera sorprendente. Y como su imagen no la abandonaba, todos los pensamientos de la joven tendieron desde entonces á saber en dónde podría estar. Era como si en aquel porvenir que tan desesperadamente sombrío le había hasta entonces parecido se encendiera una lucecilla de la que no podían sus ojos apartarse. Y aquella lucecilla adquiría intensidad por momentos, proyectaba rayos sobre ensueños gratos, crecía, iluminaba cada día más las tinieblas de lo futuro.

VIII

El otoño había llegado con sus días tibios y suaves. Los manzanos y los perales estaban llenos de frutas encarnadas y amarillas; el follaje tomaba tonos dorados á la luz del sol.

Cuando Regina paseaba por los caminos enarenados del jardín, ocurríale á menudo detenerse para contemplar á lo lejos las líneas ondulantes de las alturas frondosas en donde la luz jugaba, iluminando aquí y allí con claridades rojas el verdor marchito entre el amontonamiento de pinos y abetos. El cielo veíase frecuentemente tan claro, tan puro, que se distinguía perfectamente, á leguas de distancia, el perfil de las cimas aisladas. Y en las lejanías, al Sur, todas las colinas se inclinaban, se rebajaban al nivel del llano que se esfumaba hacia el horizonte indeciso, hacia el mar.

Llegaron luego días huracanados y lluviosos. Cuando Regina cruzaba corriendo el patio grande, el viento á veces la colgaba del pelo virutas que volaban de los talleres de sierra. Y cuando llegaba la noche, cerradas las ventanas y encendidas las lámparas, las vastas habitaciones, que la sola presencia de los dos seres vivientes no lograba animar, mostrábanse espantosamente vacías.

Regina acostumbraba á quedarse cosiendo en el comedor después de la comida, mientras que Flaten se iba al cuarto de la muerta. Pero una noche el industrial dijo á la joven:

—Oiga usted, señorita: la casa me parece demasiado triste de por sí para que nos esforcemos en que esté más desierta de lo que ya es. Si gusta, venga á sentarse á mi mesa; de este modo no estaremos solo ni usted ni yo.

Ella le siguió sin replicar. En aquel cuartito agradable, en donde los avíos de trabajo, los almohadones, la mesita elegante de escribir, las fotografías, recordaban á la difunta ama de la casa, había fuego y las llamas esparcían un calor amable.

Era inevitable que en aquella intimidad de las largas vela-

das de otoño, ella inclinada sobre su costura, él con un libro en la mano, se hablasen con más frecuencia. ¿No eran también compatriotas expatriados los dos?

El industrial hablaba de su juventud, de su vida en Hamar, de cuanto le había ocurrido durante su estancia en el extranjero... Y Regina esperaba que le pidiese á su vez algunos detalles sobre su propia existencia. Si no lo hacía, era muy sospechoso; si, por el contrario, le dirigía la menor pregunta, iba ella á verse obligada á mentir de nuevo... Pero Flaten fué perfectamente discreto: ¿conocería acaso toda la historia? No, era imposible que estuviese enterado de todo.

Y Regina volvía á pensar que sin duda la habían llevado por cálculo á aquel rincón para que no se encontrasen nunca ella y su hijo. Habíanse imaginado que ella no tardaría en olvidarle con las nuevas impresiones, que se enamoraría de nuevo y se casaría, como una de esas mujeres superficiales que no se acuerdan de nada... ¿Tendrían razón?... Por compasión la habían dado algún dinero, como se paga á una mujer pública. «Esto para ti. Y ahora el niño es nuestro. Tú desaparece y no vuelvas más.» ¡He aquí á lo que ella había llegado! Y aceptaba su humillación; comía, dormía, reía. Sí, lo aceptaba todo. No se habían engañado: ella no valía más. Se dejaba hacer. ¿No tenía, pues, altivez de corazón?

Flaten fingía leer, pero la dirigía frecuentes ojeadas. Ella estaba allí, junto al fuego, inclinada sobre su labor, ¡tan joven, tan seria, tan bella! Sus cabellos negros, peinados sin artificios, formaban ondas á ambos lados de la frente, que le tapaban las orejas, y se reunían detrás de la cabeza en un moño bajo. Las largas pestañas daban una sombra de misterio á su mirada; su boca permanecía estrechamente cerrada. Entre semana, vestía siempre un traje de lana oscura, sin la menor joya, ni el más pequeño alfiler, hasta sin una cadenita para el reloj.

—¿En qué piensa usted de esa manera?—decía el industrial alzando los ojos de su libro con una sonrisa.

Ella se sobresaltaba; pero recobraba al punto su expresión habitual, y contestaba sonriendo también:

—¿Yo? En nada de particular.

Después volvían, él á su lectura, ella á su labor.

Sí, la cosa estaba clara; él la vigilaba. Tal vez se divertía en verla representar una comedia, en simular la niña inocente y conducirse como si nada hubiera pasado. Si verdaderamente sabía él que ella había vendido á su hijo á unos extraños por dinero, ¿no debía despreciarla por semejante acción? ¿Qué de particular tenía que fuese una noche á llamar á la puerta de su cuarto?

Y la aguja comenzaba á dar saltos.

Flaten alzaba de nuevo los ojos. No distinguía sino las manos de Regina á la rojiza luz de las llamas: unos dedos finos y delicados, sin la menor sortija. ¿Las tuvo alguna vez? Sentía deseos de hacer mil preguntas á la joven; pero retrasaba siempre el momento de hacerlo, por el indefinible temor de una decepción posible.

De repente, se levanta de su silla y se despide de Regina, aunque era todavía muy temprano para retirarse. Ha advertido que está nerviosa. ¿En qué puede pensar tanto?

—Buenas noches. Que duerma usted bien.

Ella se levanta y se va. Él vuelve á sentarse, y se queda escuchando el rumor de los pasos, que acaba por perderse en la escalera.

Regina se sienta en el borde de la cama, mirando fijamente una lamparilla que ha puesto en la mesa de noche...

Los pensamientos sobre la suerte probable de su hijo la asaltaban á veces como una enfermedad repentina. Aquella noche se le ocurrió que el padre del niño era quien había arreglado todo aquel asunto. Sin duda era él quien, por mediación del profesor, había colocado al niño en casa de unas buenas gentes, y quien, compadecido, le había dado aquel dinero á ella. Preciso era ser un poco atento con una pobre muchacha, ¿no es cierto?... Proponíase él proveer á las necesidades del niño;

pero no la consideraba á ella como digna de encargarse de la educación de su hijo; la dejaba, la hacía salir del país... ¿Habría sucedido esto? Sin duda, podía ella sufrir las humillaciones; pero no si venían de él. Harto la había ya hecho sufrir. Nunca le toleraría ella nuevas afrentas. Era preciso saber á qué atenerse en aquel asunto, era preciso saberlo en seguida.

Pero al día siguiente surgían nuevas hipótesis en su espíritu. Todas eran igualmente verosímiles, puesto que ella lo ignoraba todo, excepto que su hijo vivía en alguna parte... Figurábase al pequeño en casa de su tía de Nordland, y se preguntaba por qué milagro había llegado hasta allí la historia de su falta. Se le representaba también en casa de su tía la que vivía en el Opland, y esta posibilidad la ponía enferma de rabia... Pensaba también en una de las hermanas de Flaten, de la que sabía que no tenía hijos, y que precisamente vivía en Christiansad... Y cuanto más pensaba, más se perdía en suposiciones igualmente plausibles, y tanto más se destacaba el niño ante su conciencia, y aumentaba en impaciencia por saber algo de su hijo. ¿No había de verle nunca? ¿Qué sabía, si por lo menos estaba bien atendido?

Sin embargo, continuaba haciendo sus ocupaciones, y dejaba pasar el tiempo, y comía y dormía, y se ponía de buen color y engruesaba, como si no la hubiese abrumado un peso vergonzoso. Podía entristecerse, desconsolarse, llorar. Pero le era imposible realizar nada; y no cesaba de censurarse ella misma esta inacción, día tras día, noche tras noche, hasta el punto de que se decidió á escribir al profesor. Quería empezar prudentemente. Así, pues, se limitó á preguntar cómo se encontraba el niño.

Durante días y semanas esperó ansiosamente una respuesta. Pero el profesor guardó silencio.

«Ya ves, Regina, se decía, que lo que se te ha ocurrido fué una fantasía. Te han tratado como á un animal al que se le quita la cría, y piensan que vas á olvidarte de todo en pocos

días. ¿Quién sabe? Tal vez les dan la razón los acontecimientos. La opinión que tienen de ti es quizá la verdadera.»

Y una dura sonrisa acudía á sus labios; la mecedora se paraba.

Pero una vez dado aquel primer paso, no era posible dejar de dar el segundo. ¿Pero qué dirección tomar? Todos los caminos pasaban por el profesor. ¿Qué hacer si se negaba á revelar el lugar en que se encontraba el niño? ¿qué hacer? En este caso, era el triunfo de lo que se había urdido contra ella. Jamás podría redimir su débito... Marchar, ir á ver al profesor, suplicarle, amenazarle... ¿Y si permanecía inflexible?... ¿Qué hacer entonces, Regina, qué hacer?

«¡Qué acción has cometido, Dios mío! (Detuvo el balanceo de la mecedora, y se llevó las manos á la cabeza.) Regina, Regina, ¿qué acción has cometido?»

Y empezaron para ella angustiosos días. Era presa de la mayor inquietud; adoptaba uno tras otro los planes más diversos; excitaba cada vez más el odio hacia los que le habían arrebatado á su hijo por la astucia; cada vez más pesaba sobre su conciencia el acto que había realizado en perjuicio de aquel niño. Cada vez más la repugnaba su propia cobardía. No gozaba de un momento de reposo. La impaciencia por ver á su hijo nacía en su corazón de minuto en minuto. ¿Pero qué podía hacer?

Y, sin embargo, en medio de esta angustia experimentaba un sentimiento de felicidad; sentíase fortalecer, recobraba el gusto de la vida. El porvenir le ofrecía un atractivo; no temía ya ver acercarse el mañana, porque ese mañana podía aportarle una alegría. Pero ¿por qué continuaba en un lugar en donde el suelo la quemaba los pies? Encontrábase en la situación de un condenado á prisión perpetua, que de repente encuentra un medio de evasión, un camino hacia la libertad, y que, sin embargo, vacila. ¿Por qué? Porque hay que aventurar un salto, un salto temerario en las tinieblas.

El día en que se pusiera á buscar á su hijo ya no podría

continuar ocultando lo que le había ocurrido. Era cerrarse definitivamente el camino que podía llevarla á su madre. Era renunciar para siempre á su familia, á sus primas, á sus tías; renunciar á casarse, á la estimación del mundo. Habría que arrancar en ella muchas raíces dolorosas. Y todos los esfuerzos que había hecho hasta entonces para tener oculta la verdad, todo aquello sería estéril si se decidía á obrar.

Pero era preciso decidirse pronto. De un lado, el niño la llamaba, la atraía; de otra parte, numerosas voces protestaban, la amenazaban: unas, con el desprecio de los hombres; otras, con el desprecio de sí misma. Las noches de Regina fueron penosas. Obsesionábala el tiránico deseo de libertarse de aquella red de mentiras y de hipocresías que la aprisionaba. Una vez encontrado el niño, podría ella tal vez, llorando sobre la cuna, quedar limpia de toda mancha.

Y los días pasaban. Había llegado el invierno.

IX

Un poco antes de Navidad, Regina, al volver de su paseo, fué acometida de escalofríos y de un violento dolor de cabeza. Tuvo que acostarse en seguida, y al punto se apoderó de ella una fiebre intensa.

En su cuarto, una vez en la cama, el sentimiento desolador de su soledad volvió á abrumarla. ¿Y si era grave su enfermedad?... No había medio de hacer que viniera su madre... ¿Y si se moría? ¿Qué sería entonces de su hijo? Ella, por su culpa, no estaba rodeada sino de extraños...

Mientras que sus dientes castañeteaban por la fiebre, sollozaba; un dolor agudo, que á cada instante mudaba de sitio, la laceraba el pecho.

Una de las criadas subió á instalarse al lado de la enferma. Era la vieja noruega, pálida, con pelo blanco, que no había dejado al industrial desde la boda de éste. Regina la preguntó:

—¿No viene el médico?

—Le hemos enviado á buscar. Pero no podrá venir antes de la noche.

Fué una larga espera. El cuarto se oscureció. Napoleón, en el cuadro que le representaba ante Moscú, se transformó en un pájaro siniestro. El techo se puso á bailar. El vértigo se apoderó de ella. Y luego comenzó á sumirse en tinieblas ardorosas, á sumirse cada vez más...

Despertóse, sacada de su letargo por el resplandor de una lámpara que encendían; el doctor Lindstrom estaba junto á la cama. Hablaba con una voz sorda que le pareció agradable. Desvariaba, y le pareció por unos instantes que el doctor era su hijo. ¿No habían estado juntos en la iglesia el domingo último? ¿No estaba siempre á su lado para honrarla?

El doctor le puso el termómetro, y después quiso examinarla el pecho. Pero esto la devolvió toda su lucidez: se aterró al pensar que el médico iba á conocer que había tenido un hijo, y se apretó la camisa con las dos manos convulsivamente.

El doctor se rió, apartó las muñecas de la joven y abrió la camisa. Ella hubo de sentarse en la cama. Terminado el reconocimiento, declaró el médico que lo único que tenía que hacer era quedarse en la cama, bien abrigada, y salió. Cuando estuvo en el vestíbulo, abajo, Regina le oyó decir á Flaten que tenía una congestión pulmonar. Esto no la inquietó; un solo pensamiento la acosaba: «¿Se habrá percatado? Y si lo sabe, ¿lo revelará?»

Encendieron otra lámpara más pequeña, y pusieron un periódico delante para que la luz no molestase á la enferma.

Aquella noche, Flaten, envuelto en una bata, la pasó andando por la casa como un sonámbulo. Estaba pálido. Había creído, en aquellos últimos tiempos, que era capaz de dominar el sentimiento que se había apoderado de él. Lo había creído hasta aquel momento. Pero ahora, ¡cuando tal vez iba ella á morirse!...

De vez en cuando se detenía ante un retrato rodeado de crespón; pero se hubiera dicho que no se atrevía á mirarle; se volvía, se iba á otra habitación. Después volvía hasta el cuarto de Regina y escuchaba en la puerta. Pero no se decidía á entrar. Por fin volvía á bajar la escalera, deslizándose sin hacer ruido, con una vela en la mano. Y afuera, el viento invernizo silbaba y rugía en las sombras.

Luego Flaten envió á una criada á enterarse de cómo seguía Regina. Apenas se había vuelto á acostar la sirviente, Flaten llamó otra vez; aquélla subió de nuevo.

—¿Cómo está ahora?

—Sigue con el delirio.

Y él reanudó sus paseos por las habitaciones desiertas, con una luz en la mano...

Al día siguiente no fué á su despacho. Por la mañana, cuando bajó el doctor después de haber visto á la joven, le interrogó con voz que temblaba de emoción, y mirándole ansiosamente:

—¿Qué tal?

El médico contestó que esperaba que la juventud y la robusta naturaleza de Regina triunfarían del mal.

Durante dos días y dos noches, la enferma permaneció casi constantemente en estado comatoso. La criada miraba á menudo el rostro joven, de blanquísima frente, de donde la vida había huído á medias, diciéndose: «¡Dios sabe cómo terminará esto!...»

Una noche que la criada estaba sentada á la cabecera de la enferma, Regina abrió los ojos y la miró con extravío.

—Escuche—dijo con voz rara y en tono demasiado alto;—va usted á escribirme una carta.

—¿Una carta? Muy bien. ¿Para su madre, sin duda?

El pecho de la enferma respiraba penosamente, pero Regina seguía con los ojos fijos en la sirviente.

—¿Para mi madre? No. Se ha muerto. Va usted á escribir á... Voy á confiarle una cosa que nadie más que usted debe saber... Oiga: yo tengo... yo he tenido...

Pero como si sus fuerzas se hubieran agotado, volvió á caer en su torpe é inmóvil sopor, y cerró los ojos.

¿Qué había querido decir? La criada se lo preguntaba en vano. Y ya más avanzada la noche, he aquí que la enferma se pone de repente á sollozar.

—¡Démelo! — imploraba, tendiendo sus brazos gráciles.— ¡Devuélvamelo, devuélvamelo!

—Tranquilícese—dijo la criada.—¿Qué es lo que pide la señorita?

—¿Pues no ve que está sentado allí arriba, y que lo tiene en las rodillas? No quiere dármelo... Yo le he matado... Le he matado... No hay perdón para mí... Estoy condenada... Voy á morir condenada.

La criada apretó los labios y arregló las ropas de la cama.

Durante todo un mes, Regina estuvo á leche. Cuando empezó á encontrarse mejor y pudo sentarse en la cama, entre almohadas, corría ya el mes de Febrero, y el sol proyectaba sus rayos en el suelo del cuarto, diariamente, durante varias horas.

Regina estaba cuidada como una princesa: extractos de carne, vinos tónicos. Su menor deseo ponía toda la casa en movimiento. Flaten continuaba invisible; pero la joven le sentía próximo, y sabía que él era el buen genio que pensaba sin cesar en ella.

Cuando, por fin, pudo levantarse, experimentó la impresión de haber recibido el regalo de una vida nueva; su corazón desbordaba de alegría y de reconocimiento. Era indudable que iba á emplear esta nueva existencia en reparar el daño que había cometido en la antigua; para esto se la habían donado. ¿Y qué iba á hacer en cuanto estuviese restablecida por completo?... Era como una claridad en el horizonte, de la que no podía apartar los ojos.

Un día se hizo traer un espejo: le pareció que se había afeado. «¡Qué importa! — se dijo. — ¿Para qué necesitas ahora la belleza?»

En el transcurso de su convalecencia, todos sus sueños para lo futuro vinieron á agruparse poco á poco en torno de su hijo. Si llegaba hasta ella un rayo de sol, su hijo, al mismo tiempo, llegaba hasta su corazón. Todos los planes que formaba tendían hacia aquel niño, como la planta que, colocada en el rincón de una habitación, crece hacia la ventana, hacia la luz. A medida que Regina volvía á la vida, inclinábase cada vez más hacia el único sér que le fuera querido. Era en ella un ardiente deseo, como el deseo de encontrar á su pobre corazón que hubiese perdido. El que ha visto la muerte de cerca es más valeroso luego; así, ahora parecían pequeñas á la joven las dificultades que había que vencer. Su familia, el juicio del mundo, las ideas de casamiento, todas estas raíces ya no era necesario arrancárselas; desprendíanse por sí mismas á la sombra del niño.

Ahora que estaba quieta, dejándose cuidar y sin hacer nada, todos sus pensamientos se concentraban cada vez más en torno de su hijo. Ella le vestía y le desnudaba, charlaba con él. Le miraba á los ojos; tenía como la sensación física del contacto de la suave y fresca carita contra su pecho; le parecía percibir aún ese característico olor á niño... Todos los recuerdos de su estancia en la Maternidad despertábanse en ella... Cuando alguien entraba en su cuarto, se asombraba ella á veces de no ver que le traían el niño, diciendo: «Aquí está, ya le hemos encontrado...» Y el sol de Febrero atravesaba con sus rayos buenos los cristales bordados de hielo; acercábase la primavera; y ella se sentía feliz, con los ojos llenos de alegría, con la mirada en la naciente claridad, como si entreviese en ella alguna luminosa resolución.

Cuando comenzó á ocuparse en sus habituales quehaceres, la imagen de su hijo la siguió paso á paso. Pronto tendría un año el pequeño. Ya se reía y tenía tal vez algunos dientecillos; ya quizás decía «mamá»... á otra. Manos extrañas le lavaban; por la noche, para dormirle, una voz extraña... ¡No, no podía soportar esta obsesión! Todo lo que tocaba la hacía pensar en

el niño: las estampas, las figurillas de adorno, que podían servir de juguetes. Cuando tomaba el hilo y la aguja, pensaba en los pantaloncitos del nene que necesitarían repaso.

Decidióse á escribir otra vez al profesor: exigía que le dijese en dónde estaba su hijo. Tenía un proyecto. Recobraría á su hijo, se iría á América, ganaría la vida lavando ó cosiendo; cualquiera cosa, con tal de asegurar su propia existencia y la de su hijo.

Pasó el tiempo, pero el profesor permanecía mudo.

Un día, al sentarse á la mesa, Regina tuvo la sorpresa de encontrar una carta para ella al lado de su plato. Flaten se había ido á Goteborg; pero, sin embargo, el sobre era suyo; la joven tembló de inquietud al abrir la carta.

En efecto, era lo que pensaba: una declaración de amor y una petición de mano.

Regina se quedó mirando un rato aquella carta. Era lo bastante mujer para sentirse halagada. Así, pues, sólo dependía de ella el poseer cuanto la rodeaba y, además, una elevada posición social. El industrial era un hombre excelente. Pero ¿había de confesárselo todo? ¿O bien tenía que reanudar toda una vida de hipocresía?... Movió la cabeza: los dos partidos eran igualmente imposibles.

Pero ahora ya no podría permanecer en aquella casa. ¿Adónde ir? Había que tomar una decisión. Tenía guardadas unas trescientas coronas: tal vez bastaban para pagar la travesía.

Cuando Flaten volvió, miró un momento á Regina, con ansiedad, pálido. Hablaron poco durante la comida, y una vez terminada se separaron.

Por la noche, la joven entró en el gabinete del industrial, en donde éste estaba escribiendo.

Al ver á Regina, Flaten se levantó, inquieto. Comprendió que iba á saber en seguida á qué atenerse; sin embargo, trató de sonreir, ofreciéndola una silla.

Pero ella permaneció en pie.

—Necesito marchar en seguida á Noruega—dijo ella, tratando de mirarle tranquilamente.

Él se dejó caer en la silla y ocultó la cabeza entre sus manos. Al cabo de un minuto descubrió su rostro.

—¿Se marcha usted... para siempre?

—Sí.... Pienso ir á América.

Ahora ya no se cuidaba Regina de leer en el rostro de su interlocutor lo que pensaba. Era igual que lo supiese todo. No era más que un extraño, y ella iba á desaparecer.

—¿De manera que voy á quedarme aquí solo?—dijo él, arañando con su pluma el papel.—¡Está bien!

Se levantó, le tendió la mano y añadió con triste sonrisa:

—Perdóneme... Y recuerde que si algún día se encuentra usted en cualquiera dificultad, siempre será para mí una felicidad el que acuda usted á mí.

Ella le dió las gracias conmovida. Pero le parecía que en su corazón no había, por decirlo así, sitio para la compasión. Ahora que estaba dado el primer paso, no había en ella sino prisa por marchar, por empezar sus gestiones.

X

En la claridad incierta aún de aquella mañana de Marzo, los árboles y las casas desfilaban ante las ventanillas del coche, que corría á toda velocidad hacia el Oeste, hacia Noruega. A veces le parecía á Regina que el tren iba demasiado despacio para sus deseos. Otras veces pensaba en saltar por la portezuela y volverse. ¿Qué iba á suceder? ¿Adónde iba? ¿No era tiempo todavía de retroceder?

Tenía la sensación de alejarse de una playa en la que dejaba toda su vida anterior. Allí dejaba á su madre, á su familia, la estimación del mundo, la esperanza de casarse un día. Sin embargo, se alejaba, sacrificaba todo aquello, bogaba hacia otras playas en donde su hijito la esperaba.

¿Y si no lograba encontrar á su hijo?... Habría dado un salto temerario en lo desconocido. Quedaríase allí, errante, sin domicilio y sin posibilidad de dar máquina atrás...

La impaciencia la torturaba.

En la estación de Cristianía dejó los equipajes en el almacén, y, sin buscar siquiera una fonda, tomó un coche para ir á la Maternidad. Pero cuando estuvo en la sombría oficina del hospital, quien la recibió fué el jefe de la clínica. El profesor estaba muy delicado; llevaba ya largo tiempo en el lecho. Regina preguntó las señas, salió rápidamente y subió á otro coche, que echó á correr por las calles de la capital.

El profesor vivía en un barrio. El cochero tenía que parar el caballo de vez en cuando para dejar paso á un tranvía. Regina tenía tal impaciencia por llegar, que recriminaba al pobre hombre por aquellos ligeros retrasos. Por fin se encontró ante la puerta de un piso tercero de una gran casa de piedra; llamó. Abrióle una criada, que salía limpiándose las manos en el delantal. Nadie podía ver al profesor: estaba gravemente enfermo.

—¡Déjeme verle!—suplicó Regina.—No tengo más que una palabra que decirle.

La criada, asombrada, examinó á la joven. Su traje y su pelo estaban en desorden por el viaje; así, juzgando que no se trataba de una señora distinguida, la muchacha se dispuso á cerrar la puerta. Pero Regina lo impidió dando un paso adelante.

—¡Es preciso absolutamente que le vea!—exclamó en un tono que no admitía réplica.—Vaya usted á buscar á la señora.

—¡Eso es entrar á la fuerza!—gritó airada la sirviente.

Por fin, Regina logró convencerla, y al poco rato salió al recibimiento una señora de edad, de pelo blanco, con un chal sobre los hombros. Dijo á la joven con una voz que parecía próxima á llorar:

—¿Qué desea usted?

El rostro de Regina tomó una expresión suplicante.

—Perdone, señora, pero necesito hablar á su marido. No se trata más que de una palabra, y lo que tengo que decirle es de la mayor importancia.

—¡Cómo! ¡Conque ni á mí misma me permiten hablar con él, y quiere usted verle!... Pero ¿quién es usted?

Regina se pasó una mano por la frente.

—No sabe mi nombre—dijo.—Pero hágame el favor de ir á preguntarle ahora, en seguida, quién adoptó á mi hijo. Va á hacer un año de esto.

Era la primera vez que revelaba su secreto desde su salida de la Maternidad. La mujer del profesor la miró y la pidió algunos detalles con la misma voz dolorosa; luego añadió:

—Le haré la pregunta en cuanto me lo permita el médico. Vuelva usted mañana.

Y la señora volvió á sus habitaciones.

Regina se puso á bajar lentamente la escalera. No tenía más remedio que esperar hasta el día siguiente. Pero ¿y si el profesor se muriera aquella noche?

La ciudad estaba llena de ruido y de animación, como de costumbre. Y, sin embargo, Regina creía andar por un desierto. ¿Qué le importaban todos aquellos seres humanos? No había ya para ella sino una vida posible en la tierra, una sola vida deseable: la vida con su hijo. ¿Y si no lograba realizarla?

La noche se le hizo interminable. Al día siguiente llamaba de nuevo en la puerta del profesor. La criada le dijo en voz baja que su amo estaba en la agonía.

Pero una vez más Regina logró que la sirviente fuera á llamar á su ama. Cuando ésta llegó y reconoció á la joven, hizo intención de retirarse en seguida.

—¿Otra vez usted?—dijo con voz débil y dolorosa.—Pero ¿no comprende que tenemos otra cosa en que pensar en estos momentos?

Regina vió que todo daba vueltas en torno de ella. Cogió

á la señora por un brazo, y, antes de que se hubiese dado cuenta de lo que hacía, cayó de rodillas. La mujer del profesor la miró atónita. ¿Estaba loca aquella criatura?

—¡Escúcheme, señora, una palabra solamente! Se trata de mi hijo, de mi hijo. Unicamente su marido sabe en dónde se encuentra. ¡Por el amor de Dios, señora, pregúnteselo, se lo suplico! Vengo de Suecia expresamente para buscar á mi hijo. Cuando le encuentre, me marcharé á América con él. Yo misma consentí en separarme de mi hijo, es verdad; pero ahora me persigue el arrepentimiento; quiero á toda costa encontrar á mi pequeño. Compréndame... Pregunte á su marido antes que muera, ó me vuelvo loca, lo siento; me arrojo al agua... Estoy perdida... ¡Ah! ¡socórrame usted!

Y comenzó á sollozar á gritos.

La señora se hizo cargo de la desesperación de la joven; se inclinó un poco hacia ella y la acarició una mejilla.

—Sí, sí, hija mía, cálmese. Le preguntaré lo que desea, con tal de que Dios le conserve el conocimiento.

—¿Me lo promete usted?... Sí, acaba usted de prometérmelo... Vaya, vaya en seguida.

Regina estaba fuera de sí y dirigía miradas extraviadas á la mujer del profesor.

—Sí, hija mía, cuente usted conmigo; ya se lo he dicho. Pero no me entretenga más ahora. Vuelva mañana.

Por fin se trataba de una promesa formal. Excitada como estaba, Regina se sintió llena de esperanza. «¡Mañana!» Así, pues, al día siguiente lo sabría todo.

Se puso á recorrer las calles al azar. Estaba aturdida por tantas emociones. Además, no había comido desde... no se acordaba desde cuándo. No eran más que las diez de la mañana; tenía que esperar aún veinticuatro horas para ir otra vez á casa del profesor... ¿Qué hacer hasta entonces?

Para matar el tiempo fué primeramente á informarse de la próxima salida de un vapor para América. Luego fué á sacar su equipaje de la estación, y lo hizo subir á la fonda; había

que volver á hacer el equipaje antes del gran viaje que iba á emprender. Pero cuando iba á emprender la tarea se detuvo. Decíase supersticiosamente:—Si terminas todos los preparativos, la cosa no se hará...—Y lo dejó todo.

Al anochecer salió y se dirigió hacia el paseo de Cristianía. Al pasar por delante de las casas veía luces que se encendían tras los cristales; á veces veía una figura antes de cerrarse las ventanas.

—¿Quién sabe si mi pequeño se encuentra en esa casa... ó en esa otra... ó en aquella?... Tal vez ahora lo estarán mudando para la noche... Pero mañana lo tendré yo...

Al llegar al parque, en la colina, la joven se dejó caer en un banco; extenuada por el cansancio y la emoción, sentía de pronto un dolor agudo en la espina dorsal. No tardó en tener frío; había andado tanto por la nieve fundida, que sus pies estaban mojados. Marcháronse los últimos paseantes; se quedó sola. A su vista la tumultuosa ciudad se sumía en las tinieblas grises; encendíanse los faroles; y hacia el cielo, de color de humo, alzábanse chimeneas de fábrica, campanarios. Oíanse en el puerto las sirenas de los vapores... Algunas estrellas amarillas aparecieron en el cielo.

En el banco, entre los árboles, la figura de la mujer se iba confundiendo con la oscuridad ambiente. Regina no dormía, pero no estaba sin embargo lo suficiente despierta para sentir el mucho frío que tenía. Transcurrían los minutos, esos minutos tan lentos para el que espera...

Cuando por fin volvió á la fonda y se acostó, le pareció que volvía á la neta percepción de la realidad, y de nuevo el sentimiento atroz de su aislamiento la angustió el corazón.

En torno de ella se extendía el vasto mundo desconocido, y ella estaba allí, sola, en medio de aquel universo. ¿Qué suerte le estaba reservada? ¿Permanecería siempre en la soledad glacial en que ahora se encontraba? ¿Llegaría á crearse el calor de un hogar? Mañana... mañana... ¿Qué sucedería maña-

na? Y sin darse cuenta, juntó sus manos y se puso á rezar. Rezaba y lloraba. ¡Qué ardiente se hacía su fe! A fuerza de oraciones sintió un gozo extático. Parecíale que franqueaba cumbres soleadas, que Dios mismo le hacía una promesa. Al cerrar los ojos Regina volvía á ver imágenes de su infancia; pasaba por las mismas sensaciones que experimentara entonces cuando rezaba: en su alrededor la cúpula estrellada del cielo se redondeaba, y ella flotaba allí al través del espacio. Cada palabra de su oración era una blanca paloma que enviaba á Dios... No vacilaba respecto á la verdad de la religión; y si alguna duda se cernía aún sobre ella, la consideraba como un pecado. ¿Acaso Jesucristo no había resucitado de entre los muertos al hijo de la viuda? Su hijo estaba vivo; ella no pedía sino encontrarle; ¿y no estaba escrito: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá»? Por fin se durmió, llena de la feliz certeza que su oración había subido hasta Dios.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, se apresuró á salir sin detenerse ni á tomar una taza de café. ¡Luego!

Cuando llegó á la casa del profesor quedó asombrada al ver muchos coches á la puerta y numerosas personas que entraban y salían. Cuando llegó al piso tercero vió que la puerta de la habitación estaba abierta. Entró detrás de otros visitantes, y pasó á una sala en la que había mucha gente. ¿Qué ocurría? Se estremeció; no podía pensar. Vió á la señora de pelo blanco que sollozaba sentada en una butaca, mientras que algunas personas se inclinaban hacia ella. Después vió que había también una cama en la habitación... Era el profesor yacente. Quizá no era tarde todavía. Regina se precipitó á la cama, tomó las manos del enfermo: estaban rígidas.

Las gentes empezaban á fijarse en ella, en lo raro de su conducta. Pero ella se dirigió á la viuda y, muy pálida, preguntó:

—¿Le dijo en qué manos está el niño?

Todos la miraban; ella sintió que alguien la ponía una mano en un hombro. La señora alzó su rostro todo bañado en lá-

grimas y la miró con espanto, porque los ojos de Regina parecían los de una loca.

Después murmuró con un movimiento de impaciencia:

—No, no; no sé nada. Ni siquiera pude despedirme de él.

Y en el mismo instante la mano que se apoyaba en el hombro de Regina se hizo más pesada; y la infeliz tuvo la sensación de que la empujaban, de que la echaban afuera.

JOHAN BAYER

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

LOS NUEVOS NOVELISTAS

El año 1907 podría llamarse el año de los jóvenes. Me refiero al año literario. Durante él los *Dii majores* de nuestras letras (lo de *majores* es relativo, pues el tamaño de los dioses está muy sujeto á las mudanzas del tiempo y la opinión) han guardado silencio y han fatigado poquísimo á las prensas. Señalemos como una excepción *La de los tristes destinos*, con que Pérez Galdós ha puesto cima al montón de volúmenes que constituyen las cuatro series de sus *Episodios Nacionales*, sin perjuicio de empezar otra nueva que se mete valerosamente por el campo de la historia contemporánea, fresca todavía y vecina de nosotros.

A esta excepción casi solitaria apenas se podrá añadir alguna otra rebuscando entre los libros publicados en 1907. En cambio numerosos escritores jóvenes se han dado á conocer en ese período de tiempo ó han continuado en él la labor literaria ha poco comenzada. A esta literatura joven que opera la renovación de los géneros y teje la continuidad de la historia literaria voy á consagrar esta crónica, limitándome al campo de la novela.

No aspiro á hacer un balance completo de la producción novelesca en 1907. Exigiría esto, quizás, bastante espacio, de no ceñirse á una escueta lista de autores y de obras. Voy á exponer solamente algunas rápidas notas acerca de varios nove-

listas jóvenes (jóvenes en las letras, pues la edad no importa para el caso) que en dicho año han publicado libros merecedores de atención. Y tal vez examinando estas obras descubramos en ellas algún rasgo general de los que van apuntando en la novela española moderna.

D. Pedro de Répide ha publicado una colección de novelitas que lleva por título general el de la primera de ellas, *La indiscreta enamorada*. El Sr. Répide debutó, según creo, en las letras haciendo versos modernistas. Después se ha dado á conocer como cronista de periódicos, apareciendo con un estilo transformado, estilo castizo, disciplinado, sahumado con cierto perfume arcaico. Su libro *La indiscreta enamorada* es también una obra que mira á los clásicos, al antiguo casticismo español. Se compone de varias narraciones cortadas por el patrón de nuestras viejas novelas ejemplares y amatorias, lozanas todavía al cabo de los siglos, como antigüedades bien conservadas. El señor Répide imita á la perfección á aquellos novelistas, no sólo en las formas externas del estilo, en la construcción, en el léxico, sino también en la composición interior de la novela. La forma narrativa ó historial, los tipos, entre los cuales aparece aquel tan castizo de la doncella que por causas de amor corre el mundo disfrazada de varón; los de los padres que conciertan de antemano bodas de sus hijos aún infantes ó por nacer, para apretar más el lazo de una estrecha amistad; la dama celada por el marido ó el amante, que logra sin embargo burlarle valiéndose de ingeniosas trazas; el pícaro que dándose por señor principal enamora á una mujer de alta alcurnia, y hasta menudos detalles de semejanza, como la intercalación de versos en el relato novelesco, la preferencia á elegir por lugar de la acción Italia, recuerdan vivamente en *La indiscreta enamorada* las obras de nuestros antiguos novelistas.

El libro del Sr. Répide es raro en nuestra literatura moderna. No faltan en ella tentativas de reconstrucción arqueológica, pero son reconstrucciones de una época, de un momento,

escena ó personaje históricos, hechas en moderna forma ó con espíritu moderno. Aun con esta limitación, tales trabajos no son muy frecuentes. Pero lo son todavía menos las imitaciones de los antiguos textos y estilos literarios. La razón de ello fácilmente se alcanza. Se lee poco nuestra antigua literatura. Los maestros de nuestra juventud literaria son extranjeros en su mayoría, y el espíritu que la anima tiene más de innovador que de arcaico.

El libro del Sr. Répide es de los que no se improvisan. Revela asidua lectura de los autores de la gran época española á quienes imita y compenetración íntima con ellos. Su mayor mérito consiste, á mi parecer, en que tiene soltura, flexibilidad, jugo. No es una seca y amanerada copia. No es un trabajo de erudito, sino de artista. Es un libro fino, de gusto selecto dentro de su tendencia arcaica. Mas, al parecer, no es de aquellos libros que señalan una manera definitiva en un escritor. Mejor debe tomarse como capricho de un espíritu culto y aficionado á libros que se ha complacido en resucitar los fantasmas de la antigua novela hispana. No creo que habría ventaja alguna en escribir novelas como se escribían en el siglo XVII. Ganarían acaso en estilo, porque entonces el lenguaje era más puro, y aun esto es discutible, pues el empeño en volver el lenguaje á un tipo histórico pasado las haría pronto artificiosas y forzadas. Pero desde luego perderían en la composición novelesca. La novela moderna está más madura, más hecha. Entonces se hallaba empezando. El género ha progresado. Tiene un campo infinitamente más amplio, más hondura psicológica y social, una variedad de procedimientos desconocida en sus orígenes. Forzosamente las obras en que se intenta reproducir aquellos modelos literarios ó engendrar algo parecido á ellos toman un sabor erudito que las hace más propias para interesar á los literatos que para atraer y arrastrar al gran público.

Otro de los novelistas de 1907 es D. Alberto Insúa. Ha empezado una serie de novelas titulada *Historia de un escéptico*. *En tierra de santos* es el primer volumen. Antes había publi-

cado un libro de crítica é impresiones de viaje llamado *Don Quijote en los Alpes*, del cual se destaca un buen estudio acerca de Amiel. *En tierra de santos* es una novela de bastante complejidad. La pintura de una ciudad como Avila, donde vive todavía intensamente el pasado, la gran figura de la doctora mística y fundadora militante, sirven de marco y de aderezo al estudio de un carácter de los que más atraen ahora la atención de novelistas, psicólogos y sociólogos, del carácter de moda, en una palabra. Se trata de un abúlico, de un enfermo de la voluntad, de un descontento de la vida sin motivo para estarlo, de un hombre, en fin, indeciso, blando, incapaz para la acción, que Alberto Insúa se propone, según creo, transformar en los sucesivos volúmenes, haciéndole adquirir el nervio y la energía que le faltan. Yo no sé, y quizás es cosa difícil de averiguar, si tales caracteres son fruto de los actuales tiempos ó antes los había también, con la diferencia de que no se hacía caso de ellos, por haber menos afición al análisis minucioso de las almas y atenderse más á los hechos exteriores. En una época de acción que se cuide poco de motivos y de psicologías, caracteres tales tienen que pasar inadvertidos ó parecer poco interesantes. Lo contrario ocurre en épocas como la presente, que si bien es activa como la que más, tiene un excedente espiritual que vuelve al punto de partida y se ocupa en curiosear en las almas. Nuestro desgano de la vida, nacido de la falta de fe en grandes fines trascendentes, que son lo que hace olvidarse al hombre del dolor y del tedio de la existencia, se complace en esos caracteres y hasta les presta cierto aristocratismo enfermizo, tal vez porque vemos en ellos, retratado con claridad y exagerado con agudeza morbosa el sordo malestar que todos sentimos.

La presentación de este carácter es lo principal en la novela del Sr. Insúa. La pintura del medio: monumentos, costumbres, escenas de vida provinciana, no tiene nada de particular, aunque esa pintura esté hecha con facilidad y alcance á veces intensas representaciones. Menos importante es toda-

vía la ojeada psicológica á la gran figura de la Santa de Avila. En esto se ha querido ver novedad; pero aparte de ser meramente episódico, todo lo episódico y secundario que se puede ser en una novela, no hace más que reproducir la interpretación naturalista del místico y de sus arrobos y éxtasis. Tampoco la fábula novelesca ofrece escenas de gran relieve. El interés de *En tierra de santos* es, en resumen, psicológico. Consiste en el carácter del protagonista, un señor que no se digna tener voluntad ni para declararse á su novia, carácter puesto hábilmente en contraste con el de otro personaje que es la encarnación de la vulgaridad alegre y satisfecha, del verdadero sentido común, que entiende la vida prácticamente y saca de ella el partido posible. Como ahora no se estila tener escuderos, este personaje de la estirpe de Sancho es secretario particular del abúlico D. Alfredo, protagonista de la novela, el cual, hay que confesarlo, es un Quijote venido muy á menos.

Muy otra es la índole de la novela *Dominadoras,* de don Rafael López de Haro, novelista hasta ahora poco conocido, aunque no es éste su primer libro. Es una novela de costumbres, de tendencia social (hay más asuntos sociales que la lucha entre el capital y el trabajo, aunque ésta por su preponderancia monopolice esa calificación). La psicología de los personajes no es muy complicada ni de gran hondura, si bien ofrece variedad de sujetos y observaciones y alcanza una expresión vigorosa. Es ésta una novela en que hay mucha gente, muchos caracteres que solicitan la atención del lector y una acción dramática y movida. *Las dominadoras* son las mujeres, tiranas del hombre al amparo de la supuesta esclavitud femenina, en que el verdadero esclavo es el que aparentemente lleva los pantalones. El Sr. López de Haro pinta con seguro é intenso colorido varios casos de la conocida dominación que ejerce la mujer sobre el hombre. Mujeres enamoradas, mujeres calculadoras, frívolas y egoístas, todas son fatales en la novela al hombre á quien las unió el destino, que hoy, como en los tiempos del Hado trágico, se complace en jugar muy ma-

las pasadas á los mortales. *Dominadoras* es un libro de ejemplos para novios, maridos y amantes, ejemplos que, naturalmente, no se aprovechan, pues para los moralistas se ha dicho principalmente lo de predicar en desierto. El alcance social de esta novela consiste en plantear el problema de la educación de la mujer, mostrando cómo al hacer de ellas muñecas de placer y de lujo fabrica la sociedad unos monstruos muy agradables, unas encantadoras harpías que atormentan al hombre y le hacen pagar muy cara su aparente superioridad social. No estoy muy lejos de creer que los beneficios de la emancipación femenina serán principalmente para los varones. Pero, créase lo que se quiera, hay que reconocer que el asunto de la novela del Sr. López de Haro es muy interesante y está tratado muy á la moderna. El autor ha sabido revestirlo de artística forma. A veces sus descripciones tienen un colorido artificial y violento, en que se advierte el esfuerzo por conseguir una representación intensa, dando brochazo sobre brochazo; pero la habilidad con que están enlazadas las varias acciones paralelas de que se compone la novela acusa una feliz disposición para cultivar este género.

Plotino Cuevas á la legua se ve que es seudónimo. Encubre el nombre de un escritor que ha hecho sus pruebas como poeta y como cronista. Su novela *Tinieblas en las cumbres: historias de libertinaje* es la primera del autor, y está escrita con una soltura y un desembarazo que prometen mucho. Pertenece á un género atrevido, á la novela lupanaria, que tiene larga y antigua ascendencia en los diálogos y cuentos de cortesanas, fábulas milesias, y después en un enjambre de novelas, propiamente tales, que pululan en torno al Renacimiento y se propagan hasta la actualidad, perdiendo en importancia. Aunque no en el asunto, la novela lupanaria moderna se distingue mucho de la antigua. Es el espíritu lo que las diferencia. Eran las antiguas historias placenteras y regocijadas. Las modernas, en el fondo, son tristes, aunque lo cómico y lo erótico las den á menudo otra apariencia. Si fueran francamente

alegres se irían ellas solas á la casa llana de lo pornográfico. La novela del Sr. Plotino Cuevas es de un realismo sobrio, que recuerda á veces *La Maison Tellier*, de Guy de Maupassant. Es un libro objetivo, donde el autor se eclipsa; una novela construída con arreglo al patrón del realismo moderno, que pide que la novela sea representativa, dramática, y no narrativa, que presente y ponga en acción personajes y sucesos, pidiendo prestado á la imaginación el escenario, ya que el novelista no lo tiene á su disposición como el dramaturgo. Creo que esta forma predominante en la novela moderna es algo definitivo en el género, y figura entre lo mejor de la herencia del naturalismo, muerto como doctrina, pero no como procedimiento artístico. Lo que en el naturalismo ha pasado han sido sus pretensiones filosóficas, entre ellas la de aplicar métodos científicos á la novela. Volviendo á *Tinieblas en las cumbres*, debo añadir que, además de ofrecer una intensa representación de la vida (que en este caso es la mala vida), tiene algunas páginas de delicada poesía. La idealidad, que revolotea por todas partes, también ha rozado con sus alas las escabrosas escenas y los personajes (algunos, no todos) acomodados á tales escenas, de que nos habla el Sr. Plotino.

Entre los novelistas nuevos merecen también ser incluídos D. José Francés, autor de *Guignol*, *Teatro para leer*, y D. Federico García Sanchiz, autor de *Las siestas del Cañaveral*, aunque ninguno de estos libros sea una extensa novela, sino una colección de piezas literarias de breve ó mediana extensión. *Guignol* pertenece á ese género mixto de novela y teatro, que resulta de extremar la forma dramática en la novela. De las dos naturalezas de que participan tales obras, la que suele prevalecer es la novelesca. Hay, en caso de duda, un criterio claro para discernir la índole ó naturaleza preponderante, y es ver si la obra se presta más á la representación escénica ó mejor á la lectura. El libro del Sr. Francés, á mi parecer, tiene más parentesco con la novela que con el teatro. Está escrito en muy esmerado y pulcro estilo, y es á ratos simbolista y á

ratos psicológico y sentimental. Hay más delicadeza y finura en sus páginas que fuerza creadora.

En *Las siestas del Cañaveral,* obra también de estilo, hay una vaga fábula simbolista, de un simbolismo nebuloso, que está en *devenir,* sin llegar á ser claramente cosa ninguna, y hay un intenso bosquejo novelesco, titulado *Yermo*, que tiene hondura psicológica y fuerza descriptiva. Aunque algo amanerado, el Sr. García Sanchiz se anuncia como un buen escritor, y parece apuntar en él un novelista, si hemos de juzgar por *Yermo.*

*
* *

Mencionados á la ligera estos libros, añadiré, por vía de epílogo y de consecuencia, algunas palabras acerca de los rasgos generales que en ellos se observan. Ocioso sería advertir que de media docena de autores no se puede inducir con seguridad una tendencia literaria. Creo, sin embargo, que los escritores que he citado no son casos aislados. En casi todos se advierte una tendencia formalista: el afán de hacer literatura pulida y bella, la preocupación del estilo. También se nota afición á sutileza psicológica, á caracteres excepcionales. Pompeyo Gener llamaría quizás á estas cosas retoricismo y aristocraticismo. El caso es que estos nuevos literatos parecen más inclinados á hacer un arte selecto que un arte de vasta resonancia social. Quizás el miedo á la vulgaridad les retrae de lo segundo. Pero la plaza pública vale, en resumidas cuentas, más que la torre de marfil. Un arte que no es capaz de conquistar á las multitudes tendrá siempre algo de frágil, de vano, de superfluo.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: Proteo-reclamo.=Criminología: La celda de Ferrer.=Historia: Cómo se comía en otro tiempo.=Cuestiones sociales: La crisis del matrimonio.=Crítica: El Padrenuestro.—Otra vez *acusar*.=Impresiones y notas: La psicología del dolor.—El corazón industrializado.—La inutilidad de escribir.—Los premios literarios.

COSTUMBRES

Proteo-reclamo.—Según Emilio Faguet dice en la *Revue hebdomadaire*, el Proteo moderno es el reclamo. Proteo revestía mil formas, tenía el dón de profecía, y asediado por todos para que les revelara el porvenir, se transformaba en animal, en planta, en arroyo, en piedra, en fuego, para que le dejaran en paz. El reclamo tiene que disfrazarse también de mil maneras, pero es para despertar la curiosidad, para imponer atención, para hacer caer en sus redes á la gente.

El proteísmo es condición de vida para el reclamo; por lo menos así lo cree él mismo, aunque Faguet duda de la eficacia del procedimiento, pensando que el mejor reclamo consiste en repetir siempre la misma cosa del mismo modo; el hombre que ha encontrado la fórmula «el mejor chocolate es el mío», y firma después con su nombre, y pone cien y cien veces esta línea á la vista del lector, está más en consonancia con la esencia psicológica del reclamo que el que se devana los sesos para inventar cada día una fórmula llamativa y sugestiva. El *gutta cavat lapidem* ha sido, es y será siempre el

más eficaz procedimiento; la gota de agua-reclamo tiene singularísima virtud.

Los reclamistas, sin embargo—algún nombre hay que dar á los autores y á los pagadores de reclamos,—creen en la influencia de la ingeniosidad, y quizá no se equivoquen. Lo cierto es que hay muchos que se ingenian en inventar fórmulas para llamar la atención del público, apelando á todos los recursos. A veces el reclamo aparece en forma de disertación, de artículo político ó filosófico. «Hay en la vida de los pueblos, como en la de los individuos, momentos críticos en que sólo una resolución enérgica puede conjurar los peligros, eliminar los obstáculos, allanar las dificultades y dirigir en línea recta á la salvación. ¿No se ha visto, por ejemplo (tal y tal, quince líneas de ejemplos históricos retumbantes y bien escogidos)? Del mismo modo, es preciso que todo ciudadano consciente de sus deberes y resuelto á ejercitar sus derechos, se presente en la sombrerería de Tal y compre un sombrero de 7,50 pesetas.»

Otras veces el reclamo adopta la forma anecdótica. «Sir Oliver Brown se había embarcado el 18 de Noviembre último en Liverpool para Australia; el porvenir se le presentaba brillante; el negocio que iba á emprender era seguro; su excelente espíritu práctico le garantizaba un éxito colosal. Miss Jane, á quien había conocido en uno de sus viajes anteriores, lo llamaba con sus deseos, y mi querido Oliver, si podemos permitirnos este giro elíptico, miraba el mañana sonriéndole como á un amigo, según dice el gran poeta persa Ferducy, que otros llaman impropiamente Firducy. Sobrevino una tempestad, que fué horrible y que duró siete días y medio para todo el mundo, y cuatro días solamente para la *Gacela*, el buque que transportaba á Oliver Brown, pues al fin del cuarto día quedó estrellado entre los escollos de una isla desconocida. Sólo Brown se salvó por milagro. ¿Puede decirse salvado? Cayó en medio de un pueblo salvaje y bárbaro, que vió en él un aguinaldo y se preparó á comérselo, según las costumbres del país.

El sacrificio estaba dispuesto para el día siguiente al rayar el sol. Oliver se preparó virilmente para la muerte pensando en Dios y en miss Jane. También tuvo un recuerdo para la vieja Inglaterra. A la aurora, le arrastraron y le ataron al árbol consagrado. Se levantó la cuchilla para segarle la cabeza, cuando de pronto los salvajes lanzaron un gran grito y se prosternaron ante Oliver Brown. ¿Por qué? ¿Qué había pasado? Porque en los zapatos de Oliver habían visto reflejarse en dos imágenes paralelas, y con todo su brillo, al sol, que es su dios. ¿Y por qué, á pesar del agua del mar, se reflejaba el sol de un modo deslumbrador en los zapatos de Oliver? Porque hacía uso del betún Popptetton y Compañía, Regent Street, 278.»

Hay ocasiones en que el reclamo monta en el Pegaso y se pone bajo la protección de las musas.

¿Quién, con una peseta en el bolsillo,
por un simple catarro se acobarda?
Eso es como vivir en un castillo
y asustarse por una nube parda;
pues nada más sencillo
que hacer de una peseta cuatro reales
y gastar la mitad en la estupenda
invención del doctor Tragachinarros,
terror de los microbios catarrales,
que se halla en cualquier tienda:
el Destripacatarros.

En otras se transforma en coloquio, lo cual era frecuentísimo en las calles de Nueva York. Dos personas se encuentran en la calle.

«—¿Me hace usted el favor de fuego?

—Tenga usted.

—¿No tendría usted necesidad de un excelente paletot?

—No, señor.

—Es sensible. Si lo hubiera usted necesitado le hubiera indicado á Beretton, 276, 3.ª avenida.

—¡Vaya usted al diablo!»

Y se iba; pero al cabo de veinte tropezones por el estilo, si necesitaba uno un paletot, se le venía á la memoria el nombre de Beretton sin poderlo remediar.

Hay también el reclamo en forma de reclamación ó de protesta. Faguet recibe con frecuencia, según dice, cartas de este corte: «Caballero: ¿cómo puede usted haber omitido, entre las actrices que trabajan en tal ó cual obra, á la señorita Nelly Cruchat? Es lo mismo que si al dar cuenta de los artículos de cocina omitiera usted la casa Pafourdeau, Villaviciosa, 27». «Caballero: ¿cómo puede usted servirse de la expresión *invectivar á alguien*? Es lo mismo que si usted dijese *ormario*; los armarios mejores y más hermosos del mundo se encuentran, por lo demás, en casa de Benito Benitín, calle de Caton-de-Utica, 140».

Muy alabado ha sido el reclamo que en otro tiempo publicó el *Sun*: «Tengo el honor de participar á mis amigos y conocidos que la muerte me ha arrebatado á mi querida esposa en el preciso momento en que me daba un hijo, para el que busco una nodriza mientras encuentro una nueva compañera joven, linda y que posea 20.000 duros, para ayudarme en mi comercio de ropa blanca, que voy á liquidar por una venta á cualquier precio antes de trasladarlo á la casa que he hecho construir en el número 174 de la 12.ª avenida, y donde tengo para alquilar magníficas habitaciones». Faguet dice que este reclamo no merece su admiración por ser demasiado complejo y encerrar cinco reclamos en uno: la petición de una nodriza, de una esposa, de compradores en una casa, de compradores en otra y de inquilinos en la misma; esa acumulación recarga la memoria y lo embarulla todo.

Hay también el reclamo-gacetilla: «Un día se vió en Australia á una mujer desmelenada salir precipitadamente de una casa y revolcarse aullando en medio de una calle frecuentada; dos árabes la seguían de cerca. Uno, puñal en mano, se esforzaba por alcanzarla; otro sujetaba al asesino y protegía á la desgraciada. La multitud se agolpaba. Un cuarto perso-

naje, muy correcto, anunciaba á la población que aquella misma noche se leería en tal periódico la continuación de aquella aventura trágica y africana.

—Has hecho bien en venir—le dijo uno,—porque si tardas un minuto tu reclamista queda linchado.

—Estaba previsto; el linchamiento entra en los gastos generales; por otra parte, sería un reclamo magnífico.»

Se usa también el reclamo-duelo. En varias ocasiones se han batido algunos autores para dar resonancia á una discusión sobre la prioridad de un asunto ó sobre la comisión de un supuesto plagio. En general no suelen estar en connivencia. Sólo á uno de ellos es á quien se le ocurre apelar á ese recurso para proporcionarse notoriedad, y el otro, asombrado de la animosidad inexplicable de su colega, es un compadre involuntario que hace, sin saberlo, el juego del contrincante.

Nada sin embargo iguala al éxito del reclamo por conversación mundana. Ese caballero que, en medio de una tertulia, encuentra ocasión para deslizar el elogio de tal novelista, de tal dramaturgo, de tal constructor de coches ó de automóviles; esa dama que suelta al descuido el nombre de tal modista, ó de tal sastre, todavía poco conocido, que «viste por nada»; ese caballero ó esa señora que en las conversaciones íntimas hacen el elogio de tal ó cual remedio—«soberano, querida»,—son admirables reclamistas, á veces gratuitos y espontáneos, frecuentemente pagados, y muy caro, pues ese género de bombos exige grandísima habilidad para que no se descubra. A una de esas señoras no pudo menos de decirla una amiga:

—Pero, hija, usted tiene entonces todas las enfermedades.

Ella no perdió la cabeza:

—Las he tenido todas, en efecto, y ya no tengo ninguna; lo que prueba que los remedios que recomiendo, impulsada por la gratitud, son realmente infalibles.

Estamos viviendo en plena atmósfera de reclamo. El reclamo nos rodea, nos asedia, nos persigue por todas partes: en los periódicos, en las calles, en los teatros, en los cafés, en las

tertulias, en las novelas. Nadie puede estar seguro de no haber sido víctima del reclamo ni aun de no haberse convertido alguna vez en reclamista.

CRIMINOLOGÍA

La celda de Ferrer. — En forma de carta á César Lombroso publica D. Rafael Salillas en la *Revista Penitenciaria* un curiosísimo y bien documentado artículo acerca de la celda ocupada por Francisco Ferrer, «il nuovo martire del libero pensiero e della libertà humana», como le llama el mismo Lombroso, y como repiten la ignorancia ó la mala fe internacional que forjan leyendas á costa de España, imaginándose que este pueblo, el más democrático del mundo, sigue siendo lo que fué bajo los últimos Austrias. Del estudio de Lombroso, acompañado de sendas fototipias de todas las paredes de la celda, resulta que el tal mártir era sencillamente, y seguirá siendo, un fanático sectario, y que el libre pensamiento y la libertad humana no eran precisamente las Dulcineas del que nos quieren algunos presentar como nuevo caballero andante de esos grandes ideales de la humanidad. Como Salillas no es sospechoso, ni yo tampoco, de clericalismo, su artículo tiene toda la autoridad que le da la competencia que todos reconocemos en materia criminológica al ilustre discípulo de Lombroso.

Ferrer, el director de la Escuela Moderna de Barcelona, el amigo del regicida Morral, ha ocupado sus ocios de encarcelado en llenar de recortes de periódicos y de inscripciones en prosa y verso las paredes de su celda. Hasta ese punto ha llegado su martirio. Las paredes, según un proverbio italiano recogido por Lombroso en *L'uomo delinquente*, son los papeles de los locos. En eso se ha entretenido el mártir, tomado por Colajanni y por todos los radicales como «un símbolo, una bandera», con lo que, en resumidas cuentas, vienen á dar la razón á Mosso cuando critica á los materialistas por no hacer otra cosa que abatir un dogma para elevar otro, cambiando

simplemente los ídolos, pero siendo tan idólatras y tan fetichistas como antes, y convirtiendo en dioses, ó por lo menos en santos, á los Ferrer, ni más ni menos que los salvajes truecan en ídolo á cualquier madero labrado.

El fundador de la Escuela Moderna, según Salillas, es un manchaparedes como el preso más vulgar, y estas manifestaciones de puerilidad para unos y de cretinismo para otros, no tienen, como pudiera creerse, la disculpa de que Ferrer estuviera privado de medios para consignar sus pensamientos, pues nadie le ha privado de escribir, y durante su prisión ha mantenido abundante y no estorbada correspondencia nacional é internacional. Al principio se dedicó á la *pictografía trasplantada*, adornando las paredes con recortes de caricaturas anticlericales y antimilitaristas, tomadas de *L'Asino*, *Les Corbeaux*, *Les Temps Nouveaux*, *L'Action* y *El Diluvio*. La sección palimpséstica de la celda es del último mes de su estancia en la prisión, y Salillas se inclina á creer que el recluso sintió la necesidad de exteriorizarse de ese modo, porque sintió el vértigo de las alturas viendo encumbrada su obscurecida personalidad á las cimas de un símbolo y una bandera para reñir «la gran batalla por la libertad y la civilización»; las exageraciones de quienes así sacaron de quicio las cosas haciendo del ignorado Ferrer un personaje de reputación mundial, no es extraño que produjeran desvanecimientos de vanidad y pomposas exteriorizaciones de amor propio.

La celda 17, de pago, es casi doble que una celda ordinaria. Sus cuatro paredes están llenas de recortes, de pegotes y de inscripciones. En la pared frontera á la entrada, el centro, entre ventanas, está ocupado por recortes de caricaturas del Papa, de curas, frailes y militares; luego, debajo de una ventana, hay tres inscripciones en prosa, y debajo de la otra una dividida en estrofas. Dicen así:

1.ª «Mientras exista un Cuerpo de Penales y Cárceles—donde prestar su servicio, no podrá titularse—civilizada la nación que los ampare.»

2.ª «Si desde el recluso pasamos á los carceleros que lo guardan, á los jueces que lo condenaron, á los civiles que lo llevaron preso,—á la policía que lo detuvo, á las personas que hayan podido denunciarle y á lo que se llama sociedad en general, y estudiamos — la conciencia de cada cual, hallaremos que todas las personas que tengan realmente conciencia de sus actos, si persona — hay en el mundo que la tenga, será la del recluso, será la conciencia del recluso la que tal vez sea la más tranquila.»

3.ª «Todos, absolutamente todos, tenemos una parte — de responsabilidad en cada delito ó crimen que se comete, — y entre todos la tenemos muchísimo más grande que la del delincuente.»

DOCTRINA RACIONALISTA

4.ª «No esperes nada de los otros
por bellas cosas que te ofrezcan ciertos sabios y los poderosos,
porque si dan, también esclavizan.
De esclavizado es tu vivir
si de los demás recibes favor,
pues te será continuo el sufrir
mientras no seas tu propio motor.
Buscar el acuerdo de los hombres
en el amor y fraternidad,
sin distinción de sexos ni clases,
es la gran labor de humanidad.
A ella nos dedicamos todos
en las escuelas racionalistas,
instruyendo á nuestros alumnos
sólo con verdades científicas.
Las mismas verdades comprobadas
por la experiencia é historia
dan á las clases desheredadas
el buen camino de su victoria;
y sin poder verse defraudadas
les damos otra verdad notoria:

los obreros se emanciparán
cuando de su fuerza convencidos,
ellos mismos se la dirigirán
sin contar jamás con elegidos.»

La segunda pared, que corresponde al corredor de la galería, tiene otros recortes caricaturescos de periódicos satíricos, y sólo una inscripción, que dice así:

UN PENSAMIENTO

«Si los hombres fuesen razonables
no permitirían las injusticias
contra sí ni á sus semejantes,
ni tampoco querrían producirlas.»

La tercera pared, medianera con la celda 16, tiene adosada y fija la mesa; es la más abundante en pegotes de caricaturas, y en lo alto se lee la inscripción siguiente:

UN CONSEJO

«No más dioses ni explotadores
sean adorados ni servidos;
vivamos todos entre amores
de compañeros correspondidos.»

La cuarta pared es la que tiene adosada en el centro la cama; encima había unos retratos íntimos, que se llevó el preso cuando recobró la libertad, y allí han quedado las tres inscripciones siguientes:

EN ACCIÓN

1.ª «Mi ideal es la enseñanza,
pero racional y científica,
cual la de la Escuela Moderna,
que humaniza y dignifica.»

MI CONSUELO

2.ª «Amar con pasión á una mujer,
tener un ideal al que servir,
y ganas de luchar hasta vencer:
¿qué más puedo desear ni pedir?»

COMENTANDO Y OPINANDO

3.ª «Desde Quevedo hasta Montjuich, jueces y fiscales
muy satirizados y muy justamente execrados nos han sido;
pero nunca pude, por lo leído, imaginármelos tales cuales
hasta que en la práctica, y sin desearlo, los he conocido.
Muy triste es ver famélicas criaturas por doquiera abandonadas;
es inhumano el fin que á los ancianos obreros los espera;
pero ¿existe algo más bárbaro para las conciencias honradas
querer libertad y vida humana, depender de uno cualquiera?
[(cualquier Ternera).»

«Mientras no se cambie el sistema que hasta ahora se practicó
tratando á toda costa de evitar los casos penables hoy día
por una fraternal organización toda de amor,
será injusto cuanto se condene en nombre de una justicia.»

De todas estas inscripciones, unas están en letra muy grande (*Un consejo*, *Un pensamiento*, *En acción* y *Mi consuelo*) y otras en letra pequeña. Según Salillas, Ferrer pretendió varias veces que le retrataran en su celda, y se conoce que quería aparecer en la fotografía rodeado de esas inscripciones para que resaltara mejor su figura y sus ideas. Salillas teme que, conocidas estas inscripciones por Lombroso, baje mucho el concepto en que tiene á Ferrer, si es que no las atribuye á alguna intriga jesuítica para desacreditarle. Pero Salillas afirma que las ha visto, copiado y comprobado por sí mismo, y que responde de su autenticidad, declarando que, como español, le duele el mal concepto en que se nos tiene, y en el que, más que la ponderada reputación de inquisidores, le lastima el

que se nos trate como á imbéciles; por eso se dirige á Colajanni, que había llamado á Ferrer «el filántropo filósofo en quien se quiere castigar todo lo que hay de moderno y progresivo en la sociedad contemporánea», y le dice: «Vea usted la celda, señor Colajanni: ¡he ahí el filósofo! ¿Es eso todo lo que hay de moderno y de progresivo en la sociedad contemporánea? ¡Pobre sociedad!»

Salillas hace después minuciosa clasificación de los palimpsestos celulares de Ferrer, y los analiza científicamente, planteando como consecuencia «el proceso mental de Ferrer». Si Morral no hubiera sido un colaborador de Ferrer en la Escuela Moderna, ni la Escuela ni Ferrer habrían salido de la obscuridad y mediocridad en que estaban; otro influjo reflejo, más eficaz todavía para dar relieve teatral á la figura de Ferrer, es nuestro reflejo histórico, preñado de espeluznantes leyendas. Descartado todo eso, ¿qué es Ferrer? El fundador de una escuela, como los hay por esos mundos á millares, pues unos por ganarse la vida y otros por difundir la ilustración, son muchísimos, por fortuna, los fundadores de escuelas. Pero Ferrer funda una escuela con marcada significación y tendencia. ¿Cuál? ¿La educadora, que es la escuela ideal? No; la exclusivista, la intransigente, la sectaria, reñida por eso mismo con la ciencia y con la educación, é igualándose con las exclusivistas, las intransigentes, las sectarias, creadas por el fanatismo religioso.

Y hay que fijarse bien: que una religión—sea la que quiera—sea exclusivista, y persiga y condene cuanto no esté conforme con sus doctrinas, se comprende perfectamente, pues creyéndose en posesión de la verdad y juzgándose representante de Dios, es natural que tache y condene todo lo que juzga error, y que persiga á cuantos lo propaguen. Pero que se haga lo mismo en nombre del libre pensamiento y del respeto á todas las ideas, eso no tiene explicación posible y revela que no anda bien la cabeza de tales sectarios. Un episodio de la estancia de Ferrer delata hasta dónde llega su intransigencia pueril: estaba á la puerta de su celda, estribado en la barandi-

lla, y descubierto, como siempre, pues así acostumbraba á pasear, cuando sonó la campanilla que avisaba el paso del Viático; Ferrer entró precipitadamente en su celda, se puso la gorra y volvió á salir, para darse el gusto de cometer una irreverencia. La escuela fundada por Ferrer no tiene significación pedagógica: es una escuela de lucha, de partido, destinada á preparar la mentalidad de las nuevas generaciones para determinados fines de reforma social. Es, por consiguiente, una escuela religiosa más, sólo que al revés: su religión es la irreligión; pero tan fanática es la una como las otras.

En la fundación de la Escuela Moderna se advierte el mismo desequilibrio de la mente de Ferrer, donde la simplicidad de las ideas se junta con un radicalismo efectista, que da por resultado ese nuevo fetichismo y esa extraña filantropía de Ferrer; Nakens, en contacto con las miserias de la cárcel, pidió abrigo y limosna para los presos á la marquesa de Squilache, y Ferrer censuró aquel acto, sin pensar en que se puede laborar por cambiar el orden social, sin perjuicio de dar por de pronto de comer al hambriento, que es lo más urgente. Alfredo Capus lo ha dicho: «la civilización es la indulgencia»; y San Juan había dicho también muchos siglos antes: «Amaos los unos á los otros; en ese precepto se encierra toda la felicidad humana». Seamos justos, y no salgamos de un fanatismo para caer en otro. Y pongamos también las cosas en su punto, mostrando al mundo á Ferrer tal como es, y á España tal como es también: para que ni nos calumnien ni se exagere.

HISTORIA

Cómo se comía en otro tiempo.—Si la sobriedad es una virtud—dice H. de Gallier en *La Revue*,—somos virtuosos, pues hoy comemos muy poco. ¿Es capricho de la moda, debilidad de nuestros estómagos ó superstición de la higiene? Pasaron los tiempos del romanticismo en que los jóvenes miraban como

acto *vil* el de comer, capaz de despoetizar las actitudes de físicos que hacia 1830 constituían lo fino de lo fino de la distinción; hoy las jóvenes más elegantes no se avergüenzan de meter los dientes en un trozo de *rumsteak*, ni los jóvenes se juzgan deshonrados por haber comido un *mutton-chop* ante sus novias. Y, sin embargo, comemos poco, y parecemos todos enfermos sometidos á un régimen sumario de leche, manzanilla y aguas minerales. Nuestros estómagos destrozados son la herencia de nuestros tragones antepasados, que nos han legado como fruto de sus intemperancias el artritismo, que aflige á las tres cuartas partes de nuestros contemporáneos.

El apetito de nuestros ascendientes era prodigioso. En la comida oficial ofrecida por Lyon á César Borgia no entraban menos de sesenta manjares diferentes; las listas del festín dado en 1329 á Isabel de Baviera y á Felipe el Bueno en 1452 en Lila, constaba de cuatro servicios de 48 platos cada uno, con un total de 192 platos; los asados llegaban á la mesa en carritos de oro y azul; la sala estaba convertida en una especie de teatro, cuya decoración variaba á cada servicio, apareciendo en ciertos momentos piezas inmensas, tales como un viñedo con sus viñadores y sus toneles, pasteles monstruosos que encerraban á los músicos, y otro del que salió una mujer completamente desnuda, representando á Constantinopla, etc.; á eso lo llamaban *entreplatos* (entremets).

Pero viniendo á tiempos más cercanos, y hasta pasado el siglo XVI, en que dejó de tocarse el cuerno para llamar á comer, pero en el que todavía se cogían las carnes con los dedos por ser desconocido el tenedor, lleguemos al siglo XVII, limitándonos á citar de paso la lista de platos del banquete dado por la ciudad de París en 1545 á Catalina de Médicis: pavos reales, faisanes, cisnes, capones, grullas, gallinas, cerdos, pichones, liebres, cabritos, perdices, codornices, abutardas, alcachofas, espárragos y habas. Imagínese la cantidad de líquido que había que absorber para pasar toda esa carne, que no era decorativa, sino que se ponía para que se comiera, siendo la reina

la que daba el ejemplo, pues en la boda de la señorita de Martigues «comió tantas crestas de gallo, que estuvo á punto de reventar», como dice l'Estoile; aun bebiéndose entonces menos que antes, pasaba por muy sobrio el gentilhombre que se echaba entre cuerpo y espalda dos jarras de vino en cada comida.

Hasta 1620, la comida se hacía á las diez de la mañana y la cena á las seis de la tarde; pero Luis XIV empezó por poner la comida á las once, luego á las doce y á la una, y por último, ya de un modo definitivo, á las tres, sirviéndose la cena á las diez ó á las once de la noche. Entonces también desapareció el desorden con que se presentaban los platos, y se estableció el método de las comidas, compuestas por lo menos, en toda mesa decente, de tres servicios: 1.° Sopa (de carne ó de pescado hervido con legumbres), cuatro platitos con manjares diversos y dos *hors-d'œuvres*. 2.° Asado y dos platos de *entremets*. 3.° Frutas y cuatro compotas. Este era el mínimum ordinario, lo mismo entre las clases nobles que entre la gente acomodada del pueblo. La mesa debe presentar en cada servicio los platos de que consta, cuya disposición se varía con gusto; el número de manjares es proporcionado al de convidados; según el *Nouveau Cuisinier Royal*, de 1714, para seis ú ocho convidados debe haber 7 platos por servicio; para 10 ó 12 cubiertos, 9 platos; para 30 ó 35 cubiertos, 43 platos.

He aquí, por ejemplo, la lista completa de una comida de 24 cubiertos en tiempos de Luis XIV, en una casa noble, pero no rica. Primer servicio: dos sopas, gran entrada de medio y cuatro entradas medias; dos pequeñas sopas, cuatro entradas en otros cuatro platos y doce platitos de *hors-d'œuvres* (chorizos, salchichas, costilletas, morcillas, etc.). 2.° servicio: gran asado en el plato del medio y en otros dos platos; asado mediano en cuatro platos medianos; dos platos de pequeños asados y doce platitos de *hors-d'œuvres*. 3.° Jamón asado y pastel de caza en medio de la mesa; entreplatos fríos (pies y orejas de cerdo); entreplatos calientes (cardos, alcachofas, coles, huevos fritos); doce platitos de guisados calientes. 4.° Tres

grandes platos de frutas frescas, cuatro platos de frutas secas, cuatro compotas y doce platitos de golosinas.

Esto es lo corriente. En casos especiales, los servicios están más recargados; en la boda de la señorita de Blois con el príncipe de Conti, la comida se compuso de 480 manjares diferentes. Esto nos parece fantástico; pero á los contemporáneos les parecería sencillo, pues era gente de buen diente, aunque no llegaron todos á la exageración del duque de Vendome, que se alababa de comer de un tirón en una sola comida con Chaulieu mil doscientas sardinas. El rey-sol daba el ejemplo, pues estando enfermo y á dieta, su comida constaba de cortezas tostadas, sopa y tres pollos. La comida representaba el gasto principal: los gastos de una familia noble en 1672 ascienden á 23.760 francos para la mesa de los amos y 13.000 para la servidumbre: 36.760 francos, que hoy equivaldrían á 20.000 duros por lo menos; un artesano acomodado no invertía en comer menos de 2.500 francos.

Luis XV siguió la tradición, pero era más delicado; su comida constaba de 21 platos de carnes y uno de legumbres, y su cena de 18 platos de carne; es más exigente, y quiere que la caza esté cocida á punto, y que las cerezas se le den peladas y espolvoreadas de azúcar; una de las lindas jóvenes de que se complacía en rodearse era la encargada de prepararle aquella golosina; Luis XVI tiene también magnífico apetito; se despierta á las seis y pide el desayuno, comiéndose cuatro costilletas, un pollo, un par de huevos con salsa, una lonja de jamón, rociado todo con botella y media de Champagne; se viste, sale de caza, y vuelve con un apetito formidable; ni siquiera lo perdió durante su proceso, pues al regresar al Templo, ya condenado á muerte, se comió seis costilletas, un pollo, un par de huevos con vino blanco y vino moscatel. En cambio María Antonieta, fuera de su café con leche, apenas comía, y sólo bebía agua.

No eran desconocidos ciertos refinamientos, como los de servir el vino templado en invierno y frío en verano, para lo

que las grandes casas tenían neveras especiales; pero lo que choca es lo poco que figuran las legumbres en aquellas comidas, casi todas de carne. De ahí que la jalapa y las sangrías fueran cosa corriente para llevar la tranquilidad á aquellos estómagos. De las especias no se abusaba tanto como dos siglos antes, pero seguía la manía de perfumar los manjares, y sobre todo los guisados con iris, agua de rosa y ámbar; los capones se engordaban con grajeas, y los huevos fritos se rociaban con aguas de olor.

En el siglo XVIII todo el mundo es glotón. El príncipe de Soubise come con frecuencia una tortilla inventada por Marin para Luis XV, y que se compone de crestas de gallos y huevas de carpas; cada tortilla le sale por 300 francos. Un tal Verdelet compra 3.000 carpas para hacerse un plato con sus lenguas, lo que le cuesta 1.300 francos; *et sic de cœteris.* Todos, el rey, los filósofos, los sabios, Helvecio, Buffon, Richelieu, Montesquieu, todos son glotones y escogidos, y frecuentan las casas que tienen fama de dar bien de comer, como la del cardenal de Rohan, el hombre hospitalario por excelencia. Su intendente se le quejaba un día de que los convidados le estropeaban los muebles.

—¡Ay, cura, cura!—exclamaba el cardenal,—se limpiarán los muebles, se comprarán nuevos, si es preciso; pero dejad plena libertad á nuestros huéspedes, si no queréis hacer de esto un desierto.

Un día que tenía lleno de gente el palacio llegaron todavía por la noche, al mismo tiempo, una dama y un joven oficial; el aposentador fué á decir al cardenal que no había dónde alojar aquella señora.

—Callaos—dijo el cardenal;—sois un tonto. ¿Están llenos los cuartos de baños?

—No, monseñor.

—¿No hay allí dos camas?

—Sí, monseñor; pero están en la misma habitación en que está ya ese oficial.

—Pues bueno, ¿no han venido al mismo tiempo esa señora y ese oficial? Pues que los pongan juntos; las gentes apocadas como usted lo ven siempre todo mal; pero ya verá usted cómo se arreglan perfectamente; no hay más que hablar.

Y así se alojaron, y no debieron pasarlo mal, porque no se quejaron al día siguiente.

Si esto pasaba en Saverne, en Chanteloup era todavía más amplia y magnífica la hospitalidad de los duques de Choiseul. Nunca se sabía allí cuántos se pondrían á la mesa; momentos antes, el mayordomo recorría los salones, contaba, y poco después estaba la mesa puesta para 60, 80, 100 personas, como por encanto; el despilfarro era enorme, pero el duque no hacía caso, y la duquesa no se preocupaba de ello, aunque personalmente era muy sobria; pero era el gusto del duque, y no quería contrariarle, y cuando llegó el caso, vendió todos sus bienes para hacer frente á tales dispendios.

Y no se crea que eran sólo la Corte y los grandes señores los que hacían estos derroches en la mesa: en Lyon había una señora Piozzi, del comercio de la plaza, que tenía ordinariamente 30 platos para comer y 24 para cenar; en una comida de artesanos en Boulogne se sirvieron en 1763 20 platos perfectamente aderezados, y entonces se citaba como comida frugal la compuesta del modo que sigue: «Sopa á la aldeana con lechuga, cebolletas y acederas; cocido, rábanos, costilleta, pollo asado, ensalada, torta de pichones, torta de bartolillos, guisantes, queso con crema, bollos, confituras, bombones y albaricoques secos». En un festín dado en su finca, cerca de Lyon, por un tal Verpilliere, figuran cien convidados, y se consumen doce carneros, una ternera, cien libras de vaca, cincuenta gallinas, etc. La cantidad de manjares, según el presidente de Brosses, debe ser siempre proporcionada al triple de lo que se necesita para los convidados, y lo mismo opina el famoso Piron.

Estaba ya lejos el tiempo en que se comía con los dedos; las mesas se ponían con todo lujo de cucharas, tenedores y cu-

chillos de plata, y se adornaban con centros magníficos de plata y oro y con estatuitas y grupos de pasta de almidón ó de porcelana. En algún tiempo la moda fué cubrirlas con dibujos y paisajes por medio de arenillas de colores, decorado que costaba de 40 á 60 francos; pero como la arena se movía al menor soplo, resultaba molesto, y la moda duró poco.

La Revolución pretendió acabar con todos los lujos de la mesa; pero no se crea que los prohombres de la Revolución, entusiastas teóricos de la sobriedad espartana, se contentaban con caldo negro. Saint-Just, que se las echaba de austero, vivía elegantemente y se complacía en los placeres de la mesa; Chaumette y Cambon distaban mucho de ser ascetas, y el íntegro Robespierre mismo no hacía ascos, aunque no fuera un glotón, á la buena mesa de su amiga la Sainte-Amaranthe, sin perjuicio de enviarla á la guillotina al día siguiente. Danton y Camilo Desmoulins eran unos tragones, y los girondinos eran agriamente criticados por el *Père Duchesne* por sus refinamientos en las comidas, asegurando que «no podían ser buenos republicanos» los que comieran bien. Pasado el primer hervor revolucionario, el Directorio y los increíbles no tardaron en cambiar el aspecto de las cosas, y entonces vino aquel período de reacción en que parecía que todos tuvieran prisa por gozar y por vivir; entonces se fundan multitud de *restaurants* famosos, y los placeres de la mesa reaparecen en todo su esplendor y más refinados que nunca, hasta que la sobriedad de Napoleón hizo olvidar las orgías del Directorio.

Talleyrand, el astuto diplomático, es el que resucitó la tradición de las comidas fastuosas, imprimiéndolas el sello de la etiqueta y de la elegancia, y convirtiéndolas en arma política de primer orden. «Más necesidad tengo de cacerolas que de instrucciones escritas», decía á Luis XVIII con motivo del Congreso de Viena. Ninguno como él sabía emplear esa cortesía jerarquizada que á todo se extendía y aplicaba con matices delicadísimos para diferenciar las categorías sociales: —Príncipe, ¿tendré el honor de enviar á V. A. unas alcacho-

fas?—Señor marqués, concédame el honor de ofrecerle alcachofas.—Señor conde, ¿tendré el placer de servirle alcachofas?—Señor barón, ¿quiere usted alcachofas?—Caballero, ¿alcachofas?

La Restauración restableció por completo el honroso puesto que en la vida ocupa la necesidad de comer, pues los Borbones han gozado de excelente apetito, y la Monarquía burguesa de Luis Felipe siguió comiendo bien, aunque con menos finura. En la época del romanticismo la juventud hacía melindres, pero eso no rezaba más que con los solteros y solteras; una vez casados, se acababa el romanticismo, y se procuraba recuperar el tiempo perdido, aunque no siempre se conseguía, pues los ayunos y los vinagres habían dejado los estómagos sin fuerzas, y era difícil restaurar aquellas ruinas. El segundo Imperio gozó también fama de glotón y goloso, y de aquella generación de buen diente procede directamente la nuestra, sujeta al régimen de leche y de aguas minerales.

Gallier dice que si los hombres de talento no son todos gastrónomos, los gastrónomos son casi siempre gentes de talento. Ingenioso era hasta el mismo ventrudo Luis XVIII cuando preguntaba á uno de sus convidados, el conde C..., si le gustaban las judías verdes, y oyendo esta tonta respuesta: «Señor, yo no me fijo nunca en lo que como», replicó con viveza: «Hace usted mal, caballero, pues debe siempre prestarse atención á lo que se come y á lo que se dice».

CUESTIONES SOCIALES

La crisis del matrimonio.—La institución matrimonial está pasando un mal cuarto de hora, como dice Enrique Aubépin en *La Grande Revue*. No es el primero, ciertamente. El remedio del divorcio, al que se acudió con la esperanza de mejorar la institución, está dando malísimos resultados: ni disminuyen los asesinatos, ni menos los maridos desgraciados ni las muje-

res desesperadas, sino al contrario, como era de prever para quienes no se hicieran ilusiones y conocieran á fondo el alma humana: al facilitar la salida, el divorcio ha hecho más intolerable la estancia en la jaula.

En vista del fracaso del divorcio, se buscan medios para mejorar las condiciones del matrimonio, ya corrigiendo las costumbres, ya modificando las leyes. León Blum pretende reformar la institución por las costumbres, y al efecto ha publicado un libro, *Le Mariage*, que no ha dejado de hacer ruido. Estudiando multitud de casos, y viendo que la dicha en el matrimonio es cosa difícil y fortuita, Blum opina que debe conservarse la institución, pero modificando el uso que de ella se hace.

Debiendo ser todo armonía en el matrimonio, casi todo es desacuerdo. Empezando por lo material, en lugar de unir dos seres intactos, nuevos, vírgenes, el matrimonio enlaza hoy á un hombre más ó menos gastado, pero instruído siempre en las realidades del amor, con una mujer que las ignora, y que, so pena de deshonra, debe ignorarlas; esta diferencia tiene consecuencias incalculables, y engendra todos los demás desacuerdos. Ya Tolstoi, en su *Sonata de Kreutzer*, había hecho atribuir por su protagonista el fracaso de su dicha conyugal á la *existencia de cochino* en que se había revuelto antes de su casamiento, afirmando que para ser felices es preciso que el hombre y la mujer lleguen en estado de pureza al matrimonio. Blum coincide en el diagnóstico, pero su terapéutica es otra. Tolstoi dice: «Que los hombres sean puros»; y Blum contesta: «Que la mujer sepa lo que el hombre». El uno quiere unir dos cuerpos vírgenes, y el otro casar dos seres experimentados.

La monogamia, según Blum, no corresponde sino á un estado secundario del corazón y de los sentidos; el hombre es esencialmente polígamo, y el matrimonio es la monogamia codificada; no puede salir bien el acoplamiento de un sér que ha evolucionado normalmente, como el hombre, con otro sér que

permanece estacionario. Hay, pues, que dar á la mujer la experiencia que necesita antes de casarla para restablecer la armonía.

El asunto es escabroso, pero Blum lo trata con tanta audacia como discreción, saliendo al paso de todas las objeciones y rebatiéndolas, al parecer, con éxito para demostrar su tesis, ilustrando con ejemplos sus teorías. Genoveva y Enriqueta eran dos lindas hermanas que se casaron con dos jóvenes de veinticinco años, Luciano y Jorge, creyendo hacerlo por amor; Genoveva y Luciano, seres apasionados, conocieron en efecto el matrimonio por amor; pero Enriqueta y Jorge, seres pacíficos y tranquilos, montaron su vida sobre un fondo de amistad sólida y confiada, sin conocer la exaltación de la pasión. ¿Qué sucedió? Que el primer matrimonio fué desgraciado y se deshizo, y el segundo sufrió la misma suerte, pero por causas completamente distintas, maravillosamente estudiadas y expuestas por Blum. La causa en definitiva de este fracaso de ambos matrimonios está, según Blum, en que hallándose todavía unos y otros jóvenes en el estado poligámico, habían pasado al monogámico antes de tiempo. Pero admitiendo—que ya es admitir—que esa fuera la causa eficiente de la desgracia, ¿está probado que esos matrimonios hubieran sido felices habiendo pasado antes, marido y mujer, por el estado poligámico? Pues eso es lo que hay que probar. Lo único que resulta de la historia de esos matrimonios es que Jorge fué un tonto y que el matrimonio conviene á unos caracteres y no á otros.

Para aceptar el remedio de Blum es preciso tener fe ciega en su eficacia. No hay duda que es enérgico; pero antes de escandalizarnos, conviene estudiarlo imparcialmente, sin dejarnos llevar de las protestas del sentimiento ni de las censuras de la moral corriente. Lo que se busca es hacer el matrimonio más confortable, si así puede decirse, y toda la cuestión queda reducida á saber si Blum prueba que con su remedio se logra ese resultado. Hoy las jóvenes se casan por amor ó por

interés: en el primer caso el azar lo domina todo; en el segundo la familia lo arregla sin tener en cuenta más que las conveniencias exteriores y formales; en ambos casos la razón queda desatendida, pues la mujer que así se obliga por toda su vida, ó se limita á obedecer á sus padres ó sigue su capricho, sin que su voluntad esté formada por la experiencia. En cuanto al marido, ó lleva al matrimonio la misma ignorancia que la mujer, ó, si sabe algo, lo sabe por los labios sospechosos y corrompidos de las perdidas con quienes ha estado en contacto. Y así sale ello.

Mañana, según Blum, será otra cosa. La niña de quince años será atraída por la dulzura y la ternura de un hombre ya maduro, y sin resistirse á ella, se entregará con satisfacción á las enseñanzas de aquel maestro, sin que los padres ni la sociedad tengan nada que decir de aquella unión natural, que durará hasta que uno ú otra se cansen; de aquella primera aventura pasarán á otra y otras, y cuando lleguen á los treinta, cansadas ya de aprender, comenzarán á sentirse maestras, y buscarán discípulos; y así los hombres, que actualmente se educan para el amor en las casas de mal vivir, tendrán por profesoras á distinguidas señoritas de excelente educación, que están recorriendo el ciclo poligámico de su existencia. Por entonces, calmada ya la fermentación del instinto, y adquirida la experiencia necesaria, la mujer empezará á sentirse apta para el estado monogámico y maternal, y entre los treinta y cinco y cuarenta llegará á su última aventura con todas las condiciones para elegir con acierto el hombre que ha de ser su marido. En el nuevo matrimonio no habrá pasiones, ni celos, ni engaños; marido y mujer serán como dos buenos y francos amigos que se contarán las respectivas aventuras de su juventud, y aquello será, según Blum, el reino de la tranquilidad y de la dicha.

¿Creen los lectores que todo esto es pura guasa? Nada de eso. Todo es fiel extracto de las afirmaciones serias y formales de Blum. ¡Bonitos matrimonios los que prepara á las futuras

generaciones! Esas confidencias y ese cambio de recuerdos deben ser deliciosos. ¡Cómo se regodeará el marido oyendo contar á su mujer sus aventuras amorosas! ¡Qué dignidad tan grande la de una pareja matrimonial puesta al nivel de las parejas efímeras de los lupanares! Si por ese camino se ha de llegar á la felicidad conyugal, castrando la dignidad de los esposos, no es fácil decir si no es mil veces preferible la actual desdicha. Pero aparte de esto, que en España afortunadamente es inconcebible, ¿de dónde saca Blum que su remedio sería eficaz para matar los celos, para llevar la paz á los matrimonios? ¿Dónde está probado que esa experiencia poligámica de la mujer no la hiciera despreciable, tan despreciable como una prostituta? ¿Y los hijos que fuera produciendo cada uno de esos ensayos poligámicos? ¡Ah! Eso no es estorbo para nada: se suprimen. Y con sanción tan radical, Blum no sólo resuelve el problema del matrimonio, sino todos los problemas.

CRÍTICA

El Padrenuestro.—Soy un entusiasta del Padrenuestro. No conozco oración ninguna tan perfecta como ésta en ninguna religión, ni en el fondo ni en la forma. El Padrenuestro es realmente una obra maravillosa de sencillez y de profundidad, de elocuencia y de sentido práctico. Allí no hay ripios, ni exclamaciones de relleno, ni adjetivos ditirámbicos, ni frases huecas, cosas que tanto abundan en la generalidad de las oraciones y que tanto contribuyen á formar ese mal gusto que luego trasciende á las novenas y á los sermones, y que hacen de nuestro pueblo un pueblo de descreídos fanáticos, que se imaginan ser muy religiosos porque se confiesan á diario y se hartan de genuflexiones y de golpes de pecho, siendo su fondo puro paganismo y fetichismo vergonzoso y atávico.

El Padrenuestro es una oración modelo. ¿Cómo no, habiendo salido de los labios de Jesucristo? Desde su hermosa invo-

cación, todo en ella es perfecto. ¡Con qué arte están preparadas las peticiones que nos conciernen! Mucho ansiamos asegurar el pan nuestro de cada día para poder pagar el fatal tributo que nos exige nuestro cuerpo como condición de nuestra vida; mucho deseamos que, una vez satisfecha esa necesidad apremiante de todos los momentos, se olviden nuestros pecados y se perdonen nuestras deudas para poder desenvolvernos con desembarazo sin la carga de los remordimientos y de las culpas no redimidas; mucho ambicionamos después, al vernos libres de esos cuidados, saldadas nuestras cuentas y limpios de toda mancha por el perdón, que nos sea posible no volvernos á manchar ni endeudar, viéndonos libres de toda tentación; y no menos anhelamos vernos exentos de daños y de males; todo esto nos preocupa, y en ello se encierra todo, absolutamente todo lo que podemos desear: el sustento del cuerpo, la pureza del alma, la libertad del espíritu, la salud, la felicidad; todo ello está contenido en las peticiones del Padrenuestro, y todo se halla admirablemente enlazado y escalonado; pero antes de llegar á ello, para hacernos dignos de ser escuchados y atendidos, hay que preparar el ánimo de Aquel á quien dirigimos nuestras súplicas; por eso en el Padrenuestro se comienza con sencilla invocación, para en seguida humillarse ante el divino nombre, santificándole y deseando que el imperio de Dios se establezca, agregando antes de pedir nada, sin quejas ni gritos ni sollozos por nuestras miserias, la protesta de conformarnos de antemano con la divina voluntad, acatando lo que se digne disponer sobre nosotros, pruebas de paciencia, humillaciones, calumnias, dolores, injusticias humanas, ó bien honores, riquezas y alegrías; sólo después de esa hermosísima declaración «hágase tu voluntad», que cuando se hace con el corazón y no con los labios sirve de bálsamo consolador á los más terribles dolores y á las cuitas más punzantes, es cuando se entra con toda confianza á pedir el pan que necesitamos para vivir, el perdón que nos hace falta para sosegarnos, el apartamiento de la tentación para ser felices de

espíritu, y la franquicia del mal para la salud de nuestro cuerpo, compendiando en esas peticiones todo cuanto nos es lícito desear para nuestra dicha.

¡Qué lástima, sin embargo, que esta divina oración tengan que repetirla millones de fieles en un castellano indigno de su excelsitud y perfección! Sería incomprensible tan lamentable descuido si no supiéramos cómo se aprende en castellano á rezar y cómo rezan ordinariamente los españoles. Esos rezos no son oraciones ni son nada; eso es un mascullamiento de palabras hechas trizas, en el que se mueven los labios y la lengua produciendo un murmullo monótono y soporífero, pero en el que no se dice nada ni se piensa nada, ni se siente nada, en el que no entran para nada ni la cabeza ni el corazón. Y de tal modo es esto así, que yo he hecho muchas veces este experimento con señoras devotas: hacerlas decir el Credo ó la Salve y hasta el Padrenuestro despacio, de modo que se entendiera lo que decían, y demostrarlas que no lo sabían, porque á cada momento se quedaban cortadas y perdidas, sin acertar á coger la retahila de su masculleo mecánico. Así se comprende que un siglo y otro se siga estropeando el Padrenuestro y estropeando el castellano con la fórmula tradicional de un Catecismo no depurado, ni en la redacción ni en la doctrina.

¿Qué es eso de «venga á nos el tu reino»? ¿Hay nada más disparatado? El latín, de donde se ha tomado el texto directamente, dice: *adveniat regnum tuum*, y el macarrónico traductor de ese latín, que nada tiene de clásico, pero que al menos es claro y sencillo como corresponde á una oración popular, no se conformó con decir lisa y llanamente *venga tu reino*, ó á lo sumo, como en ciertos antiguos manuscritos, *avenga el to regno*, sino que sacó un *á nos* no se sabe de dónde y echó á perder el concepto, estropeando de paso el instrumento de que se servía para expresarse; sin duda, como el latín dice *adveniat* y no *veniat*, le pareció al traductor que diciendo sólo *venga* se quedaba corto, y como la preposición *ad* en tales compuestos indica una relación de tendencia hacia el que habla, de apro-

ximación, juzgó oportuno añadir al *venga* ese *á nos* que corrompe su sentido, sin caer en la cuenta de que el *venga* por sí solo era suficientemente expresivo, pues claro es que el que viene, viene á nosotros, pues al venir se aproxima, se acerca hasta que llega á nuestra presencia; en todo caso pudo echar mano del *avenga*, hoy desusado, pero entonces en uso, y en último resultado pudo decir *llegue*, penetrando en el sentido del *adveniat*, que es ése y no otro; pero á todas estas soluciones «venga tu reino», «avenga tu reino» ó «llegue tu reino», prefirió el «venga á nos el tu reino», que sobre ser censurable por su forma, expresa cosa muy distinta de lo que dice el original.

Venga á nos, en efecto, no se dice ni puede decirse en castellano correcto; ese *nos* es enfático, y aunque se ha empleado algún tiempo con el valor de *nosotros* que aquí se le da, es un empleo excepcional, que sólo se ha dejado para el *nos* de las personas constituídas en autoridad, especialmente para las autoridades eclesiásticas; ejemplo arcaico de ese empleo es la antigua fórmula del «nos, que valemos tanto como vos y todos juntos más que vos», etc. «Venga á nos el tu reino» quiere decir, deshecho el hipérbaton, «que tu reino venga á nosotros». ¿Qué es eso? Pues eso es decir que pedimos y deseamos que el reino de Dios venga á nuestras manos, lo cual, si no es una tremenda herejía, no sabemos lo que puede ser. ¿Y es eso lo que dice el latín *adveniat regnum tuum*? Quítese el *á nos*, y dígase sólo *venga tu reino* ó *el tu reino* si se quiere conservar ese arcaísmo, y se verá cuán distinto es un concepto del otro. «Venga tu reino» es la expresión de nuestro deseo de que llegue la hora de que Dios y sólo Dios reine, de que su reinado divino se imponga, acabando con los reinados efímeros y defectuosos de este mundo. Todo eso, tan claro, y tan cristiano, y tan natural, desaparece con el desdichado «venga á nos el tu reino», que cuando menos, y en el mejor caso de interpretación, quita fuerza, energía y claridad á la expresión, cuando no la trueca en fórmula soberbia de una ambición desatentada.

Podía quizá decirse que en la mente del traductor dominaba aquella idea de San Cipriano de que en la frase *adveniat regnum tuum* pedimos á Dios que no nos excluya del reino de los cielos, de su reino; y que por eso se dice «venga á nos el tu reino», para indicar ese deseo de ser admitidos en él; pero ni aun esa explicación sería admisible, porque una cosa es que nosotros vayamos al cielo, y otra que el cielo venga á nosotros; claro es que el resultado sería el mismo, pero es evidente que no es eso lo que se quiere decir, y que ese cambio de términos es de todo punto impropio. No es lo mismo que Mahoma vaya á la montaña que la montaña venga hasta Mahoma; desear que «venga á nosotros el reino de Dios» para que nosotros nos metamos en él á disfrutar de sus beneficios, no es lo mismo que desear que llegue el día del reinado de Dios, en el que acaben todas las injusticias y todos los pecados; es muy diferente pensar en Dios, en el bien, en la verdad y en la justicia, deseando ser sometidos á ellas sin restricciones, á pensar en nosotros mismos, haciéndonos eje del Universo hasta pedir que nos traigan el cielo á la puerta de casa para no necesitar escaleras.

Véase cómo otras lenguas han traducido el *adveniat regnum tuum*, y se notará que ninguna ha caído en la disparatada versión del Fray Gerundio que nos hizo el flaco servicio de traducirnos al castellano el Padrenuestro. El francés dice: *que ton règne arrive*, «que tu reinado llegue», traduciendo perfectamente el espíritu de la frase latina, y cuidándose bien de emplear la palabra *règne* y no la de *royaume* para marcar el valor preciso del concepto. El alemán dice: *das dein Reich komme*, «que tu reino venga», que es la traducción literal del latín. Pero ¿qué más? Los traductores mismos de la Biblia no incurren, como es natural, en la torpeza del traductor escogido por nuestros catequistas; véase la traducción del respetable padre Scio, y lo mismo en el Evangelio de San Mateo que en el de San Lucas, se notará que traduce, como corresponde, «Venga el tu reino», sin intercalar ningún *á nos* que desvirtúe el concepto.

¡Lástima grande que no haya quien se preocupe de estas pequeñeces, que si allá, en los brillantes días del Renacimiento, hacían echar de menos á un cardenal Bembo y á otros espíritus no menos cultos las delicadezas de los clásicos paganos, hoy también hacen que cuantos piensan y meditan sin apasionamientos, lamenten por lo menos el descuido con que se miran estas cosas por quienes tan fácilmente podrían remediarlas!

***

Otra vez «acusar».—Es frecuentísimo tropezar en toda clase de periódicos y revistas y en multitud de obras originales y traducidas, especialmente en obras de Medicina y de Bellas Artes, con frases del tenor siguiente: «Los ornatos de hojarasca estaban excesivamente *acusados*»; «las facciones, *acusadas* y duras, del tipo mongólico»; «la pulsación, muy *acusada*, era propia de un temperamento vivo y enérgico», etc.

Este empleo de *acusar* es tan incorrecto como el del tipo «las noticias de hoy *acusan* tranquilidad». Tan galicismo es el uno como el otro, y más todavía éste que aquél, pues el «acusar» en el sentido de «revelar, indicar, delatar», etc., no es ni siquiera correcto en francés, mientras que este otro «acusar», en el sentido de «pronunciar», es giro corriente entre los buenos escritores traspirenaicos. Unas «facciones acusadas» son un disparate en castellano; las facciones de una persona ó de una imagen podrán *ser acusadas de* duras, de abultadas, de incorrectas, etc.; pero ellas, de por sí, no son acusadas ni pueden serlo, como son finas ó son bastas; para que una cosa sea «acusada», necesita ser *acusada de* ó *por* algo; ser acusada, sin decir de qué, es dejar el sentido incompleto; hay que decir ó, por lo menos, sobrentender *de qué* ó *por qué* se acusa. ¿Qué quiere decir «un ornato muy acusado», «una pulsación muy acusada», «unas facciones acusadas»? En buen castellano, nada, porque eso no tiene sentido; en galiparla, sí, porque allí *acusar* tiene el valor de *pronunciar, marcar, acentuar, resaltar, abultar*, etc., según los distintos casos. Empleemos, pues,

nosotros en cada caso la palabra que mejor traduzca y más fielmente se acomode á las circunstancias, y con eso obtendremos tres ventajas: la de hablar en castellano correcto, la de expresarnos con mayor precisión y propiedad y la de dar mayor variedad y elegancia á nuestros giros.

Así, en lugar de decir: «yo *me acuso* de no entender las noticias que *acusan* alarma por su muy *acusada* tendencia á excitar los ánimos», debe decirse: «yo *me acuso* de no entender las noticias *que revelan* (que indican, que descubren, que manifiestan) alarma (y mejor aún «las noticias alarmantes») por su muy *marcada* tendencia á excitar los ánimos». En lugar de «facciones acusadas», digamos «facciones pronunciadas»; en vez de «pulsación muy acusada», digamos «muy marcada»; en lugar de «hojarasca acusada», digamos «abultada»; en vez de «líneas acusadas», «líneas señaladas», y así sucesivamente. Se gana en claridad y en precisión, y no se estropea la hermosa lengua castellana, tan rica en matices de vocabulario.

IMPRESIONES Y NOTAS

La psicología del dolor.—Hay quien sostiene que la alegría surge siempre de algún dolor, y quien afirma que el dolor es continuo, no existiendo la vida sin dolor. Lo cierto es que el placer y el dolor, que á primera vista pueden parecer opuestos, se hallan en constante contacto, y son quizá tan inseparables como la sombra y la luz. Ciertos placeres son debidos por completo á ciertos dolores: la alegría del convaleciente es desconocida por los que nunca han estado enfermos, ó no han asistido por lo menos en su enfermedad á una persona querida. Ya lo he dicho yo en mi poesía *En la cima*:

Hay que tener la boca hecha una fragua
Y sufrir de la sed el soplo ardiente,
Para apreciar el goce que se siente
Al beber con fruición un vaso de agua.

Hay que sentir el pecho desgarrado
Por la tos que nos deja sin aliento,
Para gustar del plácido momento
En que el pecho respira desahogado.
Hay que sentir el frío de la muerte
Congelarnos la sangre en las arterias,
Para apreciar la venturosa suerte
Del que vive, aunque viva entre miserias.

Hasta hay verdaderos dolores que producen extraño placer, como los dolores de los mártires y de los místicos y los azotes de los flagelantes. El doctor Brunner estudia en *Ost und West* las diversas teorías existentes sobre el concepto del dolor, estimando como mejor la de Miller, que se funda en el deseo, en la adecuación entre lo que deseamos y lo que obtenemos, de tal modo, que todo hecho que suscita atracción produce placer, y todo lo que excita repulsión, dolor; cuanto contraría nuestros deseos es dolor, cuanto lo favorece es placer.

Claro es que en esta estimación del placer y el dolor hay que tener en cuenta, como factor principalísimo, la sensibilidad de cada individuo, que varía enormemente de unos á otros, y que en general es muy pequeña, pues sólo ciertos seres escogidos gozan ó padecen una gran sensibilidad. Hay dolores que pueden llamarse universales, porque todos los sufren, mientras que otros son exclusivos de ciertos individuos. Los dolores *psíquicos* no son conocidos sino de los pensadores, cuando se hallan en el espasmo de la desilusión. Las letras y las artes son riquísimas en todo género de manifestaciones de dolores espirituales en todas sus variedades y matices.

Muchos psicólogos afirman la teoría que funde en una sola cualidad psíquica el placer y el dolor. Brunner estima que tal hipótesis es digna de atención, teniendo por lo menos su parte de verdad, comprobada por el hecho de que el placer, cuando se prolonga abusivamente, se convierte en dolor, y el dolor, cuando es demasiado continuado, casi resulta agradable. Esta última parte, sin embargo, no parece muy convincente. La

demasiada luz—siguiendo el símil de la luz y la sombra con relación al placer y al dolor—nos deja ciegos, pero las tinieblas excesivas no por eso nos permiten ver; y si el exceso de luz, al deslumbrarnos, nos ciega, el exceso de obscuridad no produce el efecto contrario.

***

El corazón industrializado.—En la revista alemana *Ost und West* estudia Westheim las transformaciones sufridas por el corazón como órgano clásico de la sensibilidad, afirmando que á consecuencia del industrialismo desarrollado en Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, el corazón se ha industrializado. La decadencia es visible, y la Humanidad futura acabará por adorar á un solo dios: el dios estómago. Toda la literatura contemporánea decanta la atonía del corazón. ¡Adiós las grandes pasiones! ¡Adiós los nobles afanes!

No ha llegado la ciencia á estudiar si el corazón de los antiguos era mayor y más vivo que el nuestro; pero la Historia demuestra en qué pueblos y en qué épocas se rindió mayor culto al ideal, y es evidente que en nuestros tiempos los ideales están en decadencia. Hoy les parece á muchos un arcaísmo el amor; si le conceden alguna importancia, no es en el sentido clásico de pasión alta, noble y digna, sino en sus manifestaciones más groseras, en sus bajezas, en su anormalidad. Hacer del amor solo materia de un drama les resulta imposible. Y es que aquel corazón que ha creado la gran dramática española, inglesa, italiana ó alemana ha desaparecido de la escena. A lo sumo, los grandes dramaturgos contemporáneos creen hacer una gran obra transformando el amor en epilepsia, porque son incapaces de comprender las grandes y verdaderas pasiones, confundiéndolas con las manifestaciones morbosas de esas mismas pasiones falsificadas.

El príncipe de Bülow se ha lamentado en sus discursos de la decadencia del corazón en Alemania, deseando se produzca una reacción que nos vuelva á los tiempos de los Gœthe y los

Schiller, los Kant y los Hegel. Lo mismo ocurre en Inglaterra, y otro tanto pasa, en mayor ó menor grado, en el resto del mundo, salvo quizá en el Japón, que está pasando ahora por su edad heroica. Hay que reaccionar contra el exceso del industrialismo y el materialismo, que trata de extirpar en el espíritu humano cuanto afina el espíritu, eleva el alma y enternece el corazón.

***

La inutilidad de escribir.—Las obras de pura literatura, los trabajos de erudición eran hace medio siglo poco numerosos relativamente, y el público los leía con placer, recompensando el esfuerzo del autor con una boga momentánea siquiera. Hoy salen á luz por centenas y hasta por millares estudios de este género. ¿Quién va á tener la pretensión de ser leído entre tantos y tantos autores como aparecen diariamente, disputándose la atención de un mundo distraído por tantísimas novedades?

Todo escritor tiene una ambición: la menor que se le puede suponer, aparte el deseo de lucro y el oropel de la gloria, es la de aspirar á la estimación de sus contemporáneos. ¿Tiene probabilidades de lograrla? Ya hace tiempo que notó La Bruyère que todo está ya dicho, y se viene al mundo demasiado tarde, desde que en él hay hombres, y que piensan. «Todos vivimos sobre un fondo común. ¿Qué creador tendrá el genio necesario para renovarlo?»

Es verdad que si en el fondo es difícil crear, queda la forma. Pero leed una novela, una comedia esmaltada de frases aladas, ingeniosas, picantes, y pasad luego á otra, y, como dice Jacobo Lux en la *Revue Bleue*, tendréis la sensación de lo *ya visto*. Analizad un estudio de erudición, y conoceréis el molde en que está fundido. Hoy es casi más rápido enumerar, de las personas conocidas, á las que no escriben que á las que escriben. Hoy tenemos muchachos y muchachas que rivalizan en ardor por escribir libros cándidos, escépticos ó perversos. No es raro que en una familia estén todos los individuos en-

tregados á las alegrías de la redacción, escribiendo confidencias de niña ó exhortaciones de padre de familia, poemas ó comedias.

¡Escribir! ¿Para qué sirve escribir? En otro tiempo se daba por ese camino nuevo lustre á un nombre ventajosamente conocido ya entre los comerciantes ó los zapateros. Un artesano lograba así reputación de letrado. Pero ¡en nuestros días!, ¡cuando el fondo de ideas y el almacén de decoraciones están abiertos á todos! ¡cuando todo el mundo escribe y nadie lee á sus émulos! ¡Componer estudios expertos y novelas distinguidas que ni siquiera tendrán el privilegio de empolvarse en las estanterías de una biblioteca abandonada! ¿Qué es eso sino una dulce manía menos costosa que el automovilismo, más inofensiva que el juego? Antes que narrar la vida, probad sus emociones y pedid á la acción esa reputación que ya no pueden dar las letras.

Pero ¿la da algo? ¿Puede nadie estar hoy seguro, llámese Edisson ó Marconi, Castelar ó Víctor Hugo, Patti ó Caruso, Bismarck ó Moltke, de llegar á la posteridad con esta fiebre espantosa de lo nuevo que todo lo absorbe sin dejar punto de descanso á la fatigada atención? No nos resistimos al deseo de transcribir aquí un excelente soneto de A. des Essarts, que vertido al castellano lo mejor que hemos podido hacerlo, dice así:

SOBREVIVIRSE

(TRADUCCIÓN DE A. DES ESSARTS)

Mucho espanta la muerte, pero más el olvido.
Del peso de los años al verse libre el hombre,
Teme que con su cuerpo se sepulte su nombre.
Aun reducido á nada, quiere ser conocido.
Y unos, libros y libros amontonan con ruido;
Y otros, con el estudio conquistan gran renombre...
Y se van... y en seguida no hay nadie que les nombre,
Su pedestal triunfante cayendo carcomido.

El tiempo iguala todo, cabañas y santuarios;
Alcázares y templos su vida ven minada,
Y ni aun respeto logran de Egipto los osarios.
Un día es un relámpago, un siglo una oleada;
Y el sabio como el necio, pobres y millonarios,
Van juntos al abismo hechos polvo, humo, nada.

*
* *

Los premios literarios.—*La Revue* de París ha abierto una información entre los literatos y las revistas para averiguar la opinión dominante sobre los premios otorgados por concurso y sobre su influencia en el arte literario.

Hasta sobre el principio mismo de la existencia de los premios están divididas las opiniones. Los escritores que han llegado á la notoriedad son partidarios en general de los premios, aunque algunos rechazan la imposición del asunto ó tema del premio, estimando que debe ser completamente libre. Los que todavía no han alcanzado gran notoriedad son en su mayoría adversarios de los premios, expresando algunos con vehemencia su oposición. Los jóvenes se declaran casi todos en contra.

En cuanto á la influencia que la fundación de premios pueda ejercer en los dominios del arte, casi todos están conformes en que la preocupación de obtener un premio no puede influir en los verdaderos artistas, que jamás escucharán sino la propia inspiración, sin cuidarse de agradar ó no á un jurado ni á un público determinado; procurarán hacer excelente labor, tal como ellos la entienden, y no se preocuparán de más, confiando en que si la actual generación no les comprende, ya les comprenderá otra.

El mayor peligro de los premios literarios está en que no se otorguen con justicia. Precisamente la aptitud de un jurado cualquiera para recompensar obras originales ó para designar la mejor que se haya publicado, sea en prosa ó en verso, ha sido siempre muy discutida, pues en el último caso, sobre todo, sería preciso que el jurado leyese y digiriese 200 ó 300

obras, y las analizara y criticara comparativamente, y eso no hay jurado que lo haga, pues los hombres á quienes se designa para tan ardua tarea, ni tienen tiempo ni gusto para poderse imponer semejante labor. Juzgan de primera impresión, según sus preferencias individuales de escuela ó de partido; y si hay conflicto entre esas preferencias, se viene á un acuerdo por concesiones recíprocas, de todo punto extrañas al valor intrínseco de las obras presentadas al concurso.

Hay que ver, por otra parte, que ni los fundadores ni el jurado se dan muchas veces clara cuenta del fin que persiguen. Quisieran recompensar al autor de la mejor obra del año, y al mismo tiempo facilitar los comienzos de un escritor novel, facilitándole recursos para darse á conocer. Pero estas aspiraciones no siempre se armonizan bien, pues sucede que la mejor obra del año no es la de un escritor novel, ó que el escritor novel es rico, y no necesita auxilios ajenos para poderse lanzar en el mercado literario; si no se le da el premio se comete una injusticia, y si se le da se priva de esos recursos á un necesitado.

Según Le Cardonnel, que es quien hace el resumen de la información abierta, lo que resulta evidente es el error de los fundadores de premios al mezclar la filantropía con el arte. Si existiera una crítica verdad se tendría mucho adelantado, pues esa crítica descubriría dónde estaba el mérito, y allí podría acudir el filántropo con sus socorros; pero la crítica ha muerto por el bajo nivel intelectual de los periódicos de gran circulación, obligados á desarrollarse como puras empresas mercantiles, y su desaparición impide muchas veces acudir con el remedio donde hace falta, despistando al filántropo, al público y á los jurados mismos. Por lo demás, es sensible que un Villiers, un Lacuria y un Verlaine hayan pasado hambre; pero es casi seguro que la institución de los concursos no hubiera cambiado su situación, desgraciadamente.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Estudio sobre la legítima, por Cristóbal L. Mendoza: Caracas, 1907. Folleto de 42 páginas.

El autor ha escrito—bien escrito, por cierto, literariamente—este estudio con el objeto de pedir al legislador venezolano la supresión de la legítima en aquel derecho civil, estableciendo, en cambio, un estado legal de cosas parecido al que desde no hace mucho está implantado en Méjico, y desde largo tiempo hace en Inglaterra y otros países sajones. Para fundamentar esta petición, se sirve principalmente de indicaciones históricas, que le dan motivo para trazar un cuadro de la legislación tocante á la legítima en varios pueblos antiguos y modernos, y para llegar á la conclusión de que tal institución no responde «á una necesidad imperiosa de la naturaleza humana, ni á sentimientos naturales, sino que es una consecuencia de circunstancias sociales de carácter local y temporal, nacidas y desarrolladas al calor de ideas y sentimientos peculiares de una raza y de una determinada historia política, económica y social».

L'anarchia. Gli agitatori, le idee, i fatti. Saggio di una revisione sistematica e di una valutazione etica, per Ettore Zoccoli. Torino, Fratelli Bocca, editori, 1907. Un vol. en 4.°, de XXIV-526 páginas, 14 liras.

El autor ha trabajado mucho, seguramente, para componer este libro. Ha registrado gran abundancia de documentos. Y así el lector que lo desee puede aprovecharlo, no sólo como

fuente de información directa para conocer muchos datos referentes al anarquismo y á sus mantenedores y secuaces, sino como guía indicadora para más profundos ó circunstanciados estudios.

Quizá sea éste—y no es pequeño—el principal valor del trabajo. Pues si el Sr. Zoccoli se propone examinar, como lo promete desde un principio, la doctrina anárquica científica y moralmente, esto es, someterla á una revisión sistemática y á una apreciación ética, y hasta parece asegurar (p. VI), acaso un poco arrogantemente, ser el primero que tal hace, yo no me atrevería á asegurar que haya logrado sus propósitos. El libro me ha hecho la impresión de que ofrece más que cumple. Merece alabanzas, como he indicado; pero de esto á creer que en él se contenga un análisis objetivo de las doctrinas anarquistas, suficientemente satisfactorio para que pueda servir de antídoto eficaz contra «las consecuencias prácticas» de aquéllas, según quiere el autor, hay alguna distancia. La primera condición para ello tendría que ser que el estudio fuese tan imparcial, tan sereno, tan científico como Zoccoli quisiera y asegura hacerlo. Pero desde bien pronto se advierte, y según se avanza en la lectura vienen á confirmarlo multitud de pasajes, que el libro está hecho con espíritu marcadamente hostil contra la que considera el autor como «la más importante desviación ética que haya jamás turbado el mundo». Y tal circunstancia obliga, creo yo, á restar interés y valor á un libro que, á pesar de concurrir ella, es, sin duda, muy recomendable, pero que lo sería bastante más de estar escrito con juicio menos prevenido y apasionado.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

La emigración en general y la emigración en España, por Mariano Marfil 5

Fe, caridad y esperanza, por Eloy Luis André 20

Recuerdos, por José Echegaray 36

De lingüística regional y sus concomitancias, por Adolfo Bonilla y San Martín 48

Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi 76

España fuera de España, por E. Bertaux 107

Maternidad, por Johan Bayer 127

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 163

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 171

Notas bibliográficas, por P. Dorado 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 20. NUM. 231.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MARZO 1908

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

11.649

EL AÑO MUSICAL

Música de cámara: La Sociedad Filarmónica.—El Cuarteto Francés.—Cuartetos españoles.—Conciertos varios.
Música sinfónica: La «Orquesta Sinfónica» y la «Sociedad de Conciertos».
El teatro Real.—El género chico.—Noticias varias.—El año musical en Barcelona.

Si estas miradas de totalidad se hicieran con alguna frecuencia, no sería preciso recordar antecedentes ni indicar siquiera los peldaños ya subidos; pero como, por desgracia, suelen aparecer raramente, y cuando se hacen suelen serlo más bien con el carácter de índice que de estudio, creo necesario dar alguna mayor amplitud á estas notas, al menos en algunos particulares.

Nuestra vida musical es un tanto anómala para el que no esté en antecedentes de las condiciones de su existencia, pero perfectamente explicable para el que penetra en las causas determinantes de su viabilidad; y como cada género marcha independientemente de sus hermanos, fructificando unos con vigor, arrastrando otros una existencia indigente, voy á tratarlos con separación, como estudios aislados de manifestaciones distintas.

*
* *

La aparición de la *Sociedad Filarmónica Madrileña* en el año 1901 es quizá el acontecimiento de más trascendencia en la vida musical española de estos años últimos.

Monasterio había cesado de dar sus habituales sesiones de música de cámara; el Cuarteto Arbós se había disuelto; el Cuarteto Hierro sólo había aparecido durante uno ó dos años en el escenario del teatro de la Comedia; ni los artistas madrileños ni los españoles organizaban conciertos en Madrid; los extranjeros no nos incluían en el itinerario de sus excursiones; la vida musical española parecía completamente muerta en el cultivo de la música de cámara, cuando un grupo de aficionados—los que en un tiempo frecuentaron las íntimas sesiones de Monasterio en el salón Romero—pensó en unirse, con fin puramente egoísta, para cultivar este género de música y organizar conciertos con los artistas propios y con los extraños.

Quizá algún día estudie la Sociedad Filarmónica Madrileña, para que puedan juzgarse y medirse toda la bondad y todo el alcance de su labor, social y artísticamente considerada. Aquí holgaría ese estudio, del que sólo voy á aprovechar los datos más indispensables.

Los cálculos más optimistas contaban al hacer la fundación de la Sociedad con un probable contingente de doscientos á trescientos socios; pero la realidad superó á las ilusiones más halagüeñas, el número de socios fué creciendo, y al año ó poco más hubo que cerrar la entrada á los que deseaban pertenecer á la Filarmónica, limitando el número de socios activos al de mil—número determinado por la capacidad del local donde los conciertos se verifican,—rectificando la orientación de la Sociedad en un sentido de mayor austeridad artística.

El primer año social se dedicó íntegra y exclusivamente á la obra de Beethoven; en el segundo se abrió un concurso para premiar un cuarteto español, concurso al que se presentaron hasta 22 composiciones de un género cuya literatura en España estaba reducida hasta aquel momento á los cuartetos de Arriaga (1806-1826), á un trío de Bretón y á tres números de carácter andaluz escritos por Arbós; y al encontrarse en pleno vigor vital, encaminó su dirección á un solo objetivo: al de fomentar la cultura.

Es muy difícil condensar en un programa escrito la orientación de una Sociedad como ésta, que sólo tiene programas prácticos ó de realidad; pero aun exponiéndose á no abarcarlo en su total extensión, podría decirse que la Sociedad Filarmónica Madrileña vive hoy con arreglo al siguiente credo artístico: cultivo único de la música de cámara en todo aquello que no ofrezca la vida artística de Madrid; atención preferente hacia el cuarteto de instrumentos de arco y hacia al *lied* vocal; repertorio neutro y universal, dando cabida en sus programas, al lado de las obras universalmente consagradas, á cuantas producciones modernas hayan obtenido éxito; rodear las ejecuciones de la mayor autoridad y garantías posibles, no sólo por una cuidadosa selección de artistas ejecutantes, sino buscando para las obras francesas artistas franceses; para las rusas, artistas rusos, y así sucesivamente; supresión completa del virtuosismo; gran cuidado para que el repertorio de sus conciertos no se estanque en aquellas obras que más generalmente prefieren artistas y público; favorecer la mejor asimilación de las obras que durante la temporada de conciertos se ejecutan, anunciando los programas á los socios con algunos meses de anticipación é ilustrando los programas de conciertos con notas históricas y críticas é indicaciones temáticas.

Al año de nacer la Sociedad Filarmónica Madrileña, cuatro jóvenes entusiastas por el arte—D. Julio Francés, D. Odón González, D. Conrado del Campo y D. Luis Villa—fundaron un Cuarteto con la divisa de proteger la producción musical española. Se dirigieron á los compositores de mayor fama, á los jóvenes de mayores alientos, trabajaron con fe y voluntad, y venciendo no pocas dificultades, han proseguido su labor con éxito creciente y aplauso unánime.

De otra parte, el ejemplo de la Sociedad Filarmónica Madrileña fué seguido en algunas capitales de provincia y por alguna otra población de importancia. Bilbao ya tenía su Sociedad Filarmónica al fundarse la de Madrid; Toledo, la Coruña, Oviedo, Salamanca, Zaragoza, Pamplona, León, funda-

ron instituciones análogas; en Valladolid, en Pontevedra, en Vigo, en otras muchas poblaciones, sin constituirse en sociedad reglamentada, llamaron también á artistas de nombradía para organizar sesiones de música de cámara, y he aquí cómo en unos pocos años, y á partir del paso dado por la Sociedad Filarmónica Madrileña, un género casi sin antecedentes en la musicalidad española florece hoy con exuberancia de vida, con esperanzas de una perfección cada vez mayor.

El Cuarteto Francés ha conseguido en muy pocos años traspasar los límites de la discreción y hacerse un buen conjunto. En sus sesiones ha dado lugar preferentemente, después del arte español, al arte moderno, á las obras de Frank y de Chausson entre los belgas; á las de Saint-Saëns y Debussy entre los franceses; á las de Strauss y Brahms entre los alemanes; á las de Sinding, Grieg, Glasunoff, Tschaikowsky, Dvorak, Suk, etc. En sus ejecuciones ha sobresalido siempre la asimilación de la obra ejecutada, la comprensión especial del espíritu y del relieve del compositor.

Pero, aparte de estos méritos, su labor principal ha consistido en el auxilio prestado á los compositores españoles, en su empeño por favorecer la creación y el cultivo de un género sin antecedente histórico en España. Los cuartetos de Arriaga son una imitación afortunada del estilo y del sentimiento de Mozart; los tríos de Arbós, aunque clásicos por su forma, pertenecen á la categoría de números sueltos, más á propósito para encajados en una *suite* ó en el género de salón. Y esto era todo lo que en España se había producido, si mi memoria no peca de olvidadiza.

Al terminar el año 1907 la literatura del cuarteto aparece con diez y seis obras más, é ilustrada con los nombres de Chapí, Bretón, Conrado del Campo, Zurrón, Manén, Villa, Pérez Casas, Manrique de Lara, Manzanares y Villar.

No es posible pedir á un país como España, sin tradición en este género de música, sin escuela propiamente dicha, privado de ambiente sólidamente artístico, alejado por su posi-

ción geográfica de los grandes centros de cultura musical, donde las únicas manifestaciones de arte estaban reducidas á la ópera italiana en el teatro Real y á los conciertos sinfónicos de la Sociedad de Conciertos, y donde, además, los encargados de dirigir la educación musical habían sido, hasta hace pocos años, unánimemente refractarios á la reforma wagneriana y al último arte de Beethoven, mirando con cierto recelo los atrevimientos de Schumann, é ignorando casi por completo el arte de Brahms; no es posible pedir á un país como España, en estas condiciones, que de pronto surja una escuela con solidez y seguridad de orientación.

Las primeras obras en este género fueron hechas para el concurso abierto por la Sociedad Filarmónica, y de ellas han sido ejecutadas la que obtuvo el premio y cinco más, todas para piano, violín, viola y violonchelo.

El cuarteto en *do* menor de D. Jacinto Manzanares (ejecutado por el Cuarteto Francés el 22 de Febrero de 1906) es quizá el más sencillo de todos, fuertemente influído por un romanticismo á lo Mendelssohn; el de D. Ricardo Villa (Cuarteto Francés, 16 de Marzo de 1903) acusa la predilección que por el género dramático de ópera siente su autor.

De mayores vuelos son los otros tres. El en *fa* sostenido menor del hoy célebre violinista Juan Manén (Cuarteto Hierro, 25 de Marzo de 1903), aparte de ciertas influencias mendelssohnianas y veristas, es de tendencias modernas, mirando un poco á la escuela francesa, delicado, tierno, distinguido, fino, aristocrático; el de D. Bartolomé Pérez Casas (Cuarteto Francés, 11 de Febrero de 1904), de grandes proporciones, en una cierta libertad de factura con el *scherzo* como tiempo final, tiene una gran solidez contrapuntística, algo á lo César Franck; trata á los instrumentos por masas, oponiendo la cuerda al piano; su primer tiempo, de gran elevación, es el culminante del cuarteto, y en el *scherzo* final utiliza el gracioso ritmo de las seguidillas murcianas; finalmente, el cuarteto en *re* mayor de D. Vicente Zurrón, el premiado en el concurso

(Cuarteto Hierro, 28 de Febrero de 1903), se desarrolla en el ambiente clásico tradicional, con su primer tiempo elegante y noble, donde el primer tema, en cierto carácter de barcarola, tiene un particular encanto; con su andante, entre elegíaco y heroico; su fantástico intermedio, en cuyo trío el ritmo es original y fácil, y con el final, concesión hecha al virtuosismo de los artistas.

Todas estas obras, aunque ejecutadas en las fechas señaladas, nacieron á un tiempo mismo, y constituyen el primer paso serio y colectivo dado en España en el cultivo de la literatura del cuarteto.

Chapí escribió á poco su primer cuarteto para instrumentos de arco, en un carácter francamente español, basado en temas y ritmos populares, siendo saludado con viva discusión en la prensa y contradictorias opiniones de la crítica, aunque llevando la mejor parte en esta polémica los defensores de la tendencia nacional, los que elogiaban principalmente la afortunada intervención de nuestros cantos y ritmos característicos.

El primero fué seguido de otros tres del mismo autor en años sucesivos. En todos ellos domina ese arte especial de Chapí, arte de finura, de gracia, de humorismo, que más bien busca la sonrisa que la emoción, que hace sentir la espontaneidad creadora sin esfuerzo ni dificultades, fácil, ligera, respirando frescura y sencillez. El primer cuarteto en *sol* (Cuarteto Francés, 23 de Marzo de 1903) consta de los cuatro tiempos tradicionales; construído el *allegro moderato* sobre el ritmo de habanera, en graciosa desenvoltura; el *andante mosso* entre oriental y andaluz, en forma de *lied;* el *allegro molto vivace,* vivo y chispeante, lleno de bulliciosa alegría; y el final, libre de forma, mosaico curioso de ritmos españoles, entre los que sobresale por su novedad el zortzico cantado por los violines en armónicos y acompañado por el violonchelo, *col legno.* El segundo en *fa* (Cuarteto Checo, 9 de Mayo de 1904) fué escrito para figurar como obra española en una historia del cuarteto que incluyó en sus sesiones la Sociedad Filarmónica Madrileña.

Es quizá el más sólido y depurado de los cuartetos de Chapí. En el primer tiempo alternan los dos temas principales: uno oriental, otro en ritmo de bolero, en un trabajo interesante; un tema gracioso y otro apasionado constituyen la base del *allegretto*, donde es particularmente curiosa la transformación del primer tema en el carácter del segundo; el *scherzo* adopta un *si* natural como *osstinato*, que repite el violín segundo al principio de cada compás, mientras los demás instrumentos recorren el ciclo de los veinticuatro modos mayores y menores; el final es fogoso y está construído sobre motivos andaluces.

En el tercero en *re* mayor (Cuarteto Francés, 9 de Marzo de 1905) no aparecen tan acentuadas ni las tintas ligeras ni la nota nacional; una cierta melancolía pesa sobre todo él, estando ordenados los tiempos en un sentido de interés progresivo; el primero, como tiempo de preparación; el *intermezzo*, con su ligera facilidad; el *larghetto* con sordina, como soñadora meditación al principio, como el *lied* de la resignación después, y el final, quizá el más importante del cuarteto, en carácter rapsódico de interesantes ritmos.

Del último cuarteto en *si* menor (Cuarteto Francés, 22 de Febrero de 1907), el tiempo culminante es el *allegretto animato*, hecho con un desenfado delicioso, y en el cual un mismo pensamiento evoluciona en color de granadinas, de guajiras, de jota, brevemente, sin dar tiempo á que la imaginación se estanque en ninguno de ellos ni aperciba el momento preciso del cambio. No tiene esta obra andante propiamente dicho: toda ella es de fluidez chapiniana, indicándose sólo la nota seria y elevada en el final, de largas proporciones.

D. Tomás Bretón, comisario regio del Conservatorio, ha dado dos obras al Cuarteto Francés: la primera—cuarteto en *re* mayor (18 Febrero 1904),—de tendencia clásica, con influencias en su factura de Brahms, en el segundo tiempo de Grieg y Tschaikowsky, acentuándose el carácter español en el *scherzo*, en tiempo de jota, y constituyendo el final una fuga de es-

cuela, obra en la que los dos tiempos centrales, el doloroso andante y el movido y característico *scherzo*, aparecen como los más intensos y bellos; la segunda—quinteto para piano é instrumentos de arco (Cuarteto Francés, 2 de Marzo de 1905),—más francamente española, sobre todo en sus tres tiempos finales: el andante, impresión de tranquilidad y de ensueño; el *scherzo*, fresco y gracioso, el final algo efectista; menos acentuada la nota española en el primer alegro, de elaboración concienzuda y gran riqueza armónica.

Esta obra última la instrumentó su autor como sinfonía, sin que la nueva versión alcanzara el éxito que obtuvo la forma original.

Los compositores jóvenes se han lanzado también con entusiasmo á cultivar el cuarteto para instrumentos de arco; Manrique de Lara, con uno (Cuarteto Francés, 23 de Febrero de 1905) mirando á los clásicos, á Haydn y al Beethoven de la primera época, principalmente; Rogelio Villar, con una *Suite romántica* en cuatro tiempos (15 de Febrero de 1907, Cuarteto Francés), inspirada ó hecha sobre la base de esos cantos leoneses, cuyo espíritu ha sabido asimilarse tan poéticamente, obra de finura y de sinceridad; Conrado del Campo, con tres cuartetos, dos en la forma tradicional y el último como comentario poético para acompañar la lectura del *Cristo de la Vega*, de Zorrilla. En las obras de este joven compositor (viola del Cuarteto Francés) domina siempre un espíritu elegíaco y soñador, un sentimiento de tristeza romántica, generalmente en el procedimiento de César Franck, con tendencias descriptivas y coloristas, que lo acercan más á la música de programa que al arabesco hanslickiano. El primer cuarteto en *re* menor (3 de Marzo de 1904) lleva el título de «oriental», y dentro de él los tres tiempos finales van señalados con los nombres de «Crepúsculo», «Canción oriental» y «Fantasía», inspirado este último en el célebre cuadro de Fortuny del mismo título. El segundo (1.° de Marzo de 1906), en *la*, menos complicado que el anterior, aunque, como aquél, de largas dimensiones, encabeza

el segundo tiempo con el nombre de «Elegía», y funde el *scherzo* y el *final* en un solo número, recordando en la conclusión las ideas fundamentales de la obra. El tercero, comentario musical al poema de Zorrilla *El Cristo de la Vega*, escrito para alternar la música con la lectura de los versos, está dividido en seis «impresiones»; es una inspiración de grandes vuelos donde hay que contar como excelentes, por su emoción y su poesía, los números primero, tercero y sexto, y un lento con sordina que precede á la impresión cuarta.

Si me he detenido algo en la reseña de estas obras, ha sido con tres fines: con el de poner de relieve la afición que hacia el género de cámara se ha despertado entre nosotros, género el más alto, el más austero, el más seriamente artístico; con el de hacer notar que, salvo en alguno de los que constituyeron el primer paso, en ninguno de los demás deja de verse la tendencia elevada, la sólida educación musical, la cultura del arte moderno aun á través de las múltiples direcciones de ideal que individualmente siguen los autores respectivos; y con el de llamar la atención sobre la nota de españolismo tan sensible y característica en los cuartetos de Chapí y de Villar, menos acentuada en los de Bretón, Conrado del Campo, Pérez Casas y Zurrón, casi nula ó no existente en las de los restantes.

Entre las obras producidas no puede señalarse ninguna como algo definitivo, digno de universal renombre, como la obra maestra que la escuela española puede ofrecer al mundo del arte; pero ninguna de las indicadas, principalmente las escritas para el cuarteto de arco, será mirada con desdén por los compositores y los críticos serios. Además, ¿cuál es el país que en lo que va de siglo ha producido obra importante en este género, si se exceptúan las tan discutidas de Max Reger y de las coloristas de los rusos?

Aparte de la producción española, merecen citarse, dentro de la música de cámara, algunas novedades interesantes. El Cuarteto Francés ha incluído por primera vez en sus programas en el año último el cuarteto con piano de Ricardo Strauss,

la sonata para piano y clarinete de Weber, y algunas otras obras más.

El programa del año sexto de la Sociedad Filarmónica se compuso de los conciertos siguientes: cuatro del Cuarteto Kameuski, de San Petersburgo, dando á conocer el cuarteto en *la* de Glière, el en *si* bemol menor de Taneieff, el en *fa* de Rubinstein, y algunos otros de autores rusos; dos del Cuarteto Sevcik, de Praga, juvenil y ardoroso, con su vigorosa y poética ejecución del cuarteto «Escenas de mi vida», de Smetana; el en *fa* de Dvorak, y el en *si* bemol de Brahms; dos de la célebre cantante finlandesa Ida Ekman, que ofrecieron el interés de oir en ellos los *lieder* de Sibelius, Järnefelt, Merikauto y otros compositores del norte de Europa; tres del Doble quinteto de París con el pianista G. de Lausnay para la ejecución de obras de cámara, en las que intervienen instrumentos de viento y de cuerda, y, finalmente, el acontecimiento artístico del año: la ejecución en ocho conciertos de las treinta y dos sonatas de Beethoven por el célebre pianista francés Eduardo Risler.

Un crítico que señalara lo exterior celebraría en Risler el mecanismo perfecto, el absoluto dominio y el refinamiento mayor en cuantos recursos y medios técnicos ofrece el piano, la falta de toda afectación y efectismo, el no exhibir en cada obra más que la técnica absolutamente indispensable, la riquísima escala de matices en la intensidad sonora, desde el pianísimo expresivo al fortísimo extraordinario; su manejo de pedales, su claridad, su maestría en presentar los términos sonoros. Pero el gran mérito de Risler no ha estado en esa perfección formalista y externa, aun con haber llegado en ella á límites difíciles de rebasar. Su gran mérito y su gran éxito también ha consistido en lo maravilloso de la interpretación, en la grandeza y amplitud de su espíritu para asimilarse toda la riquísima variedad de los estados de alma beethovenianos, desde los sencillos, graciosos y humorísticos de la primera época, hasta las profundas y casi insondables meditaciones de su

época última, atravesando por el intenso *pathos*, por las amarguras y el pesimismo de su obra central; en la viva y pura emoción que comunicaba á los oyentes, sin efectismos ni groseros recursos, ahondando siempre en la intención de Beethoven; en la fuerza con que desde el primer momento sugestionó á su público y le hizo seguir anhelante y esclavizado, paso á paso, todo el ciclo inmortal de las sonatas para piano de Beethoven.

Una ligera mención de otros conciertos completará esta parte. Los tres de Kubelick llevaron consigo el consabido éxito de virtuosismo; Pugno, el célebre pianista francés, dió dos, tan interesantes como todos los suyos; la condesa Elena de Morsztyn, joven pianista austriaca, discípula de Sauer, admiró con la grandeza, seriedad y vigor de su temperamento, no sin ciertas analogías con el de Teresa Carreño, la pianista de más sólida y universal reputación; Malats, el ya célebre pianista español, sólo dió un *recital*, en el que, aparte de las obras del repertorio general, ejecutó por primera vez en Madrid *Triana*, de la *suite* ó colección de piezas de Albéniz que lleva el título de *Iberia*.

Tiempo hacía que no veíamos en los programas el nombre de Albéniz, y que estábamos reducidos á comentar sus triunfos en el extranjero: el de *Pepita Jiménez*, en Bruselas; el de sus obras de piano, por las noticias de la prensa musical. Esta *Triana* revela un compositor casi completamente distinto del de la popular *Granada*. Albéniz sigue haciendo en ella género español; pero en vez de apuntar al *Morceau de salon* á la antigua, emplea ahora vaguedades armónicas, novedades rítmicas, una técnica del piano completamente moderna, en una orientación á lo Debussy, sin que todo este vestido de encajes y finuras robe carácter al españolismo de sus motivos y al carácter genuinamente andaluz, andaluz de verdad, de su ambiente.

*
* *

Fuera de Madrid, y aparte de Barcelona, cuya vida musical es por completo independiente de toda influencia madrileña, los principales conciertos han sido organizados por las Sociedades filarmónicas antes citadas, ya con artistas que aquí residen, ya con artistas extranjeros.

Las Sociedades filarmónicas de Bilbao, Zaragoza y la Coruña son las que han trabajado en un arte más puro. La última de ellas dió dos conciertos con el célebre cantante de *lieder* M. Louis de la Cruz Frölich y con dos artistas españoles: don Antonio F. Bordas, profesor de violín en nuestro Conservatorio, virtuoso digno de figurar al lado de los mejores violinistas, y D. Carlos Sobrino, pianista de mérito, residente en Londres, correspondiendo el éxito á las esperanzas más halagüeñas.

Los Sres. Bordas y Sobrino, el notable pianista D. Joaquín Larregla, D. Ignacio Tabuyo, barítono de voz hermosa y arte elevado, el Cuarteto Francés, son los que han figurado con más frecuencia en los programas de los conciertos dados fuera de Madrid.

De otros menos interesantes no hay para qué hacer mención. Basta con esto para que pueda formarse juicio sobre el movimiento y fortuna con que en España se cultiva hoy la música de cámara.

* * *

Las dos orquestas con que cuenta Madrid han trabajado durante el año último en medio diferente: la Orquesta Sinfónica, con sus conciertos en el teatro Real; la Sociedad de Conciertos, con los suyos populares, al aire libre, durante la estación de verano.

La primera viene dirigida desde hace algunos años por el conocido y reputado violinista D. Enrique Fernández Arbós. Es una orquesta excelente, ponderada, en la que figuran verdaderos virtuosos en los atriles de las flautas, clarinetes y oboes. La cuerda es dulce, obediente, quizá un poco falta de

vigor; el metal, aun sin discutir la innegable habilidad de sus instrumentistas, se resiente de poca depuración y, excepcionalmente, de una cierta inseguridad.

Las ejecuciones últimas han brillado más por la delicadeza y finura, por lo pintoresco, por la perfección de empaste, por la técnica orquestal, que por el vigor, el espíritu y la emoción. El Sr. Arbós, su director presente, muestra más preferencias artísticas hacia Tschaikowsky, los rusos, Berlioz, Dukas y Debussy, que hacia los alemanes modernos Strauss, Bruckner, Hugo Wolf, Max Reger, etc. Brahms comienza á aparecer ahora, pero, en mi opinión personal, sin ir rodeado ni envuelto en su severo y especial ambiente. De todos modos, el repertorio de la Orquesta Sinfónica, y esto es lo que me proponía hacer constar, es completamente moderno, principalmente construído sobre las obras de Bach, Beethoven y Wagner, viendo aparecer con frecuencia los nombres de Haydn, Mozart, Weber, Mendelssohn, Schubert y Schumann, y los de los modernos compositores franceses, ingleses y rusos.

Por primera vez han figurado este año en sus programas las obras siguientes: Dvorak, *Sinfonía en mi menor* (Desde el Nuevo Mundo), ya ejecutada años atrás por la Sociedad de Conciertos cuando fué dirigida por Paur; Liadoff, *Cantos populares rusos*, miniaturas deliciosas donde se apuntan bellas notas de color, y entre las que me parecieron más recomendables el *Lamento*, la *Berceuse*, la *Canción de Navidad*, la *Canción cómica* y la *Leyenda de los pájaros*; *El aprendiz de brujo*, de Dukas, con su serio humorismo y rica fantasía, curiosa mezcla de factura beethoveniana y de instrumentación colorista; la *Rapsodia irlandesa*, de Stanford, académica por su estilo; dos obras de Bach: la *suite* en *si* menor, para flauta é instrumentos de arco, y el segundo *Concierto de Brandeburgo*, para violín, flauta, oboe, trompeta é instrumentos de arco, obras ambas en las que hay que sumar á sus méritos propios los de una ejecución refinada, principalmente por parte de los solistas; dos obras de Brahms: la *Obertura académica* y la primera Sinfonía (ya oída

á la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Nikisch), y cuatro obras de compositores españoles: de los Sres. Arregui, Viña, Manrique de Lara y Villar.

El Sr. Arregui segregó de su oratorio *San Francisco*, no ejecutado aún, dos fragmentos, que tituló *Oración* y *Escena de los ángeles*. En ellos aparece aún el compositor indeciso en la orientación que ha de seguir, el artista que de una parte se siente atraído por los procedimientos de los clásicos, por el ambiente de los románticos, por el genio de Wagner, por las exquisitices de Debussy, fundiendo todo eso en un poema de sinceridad y de finura, limpio de todo efecto barroco y de concesiones al público.

Obra de adaptación es también la del Sr. Manrique de Lara: una escena de su ópera en preparación *Rodrigo Díaz de Vivar*, un dúo de amor entre Jimena y el Cid. Ardiente partidario del drama lírico en la forma wagneriana, el Sr. Manrique se inspira directamente en las creaciones de Wagner para trazar una hermosa página donde todo mira al modelo del autor de los *Nibelungos*. El Sr. Villar llevó á la masa de cuerda uno de los número de su citada *Suite romántica*. De D. Facundo de la Viña, por último, discípulo de Paul Dukas, se ejecutó un *Canto de trilla,* cuadrito sinfónico, de bien entonado color castellano, pintoresco y sincero. Las cuatro obras fueron aplaudidas, y aun repetida la ejecución de algunas de ellas.

La Sociedad de Conciertos no confecciona hoy sus programas dentro de una tendencia de arte tan elevada, por ir dedicados á un público más superficial, que gusta de saborear, al lado de las obras consagradas, las *suites* de Massenet y los caprichos de Saint-Saëns. En su repertorio han figurado también buen número de composiciones españolas: las ya citadas de Viña y Arregui; el preludio de *Guzmán el Bueno* y la *Suite andaluza* de Bretón, obra, esta última, de lo más acertado que han producido los compositores españoles; los bailables de la ópera *Raimundo Lulio* y la hermosa *suite* «Cantos asturianos»,

del joven maestro Ricardo Villa; el *Estudio de concierto*, de Monasterio; la *Marcha triunfal*, de Arnedo, y alguna otra más.

Como puede verse por los anteriores datos, la producción sinfónica de la escuela española es bien escasa.

Hay para ello una razón. Ni la Orquesta Sinfónica ni la Sociedad de Conciertos viven con vida floreciente y próspera: su público principal, el público que ocupa las localidades modestas, tiene poco espacio para sí en el teatro Real, donde la Orquesta Sinfónica ha dado hasta hoy sus sesiones; el público aristocrático no muestra afición más que hacia la ópera italiana, y sólo á ella acude para favorecerla. La Sociedad de Conciertos, por la naturaleza misma de su público, apunta más bien al entretenimiento que al arte elevado, y aun con el buen deseo de todos, de las orquestas y de los compositores, tienen que escatimar ellas los gastos de cuanto no conduzca á un éxito casi cierto, y encerrarse ellos en el cuadrito de género de fácil salida. Sólo tres producciones podría citar como particularmente interesantes, dentro de lo importante y de un característico color español: los *Gnomos de la Alhambra*, de Chapí, *suite* ó poema musical de seductora belleza; las *Escenas andaluzas*, de Bretón, y los *Cantos asturianos*, de Ricardo Villa, todas en cuatro tiempos.

En el último concurso abierto por la Academia de San Fernando fueron premiadas dos obras, no oídas aún: una *suite* de D. Bartolomé Pérez Casas, hecha sobre aires murcianos, y otra de D. Vicente Arregui.

***

El género dramático serio casi no existe entre nosotros, á pesar del entusiasmo con que los compositores lo persiguen.

Una tentativa de ópera en español, con amplitud de programa, sin miras estrechas, sin otras trabas que las de ser españoles los autores y estar escrito el libro en castellano, fracasó por falta de resistencia, por organización deficiente, dejando estrenadas la *Circe*, de Chapí; el *Farinelli*, de Bretón, y

el *Raimundo Lulio*, de Villa. Algunas de las óperas con que se contaba para esa campaña, como *Emporium*, de Morera, ha sido estrenada después en Barcelona; otras, como *La maja de rumbo*, de E. Serrano, ha sido publicada; las restantes permanecen inéditas, envejeciendo en la obscuridad.

Vanos han sido cuantos esfuerzos hicieron los compositores y la Academia de Bellas Artes de San Fernando para conseguir un poco de protección á la ópera cantada en castellano y á la producción nacional de esta rama del arte; los poderes del Estado continúan prescindiendo de la música como arte bella, excluyéndola—aparte del mantenimiento del Conservatorio—de todo cuidado y de toda atención; el público que al teatro Real asiste no quiere tampoco más que cantantes de renombre, de los que explotan la vieja tradición italiana del *bel canto* con sus romanzas, calderones, notas filadas y demás capítulos de la mecánica vocal; y en punto á repertorio, todo le es indiferente, con tal de que la ópera tenga arias y éstas las cante una celebridad ya consagrada. La obra de Wagner—con las únicas excepciones de *Tanahäuser* y *Lohengrin*—es antipática, por no decir repulsiva, á la inmensa mayoría de los concurrentes al teatro Real, que, aparte del alarde de figurar como abonados á un turno de moda, sólo miden la bondad de la ejecución por la cantidad de números repetidos y la fuerza de los aplausos que los espectadores del paraíso otorgan á los cantantes. El paraíso, por su parte, no otorga sus plácemes más que á los alardes de voz, á los refinamientos de técnica vocal, á los alientos poderosos, á las notas agudas, al timbre sugestivo y redondo, ni hace blanco de sus censuras sino á la poca afinación, principalmente en el registro alto, á la nota que se raja ó que desfallece, á cuanto constituye la epidermis del arte del canto, no ahondando jamás en la pureza de interpretación, en la asimilación del poema, en la colaboración del intérprete con el artista creador.

Para el público del teatro Real de Madrid, lo esencial es la perfección del cantante, después la belleza exterior de la obra,

en último término la interpretación de ella con arreglo al pensamiento poético del músico. Y así resulta que todo cuanto en este ramo podemos exhibir es una lista de cantantes célebres italianos (las escuelas francesa y alemana no son del gusto del público); un repertorio de óperas con arias y racontos, desde las desacreditadas vejeces italianas—*María di Rohan*, *Lucía*, etcétera,—hasta la *Madama Butterfly*, de Puccini, un escaso número de obras artísticas de Verdi, Massenet (*Manon* y *Werter*), Saint-Saëns (*Sansón y Dalila*) y Wagner (*Tannhäuser* y *Lohengrin*) y una escena presentada, por lo general, con el descuido y abandono más censurables.

Realmente, en estas condiciones, el teatro Real ni funciona con arreglo á un criterio artístico, ni puede ser considerado más que como un *music-hall* de cierto refinamiento, como un espectáculo donde lo esencial es engarzar números sensacionales en el curso de la representación. Precisamente los días en que escribo este artículo están presenciando uno de los éxisos más extraordinarios que registra la historia de nuestro teatro: la ejecución de una ópera donde las tres figuras principales son tres artes, tres temperamentos completamente distintos: una tiple ligera, de voz rarísima por la pureza y extensión de sus agudos; un tenor que emplea los refinamientos y las delicias del más puro *bel canto*, y un barítono de hermosa voz, de extraordinario aliento, gran artista escénico. Con elementos tan heterogéneos, sin conjunto determinado por una orientación artística total, sin más que el éxito personal y el arte contradictorio de los cantantes, no hay quien regatee á estas representaciones la gloria de magníficas y de artísticas.

Dos novedades ofreció el año último el teatro Real, aparte de la buena ejecución de alguna que otra obra. Fué la primera el estreno del oratorio *Moisés*, de Perosi, acogido por la Prensa con un injusto desdén. Aunque no lo tengo por obra maestra, paréceme, por la orientación de su arte, por el refinamiento de su tranquila sensibilidad, por la sinceridad y elevación con que está sentido y escrito, muy distante y muy su-

perior á cuanto han producido los Mascagni, Puccini y Leoncavallo. El público y la crítica no lo sintieron así, y trataron á Perosi desdeñosamente: hasta hubo quien escribió que era la obra de un alumno aún no maduro para salir del Conservatorio.

La otra novedad fué la terminación del arriendo del teatro Real. Antes de que expirara, la Academia de Bellas Artes de San Fernando, á propuesta de su Sección de Música, elevó una moción al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes exponiéndole la forma en que funcionaban los principales teatros líricos del mundo, la necesidad de redactar el nuevo pliego de condiciones en el sentido de otorgar alguna protección al arte español, resumiendo sus aspiraciones en estas cuatro bases:

«Primera. Considerar el teatro Real como teatro destinado principalmente al cultivo del arte lírico universal en un sentido ecléctico, y al fomento y desarrollo del arte musical español.

»Segunda. Establecer, por virtud de un procedimiento progresivo, que el español sea el idioma en que se cante en el teatro Real.

»Tercera. Obligar al arrendatario á que cada año se estrene una ópera extranjera y otra de autor español, siendo elegida esta última un año por el arrendatario y otro por la Academia de San Fernando.

»Cuarta. Ejercer la inspección necesaria para que la presentación de las óperas en el teatro Real responda al actual estado del arte escénico en los principales teatros del mundo.»

Los compositores españoles elevaron otra moción al ministro pidiendo menos aún: solicitando que al terminar cada año la temporada de ópera italiana se les diera el teatro Real para hacer ellos una temporada de ópera española, cediendo en beneficio del teatro las decoraciones que se construyeran.

Ambas peticiones fueron desatendidas, y aun cuando se encargó la redacción del pliego de arriendo á la Sección de

Música de la Academia, y ésta evacuó el encargo con el mínimo de aspiraciones, al aparecer en la *Gaceta* fué con modificaciones tantas y supresiones tan múltiples, que la Sección de Música rechazó la paternidad de aquel engendro.

Fué otorgado el teatro á los Sres. Calleja y Boceta, quienes anunciaron un programa artístico y una cierta renovación del repertorio. Aunque estamos muy al principio de su campaña, sólo se han traducido esas promesas hasta ahora en el estreno de *Madáma Butterfly*, de Puccini, preciosamente presentada en escena. En lo demás, continúan la tradición de la última empresa del Sr. Arana.

Los compositores españoles, ó no trabajan en hacer óperas, que saben no han de ver representadas, ó, si las hacen, estimulados por el placer de escribirlas ó por obtener el premio de un concurso, se resignan de antemano á guardarlas pacientemente. A un concurso de óperas en un acto, que abrió hace dos años la Academia de Bellas Artes de San Fernando, concurrieron bastantes compositores. De entre las obras presentadas se otorgó el premio á *Amor de perdición*, letra de D. Carlos F. Shaw, música de D. José M. Falla, señalando además el mérito particular de otras dos, música de D. Facundo de la Viña y otra del Sr. Espinosa.

D. Ruperto Chapí tiene escrita desde hace tres años *Margarita la Tornera*, en tres actos, letra de D. Carlos Fernández Shaw.

En el último año ha comenzado el teatro de la Zarzuela á representar algunas óperas populares traducidas al castellano. *Cavallería rusticana*, *La Bohemia* y algunas otras han ido apareciendo en aquel escenario, con aplauso del público. Es un camino más que emprenden nuestros compositores para ver si llegan á aclimatar la ópera en castellano, como paso primero para llegar á la ópera nacional; paso que ojalá tenga más éxito que los anteriormente dados.

En cambio, si el género serio de ópera apenas cuenta en España con producción alguna, el género ligero, mixto de ópe-

ra cómica y opereta, puede ofrecer no pocos ejemplares de mérito poco común.

Exigencias escénicas, aficiones particulares del público de Madrid, consecuencias curiosas de la vida que aquí se hace, han promovido el desarrollo de los espectáculos breves, divididos en secciones de una hora. La zarzuela grande, nuestra verdadera ópera cómica, que casi siempre vivió en el ambiente romántico del segundo tercio del pasado siglo, murió al mismo tiempo que moría el teatro romántico que la engendró; y al achicarse, al buscar una orientación nueva, después de fluctuar indecisa entre la revista ó el género bufo, se fijó en el cuadro de costumbres, en el sainete español, que descendía de D. Ramón de la Cruz, ó en la comedia breve, genuinamente española también, yendo á pedir el carácter de su música, más que á la escuela italiana, siempre de moda en Madrid, al arte popular español, tal como le entendieron los Esteve, La Serna, Rosales y demás tonadilleros del siglo XVIII.

Este género tan nuestro, conocido con el nombre de «género chico», es lo único verdaderamente interesante que podemos exhibir. Las producciones de Bretón, Chapí, Chueca, Caballero, Serrano, Vives, de solidez distinta, de mérito variable, son igualmente curiosas por su carácter español, por el arte, la habilidad y el acierto con que están tratadas las manifestaciones musicales de nuestro pueblo.

Citar títulos sería hacer una lista larga y además enojosa, por las forzosas omisiones que la flaca memoria dejaría en ella; pero como tipo artístico acabado no estará de más citar algunas: *La verbena de la Paloma*, de Bretón; *La Revoltosa*, *La Chavala*, *Pepe Gallardo*, *El puñao de rosas*, de Chapí, y aun agregar á ellas *La patria chica*, de D. Joaquín y D. Serafín Álvarez Quintero, música de Chapí, estrenada en los últimos meses del año que acaba de pasar. Los éxitos mayores registrados este año son, además de la citada *Patria chica*, *Ruido de campanas*, de Viérgol, música de Lleó, éxito debido principalmente al libro; *La Rabalera*, libro de Miguel Echega-

ray, música de D. Amadeo Vives; y *Ninon*, música de Chapí.

En las provincias, excepto en Barcelona, y aparte del cultivo del «género chico», debe hacerse constar el número de capitales que han explotado la ópera italiana con compañías compuestas en gran parte de artistas españoles, entre ellas Bilbao, Valencia, la Coruña, Sevilla, Granada, Almería y algunas más.

*
* *

Pocas más noticias pueden agregarse á las anteriores respecto del año 1907.

El Comisario Regio del Conservatorio, D. Tomás Bretón, introdujo la novedad de hácer representar en uno de los ejercicios escolares de aquella casa dos interesantes tonadillas de fines del siglo XVIII: los *Consejos de una vieja*, de Esteve, y *Del albañil*, de Rosales, que, cantadas por los mismos alumnos del Conservatorio, y precedidas de una conferencia dada por el autor de este resumen, fueron oídas nuevamente en el Ateneo de Madrid con general aplauso. Y ya que se cita al Conservatorio, no estará de más señalar la brillantez de los ejercicios practicados por algunos de los alumnos que aspiraron á los premios de fin de año, singularmente en las enseñanzas de arpa y piano, y dentro de esta última, consignar el nombre de la Srta. Isaura Mourille, vencedora, por unanimidad, en el concurso extraordinario al piano ofrecido por la casa constructora Estela.

De publicaciones musicales, no deben omitirse la del cuarto cuarteto de Chapí en partitura y partes sueltas (los otros tres han sido publicados con anterioridad), algunos *lieder* españoles de Rogelio Villar, entre ellos la bellísima *Elegía de otoño* y los titulados *Campanas en la noche* y *Ojos que habéis hecho llorar á mis ojos*, algunas piezas para piano, del género de salón, que tan finamente cultiva D. Joaquín Larregla; y algunas pocas más.

Nuestra literatura musical se ha enriquecido con un intere-

sante libro de divulgación, escrito por D. José Subirá, titulado *Los grandes músicos: Bach*, *Beethoven*, *Wagner*, ameno é instructivo, como deben ser esta clase de obras; con un precioso librito, con el *Vade-mecum músico*, del docto escritor valenciano D. Eduardo L. Chavarri, publicado por la Biblioteca Literario-musical que en Valencia se edita; con una edición privada (hecha exclusivamente para los socios de la Sociedad Filarmónica Madrileña) de comentarios y notas á las Sonatas de piano de Beethoven; y con un folleto publicado en Turín por la casa Fratelli Bocca, con el título de *Un quaderno di autografi di Beethoven del 1825*, estudio analítico de los apuntes que figuran en el cuaderno que sirvió á Beethoven para componer los cuartetos en *la* menor (ob. 132), en *si* bemol (ob. 130) y la fuga (ob. 133).

Estas dos obras últimas están hechas por el que suscribe estas notas, afortunado poseedor, en la actualidad, del cuaderno de Beethoven á que se refiere el último libro citado.

De revistas periódicas sólo se han publicado dos, ambas destinadas á la música religiosa: *La Voz de la Música*, dirigida por D. Federico Olmeda, y el *Boletín del Congreso de Música Sagrada*, celebrado en Valladolid los días 26, 27 y 28 de Abril último.

Entre los trabajos hechos en el extranjero sobre la música española, merecen citarse las dos conferencias dadas en Londres por el Rev. H. C. de Lafontaine, muy interesantes y documentadas; y las obras españolas ejecutadas por el Sr. Arbós en Londres, en los conciertos que allí dirige, obras que, gracias á su entusiasmo y propaganda, van interesando y dando nombre á los compositores de nuestro país.

Los cantos populares españoles, tan ricos y heterogéneos, van poco á poco viendo la luz en colecciones y publicaciones. D. Rogelio Villar ha publicado en el año último su cuarto cuaderno de *Canciones leonesas*, colección interesantísima por la poesía de los documentos y el delicado trabajo armónico en que los ha engarzado su autor; D. Dámaso Ledesma pre-

para la de su colección de Cantos salmantinos, premiada por la Academia de Bellas Artes de San Fernando; D. Federico Olmeda ha hecho un volumen con algunos de la provincia de Burgos, y la Sociedad Arqueológica de Pontevedra ha recogido gran cantidad de canciones gallegas, que, aunque no publicadas aún, no se perderán, gracias al cuidado de esta corporación, y muy especialmente al de su docto y erudito Presidente, D. Casto Sampedro.

*
* *

La vida musical de Barcelona se desarrolla con independencia completa de la vida musical de Madrid. Intensa y activa, va por derroteros distintos, con actividad grande, pero sin que en ella se reflejen nuestros trabajos, y sin que aquí lleguen resplandores de los suyos (1).

La música de cámara no tiene allí cultivo tan constante ni preferencia tan marcada como entre nosotros, perteneciendo la mayor parte de sus conciertos al género de solistas.

Los artistas catalanes Sres. Casals, el célebre violonchelista; Manen, el virtuoso del violín; Malats y Granados, se han hecho aplaudir en varios conciertos, así como la Sra. Gay en dos sesiones de *lieder*. De artistas extranjeros que en Barcelona han organizado *recitals*, merecen citarse los nombres de Risler, Pugno, Kubelik, y el de la Condesa Hélène de Morsztyn.

La música sinfónica, en cambio, ofrece mayor variedad y alcance.

Dos festivales, amparados por la autoridad del director, han tenido lugar en el año último: uno dirigido por Sigfrido Wagner, el hijo del autor de *Parsifal*, y otro por Saint-Saëns.

(1) Para esta parte del año musical he contado con la ayuda valiosísima de D. Francisco Suárez Bravo, ilustrado crítico musical del *Diario de Barcelona,* quien une á su seriedad y competencia artística la circunstancia, muy halagüeña para mí, de coincidir mi criterio con el suyo en orientaciones y apreciación.

La batuta del primero, demasiado tranquila, poco solicitadora de efectos expresivos, fría y abandonada, no despertó ni entusiasmo ni emoción. Las tres obras suyas que fueron ejecutadas, tres fragmentos de sus óperas: preludio de *Der Bärenhäuter*, un trozo de *Der Kobold* y la danza de *Herzog von Wildfang*, se aplaudieron, especialmente la última, aunque sin gran calor.

En el festival Saint-Saëns, dirigió el célebre maestro francés algunos de sus poemas, el *Himno á Víctor Hugo* y algunas obras más, constituyendo el punto culminante de él la ejecución de su segunda sinfonía en *do* menor, muy aplaudida y celebrada por el público y la crítica.

El *Orfeó Catalá*, dirigido por Millet, dió dos conciertos (2 y 16 de Marzo) en el teatro del Liceo, ejecutando la cantata de Bach *Jesu meine Freude*, y en el mismo mes la Asociación musical de Barcelona y el Orfeón barcelonés, dirigidos por el maestro Lamothe de Grignon, dieron una audición del Oratorio de Perosi *La resurrección de Lázaro*, y otra del salmo CL, de César Franck.

Estas manifestaciones esporádicas de arte grande aparecen completadas por la campaña brillante que realizó la Orquesta filarmónica de Barcelona, recientemente creada por el joven maestro D. José Lasalle.

Artista de vocación, poseedor de una fortuna que le permite cultivar sus aficiones musicales sin pedir á su trabajo la remuneración económica, educado en Munich y habiendo estudiado el arte de dirigir la orquesta al lado de Mottl y de otros célebres maestros, amamantado en la tradición legítima, y viviendo en el ambiente más seriamente artístico de Alemania, ha venido á ofrecer á sus paisanos el fruto de sus estudios, formando una orquesta disciplinada y segura, y rigiéndola con su batuta enérgica, caliente y expresiva.

Su austeridad en materia de arte le ha hecho eliminar de los programas los trozos y fragmentos wagnerianos, que si un día tuvieron justificada colocación entre los números de con-

cierto como medio de propaganda de un arte poco comprendido, hoy desentonan y parecen una concesión análoga á la que años atrás se hacía al público ejecutando fragmentos de Rossini ó de Meyerbeer.

Las preferencias de Lasalle van hacia el moderno arte alemán, habiendo ejecutado por vez primera en Barcelona la segunda sinfonía de Brahms, las sinfonías segunda y cuarta (romántica) de Bruckner, la *Serenata* de Max Reger, la *Serenata italiana*, de Hugo Wolf; la *Sinfonía de Fausto*, de Liszt; el *Hexenlied* (recitado con orquesta), de Max Schillings; el *Cazador maldito*, de César Franck, y algunas más: repertorio algo más moderno y avanzado que el de la orquesta sinfónica de Madrid.

No ha dejado Lasalle de otorgar un puesto en sus programas á los compositores catalanes, haciendo figurar en ellos tres obras nuevas: la sinfonía de Pahissa *Las costas mediterráneas*, el preludio de D. Cristóbal Taltabull *Waldemar Dade*, y las *Impresiones sinfónicas* en cuatro tiempos, de Garreta, obras de cuyo mérito no me atrevo á apuntar nada por no conocerlas directamente, haciendo constar, sólo, que fueron aplaudidas y repetida la ejecución de las dos primeras.

El arte lírico dramático ha ofrecido algunas novedades durante el año.

En el teatro del Liceo, los estrenos de *Amica*, de Mascagni, y *Hesperia*, de Lamothe de Grignon, ambas dirigidas por sus autores; la primera con franco éxito, la segunda tan pobre y ligeramente preparada, que apenas si el público pudo darse cuenta del valor de la partitura. Al terminar el año, la crónica del Liceo registra dos éxitos más: el de las representaciones de la *Walkiria* y *Tannhäuser*, amparadas la primera por la autoridad escénica de la Sra. Pasini-Vitale (Siglinda) y la segunda por la misma cantante y los Sres. Viñas y Battistini. Ambas han ofrecido la novedad y el atractivo de estar dirigida la orquesta por directores alemanes: la primera por Kaehler, y la segunda por Beidler, el yerno de Wagner (casado con su

hija Iseo), que además de ser un director excelente, suprimió todos los cortes que en la partitura se hacían.

El teatro Principal cultiva un género más ligero, pero en él dió dos representaciones de *Carmen* (22 y 23 de Abril) la célebre artista catalana María Gay, representaciones acompañadas de un éxito entusiasta. De estrenos, los más importantes han sido *Nit de Reis*, en dos actos, letra de Apeles Mestres, música de Morera, obra que llegó á obtener 135 representaciones; *Gaziel*, de Apeles Mestres y Granados; *La Santa Espina*, de Guimerá y Granados; *La nina dormida al bosc* (cuatro cuadros en dos actos), letra de Montoliú, música de D. Federico Alfonso, otro éxito grande; y *Joan del Os*, de Apeles Mestres y Morera.

En el Tívoli funcionaron una compañía de opereta italiana y otra de ópera seria, esta última con la novedad de contar entre sus artistas al barítono Maurel, uno de los mejores y más brillantes de hace veinte años.

No deben omitirse en esta reseña los constantes trabajos del infatigable Pedrell resucitando nuestra música religiosa de los siglos XVI y XVII; la publicación de las óperas *Emporium*, de Morera, y *Acté*, de Manén, y la de la *Revista Musical Catalana*, órgano del orfeón catalán.

***

Tampoco estará de más dedicar un recuerdo á los artistas españoles que en el extranjero trabajan: á Albéniz, Lasalle y Arbós, entre los compositores y directores de conciertos; á Sarasate, Manén, Arbós, Casals, Rubio, Viñes, Pepito Arriola, Granados, Malats y Sobrino, entre los virtuosos; á Fernández Alberdi y Turina, entre los que estudian y perfeccionan su educación; y entre los cantantes, á las Sras. Gay, de Lerma, Barrientos, Pacini, Sins, Galvany, Pareto, Clasenti, Lavin, Dahlander, y á los Sres. Viñas, Biel, Paoli, Blanchart, Perelló, etc.

***

Hace muy pocos años, cinco ó seis, era muy frecuente leer en los escritores extranjeros: «De España, en punto á música, no hay más que su arte popular: es uno de los países de menos compositores: de más música y de menos músicos».

Hoy, con el movimiento iniciado, no es tampoco difícil encontrar entre los historiadores y críticos apreciaciones en las que se coloca á los músicos españoles, á los compositores sobre todo, al nivel de los de otras tierras, por la elevación de su tendencia y la solidez de su educación.

Es el camino que hemos recorrido en estos últimos años.

CECILIO DE RODA

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA DE OVIEDO

I

Acabo de leer la *Memoria* en que Aniceto Sela reseña las tareas de la *Extensión Universitaria* de Oviedo en el curso de 1905 á 1906, con el plan de la campaña para este año académico.

«¡Inauguramos hoy el décimo curso!»—dice Sela en las primeras líneas. Una obra social, compleja, á cuya elaboración concurren necesariamente fuerzas heterogéneas, que entra en el *décimo* año de vida, llena de vigor, con el calor mismo de las primeras horas, no es cosa que podamos señalar todos los días en este país de medio tan ingrato para las empresas de cultura. Nada más contrario á nuestro temperamento nacional que la persistencia, sobre todo la persistencia callada, modesta. Ni aun tratándose de obras en que el interés personal se vea comprometido solemos dar pruebas de la paciencia y tenacidad necesarias. ¿Cómo esperar que estas hermosas cualidades se manifiesten en empeños ideales, desinteresados, que no reportan ni una buena nota en la hoja de méritos y servicios?

Explosiones de entusiasmo, arrebatos calurosos, movimientos de aparato, sesiones solemnes, dramáticas, manifestaciones ruidosas... todo eso, especialmente «cuando truena» (bien dice el refrán), estamos cansados de verlo. Nos hinchamos con facilidad pasmosa. Si la obra de civilización se realizase con esas salidas de epilépticos, y si la regeneración de un pueblo

fuera posible merced á grandes planes y á esfuerzos retóricos, España sería el país más adelantado y feliz del mundo. Como la cultura exige trabajo lento, hondo, subterráneo, sin intermitencias, va para largo el que aquí empecemos á andar al compás de las naciones que marchan.

Piedra blanca, pues, esta *Extensión Universitaria* asturiana. Prescíndase de la eficacia del esfuerzo, prescíndase de los resultados que hayan podido obtenerse; hay un dato que debe consignarse: *lleva nueve años*, sin desmayo, sin revelar cansancio, sin pretender descubrir nuevos Mediterráneos, abriendo su surco en la tierra, lanzando sin tasa las semillas, mirando siempre hacia adelante, con fe, en el triunfo definitivo del espíritu y de las ideas. Su principal tarea ha sido la adaptación al medio asturiano del genial pensamiento anglo-sajón de la *Extensión Universitaria* mezclado con el ideal francés de las Universidades Populares. Una adaptación que ha dado vida á un tipo ó forma de «Expansión de la cultura» de cierta originalidad: *local*, si queréis, pero que tiene, á mi juicio, hoy sus caracteres propios.

II

Leyendo la *Memoria* de Sela recordaba los momentos felices de la iniciación. Apartado, por causas que no hay para qué exponer, de las labores de la *Extensión* de Oviedo, puedo apreciar su obra con la indispensable serenidad, compatible, por lo demás, con el gran cariño que profeso á cuanto procede del solar universitario de Asturias.

Los orígenes del movimiento de *socialización* de la cultura universitaria no pudieron ser más modestos, más sin ruido ni aparato. Rafael Altamira expuso en cierta ocasión la intervención que la Universidad—toda Universidad—puede tener en la formación del alma nacional, en la difusión de la cultura. Era un día de inauguración de curso, y Altamira leía el *Discurso* de rúbrica.

Y ahí parecía que debía quedar todo.

Pero la idea lanzada había caído en buen terreno; poco tiempo después se presentó la ocasión propicia para que la semilla germinase. La vieja morada universitaria, triste y lóbrega apenas anochecía, ensayaba en aquellos días el alumbrado eléctrico. Varios profesores acudíamos á presenciar las pruebas; las amplias galerías de la hermosa casa aparecían llenas de luz; las cátedras iluminadas, recogidas, atraían... Aquel edificio, levantado en otros tiempos como monumento de la educación nacional, y que hasta entonces ofreciera graves dificultades para el aprovechamiento nocturno, podía utilizarse ahora en las primeras horas de la noche, de las largas y frías y húmedas noches del invierno.

Y he ahí cómo se enfocó el «problema» de la Extensión Universitaria en Oviedo.

En una reunión claustral, como todas, familiar, amistosa, de buenos compañeros, el ilustre maestro que hoy lloramos y lloraremos siempre, que ejerció en «Vetusta» un sacerdocio moral y en España el magisterio de la crítica literaria, profesor de autoridad indiscutible en la casa, propuso, recordando el discurso de Altamira, que «hiciéramos algo de eso que llaman *University Extension*, y que no sabía cómo traducir porque ninguna expresión le gustaba». «Y se me ocurre esto, añadía, por lo de la luz eléctrica.»

Y no hubo más discursos ni más propuestas. Aramburu, el buen rector, Buylla, Altamira, Sela, Canella... unos cuantos entusiastas, se apoderaron de la idea, la hicieron suya, y á los pocos días se inauguraban, en una de las clases alumbradas con lamparitas eléctricas, las lecciones de la *Extensión*.

Fué Altamira el llamado á comenzar las tareas, explicando aquellas hermosas conferencias sobre *Las Leyendas de la Historia de España*. El público acudió lleno de curiosidad; un público muy mezclado: estudiantes, burgueses, señores del casino, gentes que en aquella hora nada tienen que hacer, algunas señoras, tal cual seminarista, á veces algún que otro soldado.

El movimiento iniciado cundió pronto, no sin grandes esfuerzos y venciendo sus dificultades.

En los primeros momentos tuvo cierto carácter de explosión de un entusiasmo caluroso. No de parte nuestra, sino de la del público. Lo imponían las circunstancias. Estimábase la nueva orientación «social» de la Universidad como una de tantas manifestaciones que por entonces se producían bajo el peso del «desastre», y como un anhelo de regeneración y de enmienda. Y en algunos centros industriales de Asturias, v. gr., en Langreo, se recibió á los misioneros de la Universidad como á iniciadores de una posible regeneración nacional.

Había en esta actitud de aquellas gentes una gran buena fe, una excelente disposición, una creencia firme en la eficacia de la cultura. Yo recuerdo con deleite la impresión gratísima experimentada en una de las misiones por los simpáticos pueblos, entre patronos y obreros, unidos entonces, deseosos de *hacer algo* por la elevación de todos. ¡Qué espectáculo más animador el de cierta sala de un Círculo popular en el cual se congregaran centenares de trabajadores del taller y de la mina, con sus jefes y patronos, para oir hablar del sufragio! Respirábase una atmósfera de simpatía, de anhelo... Querían aquellos hombres oir, aprender, recrearse en un entretenimiento culto. Parecía que iba á comenzar una nueva vida. Y comenzaba... quizá.

Pero aquí lo de la persistencia... Además, no se cambia de vida cuando se quiere, ni á fecha fija ni mediante unas cuantas conferencias.

El movimiento primero disipóse de pronto, para convertirse, por fortuna, en aspiración más reflexiva, con sus curvas, sus depresiones y su avance lento, muy lento. ¡No importa! Porque se ha ido consolidando hasta constituir una costumbre.

La *Extensión Universitaria* en Oviedo y en algunos pueblos de Asturias es ya hoy quizá una necesidad social. En un principio, después de los primeros entusiasmos, teníamos casi que

solicitar los Centros, fuera de la Universidad, adonde realizar nuestros trabajos. Hace ya tiempo que la *Extensión* no puede atender á todas las cariñosas demandas.

III

Naturalmente, el camino no siempre fué abierto y despejado. Hubo que vencer repugnancias, frialdades, afrontar oposiciones ocultas y francas, disipar desconfianzas explicables.

El carácter de aquel pueblo es complejo y difícil. Zumbón y prevenido, toma en broma las cosas más serias, como no se le sirvan con modestia. ¡Pobre *Extensión* si llega á proponerse educar, ilustrar! Era preciso demostrar que sólo se trataba de entretener. Afortunadamente, todos somos unos, y nos entendimos desde el primer momento, haciéndose muy pronto la diferenciación necesaria entre los *irreductibles* y los *otros*, es decir, el grupo que había de constituir el núcleo social simpático á la obra de expansión universitaria.

Dentro de ese núcleo figuraron muy pronto los obreros. Quizá fueron éstos—en Oviedo y en los diversos pueblos—el sostén más firme de la *Extensión*. Su actitud contrastó siempre con la de los elementos que he llamado irreductibles: los escépticos, burlones y los que no pueden ver con buenos ojos estas nobles empresas que aspiran á desenvolverse en una atmósfera de gran tolerancia, de neutralidad científica pura, con la vista puesta en un ideal de paz.

En los primeros años, los años de pequeña lucha—más bien de adaptación al medio y de aclimatación de la novedad,—en los primeros años, digo, la *Extensión Universitaria* tuvo como manifestación principal la conferencia pública sobre tema especial, sin constituir, sino por excepción, series ó cursos. Serie fué la de Altamira sobre *Las Leyendas*; series las explicaciones de Buylla sobre *El Socialismo*, las de Alas sobre *Filosofía novísima*, las de Sela sobre *Viajes*, las de Aramburu so-

bre *Argüelles*, etc., etc. Pero predominaba la conferencia ó lección suelta, lo mismo en la Universidad, que en el Centro de Sociedades Obreras, que en los pueblos. Además, el auditorio se reclutaba libremente, formándose casi siempre con una gran heterogeneidad.

Pero con el tiempo se han ido definiendo las cosas y aclarándose las funciones propias de la *Extensión*, orientándose al fin en el sentido propio y conveniente, dada su naturaleza de obra de cultura y de educación social. Era en sus principios labor sobre todo atractiva; acudían muchos á sus conferencias, quizá, en parte, como á un espectáculo agradable. De ahí que el auditorio se renovase, y que no fuera posible el establecimiento de aquellas relaciones personales y continuas, condición indispensable de toda acción educativa eficaz.

Poco á poco, sin embargo, se fué condensando la «nebulosa». Nunca llegó la *Extensión Universitaria* del «aula grande» á convertirse en labor de verdadera cátedra íntima. Es incompatible la masa de ciertas proporciones con la función del maestro; y á las conferencias de la Universidad siempre acude un público relativamente numeroso (de más de cien personas). Pero á la larga en ese público mismo se seleccionan los «habituales», los que convierten en costumbre la ida á la Universidad una ó dos veces por semana, á esa hora de atardecer, entre dos luces. Y á la larga la acción de la *Extensión*, aun en esas conferencias de aparato, reviste un alcance educativo, no en el sentido que vulgarmente se indica, como una enseñanza eficaz, instructiva, sino en el sentido de lo que suele llamarse educación social.

Otra condensación análoga, aunque más homogénea y, por lo mismo, de influjo más intenso, produjose en las conferencias, lecciones y cursos semanales del Centro de Sociedades obreras. También allí se formó costumbre, llegando á establecerse fuertes corrientes de simpatía entre la *Extensión* y los trabajadores del Centro.

Pero la misma *Extensión* se modificó, desdoblándose ó in-

tensificando su acción en algunos sentidos. La manifestación más ostensible y fecunda de esta nueva fase del movimiento de Oviedo, se ofrece en la creación de las clases populares, verdadera *Universidad Popular* constituída en la misma Universidad oficial, en sus aulas, con su personal, con su material, y funcionando con sus mismos métodos.

Yo he desempeñado durante dos ó tres años una de esas clases, y guardo de aquellas veladas con *mis* «condiscípulos», obreros manuales todos, el recuerdo más grato: no había discursos ni lecciones tasadas, ni premuras de curso; deslizábase la clase tranquilamente, en amistosa conversación sobre las materias de mi curso de *Enseñanza cívica*: el sufragio, el Estado, el Gobierno, las leyes... Ni una vez sentimos cansancio; jamás una muestra de impaciencia; los buenos trabajadores, afables, cariñosos, no querían sino *enterarse*, aumentar el caudal de sus noticias, interpretar mejor las razones de no pocos actos de su vida cívica. Era aquella, en fin, una enseñanza á su modo, ideal, sin textos, ni programas, ni exámenes, ni dogmatismos; sin *coacción* alguna: una enseñanza «libre» en el más alto, elevado y eficaz sentido de la palabra.

Y todavía alcanzó otros desarrollos y especializaciones la *Extensión Universitaria* de Oviedo. Pero no voy á seguirlos. Estimo más útil recoger brevemente el interesante bosquejo que contiene la Memoria de A. Sela, en el cual se resume la obra entera de la *Extensión* en el curso último. Este bosquejo presenta, con entera fidelidad, el programa en vivo de la *Extensión Universitaria*. Basta considerarlo de cerca para explicarse la complejidad y riqueza del ideal que se persigue y, en lo posible, se realiza.

IV

Las tareas ordinarias de la *Extensión*—las ya arraigadas—comprendieron, en el año último, conferencias en la Universidad (semanales), lecciones (semanales también) en el Centro de

Sociedades obreras de Oviedo, y conferencias y cursos en Gijón, Avilés, Langreo y Mieres. Las tareas extraordinarias ó nuevas se indican en la ampliación de las lecciones á Ribadesella, la obra de la *Extensión* en Santander y de las gentes de Santander en la *Extensión*, el desarrollo considerable de las clases populares, y el ingreso en las listas de los devotos de la *Extensión* de «nuevos compañeros deseosos de prestar su concurso activo á la obra de la cultura popular».

En la Universidad. — Las lecciones versaron sobre: Cuestiones antropológicas,—El moderno desenvolvimiento intelectual de España,—De la infección en general y de la infección tuberculosa,—La reforma social en España,—El P. Vitoria y sus doctrinas jurídicas,—Educación social,—Renovación de España en el siglo XIX por obra de los asturianos,—La Odisea,—Lecturas literarias,—La Historia del Derecho y la justicia social,—Roma antigua y moderna.—Cuestiones de Higiene social,—La hulla blanca,—Recientes aplicaciones de la luz ultravioleta,—Las Asturias de Santillana,—Santander antiguo y moderno—y Las Conferencias de la Paz.

De explicarlas se encargaron los Sres. Barras de Aragón, De Benito, Martínez, Buylla (D. Adolfo), Arias de Velasco, Prieto, Canella, Marqués de Valero de Urria, Altamira, Buylla (D. Arturo), Mur, Orueta, Fresnedo de la Calzada, Basáñez y Sela.

Conferencias en el Centro obrero. — De quincenales que habían sido en el año 1905 á 1906, se convirtieron en semanales durante el de 1906 á 1907.

El auditorio fué bastante más numeroso que otros años, y se distinguió por su atención y su asiduidad. Por primera vez formaron parte de él algunas obreras.

El mayor trabajo en este Centro pesó sobre los señores Barras de Aragón (cuatro conferencias sobre *Historia de la Tierra*), Garzarán (cuatro sobre *Los Mares*), Sela (tres sobre *Alemania y Rusia contemporáneas*) y Altamira (dos *Lecturas literarias*).

Explicaron, además, conferencias sueltas los Sres. Pérez Martín (*El centro de gravedad*), Buylla (D. José) (*Accidentes del trabajo*), Vigil (*Conflictos internacionales del siglo XIX*), Jove y Bravo (*Origen de la sociedad*) y Albornoz (*Aristocracia y democracia*).

En las conferencias de los Sres. Barras, Garzarán y Sela se empleó el aparato de proyecciones, diestramente manejado por los Sres. Brañas y Pérez Martín.

La inauguración de las conferencias y de la escuela del Centro obrero se verificó el día 16 de Noviembre de 1906, y la última conferencia el 26 de Abril de 1907. Es muy grato consignar, añade la Memoria, que en todo este período de tiempo ni una sola semana (exceptuadas las de vacaciones) dejó de explicarse la conferencia correspondiente, y que el público concurrió con perfecta regularidad desde el primero hasta el último día.

Las clases populares.—Tuvieron setenta y siete matriculados, estando á cargo de los profesores Echevarría, Ureña, Altamira, Mur, Canella, Sela y Ochoa (este último dió un curso de música). Estas clases son, sin duda, la nota más interesante, simpática y acaso la más original de la *Extensión Universitaria* en Oviedo; en ellas es donde se revela el éxito de la acción social intentada por la Universidad. Sin examinar la eficacia de la labor de las Clases populares desde el punto de vista de la enseñanza, aunque ella se discuta, hay una indicación en extremo sugestiva, cual es la que entraña la relación de intensidad y de respeto y cariño que manifiestamente se ha producido entre la gente obrera y los maestros de la *Extensión*. Prueba de esta relación la ofrece la fiesta anual que los profesores y obreros celebran al finalizar el curso. La del último año superó en importancia á la de todos los años anteriores. Consistió la fiesta, iniciada por los obreros, en una excursión al pueblo de Las Caldas, cercano á Oviedo. «El hecho — dice Sela — es de los que forman época en los anales de la *Extensión...*»

«La invitación dirigida á los miembros de la *Extensión Universitaria* revela con claridad el propósito de los organizadores. «Los alumnos de las *Clases populares* de la *Extensión Universitaria*, decía, B. L. M. á D... y satisfacen un vivo anhelo al invitarle á la fiesta de fraternidad con que ponen término á las tareas escolares del presente curso, la cual fiesta se verificará el domingo 12 de Mayo, y consistirá en una excursión á Las Caldas, visita á los monumentos artísticos de la localidad, y un banquete, que desean sea honrado con la asistencia no sólo de los profesores de las *Clases populares*, sino de todos los colaboradores de la *Extensión Universitaria*.—Aprovechan esta oportunidad para ofrecerse de V. afectísimos seguros servidores y amigos.—Oviedo, 4 de Mayo de 1907. —Por los alumnos, *La Comisión organizadora*.»

»La mayoría de los alumnos, en número superior á ciento, recorrieron á pie los nueve kilómetros que median entre Oviedo y Las Caldas, acompañados de los Sres. Altamira, Barras, Brañas, Luzuriaga, Garzarán, Redondo (D. Francisco), Ochoa, Buylla (D. Benito) y Sela. En Las Caldas se incorporaron á la expedición el Sr. Martínez, que había venido desde Trubia con algunos obreros, y los Sres. Canella, Redondo (D. Inocencio), Mur, Buylla (D. Arturo) y Buylla (D. José), que habían hecho el viaje en el tren ó en carruaje.

»En el camino, los excursionistas, divididos en varios grupos, fueron haciendo observaciones geográficas, geológicas y botánicas, y charlando alegremente de los incidentes del curso que terminaba y de todos los motivos de conversación que salían al paso...»

Las Conferencias fuera de Oviedo.—Fueron muchas, en los centros de costumbre, y además en el último año en otros, tales como la Biblioteca popular de Santa Ana y la Juventud de Ciaño, beneméritas sociedades que procuran difundir la cultura entre la población obrera del valle de Langreo, siguiendo el ejemplo del disuelto Ateneo Casino Obrero de La Felguera y la Tertulia Republicana de Sama.

«También se han organizado los trabajos de *Extensión Universitaria* en Ribadesella, bajo los auspicios del señor alcalde presidente de aquel Ayuntamiento, Sr. Labra, y del presidente del Casino, Sr. Martínez Sáez. Nuestros compañeros De Benito, Mur y Buylla (D. A.) hablaron de *Cultura individual y cultura social, Dinámica de los fluidos* é *Higiene*. El señor rector cerró esta breve serie de lecciones con una sobre *Problemas de educación*.»

Pero el mayor progreso de la *Extensión Universitaria* de Oviedo en el curso último estímase que lo es la campaña de Santander. Inicióle una invitación del alcalde de este último pueblo, Sr. Martínez.

«Hacía cuatro ó cinco años, dice la Memoria, que un grupo de obreros, secundado por catedráticos, médicos, abogados y otras personas de buena voluntad, había planteado en Santander conferencias de vulgarización, continuadas más tarde por el Centro Montañés y organizadas oficialmente por el señor alcalde actual en la primera época de su administración. El curso pasado se dieron con entera normalidad todos los domingos en el Instituto Carvajal. A esta obra, que no podía dejar de ser fecunda en excelentes resultados en una ciudad de las condiciones de Santander, se nos invitaba á colaborar. Excuso decir—añade Sela—que en la Junta no hubo más que un solo pensamiento: contestar al Sr. Martínez ofreciéndonos con el mayor entusiasmo, é indicándole al mismo tiempo la conveniencia de que profesores de Santander nos honraran ocupando esta cátedra.»

La *Extensión* envió sus profesores á Santander, y de Santander fueron algunos maestros á Oviedo; entrañando todo esto una cultísima manifestación de la creciente intimidad regional entre las dos provincias hermanas.

La Memoria de Sela recuerda luego, de un modo especial, la conferencia de D. Telesforo García sobre la *Educación del emigrante*; el Sr. García es un generoso protector de la Escuela asturiana.

Para terminar, voy á copiar los totales de las cuentas de ingresos y gastos de la *Extensión Universitaria* de Oviedo desde 1899. En el curso de 1899-900 se gastaron 95,40 pesetas, sin ningún ingreso; en los cursos de 1900 á 1901 y 1901 á 1902 hubo ingresos (donativo) de 499 pesetas, que se gastaron en material de enseñanza, impresos, etc. En el curso de 1902 á 1903 hubo ingresos por 227 pesetas, y gastos por valor de 523 (*déficit*). En el curso de 1903 á 1904 los ingresos (donativos) se elevan á 1.185 pesetas, y los gastos á 1.008 (hay sobrante). En el de 1904 á 1905, los ingresos son de 413 y los gastos de 518. En el de 1905 á 1906, los gastos llegan á 491 pesetas, y los ingresos (donativos de la Unión Asturiana de Buenos Aires, Banco Asturiano, Sociedades Obreras, Círculo Unión Republicana de Oviedo, señores marqués de la Vega de Anzo, Masaveu Herrero) se elevan á 1.187 pesetas. Por último, en la cuenta del curso de 1906 á 1907 figuran como ingresos 2.124 pesetas, y como gastos 2.586.

Adolfo Posada

LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA

Preliminares del reconocimiento.

III

EL SEGUNDO PERÍODO CONSTITUCIONAL

No hay datos bastantes para poder decir si la opinión pública se dió ó no cuenta de la trascendencia que necesariamente había de tener el movimiento revolucionario de Cabezas de San Juan en el desenlace del conflicto hispano-americano; pero lo cierto es que no se advierte síntoma alguno de que el país protestase contra un hecho que era causa de que quedasen indefensos los intereses españoles. ¿Es que se encontraba cansado de la lucha que hacía más de diez años que sostenía, ó que el encono con que en la Península combatían los partidos apartaba la atención del problema ultramarino?

Ambas causas debieron concurrir, y una y otra hicieron que la opinión contemplase con cierta indiferencia el que quedase aquí el ejército destinado á reforzar á los que luchaban por sostener la soberanía de España en América. De todos modos, es bien deplorable que los hombres que subieron al poder por virtud de la revolución de 1820 no se diesen cuenta de la magnitud del problema planteado, y no emprendiesen desde luego uno cualquiera de los caminos que ante ellos se abrían: el de enviar refuerzos para impedir la total ruina de la causa nacional, ó el de ir francamente á una transacción,

mediante la cual acaso hubiese podido conservar unida á la Corona de Castilla alguna parte del antiguo imperio hispanoamericano. Pero como no se hizo ni lo uno ni lo otro, las consecuencias se tocaron bien pronto. Morillo regresó á la Península, sucediéndole en el mando el general La Torre, y antes de terminar el año 1820 se habían perdido: Venezuela, en la batalla de Carabobo; Cartagena, por falta de auxilio; y Méjico, por exceso de confianza de sus gobernantes y por deslealtad de no pocos europeos; como se perdió dos años después (1822) el reino de Quito, por descuido de los jefes españoles.

Entretanto se habían reunido Cortes Constituyentes. Al convocarlas, como no podía pensarse en que en la mayoría de las provincias americanas se celebrasen elecciones, se mandó, por decreto de 22 de Marzo, proceder en forma análoga á la empleada en 1812, esto es, eligiéndose aquí diputados suplentes (1). Es decir, que, en realidad, América no estuvo representada en las Cortes extraordinarias de 1820; y buena prueba de ello fueron, no sólo las distintas proposiciones que desde el primer momento se formularon para suplir esa deficiencia (2),

(1) En la lista leída en la primera Junta preparatoria (26 de Junio de 1820) figuraban como diputados suplentes por Ultramar los siguientes: provincia de Buenos Aires, D. Miguel del Pino, D. Rafael Zufriategui y D. Francisco Magariños; ídem de Chile, D. Agustín Ugare; ídem de Filipinas, D. José María Arnedo y D. Manuel Félix Camús y Herrera; ídem de Goatemala, D. Juan Nepomuceno San Juan y D. José Sasaca; ídem de Cuba, D. José Benítez; ídem de Lima, D. Miguel Lastarría, D. Juan Freyre, D. Nicolás Fernández de Piérola y D. Antonio Javier de Moyo; ídem de Méjico, D. José María Couto, D. Francisco Fagoaga, D. José María Montoya, D. Manuel Cortaza, D. José Miguel Ramos Arispe y don Juan de Dios Cañedo; ídem de Puerto Rico, D. Demetrio O-Daly; ídem de Santa Fe, D. Eusebio María Canaval. En sesiones posteriores se admitieron algunos otros, entre los cuales figuraban: por Chile, el conde de Maule; por Venezuela, D. Fermín Clemente; por Cuba, el Sr. Zayas; por Santo Domingo, el Sr. Caro; y por Santa Fe, el Sr. Sandino.

(2) En la sesión del 11 de Julio, el diputado suplente por Santa Fe, Sr. Canaval, manifestó «que no estando legítimamente representadas las provincias de Ultramar, y que habiéndose reservado á las Cortes la mejora de la representación ultramarina por no haber estimado el Rey de

sino que hubo diputado americano, como el Sr. Magariños, que no vaciló en manifestar «que perseguido él y toda su familia por su adhesión á la justa causa de la Madre Patria, y siendo sus opiniones opuestas á las del país que representaba, ni él podía ni aquella provincia aceptaría tal representación; por lo cual pedía que se le exonerase del cargo de diputado suplente por Buenos Aires» (1).

No fué esto obstáculo para que las Cortes se ocupasen de la situación de América. Así, el citado Magariños, en la sesión de 11 de Julio, pidió: «Que se decrete amnistía general para toda la España ultramarina, y que se invite al Rey para que dé las correspondientes órdenes á efecto de que los virreyes, capitanes generales y demás jefes de aquellos países procedan inmediatamente á poner en libertad todas aquellas personas que se hallen presas ó detenidas por motivos de disidencia, ú otros á que haya dado margen la revolución, y que igualmente se les mande hagan cuanto fuese posible para suspender toda clase de hostilidades, para proceder á ajustar treguas, in-

---

sus facultades el hacerlo, proponía: que se aumente la diputación de Ultramar conforme á los datos más ciertos que existan de la población de aquellas provincias».

Los diputados Sres. Benítez y Zayas presentaron en la sesión del 15 del mismo mes las siguientes proposiciones:

1.ª Que sean admitidos al Congreso inmediatamente todos los diputados de las provincias de Ultramar que existan en la Península, y asistieron como representantes de sus respectivos países á las Cortes anteriores del año 814, con legítimos poderes, excepto los que firmaron la representación aconsejando al Rey que no aceptase la Constitución política. 2.ª Que hasta que se reúnan las dos terceras partes y algo más de los diputados propietarios de América, nada perjudicial relativo á aquellos países se entienda sancionado de un modo irrevocable, sino siempre sujeto á las más instruídas y fundadas reclamaciones que con mejores datos puedan hacer los legítimos representantes de América. 3.ª Que se establezca una ley que exprese el modo y forma de suplir la representación de América, si una invasión, un trastorno político ó cualquiera otra desgraciada ocurrencia, como las pasadas, obligaren á adoptar representación supletoria diversa de la señalada por la Constitución.

(1) Sesión de 11 de Julio de 1820.

troducir manifiestos, papeles públicos, ó adoptar cualesquiera medidas de que pueda emanar el convencimiento de que la España europea quiera cicatrizar las llagas que ha abierto el fiero despotismo, finalizar el restablecimiento del orden y dichosa unión, para que todos compongamos una sola familia».

Pero si con detención se siguen en el *Diario de las Sesiones* las tareas de las Cortes, fácil es advertir que éstas carecían de un pensamiento definido acerca del problema ultramarino; y buena prueba de ello, que en la sesión del 26 de Octubre de 1821, al aprobarse por 78 votos contra 77 una proposición del Sr. Gallegos, pidiendo que el ministro de la Gobernación de Ultramar presentase á la mayor brevedad las medidas que se considerasen más conducentes y oportunas para conseguir la tranquilidad y bien de las Américas, se puso de relieve, en el curso del debate, que excitadas las Cortes por el Sr. Paul, y á propuesta del conde de Toreno, se había formado una comisión especial que de acuerdo con el Gobierno propusiera las medidas más convenientes para la pacificación de América; que esta Comisión trabajó constantemente hasta que, abandonada por el Gobierno, hubo de limitarse á proponer medidas generales, y que el asunto se mandó al Consejo de Estado, donde seguía. Por esto, en la misma sesión dijo el diputado Yandiola: «Al paso que llevamos, para mí no sería extraño que los *disidentes* concluyesen su obra antes que el Ministerio haya podido, no tomar, pero ni aun proponer medidas al Cuerpo legislativo», y añadió: «La Comisión nada pudo proponer á las Cortes, por haber asegurado el ministro *que la opinión no se hallaba preparada para una resolución definitiva*».

Y no eran exageradas las censuras que esas palabras envolvían contra el Gobierno, porque en la sesión del 30 de Octubre se dió cuenta de un oficio del ministro de la Gobernación de Ultramar diciendo que S. M. había resuelto se comunicase la excitación de las Cortes al Consejo de Estado, como lo había hecho el mismo día, á fin de que evacuase cuanto antes la consulta que le estaba encargada. ¡Esto era todo!

Justo es consignar que si bien el Gobierno no mostró tener un criterio más definido que las Cortes, tampoco pudo desarrollar el que, bueno ó malo, tuviese, porque le detuvo el temor de hacerse impopular (1) y porque la característica del progresismo era creer que bastaba proclamar los principios liberales para cambiar el estado del país (2). De lo que hizo el Gobierno, de las esperanzas que abrigaba y de las dificultades con que tuvo que luchar, se da idea en la Memoria presentada á las Cortes por el ministro de la Gobernación de Ultramar, en la cual, después de decir que el Rey había dirigido una proclama á los habitantes de Ultramar fijando de un modo auténtico y solemne las ideas y deseos benéficos de S. M. respecto de aquellos súbditos, y la conducta que debían observar con ellos las autoridades, se añadía:

«Las intenciones paternales de S. M. fueron apoyadas por el Consejo de Estado y la benemérita Junta provisional de esta Corte, á quienes se consultó el modo de anunciar en América cuantos sucesos habían sobrevenido; estas dos Corporaciones aplaudieron el plan y designio del Gobierno y esforzaron la idea de que se dispusiera el cese de hostilidades entre unos mismos hermanos y se tratase de reconciliación y olvido eterno de todo lo pasado; que se recabase el que se jurara la Constitu-

(1) El docto catedrático Sr. Altamira, en sus lecciones sobre *Historia contemporánea* en el Ateneo, afirmó que los progresistas daban un valor extraordinario á la popularidad, y que la gente intelectual del partido carecía de carácter para oponerse á las masas, en las cuales había prendido el criterio de la imposición de la libertad por la fuerza.

(2) El ministro de la Guerra, en su Memoria á las Cortes, decía: «El Ejército que manda el teniente general D. Pablo Morillo, conde de Cartagena, se hallaba reducido á muy estrechos límites, y en posición muy crítica: aniquilado en sus mismos triunfos, constituído en las más grandes privaciones, y con poca esperanza de poder conservar sin nuevos auxilios las principales plazas sobre que se apoyaba, no hubiera tenido otro partido ni recurso que perecer en su empeño, *si la fortuna del feliz cambio político, de que con razón esperamos tan ventajosos resultados, no acudiese á librarlo de tan terrible fin*». Las frases subrayadas demuestran que se creía que el hecho de haber restablecido la Constitución bastaba para sacar á Morillo de la difícil situación en que estaba.

ción en todas las provincias pacíficas y disidentes, y que enviasen diputados á las Cortes ó expusiesen por medio de comisionados, las que lo rehusasen, los motivos que tenían para negarse á ello. A estas indicaciones se ha dado por el Gobierno la extensión posible para facilitar los fines que todos se han propuesto de extinguir la guerra civil y terminar los graves males que hace tantos años aquejan y destruyen aquellas regiones; y en vez de aguardar los comisionados que de las provincias disidentes debían venir á manifestar sus deseos, el Rey se ha anticipado á enviarlos con amplias instrucciones (1), para que en su nombre acuerden, interinamente y hasta la resolución de las Cortes, lo que juzguen más conveniente al bien general del Estado...

»Al Gobierno se ha censurado agriamente, pero con ligereza, de una contradicción entre estos principios y la realidad de sus operaciones, suponiendo que en el mismo momento de proclamarlos disponía grandes fuerzas marítimas y aprestos militares para oprimir á los que convidaba á una reconciliación. Esta aserción maligna carece del menor fundamento: el Gobierno ha dispuesto, es verdad, algún armamento para la Costafirme, pero á fin de obrar contra los piratas que infectan aquellos mares; contra aventureros insolentes que no respetan ninguna bandera, y para probar, si fuese necesario, que el Rey cuando puede disponer de mayores fuerzas es cuando quiere abstenerse de hacer el menor uso de ellas. Y si esto no se hiciere, ¿quién no atribuiría á flaqueza y debilidad las proposiciones de una composición y el cese de las desavenencias? Y si los disidentes, desgraciadamente, despreciasen estas proposiciones ó no quisiesen oirlas, ¿habían de quedar las armas nacionales destituídas de apoyo y sin medios de obrar enérgicamente en todas direcciones?» (2).

(1) Algunos marcharon, pero otros, aunque nombrados, no llegaron á embarcar.

(2) Memoria leída por el ministro de la Gobernación de Ultramar en la sesión del día 12 de Julio.

El criterio del Gobierno en este punto era juicioso: quería atraerse á los disidentes por los medios de la persuasión y de la benevolencia, pero aspiraba también, por si aquéllos fracasaban, á disponer de los elementos necesarios para obrar enérgicamente. Mas, sin embargo de ser juicioso su criterio, fué objeto de censuras. ¿En qué se fundaban éstas? ¿Es que el país no quería proseguir la guerra por hallarse cansado de la lucha? Verdad es que hacía muchos años que España no gozaba un momento de paz, pero verdad es también que no habían sido muy grandes sus sacrificios para conservar la América (1). Además, ¿cómo había de sentir cansancio por la lucha que sostenía en las provincias ultramarinas—lucha que principalmente mantenía á favor de España una parte del mismo pueblo americano—la nación que malgastaba sus fuerzas en incesantes asonadas y motines, en una interminable serie de sublevaciones y de pronunciamientos? No está bien claro quiénes eran los que censuraban al Gobierno por sus preparativos; pero todo esto confirma la sospecha apuntada al hablar del origen del movimiento iniciado en las Cabezas de San Juan, y hace que parezca verosímil la creencia de que andaba en ello la mano de las logias extranjeras.

Pero, en fin, lo cierto es que, en medio de estas dudas y de tales vacilaciones, la opinión se vió sorprendida por la noticia de que el 24 de Agosto de 1821 se había firmado en Córdoba (cantón del Estado de Veracruz, Méjico), entre el teniente general D. Juan O'Donojú y D. Agustín Itúrbide, jefe del ejército mejicano llamado de las Tres Garantías, un *Tratado* en virtud del cual se reconocía la independencia de Méjico, el cual constituiría un Imperio cuyo Gobierno sería monárquico, constitucional, moderado, llamándose á reinar en aquél, por

(1) De la Memoria leída por el ministro de la Guerra, marqués de las Amarillas, en la sesión del 14 de Julio de 1820, resulta que en 1815 se habían mandado á Ultramar 13.320 hombres; en 1816, 3.222; en 1817, 5.600; en 1818, 2.000; en 1819, 3.000, y en varias partidas, 200; total, 27.342 hombres en el espacio de cinco años.

su orden, al rey D. Fernando VII, al infante D. Carlos María Isidro, al infante D. Francisco de Paula y al infante D. Carlos Luis, heredero de Luca; se fijaba la capitalidad del Imperio en Méjico; se creaba una Junta provincial gubernativa, de la que debía formar parte O'Donojú, y la cual nombraría una regencia compuesta de tres personas, etc.

¿Qué efecto produjeron estas noticias en la opinión? No hay datos bastantes para formar juicio. Consta que el problema americano fué discutido en el Ateneo durante los meses de Enero y Febrero de 1822, pero no se conoce el desarrollo de la discusión ni se sabe á qué conclusiones se llegó (1). Mas si se juzga por lo que hicieron las Cortes, motivos hay para afirmar que la impresión no debió ser muy honda y que no se manifestó ni el propósito decidido de conservar las provincias ultramarinas á toda costa ni la resolución viril de afrontar el problema entrando francamente en transacciones con los disidentes.

Buena prueba de esto es que las Cortes se limitaron, en su sesión de 13 de Febrero de 1822, á aprobar el dictamen suscrito por los Sres. Espiga, Toreno, Moscoso, Cuesta, Alvarez Escudero, Oliver, Murfi, Navarrete y Paul, dictamen vago, indeciso, que nada en definitiva resolvía, puesto que se reducía á ordenar que el Gobierno eligiese comisionados que oyesen y transmitiesen al Poder legislativo toda clase de proposiciones de los americanos, «sean las que fueren», y á decretar que se estimasen «por de ningún valor ni eficacia todos los Tratados que se hubiesen celebrado entre los jefes españoles y los Gobiernos de América, que deben conceptuarse nulos, según lo han sido desde su origen relativamente al reconocimiento de la independencia, para que no estaban autorizados». Es decir, que se rechazaba el Tratado de Córdoba, y que por todo reme-

(1) «Con el régimen constitucional cayó en 1823 el Ateneo español, siendo su presidente el general Castaños. Entonces se recogieron y llevaron todos sus papeles al Archivo de Palacio, donde han sido hallados algunos documentos hacia 1880.»—*Labra.*—El Ateneo.

dio para la gravísima crisis americana se apelaba al gastado procedimiento de enviar unos nuevos comisionados. Y esto se hacía cuando las cosas habían llegado á tal extremo que al mes siguiente, el 8 de Marzo, los Estados Unidos reconocían la independencia de la América española, y poco después, el 8 de Abril, un Sr. Zea, con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Colombia, dirigía una Nota al ministro de Negocios Extranjeros de Francia y á las legaciones acreditadas en París pidiendo el reconocimiento.

Y sin embargo, aquel *Tratado de Córdoba*, que podía ser ilegal, que lo era realmente por la falta de poderes del general O'Donojú, entrañaba una solución que al interés nacional importaba mucho que prevaleciese. No era ocasión de discutir si O'Donojú tenía ó no poderes, sino de utilizar lo que había hecho, porque si se lograba que un príncipe español se sentase en el trono de Méjico, se habría realizado en parte el feliz pensamiento acariciado cuarenta años antes por el conde de Aranda. ¿A quién se oculta lo que habría cambiado entonces la situación de España en América? ¿No cabía en lo posible que alguna otra de las provincias disidentes hubiese seguido el ejemplo de Méjico? Verdad es que el trono mejicano probablemente no habría tenido larga vida, porque los Estados Unidos estaban interesados en impedir su consolidación; pero por poco que hubiese durado, su existencia habría influído en gran modo en el porvenir de España (1).

No se ocultó esto por completo á todos los políticos españoles, y prueba de ello es que en 1.° de Diciembre de 1822 el exministro Pizarro, queriendo, según él mismo dijo, «ver si las Cortes tomaban una medida política conveniente en tan crítica coyuntura», presentó en el Ateneo una *Memoria* en la

(1) Para comprenderlo, y aun prescindiendo de que habría evitado largos años de incomunicación entre España y América, no hay más que pensar en las consecuencias de que el infante D. Carlos hubiese reinado en Méjico. La cuestión dinástica, planteada en 1833, probablemente habría cambiado por completo de aspecto.

que sostenía que el Tratado de Córdoba no era legítimo porque O'Donojú no tenía poderes para celebrarlo, y que la conducta de dicho general constituía una prevaricación consumada, pero añadiendo que, como se carecían de medios materiales y morales para sujetar á América, se estaba en el caso de adoptar las bases principales de aquel pacto; esto es, la independencia y la investidura en uno de nuestros príncipes, y hacer entender á los insurrectos que España estaba resuelta á negociar sobre esas bases con personas debidamente autorizadas, bien en Madrid, en la Habana ó en Washington. «El público español—decía Pizarro—se ha escandalizado, no de la separación de América, que siente, pero á la que está harto preparado, sino de que sean sus propios hijos los que concurran oficiosos á acelerarla.»

Las Cortes no hicieron nada por entonces, aunque no faltasen diputados que, como el Sr. Sánchez, reclamasen modificación en el encargo dado á los comisionados (1); pero el Gobierno no pudo permanecer cruzado de brazos, y en 9 de Mayo de 1822 dirigió instrucciones á los representantes de España, concretando su pensamiento en este importante párrafo: «Como

(1) En la sesión del 18 de Marzo de 1822 pidió el Sr. Sánchez: 1.° Que los comisionados fuesen autorizados para negociar y estipular definitivamente una suspensión de todo acto hostil, militar ó político, quedando las cosas en el estado que tuvieren, por el término de seis años, durante los cuales, y sin acceder ni negar la emancipación, no se habían de enviar fuerzas contra las provincias disidentes, ni el Gobierno debía mezclarse directa ni indirectamente en los negocios de aquéllas, hasta que expirado dicho término y con presencia de las garantías que ofreciese la situación de las provincias segregadas, pudiera entrarse de lleno en la cuestión principal ó tomarse las medidas que aconsejasen las circunstancias. 2.° Que asimismo se les autorizase para concluir un Tratado provisional de comercio sobre bases ventajosas y privilegiadas á ambas partes, estando las Cortes dispuestas á modificar el Arancel respecto de los frutos ultramarinos y de los productos que se enviasen á aquellas provincias, y aun á acordar la franquicia absoluta de un puerto en la Península si fuese necesario.

En apoyo de estas ideas expuso observaciones que revelaban muy buen sentido y un exacto conocimiento de la realidad.

los intereses mercantiles son los que se presentan ordinariamente como estímulo para excitar á los Gobiernos extranjeros á favor de la separación de las provincias disidentes, deberá V. S. insistir de la manera más terminante en que la España está resuelta á conceder las mayores franquicias comerciales, como se ve por las disposiciones y medidas que ya ha puesto en práctica, haciéndolo de una manera franca y segura, en vez de que, continuando la revolución de Ultramar, se empobrecerán sus provincias, no se consolidarán sus Gobiernos y saldrán vanas muchas esperanzas concebidas ligeramente.»

Claro es que esto no podía producir efecto alguno. ¿Cómo había de producirlo, si se ofrecía á las potencias lo que de hecho ya tenían? ¿Es que el Gobierno español podía impedir el comercio extranjero en América, cuando ya no dominaba en la inmensa mayoría de ésta, y cuando no sólo carecía de marina, sino que los pocos barcos de que podía disponer eran perseguidos por los de los disidentes? Por esto las Cortes, en la sesión de 25 de Junio, dieron un paso más, adoptando los siguientes acuerdos:

1.° Autorizar ampliamente al Gobierno para que proceda en este negocio según conviniere y lo exijan las diversas circunstancias en cada uno de los parajes en que sea necesario interponer su influjo y autoridad, ó usar de otros recursos más enérgicos y activos para sostener nuestras empresas.

2.° Que se ponga el mayor conato en proteger y amparar y hacer que se respeten las personas, propiedades y libre voluntad de todos los adictos á la Metrópoli que quieran trasladarse á la Península ó permanecer en aquellos países.

3.° Que procure que no se interrumpan nuestras relaciones mercantiles ínterin se logra una reconciliación ó paz absoluta, negociando que se establezcan puertos neutrales en América, y una bandera también neutral para sólo peninsulares y disidentes, que recíprocamente sea respetada.

4.° Que se hagan los mayores esfuerzos para asegurar de todo riesgo ó invasión las provincias fieles de América, seña-

ladamente las islas de Cuba y Puerto Rico, y para sostener comunicaciones más frecuentes con todas ellas, á fin de que la correspondencia del Gobierno y de los particulares no padezca ningún retraso ni extravío.

5.° Que todos los bienes y propiedades que ahora ó en adelante existieren ó vinieren á la Península é islas adyacentes de los naturales y habitantes de las provincias de Ultramar ó de la misma Península que vivan en ellas, cualesquiera que hayan sido sus opiniones y conducta política en los disturbios de aquellos países, serán respetadas y amparadas como las de los españoles peninsulares, según la Constitución y las leyes.

6.° Que todo natural ó habitante de la América española ó de la Península que viva en aquellas provincias, y viniese á España ó á las islas adyacentes, cualesquiera que hayan sido su conducta y opiniones políticas en la época de la revolución, lo podrá verificar sin que se le moleste en manera alguna por las referidas opiniones y conducta política anteriores á su venida, á excepción solamente de los oficiales del ejército español que hubiesen desertado de sus banderas y pasado al servicio de los disidentes, acerca de los cuales propondrá el Gobierno á las Cortes lo que juzgue oportuno.

7.° Que si para todas estas disposiciones no bastasen las sumas indicadas en los presupuestos de Guerra y Marina, propongan estos Ministerios una cantidad extraordinaria, que ha de dedicarse exclusivamente á estos fines.

8.° Además, la Comisión no puede menos de pedir al Congreso fije su consideración en la necesidad que hay de manifestar al Ministerio la grande utilidad que ha de resultar al Estado de promover y verificar los viajes de naturalistas hábiles á las islas de Puerto Rico, Cuba y Filipinas, y de radicar en ellas los conocimientos de todos los ramos de la Historia Natural, y preferentemente de la Química y Mineralogía.

Aunque redactados estos acuerdos con cierta vaguedad, especialmente el primero, no cabe duda de que en el fondo palpitaba la idea de que era ya forzoso é inevitable el reconoci-

miento de la independencia de América, y esa idea se reveló durante la discusión á que aquéllos dieron lugar, pues si bien hubo diputados, como Argüelles, que se opusieron á dicho reconocimiento — aunque declarando que apoyaban el dictamen,—otros, como Galiano, sostuvieron que no teníamos esperanza alguna de conservar las varias provincias de América; que era inútil y costoso continuar la guerra, y que convenía conceder á América una independencia noble y generosa, sacando en favor de la Península las ventajas posibles; y la Comisión declaró, por boca del Sr. Ferrer (D. Joaquín), que se hallaba penetrada de esos mismos principios, y que por ello se autorizaba al Gobierno para proceder como creyese más oportuno, según las circunstancias (1).

Sin embargo, más que el curso de la guerra, con ser tan desastroso, influyó en la conducta de las Cortes la actitud de las potencias.

Veamos cuál era ésta.

IV

LOS ESTADOS UNIDOS.—INGLATERRA Y LA SANTA ALIANZA

Aunque las disposiciones adoptadas por las Cortes de 1823 fuesen buenas, pecaban de tardías. ¿Qué efecto habían de producir, si los nuevos estados americanos contaban con la seguridad de su reconocimiento por el resto de las naciones, puesto que esto había sido ya prejuzgado por la República norteamericana?

En efecto: los Estados Unidos, ni perezosos ni mirados, habían reconocido primero la beligerancia y luego la inde-

(1) En 10 de Noviembre del mismo año se discutió y aprobó un dictamen de la Comisión de comercio proponiendo medidas para proteger las propiedades de los españoles que se hallaban en América y regresasen á la Península. Se concedía franquicia en unos casos y grandes ventajas en otro, todo durante un año.

pendencia de las nuevas Repúblicas. Auxiliares desde luego descaradamente de los rebeldes, desenvolvieron después la teoría de la beligerancia como distinta de la independencia (1), para aprovechar de esta suerte las ventajas comerciales con que les brindaba una neutralidad cuyos deberes definían de un modo caprichoso, y concluyeron por reconocer la independencia en 8 de Marzo de 1822 (2). Por esto las Cortes españolas no podían hacer otra cosa que aceptar los hechos consumados, y por esto era ociosa é inútil la polémica que mantenían, de un lado Inglaterra, y del otro la Santa Alianza. ¿A qué podía conducir la discusión de si procedía ó no reconocer una independencia cuya realidad era innegable? Pues sin embargo, las dos tendencias que ya antes se habían revelado en Europa con motivo de la intervención, se pusieron de nuevo de manifiesto sobre la cuestión colonial: de un lado Inglaterra, y del otro la Santa Alianza.

En una Nota bien terminante expuso Mr. Canning el pensamiento del Gabinete de Londres. «Cualquiera tentativa—dijo—para volver la América española á su antiguo estado de sumisión á la Metrópoli carece de toda probabilidad de éxito; toda negociación con aquel objeto se frustraría, y la renovación de una guerra con igual fin sólo serviría para originar grandes calamidades á ambas partes sin resultado alguno. A pesar de todo, el Gobierno inglés, lejos de oponerse á que Es-

(1) El célebre juez Story expuso y desarrolló esta teoría en los casos de *la Divina Pastora*, *Nuestra Señora de la Caridad* y *la Santísima Trinidad*, y Monroe, como secretario de Estado, hizo aplicación de ella en su Nota de 19 de Enero de 1816.

(2) El 8 de Marzo de 1822, el presidente de los Estados Unidos dirigió un Mensaje al Congreso sobre el reconocimiento de la independencia de los Estados hispanoamericanos. Al día siguiente, el representante de España, Sr. Anduaga, dirigió una Nota sobre este asunto al secretario de Estado, Mr. J. Q. Adams, el cual contestó con fecha 6 de Abril.—Todos los documentos relativos á este incidente pueden verse en el *Supplément au Recueil des principaux Traités*, par G. F. de Martens, continué par Frédéric Saalfeld. Gottingue, 1828.

paña intente una negociación, la sostendrá, por el contrario, siempre que se entable sobre bases practicables. En último caso, Inglaterra permanecerá rigorosamente neutral en la guerra entre España y las Colonias; si desgraciadamente aquélla se prolongase, la Metrópoli sufriría todas las consecuencias; pero la intervención de cualquiera Potencia extranjera sería considerada por Inglaterra como una cuestión nueva, cuestión sobre la cual el Gobierno inglés adoptaría aquella resolución que más conviniese á los intereses de la Gran Bretaña, apresurándose á desvanecer, no sólo el deseo del Gobierno inglés de apropiarse parte alguna de las Colonias españolas, sino también el de entablar con ellas otras relaciones que las de amistad y las comunicaciones comerciales. El Gobierno inglés, convencido completamente de que el antiguo sistema de las Colonias no puede restablecerse, no podría entrar en estipulación alguna que le obligase á rehusar ó á retardar el reconocimiento de su independencia; mientras que haya probabilidad de un arreglo con la Metrópoli, aquélla no podría tener efecto; mas la intervención de una Potencia extranjera, sea por la fuerza ó por la amenaza, sería un motivo para que Inglaterra reconociese la independencia de las Colonias sin dilación alguna. El establecimiento de consulados en las diversas provincias de la América española no era una medida nueva por parte de Inglaterra; sólo tendía á proteger su comercio con las Colonias, comercio que estaba abierto para los súbditos británicos á consecuencia de las Convenciones de 1810 (1). Además, la fuerza de las circunstancias y el curso de los sucesos habían decidido la existencia de aquella libertad para todo el mundo; Inglaterra la reclamaba para sí, y si se le quería disputar este derecho, consideraba como el medio mejor de abre-

(1) ¿A qué Convenciones aludía Mr. Canning? ¿Es que realmente el Gobierno español había adquirido algún compromiso secreto, respecto del comercio con América, al pactar la alianza de 1809? Nada consta, pero tampoco cabe oponer una negativa absoluta.

viar semejante intento un pronto é ilimitado reconocimiento de la independencia de la América española.»

Como el pensamiento de Mr. Canning era impedir que España recobrase su imperio colonial y hacer que la separación entre América y la Metrópoli fuese completa para explotar mejor el comercio de tan vastas regiones, añadió «que Inglaterra no podía entrar en deliberación común con otras Potencias cuyas opiniones sobre esta cuestión fuesen menos fijas y sus intereses menos implicados en la resolución definitiva».

Francia vacilaba; su primer ministro, M. de Villele, luchaba entre dos tendencias opuestas: por un lado deseaba complacer á la mayoría realista, y en tal concepto estaba propicio á ayudar al Gabinete de Madrid; por el otro lado, atento al interés francés, quería conseguir de España el reconocimiento de la independencia de América mediante ciertas condiciones que permitiesen á Fernando VII satisfacer las reclamaciones pecuniarias del Gobierno de París y abriesen el mercado del Nuevo Mundo al comercio francés. Por esto, el embajador de Francia en Londres, príncipe de Polignac, contestando á la nota de Canning, decía «que el Gobierno francés no veía esperanza alguna de reducir la América española á su antiguo estado de sumisión respecto á España. Francia rechazaba por su parte toda intención de prevalerse del estado actual de las Colonias y de su posición respecto á la Península para apropiarse parte alguna de las posesiones españolas, ni tampoco para obtener alguna ventaja exclusiva. El Gabinete francés abjuraba completamente todo proyecto de obrar contra las Colonias por la fuerza de las armas; jamás había pensado en ello, ni podía intentarlo». Y añadía M. de Polignac: «No veo qué inconveniente puede impedir á Inglaterra el tomar parte en una conferencia con objeto de arreglar las dificultades que se suscitan entre España y sus Colonias.» «En interés de la humanidad— concluía diciendo, — y especialmente en el de las Colonias de la América del Sur, sería digno de los Gobiernos europeos excogitar los medios de calmar las pasiones, alucinadas por el es-

píritu de partido, y tratar de establecer un principio de unión en el gobierno monárquico ó aristocrático de unos pueblos á quienes las teorías absurdas y peligrosas mantienen en continua agitación y división.»

Después de todo, la misma Santa Alianza creía inútil pensar en que España recobrase su dominio en América; pero aunque lo hubiese proyectado é Inglaterra no se opusiera á sus intentos, todo esfuerzo en ese sentido habría fracasado por la actitud de los Estados Unidos, porque éstos, temiendo que la Santa Alianza pudiese realizar sus propósitos, y queriendo á toda costa evitar la acción de Europa en el Nuevo Mundo, había dado un paso decisivo.

En efecto, el 2 de Diciembre de 1823, el presidente de la República norteamericana, Mr. Monroe, remitió al Congreso su séptimo mensaje anual, en cuyo documento se expresaba de esta suerte: «Respecto á los acontecimientos de aquella parte del globo con la que estamos en continuas relaciones, y de la que se deriva nuestro origen, es notorio que siempre nos inspiraron el mayor interés, por más que no hayamos sido sino meros espectadores. Los ciudadanos de los Estados Unidos desean sinceramente la dicha y libertad de sus compañeros del otro lado del Atlántico, y si en las guerras de las Potencias europeas no les han prestado auxilio, es porque nuestra política no nos permite hacerlo; sólo cuando nuestros derechos están seriamente amenazados nos preparamos á la defensa. El sistema político de las Potencias aliadas es esencialmente distinto en este punto al de América, y la diferencia procede de la que existe en sus respectivos Gobiernos. A la defensa del nuestro, cuya organización ha costado tanta sangre, tantos tesoros y los esfuerzos de nuestros más ilustres ciudadanos, es á lo que se consagra principalmente toda la nación, pues bajo el sistema que nos rige, disfrutamos de un envidiable bienestar. *En consideración, pues, á las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y esas Potencias, debemos declarar que consideraríamos toda tentativa de su parte que tuviera*

por objeto extender su sistema á este hemisferio como un verdadero peligro para nuestra paz y tranquilidad. Con las Colonias existentes, ó posesiones de cualquiera nación europea, no hemos intervenido nunca, ni lo haremos tampoco; pero tratándose de los Gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, la cual respetaremos siempre (1), *porque está conforme con nuestros principios, no podríamos menos de considerar como una tendencia hostil hacia los Estados Unidos toda intervención extranjera que tuviese por objeto la opresión de aquél.* En la guerra entre esos nuevos Gobiernos y España, declaramos nuestra neutralidad cuando fueron reconocidos, y no hemos faltado ni faltaremos á ella mientras no ocurra ningún cambio que, á juicio de autoridades competentes, obligue á este Gobierno á cambiar su línea de conducta.

»Los últimos acontecimientos ocurridos en España y Portugal demuestra que no se ha restablecido aún el orden en Europa; y la prueba más evidente de esto es que las Potencias aliadas han creído conveniente, con arreglo á sus principios, intervenir por la fuerza en los asuntos de España. Hasta qué punto podrá llegar esa intervención es cosa que interesa saber á todas las naciones independientes, hasta las más remotas, y, sobre todo, á los Estados Unidos. La política que con Europa nos pareció oportuno adoptar desde el principio de las guerras en aquella parte del globo, sigue siendo la misma, y se reduce á no intervenir en los intereses de ninguna nación, y á considerar todo Gobierno *de hecho* como Gobierno legítimo, manteniendo las relaciones amistosas y observando una política digna y enérgica, sin dejar por eso de satisfacer justas reclamaciones, aunque sin tolerar ofensas de nadie. *Pero tratándose de estos Continentes, las circunstancias son muy distintas; no es posible que las Potencias aliadas extiendan su sistema político*

(1) De la manera como los Estados Unidos han cumplido esta promesa pueden dar fe Méjico, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, y últimamente Colombia.

á ninguno de aquéllos sin poner en peligro nuestra paz y bienestar, ni es de creer tampoco que nuestros hermanos del Sur quisieran adoptarlo por su propio consentimiento, prescindiendo de que no veríamos con indiferencia semejante intervención. Comparando la fuerza y recursos de España con los de esos nuevos Gobiernos, aparece obvio que dicha Potencia no podrá someterlos nunca; pero de todos modos, la verdadera política de los Estados Unidos será respetar á unos y á otros, esperando que otras Potencias imitarán nuestro ejemplo.»

Es decir, que los Estados Unidos no sólo habían reconocido la independencia de los nuevos Estados, sino que hacían imposible que España intentase recobrar su soberanía en la América por ella descubierta. Es más: ni siquiera cabía pensar en llevar á la práctica la idea consignada en el *Tratado de Córdoba*: el erigir allí Tronos independientes para infantes españoles, porque el Gobierno de Washington declaraba que toda tentativa de extender el sistema de gobierno europeo á aquel hemisferio lo consideraría como un peligro para su paz y tranquilidad.

No obstante esto, como generalmente la historia contemporánea de España ha sido estudiada en las obras parcialísimas de los escritores franceses, ha sido hasta ahora muy común el atribuir á Inglaterra en la pérdida de las colonias españolas una responsabilidad que en realidad no le alcanza.

Lo que Inglaterra hizo en aquella ocasión lo han dicho con bastante claridad los hombres de Estado ingleses, y lo han dicho en ocasión en que ningún interés tenían en ser agradables á España.

En efecto, en la sesión celebrada por la Cámara de los Comunes el 8 de Febrero de 1830, sir Robert Wilson dijo que tenía que hacer algunas preguntas al secretario del Interior, relativas á la conducta observada por el Gobierno en los acontecimientos últimos entre España y Méjico, porque la reputaba de muy seria trascendencia al ejercicio del poder británico como nación y á la justa opinión de la buena fe de ésta. Las

preguntas fueron: 1.ª, si debía continuar la prohibición impuesta por los ingleses á Méjico y Colombia de atacar á Cuba; y 2.ª, si en el caso de mantenerse vigente, debía comprenderse en ella á España por lo que respecta á Cuba y Puerto Rico, considerando á estas islas y á las Repúblicas de la América del Sur, respectivamente entre sí, como territorios rigurosamente neutrales. Desarrollando su pensamiento, dió por sentado Mr. Wilson que cuando Méjico y Colombia trataron de atacar á Cuba en época en que sus fuerzas marítimas eran superiores á las de España en aquellos mares, el ministro Canning hizo saber á los enviados de dichas Repúblicas que Inglaterra no lo podía consentir; que habiendo preparado España expediciones contra ellas, dichos enviados representaron al Gabinete británico, pidiendo su protección, que no obtuvieron, así como no pudieron lograr después que el almirante inglés estacionado en Cuba impidiera la salida de dicha isla de la expedición mandada por Barradas, que fracasó, lo cual no impidió al Gobierno español proyectar otra, causando esto—dijo—muchos daños á las Repúblicas y á la Gran Bretaña, y dando lugar á que aquéllas se quejasen del equívoco comportamiento de Inglaterra.

Peel, que desempeñaba el Ministerio del Interior, contestó á Mr. Wilson que había procurado repasar los antecedentes de este negocio, pues en el día anterior tuvo que hablar casi de memoria, y que podía asegurar no haberse equivocado en lo substancial de sus aserciones; que, en efecto, Mr. Canning, al ver en 1823 el estado de los negocios entre España y sus colonias, había declarado que *Inglaterra no resistiría las tentativas que aquélla hiciera para restablecer su autoridad en ellas, y que en el caso de suscitarse alguna guerra se conservaría neutral;* que de la intimación que se suponía hecha por Inglaterra á Colombia y Méjico de oponerse á sus proyectos de ataque contra Cuba y Puerto Rico, *nada se hallaba por escrito, de lo que se infería que hubo de ser verbal;* que en 1824, antes del reconocimiento hecho por Inglaterra, Canning había ofrecido

garantir á España la isla de Cuba, con tal que se aviniera á entrar en negociación con las Américas sobre la base de su independencia; que así como Inglaterra, los Gobiernos de los Estados Unidos de América y de Francia parecieron dispuestos á mantenerse neutrales, y *deseaban que Cuba y Puerto Rico quedasen sujetos al dominio español*, y que, por de contado, *Inglaterra no consentiría nunca que estos puntos salieran de manos de España á poder de ninguna de las grandes potencias del mundo*; que el Gobierno de S. M. B. estaba altamente interesado en el bienestar de la América del Sur, la cual sólo con la tranquilidad y el concierto en los negocios interiores podría burlar los ataques exteriores; y que si persistía España en la idea de hacer la guerra á sus colonias, la política de Inglaterra se ceñiría: 1.°, á hacer cuanto estuviera de su parte para llevar á cabo una amigable terminación de la contienda, objeto tan interesante á América como á la Gran Bretaña; y 2.°, que si, á pesar de todo, se llevasen á efecto las hostilidades dirigidas á reintegrarse España de sus colonias, el Ministerio no tenía dificultad en declarar públicamente, en nombre del Gobierno de S. M., que en cuanto lo llevaban las leyes y las operaciones de una guerra entre naciones civilizadas, mantendría los principios de la más estricta neutralidad respecto á los beligerantes (1).

De las palabras pronunciadas por el ilustre Peel resulta confirmado que Inglaterra impidió que Méjico y Colombia atacasen á las Antillas españolas, y que no sólo lo impidió en ocasión en que dichas Repúblicas tenían probabilidades de llevar adelante su empresa, sino que cuando España preparó expediciones contra aquéllas negó á los nuevos Estados la protección

(1) «Extracto razonado de las sesiones del Parlamento Británico», número II, del día 11 de Febrero de 1830, correspondiente á la sesión celebrada el 8.—Despacho del ministro de S. M. en Londres, Sr. Zea Bermúdez, al ministro de Estado, D. Manuel González Salmón; fecha, Londres, 12 de dichos mes y año. Utilizamos la traducción hecha por la misma Legación.

que demandaban. Si en esto hubo parcialidad, no fué, ciertamente, en contra de la nación española. Pero hizo más: no se contentó con declarar que permanecería neutral en la lucha entre las colonias emancipadas y la antigua Metrópoli, sino que afirmó solemnemente, á la faz del mundo entero, que *no consentiría* que Cuba y Puerto Rico pasasen á poder de cualquiera de las grandes potencias, y que deseaba que continuasen sujetas al dominio español. En realidad, no podía hacer más, porque cualquiera otra tentativa encaminada á colocar de nuevo bajo la soberanía española las antiguas colonias carecía de toda probabilidad de éxito.

Además, la ceguedad de los políticos españoles impidió á éstos apreciar á su debido tiempo la realidad de las cosas y utilizar en la única forma posible y en el momento oportuno el concurso de Inglaterra. Si en 1812 se hubiese aceptado la mediación inglesa en las condiciones en que la propuso el Gabinete de Londres, cuando menos se habría dilatado el desenlace. Pero se creyó que era un sacrificio inmenso el otorgar la libertad de comercio mientras durase la mediación, y no se comprendió que, rechazada ésta, iba Inglaterra á gozar de hecho y gratuitamente de todas las ventajas que se le negaban. Se desaprovechó aquella oportunidad, y ya no se volvió á presentar.

Claro es que no faltaban en el Reino Unido quienes resueltamente simpatizasen con los disidentes, y es evidente que esta corriente de opinión hubo de crecer á medida que se afirmó la existencia independiente de los nuevos Estados. Por esto, cuando se conoció en Londres el mensaje de Monroe, lord Brougham y sir James Mackintosh declararon en el Parlamento que, á sus ojos, la cuestión de las colonias españolas estaba resuelta, y que todos los amigos de la libertad en Europa debían felicitarse; añadiendo el segundo que su más vivo deseo era que Inglaterra y los Estados Unidos marchasen siempre de acuerdo y defendiesen juntos la causa de la libertad y de la justicia; pero aun esto se explicaba por el

gran interés que la Gran Bretaña tenía en la libertad de comercio. No estará exenta de culpa; pero la responsabilidad de Inglaterra ante España no es, aunque se haya querido hacer creer lo contrario, como la de los Estados Unidos y como la de Francia. Emisarios de ésta fueron los primeros y principales agentes de la insurrección, los cuales encontraron en el territorio de la Unión todo género de ayuda y protección, no debiéndose olvidar que poco antes de leer Monroe su Mensaje se había organizado en Nueva York la expedición Decaudray (1822), cuyo objetivo era apoderarse de Puerto Rico. La opuesta conducta de Inglaterra y de los Estados Unidos se puso más de relieve en las negociaciones seguidas para fijar el porvenir de Cuba.

En cuanto á la Santa Alianza, su acción fué totalmente contraproducente: ninguna ventaja produjo á España, y en cambio sirvió de pretexto á los Estados Unidos para proclamar la doctrina de Monroe.

En resumen: al desaparecer el régimen constitucional no había el menor fundamento para abrigar esperanza alguna de que pudiera conservarse el antiguo imperio colonial, que de hecho era ya independiente.

Jerónimo Bécker

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

INOCENCIO X

Mostraba entonces una majestuosa presencia; contaba sesenta y cinco años, y tenía, según Ameyden, «la voz, el color y la marcha de un joven», gracias á su vigorosa naturaleza. Su juventud no fué sobrecargada por el estudio; ahora hacía vida muy activa, era incansable andarín, y se reía de las advertencias de sus médicos (*voi avete sempre pauva*). En el retrato de Mignard llamó la atención cuán felizmente reprodujo el autor á este viejo sin vejez (1). Después del aristocrático retraimiento de su predecesor Urbano, un fino florentino con gustos y necesidades refinados, regocijóse Roma con un pontífice cuyo recreo consistía en dar frecuentes audiencias colectivas (en el jardín del Quirinal). Describe al embajador con viva alegría la peregrinación que el día 27 de Mayo le acompañó al salir de la Chiesa nuova con ensordecedoras aclamaciones. Si bien saturniano y á veces hasta mezquino, era con las personas de su intimidad liberal, expansivo y aficionado á las bromas y epigramas. Había llegado á la silla pontificia por la diplomacia y la nunciatura, en las cuales un natural reservado le dió apa-

(1) Mignard s'attacha à rendre heureusement, outre une ressemblance parfaite dans les traits du Pontife, le caractère de cette vieillesse forte et vigoureuse qui n'a pas rien de vieux. *La Vie de Mignard*, par l'abbé de MOUVILLE: Amsterdam, 1731. 21.

riencias de profundo (1). Escéptico y desconfiado en sus juicios sobre las personas, nada precipitado en sus conceptos, era terco y resistente en los negocios. En las cuestiones públicas señalóse su pontificado por el desistimiento de la política agresiva de sus antecesores y por la adaptación á las nuevas circunstancias. No tenía nada de militar, pero la ironía del destino le llevó á hacer uso de los cañones de los Barberini. Su temperamento manifestóse en aquella explosión de la cólera papal, digna de los mejores tiempos, en la «guerra de Castro» (1649). Esta campaña fué ocasionada por el alevoso asesinato de un obispo colocado contra la voluntad del duque de Parma. Aprovechó la ocasión para arrasar una fortaleza que no convenía á los Estados pontificios. En su lugar se erigió una columna con la inscripción: *Qui fu Castro.*

El cuadro de su carácter le completaba el fuerte sentimiento de familia italiano. Y aquí vemos que la única persona que gozaba del nepotismo de rigor era una mujer: la viuda de su hermano, Olimpia Maidalchini, mientras los tres sobrinos sucesivamente elevados pronto estuvieron fuera de servicio. Doña Olimpia era una mujer de energía é inteligencia varoniles (si bien su ciencia política sólo la había aprendido en la conversación); no poseía de las cualidades femeninas más que una ambición y concupiscencia insaciables. Al cuñado, de natural un tanto indeciso, le había servido de acicate y guía en su afortunada carrera; el agradecimiento y la costumbre le ligaban á esta mujer, á causa de la cual había caído sobre él buena dosis de epigramas.

Este era el príncipe, cuyos rasgos, todo el que haya estado en Roma llevará imborrables en su imaginación, merced al retrato de Velázquez.

Los contemporáneos excedíanse en la descripción de su fealdad. Formas bastas, ancha y pesada frente, la mirada de

(1) Mgr. Pamfilio, cupo e riservato sopra tutti gli homini del mondo. Lunardo Moro: Madrid, 21 Junio 1626. Ameyden: Diario 27 Mayo 1649.

sus profundos ojos recelosa y casi siniestra, nariz innoble, boca ordinaria, la piel de la cara ajada por el vicio, barba espesa, algo por naturaleza grosero, que la edad hacía más repulsivo. Cuando Guido pintaba en San Pedro la historia de Atila y el Papa Inocencio X, entonces cardenal Pamfili, le regañó en la Congregación por su negligencia, hubo de dar el pintor, en venganza, á la cabeza de Satán bajo los pies de San Miguel, en la iglesia de los Capuchinos, los rasgos de Su Eminencia. Según Malvasia, Guido se incomodó por este ruido que corría, y protestó de su inocencia. Si las gentes creían ver á monseñor en las facciones del diablo, no era culpa de su pincel (1). En el Cónclave de 1645 se protestó á causa de esta apariencia demoníaca de su elevación á Padre de la Cristiandad (2). Muy admirado quedó Velázquez que le tocase en suerte, después de haber pintado la más siniestra de todas las cabezas de ministro y tantos insignificantes tipos de príncipes, pintar en Roma la cabeza más antipática de todos los sucesores de San Pedro.

Pocos retratos y aun pocos cuadros existen que se apoderen tan rápidamente del espectador, de cualquier clase que sea. Sólo se necesita sentarse un cuarto de hora al lado del retrato para ser testigo de ello. De aquellas facciones deformes brota una mirada de los ojos grises, más fuerte que la encendida púrpura y el oro brillante. Cualquiera cree, si observa aquella cabeza largo rato, que el hombre le va á perseguir en sueños.

En el interior del ángulo ocular está indudablemente el

(1) Che non sareble egli stato tanto temerario a mandare una cosi insolente satira in Roma, massime contro si gran saggetto, quale, se per la sua defformità incontrava in quel zeffo diabolico, non era colpa del penello. MALVASIA: Felsina pittrice II, 35. Passeri dice en cambio que el original era el cardenal Espínola, con el cual había regañado Guido por 400 escudos.

(2) Un huomo, il piú difforme di volto, che fossi nato tra gli huomini, per non dir tra Romani... quel suo aspetto satirico saturnale ruvido, e bruttissimo lo facea riputare per uno spirito contumace, onde dicevano alcuni, che non era bene di creare un Padre universale, etc. LETI: Vita di cl. Olimpia, p. 24. 66.

polo magnético de aquella cabeza. En él reside el más profundo punto de sombra; allí inciden las arrugas pensativas de la frente y la depresión de las cejas, y á su lado brilla el centelleante espejo de los ojos. Allí también reside el rasgo de vivacidad, el nervio juvenil del anciano, el contacto espiritual con el espectador; en ese instinto de observación de los hombres, tan poderoso en el viejo, en la voluntad de ver las cosas él mismo al través de la apariencia que las prestan las inspiraciones ajenas y los efectos preparados. Así mira un hombre que penetra á todo el que se le acerca queriendo subyugarle, porque se espera de él definitivas resoluciones. Esta mirada tiene sus raíces en el carácter del viejo político receloso y reservado, «el cual siempre fué incomprensible» (1); explica el hombre entero; esta mirada tiene como el retrato algo eminentemente papal.

Los pintores no pueden permanecer indiferentes ante este retrato. *¡Come esce fuori quella mano!—¡Pittor molto moderno!*—Pero lo que impone no es el refinamiento manifiesto ni las mañas del práctico experimentado, sino la ausencia de dichos refinamientos; no la armonía de los colores, sino el efecto logrado con la menos favorable distribución de los mismos; la carencia de todo plan premeditado con que se ha alcanzado la meta de todo pintor de retratos. *Pare sporcato cosí á caso.* «Está hecho con nada, ¡y ahí está! Es para darle un tiro.»

Las causas de esta impresión no fueron sólo las cualidades generales del pintor, aquí más poderosas por el encanto de la novedad. El retrato era, comparado con todos sus anteriores trabajos, pintura improvisada. Además, él solía retratar á personas á quienes veía á todas horas. Pero esta vez sólo conocía á su modelo de verle de lejos y en breves momentos de audiencia; el estudio de las facciones debió ser hecho en el escaso tiempo en que le fué concedido sentar á Su Santidad delante del caballete.

---

(1) Il quale fu sempre inesplicabile. G. B. Passeri: l. c., 221.

De aquí algunas vacilaciones, desarmonías, solecismos técnicos; la imagen demuestra la lucha con las dificultades ópticas. A veces están empastados los colores sobre los laques. El encaje se mueve sobre la sobrepelliz, completamente blanca. Se notan *pentimenti* en las manos. La derecha con el anillo, pendiente sobre el brazo del sillón, estaba antes más recogida; aun se ve la sombra de los dedos antiguos, que están cubiertos en parte con blanco, y en parte sirven de tonalidad media para los nuevos, que están pintados con un tono de carne luminoso. Esta mano produce tal efecto plástico por el fondo blanco deslumbrante, y quizá también por su contorno indeciso.

La izquierda con la carta (1) está más acabada; sin embargo, parece corregida posteriormente, y es algo vulgar en la forma.

A este apresuramiento debe el cuadro algo de su efecto: el encanto de la inmediatividad. Es el agolpamiento de todas las fuerzas de observación y representación en pocas horas. Como los mármoles de aquellos escultores que sin modelo trabajaban la piedra, parecen otros que aquellos hechos á cada momento con ayuda del compás y escuadra. Algunas veces pueden equivocarse, pero consiguen trazos que sólo en el fuego y en el peligro se logran.

Para juzgar del parecido poseemos buen material en señaladas obras plásticas de escultores romanos que en tranquila y segura ejecución nos ofrecen garantía de seguridad. Las ya citadas estatuas de bronce de Algardi en el Palacio Conserva-

(1) La inscripción dice:

Alla Santtà di Nro Sigre:
Innocencio X.°
Per
Diego de Silva
Velázquez de la Ca
mera di S. M.ta Catt.ca

Abajo hay unas letras borradas.—Dim.: 1,40 × 1,20.

torio eran consideradas en el siglo XVIII como las mejores estatuas de Papas (1). Además, los bustos de mármol en la Galería y el bronce dorado de Bernini, con el busto de pórfiro en el palacio Doria y los bronces en South Kensington Museum, la estatua de mármol de su monumento en Santa Inés, la colosal terracota en Bolonia. Los bustos del Hospital de Santa Trinita de Pellegrini, esculpidos en el mismo año de 1650, fueron fundidos en tiempo de la revolución.

Y aquí se ofrece ahora una curiosa observación. El que haya conocido por Velázquez la persona del Papa hallará que dichos bustos no armonizan en manera alguna con la idea que se haya formado del personaje.

En el cuadro créese reconocer una cabeza de gruesa osatura y bastante cubierta de carnes; la mandíbula inferior, algo saliente, dando una apariencia de orgullo y rigidez que con la escrutadora mirada y el tono fuertemente rojizo de la cara, forma un conjunto nada agradable. La expresión de un temperamento sin freno hace creer en un intelectual. Podíamos imaginar esta cabeza bajo un sombrero chambergo, con coleto de ante, espada al cinto, como oficial de la guardia en la guerra alemana. También un biógrafo, en su revista de los retratos, cree ver en el cuadro «algo grosero, material, trivial: la eflorescencia de pasiones de un temperamento sanguíneo» (2).

Bronce y mármol dan, en cambio, la impresión de un frío flemático de equilibrada inteligencia: el viejo político y canonista. La mirada de la descarnada cabeza gris es tranquila, atenta. En este ejemplar se cree reconocer la escéptica frial-

(1) FIL. TITI: Descrizione delle pitture, sculture, etc., in Roma, página 197. Roma, 1763.

(2) Vi ho ammirato gli occhi viri e la guardatura penetrante, non senza notarvi non so che di rozzo, di materiale di triviale e un' aura di passioni provenienti da complessione sanguigna. CIAMPI: *Vita di Inoc. X*, 200. Igualmente EDWIN STOWE: *Velázquez*, pág. 41. Butthe protrait in metal is suggestive of dignity and high intellectual faculties, qualities wich we fait to discover in the more truthful canvass.

dad del que desprecia á los hombres; en aquél hay un rasgo de *bonhomie*. Inocencio había encanecido en las congregaciones y en los trabajos curialescos cuando subió al Solio.

De esto parece provenir la pronunciada frente sobre las espesas cejas que sombrean los pequeños ojos con un círculo de arrugas, y las mejillas deprimidas. El labio inferior está algo caído; en el cuadro parece lo contrario por un efecto de óptica, pero principalmente por la administración del color: tanto puede éste variar el carácter de la cara; el tinte rojizo inflamatorio no se sospecha en el mármol.

Los retratos de Papas dejan poca libertad en la elección de colores. El bonete (*camauro*), la muceta (*mozzetta*), el sillón y la cortina dan un conjunto carmesí encendido con insignificantes variaciones de matiz, interrumpido únicamente y á la vez realzado por el blanco de nieve de la sobrepelliz. Aquí se trataba, en medio de tal cantidad de magníficos y poderosos colores, acentuados aún más por los reflejos, de dar interés al rostro para el sentido visual.

Lo cual se dificultaba por la circunstancia de que el color del rostro papal era también rojo (*tinte accesa*). De aquí una desusada unidad en el retrato, que es casi isócrono, y de aquí proviene, sin duda, en parte su rápido efecto á la mirada. Mas el rojo de la cara está subordinado notablemente en saturación y pureza á los otros tonos homogéneos, por lo que esta parte de la piel parece lo menos importante del conjunto.

Porque se ha separado Velázquez esta vez de los en él tan frecuentes matices bajos del rojo. Quizá fué del gusto del viejo señor y de la duquesa de San Martino, la cual se encargaba también del guardarropa de su cuñado y hasta de su lavado mensual (no gratuitamente, por cierto).

El pintor hubiera podido evitar este efecto con un poderoso claro-obscuro; pero pintó la figura casi sin sombra. Un neutral tinte obscuro hubiera sido en este unísono de los colores una pausa bienhechora; el rojo de las telas, encuadrado en un sombreado negruzco, y sólo manifestándose en toda su pureza

en los puntos iluminados, no hubiera perjudicado la impresión de magnificencia.

También hubieran dado alguna fuerza al tono de la cara ojos negros, cejas y barba del mismo color; pero el Papa, de setenta y seis años entonces, hacía largo tiempo que había encanecido. ¿Quiso el pintor suavizar el rojo de la cara por esta saturación desusada del resto? En ese caso se equivocó. El mismo blanco deslumbrante de la *camice* le es al rostro y á sus luces sobre frente, nariz y mejillas perjudicial, dándole más brillo que relieve. Ya Richardson notó que se despega de la cara. Censuró que el lino de la sobrepelliz no fuera transparente (1).

También Rubens, en su retrato, por ejemplo, del abad premostense Mateo Irselins (Galería de Copenhague, 304), modeló la faz sobre el fondo rojo del paño casi exclusivamente con el mismo rojo. Quizá para hacer desaparecer el tinte cadavérico del retrato, hecho después de muerto.

Es interesante comparar lo que hicieron otros pintores de Papas en este caso. Rafael tuvo, como Velázquez, que pintar al Papa más feo de su siglo. Su retrato de León X es un ejemplo clásico de cómo se puede encubrir la fealdad y disimularla por medio de la dignidad y la majestad. Pero á él le era en cierto modo más fácil hacerlo. Al tono amarillento obscuro, ojos y cabellos negros de los Médicis le era favorable el rojo vivo y matizado de alrededor; sólo necesitó dar más fuerte sombra á las púrpuras y entonar el conjunto con negro, alcanzando así el más adecuado ambiente para la cabeza y el cimiento de una obra maestra de colorismo. Por esto dió Rafael á la figura del Papa como fondo la pared de la habitación, de modo semejante á como Van Dyck rompió la tonalidad del

(1) Ce Maître n'a pas eu soin de peindre le linge transparent; ce qui est non seulement naturel, mais aussi qui l'unit par là au reste: au lieu que dans celui-ci ce n'est qu'une tache choquante, qui détourne nécessairement la vue de dessus le visage. *Traité de la peinture*, III, 562. Amsterdam, 1724.

traje cardenalicio, del techo y de la cortina abriendo las columnas.

Otro camino escogió Maratta en su retrato de Clemente IX (Ermitaje, 307). Este excede en la pompa de los accesorios al nuestro, pero todo está calculado con arte refinadísimo para relieve del rostro. El Papa Rospigliosi tenía un rostro pálido, tímido, nervioso, ojos claros, grandes y vivos y barba gris. Maratta cambió los colores en consonancia con estos tonos; la cortina, por ejemplo, es gris violeta, que cuadra muy bien con la palidez del rostro; la púrpura de la *mozzetta* quebrando fuertemente el rojo con gris; el rojo parte su sitio con el oro.

Se puede hacer el experimento del efecto que hubiera producido la cabeza de Inocencio X en otro ambiente más en armonía, y por cierto en un ejemplar del mismo retrato, en Apsley House; aquí es el fondo un pardo negruzco, y la muceta del Papa tiene un tono rosa apagado. Las tres notas próximas: la muceta rojiza, encendida, el cuello pálido, y el color de la cara, en vez de perjudicarse se activan mutuamente. Si bien la encarnación es la misma que en el retrato de Doria, aquí queda á un lado, por la supresión de la cortina roja, el desagradable efecto deslumbrador. El color de la piel parece sobre el fondo obscuro, bajo el luciente rojo, más delicado del bonete, y al lado del toque de violeta del cuello, más caliente. El lino blanco del cuello produce un feliz efecto aislador. La plástica de la cabeza gana mucho.

El Papa regaló al pintor, en testimonio de su aplauso, una cadena de oro y una medalla con su retrato. Esta distinción figura mencionada en el epitafio de Velázquez (1). Sólo fué compartida por Algardi cuando fundió su estatua; de la cadena pendía la cruz de la Orden de Cristo.

---

(1) Cum ipse pro tunc etiam Innocentij X. Pont. Max. Faciem coloribus mire expresserit, aurea catena pretij supra ordinarij eum remuneratus est, numismate gemmis caelato cum ipsius Pontif. effigie insculpta, ex ipsa ex annullo appenso. PALOMINO, III, 353.

También se cuenta (1) que el pintor rechazó el regalo que le presentaba un mayordomo diciendo «que el rey su señor le pagaba de su propio bolsillo», lo cual hizo reir al Papa. Le pareció sin duda correcto que el pintor real no aceptase dichos honorarios. Precisamente en la corte de Roma evitó todo aquello que pudiera desdecir del *pundonor* del hidalgo español y que pudiera suministrar armas contra él.

El cuadro pasó, al agotarse la casa de Pamfili (1760) con la primogenitura, á la Doria Landi. Desde largo tiempo ocupó el sitio de honor en la *tribunetta* de la Galería del Palacio del Corso, frente al Andrea Doria de Sebastián Piombo, el cual se aproximó al Ticiano en este cuadro mucho.

Gran resonancia halló entonces en el mundo de artistas de Roma, donde el odio al extranjero era menos marcado que en otras partes (2). Palomino dice sobre este cuadro: «Nuestro Velázquez fué á Italia; pero no fué á aprender, sino á enseñar, pues el retrato del Papa Inocencio X fué el *pasmo* de Roma; todos lo copiaban para estudios y lo consideraban como una maravilla» (3).

Aun en tiempo de la escuela de los Mengs-David escribe Salvatore Tonci (1794): «El retrato es un golpe fatal para sus vecinos; el magnífico Guido que hay debajo (María adorando al niño) parece á su lado un pergamino» (4). Reynoldo lo llamaba el más hermoso cuadro de Roma, y lo copió (5).

El catálogo americano menciona diez y seis copias y duplicados, los cuales se han tomado por reproducciones originales

---

(1) Description of HOUGHTON HALL. Londres, 1747, pág. 63.

(2) Roma che gradisce più i forestieri, che i propi figlinoli. PASSERI, 424.

(3) PALOMINO: Museo Pictórico, II, 63.

(4) Descrizione ragionata della Galeria Doria. Roma, 1794. 162.

(5) It is here the famous portrait by Velazquez is which Sir J. Reynolds pronunced the finest picture in Rome. This and the St. Michad of Guido was, they say, the only ones he condescended to copy. Diary of TH. MOORE, ed. by Lord John Russell. London, 1853, III, 62.

ó bocetos. El primer Velázquez en el catálogo de subastas fué uno de estos Inocencios (Londres, 1725).

También es posible que el pintor copiase su cuadro al menos para el rey y guardase á tal fin un estudio. Cuenta Palomino que llevó á España una copia de su propio pincel. Una media figura de tres pies de alto aparece en el inventario del nuevo palacio de los Borbones, donde la vió Cean Bermúdez (1). Este es el busto de Apelez House (31″ × 27″). El gran cuadro en el Real Palacio de San Lorenzo es de otra mano, si bien la figura corresponde con el de Doria. El Papa, aquí en figura entera, en zapatillas granate, está sentado en su despacho; al lado suyo está de pie un anciano prelado con mirada severa y odiosa, frente calva y nariz fuertemente arqueada. En la pared hay un armario de caoba con seis cajones; encima un reloj dorado bajo un fanal; también hay un retrato de un monje cargado de espaldas, rosario y cruz en la mano. Se atribuye á Pietro Berettini (2).

El busto de la Galería Wellington pertenece al botín de Vitoria. Recientemente se le ha declarado como un estudio completo del natural, si bien ni el fondo ni los ropajes son auténticos. Le Brun habla en su *Recueil* de un ejemplar análogo, pero más pequeño, en croquis. Le descubrió el caballero d'Azera, el amigo de Mengs (cuya colección compró Le Brun en Madrid de los herederos) en Roma; según Ponz, la cabeza es un estudio para el retrato Doria (3). Los bustos fueron pin-

(1) Un retrato del Papa Inocencio 10, de medio cuerpo, de vara de alto y poco menos de ancho, original de Velázquez. Inventarios de 1772 y 1789, entonces en el oratorio del Buen Retiro, tasado en 4.000 reales. Procede de la Galería Ensenado.

(2) En el catálogo del Escorial de Pobró (Nr. 542, 7′ 7″ 7″ × 6′) se le titula Urbano VIII; sobre la carta se lee, como en la copia, Alla Sta. di N.° Signore | Por | Pietor Martire Neri.

(3) Halló también la cabeza de León X, que se estima por la primera que pintó Velázquez para el célebre cuadro, etc. Ponz, Viaje XIV, 56, 1778. Le Brun, Recueil de gravures au trait. París, 1809, II, 21, 26″ × 21″.

tados por Camail ó por otro. En la subasta (1810) alcanzó sólo 1.050 francos.

El diseño de la Houghton Galerie, hoy una de las primeras perlas del Ermitaje imperial (1), este asombroso lienzo, el cual basta por sí solo para dar una idea del espíritu de Velázquez, fué considerado por mí en la primera edición como una ingeniosa reproducción original. Esta opinión fué rechazada por los biógrafos españoles basándose en la fotografía de Braun, «porque tal espontaneidad, relieve y carácter sólo pueden obtenerse del modelo vivo» (2).

Mas para saber cómo pintaba Velázquez del modelo vivo debemos ver el rey Felipe IV de la Galería Hamilton (pág. 41 y siguiente). Es otra cosa completamente distinta. Lo que en el original hace por trozos y mosaicos y anima con toques (3), en las copias lo hace de un rasgo. Esa pincelada grande y segura, esa sumaria unidad en el tono y en el toque, esa creación espiritual, sólo la encuentra el retratista cuando, en guerra con el original, ha conseguido apoderarse completamente del modelo. Entonces pinta con pincel atrevido y lleno, inmediatamente sobre el efecto total y acabado (4).

Después de este triunfo de primera línea, todos en Palazzo querían ser retratados por Velázquez. Palomino cita á Donna Olimpia, al cardenal Pamfili, á monsignor Camillo Massimi, camarero de Su Santidad (el cual pareció confundir con el pin-

(1) Ermitaje, Nr. 418; 0,49 × 0,41. In Mezzotinto de Valentin Green, año 1774.

(2) A. de Beruete: Velázquez, pág. 120.

(3) De Piles: Cours de peinture, París, 1766, pág. 227.

(4) Una buena copia de mano extraña, la mejor de todas, está en la Galería de Lord Bute, en Londres. Reproduce bien la deslumbrante púrpura, el brillo y el porte, pero en lo demás se ha traducido el ditirambo del español en una amplificada prosa. La cabeza de Lansdowne House es una obra de manufactura vulgar; la cabeza del Palacio Corsini, en Roma, una copia de la escuela romana de entonces. El barroco retrato de Chiswick House, posesión del duque de Devonshire, parece el trabajo de un falsificador que hubiera copiado servilmente la fulgurante magnificencia y el toque ligero de Velázquez á su modo.

tor Massimo Stanzioni, llamándole *insigne pintor*), el mayordomo abate Hippolyt, el barbero del Papa Miguel Angelo, Fernando Brandano, Jerónimo Bibaldo y la pintora Flaminia Triunfi. Y no eran éstos sólo, pues omite los que quedaron en diseño. Estos fueron pintados con amplio pincel, y en la *valiente* manera de Tiziano.

Hasta ahora no ha aparecido ninguno de ellos.

LOS ANTIGUOS

Mientras tanto Velázquez no perdía de vista sus encargos, la elección y modelado de los antiguos para las nuevas salas del Alcázar de Madrid. Dió la casualidad que justamente en aquel año se inauguró el museo de antigüedades de la ciudad de Roma. El 9 de Marzo hizo Inocencio X su primera y solemne visita al Capitolio, para inspeccionar el casi terminado palacio del *Museo Capitolino*.

En este momento crítico, cuando con la paz de Westfalia se cerró el período de las guerras religiosas, manifestáronse en la corte pontificia aspiraciones que debían hacer de Roma, en otros aspectos, el punto de atracción y de reunión del mundo culto. Mientras que en el período de la contrarreforma se había excitado la enemiga contra la antigüedad pagana, manifestóse ahora en aumento la munificencia pontificia, en la conservación é instalación de este inapreciable monumento pictórico confiado al mismo.

No era nuevo el pensamiento de erigir sobre el Capitolio, donde desde el siglo xv puede decirse que existía, el relicario de la antigua Roma. Remontábase al tiempo de Paulo III Farnesio, en que Miguel Angel erigió, en medio de la plaza, la estatua ecuestre de Marco Aurelio (1538). Su plan era poner enfrente del palacio medioeval del Conservatorio, el cual se apoyaba en la colina del templo Júpiter Capitolino, un edificio igual en la falda de Ara Coeli. Ambos palacios venían á estar en dirección algo oblicua al antiguo del Senatorio sobre

el Tabularium; por la modernización de las fachadas de los dos antiguos edificios, debía armonizarse el conjunto. El palacio Conservatorio ya había sido renovado bajo Clemente VIII, por Tommaso de Cavalieri y Giacomo del Duca, así como la fachada del palacio del Senatorio, éste por el mismo Girolamo Rainaldi, al cual ahora Inocencio X había encargado el edificio del Museo en el Ara Coeli (1). Hasta entonces no se había hecho más que desmontar y cimentar (2). Uno de los primeros actos de gobierno del nuevo Papa fué activar la edificación del segundo palacio. Entonces se llamaba el Museo *la fabbrica nuova del popolo romano*. La ciudad decidió (1645), en acción de gracias, erigirle una estatua de bronce en vida frente á la de Urbano VIII. Pero este trabajo de Algardi exigía muchos años, por lo que provisionalmente se sacó de los subterráneos del palacio Senatorio la estatua de Paulo IV Caraffa, derribada por el pueblo romano, y se completó con la cabeza y manos correspondientes (3).

El recinto del nuevo Museo parecía por el momento que iba á quedar algo vacío, pues los Pamfili y demás grandes familias habían necesitado los antiguos para decorar sus espaciosas villas; sin embargo, se había dado un gran paso con crear un asilo que debían poblar los ilustrados Papas del siglo XVIII. El fundador de la colección actual es Clemente XII.

Según el catálogo de Palomino (*Museo*, III, 337-340), Velázquez hizo sacar los moldes de 32 estatuas, y además muchos retratos de romanos de figura entera y bustos, junto con la cabeza del Moisés de Miguel Angel.

En primer término figuran las estatuas de Belveder: Lao-

(1) G. B. PASSERI: *Vite de'pittori*. Roma 1772, p. 222.

(2) Diario de AMEYDEN, I, Dic. 1646. Domenica passata 13, corrente, il Papa dopo desinare andò in Campidaglio, à veder la fabrica nuova del Popolo Romano. Cuando este edificio apareció en vistas del siglo XVI, se había anticipado la realización del proyecto conocido. Miguel Angel. V. MUNTZ: *Les antiquités de la ville de Rome*, París, 1886, 151 y sigs.

(3) AMEYDEN: 5 Septiembre 1645.

koon, Apolo el Antinoo (Meleagro), las Cleopatras (Ariadna), la Venus y el Nilo.

El Hércules y la Flora en el palacio Farnesio, ahora en Nápoles.

Una Niobe y el grupo del anillo de la Villa Médicis, en los Oficios.

El gladiador moribundo, el Marte de pie, el Hermafrodita, el Hércules (Germanico) y el Sátiro con el niño de Baco, de la Villa Borghese, en el Louvre.

El gladiador moribundo, el Marte sentado y el Mercurio, de la Villa Ludovisi.

El hombre de la espina, del Capitolio.

La mayor parte de estas estatuas era señalada ya entonces por la voz general como de primer orden; nunca fué el estudio de los antiguos más popular en Roma que entonces, ni su influjo sobre los artistas más decisivo. Basta tener en la mano alguno de los recientes cobres, como, por ejemplo, J. J. Rubens Icones (1645), ó el Perier Segmenta y Icones (Roma y París, 1638 y 1643), con los cuales corresponde nuestro catálogo en su mayor número. De muchas de estas estatuas se debieron tener presentes, durante mucho tiempo, las formas; así Evelyn halló, en 1645, copias del gladiador moribundo en piedra y metal, «esparcidas por Europa».

No pudieron faltar á Velázquez competentes directores y mediadores. Entre las personas de la corte á quienes retrató, hallamos al sabio monsignor Massimi (nac. 162, mur. 1677), más tarde nuncio en Madrid y cardenal. Su fortuna la hizo una colección de antigüedades y monedas, inscripciones y manuscritos que había expuesto en el palacio en las Quattro Fontane. Estas habitaciones eran punto de cita de los sabios y artistas romanos y extranjeros.

El cavalieri Cassiano del Pozzo, familiar del cardenal Barberini, era ya conocido personalmente en la corte española en el año 1626. Su museo de dibujos, monedas, relieves y cuadros era una de las notabilidades de Roma. En él hizo Poussin sus

estudios de los antiguos; en agradecimiento pintó al cavalieri los siete Sacramentos. Los relieves y estatuas de Roma fueron dibujados por P. Testa.

Finalmente, el anticuario y bibliotecario del Papa, Hipólito Vitelleschi, había comprado en el reino napolitano un terreno para hacer excavaciones. Era un entusiasta del carácter de Winckelmann, que hablaba con sus estatuas como con seres vivos, y les recitaba sentencias, versos y discursos.

Estos tres eran juntamente amigos y protectores de Poussin y de François du Quesnoy, los cuales primeramente quisieron fundar su estilo en consciente oposición con el gusto del tiempo, en el estudio de la antigüedad.

Del Colegio de Cardenales no había nadie en más estrecha relación con la corte española que Girolamo Coloma (nació 1604, † 1666; su busto, en la Galería Coloma de Roma). Introducido en la corte por Felipe IV como el abate más joven, obtuvo el grado de magistrado en Alcalá. Más tarde fué llamado por el rey para acompañar á Alemania á la infanta Margarita, casada con el emperador Leopoldo; murió al pisar la costa española. No se sabe si en esta ocasión llevó la más famosa «Apoteosis de Claudio», del Palacio Coloma, ó la tenía ya Felipe IV, la más preciada joya de las obras antiguas poseídas por los españoles.

Las opiniones se dividen respecto al modo como cumplió Velázquez sus encargos en Roma. Según Bellori (1), no sólo hizo los vaciados, sino también fundió los bronces y yesos en Roma. Malvasia llega hasta indicar el coste: 30.000 ducados; según Palomino, sólo hizo los moldes, mientras que los vaciados se hicieron en Madrid, y por cierto que fueron hechos por Gerónimo Ferrer y Domingo de la Rioja, llevados de la Ciudad Eterna á Madrid por Velázquez con este fin. En lo cual conviene también la versión de Passeri.

---

(1) Bellori: Vita di A. Algardi, pág. 399. Malvasia: Felsina pittrice, II, 409. Passeri: l. c., pág. 161.

Los mejores fueron colocados en las nuevas salas, la sala ochavada y el salón grande; otras en la escalera del Rubinejo, más cómoda y directa para Sus Majestades que las otras. Varias fueron á la *Bóveda del tigre* y á la *Galería baja del cierzo.* La torre colocada al fin de esta galería se llamaba del «Hermafrodita». Sobre el retrato de la reina viuda Mariana, en Castle Howard, se ve la estatua del sátiro bailando.

El inventario de palacio de 1686 menciona, por cierto sin más indicaciones, 26 estatuas y 12 cabezas de bronce, 11 estatuas y 10 cabezas de mármol, 31 relieves, 31 estatuas y 34 cabezas de yeso y arcilla, y 12 leones. Los bronces de ambos Leoni se encontraban entonces la mayor parte en el Buen Retiro.

En el nuevo palacio vió Ponz, de bronce, los Hermafroditas, la Venus, el Hombre de la Espina y los Antinoos del Capitolio, el Laokoon y los nuevos Planetas de tamaño grande. Los cuatro primeros pasaron al Museo del Prado con la Ninfa sentada con la concha.

Los yesos pasaron á propiedad de la Academia de San Fernando, fundada en tiempo de Felipe V, donde el mismo Ponz (Viaje V, 261) vió muchos (Hércules, Flora, Venus, Gladiator) deteriorados y restaurados. Rafael Mengs debió encontrar estas mismas formas, pero inservibles, así como los antiguos vaciados. Pues no dice de ellas una palabra en un tiempo en que su más ardiente deseo, «su única alegría entre un pueblo de enemigos» (1) era obtener tales vaciados de las estatuas del Belvedere, de la Villa Borghese y Ludovisi. La colección formada por él en Madrid con ayuda de su amigo

(1) Dice en su correspondencia inédita de Madrid (en mi poder): Le assicuro come avanti Dio che tutto vede, che mai nel mondo ho visuto più humegliato e più aflitto... *vivo privo d'ogni sorte di piacere for di quello di sentire de V. S. che ha aquistato qualche giesso bello...* La gioventu mia passa, senza che io possi meritare fra un Popollo di enemici. Ghelli, 14 Nov. 1768.

Raimundo Ghelli fué devuelta á su partida á la Academia como regalo; y después, cuando estaba en Roma, envió una segunda mucho más importante al rey, su protector.

METELLI Y COLONNA

A más de la compra de cuadros, uno de los principales cometidos de Velázquez era la contratación de pintores decoradores italianos para el Palacio Real.

Ya desde el año 30 el rey había emprendido reparaciones en el alcázar. El viejo palacio, cuyas obscuras habitaciones chocaban á todos los extranjeros, de aspecto en su mitad medioeval, debía reformarse conforme al gusto, á la vida más alegre de la actualidad y al gusto de las necesidades del siglo. Se quería más espacio, claridad y abrir hacia el jardín.

No faltaban arquitectos; la perplejidad empezó cuando se trató del decorado pictórico.

En España no había pintura decorativa. Ni estilo ni artistas. La misma pintura al fresco había caído en desuso con el siglo XVI. Las naves, las bóvedas, las cúpulas, se cubrían con lienzos clavados, casi siempre al óleo. Un expediente que pusieron de moda en el curso de los nuevos tiempos las historias monásticas de Zurbarán y Murillo: la movilidad del lienzo evitaba la pérdida que llevaba consigo la pintura al fresco.

El monarca, amante de las artes, no vió otro camino que convertir su palacio en una galería de cuadros. En lo que alcanzase el tesoro de los venecianos ó las obras de Rubens, que en pocos años le proporcionó un palacio de caza lleno de mitología, pudo estar satisfecho.

Y sin embargo, no se podía ocultar que una pinacoteca no era la forma más confortable para decorar habitaciones de uso diario. ¡Y cuánto espacio quedaba aún después de colocadas todas estas joyas! Velázquez puso en movimiento á todos los pintores de Madrid. Las cuentas contienen nombres que en va-

no buscaríamos en los diccionarios de la pintura, si bien Cean Bermúdez es completo en lo tocante á medianías. El rey eligió, por cierto, para su habitación, cuatro de los mejores: Alonso Cano, Antonio Arias, Francisco Camilo y Francisco Polo. 240 ducados recibió cada uno por dos cuadros que debían estar acabados y en condiciones de colocarse á fin de mes, bajo pena de 30 ducados de multa (1). No podemos formar juicio de estos cuadros perdidos, pero creemos que la orientación realista y falta de fantasía de la escuela española de entonces, que sólo se ejercitaba en asuntos religiosos convencionales, no se encontraba muy á su gusto en la libre pintura poética. Sus fábulas poéticas son algo completamente trivial. Nadie lo advirtió más pronto que el rey. Cuando el mencionado Camilo pintaba las Metamorfosis de Ovidio para la galería del Buen Retiro, no se mostró muy satisfecho y dijo que Júpiter se parecía á Jesús y Juno á la Virgen (Palomino, III, 378). Estos dioses griegos miraban á la española *con semblantes adustos y fieros*. ¿Y qué figura habían de hacer semejantes trabajos bosquejados rápidamente á causa de la inspección real y mal ó nunca pagados, al lado de las salas venecianas? El alegre nieto pudo comparar á menudo los cuadros al óleo que con sus negros marcos entenebrecían sus habitaciones con aquellos otros más alegres y ricos en colores y figuras que su severo abuelo hizo poner en su galería del Oeste.

Los pocos italianos que vivían en Madrid y los españoles por cuyas venas corría sangre italiana (como el dicho Camilo, Félix Castello, etc.) mostrábanse ahora los más apropiados. Angelo Nardi suministró toda clase de asuntos fantásticos para el comedor, alcoba y despacho del rey. Francisco Ricci pintó con Pedro Núñez el nuevo teatro para el natalicio de la joven reina, y á ésta el retrato del rey de España. También Julio

(1) De las actas del Archivo de Palacio en el *Journal*, de París. *L'Art*, 1878, IV, 169, y en el número de *El Día* dedicado á Calderón en 25 de Mayo de 1881, en forma de carta de 25 de Mayo de 1641.

César Semin, débil vástago de una familia genovesa (1), pintó la galería del Oeste sobre el jardín y el *boudoir* del rey «con flores, guirnaldas y niños», pero al óleo y á la aguada.

Así se explican los continuados ensayos de la corte española para traer de Italia pintores al fresco (2); se esperaba que estos trabajos obtuviesen resultado por los esfuerzos personales de los directores artísticos.

Parece que Velázquez concedió á la pintura de muros especial atención, si bien no le gustaba la pintura al fresco (3). Palomino dice (III, 336) que en Génova vió, si bien sólo *de passo*, las obras de Lazzaro Calvi. Este genovés (1502-1595) era un imitador de Perin del Vaga.

Sus fachadas y salas y las de su hermano Pantaleo se encontraban á cada paso, y aun puede darnos una idea del magnífico efecto de los palacios genoveses el viejo palacio Doria, después Spínola (actual Prefectura), donde para Antonio Doria había descrito las hazañas genovesas en grandes figuras llenas de vida (4).

Desde hacía mucho tiempo se habían puesto los ojos en dos fresquistas genoveses que eran alabados como inventores ó complementadores de un sistema de pintura mural, cada uno de ellos á su modo: Agostino Metelli, de Bolonia (nac. 1609),

---

(1) R. Soprani: Vite de pittori genovesi. Génova, 1768, I, 66. Lasció Andrea due figli, Cesare, ed Alassandro, che alla Pittura attesero, e vi rinsciron mediocremente... Costoro padri furono di figli similmente pittori; i quali pero si poco nell'arte paterna s'avanzarono che non avendo in essa nè arrentori, nè stima, dovettero per disperazione abbandonarla (ó emigrar, pudiéramos decir).

(2) Se hacían grandes elogios de esta *cohorte*. Les peintres d'histoire... et Velazquez à la tête de toute cette *brillante cohorte* complétaient, chacun avec son contingent de peinture et de tableaux historiques, profanes ou religieuses, l'œuvre qui devrait faire, non seulement des appartements de Fhillpp IV... de veritables tresors d'art. *L'Art*, loc. cit.

(3) Ambos á dos (él y Mazo) fueron muy enemigos de la pintura al fresco. Martínez: *Discursos*, pág. 119.

(4) Fed. Aligeri: Guida illustrativa per la citta di Genova, 1876, 196.

y Angiolo Michele Colonna, de Ravenna en Corno (nació 1600). Varios príncipes afectos á la Corte eran sus protectores. Así, el duque Franz I de Módena les había confiado algunas habitaciones de su palacio, como el gran patio y la sala principal de su palacio de recreo Sassuolo; durante su visita á Madrid (1638) había hablado de él; también trabajaron en Parma para los Farnesios (S. Alessandro).

Aún hoy podemos formarnos buena idea de lo que hacían por las salas del palacio Pitti (según la sala de los Giovanni di S. Giovanni), ejecutadas en 1638-1644 para Fernando. Se había negociado con ellos en Bolonia. Primero, el Marchese Virgilio Malvezzi (1595-1653, con Gonfaloniere), un erudito y diplomático que el duque de Feria, bajo cuyas órdenes sirvió en Italia, trajo consigo á Madrid (1636). Era amigo de Olivares, individuo del Consejo de Estado, y aun después de la caída de aquél gozó de gran favor con el rey, cuya historia escribió en estilo cortesano. Allí se pintó un cuarto para él. Después trató con aquellos artistas monsignor Girotamo Boucompagni (desde 1651 arzobispo de Bolonia); las dos tentativas fueron inútiles. Pues cuando Metelli en 1644 volvió á Bolonia, de Florencia, dijo: «Salimos con un frasco lleno de colores; volveremos con un saco de piastras».

Velázquez tuvo ocasión durante su viaje de conocer casi todas sus principales obras. En Génova, en el palacio Balbi (hoy Palazzo Reale); en Módena, en donde vivía en la Commedia, y entre los objetos de arte del palacio, volvió á ver el retrato que pintara en Madrid once años antes. En Bolonia, según Palomino, debió de haber visitado á los dos pintores; allí se veían la mayor parte de sus galerías y salas; una de sus mejores obras, el oratorio de S. Giuseppe, ha sido destruído ha pocos años.

Su última obra maestra es posterior á la partida de Velázquez (1656). Finalmente, también en Roma vió uno de sus más delicados trabajos en el palacio Capo di Ferro, comprado hacía poco por el cardenal Belardino Spada y decorado de

nuevo; para su gran sala no encontró, después de muchas reflexiones, nada mejor que nuestros boloñeses, los cuales había conocido como legado.

*
* *

Como quiera que muchos de nuestros lectores oirán por primera vez estos nombres (pues nuestro preceptor artístico sólo contiene el nombre de los pintores decoradores barrocos), no vendrá mal una corta descripción de su estilo.

El sistema Metelli Colonna proviene de una desviación del gusto que sobrecargaba los techos y bóvedas con figuras de un modo absurdo. Acordémonos del fracaso de la cúpula de Florencia. Daban al arte decorativo la dirección de la pintura arquitectónica, transformando las habitaciones, paredes y techos en poéticas perspectivas. Las figuras desempeñaban un papel accesorio. El aplomo de los numerosos sucesores (por cierto, subordinados á ellas) demuestra que habían llegado en tiempo oportuno.

Estaban hartos ya de muchedumbres históricas, en que Italia se había excedido desde hacía siglos. La pintura de cuadratura nunca murió en Italia completamente, pero andaba muy en baja, hasta que Girolamo Curti, llamado el Dentone, la elevó á la categoría de arte. Metelli y Colonna se habían educado como ayudantes suyos. El árbol genealógico de algunos detalles puede remontarse, naturalmente, muy atrás: á la galería Farnesio de Annibal, el cual fué tenido por el primer pintor plástico; á los techos de la capilla Xistina (por ejemplo, los medallones colgados) y á la *camera di sposi* de Mantegna en Mantua.

El conjunto era, sin embargo, nuevo. El pensamiento fundamental de esta pintura, á la cual llamaba el mismo Metelli *veduta*, porque hacía abstracción de la unidad del punto de vista, es una ingeniosa prolongación del techo y las paredes por construcciones figuradas, en la cual parecen los articulados arquitectónicos verdaderos como oscilaciones.

Eran perspectivas estrechas, más bien indicadas que claras y distintas, de luminosas habitaciones, salas con columnas, escaleras, patios, todo en mármoles coloreados, la mayor parte en dirección oblicua al muro. Entre éstas, algunas galerías bajas cubiertas. Una sala dispuesta de este modo se parecía á un Castile al cual se abriesen magníficas habitaciones; el techo se transformaba, merced á numerosas molduras fuertemente perfiladas, en una alta cúpula que se extendía ante la vista como en el Panteón. La arquitectura figurada de las paredes estaba adornada con hornacinas, tablas de bronce y mármol, medallones con relieves, cuyas luces Dentone distribuía con oro.

Las cualidades del cuadraturista debían ser dominio del orden de Vignola (Metelli había pasado de arquitecto á dibujante), de la perspectiva y del relieve (*l'anima della quadratura*, Lanzi).

La impresión de estas superficies habría seducido difícilmente en el espectador, sin el abundante desbordamiento de luces, no obstante, finamente graduadas. Con esto creóse Metelli una técnica sólida y duradera sobre la base de selenita (como en Pompeya) mezclada con cal. Fué tenido en Bolonia por uno de los primeros fresquistas de su tiempo (1).

Para el complemento de la ilusión (poética, se entiende) no se podía prescindir de las figuras vivas; eran distribuídas en determinados sitios. También esto era un recuerdo de los tiempos del imperio romano. Un paje que desciende apresurado por una escalera; una dama que coge una rosa de un vaso; un moro que cuelga un tapiz en una balaustrada; todas estas figuras relacionadas por un detalle cualquiera, por ejemplo, mirando desde distintos puntos de la sala á un papagayo que vuela. Sobre la galería un coro de músicos. En una sala de Pitti aparecía al pie de la escalera el poeta y bufón de la cor-

(1) Los primeros que dieron luz del manejo galante al fresco. PALOMINO: Museo, I, 40.

te, Fagioli. Así, pues, la propia reunión estaba invisible detrás de la habitación. O bien figuras ideales sobre cornisas, ó cojines con flores y frutas, mujeres alegóricas apoyadas en sus tablas en relieve de oro. En San Alejandro de Parma transformóse el edificio de la bóveda, aquí estrecha, en un templete celeste, y se descubría en una loggia: aquí, Moisés con las tablas de la ley; allí, Salomé con la cabeza del Bautista, ó la Virgen visitada por el ángel. Sólo para el azul del techo destinóse un grupo de aladas figuras al estilo de las cúpulas del Correggio. Y así, en la capilla de la guirnalda, la Asunción; en la sala Alexandre de Florencia, la apoteosis del Macedonio; en el Sassuolo, las divinidades del Museo Estense, expresaban la idea de cada habitación y declaraban las alusiones especiales en los relieves y las estatuas. Quizá la perspectiva horizontal no se empleó nunca tan felizmente para las figuras.

En vez de embarazar la superficie se reservaban los grupos para la pequeña abertura zenital; allí la muchedumbre de figuras movidas servía de ponderación al vacío de la cuadratura, y la fantasía, puesta en misteriosa tensión, saludaba en la figura que quedaba en lo alto al genio del lugar, clave del conjunto.

Estos accesorios animados completaban también el efecto de conjunto real y pictórico; diseminados prudentemente, hacían, con sus colores de vida, feliz contraste con el dominante tono de los mármoles, bronces y oro.

Si bien los dos pintores dominaban ambas clases de pintura, la perspectiva y la de figura, sin embargo, se repartían el trabajo. Metelli sólo hacía arquitectura; Colonna, sólo figuras, estatuas, flores, pero según los diseños de aquél. Si bien Angiolo Michele era un hábil y fecundo pintor de historia, como puede verse aún en las iglesias y palacios de Bolonia, poseyó el suficiente conocimiento de sí mismo para limitarse á tales adornos accesorios. Asociados durante veinticuatro años, compartieron honra y provecho.»

Fuera error llamar á este cuadraturismo, barroco (1). Las formas de los detalles son puras; en vez del libre arbitrio desenfrenado, domina la limpia proyección geométrica. No domina aquí el rasgo de lo fuerte, movido ó fantástico; estas superficies respiran belleza y poesía, trayendo á la memoria los palacios encantados de las epopeyas italianas. «Sus perspectivas —dice Malvasia—engañan la vista y parecen transparentes, de modo que en ellas se ve el sol.» En tales recintos se respiraba, la potencia imaginativa se excitaba y sentía libremente, en vez de sentirse cohibida por asuntos eruditos, manoseados ú obscuros. Era una resurrección del buen sentido del arte decorativo.

Velázquez parece ser que llevó á feliz término (al menos en su opinión) las negociaciones con los dos fresquistas, no sabemos si en Florencia ó en Bolonia. Así aparece de la carta de un dignatario de la corte de Módena al duque Franz F. Gumaro Poggi, escrita el 12 de Diciembre de 1650.

«Sereníssimo Príncipe:

»Esta mañana ha estado aquí el Sr. D. Gio Vellaschi, pintor de S. M. Católica, que viene de Roma para volver á España; fué al punto á mi casa para manifestarme su propósito de permanecer aquí hasta la vuelta de V. A. Sr.ma para satisfacer su deuda de volverle á ver humildemente, y la promesa hecha á V. A. Ser.ma de tener el honor de recibir sus órdenes. No he dejado ni dejaré de servirle en la mejor manera que me sea posible, y he acudido al punto al señor marqués Boschetti, representándole que otra vez el dicho Sr. Velaschi fué alojado en la *Comedia* para ver si le parece que se haga ahora lo mismo, como lo ha hecho, habiéndose dado las órdenes desde el momento en que ha declarado que permanecerá aquí hasta el regreso de V. A. Ser.ma

(1) En efecto, se ha considerado recientemente muy genial extender este concepto ó nombre, abusando de su significado hasta la Academia de Bolonia y el clasicismo de Luis XIV.

Dudo que su permanencia en su intención no tenga otro fin que el mero cumplimiento, por lo cual no me agrada su excesiva puntualidad, si bien por esto quizá merezca reproches de V. A. Ser.ma; pero tratándose de pintura, me llega muy á lo vivo el temor de que V. A. Ser.ma deje escapar de las manos algunas de las mejores. En seguida me rogó que le enseñase todos los cuadros, y le respondí que sentía no poderlo hacer por no tener las llaves de las habitaciones otro que V. A. Ser.ma; y que en tanto, si tenía gusto en ver el Palazzo de *Sassuolo*, estaba á sus órdenes, lo que aceptó al punto: respecto de la pintura al fresco, me ha dicho que lleva consigo á España al Sr. Michele Colonna y Agostino para pintar al servicio de S. M., y que dentro de pocos días se encontrarán en Génova. Esta noticia me ha disgustado tanto más, porque me ha sorprendido: y en verdad, se puede temer que el Colonna está más expuesto á perder la vida que á conseguir riquezas (No eran miopes).

Sassuolo era hechura exclusiva del duque. En la gran sala y en la galería de Baco pueden aún hoy aprender los pintores decoradores, entre otras cosas, con cuánto amor se trataban entonces tales asuntos.

Velázquez encontró en esta galería una completa sociedad de pintores. Jean Boulanger de Troyes, un discípulo de Guido, al servicio del duque desde 1688, pintó escenas de la historia de Baco. Como se quería una cosa excelente, no se limitaron á los boloñeses en la distribución del abanico: la arquitectura fué encomendada á Monti y Bianchi; las exuberantes frutas y flores, á Cittadini; los agrestes paisajes montañosos italianos para las fábulas de la pared, á Olivier Dauphin. Como no fuese adecuada la finura de estos detalles de colores encendidos al fresco, se prefirió pintar *al secco*. La multitud de asuntos en tan poco espacio asombra: seis escenas de nubes en el centro del techo; catorce gobelinos imitados en las paredes; entre ellos diez y seis *scudi* sostenidos por sátiros. Estas escenas, producto de las lecturas mitológicas de Boulanger, no te-

nían nada trivial; ricas en figuras y, sin embargo, ordenadas, propias y sin rebuscamientos elegantes y siempre inspiradas. Nada más alegre que estas figuras y anécdotas de bebedores de la galería de Baco.

Allí pudo apreciar Velázquez á Metelli y Colonna en el decorado de un gran patio y de una magnífica sala. Las cuatro paredes del cortile estaban revestidas de una arquitectura de tres órdenes, sin figuras, sólo con trofeos y estatuas de bronce. La gran sala, hoy bárbaramente repintada, irradia aún su originaria belleza y claridad. Estaba consagrada á la gloria de la casa, como asilo de la más espiritual cultura de toda especie. Entre estatuas de las cuatro Artes, bustos, músicos, movíanse los criados de palacio. En el centro y la rompiente principal del techo, está sentada Diana en un trono de nubes rodeada de las nueve Musas, cada una con un volumen de poesía ó de ciencia, bajo los cuales el sol del favor estense irradiaba:

Commedi, dell'Ariosto.
Torrismondo, del Tasso.
Opere, del Cav. Guarino.
Furioso, Goffredo.
Madrigali, del Pocaterra.
Theorica, di Lod. Fogliani.
Ant. Montecatino, de Coelo.
Storie, del Pigna.
Rettorica, del Castelvetro.

La visita del Sassuolo pudo muy bien hacer revivir en el español el deseo de ganar á los dos boloñeses; así que se comprenderá su contrariedad y sorpresa cuando en Génova le abandonaron. Leemos en Malvasia que el cardenal Juan Carl de Medici, á pesar de tener tan estrechas relaciones con la corte de Madrid, los había llamado otra vez á Florencia en 1650; pintaron la casa de su jardín en la Vía de la Scala, un gabinete en Pitt, y al marqués Niccolini su villa de Camugliano. Sin embargo, por su mediación y por la del senador marqués de Corpi, «ministro y gran cruz», llegaron por fin. En

efecto, eran malos tiempos. Bajas rivalidades amargaron su vida en la patria. Al partir (para siempre) dijo Metelli á Malvasia, la razón del viaje era el alto honor del encargo y la falta de cultura (Felsina, II, 406).

Estos días de Génova en espera del embarque (últimos de Velázquez en suelo italiano) fueron muy enojosos. Lo hacía á la fuerza, pero debía espiar. También se puso de manifiesto que en otro asunto que le llegaba muy de cerca al corazón del rey, sus esfuerzos habían sido inútiles. Trataban de los Correggios de Módena, especialmente de la Sagrada Noche. Ottonelli escribía, en 13 de Enero de 1652, desde Madrid:

«Díceme Diego Velasco, pintor y *aintante di camera* del rey, hace algunos días que S. M. tendría muchísimo gusto en que S. A. le mandase algún cuadro del Correggio, y añade que el Sr. D. Luis de Haro le había hablado en este sentido, diciéndole que en el momento presente no se puede hacer cosa más grata á S. M. que regalarle buenos cuadros, dada la inclinación que ahora más que nunca manifiesta S. M. por la pintura; dicho Diego me habló de la *Noche*, añadiendo que sería muy oportuno dar al Sr. D. Luis de Haro alguna cosa por este tenor, pues también es un gran aficionado. Respondíle que ya sabía lo que le dije á este propósito cuando estábamos en Génova para embarcar; que escribiría sobre ello á V. A., la cual me aseguraban que tiene ardiente deseo de agradar á S. M. y al Sr. D. Luis; pero que no podía hablarse de la *Noche*, porque V. A. la tiene casi como en depósito y con promesa formal que no ha de salir de su casa, por lo que excusábamos hablar de ello, á lo cual Diego pareció aquietarse.»

*
* *

Hasta el año 1658 no entraron en Madrid los deseados boloñeses. Los preparativos de su recibimiento, la asignación de la paga, los regalos, pensiones, etc., su instalación (en la casa del Tesoro), y sobre todo la dirección de los trabajos, co-

rrespondía á Velázquez, «al cual el rey encomendó todo» (1).

Todo lo que hicieron con febril é incesante actividad durante casi cuatro años se perdió con el edificio; sólo quien conozca las cosas de Italia podrá formarse una idea intuitiva por la descripción de sus trabajos en el Alcázar. Malvasia, Passeri y Palomino nos dan relatos independientes (2).

Después de haber pintado como ensayo dos perspectivas en el Buen Retiro, se les encomendó tres pequeñas habitaciones contiguas pertenecientes al cuarto bajo real de palacio.

Los techos debían representar la caída de Faeton, Aurora y la Noche. Dióseles también una galería en el mismo *cuarto*, con ventanas al jardín de la reina. En ella pintó Colonna, sobre la arquitectura imitada por su compañero, estatuas de mármol, tablas de bronce dorado, niños delfines, fuentes, pajes (el negro bajando la escalera), flores y racimos. Palomino, cuarenta años antes de escribir su libro, halló que todo esto había desaparecido á consecuencia de las reparaciones del edificio.

Cuando los artistas hubieron ganado el aplauso y la confianza del rey, decidióse encomendarlos el mejor local de palacio: la sala de los Espejos (Abril 1659).

Velázquez diseñó el plan de un grupo de cinco techos con la historia de Pandora: El *panneau* elíptico del centro representaba á Júpiter en la asamblea de los dioses. Metelli pintó una cornisa de jaspe, y encima amores, mujeres, escudos y trofeos con una guirnalda dorada de laurel alrededor. Durante los trabajos los visitaba el rey diariamente á menudo dos veces; hacía cien preguntas á los pintores, y hasta subía á los anda-

(1) Che tutto a lui differiva, dice Malvasia, II, 408. Cada una recibió 200 escudos por gastos de viaje, 50 doblones de anticipación, 125 piezas de á ocho como paga mensual, un *cinto di costa* de 10.000 liras al contado, un regalo á la terminación de los trabajos, vivienda y mobiliario libres y 29 *doppie* al mes en concepto de alimentos.

(2) Malvasia: Felsina pittrice, II, 406. Passeri: Vite de'pittori, 272. Palomino: loc. cit., 344.

mios. «Se debe tratar, decía, á los *Virtuosi* italianos con cortesía y amabilidad» (1). También la reina y las infantas María Teresa y Margarita iban á veces á ver trabajar á tales *magos*.

Los cinco techos fueron destinados á los españoles Rizi y Carreño; empezaron en óleo, pero el rey se echó á reir al ver semejante chapucería. Colonna los había iniciado en el fresco. Les parecía evidente que con él se ahorraba tiempo y trabajo; alababan á los italianos, les llamaban su refugio, su felicidad y su padre. Pronto vieron con decepción que la pintura al fresco parece sencilla y fácil, pero no se aprende tan pronto. El rey apareció un día y dijo: *Miguel, es menester que haze* (sic) *la fabula de medio della Pandora*. Colonna, viejo, achacoso y cómodo, lo sintió mucho. Era salirse de su sistema; tuvo la pretensión por contraria al contrato; cedió, por fin, y terminó el cuadro en cinco días; contenía catorce figuras y medía 35 pies de largo. Como en Madrid no se encontró ningún modelo femenino, se sirvió de una Venus del Belveder, fundición traída de Roma.

Malvasia habla también de una extraña idea de S. M., que Velázquez expuso á Colonna. Debía pintar en los muros de la «Galería de la Reina», en la cual estaban reunidos la mayor parte de los Ticianos, una pinacoteca figurada en la parte de abajo con *picti quadri*, porque allí no resultaba la pintura arquitectónica. En esto chocó con la oposición más decidida de los italianos; era preciso ser un *gran temerario* para atreverse á poner asuntos propios al lado de tan gran maestro como Ticiano.

Colonna, después de la muerte de su compañero, pintó una sala de este género al marqués de Heliche para su jardín del Prado, donde estaban los mejores lienzos de Rafael, Ticiano, Van Dyck, Rubens y Velázquez, de los cuales se pudo recibir modelos, con marcos dorados y tapetes imitados. Estos tra-

(1) Trattando, diceva egli, come dovevasi con onori, e con grazia i virtuosi italiani. PASSERI, l. c.

bajos se hicieron bajo la dirección de los citados Carreño y Rizi, y el marqués rogó á Colonna que los ayudase (1). Como broma podía pasar tal cosa en una casa de campo de un rico solitario.

Después pintaron también en la ermita de San Pablo del Buen Retiro una sala con la fábula de Narciso, y para el marqués una segunda casa de recreo en San Joaquín. El último trabajo de Metelli fué la cúpula de los Mercenarios, que sólo empezó; en el rigor del verano cayó con una fiebre inflamatoria, que pronto le arrebató (2 de Agosto de 1660). Murió en ocasión en que también Velázquez luchaba con la muerte. Colonna terminó la cúpula y permaneció en Madrid hasta el año de 1662.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)

(1) «Esta casa de recreo la vió en 1673 el conde HARRACH.» En los muros puso el marqués cuadros de Ticiano, Rafael, etc., copiados al óleo y con el marco negro y dorado imitado; fueron pintados por diferentes maestros, como Caraffa y otros que se encontraban allí.

Diario del conde HARRACH, 4 Marzo 1673.

FIN DEL LIBRO SEXTO

RECUERDOS

Aquellos días en que se estaba elaborando la Constitución, que después se llamó del 69, fueron días de agitación inmensa, de ardientes luchas políticas, de una ebullición de ideas y de pasiones como no se ha visto después, como no se vió antes, á no remontarse á las Cortes de Cádiz, que á éstas *no tuve tiempo* de asistir; de suerte que sólo sé lo que pasó por lo que cuenta la Historia.

A las del 69 asistí, fuí testigo presencial, en ellas tomé parte, aunque modesta, y me quedan grandes recuerdos, pero revueltos, á veces confusos; una gran nebulosa cruzada por ráfagas de luz, con bordes llenos de negruras y borbotones que arroja de cuando en cuando la agitación interna.

Al elaborar la Constitución luchaban los hombres políticos; pero más bien que ellos, y en ellos mismos, luchaban las ideas.

Y las pasiones, y los hombres en los cuales encarnaban, y las ideas viejas y nuevas, y los partidos, como grandes energías políticas condensadas, pugnaban por vencer unos, por resistir otros, y todos con fuegos tan ardientes que dijérase que aquel calor agotóse por muchos años.

Esta gran batalla histórica se desarrollaba alrededor de tres grandes centros, dijérase mejor, de tres grandes problemas.

A saber:

La forma de Gobierno; quiero decir, si España había de ser monárquica ó republicana.

Los derechos individuales, la gran aspiración y la gran obra de aquella democracia, porque aquella democracia no era socialista. No todos los individuos que constituían el partido democrático eran individualistas ardientes; pero desconocerá aquella realidad quien niegue que en la nueva agrupación política dominaba la nota individualista. Lo contrario de lo que hoy sucede.

Y, por último, la cuestión religiosa, que interesaba á todos los espíritus y agitaba, aun por sí sola, á todos los partidos.

Alrededor de estos tres centros, problemas ó baluartes, ó lo que fueren, se revolvía sin descanso la comisión encargada de redactar el nuevo Código, en la cual estaban representadas casi todas las tendencias de la Cámara y del país.

Gran conflicto de tradiciones y de ideales, ebullición de un caos, esperanzas de mucha luz, de un nuevo sol.

*
* *

Bien definido estaba el carácter de cada una de las agrupaciones políticas que constituían aquella Cámara legislativa.

La oposición la formaba el partido federal, y éste aspiraba á establecer la República española, pero una república federal.

Entre los republicanos de la oposición no creo que llegasen á tres los que defendiesen la república unitaria: un joven de grandes esperanzas y gran batallador parlamentario, el señor Ruano, y un casi viejo, el Sr. García Ruiz, veterano en las luchas periodísticas.

Puede asegurarse que, salvando estas singularísimas excepciones, el ideal republicano era federal.

Después se dividió y subdividió, como sucede siempre en España con las ideas y con los partidos, y hasta creo que con los individuos.

En cambio las demás fuerzas políticas, las que constituían

la mayoría, eran monárquicas, ó por tradición, ó por convencimiento, ó por oportunismo; que de todo había.

Monárquicos eran los que formaban el grupo de la Unión liberal; como que remontándose á su origen y salvando individualidades, que las olas agitadas de la política llevaron á las playas de Vicálvaro (aunque Vicálvaro nunca fué puerto de mar; pero las imágenes tienen sus derechos, y hay que darles lo suyo); las huestes, digo, que capitaneó O'Donnell, procedían del partido moderado, que era monárquico por tradición.

Hasta tal punto, que muchos hombres políticos de este partido no vieron con gusto la caída de D.ª Isabel II.

Y otros hubieran querido llevar á Alcolea al duque de Montpensier, y de allí traerlo en triunfo al palacio de Oriente.

Pero los hechos son más poderosos que los hombres; quien desata los vientos no sabe adónde le llevarán, y por aquellos vientos tempestuosos fueron todos arrastrados, de buena ó de mala gana.

El partido progresista era también monárquico, también por tradición, aunque su tradición llevaba muchas manchas de sangre; pero si era monárquico, era antidinástico. Su problema en este primer punto de los tres que he señalado era doble: consignar la Monarquía en el Código fundamental y buscar un rey, aunque fuera necesario ir en peregrinación por toda Europa, peregrinación que resultó larga y difícil.

El grupo democrático era monárquico también, pero sin gran entusiasmo, sin fe muy viva, por cálculo más bien que por sentimiento; en suma, por oportunismo.

Este grupo fué el que entonces inventó la célebre fórmula de que *la forma de gobierno es accidental* y de que se puede cambiar de forma de gobierno según las circunstancias, ni más ni menos, y con tanto desparpajo, como dentro de un régimen se cambia de Ministerio: un Ministerio más alto, más trascendental, de más largo período, que exige para el cambio crisis más hondas, pero que en pleno derecho nacional no es distinto de aquel otro cambio que sustituye en el poder á

un partido político y á un presidente del Consejo por otro presidente y otro partido.

Hay que confesar que en punto á la idea monárquica no dominaba un gran principio de unidad.

¿Cómo habían de mirar con buenos ojos á los demócratas de la *Monarquía circunstancial* las viejas huestes de Vicálvaro, que aunque nunca fueron muy respetuosas con el trono, y muchas veces pisaron sus gradas con sus botas de montar, allá en el fondo de su conciencia, si no en sus pasiones políticas ó en sus ambiciones, consideraban á la institución monárquica como algo fundamental é insustituíble?

Una cosa es ser monárquico convencido, y otra querer una Monarquía para usar de ella casi exclusivamente.

De estas contradicciones está llena la Historia.

De todas maneras, los prohombres de la Unión liberal, casi todos ellos tenían su candidato: el duque de Montpensier.

Por otra parte, los progresistas, aunque todavía no se habían fundido con la democracia, y hasta la miraban con prevención y recelo, y rechazaban aquella fórmula de que la forma de gobierno es accidental, aun sentían mayor repugnancia, más que repugnancia, hostilidad, contra los partidarios del duque de Montpensier.

De todas maneras, el problema de la forma de gobierno era problema resuelto para la Comisión.

Ya por un motivo, ya por otro, con reservas ó sin reservas, con un candidato que tenía nombre ó con otro candidato que se ocultaba tras una inmensa X, todos estaban conformes en proclamar *la forma monárquica* en la Constitución.

Los conflictos, las luchas vendrían luego.

Por el pronto, todos votaban por la Monarquía, sin dificultad, sin violencia, sin contradicción.

*
* *

Y venía el segundo problema: el problema de más substancia, de más medula, de más trascendencia; tan profundo y tan

grave, que aun hoy mismo se agita: el de los *derechos individuales*.

¿Hasta qué punto es libre el sér humano, ya como individuo, ya constituyendo sociedades libres y espontáneas?

¿Hasta dónde llega su derecho, dónde le cierra el paso el derecho de la colectividad? Si alguna vez luchan la conveniencia y el derecho, ¿quién deberá ceder en un instante dado, quién deberá ceder ante el porvenir?

Al llegar á este punto habría que buscar soluciones concretas, y en esas soluciones no estaban conformes los tres grandes partidos á que venimos refiriéndonos: Unión liberal, progresistas y demócratas.

El programa de los demócratas; el que habían sostenido sus prohombres; el que á diario había puesto D. Nicolás María Rivero á la cabeza de su periódico; el que siempre había defendido Martos con su maravillosa elocuencia; el que Becerra, hombre de pensamiento y de acción, había defendido en las barricadas; el que había constituído el credo de todos los demócratas; el que los economistas habían sostenido en el Ateneo, era el de los derechos individuales. Esta fué su bandera, fué su dogma, la síntesis de las ideas modernas. Modernas por entonces; hoy ya van siendo viejas, y los modernistas de la política no siempre tienen en ellas, en los tiempos que corren, la fe vivísima que animaba á los demócratas del año 69.

Pero estas ideas no las sostuvieron en toda su pureza más que los demócratas: las sostuvieron con la inteligencia tanto ó más que con el sentimiento.

A los prohombres de la Unión liberal, salvando algunas excepciones, no les encantaban los derechos individuales, no los aceptaban al menos en todo su absolutismo democrático.

Si no los miraban con hostilidad, los tomaban con recelo.

La masa progresista ocupaba un término medio entre los demócratas y los unionistas. Simpatizaban con el dogma democrático, pero temían su exageración.

Se iban haciendo demócratas con Ruiz Zorrilla al frente, pero les costaba dejar de ser progresistas.

Para Rivero y para Martos, los derechos individuales no sólo eran conquistas políticas, sino que tenían sus raíces en la ciencia social: y aun había en los demócratas radicales algo de idealismo, no hay para qué desconocerlo. En cambio, para el partido progresista eran tan sólo el resultado de una evolución, un término á que se llega, pero al cual puede *no llegarse*, aun aproximándose todo lo que permitan las circunstancias; al paso que los demócratas, como hemos dicho, querían *llegar:* no aproximarse, sino llegar, porque cuando se conoce la verdad, no hay que andar en coqueteos con ella, sino aceptarla amplia y completa.

De suerte que los tres grupos tenían la misma orientación, mas caminaban con distintas velocidades.

Los demócratas, permítaseme que insista en lo que ahora aparece claro y evidente, pero entonces parecía un tanto nebuloso; los demócratas, repito, querían á todo trance llegar á la estación final, y con la locomotora á todo vapor entrar en ella vencedores.

Los unionistas no querían pasar de la estación anterior, y el viejo partido progresista se hubiera quedado de buena gana entre las dos estaciones, sin querer retroceder: no, la reacción nunca; pero sin avanzar demasiado, que estas revoluciones radicales son peligrosas. Por algún tiempo hubieran vivido resignados á la inclemencia ó bajo tiendas de campaña.

***

Y, sin embargo, los demócratas triunfaron é impusieron, no diré por completo, pero sí me atreveré á decir *casi por completo*, su programa de entonces, en el *título de los derechos individuales de la Constitución.*

Tan poderosos eran en la Cámara.

No ciertamente por el número, pues formaban un pequeño grupo. Tenían dos grandes hombres, Martos y Rivero; al-

gunos valiosos y antiguos demócratas, como Becerra y Romero Girón; varios jóvenes de esperanza, y varios ardientes economistas que se habían unido resueltamente al partido democrático.

Pero todo ello formaba, como digo, un grupo pequeño, muy pequeño; por el pronto, en el Gobierno no figuraba todavía ningún demócrata. Se componía éste de progresistas y unionistas nada más: pero Rivero estaba en la presidencia; Martos, el tribuno colosal, estaba en los bancos ministeriales, y la idea democrática estaba dominándolo todo, si no materialmente con el número, con esa fuerza semiespiritual que llevan las ideas consigo.

No venció el número; venció el pensamiento, vencieron los nuevos ideales, aun antes de que los demócratas entraran en el gobierno.

Vencieron desde fuera.

¡Qué fuerza tan grande, tan avasalladora, debía tener la idea democrática para atraer á los progresistas y para vencer á los de la Unión liberal!

¡Y de qué modo venció! Han pasado cerca de cuarenta años, y hoy todo el mundo alardea de ser demócrata.

***

Lucha ardiente y lucha noble.

Y el tercer problema, el de la cuestión religiosa, en el fondo es una consecuencia del segundo problema, del problema de los derechos individuales: la libertad religiosa es el más profundo, el más alto y el más sagrado de los derechos individuales.

Pues alrededor de este problema fué aún más y más encarnizada la batalla.

Y es que algunos prohombres del partido progresista se negaban á aceptar la libertad religiosa en toda su extensión: llegaban, cuando más, á la *tolerancia;* no querían pasar del año 54.

Tolerancia, libertad de conciencia, un término medio más ó menos acentuado: á todo esto llegaban; á la solución radical no llegaban ni llegaron nunca.

Pero si no en absoluto, si no en términos claros y valientes, con ciertos retorcimientos y ciertas salvedades, por el espíritu, ya que no por la forma, también el grupo democrático venció en este problema.

Tan debatida ha sido esta cuestión, que yo no he de insistir en ella, contentándome con apuntar algún recuerdo que otro de los que me asaltan al dictar estas líneas.

Después de todo, yo no escribo un trozo de historia. Aun para recordar lo que vi, para ayudar á la memoria, para fijar líneas y contornos que el tiempo ha hecho borrosos, necesitaría recoger datos y antecedentes y consultar el *Diario de Sesiones* á cada paso; pero como no tengo pretensiones de historiador, me contento con lo que buenamente acuda á mí al volver la vista hacia aquellos años tan agitados, tan dramáticos, y que ya se pierden en las lejanías de otro siglo.

Yo no puedo abarcar el conjunto, que es ya en mi mente algo confuso.

Eran espectáculos grandiosos, que rebosaban vida, que dibujaban un gran drama social y político, á la manera de los dramas de Shakespeare.

No como una tragedia clásica de grandes líneas majestuosas, en que todo es noble: los personajes, las acciones, los accidentes y la catástrofe.

No; lo grande y lo pequeño se revolvían en aquel drama palpitante de la revolución de Septiembre: lo sublime y lo grotesco, rayos de luz y salpicaduras de barro, lo que despierta la admiración y la domina, lo que arranca la carcajada ó el ademán grotesco.

Yo veo unas veces á la Cámara pendiente de la palabra de Manterola ó arrebatada por la palabra maravillosa de Castelar en su inmortal réplica.

Yo veo á Figueras defendiendo la libertad religiosa con

pasión, pero proclamando con tanta pasión sus creencias. Le veo prolongando su figura, elevando sus brazos, y con todo el torrente de su voz confesando su fe. «Yo creo en Dios», decía; y la Cámara, en la que dominaba el espíritu religioso, respondía con aplausos á aquella pública confesión del diputado republicano. Y mezclándose á todas estas grandezas, oigo la voz provocadora y burlona de otro diputado, haciendo el recuento de la familia de la Virgen y de sus hijos, hermanos de Cristo, entre gritos de indignación, protestas y furores de casi toda la Cámara.

Y aquella escena amenazadora termina por una escena cómica del color más subido.

Tan cómica, que me figuro que no constará en el *Diario de Sesiones*; yo, sin embargo, he de referirla, porque es de las que no se han borrado de mi memoria.

La indignación de la Asamblea era inmensa: en los creyentes, porque veían escupida, escarnecida y abofeteada su fe en los objetos más santos, más venerables y más puros; en los no creyentes, pero respetuosos, sin embargo, con la fe de los demás, porque consideraban que escenas tales, y discursos como el que estaban oyendo, perjudicaban grandemente al triunfo de sus ideales democráticos.

La democracia no quería ofender ni lastimar ninguna creencia; quería respeto y libertad y armonía dentro de la libertad más amplia.

Al defender la libertad religiosa, no la defendía por odio ni enemiga contra ningún culto, contra ninguna creencia, contra ningún dogma.

Y así la Cámara, casi en su totalidad, se volvió hacia el banco azul, pidiendo que el Gobierno de la Revolución protestase contra los fanatismos de los no creyentes, como todos protestaban contra los fanatismos religiosos.

Y el presidente del Consejos de Ministros, que lo era todavía el ilustre duque de la Torre, se puso en pie.

Silencio, espectación y momento solemne.

La situación para el duque de la Torre era dificilísima.

El duque de la Torre no era orador; hablaba con buen sentido, sin pretensiones y con llaneza, y era muy simpático, porque todos reconocían en Serrano un carácter muy noble.

Más adelante hablaré de él, pero no quiero separarme del incidente que voy describiendo.

Adviértase que el duque de la Torre, sin ser fanático, era religioso, muy religioso, y católico sincero.

Le habían indignado las cosas que acababan de decirse; pero ¿de qué modo iba á rechazarlas ante aquella actitud imponente de la Cámara? ¡Ah! la retórica no siempre es inútil.

«Pero ¿qué voy á decir?», repetía en voz baja, volviéndose á sus compañeros y á los que estábamos en los bancos próximos.

Y pronunció algunas palabras con dignidad y energía, que fueron bien recibidas.

Pero fué muy poco lo que dijo: la Cámara quería más; todo público *quiere siempre más;* era necesario conmover aquella masa humana, vibrante de pasión, y el duque había agotado ya su repertorio.

Pero él tenía espontaneidades admirables cuando hablaba, mitad en serio y mitad en broma. Ingenuidades que siempre triunfaban en un pequeño círculo de oyentes, pero que eran peligrosas ante una asamblea y en aquel momento.

Sin embargo, á él no se le ocurrió otra cosa; y ya sea porque no se le ocurriera más que decir, ya porque quisiera con un chiste dar por terminado el asunto, ello es que se lanzó á un gran atrevimiento oratorio, que yo no recuerdo palabra por palabra, pero que recuerdo perfectamente en su sentido general.

«¡Ah! ¡señores republicanos y señores racionalistas, que á diario estáis alardeando de libertad y de respeto á todo el mundo; que proclamáis á toda hora los derechos individuales, y entre ellos la inviolabilidad de la conciencia; y que ahora, con voces de impiedad, ante el escándalo de la Cámara en este

momento, mañana con escándalo de España entera, nos venís á contar si la Virgen tuvo otros hijos y si Cristo tuvo otros hermanos! ¡Ah, señores: respetad el sagrado del hogar doméstico y la vida privada de la Virgen!»

¡Momento de estupor! Y después, dominando el elemento cómico de la situación, ¡una inmensa carcajada!

Y se acabó el asunto y terminó el escándalo, y durante ocho días todos nos decíamos unos á otros, y al mismo duque de la Torre se lo decíamos, porque era la bondad en persona y la llaneza más democrática que he conocido: «Respetemos el sagrado del hogar doméstico y la vida privada de la Virgen».

*
* *

Al fin se presentó el proyecto de Constitución, cuyo debate fué mucho más tranquilo de lo que podía suponerse, y en el cual no recuerdo circunstancialmente más que dos discusiones apasionadas.

Una, la relativa á la cuestión religiosa; otra, por haber tomado parte en ella Cánovas del Castillo, al cual contestó Ríos y Rosas.

De la cuestión religiosa he dicho ya cuanto recordaba, y no quiero empequeñecer con un relato insípido y antiartístico, como el que resulta de ir dictando mis recuerdos á modo de conversación, aquellos momentos grandiosos y solemnes.

Por entonces hice mis primeras armas ante el Parlamento, pronunciando un discurso que no he vuelto á leer, que no sé si era malo ó tenía algo bueno, pero que resultó oportuno, y en el Parlamento, como en el teatro, como en la vida, *la oportunidad* da valor y sentido y acento á las cosas más insubstanciales.

Ello fué que obtuve un gran triunfo; ¿por qué no he de decirlo, si fué como lo digo?

En el Parlamento me aplaudieron estrepitosamente.

Al otro día todos los periódicos echaron las campanas á vuelo; porque, de paso, debo confesar que la prensa ha hecho

siempre mucho por mí, más de lo que merezco, sin perjuicio de que en ella me hayan salido muchos críticos atravesados y biliosos.

Pero, sumando y restando como buen matemático, encuentro contra mí, y en favor de la prensa, una inmensa deuda de gratitud.

Y durante muchos días llovían felicitaciones por todas partes, y mi discurso se traducía al alemán y á algunos otros idiomas, y de la noche á la mañana, si con mis trabajos en Fomento había empezado á ser *ministrable,* con el célebre discurso de la trenza del quemadero resulté ministrable del todo. ¡Válgame Dios, y qué cosas tiene la vida!

Como que poco tiempo después fuí ministro de Fomento.

Pero esto, y la trenza, y el quemadero, merecen capítulo aparte.

José Echegaray

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

LOS PRIMITIVOS ESPAÑOLES [1]

(Continuación.)

Los discípulos de Juan Van Eyck en el reino de Aragón.

II

Los descubrimientos de archivos que acaban de fijar en la biografía del pintor Luis Dalmau una serie de fechas, empezando por la fecha central, la de su viaje á Flandes, no han añadido nada á su obra. Desde el año 1428, en que Dalmau aparece en Valencia, hasta su salida para Brujas á fines del año 1431, no se hace mención alguna relativa á cuadros. Después de 1445, el pintor, establecido en Barcelona, no cobra de los tesoreros reales sino por cotas de armas ó caperuzas de caballos, pinturas sobre tela condenadas á desaparecer pronto. Hoy todavía, la única obra auténtica de Dalmau es el retablo de los Consejeros de Barcelona.

Hay que tener en cuenta las obras perdidas. Pero la única que se cita en un documento no es otra que un fragmento del único cuadro del pintor: la predela del retablo de los Consejeros, descrita en el contrato del 29 de Octubre de 1443. Comprendía tres tablas: en medio, la *Piedad;* el Cristo muerto,

(1) Tercer artículo. Véanse los dos últimos números de La España Moderna.

sostenido en pie en el sepulcro por un ángel; á la izquierda, San Juan Evangelista; á la derecha, Santa Magdalena, «con su vaso de alabastro y en actitud triste á causa de la pasión de Jesús».

Recientemente, el conservador del museo de Valencia, don Luis Tramoyeres, ha creído encontrar en un fragmento de tabla pintarrajeada en el siglo XVIII, y colgante en un rincón de su museo, la huella de una pintura olvidada de Dalmau (1). Una Virgen sentada y cortada por las rodillas se destaca sobre una alegoría gloriosa, entre querubines mofletudos. A su lado, dos ángeles italianos tocan la bandurria (2). Esta Virgen parece fuera de su centro en medio de su cortejo, como una princesa de un país extraño y de un tiempo pasado. Su rostro serio se inclina hacia el libro que tiene abierto sobre sus rodillas. Su cabellera suelta lleva una diadema muy parecida á la de los ángeles de Juan Van Eyck. Su amplia capa tiene un galón bordado, en el que se destacan las gemas y las perlas como para imitar un antiguo cuadro flamenco.

Un emblema extraño como un signo mágico atrae las miradas: es un sol amarillo que luce bajo el cinturón de la Virgen. Ahora bien: un erudito valenciano, el dominico Teixidor, describió en el siglo XVIII un cuadro, en medio del cual figuraba una «Virgen de la Esperanza» exactamente igual á la de la tabla señalada por D. Luis Tramoyeres, con los ángeles, el libro y el sol. A los pies del trono de aquella Virgen estaban arrodillados dos reyes de Aragón: Alfonso V, muerto en 1458, y Juan II, su hermano y sucesor. El cuadro se encontraba en una capilla del convento de Santo Domingo de Valencia, que fué fundada por el primero de esos reyes y terminada por el segundo.

Dalmau pudo recibir en Barcelona el encargo de seme-

(1) *La Cultura Española*, 1907, págs. 579-580.

(2) He tenido ocasión de estudiar este motivo en otra parte (*Santa Maria di Donna Regina*. Nápoles, 1899, págs. 97-98).

jante cuadro, pues se sabe que hizo otros cuadros para el rey Juan II poco tiempo después del advenimiento de éste. ¿Es, como lo admite D. Luis Tramoyeres, la tabla del museo de Valencia un trozo del retablo del siglo xv groseramente restaurado al cabo de tres siglos? Yo lo creo más bien una copia, en la que el pintor mediocre no trató de reproducir con fidelidad sino la venerada imagen de la Virgen. En vez del extraño sol que creyeron ver tanto el dominico como el copista contemporáneo suyo, habría, sin duda alguna, en el cuadro original un motivo muy curioso y muy raro: la cabeza del Niño Jesús, con su nimbo luminoso, transparentándose en el seno maternal. La copia de Valencia es, de todas las pinturas que conozco en España y fuera de España, la que más se parece á la Virgen de los Consejeros de Barcelona.

Ni en las iglesias de Cataluña ni de la región valenciana se ha encontrado cuadro alguno que ofrezca análogos caracteres; pero ciertas obras originales de Dalmau han podido ir á parar á los museos y colecciones privadas y quedar allí confundidas entre las producciones de la escuela de Juan Van Eyck. Para buscarlas hay que renunciar á seguir una pista indicada por un documento ó un testimonio, y no contar sino con los propios ojos.

Dos cuadros, conservados en dos grandes museos, han sido en nuestros días atribuídos á Dalmau. Con este nombre se vendió en Colonia en 1904, y fué comprado por el Louvre, un cuadro de altar hispano-flamenco, procedente de la colección Bourgeois. Lo atribuído en Alemania se aceptó sin la menor reserva en Francia (1); no suscitó objeciones sino en España (2).

(1) S. Reinach: *Chronique des arts*, 11 Febrero 1905, pág. 45; M. Nicolle: *Revue de l'art ancien et moderne*, 1905, t. I, págs. 4-8-4-9; Ph. de Chennevières: *Gazette des Beaux-Arts*, 1906, t. XXXV, pág. 206; Juan Guiffrey: *Les Arts*, Enero 1906, pág. 4.

(2) El primero que protestó fué D. Ramón Casellas, en la *Veu de Catalunya* del 24 de Octubre de 1904.

El asunto del cuadro es la famosa leyenda de San Ildefonso, que fué arzobispo de Toledo en el siglo VII, bajo el reinado de Recesvinto. Una mañana, antes de amanecer, Ildefonso fué á rezar á la Virgen, en la catedral de Toledo, acompañado de un diácono y un subdiácono. Al abrirse la puerta, apareció una multitud celeste en medio de un resplandor maravilloso, cuyo brillo hizo huir á los compañeros del arzobispo. Éste entró solo en la basílica. En el fondo del ábside esperábale la Virgen, sentada en el trono episcopal y rodeada del coro de vírgenes, que cantaban los salmos de David. María llamó á Ildefonso, y mientras que hablaba al arzobispo, arrodillado, le entregó una casulla traída del Tesoro de su Hijo, como un símbolo de la gloriosa vestidura preparada para el elegido.

El cuadro del Louvre transporta la aparición fuera de la catedral, sobre un pavimento de mármol, ante un fondo de cielo azul, por el que revolotean dos angelillos turiferarios. Al lado del trono regio, y ante las vírgenes vestidas de princesas, San Antonio Abad, á quien no se esperaba ver en tan elegante compañía, se inclina, con las manos cruzadas, apoyándose con el sobaco en el bastón. Encuéntrase allí para recordar á María el donante incógnito, algún Antonio.

La nota sorda de la sombría capa del ermitaño hace que resalte el pomposo brillo de los otros colores. Cierto es que una parte de este brillo es postiza; sin embargo, el cuadro, aun antes de que se le diera un barniz deslumbrador, debía de ser tornasolado y algo chillón. Los tonos vivos, proporcionados por el procedimiento flamenco de la pintura al óleo y con resinas, contrastan con el colorido grisáceo y anémico que la *tempera* ha dado al retablo de los Consejeros de Barcelona.

Los críticos que han presentado al público francés el nuevo cuadro del Louvre no han alegado razón alguna en favor de la atribución que garantizaban. D. Salvador Sanpere y Miquel, quien, después de haber estudiado el cuadro en París, lo describió en su libro sobre los *Cuatrocentistas catalanes*, como una obra de Dalmau, no apoya su parecer sino con una ob-

servación. La Virgen que se aparece á San Ildefonso y la Virgen de los Consejeros están sentadas una y otra en un trono desnudo, cuyo respaldo no está adornado con el paño de honor, invariablemente puesto detrás de las Vírgenes flamencas del siglo xv.

Esta semejanza completamente negativa puede ser fortuita, y la analogía aparente de las dos comparaciones es absolutamente accidental; el doble grupo de ángeles y vírgenes, colocados á derecha é izquierda del trono, como lo están los dos coros de ángeles pintados por Dalmau, se encuentra dispuesto de la misma manera en la mayor parte de las representaciones del *Milagro de San Ildefonso*; por ejemplo, en uno de los frescos pintados por Juan de Borgoña en la sala capitular de la catedral de Toledo.

Cuanto más se extreme la comparación entre los dos cuadros de Barcelona y de París, tanto más se desvanecerán las semejanzas, mientras que se acentuarán con fuerza las diferencias.

¿Qué es lo que sabemos de Dalmau por su obra pintada? Que volvió de Flandes fiel imitador de Juan Van Eyck, y extraño á todo lo que vió fuera del estudio de Brujas. ¿Qué hay de Juan Van Eyck en el cuadro del Louvre? Nada más que la técnica de la pintura «al óleo», que Dalmau no se cuidó de emplear cuando pintó el retablo de los Consejeros. ¿En dónde se encuentra en la obra de Juan Van Eyck lo que caracterizó al *Milagro de San Ildefonso:* los tipos angélicos y femeninos, los paños complicados y, sobre todo, el colorido fino y frío, con sus tonos argentinos, gris perla, gris con reflejos azulados ó rosados, el rosa salmón del manto de la Virgen, el amarillo y el anaranjado que juegan en las túnicas de los santos?

Es imposible no reconocer al maestro cuyo recuerdo tenía presente el pintor, y el Sr. Sanpere y Miquel, con su noble sinceridad, lo nombró: es Rogier Van der Weyden (1). ¿Cómo, entonces, conservar en el cuadro del Louvre el nombre del

(1). *Los Cuatrocentistas catalanes*, I, pág. 251.

discípulo más fiel de Juan Van Eyck que se conocía en toda Europa, después de Petrus Christus?

El cuadro procede, á lo que se dice, de Valladolid. El señor Sanpere y Miquel ha debido de suponer que Dalmau fué á pintarlo á Castilla, después de haber terminado el retablo de Barcelona. En Burgos pudo ver el tríptico pintado por «mestre Roger», que fué donado antes de 1445 á la Cartuja de Miraflores, y que se encuentra hoy en el Museo de Berlín.

¡Qué andamiaje de hipótesis! Un solo pintor, formado en Valencia, se dedica sucesivamente á la escuela de dos maestros flamencos. Trabaja en el estudio de uno, en Brujas; imita una obra del otro, en Burgos; ¡y apenas ha conocido al segundo, cuando ya ha olvidado todo lo del primero!

Para creer sin sombra de una presunción que el minucioso copista de Juan Van Eyck haya pasado bruscamente á la imitación de Rogier Van der Weyden, habría que suponer que no hubo, fuera de Dalmau, un español capaz de pintar el *Milagro de San Ildefonso*. Esta era, á lo que pienso, la opinión del erudito anónimo que puso en el cuadro de la colección Bourgeois el nombre de Dalmau.

Un viaje rápido hecho hoy á través de las colecciones y las iglesias de Castilla, basta para presentar como inútil el hipotético viaje de Dalmau. Dará á conocer la existencia de una escuela castellana que á mediados del siglo xv imitó, no á Juan Van Eyck, sino á Rogier Van der Weyden, y al pintor que es como su hermano mayor, el maestro de Flemalle. La obra más antigua que yo conozco de esa escuela es un pequeño tríptico de preciosísima ejecución, que ha pasado de un convento de Avila á la opulenta colección de D. José Lázaro, en Madrid. Hay analogías de detalle entre la tabla central de este tríptico—una *Natividad* con un donante—y el *Milagro de San Ildefonso:* las figuras claras de los voladores ángeles; el dibujo de las manos cruzadas, que en los dos cuadros se tocan solamente por las puntas de los dedos doblados, mientras que las manos de los consejeros en oración, del retablo de Dal-

mau, se aplican una contra otra como raquetas de madera; en fin, y sobre todo, los paños, que no tienen la blandura y la amplitud de las telas pintadas por Juan Van Eyck, y cuyos pliegues, torcidos en zigzágs, según la moda de Rogier Van der Weyden, tienen en la tablita de Madrid, como en el cuadro del Louvre, las roturas angulosas y los salientes bruscos de una hoja delgada de metal, rudamente magullada.

A pesar de estas semejanzas, el tríptico de la colección Lázaro y el retablo del Louvre no podían atribuirse ni á un mismo artista ni á una misma generación. El primero de estos dos cuadros es más antiguo que el segundo, y se encuentra más próximo á los maestros del Norte.

La escuela castellana, nacida de una escuela flamenca (¿turuesiana ó bruselense?) por caminos que nos son todavía desconocidos, se desarrolló en su mismo país. A fines del siglo XV salió de ella un pintor, Fernando Gallegos, de Salamanca, cuyo nombre fué citado desde el siglo XVIII por Ponz y Palomino. Passavant leyó la firma auténtica de este maestro, *Fernandus Galecus*, en un gran políptico conservado en una capilla de la catedral de Zamora, fundada á mediados del siglo XV por D. Juan de Mella, obispo de Zamora, que recibió el capelo cardenalicio de manos de Calixto III, el Papa español, y murió en Roma en 1467 (1). Hasta después de su muerte no se concluyó la construcción de la capilla; el retrato del cardenal, pintado en la tabla central del políptico, es probablemente una efigie póstuma. La escena á la que asiste el cardenal arrodillado no es otra que el *Milagro de San Ildefonso*.

D. Elías Tormo y Monzó pronunció el nombre de Gallegos á propósito del cuadro del Louvre (2); no es que este crítico, el

(1) J. M. Quadrado, en la colección *España, sus monumentos y artes: Valladolid, Palencia y Zamora*, 1885, pág. 587.

(2) *Un Dalmau que parece un Gallegos* (*Cultura Española*, 1906, t. I, pág. 518). Esta nota fué ampliada en dos artículos muy notables del *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*. (Valladolid, Noviembre de 1906 y Enero de 1907.)

único que ha estudiado de cerca la antigua pintura castellana, haya formulado una atribución; mas para él, el maestro del *San Ildefonso* y el pintor de Salamanca son «primos hermanos». Es cierto el parentesco entre el cuadro del Louvre y el cuadro de Zamora. Hay en ambos las mismas figuras de ángeles, el mismo gusto por los tonos amarillos y anaranjados. Sin embargo, las dos composiciones del *Milagro de San Ildefonso* no están compuestas de lá misma manera, y evidentemente no han sido pintados por un mismo pintor. En la tabla firmada por Gallegos, los paños son menos duros y menos metálicos; los rostros de mujeres, y sobre todo el de la Virgen, son mucho más redondos, con ojos abultados y salientes.

Ni en Zamora ni en Salamanca hay que buscar al autor del cuadro del Louvre. Yo encuentro toda la riqueza y la rudeza de esta obra rara y vigorosa en las grandes efigies de obispos y de apóstoles que se conservan desde mediados del siglo XIX en el Museo de Valladolid. Si se da crédito al catálogo de la colección Bourgeois, el *Milagro de San Ildefonso* proviene de la catedral de dicha ciudad; pero nunca—he podido asegurarme de ello en el terreno — tuvieron conocimiento de este cuadro los eruditos de Valladolid. El comerciante que lo vendió ocultó sin duda la verdadera procedencia.

Hay en el Museo del Prado unas tablas que se parecen al cuadro del Louvre mucho más aún que las de Valladolid; forman parte de un retablo procedente del convento de la Sisla, cerca de Toledo, en el que trabajaron por lo menos dos pintores diferentes. Se reconocerán en la *Presentación en el templo* los tipos femeninos tan fuertemente caracterizados en el cuadro del Louvre: tipos duros y huesudos, con los pómulos salientes; tipos «arcaicos», cuya sonrisa contraída recuerda las estatuas romanas.

El *Milagro de San Ildefonso* se ha representado en España en todas partes en donde se encontraron donantes con el nombre de Alfonso y prelados devotos del santo arzobispo. Sin embargo, el asunto es ante todo toledano; la *Descensión* de la

Virgen en la metropolitana, que es una fiesta como la Asunción, figura, con el grupo de los ángeles y de las vírgenes, en las armas de los arzobispos de Toledo.

El punto de origen del cuadro del Louvre es desconocido: yo le pondría más cerca de Toledo que de Valladolid. Este cuadro sigue anónimo; en todo caso, puede clasificarse en una escuela bastante bien delineada. En cuanto á la época, no es dudosa: es el tiempo glorioso de los Reyes Católicos.

El *Milagro de San Ildefonso* ha sido quitado de la galería principal y retirado á los talleres, en donde han de desembarazarlo de un marco demasiado pomposo y de un barniz demasiado reluciente. Deseo que pierda también su etiqueta con el nombre de Luis Dalmau. Cuando vuelva á su puesto en el Museo, este cuadro podrá ser estudiado como una de las obras más notables que la escuela castellana haya producido á fines del siglo xv.

Otro cuadro procedente de Castilla la Vieja ha sido atribuído al pintor de los Consejeros de Barcelona por el historiador que más magistralmente ha discutido el «problema del arte de los hermanos Van Eyck» (1). Trátase de una obra desde hace mucho tiempo famosa: *La Fuente de Vida* ó *La Iglesia y la Sinagoga*, del Museo del Prado, con la que los historiadores del arte flamenco favorecen ya á Juan Van Eyck, ya á Huberto, ya á los dos. Es una escena de un Misterio, trasladada á un retablo de altar: la *Disputa entre la Sinagoga y la santa Iglesia* (2).

---

(1) Max Dvorak: *Das Rœtsel der Kunst der Brüder Van Eyck* (*Jahrbuch der Kunsthistorischen Sammlungen des Allerhœchsten kaiserhauses*). Viena, 1904, pág. 243.

(2) P. Weber: *Gœttliches Schauspiel und Kirchliche Kunst in ihrem Verhœltniss erlaütert an einer Ikonographie der Kirche und Synagoge.* Stuttgart, 1894, págs. 143-145. M. E. Mâle ha ofrecido otros ejemplos de estas «Disputas», dialogadas por los autores de *Misterios* y puestas en escena por los artistas del siglo xv en los países del Norte: *Justicia y verdad* contra *Misericordia y paz.* (*Le renouvellement de l'art par les Mystères;* en la *Gazette des Beaux-Arts*, 1904, 3.er per., t. XXXI, págs. 216-219).

Este cuadro estuvo ajustado hasta 1838 encima de un altar, en la sacristía de la iglesia del Parral, cuyas ruinas, despojadas de casi todos sus adornos, siguen alzándose en el fondo de la garganta llena de verdor que domina la acrópolis de Segovia. El convento, destinado á los Jerónimos, fundóse en 1447; las bóvedas de la iglesia no se cerraron hasta 1485, pero la consagración del edificio se celebró en 1459. Este cuadro, según el cartulario conservado en la Biblioteca provincial de Segovia, fué donado á los frailes por el rey Enrique IV, es decir, antes de 1474. Un cuadro idéntico al del Parral se encontraba en la catedral de Palencia. Ponz lo describió, á fines del siglo XVIII, como una pintura muy rara y muy preciosa. El viajero español añade que vió «varias copias» en Castilla, pero que todas estaban infinitamente lejos de la minuciosa ejecución del retablo de Palencia (1). ¿Era una de esas copias el cuadro del Parral? Dvorak no plantea la cuestión sino para descartarla.

Estudia la *Fuente de vida* como un original, y cree encontrar en ella una obra de Dalmau. Su opinión ha tenido más eco en Francia que en España. El primero en combatirla es el Sr. Sanpere y Miquel (2).

Para reivindicar la *Fuente de Vida* en favor de un artista español, Dvorak alega la arquitectura del estrado en el que están colocados los actores de este Misterio. Cierto es que la flecha de madera labrada que se alza sobre el trono de Cristo tiene el complicado aspecto y la finura metálica de las grandes *custodias* de plata sobredorada que esperan en la sombra de los tesoros de España el sol de la fiesta del Corpus (3). Pero los

(1) Todos los datos relativos á los cuadros del Parral y de Palencia han sido reunidos y analizados por D. E. Tormo y Monzó, en los dos artículos del *Boletín* de Valladolid, citados antes; estos artículos completan y corrigen en ciertos puntos el copioso estudio de Pedro de Madrazo, en el *Museo español de antigüedades*, t. IV, 1875.

(2) En el apéndice de su segundo volumen.

(3) Dvorak, pág. 244.

pintores del Norte no fueron menos audaces en sus construcciones sobre el papel que los plateros en sus edificios de metal. ¿Qué hay más aéreo que esa otra *Fuente de Vida* que se alza sobre el césped del Paraíso terrenal, en medio de una de las grandes páginas del famoso manuscrito de Chantilly, las *Muy ricas Horas del duque de Berry?* (1). El dosel del cuadro de Madrid no es más inverosímil; es solamente más «flamante». Por lo demás, no hay ningún detalle que se pueda dar con certeza por «español» (2). Esas complicaciones geométricas, que es dable el creer moriscas, ¿no pueden pertenecer al arte que á principios del siglo XVI entrecruzará diez manteas en el alabastro de las crenchas de Louvain y de Brou?

Ni la catedral en donde oran los consejeros de Barcelona, ni el trono en que está sentada la Virgen, son del mismo «gótico» que el dosel del Cristo del Parral. La arquitectura de este dosel no tiene nada de «catalán». No tiene la esbelta sencillez de los claustros y de los palacios de Barcelona, ni la silueta firme y netamente dibujada de los monumentos de orfebrería que salieron de los talleres catalanes en la primera mitad del siglo XV: la custodia de Vich (1417) ó la de Gerona, ejecutada por Francesch Artau de 1430 á 1458.

Si la arquitectura del cuadro del Parral es ciertamente extraña á Dalmau, ¿se le pueden atribuir acaso las figuras? Algunas de éstas se encuentran, con la misma cara y la misma edad, en el gran políptico de los Van Eyck; las que desde luego saltan á la vista son los dos retratos en los que Carel Van Mander reconocía á Huberto y Juan. Pero estas dos mismas figuras no están vestidas ni colocadas de manera idéntica en el políptico de Gante y el cuadro del Parral; las semejanzas no son copias, como las que se han señalado en el retablo de Barcelona.

(1) Durrieu, pl. XVIII.

(2) Nadie, á lo que creo, salvo M. Dvorak, podrá ver los detalles que aquél creyó observar á la vez en el cuadro del Parral y en el retablo de Barcelona: arcos en *herradura*.

Con el mismo ritmo y la misma arquitectura de formas y de ideas hállase expresado un pensamiento de doctor de la Iglesia, amplio y solemne, por el políptico en medio del cual triunfa el Cordero y por el cuadro que cruza el arroyo de agua límpida y de blancas hostias. Ningún pintor catalán del siglo xv puso en escena semejantes multitudes de actores, dominadas por un mismo pensamiento; ningún español lo ha hecho, á juzgar por las obras hoy conocidas (1). Los señores Klemberger enviaron á Brujas, para la Exposición del Toisón de Oro, un cuadro de altar precisamente compuesto sobre el tema religioso del cuadro del Parral, y que representa á *Cristo glorioso entre la Iglesia y la Sinagoga*. El cartelón atribuía el cuadro á Juan Van Eyck. Era, con toda evidencia, un cuadro hispano-flamenco. Yo pude reconocer en él, sin esfuerzo, bajo los repintados, un Gallegos de los más auténticos. Ahora bien: la composición es la de una miniatura romana ó de un marfil carlovingio. El trono de Cristo se alza entre los cuatro símbolos de los evangelistas, representados al vuelo. La Iglesia y la Sinagoga no son sino figurines, colocados en el respaldo del trono; no hay acción, no hay drama (2).

Para que Dalmau, único en España, hubiese tratado de pintar un gran Misterio, hubiera sido preciso que encontrase en el estudio de los Van Eyck la tradición de un arte teológico y épico. Cuando fué á Brujas en 1431 era demasiado tarde. Hacía cinco años que había muerto el mayor de los dos hermanos, el que resumió en el plan de un cuadro gigantesco la doctrina de la Edad Media, el poeta en quien podemos reconocer hoy al continuador directo del poeta tal vez más grande

(1) Sanpere y Miquel, t. II, apéndice, pág. 266.

(2) Sin embargo, hay en este cuadro sin vida un detalle que se encuentra anotado en los Misterios: la vieja Sinagoga, revestida con un manto de color de paja, tiene la *ictericia*, como en la *Desputaison:*

Et quant la Synagoge s'oi clamer ribaude,
D'ire devint plus pâle et plus jaune que gaude.

(A. Jubinal, *Mystères inédits du XV siècle*. Paris, 1837, t. II, pág. 405.)

que fijó en las páginas de las *Muy ricas Horas del duque de Berry* esas visiones dantescas: la *caída de los ángeles rebeldes* y la *Coronación de la Virgen* (1). Juan, el superviviente, no conoce ya ese mundo á la vez maravilloso y real; es el soberano maestro de la prosa.

Ciertamente, Dalmau estudió la obra común de los dos hermanos; pero se dedicó á copiar las tablas pintadas por Juan. Ahora bien: los ángeles cantores y músicos del cuadro del Parral no son los ángeles de Juan Van Eyck; son ángeles de Huberto los que están arrodillados en torno del altar y del Cordero, con sus cabellos de seda, sus caras redondas y amuñecadas, que conservan todavía un tipo del siglo XIV.

El espíritu de Huberto Van Eyck está inmanente en la *Fuente de vida*. Si el original de esta obra fué pintado por mano de Juan Van Eyck, lo fué en la época en que el hermano menor, ya ilustre, concluía ó ejecutaba piadosamente lo que empezó ó concibió el mayor. Ese original debe figurar en la historia en el puesto que le atribuyeron los primeros buscadores: al lado del políptico famoso. También él era una obra de los dos hermanos. Todo induce á creer que esta obra es el cuadro que Ponz vió en la catedral de Palencia, y que ha desaparecido.

En cuanto al cuadro del Parral, hay que resignarse á no ver en él sino una copia. ¿Puede haber sido Dalmau el copista? La técnica de los dos cuadros de Madrid y de Barcelona es diferente, estando el uno pintado al óleo y el otro á *tempera*. El dibujo de las figuras y de los paños, y más todavía el dibujo de las *manos* (2), tiene en el cuadro de la *Fuente de vida* una finura y una elegancia un poco flojas que contrastan con la sequedad y la dureza de Dalmau. Kœmmerer pensó en *Petrus Christus*. El colorido me parece que se opone á esta suposi-

(1) Durrieu, pl. XL y XLI.

(2) Acerca de este detalle, me encuentro en completo desacuerdo con M. Dvorak.

ción. Es claro, bastante frío, sin profundidad, con sombras negruzcas. En mi entender, el cuadro del Museo de Madrid es una copia de una obra de los hermanos Van Eyck, pintada por un artista extraño al estudio de aquéllos, y muy próximo al «Maestro de Flemalle». El copista ha introducido dos ó tres ángeles, cuyo rostro en óvalo redondeado recuerda los tipos de ese maestro todavía misterioso, en los grupos de los ángeles, que se parecen facción por facción á los figurines de Gante. El desconocido copista, que aventaja con mucho á Dalmau en la exactitud de engaña vista, sobre todo en los terciopelos y las pieles, tal vez no era un flamenco. Un compatriota del artista que pintara el pequeño tríptico de la colección Lázaro pudo ejecutar semejante copia. No quiero por el momento sentar más que una conclusión: en el caso de suponer que el cuadro del Parral, copia de una obra maestra flamenca, sea obra de un español, éste no es, á ciencia cierta, catalán, sino castellano (1).

Si se quiere tener alguna probabilidad de dar con otra obra de Dalmau, hay que acercarse á la única obra firmada, y dejar Castilla para volver á Cataluña. Lo que yo he podido encontrar es pobre, y después de haber empleado varias páginas en discutir atribuciones ambiciosas, presentaré en unas cuantas líneas una sola, mucho más modesta. Trátase de un cuadrito de la colección de D. Matías Muntadas, en Barcelona, una tabla de 43 centímetros por 31, en la que está pintado al óleo un *Descendimiento de la Cruz*.

El pintor era un discípulo de Juan Van Eyck. Únicamente en la escuela de éste pudo aprender ese colorido en que los rojos y los azules brillan sobre la base de los oscuros. El ultramar oscuro del cielo, la hopalanda del anciano, el manto de la Virgen, están hechos con ese azul de los Van Eyck, tan admirado por Fromentin. El manto de la Magdalena, borda-

(1) D. Elías Tormo y Monzó, en sus artículos del *Boletín* de Valladolid, ha llegado por su parte á una conclusión análoga.

do de armiño, la túnica forrada de piel de marta gris que lleva el hombre que está en pie en la escala, son de dos tonos rosas diferentes y exquisitos los dos.

Los magníficos colores que constituyen toda la riqueza del cuadrito no han sido empleados por un flamenco. El toque carece de finura y de precisión: no da sino el nácar de las perlas y el brillo vivo de las piedras preciosas, como el grueso rubí que cierra el manto oscuro de San Juan, ó los metales, el hierro de las tenazas y del martillo, la plata de la vaina de cuero negro que contiene el cuchillo del anciano. Los paños carecen de lustre y el paisaje carece de aire. El Cristo con cuerpo de marfil antiguo no tiene la cara de los Cristos de los Van Eyck. Se parece á los Cristos catalanes pintados en el primer cuarto del siglo xv por un Lluis Borrassá, y más aún quizás á los Cristos de los antiguos cuadros de *Crucifixión* que se encuentran en el Museo de Valencia.

Ante este recuerdo de la pintura catalana ó valenciana, perdido entre tantos recuerdos de Juan Van Eyck, ¿cómo no pensar en Dalmau? Hay más de un parecido, á pesar de la diferencia de los asuntos y las proporciones, entre el retablo de los Consejeros y el pequeño *Descendimiento de la Cruz*. Compárense la Magdalena y la Santa Eulalia, el viejo cabelludo y el San Andrés hirsuto. Los largos paños tienen la misma monotonía y la misma pesadez de pliegues. La composición del grupo trágico de la Pasión parece participar de la simetría y de la rigidez acompasada que tiene el cuadro de ceremonia destinado á la capilla oficial. La mano del viejo que blande el martillo para quitar el clavo que ha atravesado la Cruz, es tan impotente para sujetar lo que sostiene como las manos de los ángeles, crispadas sobre el pergamino pautado. Cuando las manos se presentan en escorzo, la mano izquierda del viejo de la capa y la de la Virgen, recogida sobre el cuerpo del Niño, tienen el mismo aspecto de garras débiles y deformes. La torpeza de tal actitud llega al ridículo en el cuadrito, en el que las figurillas tratan de agitarse: el viejo no puede dar el martilla-

zo sin perder el equilibrio. La torpeza del dibujo, la carencia de soltura en el toque no han de asombrar cuando se trata de un pintor abrumado por los recuerdos de un arte demasiado sabio para sus fuerzas. ¿Qué es lo que quedaría de viviente y de fuerte en esa colección de centones que es el retablo de los Consejeros, sin los retratos, ante los que el copista se ha sustraído á la obsesión de las obras maestras de Brujas? Yo vería gustoso, convencido de las faltas del cuadrito de Barcelona, tan grosero en comparación de la *Fuente de vida*, otras tantas señales del pincel de Dalmau. Cierto es que el gran retablo de 1445 es de un trabajo más unido, al mismo tiempo que más seco. Pero hay que tener en cuenta las dimensiones y la técnica. ¿No es el cuadrito de la colección Muntadas la obra de un pintor que no sabe detallar miniaturas y que maneja sin facilidad la pasta grasa y viscosa con la que la paciencia flamenca componía un milagroso esmalte? Si el cuadrito en cuestión es de Dalmau, ¿no da á entender que para ejecutar un encargo importante hubiera recurrido el artista á la *tempera* de los pintores valencianos y catalanes?

Existe en otra colección de Barcelona, la de D. J. Vidal-Ferrer y Soler, una obra mayor, más vigorosa y más altiva, pintada en la primera mitad del siglo xv por un catalán que conocía algo de la técnica y del arte de los Van Eyck, pero que no era, como Dalmau, un copista inanimado.

Un soberbio caballo blanco que se encabrita, un caballero con armadura negra, con peto blanco con cruz escarlata, erguido sobre sus estribos y con la lanza dirigida contra un enorme monstruo; más lejos, una princesita, arrodillada, con una vasta hopalanda rosa forrada de armiño, al lado de un bello cordero blanco... Es San Jorge, el patrón de Cataluña, cuya efigie ecuestre hizo esculpir Barcelona á principios del siglo xv en los monumentos que le eran predilectos. El héroe galopa contra la bestia sobre la nave de la magnífica bóveda que corona la fuente del claustro de la catedral, y sobre el medallón

que domina la entrada del palacio, en el que se reunían los «diputados», guardianes de las libertades. El San Jorge de la colección Vidal-Ferrer tiene la soberbia fogosidad de esos bajorrelieves, y también su preciosa delicadeza. En lo que concierne al colorido y á la técnica, constituye una excepción en medio de los cuadros catalanes.

Tonos tan intensos y tan profundos no han podido obtenerse sino por el empleo del aceite, según la práctica flamenca. Ciertos detalles de refinado realismo son dignos de un maestro del Norte: tal es el moscardón que se ha posado sobre un hueso de omoplato, en medio del osario que rodea al monstruo. El efecto de engaña vista que hacen ciertos detalles es muy notable á determinada distancia. Está obtenido por un procedimiento curiosísimo. El pintor no se ha contentado con realzar con relieves las partes que debían ser doradas, como el nimbo del santo y el plumero de su casco, sus estribos y sus espuelas. Ha modelado en estuco todo lo que debía resaltar ó relucir: el hierro de la lanza, la brida de cuero blanco, las copas de acero bruñido, la silla de marfil. Todo el monstruo se encuentra así esculpido y barnizado con pintura al óleo; ha tomado los tonos de los viejos cordobanes estampados y pintados. Esta pintura en bajorrelieve es cosa insólita y tal vez única en Cataluña durante el siglo xv, en la época en que más prodigaron los pintores los dorados sobre relieve; es muy diferente del *estofado* de los retablos en madera esculpida de Castilla. Pienso que al imaginar este procedimiento excepcional creyó el pintor encontrar un medio de imitar el asombroso relieve que los maestros de Flandes prestaban á las menores cosas, pintándolas sobre una tabla unida.

¿De qué flamencos tuvo conocimiento este catalán? Es fácil nombrarlos. Los grupos tricolores, blanco, azul, rojo, que asisten al combate desde la muralla de una ciudad lejana, están pintarrajeados, como la asamblea de sabios y patriarcas que asisten al triunfo del Cordero. En la corona que la princesa condenada se ha puesto sobre sus cabellos rojos han florecido

grandes lirios; es la misma corona de la Virgen que los Van Eyck pusieron á la derecha del Omnipotente. En fin, este caballero, tan dueño de sí y de su cabalgadura, tan seguro de sus movimientos, que tira de las riendas ó arroja la lanza, es el digno compañero de armas de los hermosos jóvenes de bien provista armadura cuyo escuadrón avanza á paso de parada en la hoja del políptico de Gante: *Milites Christi*.

Una obra tan nerviosa, tan atrevida, tan original como el *San Jorge*, no ha podido ser pintada por Dalmau. Este cuadro heroico es arcaico. La perspectiva del paisaje, la línea del horizonte colocada en lo alto del cuadro, son convencionalismos ajenos á Juan Van Eyck, por lo menos después de 1432, y también á Dalmau, su discípulo. ¿Aprendió de éste el pintor del *San Jorge* lo que conoció del maestro de Brujas, la técnica y un detalle como la corona de lirios en flor? En realidad, la armadura del caballero, la hopalanda de la princesa, con sus mangas interminables, hubiesen sido de moda pasada en la época en que Dalmau pintó el retablo de los Consejeros de Barcelona; es decir, de 1443 á 1445.

¿No penetró en Barcelona el arte de los Van Eyck antes de que Dalmau hubiese vuelto de Flandes, así como el arte franco-flamenco recibió el derecho de ciudadanía á fines del siglo XIV? Para discutir semejante cuestión se necesitaría ante todo conocer la fecha y el autor del soberbio *San Jorge*. A pesar de las ingeniosas conjeturas del Sr. Sanpere y Miquel (1), ignoramos aquellas cosas.

La única obra de Dalmau que hasta el presente merezca un puesto en la historia del arte es el retablo firmado por él. En cuanto á la influencia del discípulo de Juan Van Eyck en la pintura catalana, fué nula. Los mismos que imitaron la Virgen de los Consejeros, como el pintor anónimo que agrupó los ángeles músicos en torno del trono de María, en una tabla que posee en Barcelona la señora viuda de Rius y Badía, se acor-

(1) *Los Cuatrocentistas catalanes*, t. I, págs. 193-194.

daron de la composición, pero no del estilo. Permanecen catalanes puros.

La ciudad de Lérida encargó, á imitación del retablo de los Consejeros de Barcelona, un cuadro de altar destinado á la capilla de su Casa de Consejos, y cuya tabla central representa á los cuatro *pahers* ó «jueces de paz», que eran los consejeros de la ciudad, arrodillados ante la Virgen y asistidos por San Jorge y San Miguel. El cuadro se conserva en el pequeño museo arqueológico de Lérida (1). A juzgar por las armaduras del caballero y del arcángel, no puede ser anterior á 1460. Solamente los cuatro *pahers* están colocados como los consejeros de Barcelona. En todo el resto del retablo, y en el mismo grupo de la Virgen y del Niño, no hay el menor recuerdo de Dalmau. El pintor español que se naturalizara en Brujas fué un extraño en medio de la floreciente escuela catalana (2).

E. Bertaux

(1) Fué enviado á la Exposición de arte antiguo de Barcelona, en 1902, y descrito por primera vez en el pequeño catálogo, con el número 377, pág. 51.

(2) Esto lo había visto bien Justi.

MATERNIDAD

(NOVELA)

XI

Cerca ya de la media noche, un agente de vigilancia que se encontraba no lejos de la estación del Oeste se fijó en una sombra que iba y venía á lo largo del muelle que bordea el golfo. A veces la sombra se detenía y se inclinaba hacia el agua negra, en la que cabrilleaban, aquí y allí, regueros de luz. Parecía una mujer, y hubiérase dicho que estaba esperando que diesen las doce y se apagaran los faroles. De repente el agente perdió de vista la sombra; corrió al muelle y se puso á examinar el agua con atención. Pero pronto vió que la mujer seguía allí. Estaba sentada en el suelo, al pie de un poste telegráfico.

El agente pensó que ya era oportuno intervenir; se acercó.

—Perdone, señorita. ¿Está usted enferma?

Ella alzó la cabeza, y el débil reflejo de un mechero de gas iluminó su rostro.

—¿Enferma? No, no estoy enferma.

—¿Espera usted á alguien?

—¿Acaso no puedo estar sentada aquí? No molesto á nadie.

—¿En dónde vive usted?

—¿Pero no puedo estar aquí?

—Sí; pero le haré observar que son las doce de la noche.

—Ya lo sé.

El agente se alejó algunos pasos y se paró. A los pocos instantes Regina le había olvidado por completo. Los minutos pasaban.

Ella contemplaba el agua con mirada sombría. «No, Regina, no hay perdón para ti. Es inútil rezar. Dios no te escucha. Puede absolverse á quien mata á su hijo; pero á quien lo vende, nunca. Puedes tirarte al agua, pero bien sabes que esto no es una solución definitiva. No tienes más que un medio de salvación: encontrar á tu hijo; y ahora ya no es posible, ya no es posible...»

Se levantó y volvió á ponerse á andar. Vacilaba, luchaba como quien se ahoga. Parecíale imposible volver á aquella ciudad, entre todos aquellos seres de corazón de hielo; igualmente imposible le parecía huir, desaparecer para siempre. Hay momentos en que la vida arroja á uno á las tinieblas, y la muerte misma se niega á recibirle.

Oyó tras ella ruido de pasos: era el agente. Se le acercó otra vez y le dijo que iba á buscar un coche.

Se alejó. Al poco rato paró un coche ante ella. Le parecía que todo aquello pasaba como entre sueños. Después se encontró sentada en el coche, dijo el nombre de su fonda y se dejó llevar sin voluntad, aniquilada.

Pero durante el trayecto se le ocurrió bruscamente un pensamiento: «Folden, el doctor Folden... Vivía en Cristianía. Naturalmente, él era quien había llevado á cabo todo aquel asunto. Había hecho desaparecer al niño; sabía en dónde se encontraba el niño. No había querido que su hijo, el hijo de ella y de él, sufriese la miseria, y se había cuidado de su suerte... En el fondo, la intención del doctor Folden era asegurarle á ella también la vida, puesto que le había procurado una colocación... Los hombres, después de todo, eran mejores de lo que ella había creído...»

El coche se balanceaba, las ruedas rechinaban. En aquel momento atravesaban la avenida Carl Johan, casi desierta en la semioscuridad. De repente Regina gritó al cochero:

—¡Cochero! ¿Sabe usted en dónde vive el doctor Folden?

El cochero se paró.

—¿Qué?—preguntó el auriga.

—El doctor Folden, ¿sabe usted en dónde vive?

El cochero sacó del bolsillo un cuadernillo, que consultó á la luz de un farol. Concluyó por descubrir las señas que buscaba, y Regina le rogó que la condujese allí.

El coche cambió de dirección, tomó por la calle de la Universidad y no tardó en parar ante una puerta cochera. Regina pagó la carrera y el vehículo se alejó.

Ella miró en rededor. Vió en la pared una placa con el nombre de Folden, y, debajo, un llamador que correspondía directamente con la casa del médico. Antes de pensar en lo que hacía oprimió el botón.

La espera fué larga. La joven concluyó por sentarse en un escalón de piedra no lejos de allí. De vez en cuando oía el ruido de un coche. Un reloj dió la una. Los rumores de la ciudad iban extinguiéndose.

Regina estaba demasiado cansada para poder pensar. Tenía, sin embargo, la sensación de encontrarse en el extremo límite de lo que es posible hacer. Al dirigirse á aquel hombre inmolaba todo su orgullo. Pero ¿para qué necesitaba ya el orgullo?

Por fin se abrió una ventana en el tercer piso. Se asomó una criada.

—¿Quién es?—preguntó.

—Necesito hablar al doctor Folden—contestó Regina.

La ventana se cerró. A los pocos momentos se abrió la puerta cochera, y Regina subió la escalera oscura en pos de la criada, que llevaba una linternilla en la mano. Ciertamente, la criada creía que se trataba de una llamada para algún enfermo: un médico joven no puede negarse á que le molesten de noche.

Pero, á medida que subía la escalera, Regina moderaba el paso. Su corazón latía con violencia. «¿Qué locura es ésta?, se

decía. ¡En medio de la noche!... ¿Habré perdido la razón?»

—Pase—dijo la criada abriendo una puerta.

Hizo entrar á Regina en una sala de espera, encendió una lámpara y desapareció.

Un silencio de muerte flotaba sobre toda la casa; del exterior no llegaba ningún ruido. Un reloj que colgaba de la pared dejaba oir su tic tac. La lámpara, casi vacía, se puso á silbar. Solamente eran visibles en la penumbra la puerta, pintada de blanco, y los cortinones. Regina estaba sentada en una silla desvencijada. Pasó tiempo.

Por fin oyéronse pasos, abrióse la puerta y entró Folden. No había cambiado, aunque ahora se había dejado la barba. Habíase vestido de prisa; llevaba al cuello un pañuelo de seda. Saludó, parándose en medio de la habitación.

—Buenas noches, señora — dijo. — Vamos cuando usted guste. ¿Es algún caso grave?

—Buenas noches—contestó Regina levantándose de su asiento.

A él le pareció que conocía aquella voz: acercóse un poco más. Después se detuvo, como si hubiera quedado bruscamente metamorfoseado en estatua. Tampoco Regina hallaba palabras, y los dos permanecían mirándose en silencio. Por fin él se pasó una mano por los ojos, como para asegurarse que no soñaba. Luego, en voz baja:

—¡Cómo!... ¿qué es?... ¿No se habrá usted engañado, señorita? ¿O realmente tiene usted necesidad de un médico?

Esta lamentable actitud devolvió á Regina toda su lucidez de espíritu. Sintió al pronto deseos de echarse á reir; luego comprendió que estaba en terreno firme.

—Perdona—dijo—si he venido á molestarte esta noche. Pero es preciso que sepa en dónde se encuentra mi hijo. ¿Te has ocupado de él? ¿En dónde le has puesto? Si no me lo dices en seguida, en el acto, no respondo de lo que va á ocurrir.

Él había dado algunos pasos en dirección de la ventana: sé

apresuró á cerrar la puerta que daba á la habitación inmediata, corrió el portier. Después se volvió hacia ella con expresión de asombro.

—¿Tu hijo?—murmuró;—¿que tienes un hijo?... ¿Te has casado?

Regina se echó á reir bruscamente, nerviosamente. Esto produjo un rumor extraño en la casa callada. Folden se aproximó con un movimiento involuntario.

—Ten cuidado—le dijo;—están durmiendo... Pero explícame lo que has querido decir. ¿Cómo puedes creer que yo... que tu hijo...?

Se interrumpió de pronto y se pasó una mano por la frente como si empezara á apuntar una idea en su cerebro.

—Buenas noches, Folden—dijo tranquilamente Regina.—Veo ahora que me he equivocado. Buenas noches.

Y se dirigió hacia la puerta.

Folden la retuvo.

—Pero cuéntame lo que pasa, Regina. ¡Qué pálida estás! Has cambiado. ¿Han ocurrido desgracias en tu vida? Yo no he tenido nunca noticias tuyas... ¿Puedo serte útil en algo?

—No—contestó Regina abriéndose paso.—No he tenido desgracias y no puedes serme útil en nada. Buenas noches, buenas noches; me he equivocado.

Él se ofreció á acompañarla, pero ella se negó categóricamente. Hubo, sin embargo, de bajar la escalera con ella para abrirle la puerta. Se quedó un instante en la calle, viendo cómo se alejaba calle abajo. Se decía: «Es menester que esté loca. ¡Con tal de que no me origine algún disgusto...!» Pensaba en su mujer.

Al atravesar Carl Johan, Regina tropezó con un señor que le dirigió la palabra. Echó á correr; el hombre se obstinaba en perseguirla. Por fin ella vió á un agente: fué á él y le rogó que la acompañara hasta la fonda.

XII

El cuartito de la fonda estaba completamente á oscuras; solamente el débil reflejo de un mechero de gas de la calle daba alguna claridad al piso. Regina estaba echada en la cama, vestida, con los zapatos desatados, las manos cruzadas detrás de la nuca y los ojos entreabiertos.

Hay muchos dolores que hacen que el corazón busque un alivio en las lágrimas; hay otros que hacen palidecer y enmudecer. Pero hay también algunos que diríase que os embarcan en un témpano que deriva, desde el que en vano se acecha una tierra, un barco, un medio de salvación cualquiera. Aquel sér cuya desgracia ofrece este aspecto trágico no se queja ni suspira, no llora. Queda al pronto como paralizado. Pero no tarda en hacer con sus uñas un agujero en el témpano; ahonda hasta desprender un trozo, y de este trozo hace un remo. Antes pudo ser un pobre diablo; ahora es un titán. No lucha por salvar su vida, no. Alzase solamente para combatir lo ineludible, el destino...

Después de haberse agitado durante varias horas, Regina se sentó en la cama y se pasó los dedos por los ojos.

—¡Cómo! ¿Vas á llorar? ¡No te faltaría más que eso!—se dijo á media voz.—¿No has gritado bastante? ¡Como si te pudiera servir de algo!

Y se puso á reir, con una risa breve, siniestra. Después se tumbó otra vez, con las manos bajo la nuca.

Hacía algunas horas que experimentó la sensación de hallarse cerca de una puerta entreabierta, por cuya rendija casi podía ver á su hijo. La puerta ahora se había cerrado, y ella habíase quedado afuera, en la oscuridad. No veía esperanza alguna en ninguna parte. El niño lo mismo podía estar en Cristianía que en el campo; igual podía encontrarse en otra ciudad, en el norte, en el sur, en el este ó en el oeste de Noruega, y hasta en otro país. Era imposible saber nada. Muerto

el profesor, nadie podía dar á Regina la menor indicación. En la Maternidad, nadie había podido contestar á sus preguntas. Y en cuanto al doctor Folden... ¡necesitábase ser una insensata para suponer á un hombre de aquella especie capaz de una acción tan honrosa como la que había pensado atribuirle!

«Regina, tienes que renunciar á tu quimérico sueño. Se ha urdido una maquinación contra ti, por seres humanos ó por un poder más alto, no sé; una maquinación espantosa. ¿Piensas que un Dios de amor pueda querer así precipitarte de un infortunio en otro? ¡No, no! El mal triunfa hoy. El mal quiere hacer de ti una víctima para sus sacrificios. Y tú no resistirás; consentirás en la renuncia que te han impuesto... ¿No hay algo en ti para una eterna resistencia?»

Un estremecimiento le heló la sangre y los huesos. De repente se tiró de la cama, con la mirada fija, con las manos cruzadas en la espalda. El reflejo del farol le iluminaba débilmente la cara.

«Volver sobre mis pasos, recomenzar la vida de todos los días... ¿ahora?... Imposible... Tal vez no hay ninguna salida; pero entonces es preciso que te crees tú una. ¿Eres capaz de hacerlo?... Piensa que el mundo entero, que tal vez Dios y sus ángeles están conjurados contra ti... ¿Te encuentras con ánimos, á pesar de todo?»

Regina se estremeció otra vez y apretó los puños.

«Desde hoy, Regina, nada de lágrimas, nada de rezos; esto no sería más que engañarte á tí misma. Es preciso que rías, pero con una risa de hielo. Esto te evitará las decepciones... Vé enemigos en todas partes; éste es otro medio de no ser engañada... Y luego empieza á obrar, empieza... ¿Eres capaz de arrostrarlo todo, de hacer frente á todo el universo?...

»Ahora es cuando voy á tener bastante fuerza para sufrirlo todo. ¿Qué me importan, en efecto, de aquí en adelante, la vida, la muerte, la estimación del mundo, todas esas tonterías? ¿Qué me importa la conciencia, esa mentirosa, esa engañadora, que no me ha hecho siempre sino daño? Y en cuanto á

Dios, puede quitarme la vida, puede arrojarme al infierno; no me impedirá que le acuse y le diga: Me has dado una vida de sufrimientos; no tengo miedo de una eternidad de tormentos.»

Y Regina apretó más los puños.

«En adelante no tendré ya ni esperanza, ni fe, ni amor. Yo no quiero más que una cosa: yo quiero encontrar á mi hijo. Y le encontraré. Y me vengaré de los que me han hecho padecer.»

A medida que estos pensamientos se desarrollaban en su espíritu, iba recobrando Regina su sangre fría. Notó que estaba fatigada, que la cabeza le daba vueltas. «No es raro, se dijo. Hace mucho tiempo que no he comido ni dormido.» Se pasó una mano por la frente. «Lo primero que hay que hacer es cobrar fuerzas.»

Encendió una vela, que puso en la mesilla de noche; luego se acordó de que había traído de Suecia algunas tostadas en un saquito de mano, y que no las había tocado. Las comió. El pan se había endurecido, pero se esforzó en tragarlo bebiéndose encima un vaso de agua. Eran las cuatro de la madrugada, y el silencio era absoluto.

Cuando hubo concluído de comer se desnudó y se acostó. Repitióse una vez más:

«No es el momento de pensar inútilmente ó de llorar. Es necesario que duermas, si no quieres perder el juicio.»

Como otras veces, se esforzó en fijar su pensamiento en algo completamente insignificante. Y como estaba sin fuerzas, deslizóse en el sueño, en una inconsciencia cansada, al través de la cual seguía oyendo la voz enérgica que la decía: «¡Duerme, duerme!»

Cuando se despertó estaba el sol en su cuarto; eran las once. Experimentaba aún un saludable cansancio, y se durmió otras dos ó tres horas. Al despertarse llamó para que la trajeran café, y, después de tomarlo, siguió en la cama reflexionando.

Tratábase ahora de tomar una decisión. Experimentaba como un sentimiento de libertad consoladora al pensar que estaba sola en el mundo y que no tenía que pedir permiso á nadie. Podía combinar el plan más arriesgado; nadie podría intervenir. Siguió acostada con las manos detrás de la cabeza...

No, no; era absolutamente imposible retroceder. Hubiera sido condenarse ella misma á un suplicio eterno, hubiera sido matar todo sueño del porvenir, hubiera sido dar la razón á sus enemigos. Y esto no lo quería.

Pero ahora necesitaba establecer sus baterías y no cometer torpezas, sobre todo. Y Regina pensaba, meditaba y combinaba, con la sensación de avanzar á tientas en medio de las tinieblas, en donde el menor paso en falso podía costar la vida.

Veía un punto luminoso á lo lejos: allí tenía que llegar. Tal vez se necesitaría para ello tiempo, rodeos, decepciones, delitos... pero era preciso llegar.

¡Eran tántos los caminos que se podían seguir para avanzar!... Hacerse la mendiga, por ejemplo; ir á la puerta de las buenas gentes, suscitar la compasión, tender la mano, recibir lo que diesen por caridad, arrastrarse por el polvo, ponerse grotesca. Como en casa de Folden á aquellas horas de la noche, se decía: «¿Quieres continuar de esta manera? No, mil veces no. Ya bastaba de humillaciones.»

Quedaban otros caminos todavía... ¿Obrar por astucia, por amenazas?

Necesitábase dinero en los dos casos, y ella no lo tenía. Estaba dispuesta á viajar lejos, y durante mucho tiempo quizás. Pero necesitaba dinero.

¿Y cómo amenazar?... Para esto era necesario saber, en primer término, á dónde dirigirse, y después probar su derecho. Y ni siquiera sabía el nombre de su hijo... Pero si lograba descubrir á los que habían adoptado al niño, siempre podrían ellos negar la cosa, inventar una historia, puesto que ya no vivía el profesor.

No, ella no podía lograr su propósito sino por la astucia.

Había que sonreir y sorprender... ¿Y si el niño estaba en poder de algún pariente de ella? También en este caso había que surgir sin que la esperasen, antes de que tuvieran tiempo de prepararse para recibirla...

Pero ¿y si se veía obligada á hacer largos viajes, á seguir una pista, á seguirla durante meses y años?... Le era indispensable el dinero; podía tener que comprar á ciertas gentes. Y ella no tenía dinero. Estaba allí, sola, en una fonda, con doscientas ó trescientas coronas. ¿Debía empezar con aquella pequeña suma, aventurarse á verse un día sin un céntimo, expuesta á nuevas afrentas? ¡No, eso no!...

Continuó torturándose el cerebro, elaborando mil planes insensatos para procurarse fondos, hasta el momento en que la imagen de Flaten se presentó ante ella. ¿No le había dicho aquel hombre que se felicitaría de ayudarla en caso de necesidad? Pero se trataba de mucho dinero, y ella no consentía en ir á suplicarle, á explicarle las cosas, á aceptar socorros humillantes.

¿Pero y si el industrial supiera el secreto de Regina?... ¿Y si fuese la hermana de él la que había adoptado al niño?...

¡Jamás! No hubiera él propuesto á la joven el casarse con ella; entonces...

Y sin embargo, ¿no recordaba ella varias circunstancias en que Flaten pronunció algunas palabras que diríase que tenían doble sentido? ¿No sabía algo?

Y seguía con los ojos fijos en aquella posibilidad, como en una lucecita en el fondo de inmensas tinieblas. Quizás no fuese una luz, pero ella no distinguía otra cosa.

Todavía se presentaba otra solución: abandonarlo todo... dejar triunfar á los demás... Pero nunca se resignaría ella á semejante cosa.

Pero que Flaten era rico, estaba fuera de duda. Por él podía ella llegar á ser rica también, rica y poderosa... ¡Qué perspectivas se abrían ante ella ante este solo pensamiento!

Pasó una hora. Regina daba mil vueltas en la cama. Trató

de buscar otros expedientes, con el vago sentimiento de que la solución que había percibido no era la pertinente, de que estaba en camino de cometer una mala acción. Pero no percibía otro camino abierto. ¡Sí! uno solo: concluir de una vez para siempre, arrojarse al agua. Pero esto era más cobarde, si cabe, que la otra solución. En efecto: ¡si Flaten estuviera enterado, si él pudiese encontrar á su hijo...! ¿E iba á desaparecer, á renunciar á aquella probabilidad de poner las cosas en claro? No, no renunciaría á ella. La lucecita que creía percibir en el fondo de las tinieblas no lo era tal vez. Pero los ojos de Regina no encontraban otra cosa; y á fuerza de mirar, de mirar, el puntito luminoso concluyó por parecerle de una deslumbradora claridad.

Se levantó y se vistió.

No se necesita mucho tiempo para obrar cuando se encuentra uno en una situación desesperada: pronto Regina se puso á escribir al industrial. Sentía haberse marchado—decía;—recordaba todas sus bondades, y le pedía que se sirviera recibirla de nuevo en su casa.

Bruscamente soltó la pluma y se cogió la cabeza con las manos. «¡Dios mío! ¿no hay verdaderamente otra salida?» «Sí —contestó en ella una voz enérgica,—arrojarte al agua.»

Volvió á seguir escribiendo, y de nuevo dejó la pluma.

«Pero ¿qué te ha hecho ese hombre para que quieras servirte de él de esa manera?»

Regina se levantó y se puso á dar vueltas.

«No, no me ha hecho ningún daño. Pero ¿no se han servido de mí otros á quienes tampoco hice yo daño alguno? Primeramente, Folden. Este se sirvió de mí para pasar alegremente un verano. Bien debía saber que por su gusto rompía un corazón, truncaba una vida. Sirvióse de mí, sin embargo, y Dios le deja ahora vivir feliz.

»¿Y en la Maternidad? También se sirvieron de mí para aprender. Poco les importaba que me muriese de vergüenza. Y los desconocidos que me quitaron á mi hijo, con ayuda del

profesor, también se sirvieron de mí. Tan cierto es esto como que hay un Dios, un Dios al que yo he suplicado en vano... Sin duda, piensa Él también que lo que se refiere á una pobre mujer como yo no tiene gran importancia. Que se lamenta: ¿para qué prestarla atención?... ¿Que quiere tener un niño un matrimonio? Pues que se sirva de esta muchacha. ¿Que tal vez será ella eternamente desgraciada? No importa. ¿Qué representa una mujer así?»

Regina volvió á sentarse y continuó su carta, con los labios duramente apretados.

Pero de repente paralizó su pluma un pensamiento:

«¿No eres la dueña de tus acciones? ¿No decidiste tú misma entregar tu hijo á unos extraños?»

Pero no tardó, excitándose, en descubrir los argumentos que se requerían para contestar á tal escrúpulo.

«En el fondo, no; yo no era libre. La mala suerte acecha siempre el momento en que nos encontramos débiles y sin defensa. Entonces nos abruma. Entonces nos fuerza á que le entreguemos lo que nos es más querido. ¿Y luego? Cuando nos arrepentimos, cuando queremos reparar nuestro acto, entonces, como un usurero á quien la miseria ha entregado nuestra más preciosa joya, nos echa de su casa, diciéndonos: — Eras libre. El trato está completamente en regla...»

Y la joven terminó la carta. Cuando concluyó, respiró mejor.

Por la tarde, al vagar á la aventura por las calles, se decía, lanzando ojeadas á las gentes que encontraba:

«No me miréis así. No valéis más que yo.»

Ahora habíase puesto en marcha hacia el punto luminoso en que su felicidad la esperaba: no podía retroceder.

Aquel casamiento—porque volver al lado de Flaten era consentir en casarse con él—¿cuánto duraría? ¿Cuánto tiempo necesitaría sufrir, esperar en silencio, cometer delitos y ahogarlos, representar una comedia y fingir amor? ¿cuánto tiempo?... ¿Cuándo podría, en fin, sentarse estrechando contra su

seno el cuerpo grácil de su hijo, lavar todas las manchas de ella con las lágrimas?... Regina no quería pensar en todas estas preguntas. Prefería alegrarse por haber dado el primer paso en el nuevo camino por el que orientaba su vida. Cuando se escala una montaña, no es el momento de decirse que detrás de aquella montaña queda otra por escalar, más alta todavía.

Al atardecer, la joven pasó ante una iglesia cuyas puertas estaban abiertas, y en la que vió entrar á varias personas. Sin pensar en lo que hacía, entró también para matar el tiempo. La iglesia estaba iluminada, y resonaba el órgano. Regina se acordó entonces de que era domingo, y que aquel era el servicio de la tarde. En cuanto estuvo allí unos momentos, sintió que se le apretaba la garganta. Allí, en medio de aquellas almas piadosas, en aquella luz, con aquella música, se hacía el efecto de ser un genio del mal, aparecido en un lugar sagrado. Y cuando el pastor subió al púlpito, ella salió, sin ruido.

Sentóse en las gradas del templo con la cabeza entre las manos.

Oía las palabras del pastor como un rumor lejano. ¿No era que los poderes de bondad tendían hacia ella las manos para salvarla? ¿No le prometían mostrarle el camino que conducía á su hijo, con tal de que ella se arrojase en brazos de ellos?

¡Cómo! ¿otra crisis moral? ¿otra revolución? No; le era imposible soportar de nuevo semejantes sacudidas. Sus fuerzas estaban agotadas...

XIII

Había gran comida en casa de los Flaten. En la fría noche de invierno llenábase el valle de argentinos ruidos; eran las campanillas de los trineos que uno á uno corrían por los caminos, en todas direcciones, hasta desaparecer en las tinieblas el último reflejo de sus faroles. Entre las sombrías colinas,

llenas de abetos, alzábase la casa, en la que aun se veía el ir y venir de lámparas tras los cristales de los dos pisos... Después todo empezó á apagarse, ventana por ventana, primero arriba, luego abajo. Pronto no quedó más que una ventana iluminada en la amplia fachada.

Flaten había terminado su acostumbrada ronda por toda la casa; ahora entraba en la alcoba, haciendo oscilar, al andar, los cordones de su bata. Estaba un poco pálido, un poco cansado, de haber bebido y bailado. Se paró en medio de la habitación y contempló un instante á Regina, que, envuelta en un peinador claro y tumbada en un sofá, fumaba un cigarrillo.

También ella estaba pálida, pero la animación de la fiesta había coloreado sus mejillas con dos chapetas rojas. Sus ojos lucían con singular brillo... ¡Qué hermosa la encontraba él!... El vestido de seda y el cuello de punto de Venecia estaban sobre el respaldo de una silla, y á la débil luz de la lámpara brillaban sobre una cómoda algunas joyas.

—¿Verdad que todo ha estado bien?—preguntó Flaten á su mujer.

—Muy bien. Son personas sumamente agradables—contestó Regina, sin dejar de fumar.

Él empezó á quitarse la bata, y apareció la blanca pechera con blanca corbata y botonadura de brillantes. Desnudóse, sentóse un instante en el borde de la cama y miró á su mujer como si esperase algo. Pero ella seguía fumando, sin hacerle caso.

—Bailas admirablemente—dijo él sonriendo.

—Sin embargo, nunca he aprendido.

—¿Has observado lo que los hombres admiraban tu traje?

Y Flaten sonreía como un niño que está contento.

—Lo que sobre todo he oído es que las mujeres cuchicheaban entre sí á mi espalda.

—¿Qué decían?...—preguntó él con un ligero fruncimiento de cejas.

—¡Bah! Importa poco. Pero lo he oído todo, y sabré recordarlo alguna vez.

—¿No vienes á acostarte?

Y él se metió en la cama, tapándose con las mantas.

Afuera la nieve azotaba suavemente los cristales y el viento gemía.

Hubo un silencio. Regina miró á su marido, y al cabo de un momento dijo:

—Si te dijera los nombres de las que me han gravemente ofendido, ¿me asegurarías una reparación?

—¿Puedes dudarlo?—contestó él con una sonrisa de reproche.—Dime lo que hay.

Ella continuó mirándole; aunque los ojos de Flaten hicieron esfuerzos por demostrar interés, cerrábanse por momentos. Era que había bailado el pobre hombre. A punto estuvo ella de echarse á reir ante semejante espectáculo.

«¡Vaya!—pensó;—decididamente hay que concluir con esto.»

Durante los cinco meses que habían transcurrido desde su boda, ella no había cesado de aplazar el día en que había de empezar á realizar sus proyectos. En su viaje de boda—unas cuantas semanas pasadas en el extranjero—habíase ella dicho: «Esperaré á que estemos de vuelta». Y una vez de vuelta, quiso antes arreglar un poco la casa. No quería confesarse que aquel marido, tan verdaderamente bueno, tan enamorado, influía en ella como el fuego de una chimenea sobre el que viene de la intemperie y tiene frío. Suscitaba buenos sentimientos en el corazón de Regina, aunque no lo creyese ella. Haber encontrado de repente un sér para el que ella era todo en el mundo, constituía algo muy nuevo para Regina. Perdía la fuerza de obrar. A la luz de la felicidad de Flaten, los malos espíritus que habían dominado á Regina ocultábanse en la sombra.

Pero cuando descubrió en él algunos defectos, reaparecieron arrastrándose los aludidos malos instintos: entonces despertáronse en ella mil reproches sobre su conducta. Pero se-

guía aplazando sus propósitos. Era una sensación deliciosa la de dejarse ir, dejarse llevar por la vida, y temía la hora en que recobrase plena conciencia de sí misma...

Él se puso á toser ó garraspear; padecía un catarro crónico, y á veces le ocurría repugnar un poco á su mujer.

—¿Pero no vienes á acostarte?—dijo después de haber escupido en su pañuelo.

«No; basta de aplazamientos. Hay que empezar esta noche», díjose ella.

Y con los ojos fijos en el humo de su cigarrillo, como si de pronto se le hubiese ocurrido una idea, empezó:

—Dime: hay algo que no me has dicho nunca.

—¿Cómo?... ¿qué?—contestó él con voz un poco dormida.

Ella seguía lanzando bocanadas de humo.

—No me has explicado nunca cómo fué el que yo viniese á tu casa.

Y Regina hizo como que cerraba los párpados; pero con los ojos entornados escrutaba las facciones de su marido.

—Es una historia que te debo de haber contado ya cien veces.

—Nada de eso... Nunca me dices nada; me lo ocultas todo.

—En verdad que nada tengo que ocultarte, querida mía —contestó él riendo.—Escribí á mi amigo el profesor Gregersen preguntándole si podía procurarme una ama de llaves noruega... y nada más.

—Pero ¿por qué te dirigiste precisamente al profesor?

Abrió ella los ojos como si buscara la mirada de su marido para sonreirle.

—Pues porque Gregersen y yo éramos amigos desde la niñez y nacidos en el mismo pueblo. Y, por casualidad, le hablé del asunto en una de mis cartas... ¿Pero no te acuestas esta noche?

Regina tiró el cigarrillo. Necesitaba violentarse mucho para no levantarse bruscamente y dejar que estallasen su impaciencia y su cólera.

Pero se esforzó en sonreir, y miró al techo.

—Oye—dijo moviendo la cabeza,—un médico que dirige la Maternidad, como tu amigo el profesor, debe ver mujeres muy curiosas, ¿verdad?

—Seguramente; puedes figurártelo.

Ella le dirigió una rápida mirada; palpitaba ansiosamente.

—Y supón que te hubiera enviado una de esas mujeres—replicó.

—¡Qué ocurrencia!—contestó él bostezando.

No, aquel hombre no sabía nada. Y para arrojar de su espíritu los últimos temores que pudiesen quedar, Regina se levantó, fué á sentarse en el borde de la cama, y cogió entre sus manos la cabeza de su marido, sonriéndole con ternura.

Cariñosamente quiso él atraerla hacia sí; pero ella se resistió como por broma.

—Verdaderamente—dijo—eres un amigo muy particular.

—¿Yo?

—Sí, tú—replicó ella temerariamente.—No parece que tienes gran empeño en saber algo de mi pasado. Nunca me preguntas nada sobre esto.

Una expresión dolorosa asomó al rostro de Flaten.

—Es verdad. Pero has sido siempre tan sobria de palabras, tan reservada en ese punto...

Y acariciándole el pelo, añadió:

—Pero muy feliz, muy feliz de poseerte tal como eres... No puedo exigirlo todo á la vez; más adelante, cuando estemos bien hechos el uno al otro, y tengas plena confianza en mí, las confidencias vendrán por sí solas; ya verás.

Y la contemplaba con bondad.

Una vez más, estas palabras cariñosas afectaron vivamente á Regina: sintió un vuelco en el corazón, sollozos en la garganta; pero se dominó, y añadió con rapidez:

—Oye: me parece que tu hermana soltera, la que vive en Cristiansad, debería adoptar un niño. ¡Debe ser tan triste para ella el vivir sola!

De nuevo no perdía un movimiento del rostro de su marido, mientras que decía:

—Este verano, cuando hagamos el viaje á Noruega, iremos á visitar á tu hermana, ¿verdad?

—Claro que sí. Se alegrará, seguramente... Y podrás indicarla tu idea de adopción.

Y se echó á reir con una risa franca que le brotaba del corazón.

Ya no podía caber la menor duda: no sabía nada. El niño no se encontraba en casa de la aludida hermana.

Regina se desnudó por fin; cuando se acostó, Flaten roncaba ya. Ella miró á su lado, en la almohada, la gruesa cabeza de su marido. ¡Cómo dormía!

El baile le había rendido. A la fuerza había apoyado la proposición que su mujer hizo de repente durante la comida, relativa á organizar después del café un bailecito en los salones del segundo piso—para echar á sus aparecidos, como ella dijera.

Ahora, por lo menos, Regina sabía á qué atenerse sobre el primer punto que le importaba.

Cuando se casó, estando ante el altar, la joven había aguijoneado su propio valor diciéndose que Flaten era su único salvador, el único que podía sacarle de su desesperada situación. ¿Y ahora? En semejante unión solamente subsistía una cosa que pudiese secundar los proyectos de Regina: la riqueza de su marido. Pero ¿y éste?

La lamparilla proyectaba un reflejo verdoso sobre la cara de Flaten; su nuez saltaba á cada inspiración, y Regina contemplaba aquel cuello que palpitaba.

¡Ah! ¿Había una vez más obrado en un momento en que su discernimiento estaba cegado por la desesperación? ¿Iba á reanimar y á considerar con espanto lo que había hecho?... ¿Y si su boda no la aproximaba en modo alguno al fin que se había propuesto?... ¿Y si, por el contrario, iba á perder el tiempo, á emperezarse en el bienestar, ó bien á dejarse ganar por

el amor y los cuidados de que la rodeaba su marido?... Tal vez habían contado con esto los que le arrebataron á su hijo. Su matrimonio era tal vez un anillo en la cadena de las combinaciones de aquellas gentes. ¿Y si no se habían engañado en sus cálculos?

«Pero sí; los acontecimientos les darán la razón—decía con ella una voz irónica que la fustigaba como un látigo.—Te duermes; renuncias al más sagrado de tus deberes. Basta que te acaricien en las mejillas, para que te humilles en seguida y olvides los ultrajes de la víspera. No se habían engañado. Así eres...»

Afuera la tempestad de nieve crecía. Y el viento silbaba lúgubremente en las sombras.

XIV

Cuando concibió el proyecto de casarse con Flaten, Regina no quiso pensar por el momento en la manera que más adelante tendría de ser libre, de sustraerse á su marido. Pero en el punto á que había llegado, le era imposible que semejante cuestión no se presentase ante ella. Si no quería renunciar á su proyecto de encontrar algún día á su hijo, de arrojar por fin la careta, de recobrar su honradez y su sinceridad, necesitaba ahora hallar un medio de sacudir el yugo conyugal. Flaten no era ya un salvador para ella; no solamente no le servía de nada, sino que la molestaba. Ella no podía sacar nada de él, y él la quitaba toda libertad de obrar.

Durante los sombríos días del invierno, Regina vagaba sola por las vastas habitaciones de la casa, mientras que Flaten estaba en su oficina en la fábrica. La joven no lograba hacer nada; toda labor se le caía de las manos, porque cuanto hacía la recordaba á Flaten y su boda.

Cuando la casa se ensombrecía aún más, cuando llegaba la noche, ocurríale á Regina el sorprenderse deseando la vuelta

de su marido. Pero cuando llegaba el momento en que acostumbraba aquél á venir, entonces apoderábase de ella un temor: ¿no eran acaso el amor y la solicitud de Flaten lo que la desarmaban y la dividían contra sí misma?... ¿Qué hacer, qué hacer?... Transcurrían las semanas, y permanecía ésta en la inacción más absoluta.

Escribía á su madre cortas cartas, casi cartas de negocios; en vez de palabras de ternura, deslizaba un billete de Banco. Cuando su madre la contestaba, Regina se guardaba la carta sin abrirla, y así la dejaba varios días: diríase que la letra de su madre era un rostro al que se avergonzaba de mirar de frente...

Durante las mañanas sin luz, Regina acostumbraba á estar en el cuartito de la primera mujer de Flaten, que ahora era el suyo; mataba las horas bebiendo té y fumando cigarrillos. Las llamas de la chimenea bailaban lanzando reflejos sobre la tetera de plata, sobre la porcelana, y el humo trazaba delicadas volutas por la habitación...

Al mismo tiempo que Regina aplazaba y aplazaba el instante de obrar, habituábase á refugiarse en sueños dorados en los que no se trataba sino de su hijo. Para esto no era preciso cometer ningún delito, ni experimentaba por ello ningún remordimiento... Cuando hubiera encontrado á su hijo, ¡qué bien sabría educarlo! Veíase ya madre de cabellos grises, llena de orgullo; y le veía á él ya célebre, querido y respetado por todos. Vivían en el extranjero; recobraría ella su nombre de soltera, y se haría llamar la señora de Aas. Su hijo también llevaría el nombre de ella... Habitarían los dos en una casita á orillas del Mediterráneo; pasearíase ella por un gran jardín lleno de flores; cultivaría en él todas las plantas que le gustaban, y solamente ellas. Por la noche, á la hora en que la luna sube por encima de los cipreses, irían á sentarse al balcón y cantarían canciones de su país... Entraría, del brazo de su hijo, en la iglesia los domingos; la música de los órganos haría vibrar la nave con notas de alegría... porque todos sus peca-

dos quedarían entonces redimidos; viviría en el renunciamiento y la pureza, como una monja...

De repente se estremecía, cuando oía que Flaten abría la puerta de la calle. El sueño había terminado, la realidad recobraba sus fueros... ¿Cuánto tiempo duraría aún esta situación? ¿Cuánto tiempo tendría aún que representar Regina aquella comedia de amor que la hacía despreciarse á sí misma cada vez más, que la daba el sentimiento de no valer más que la última mujer del arroyo?

Y seguiría en la inacción, dejándose mecer por sueños y proyectos vanos. Y el tiempo continuaba avanzando... Su hijo podía estar enfermo... Ya tenía año y medio; tenía dientes, hablaba... ¿Y qué hacía ella? Nada, siempre nada... Hasta le ocurría á veces, cuando se probaba un nuevo traje, mirarse al espejo y encontrarse bien, como si tales galas no las pagara con su falta de pudor.

Regina empezó entonces á tomar un calmante por las noches para poder dormir. Por la mañana estaba pálida, cansada; se quedaba en la cama hasta las dos de la tarde. Poco á poco perdía la fuerza de dominarse, dejaba mostrar su insoportable mal humor.

Pero Flaten no perdía su habitual indulgencia; sabía que las jóvenes, al principio de su embarazo, se ponen á veces como locas por la irritabilidad nerviosa, y suponía que semejante cambio de carácter obedecía á tal causa. Aguardaba el dulce momento en que Regina se inclinaría hacia él para decirle al oído que iba á ser padre.

Esta indulgencia de su marido mortificaba en alto grado á Regina. Temía la menor caricia de Flaten, porque temía conmoverse y perder una vez más toda su energía. Las noches en la alcoba de los dos eran un suplicio para ella. Cuando el industrial se iba para sus asuntos á Goteborg, Regina le deseaba á veces un accidente desgraciado. Y con los ojos cerrados, se esforzaba en imaginar el momento en que por fin se vería libre... A los ocho días de esto tendría á su hijo en las rodillas.

Empezaría una nueva vida; se quitaría aquella careta que la horrorizaba; volvería á ser ella misma.

Pero Flaten regresaba sano y salvo, sonriente, impaciente por abrazar á su mujer, y trayéndola siempre algún regalo. Aquel hombre, tan listo cuando trataba con hombres, era ciego en lo concerniente á su mujer. Sus regalos parecían á Regina nuevos lazos, nuevas afrentas. Pero los aceptaba sonriendo para no echarse á llorar; daba las gracias á su marido para no tirarle á la cara lo que le traía... Y pasaba tiempo.

Regina pensaba, reflexionaba, se torturaba el cerebro incesantemente. Pero para escaparse, de todas maneras, necesitaba pisotear la felicidad de Flaten... ¿Revelarle la verdad? Era un proyecto ridículo, imposible. ¡Pero seguir aquella existencia, seguir aquella existencia...!

Asustábase ahora de los sueños que tenía por la noche, sueños siniestros y llenos de sangre. Se despertaba bañada por un sudor de angustia, pero contenta al ver que no había sido más que un sueño. Y como para hacérselo perdonar, se acercaba á su marido y le abrazaba.

Una mañana, Flaten, antes de marcharse á su oficina, no pudo dejar de revelar á su mujer su secreto pensamiento.

—Me parece — dijo — que empiezas á presentar síntomas sospechosos.

Un temblor sacudió á Regina: ¿habría hablado durante el sueño? ¿Adivinaba él lo que pasaba en el pensamiento de ella?

Pero Flaten se inclinó y murmuró:

—¿Estarás acaso en disposición de proporcionarnos un herederito?

Regina estuvo á punto de echarse á reir despreciativamente... ¡Solamente hubiera faltado eso!

Entonces se le ocurrió engañar groseramente á su marido, y esforzándose por sonreir, contestó:

—¡Ah! todo lo adivinas.

Él la estrechó contra su corazón, y casi bailaba de alegría cuando salió de la habitación. Y á partir de aquel día,

redobló su actividad: ahora tratábase de ganar mucho dinero.

A cada momento aludía á su grata esperanza. Estaba más cariñoso, más enamorado que nunca. Y Regina le seguía la conversación sobre el supuesto niño, sin querer confesar su mentira, y pareciéndole, además, curioso el seguir burlándose de su marido.

Harto sabía que la verdad sobre el pretendido embarazo concluiría por descubrirse, pero antes podía intervenir una solución que ella esperaba y quería á toda costa.

Iba y venía semejante á una sonámbula. Tenía la sensación de ser arrastrada hacia algo tenebroso, y trataba de luchar contra la fuerza que la llevaba. Cuando estaba sola, ocurríale sobresaltarse de pronto y hacer un ademán violento como para alejar de sus ojos una visión horrible.

Cada vez la obsesionaba más la idea de su hijo. Se le representaba enfermo, sin cuidados; se le representaba con los bracitos anudados al cuello de la mujer que le había adoptado, de aquella mujer odiada.

Imaginaba la escena del encuentro; oía la voz de su hijo, veía su cara, sus sonrisas, sus manecitas tendidas hacia ella.

Pero aquellas manecitas se tendían en vano: la madre no acudía, permanecía allí.

Por las noches, Regina sentía á su hijo en su regazo; de día, jugaba él delante de ella en la alfombra; adquiría en el espíritu de la joven tal intensidad de vida, que cuando pasaba ella de una habitación á otra, volvíase á veces con presteza para ver si no cogía con la puerta los dedos del pequeño...

Aproximábase la Navidad; el sol se mostraba todavía un poco por encima de los campos cubiertos de nieve y de los bosques completamente blancos. En el fondo del valle un tren corría, desaparecía. Un poco más arriba los caminos se cruzaban, descendiendo hacia las fábricas, hacia el río. En el jardín, los árboles inclinaban sus ramas bajo el peso de la nieve deslumbradora. Nadie venía ya á visitar á Flaten, porque la señora no recibía nunca, no salía nunca. Sucedíanse los días,

todos iguales. Y el industrial pasaba más tiempo en su oficina: ya no se encontraba tan á gusto en su casa.

Casi todas las mañanas, al levantarse decíase Regina:

—Hoy ha de ser, decididamente. No puedo soportar más esta vida.

¿Pero qué hacer? ¿huir? Entonces había que volver á empezarlo todo. ¿Pedir el divorcio? Esto implicaba complicaciones en las que no tenía el valor de meterse por el momento... A veces pensaba Regina que el dinero de su marido no la era absolutamente necesario; pero discernía en este pensamiento la primera tendencia hacia un remordimiento y, de aquí, á una nueva crisis moral; y había que empezar otra vez. Y esto no; no tenía fuerzas para ello. Valía más no mirar detrás de sí, no pensar, sino solamente andar, marchar hacia adelante...

Se sorprendió varias veces pensando sobre las diferentes maneras de matar á un hombre, y cada vez se habituaba más á estos siniestros pensamientos y la asustaban menos. Habíase apoderado de su cerebro una idea avasalladora; decíase:

«¿No vale más cometer un crimen, ser libre, encontrar al niño y convertirse después, que seguir amontonando malas acciones, delitos, indefinidamente, sin el menor resultado?»

Un día Regina encontró á Flaten ante el retrato de su primera mujer, el cual, ya sin crespones, estaba en su gabinete de trabajo. El industrial contemplaba la imagen con una expresión sobre la que no era posible engañarse.

Regina miró irónicamente á su marido: el pobre hombre enrojeció como si le hubieran cogido á punto de mentir ó de robar.

Pero la joven observó entonces lo pálido que estaba, lo que se había demacrado. ¡Cuánto había envejecido! Su pelo había encanecido más; su cara tenía un tinte amarillento.

Ella se conmovió un instante.

«¡Dios mío!—se dijo,—¡cuánto debo de atormentar á este desgraciado! ¡Cuánto debo de hacerle sufrir!»

Y aquel día ella le trató con bondad, con ternura.

Pero algunos días después ocurrió una cosa que le había parecido siempre completamente inverosímil, imposible: advirtió que iba á ser madre por segunda vez.

Hubo de estar en el lecho una semana, completamente aniquilada. Tenía la sensación de haber sido herida traidoramente por la espalda.

Sin duda había caído muy bajo. Pero en ella el sentimiento maternal siempre había permanecido sagrado, puro de toda mancha. El pensamiento de su hijo había sido siempre para ella como un templo, un lugar santo, un refugio. Y ahora, ahora...

He aquí que aquel hombre hacia el que ella era tan culpable, aquel hombre que era un remordimiento, aquel hombre á quien estaba dispuesta á asesinar, la obligaba hoy á echar al mundo un pequeño Flaten, un niño que tal vez un día alzaríase ante ella para vengar á su padre. ¿Quién sabía lo que podría ocurrir?

Y ella había ahora de nutrir á tal niño con su sangre, á sufrir por él, cuando tal vez por él también se vería ella apartada para siempre de su hijo, y quizá encadenada á Flaten por toda la existencia.

Regina daba mil vueltas en la cama. Hubiérase dicho que los últimos restos de calor de su corazón se transformaban en témpanos. Un odio furioso, impaciente, se apoderó de ella como una fiebre.

XV

El día en que Regina pudo levantarse estaba pálida y agotada por la falta de sueño, pero extraordinariamente tranquila. El mundo entero había desaparecido á sus ojos; ya no existía más que una sola cosa para ella; ya no veía más que esa cosa única. ¿Quién podría contenerla ahora?

Toda la mañana estuvo andando por la casa, con los la-

bios contraídos; de vez en cuando se pasaba la mano por la frente.

En la mesa se mostró de buen humor, y Flaten estuvo muy contento. Hablaron de mil cosas, rieron, bebieron y comieron con apetito.

De repente ella dejó de hablar y fijó la mirada en su marido. Él se calló también y la contempló atentamente, esperando lo que ella iba á decir...

—Oye—empezó ella,—voy á decirte algo que ignoras.

—¡Ah!—exclamó él alzando los ojos.

—Yo tuve un hijo antes de venir á tu casa.

Hablaba con voz extraña, con forzada sonrisa. Flaten dejó caer la cuchara, se estremeció y palideció.

—¿Qué dices?—exclamó al fin mirando á Regina.—¿Qué es lo que has dicho?

Y luego, en voz baja, añadió:

—¿Pero qué es lo que estás contando, querida mía?

Y trataba de sonreir, como si creyese que ella bromeaba.

Pero ella, glacial y tranquila, repitió:

—Te digo que tuve un hijo antes de venir á tu casa.

Él continuó mirándola con fijeza. Cuando, por fin, empezó á sospechar que la cosa podía tal vez ser cierta, todo su sér desfalleció de repente, su mirada se hizo vaga, como si Regina se hubiese alejado, se hubiese perdido á lo lejos.

Hubo un largo momento de silencio. Después Flaten se levantó y salió tambaleándose. Ella oyó sus pasos, que se perdían hacia el despacho.

Regina se tapó los oídos, como si temiera oir una detonación. Pero no escuchó nada.

Levantóse entonces á su vez, entró en su cuarto y encendió un cigarrillo. A poco se presentó la doncella para preguntar si los señores iban á seguir comiendo.

—No—contestó tranquilamente Regina, mirando su cigarrillo.—Puede usted quitar la mesa.

Marchóse la doncella. Regina se tumbó en un sofá contem-

plando las espirales de humo. Todo su cuerpo temblaba. ¿Qué había hecho, Dios mío? ¿qué iba á ocurrir?

Sentíase llena de vértigo, como en el borde de un precipicio. Y una vez más se acogió al pensamiento de su hijo... Le cogió en brazos, le vió sonreir, vivió en la imaginación el instante en que por fin podría verle y estrecharle...

Como siempre, estas imágenes desviaron el surco de sus pensamientos; y pronto estuvo llena de ternura, de amor, de deseo. Un solo sér estaba en su corazón, y todo el resto del mundo quedaba olvidado.

En la vasta casa reinaba un espantoso silencio. Sin duda en la cocina los criados hablaban también en voz baja. El crepúsculo invadía todas las habitaciones, penetraba en todos los rincones, borraba en las paredes el reflejo gris de la nieve que venía de afuera... Regina seguía en el sofá, tumbada... ¿Qué había hecho?... Su hijo, sí... Pero, no obstante, ¿qué acción había cometido?

Transcurrieron dos ó tres horas. No pudiendo resistir más, Regina se quitó los zapatos y, de puntillas, llegó hasta la puerta del gabinete de su marido. No se veía nada. Miró por el agujero de la cerradura... En la semiobscuridad distinguió como una masa negra inclinada sobre la mesa, cerca de la ventana; allí estaba con la cabeza entre las manos.

Volvió á su cuarto, pero aquella imagen la perseguía.

¡Aquel hombre tan bueno!... ¡aquel hombre tan bueno!... ¡Dios mío! ¿Qué había hecho?

Pero á los pocos minutos Regina se irguió de una sacudida, con los puños apretados.

«Vamos, Regina—se decía,—basta de sentimentalismo. A menos que no prefieras continuar esta existencia espantosa, seguir dejando á tu hijo en manos extrañas... á menos que no quieras persistir en la vergüenza á la que te han precipitado... ¿Quieres esto?... Sin embargo, bastantes afrentas has sufrido hasta ahora...»

Se puso á dar vueltas. Las alfombras ahogaban sus pasos.

Reinaba completa obscuridad, y tenía frío. Pero no cesó de andar, de ir y venir, hasta el momento en que, ya sin fuerzas, entró en su alcoba.

XVI

Flaten no aparecía. Pero á media noche Regina, que se había adormecido un instante, se despertó de pronto: su marido estaba inclinado sobre la cama y le hablaba en voz baja.

Ella abrió los ojos. Flaten estaba vestido y llevaba una luz en la mano. Parecía haber llorado.

—Regina—dijo dejando la luz y cogiendo una mano de su mujer,—Regina, hubieras debido hacerme esa confesión antes... Pero la cosa no tiene ya remedio. (Suspiró.) Trataré de perdonarte, pediré á Dios que me dé fuerzas... ¡te quiero tánto...!

Su voz se veló, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias—murmuró ella, de cara á la pared.

Después cerró los ojos.

Aquellas protestas de amor, aquella infinita indulgencia no afectaban ya al corazón de Regina.

«Cuando un viejo se casa con una joven—pensaba ella—se hace esclavo.»

Y experimentó un sentimiento de desprecio.

«Pero no logrará, no, no logrará que...»

Flaten apagó la lámpara y encendió la lamparilla. Regina permanecía con los ojos cerrados. Su marido podía creer que dormía ó que reflexionaba. Él se acostó. Pero durante mucho tiempo le estuvo ella oyendo respirar.

Al día siguiente se fué á la fábrica, como de costumbre. ¿Quería buscar el olvido en el trabajo?...

En los siguientes días la bondad infantil de su marido volvió á perturbar los sentimientos de Regina. Una voz que hablaba cada vez más alta gritaba en ella:

«No, no puedes hacer daño á ese hombre.»

Parecía que la tempestad iba á disiparse sin otra explicación. Flaten se limitaba á perdonar, sin querer saber nada más, sin que se tratase nunca del asunto.

Pero un día la cólera de la mujer se reanimó al pensar en el niño que llevaba en su seno, en aquel heredero que Flaten la había obligado á darle, y dió un nuevo paso, con los ojos cerrados, por decirlo así, con las manos en los oídos.

La escena se desarrolló también en la mesa. Habíase suscitado una violenta discusión entre los dos esposos, á propósito de una invitación á comer. Tratábase de dos amigos de Flaten que habían venido de Goteborg. En estos últimos tiempos el industrial había perdido también su igualdad de humor; ocurríale encolerizarse. De repente, Regina se interrumpió un momento, y luego dijo:

—Oye: todavía no lo sabes todo.

Él la miró. Hubo una pausa...

Ella continuó tranquilamente:

—Todavía tengo una cosa que contarte. Al hijo de que te hablé... pues bien... lo maté yo.

El se llevaba á los labios un vaso de cerveza; alzó bruscamente los ojos; el vaso cayó al suelo. Ella trató de reir. Pero Flaten, dando un puñetazo en la mesa, rugió:

—¡No! ¡ya es demasiado!

Se levantó y avanzó hacia Regina, amenazador...

Ella se recogió instintivamente, á la manera de un gato que va á saltar, con la mirada fija en la garganta de su marido, como si viera introducir un arma en ella.

Él la cogió por un brazo con tanta fuerza que le hizo daño, y gritó:

—¡Tú mientes, Regina!... Confiesa en seguida que acabas de mentir.

Y ella, esforzándose por desasirse, contestó:

—No, no miento. Le maté... ¿Me preguntaste alguna vez por mi pasado?

Entonces Flaten dejó caer sus manos, como avergonzado

de su brutalidad. Se cogió la cabeza; permaneció un instante en pie, pasándose las manos por la frente, y luego murmuró en voz baja:

—Me vuelves loco, Regina... ¿Por qué quieres matarme?

Después salió lentamente. Una vez más oyó Regina los pasos que se perdían en dirección del gabinete.

Y pasó otra tarde en que la joven fué maquinalmente á tumbarse en un sofá, fumándose un cigarrillo para distraer los pensamientos. Como la primera vez, un silencio de muerte cayó sobre la casa. Pero esta vez no se presentó la doncella á pedir órdenes.

Llegó la noche. De nuevo reinó en el alma de Regina una inquietud febril en espera de lo que iba á acontecer, y de nuevo recurrió al único medio que poseía para no perder todo su valor: repitióse la intención que la guiaba; llamó en su ayuda á su hijo, por cuyo amor se cubría ella de vergüenza. Y, como siempre, su corazón se llenó pronto de una ardiente ternura, de dulces imágenes, que en el momento mismo en que cometía un crimen disipaban en ella, como temerosas sombras, toda ansiedad, todo remordimiento. Extraordinariamente tranquila, seguía en el sofá, fumando y dejando transcurrir el tiempo. Pero no se atrevía á apartar los ojos de las imágenes que había evocado; agarrábase con todas sus fuerzas al pensamiento de su hijo; forjaba de éste, á cada instante, nuevas representaciones, para no rodar al precipicio que sentía abierto á sus pies.

Deslizábanse las horas. Regina oía á su marido, que no cesaba de ir y venir.

Toda la noche esperó en vano que entrase en la alcoba. A la mañana siguiente ella permaneció acostada, temblando de curiosidad. ¿Habría pasado algo? ¿Qué habría podido ocurrir?

Por fin, se presentó la doncella. Dijo á Regina, de parte de Flaten, que se había marchado á Goteborg, muy temprano.

Durante todo el día la joven estuvo presa de un senti-

miento de impaciencia. ¿Volvería?... ¿Qué iba á pasar?... ¿Era seguro que pasase algo?

Al otro día, por la mañana, recibió Regina una carta, que parecía un libro, escrita por su marido.

Y mientras que, sentada en su cuarto, leía aquella larga epístola, parecíale que todas las frases estaban como borradas, perdidas en el alejamiento.

¿Qué le importaba aquel amor desesperado? Cuando hubo recorrido las tres primeras páginas, en las que Flaten le pintaba la espantosa tristeza que le abrumaba, se encogió de hombros. Venían luego numerosas páginas de censuras contra sí mismo, y después otras en que expresaba la esperanza de que á partir de aquel día podrían los dos empezar una nueva vida de mutua comprensión y de recíproca confianza. La perdonaba una vez más; concebía hasta la posibilidad de que una mujer desesperada cometiese una acción como la que ella tenía sobre su conciencia. Añadía que también él necesitaba implorar la misericordia de Dios; que no olvidaba que ella era la madre del hijo de él, de aquel hijo que durante tanto tiempo había deseado... Por fin terminaba anunciando su regreso para el día siguiente...

Regina dejó la carta. En el estado de espíritu en que se encontraba, nada de aquello podía impresionarla. Solamente dos cosas fijaban su atención: hablaba del futuro hijo, y anunciaba que volvía al día siguiente.

¿Mañana?... Se levantó bruscamente. ¿Mañana?... Volvería, la abrazaría, hablaría del amor, del hijo, de perdón, de Dios. No, no tenía fuerzas para soportar todo aquello. Era preciso que no ocurriese.

Corrió á su cuarto, como quien anda á tientas en la obscuridad. Trazó rápidamente algunas palabras, metió el papel en un sobre que cerró, llamó y ordenó que echasen la carta para que saliera en el primer correo. Todo esto lo hizo en pocos minutos. Después se sentó y respiró más libremente, como aliviada de un peso.

He aquí lo que había escrito:

«Querido Flaten: Es preciso que lo sepas todo: no eres el padre del niño que llevo en mí.»

¿Bastaría esto? Recurría á una nueva mentira para deshonrarse á sí misma; pero al mismo tiempo era una nueva puñalada al corazón de su marido... ¿Bastaría con esto?

De pronto se puso en pie y empezó á dar vueltas por la habitación, mirándose las manos. Salió, y en el comedor tropezó con la doncella, quien le dijo que había venido un campesino con una ternera para venderla.

—Está bien; cómprela si es buena—contestó tranquilamente Regina.

Después se encontró sola de nuevo. Sentábase en diferentes lugares, se levantaba, cogía cualquier objeto, se le caía de las manos, iba de un lado á otro con la mirada en el vacío.

¡Ah! Aquella manera de matar á su marido era la más espantosa que hubiera podido elegir. Pero era preciso que no se arriesgase, que no se manchara las manos de sangre... Cada vez que ella le arrojaba al suelo medio muerto, volvía á ponerse en pie y le tendía los brazos. Era una lucha atroz. Y era absolutamente necesario ser implacable; había que terminar de una vez.

Aquel día Regina no apeló á sus sueños familiares, á la imagen de su hijo. Comprendía que hubiera sido hacer de su hijo un uso indigno de él: ampararse tras él para cometer una mala acción... ¡No! Ahora quería asumir ella misma la responsabilidad de su crimen. Quería sentir el peso del asesinato sobre su conciencia. Pero su hijo debía permanecer puro; nada de todo esto debía rozarle.

Anocheció. Los retratos de las paredes miraban á Regina con ojos sombríos... Las grandes habitaciones vacías se llenaron de terror. Oíanse en la cocina ruidos de platos y tazas; pero aquellos ruidos parecían venir de lejos, y Regina no se atrevía á estar allí sola.

De repente se le ocurrió una idea:

«Si ha de ocurrir algo, ocurrirá esta noche... Y por lo tanto, es preciso que no despierte sospechas; es preciso por mi hijo.»

Llamó, y cuando se presentó la doncella, dijo con su más alegre voz:

—¿Qué le parece si saliéramos á dar una vuelta?... Vístase, que vendrá conmigo.

Se abrigó bien, y fué la primera en encontrarse dispuesta para salir, esperando á la otra. El ambiente era suave; la nieve se deslizaba por los tejados. En el patio surcaban el suelo nevado negros senderos.

Las dos mujeres se dirigieron hacia el bosque. El esfuerzo necesario para subir las cuestas, el aire tibio y húmedo enrojecían el rostro de Regina bajo su gorra de piel. Deteníanse frecuentemente para respirar, reían, hablaban de mil cosas. Regina mostrábase animadísima.

A los dos lados del camino la nieve amontonada alcanzaba la altura de un hombre. De vez en cuando las cruzaba un trineo con sonoro cascabeleo. Un cielo obscuro extendíase por encima de aquel paisaje de invierno; por algunas desgarraduras de las nubes asomaba una estrella. Abajo, en el valle, percibíanse algunas luces diseminadas. Las fábricas mostraban aún una larga fila de ventanas iluminadas. Y de las altas chimeneas salía un humo denso y negro como la noche.

Las dos mujeres tomaron por una senda estrecha formada por las carretas, que se perdía en las sombras. La doncella empezaba á tener miedo.

—¿Volvemos?—preguntó.

—No; no—le contestó Regina riendo.—Vamos á ver si hay osos por aquí.

Y Regina se reía del miedo de su compañera. Por fin hubo que volverse. Regina experimentaba un saludable cansancio. Pero cuando se encontró sola en el vasto comedor, sus manos temblaron, un sudor de angustia la hizo estremecer.

«Ya ha recibido la carta y la ha leído», pensaba.

Mandó traer vino. El primer vaso no la caldeó; bebió otros. Finalmente, todo á sus ojos se cubrió como con un velo; todo, excepto una sola cosa: una gruesa cabeza de pelo blanco y bigote gris. La veía en la pared; se volvía de espaldas, y la seguía viendo.

Regina se levantó de pronto y se oprimió las sienes.

—No—dijo en voz baja, hablando en dirección de la lámpara; — no triunfarán de mí. No quiero perder la razón, no quiero. Cálmate, cálmate, Regina.

Fué á acostarse, y á tientas cogió su vaso en la mesilla de noche...

Sin duda había tomado una considerable dosis de su calmante, porque no despertó hasta muy entrada la mañana, después de un sueño sin sueños en el que estuvo sumida.

Siguió acostada, esperando sin saber á punto fijo qué. Llamó á una criada para preguntarle si había llegado un telegrama.—Nada.

Entonces se encapilló una bata, y con el pelo suelto se puso á andar por la habitación, destemplada y con el corazón molesto por la droga que tomó la víspera.

Fué á la ventana: llovía á cántaros; el valle se esfumaba en una bruma gris. ¿Qué iba á ocurrir? ¿qué iba á ocurrir hoy?...

Por fin llamaron á la puerta; Regina se dirigió hacia la cama tambaleándose, y se apoyó en ella... Pero no era aún sino la criada con el café, como de costumbre.

Y pasaban las horas. Por fin se puso á esperar el regreso de su marido, porque era seguro que iba á volver... Hasta pudiera ser que la trajese algún regalo.

Ya entrada la tarde, Regina, que se encontraba mirando por los cristales de la ventana, vió un ordenanza de telégrafos que se dirigía hacia la casa rápidamente. Miró un instante, y después se apresuró á meterse en la cama, tapándose con las mantas.

Entró la doncella con el telegrama. Estaba firmado por el dueño de la fonda en que paraba Flaten, y decía que éste se

hallaba gravemente enfermo á consecuencia de una repentina indisposición.

Regina, al quedarse sola, permaneció un momento tumbada con la cara entre las manos. Le parecía que algo en su corazón se desprendía, se esforzaba en subir á la superficie. Pero la capa de hielo era muy densa, y aquel algo volvía al fondo.

«Será preciso — se decía — que aparente lo que conviene. Porque se ha muerto, no hay duda alguna.»

Cuando se repuso un poco de la primera emoción, mandó llamar al hombre de confianza de Flaten, el subdirector de la fábrica; le dijo que ella se sentía mal, y le rogó que fuese á Goteborg para ver á su marido. Le encargó que telegrafiase en seguida lo que hubiera...

Permaneció acostada con los ojos fijos. Pasaron las horas. Regina recorrió con el pensamiento la islilla rodeada de arrecifes en la que se deslizó su infancia; veíase niña, inocente de todo; veíase con su madre en la iglesia. ¿Y ahora?... ¿No era el juguete de un sueño del que no lograba despertar?

Trató de refugiarse al lado de su hijo. Pero hubiérase dicho que éste se apartaba de ella... ¿Qué había hecho?... ¡Si se llegase á morir en aquel instante...! ¡Dios mío, Dios mío!... Se agitaba en su cama, daba mil vueltas... ¿Pero rezar, rezar? No; era preciso primeramente que todo se realizase hasta el fin. Y entonces, solamente entonces, se reposaría toda.

Por la noche llegó un largo telegrama del subdirector: Flaten había muerto de un ataque de apoplejía. Por voluntad suya, su cuerpo sería llevado al horno crematorio para ser quemado, sin ceremonias, sin funerales solemnes.

«¡Ah!—pensó Regina, con la mirada vaga, sin ver nada.— Tal vez ha tenido razón; más vale así... En cuanto á ese ataque de apoplejía, sin duda alguna es una mentira. Pero ciertamente que no pediré más detalles... Un ataque de apoplejía, sea. ¡Hay tántas personas que mueren de esa manera...!»

JOHAN BAYER

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

¿HACEN FALTA CRÍTICOS?

Una breve discusión ventilada en un par de artículos de periódico me recuerda la cuestión del estado de la crítica en España. Aunque no se haya tratado de ella á fondo, se suele aludir á la tal cuestión frecuentemente. ¡No tenemos críticos!, dicen unos. ¡Hace falta un crítico!, exclaman otros. Por lo general, se hace poco caso de estas voces, pues ni al público ni á los literatos les importa gran cosa que haya críticos. A aquéllos les basta con que haya bombos. Pero ya que la ocasión se presenta una vez más, será bien que los que escribimos de crítica pidamos también la palabra en este debate, que al cabo no ha de ser menos importante ni más solitario que alguno de los que tienen por teatro á la Academia de Jurisprudencia ó al Ateneo.

Espero que no ha de escandalizar á los lectores de La España Moderna que tome por punto de partida unos artículos de periódico. Escritores graves hay que por nada del mundo citarían en sus libros á un periódico. Para dar á un pensamiento el *dignus est intrare*, preciso es que haya nacido en un libro ó siquiera en una revista. Esta es su ejecutoria de limpieza de sangre. No pienso así. Schopenhauer, en *El Mundo como voluntad y como representación*, cita frecuentemente casos y noticias sacados de periódicos, sin que esto altere la compostura y decoro metafísicos de aquella su obra maestra. Litera-

riamente, un periódico no es una cosa sustantiva, no es una esencia; es un medio de publicidad. Un pensamiento puede valer lo mismo expresado en un breve artículo que desleído en un orondo volumen ó en un trabajo que ocupe en alguna revista doctoral muchas hojas. Es cuestión de desarrollo demostrativo. No hay que olvidar tampoco, por lo que toca á la calidad, que hoy los mejores escritores de España escriben en periódicos. El desdén hacia éstos es semejante al que inspiraba en sus orígenes el romance, cuando la lengua latina era todavía idioma del saber y de las letras. Es la prevención erudita contra las formas vulgares. Mas en esto hay error tratándose de los periódicos, como lo había respecto del romance. Mucho vulgo lee los periódicos, pero los periódicos se escriben para todos: para necios y discretos, para ignorantes y sabios; son populares y eruditos. Y si no lo fueren, pueden serlo, pues su condición es la de un órgano universal de publicidad, capaz de hablar en diferentes tonos.

Volviendo á la cuestión, luego de justificado así su origen, ¿será verdad que no hay críticos? Es bien notorio que los hay para uno de los principales géneros literarios: el dramático. No hay periódico que no tenga su crítico, y hasta algunos tienen, además, un sota crítico, un ayudante ó sobresaliente de crítico, que se ocupa en aquellos menesteres que el primer crítico no juzga dignos de su atención ó que no tiene tiempo de atender; por ejemplo, hacer la reseña de los estrenos del género chico ó bien de los estrenos de autores de menor cuantía.

Tampoco faltan críticos de libros. Mal ó bien, somos varios los que con cierta asiduidad hablamos de libros en los periódicos y revistas. Además, hay bastantes escritores que, sin ser críticos permanentes ó profesionales, hacen también de vez en cuando labor crítica en prólogos ó en artículos. En este último número figuran literatos de los más afamados. Es cierto que la crítica dramática está más atendida que la de los géneros escritos para la lectura. Ello se explica por la atracción que ejerce el género dramático, por ser mayor su

público, más limitada su producción que la de los géneros no representables, y menos fatigoso el cultivo de esta clase de crítica, que, aunque exija estudios y preparación anterior, parte de una audición y un espectáculo, en vez de partir de una lectura. Como el teatro se compone de otros elementos además del literario, suele haber en él algún atractivo que amenice las producciones medianas y aumente el valor de las buenas: *mise en scène*, arte de los comediantes, belleza de las actrices. El libro tiene que defenderse solo, y á veces la lectura previa que exige la crítica es un trabajo forzado como otro cualquiera.

Hay críticos, por consiguiente, aunque quizás no haya al presente ninguno que tenga tanta autoridad como la que en su tiempo alcanzaron ciertos críticos famosos; verbigracia, Revilla ó *Clarín*. Puede obedecer esto á varias causas, ó á ninguna determinada. Puede consistir en que los otros géneros literarios, más lucrativos, atraigan á los más selectos espíritus; á que por ser más consciente el público tenga menor necesidad de guías y consejeros; al ambiente moderno de socialización y nivelación, menos propicio para formar personalidades excepcionales que numerosas medianías útiles. También puede ser efecto del azar. ¿Quién sabe si el día menos pensado aparecerá un crítico que deje tamañitos á sus más ilustres antecesores?

Es posible, igualmente, que los actuales críticos seamos malos, sin darnos cuenta cabal de ello. Desde luego no les parecemos buenos á aquellos de cuyas obras no hemos hablado con entusiasmo ni siquiera con elogio. Cosa bien natural, como lo es también, admitida la hipótesis, que nosotros no nos percatemos lo bastante de nuestra insuficiencia. Esta es ya una razón para decir que hacen falta críticos... mejores. En todo debe aspirarse al progreso y á la perfección. La crítica no está excluída de este anhelo.

Con todo, no se sigue de ahí que haga mucha falta un crítico ó una generación de críticos. Sería mejor indudablemente... para la crítica. Para los demás géneros, casi indiferente.

Ningún género ha dejado de desarrollarse por falta de críticos, ó de críticos mejores que los actuales. La influencia de la crítica es cada vez más limitada, por dos razones: la decadencia de las reglas y la mayor cultura del público. En literatura siempre hay un crítico cuyo parecer se tiene muy en cuenta: el público. Fuera de este gran jurado crítico, cada escritor que no esté cegado por un exceso de vanagloria es crítico de sí mismo, y esa labor autocrítica es acaso la que más hondo y seguro efecto produce, porque de nadie hacemos tanto caso como de nosotros mismos, ni á nadie podemos entender mejor. No llegaré, sin embargo, á la radical conclusión de que la crítica sea completamente inútil. La crítica puede ser una especie de magisterio espontáneo, que vea con más frialdad y mayor claridad que los autores lo que pide á las obras particulares la índole de los géneros y la evolución que en ellos se opera por virtud del progreso psicológico y las nuevas condiciones sociales. Puede ejercer también la crítica cierta acción preventiva y represiva contra los extravíos del mal gusto, ser á modo de una policía de las letras, encargada de mantener el orden; pero no olvidemos que á medida que una sociedad va adelantando, la policía tiene en ella menores atribuciones y menor imperio, carácter de servicio más que de autoridad. El policía llega á ser una especie de cicerone. La crítica es una parte del público, que al juzgar no hace una cosa diferente de lo que hace éste, mas lo hace teniendo á la vista más motivos y poseyendo mayor preparación para discurrir con tino. Sobre todo, es una parte del público que explica el porqué de sus juicios, y sólo por esto ya es acreedora á alguna atención.

Nada de eso hace indispensable ni muy necesaria la crítica. En general, nada hay necesario en literatura. Con las obras maestras ya escritas hay más que suficiente para el alimento espiritual de la humanidad durante un largo espacio de tiempo. Si se paralizase la producción literaria durante un siglo, caso psicológicamente imposible, apenas se notaría la falta de poetas, novelistas, dramaturgos, etc. Con los anteriores po-

drían satisfacer holgadamente los hombres sus necesidades estéticas, y si se habían quedado antiguos, ellos los entenderían y los interpretarían modernamente. Verdad es que la crítica tiene necesidad de ser más actual, pues como cosa adjetiva, tiene que marchar al compás de los géneros sustantivos. Ni Quintiliano ni Boileau pueden darnos hoy todo lo que se pide á la crítica; pero con un poco de buena voluntad se encuentra en ellos mucho más de lo que se espera. Además, para que la crítica tuviera grande influencia, sería preciso que las obras de imaginación se escribieran de un modo muy diferente al que se estila. Generalmente se escribe por inspiración y por imitación de tendencias, tratando de conseguir un gran público más que un público reducido y selecto de entendidos. Aunque haya excepciones pasajeras, v. gr., los parnasianos, la tendencia de la literatura moderna no es formalista; atiende más al fondo, al contenido social y psicológico, que á la forma. Todo esto es poco propicio á la crítica, que se ejerce con más eficacia en el reino de las formas, en el aparato externo de la literatura.

Pero además de eso, lo que contribuye á hacerme desconfiar de esas peticiones de un crítico ó de una colección de críticos son los motivos que las acompañan y que ellas dejan transparentarse, aunque no siempre sean claramente confesados. Suelen pedirse críticos, como protesta por la benignidad y blandura que se atribuye á los actuales. Es un sentimiento de espectador de corrida de toros ó bien el de las ranas del apólogo. ¡Vengan críticos de pelea, críticos de empuje que dejen sembrado el ruedo de caballos! ¡Que nos quiten este rey de palo! Se recuerda con delectación á los más atrabiliarios, á los que mejor esgrimieron las disciplinas de la sátira, deseando, por supuesto, que el deseado heredero las ejercite en las espaldas... de los demás. Las artes del deleite, aunque sean las del noble deleite estético, son muy expuestas á desarrollar un espíritu femenil y envidioso. De ahí el chismorreo, la maledicencia y el *comadrismo* de las tertulias ó cenáculos literarios y ar-

tísticos. Quitando el pellejo á los demás, parece que se defiende el propio ó se despeja la escena de importunos para que podamos ofrecernos mejor á la admiración. El desapoderado deseo de agradar es lo que envilece á las artes de la belleza, que tienen algo de artes de hetaira. No basta agradar; produce un íntimo y vergonzoso regocijo el que los demás no agraden, pensando que así agradará más el que se salve, y nos corresponderá mayor ración de elogios. Los *bombos* al prójimo duelen más que el propio vituperio. Todo esto es mezquino y poco digno de ser tomado en consideración.

La mayor ó menor virulencia de la crítica es cuestión de temperamento, como ha indicado con acierto Fray Candil. Tal vez por esto creo poco en la eficacia de la crítica atrabiliaria, que me deleita y entretiene como obra sustantiva cuando se cultiva con gracia, pero sin abrigar fe en su trascendencia. Si se quiere que la crítica enseñe, hay que recordar que el sistema de «la letra con sangre entra» está desacreditado. Los procedimientos pedagógicos modernos son más suaves. Y si se quiere que barra, que despeje el campo de nulidades ó medianías enojosas, debe tenerse en cuenta que nada hay tan mortífero como el silencio para esta ralea literaria. Los *palos* de la crítica no asustan más que á algunos cuitados que tienen la timidez ó la rara honradez de una conciencia literaria intranquila. Nunca han impedido que se escribiera mal y se publicaran libros detestables. En cambio los rigores producen á las veces contrarios efectos. Son el ruido, la discusión. Se ama sobre todo el elogio, pero se ama en segundo término el dar que hablar. ¿Qué crítico no habrá sido solicitado una y muchas veces para hablar de un libro, aunque fuere dándole un palo? Hay muchos escritores que se esponjan aunque les digan toda clase de horrores, con tal que hablen de ellos. El caso es decir al público: aquí estoy. Los latigazos de la crítica han sido el origen de algunas famas que empezaron por malas famas y acabaron por famas á secas. Nada. Contra esta clase de crímenes lo mejor es el secreto del sumario. Barboux lo ha

dicho en su discurso de ingreso en la Academia francesa. En literatura el silencio es la pena más grave: equivale á la pena capital.

He mentado el silencio. Esta es otra de las causas por las cuales se piden críticos. Los que hay no hablan de todos los libros que se publican. No se tiene en cuenta que el tiempo y el espacio rigen también para el crítico. El tiempo de que él dispone, el espacio que pueden ofrecerle las publicaciones en que escribe. El movimiento bibliográfico moderno, aun en un país como España, donde se publica poco, es bastante copioso para que no se pueda leer cuanto se imprime. Se impone una selección. ¿Se remediaría esto si hubiese más críticos? Sólo en parte, porque todos serían partidarios de la selección y ninguno se consagraría á lo que los demás hubiesen dejado por imposible ó hubieran desdeñado. No sería fácil hallar un crítico de desechos y sobras. Por otra parte, el crítico tiene derecho al silencio. Se ha dicho, y es dicho discreto, que el silencio es una opinión. ¿Por qué no ha de tener el crítico derecho á elegir sus asuntos como cualquier otro escritor? La objeción que puede hacerse es que el crítico es un historiador de las letras contemporáneas, y el historiador no puede escoger asunto; los hechos se lo imponen. Pero estamos en el período de las monografías, y la crítica, si es historia, puede ser una historia monográfica que se reserve la facultad de escoger.

Pedid público, escritores, en vez de pedir críticos. Crezca el público, interésenle más los libros, y habrá más críticos, y los que haya escribirán más largamente. El hecho de que haya más críticos de toros que de libros es un fenómeno natural y elocuente que está pregonando que la afición del público es quien decide en estos casos y crea la escasez ó la abundancia.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: La psicología del duelo.—Psiquiatría: El masoquismo y Sacher-Masoch.—Historia: El buey y el asno en la leyenda de Navidad.—Criminología: Caso extrañísimo de crónica criminal. Crítica: Pleonasmos risibles.—La deformación de palabras por la acentuación.—*Más* por *ya*, *mediana* y *un cierto*.—Impresiones y notas: Sentido de los obstáculos.—Los intelectuales y su papel social.

COSTUMBRES

La psicología del duelo.—Dice Isaùto Acclive en *L'Italia Moderna* que muchos creen saber lo que es el duelo, y los más no saben lo que es: ni el ofendido que coge por vez primera en su vida una espada, ni el ofensor que abandona sus trabajos, sus afectos y sus costumbres para arrostrar y dar la muerte á su contrario.

El duelo es uno de esos actos que demuestran cuánto puede sobre el hombre la imitación y hasta dónde llega el influjo de la fuerza de inercia. A muchas personas les habrá ocurrido el caso, de jóvenes y hasta de hombres maduros, de hallarse de improviso dispuestos á batirse, sin haber jamás hablado de duelo, ni haber empuñado una espada ni un revólver. ¿Qué cosa es entonces el duelo, que así se recurre á él? ¿Es acaso algún hierro quirúrgico necesario para las enfermedades del ánimo? ¿Es la sola triaca medicinal garantizada por los siglos? Nordau afirma, con fina observación, que el duelo prueba que el instinto de conservación es en el hombre más débil

que el instinto de grey ó de rebaño, y eso es lo más verdaderamente humillante para el hombre.

Probad, y preguntad al que va á batirse:

—Pero ¿es de veras que te bates?

—Sí.

—¿Y por qué?

—He sido ofendido.

—¿Y te bates?

—Seguramente.

—Pero ¿por qué?

—Porque he sido ofendido: ¿cuántas veces te lo he de decir?

—Pero ¿por qué, ofendido, recurres á la payasada del duelo?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué te bates?

Y el hombre, al llegar aquí, no sabe qué contestar, y, para su mayor vergüenza, replica:

—Porque se baten todos.

Decididamente, el instinto de conservación es más débil que el de rebaño, y esa individualidad del hombre, tan alabada, es una gran nebulosa, una quimera de los ideólogos.

Todo fenómeno patológico humano ha tardado siempre siglos en generalizarse, en tomar la forma epidémica. Quizá es así porque además de los miasmas físicos hay miasmas psíquicos, y la mentira de uno se hace mentira de los más. Una colonia animal es el emblema humano de muchas cosas; la independencia no existe, y la conciencia mucho menos.

—¿Por qué recurres al duelo?

—¿Por qué recurren los demás?

Y eso es todo: son más los actos inconscientes que los conscientes.

—¿Por qué te quitas el sombrero al pasar una carroza funeraria?

—Todos se lo quitan.

—¡Vaya una razón!

—Me han acostumbrado así desde pequeño.

—¡Bonita razón!

—Y además porque soy cristiano.

—¿Y porque eres cristiano ejecutas un acto sin saber el motivo?

—¿El motivo? Porque es un deber de los cristianos el quitarse el sombrero ante un cadáver.

—¿Te parece un acto hermoso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque... porque, á decir verdad, nunca he pensado en ello.

Y éste es el tipo corriente. Quitarse el sombrero ante un muerto que pasa es un acto cristiano; de donde resulta que los no cristianos se abstienen de hacerlo; y se abstienen sin preguntarse siquiera si aquel saludo, más que un valor litúrgico, no tiene valor altamente humano. Y así se realizan ó no se realizan miles de actos que no son propiamente actos del individuo, sino de la especie. Obrar sin saber por qué es la normalidad humana. ¿Cómo subsistirían tantas supersticiones si fuese de otro modo? Preguntad á los supersticiosos el porqué de tantas y tantas acciones suyas. ¿Por qué, por qué? No lo saben. Es el porqué de la inconsciencia.

Cuando un individuo furibundo se muerde las manos para no estrangular al adversario, revela que conoce su propia furia; pero el que casi tranquilo recurre á un arma por la ofensa de otro, en desacuerdo con todas sus costumbres, refrenando el movimiento de sus pasiones, ése no es un fuerte, sino un débil, un inconsciente y no un consciente. Y los primeros en no comprender el duelo son los que le combaten y los que recurren á resucitar los antiguos jurados; esos jurados huelen á consultas médicas, y las asociaciones antiduelistas á hospitales de males incurables. Los antiduelistas no hacen más que retórica.

El origen del duelo atormenta todavía el espíritu de los antiduelistas; y porque Aristófanes y otros hablan del duelo, afirman que el duelo es anterior al Cristianismo, y luego se entusiasman con los Horacios y Curiacios para demostrar lo antiquísimo de las prácticas duelistas. ¿Y qué se saca de todo eso? El duelo nació antes que la espada, porque antes que la espada existió el espíritu de defensa; nació en todas partes y sufrió todas las transformaciones que le impuso el desarrollo de la industria humana. El mayor enemigo del hombre, ya lo dijo Hobbes, es el hombre mismo, y el hombre atacado por otro se defendería á pedradas y á palos primero, como después se sirvió del acero y luego de las armas de fuego. El duelo, entendido como lucha y no como farsa tabernaria, tiene la misma fecha de nacimiento que el hombre. No se trata de descubrir los orígenes de una lengua, que permiten establecer diversas hipótesis; se trata de la lucha, de la guerra, y ésa ha existido siempre. El duelo es la guerra de dos, violenta, astuta, terrible; sus causas eran las del odio en todas sus formas y por todos sus motivos; no tenía padrinos, pero no le faltaban espectadores.

Andando el tiempo, se inventaron medios para defenderse y para matar; las armas formaban parte integrante del hombre, que jamás se separaba de su espada. ¿Qué tiene de particular que aquel hombre armado, al sentirse ofendido, echara mano á su tizona? Con la misma facilidad con que se suelta un bofetón al que nos insulta, si le tenemos á mano, el caballero medioeval tiraba de espada y golpeaba á su contrario; pero como éste no era manco y estaba tan armado como él, se entablaba la lucha hasta que uno de los dos quedaba inutilizado. El duelo era así un acto natural y corriente; no era una farsa ni una bellaquería; era una lucha formal en que jujaba la espada y el puñal porque espadas y puñales tenían siempre á mano los contendientes, como la lavandera de Zola en el *Assommoir* se sirve de su paleta, ó el zapatero de su cuchilla y de su lesna.

Todo eso, que entonces era natural, es hoy ridículo. Antes, recurrir al duelo no suponía más que hoy dar un bofetón; se recibía un insulto y se echaba mano á la espada, pendiente siempre del costado; hoy se recibe el insulto, y hay que correr á buscar una espada en la armería, si la hay, ó en casa de un amigo, y luego aprender á manejarla, y luego entregarse á lo que acuerden los padrinos, y luego á batirse, si ha lugar. ¿No es grotesco y bufo todo esto? Equivale á pasar con mil cautelas un abismo, para después retroceder y precipitarse dentro; tiene uno que refrenarse cuando se explica la cólera, y luego matar ó dejarse matar á sangre fría.

El duelo es hoy un fenómeno de la cobardía; donde los pusilánimes no estuviesen en mayoría no existiría el duelo. Leopardi ha dicho que hay cierto grado de miedo que se resuelve en temeridad; y ese es el caso del duelo: el instante temerario de una constancia miedosa. Un individuo insulta á otro, y éste, falto de sangre, palidece y no acierta á pronunciar una palabra; los amigos le excitan, y recurre al duelo. En el cartel de desafío no puede desahogar su irritación, pues el código caballeresco lo prohibe, y así se convierte en un autómata, sin sangre, sin nervios, sin corazón: una especie de fantoche que se mueve según tiran de este ó del otro hilo los saltimbanquis que hacen de padrinos ó la sociedad que hace de espectadora. ¡Pues qué! ¿No se sabe que también la violencia tiene sus leyes, y que son leyes indómitas? Si el duelo es el terreno de la violencia, ¿cómo se quiere convertirlo en terreno de razón?

Se dice que el duelo no es un acto violento, sino el más bello acto caballeresco. ¡Vaya por la caballería! Pero ¿es posible que un hombre realmente resentido logre ante su enemigo jugar con un arma que no conoce ó que conoce por burla? ¿Es posible que sujete sus nervios á las voces de mando del director del duelo? Eso es desconocer el movimiento pasional del alma. El código caballeresco supone hombres que disponen de sí como de cosa muerta ó como muñecos de feria que se mueven cuando se oprime un resorte.

¿Y cómo vengar las ofensas si no se recurre al duelo? De todos los modos, menos el del duelo: con las armas, con las manos, con los pies, con la pluma ó con la boca; todo es preferible á dar en la bellaquería de la farsa duelista. Un Estado seriamente civilizado debería castigar la sola proposición de duelo como un crimen; bastaría un solo cartel de desafío para justificar una condena. Nuestras leyes, desgraciadamente, están hechas para no castigar las injurias y para excitar á decir: «Y si no recurro al duelo, ¿qué otra satisfacción me queda?» En materia de injurias, nuestras leyes parecen decirnos: «Véngate por ti». Pero si todo eso puede inspirarnos desprecio hacia los legisladores que, debiendo obrar, no obran, no por eso debemos creernos autorizados para recurrir al duelo. Contra la razón no hay fuerza ni prejuicio que valga.

PSIQUIATRÍA

El masoquismo y Sacher-Masoch.—En los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, de Buenos Aires, publica C. Bernaldo de Quirós un curioso artículo sobre el masoquismo, fenómeno que existía antes de Sacher-Masoch, pero que ha recibido su nombre de este novelista por haber encarnado la perversión característica del masoquismo en las novelas y en la vida misma de Leopoldo Sacher-Masoch. Todo un sexo, el femenino, «desde la princesa altiva—á la que pesca en ruin barca», está más ó menos tocado de masoquismo, aunque la variante masoquista es más corriente en las clases bajas que en las altas de la sociedad.

Siempre, en efecto, han existido mujeres que han recibido con complacencia los golpes del varón, creyéndose así más amadas. En Madrid ese es el tipo corriente de la *chula*, y en la literatura de todos los países se han exteriorizado las variantes de este tipo, como puede verse en *Love and pain*, de Havelock Ellis; en *Lotta di sesso*, de Viazzi, y en multitud de

dramas y comedias. La escritora australiana Miles Franklin, en su *M. y Brilliant Carcer*, presenta á su protagonista fustigando á su esposo sólo porque quiere besarla; el esposo se irrita y la oprime con fuerza entre sus brazos, hasta el punto de llenarla de cardenales. «Aquel día—dice ella—fué el más feliz para mí.» He ahí el masoquismo.

¿Qué es entonces el masoquismo? Krafft-Ebing, autor de la palabra para que hiciera pareja con la de *sadismo,* la define así: «Perversión especial de la *Vita sexualis* psíquica. El individuo cuyas emociones sexuales se hallan afectadas por esa perversión está dominado por la idea de encontrarse completa é incondicionalmente entregado á la voluntad de una persona de sexo opuesto, y de que, por tanto, ha de sufrir humillaciones y malos tratos de su dueño y señor: esta idea está embellecida por sentimientos sexuales: el masoquista se deleita imaginando situaciones de esa clase, y á veces procura llevarlas al terreno de la realidad.»

Leopoldo Sacher-Masoch, que vivió desde 1836 hasta 1895, escribió, entre otras obras, varias novelas de una serie: *La mujer;* otras que forman el ciclo, *Los legados de Caín*, y otra, sobre todo, *La Venus de las pieles*, en las que se describe constantemente el tipo de amante que sólo encuentra placer en la completa sumisión á su amada. De ahí sacó Krafft-Ebing el tipo, bautizándolo con el nombre del autor. El *masoquismo* no es otra cosa que el *pasivismo* de Hefanowski, la *algofilia sexual* de Feré, la *algolagnia pasiva* de Schrenk-Notzing; y para hablar en castellano, la *chulapería al revés*, pues aquí es el hombre el apaleado, mientras que en la chulapería lo es la mujer.

¿Fué Sacher-Masoch un masoquista, es decir, un algolágnico pasivo? Su biógrafo Schlichtegroll reconoce que lo fué, y que en sus últimos años reprodujo la trama de la *Venus de las pieles*; pero atribuye el fenómeno á la influencia de Aurora Angélica Laura Rumelin, una mala mujer de la que hizo su esposa, y que le arruinó, le engañó y le destrozó moral y ma-

terialmente. Esta mujer, sin embargo, ha publicado el año último sus Memorias en el *Mercure de France*, y sostiene que Sacher-Masoch, como verdadero masoquista, la obligó á reproducir en su vida el drama de *La Venus de las pieles*.

La Venus de las pieles, si es una verdadera historia clínica, como dice Bernaldo de Quirós, está escrita, no por un enfermero, sino por un enfermo. Sacher-Masoch fué lo que se llama un «hombre de mujeres», y el homenaje á la mujer, según su viuda, era lo que le fascinaba. Durante cierto tiempo estuvo vacilando entre los dos tipos de mujer: la buena y la perversa, que había soñado; de entonces data su novelita *Corazón de oro*, traducida al español por Julio Nombela (padre); al fin se decidió por la mujer mala, prefiriendo «una hora de voluptuosidad á un siglo de existencia vacía»: de ahí que diera en el masoquismo, ligado en él con el extraño fetiquismo de las pieles. El membrete que usaba para su papel de cartas consistía en una mujer con traje de boyardo ruso, cubiertos los hombros con amplia capa de pieles, y blandiendo un látigo; no puede darse emblema más apropiado para el masoquismo.

En la *Confesión de mi vida*, de Wanda, la mujer de Sacher-Masoch, hay pasajes extraños y emocionantes que revelan que aquel hombre tenía un tornillo ó varios tornillos descompuestos; así sucede con la proposición de adulterio, la busca y captura del amante, el griego, etc.; los trajes fantásticos que el novelista obligaba á vestir á su compañera eran también otra prueba de perturbación; el látigo y las pieles eran el motivo decorativo, al mismo tiempo que la divisa y el emblema de aquella existencia extravagante.

La acción afrodisíaca de la flagelación es conocida y está indicada desde antiguo, habiendo merecido ser objeto de una sabia disertación que Juan Enrique Meibom publicó en Leiden en 1639 con el sugestivo título de *Epistola de flagrorum usu in re venerea et lomborum rerumque officio*, dedicada al obispo de Lubeck. ¿Cabe, pues, suponer, partiendo de esta acción afrodisíaca, y dentro de la clasificación de tipos y degenerados

sexuales de Magnan, que en el masoquismo se trate de un tipo puramente medular y hasta de un tipo póstero-cerebral que reacciona sexualmente bajo la acción del látigo? Hay un momento en *La Venus de las pieles*, el de la flagelación, en que se hace notar pasajeramente este efecto; pero no basta para explicar la anomalía de Sacher-Masoch: la sensualidad es anterior en él á la flagelación, teniendo más bien un carácter ántero-cerebral, psíquico, y siendo forzoso buscar otras explicaciones.

La explicación atávica se ha intentado para alguna otra de las aberraciones sexuales; el exhibicionismo, por ejemplo, sería una reminiscencia de las fiestas fálicas paganas, según Garnier, y hasta podría relacionarse, según otros, con ciertas costumbres nupciales de los peces. ¿Qué mayor masoquismo que el del macho de la *mantis religiosa*, ese curioso insecto que durante la época de sus amores se deja comer tranquilamente por la hembra en el espasmo de su voluptuosidad? Todas estas explicaciones, sin embargo, son poco claras y mucho menos convincentes, y ese atavismo de tantos siglos y de tantas generaciones es demasiado atavismo.

Los episodios y las primeras emociones sexuales de la pubertad dejan hondísima huella en el hombre, conforme lo demuestran cumplidamente los estudios de psicopatía sexual; esta huella es tan persistente que, en ocasiones, no puede llegarse al espasmo sino bajo el influjo de la imagen que quedó grabada en aquel momento crítico de la primera epilepsia erótica. Ahora bien: Sacher-Masoch sintió el estallido de su sexualidad bajo la acción de su lejana pariente la condesa Zenobia, envuelta en pieles, armada con un látigo, en un cuadro suntuoso y perverso. Nada tiene de extraño que la impresión entonces recibida quedara grabada con rasgos indelebles en su cerebro y en su espíritu, y que su influencia determinara las aberraciones del masoquismo. Y si á esta acción se agrega la existencia de alguna tara degenerativa hereditaria, alguna debilidad psíquica constitucional que explicara la aptitud espe-

cial para la recepción de esas impresiones y de su permanencia, tendríamos bastantes elementos para acertar con la solución del problema.

El antídoto contra el veneno masoquista lo da el mismo Sacher-Masoch al final de *La Venus de las pieles:* el trabajo y la conciencia del deber son las fuerzas salvadoras de esa degeneración sexual.

HISTORIA

El buey y el asno en la leyenda de Navidad.—En torno de la cuna de Jesús—dice Austín West en *Il Rinnovamento*, de Milán—florecen muchas leyendas, lindas unas, groseras otras. Entre las más bellas figura la del buey y el asno, familiar á los cantores de villancicos, á los estudiosos de antigüedades y artes. Pintados en antiguos frescos, esculpidos en sarcófagos y bajorrelieves, ligados en mosaicos, tallados en gemmas, entretejidos en historias y romances, representados en los misterios, y todos los años en los *nacimientos* populares, el buey y el asno se han hecho tan familiares como los pastores, los Reyes Magos, San José, la Virgen y el mismo Jesús. «O magnum mysterium et admirabile sacramentum—dice la Iglesia en el responsorio matutino de Navidad—ut animalia viderent Dominum natum jacentem in præsepio.»

En las tradiciones religiosas antiguas, la presencia de animales en el natalicio de grandes personajes sagrados es un hecho común. Así las leyendas iránicas cuentan cómo una vaca asistió al parto de Zoroastro; cómo toros, asnos, caballos y otras bestias figuran en las tradiciones indias y en el arte budístico en el nacimiento de Gotama. Aparte las interpretaciones del simbolismo zodiacal, el buey y el asno eran en el simbolismo religioso los tipos fijos de la generación y de la fecundidad.

Ninguna mención del buey ni del asno en la Natividad se encuentra en los Evangelios ni en ningún otro libro del Nue-

vo Testamento. La historia del nacimiento de Jesús en San Lucas es tan breve como sencilla: «Y María parió á su Hijo primogénito, y lo fajó y lo colocó en un pesebre, porque no había para ellos sitio en la posada» (II, 7). Sólo unos cien años después de la aparición de este Evangelio comienza á formarse la leyenda, que empieza á afirmarse en Orígenes, gran pensador y exégeta cristiano de la iglesia post-apostólica. Por los años 203 al 215, según Battifol, ó hacia el 232, según Westcott, predicó Orígenes sus homilías sobre San Lucas; en la décimatercera comenta así al apóstol: «Porque ellos (los pastores) hallaron á José y á María y al Salvador mismo yacente en un pesebre; aquel era el hecho predicho por el profeta: *El buey conoce á su amo y el asno la cuna de su señor.* «El buey es un animal limpio; el asno un animal inmundo. El asno conoce el pesebre de su señor. No el pueblo de Israel, sino el animal inmundo de los gentiles conoce el pesebre de su amo. *Pero Israel no me ha conocido, y mi pueblo no me entiende.*»

Los primeros comentaristas cristianos creían que bajo cada una de las palabras de la Sagrada Escritura se encubría un designio y un misterio divino, y hasta múltiples sentidos. Pero es notable que el primer Evangelio, cuyo principal objeto es indicar el cumplimiento de las profecías mesiánicas, no ponga en relación el pasaje de Isaías «el profeta de la Encarnación» con el nacimiento de Jesús. De hecho, la yuxtaposición de Isaías, I, 3, con Lucas, II, 7, como profecía y cumplimiento, no es más que una piadosa adaptación; pero sólo en los tiempos modernos los exégetas y predicadores católicos han comenzado á emanciparse de su esclavitud.

La habilidad patrística para inventar aplicaciones del Viejo Testamento á sucesos del Nuevo fué sugerida por el método mismo seguido por Jesús, por San Pablo y por los demás escritores del Nuevo Testamento; pero después, andando el tiempo, los Padres aplicaron fuentes apócrifas y leyendas fantásticas para corroborar las verdades eternas, con fines especialmente edificadores. Los más doctos hallaron grandísimos go-

ces en la alegoría, sobrepujando á los escolásticos en el arte de acomodar el texto sagrado. Así, por ejemplo, se ve á un apologista, tan primitivo como San Justino mártir, encontrar en el pasaje de Isaías (XXXIII, 16) «su lugar de defensa estará en una alta caverna en la fuerte roca», una profecía literal del sitio en que Jesucristo había de nacer. Hasta el año 380 no se encuentran otros documentos sobre este asunto. El día de Navidad de aquel año San Gregorio Nacianceno predicó en la catedral de Constantinopla un sermón en el que exhortaba así á su auditorio: «Celebra la Navidad, por medio de la cual fuiste librado de las ligaduras del nacimiento, y honra aquel pequeño Belén que te reconduce al Paraíso; venera el pesebre por el cual, estando privado de razón, fuiste alimentado por el Verbo; y ya seas limpio y sujeto á la ley, digiriendo doctrina sana y apto para el sacrificio, ó seas todavía inmundo é inepto para la comida y el sacrificio y pertenezcas á los gentiles, reconoce como el buey á tu amo, Isaías te lo advierte, y como el asno la cuna de tu señor».

Las palabras son de San Gregorio, pero la doctrina, como se ve, es de Orígenes, de quien era gran admirador y hasta compilador. Desde aquel tiempo los documentos para la historia de la leyenda del buey y del asno son más frecuentes. En 385 comenzó San Ambrosio en la catedral de Milán su curso de homilias sobre el evangelio de San Lucas, y en la dedicada al versículo 7 del capítulo II decía: «Ves lo que tienes ante tu rostro, pero no ves las cosas del Paraíso. Oyes el grito del Niño, pero no oyes el mugido del buey que conoce á su amo. Porque «el buey conoce á su amo y el asno la cuna de su señor». Esta distinción entre lo material y lo espiritual, entre lo visible y lo invisible, demuestra que para San Ambrosio, como para Orígenes y San Gregorio Nacianceno, el buey y el asno eran simplemente símbolos.

En seguida encontramos el asno y el buey místicos en Paulino, obispo de Nola, admirador y amigo de San Ambrosio. En sus cartas á Severo (394-403) Paulino se lamenta de que «has-

ta en Belén, donde el buey conoció á su amo y el asno la cuna de su señor, los jefes del pueblo han renegado del Dios Salvador y venerado los amores y las muertes infames de los hombres». El año 404 San Jerónimo escribió á Eustoquia una larga carta de pésame por la muerte de su madre Santa Paula; en ella recuerda la peregrinación de Santa Paula á Tierra-santa y su visita á la tumba de Raquel, y dice: «De allí fué á Belén, y entrada en la gruta del Salvador vió la santa morada de la Virgen y la cuadra en la que *el buey conoció á su amo y el asno la cuna de su señor*, á fin de que se cumpliese lo que el mismo profeta había escrito: Bienaventurado el que siembra sobre las aguas donde caminan el buey y el asno».

Hacia el mismo tiempo, Prudencio, el Virgilio cristiano, compuso su *Cathemerinum* ó libro de himnos para cada día, el undécimo de los cuales contiene la estrofa:

Æterne Rex, cunabula,
Populisque per sæclum sacra,
Mutis et ipsis credita,
Adorat hæc brutum pecus.
Indocta turba scilicet
Adorat excors natio,
Vis cujus in pastu sita est.

En la colección de 176 discursos atribuídos á San Pedro Crisólogo, primer arzobispo de Rávena (433-454), se encuentran dos pasajes que parecen auténticos, y que dicen así: «¿Por qué yace el Rey de los Judíos en un pesebre y por qué no reposa en el templo? Las bestias recibieron en el pesebre al que vosotros habéis desdeñado recibir en casa, como estaba escrito; el buey conoce á su amo y el asno la cuna de su señor» (Discurso 156, 10). «Los pastores vienen de cerca; los magos de lejos; pero ambos se unen en pía devoción en el mismo lugar de fe, y allí ven, y admiran, y reconocen al Cristo Rey puesto delante de aquellas dos bestias proféticas que representaban como tipos y figuras á los dos pueblos; porque el buey conoce á su amo y el asno la cuna de su señor; lo reconoce el

buey judaico librado del yugo de la ley, y lo reconoce también el asno pagano, abandonada su estupidez salvaje».

En un sermón sobre *la generación de Cristo*, atribuído á San Gregorio de Nissa (331-395), decía aquel santo: «El pesebre en que el Verbo fué engendrado es la morada de las bestias; así que el buey puede conocer á su amo y el asno el pesebre de su señor; por buey entended lo que está sujeto al yugo de la ley». Después de notar que el heno es comida y vida de los brutos, y el pan comida y vida de los animales racionales, continúa: «Aquí en el pesebre, que es morada de animales irracionales, es ofrecido el pan de vida descendido del cielo, de modo que hasta los animales irracionales son nutridos con el cebo de la razón y son dotados de razón; en medio del pesebre, entre el buey y el asno, yace el Señor de entrambos, de tal modo que, anulando el tabique que los separa, los funda en sí mismo en un hombre nuevo, librando al uno del yugo grave de la ley y al otro del peso de la idolatría».

Este pasaje es el único que puede citarse en favor de la presencia material del buey y del asno en el pesebre de Belén; pero su autenticidad es sospechosa, hasta el punto de que los benedictinos lo colocan entre los dudosos, si bien los ilustres jesuítas españoles Suárez y Maldonado lo aducen en favor de su aserto de ser constante la tradición de la Iglesia sobre la presencia material del buey y el asno. Lo positivo es que hasta el año 450 todos los escritos citados se relacionan, directa ó indirectamente, con el texto de Orígenes, y que todos, salvo el último, sólo afirman la presencia mística, no la real, del buey y del asno en la Natividad.

Los animales simbólicos entraron en las representaciones artísticas por este mismo tiempo, contribuyendo no poco al desarrollo de la leyenda. El más antiguo monumento es un fragmento de sarcófago del cementerio de Santa Inés, correspondiente al año 343, que hoy figura en el museo cristiano del palacio Laterano, y en el que aparecen el buey mirando la cara del Niño y el asno mirando sus pies. La única pintura al

fresco de las catacumbas romanas que represente al Niño Jesús en el pesebre entre el buey y el asno es la descubierta en 1877 en el cementerio de San Sebastián, en la Vía Appia, y es posterior á Constantino. El famoso sarcófago bajo el púlpito de la basílica de San Ambrosio, de Milán, es del siglo v. La mayor parte de las esculturas de Navidad son del período de la decadencia, y los mosaicos con representaciones del buey y del asno son de fines del siglo vi.

A fines del siglo v es cuando se desarrolla la materialización de la leyenda, en el proto-evangelio del pseudo-Santiago, que presentaba á la Virgen caminando hacia Belén en un asno, y en el evangelio del pseudo-Mateo, que dice así: «El tercer día después del nacimiento del Señor, la beata María salió de la gruta y entró en la cuadra, y allí puso á su Niño en el pesebre; y el buey y el asno le adoraron. Entonces se cumplió lo que había dicho Isaías: *el buey conoce á su amo y el asno la cuna de su señor;* entonces se cumplió lo que había predicho Kabam (Habacuc), el profeta: *en medio de dos animales seré conocido*».

El proto-evangelio colocó en una gruta la adoración de los pastores; y el pseudo-Mateo armoniza la tradición oriental con la occidental, llevando á la Virgen y al Niño de la gruta al pesebre. Esta tradición se popularizó, y entonces empezaron las representaciones de la gruta en lugar de la cabaña. La mayor parte de los Padres griegos y latinos, adoptando la versión de los Setenta, y no la rectificación de San Jerónimo en el pasaje de Habacuc, procuraron descifrar el símbolo de los dos animales sin ponerse de acuerdo: para Tertuliano son Moisés y Elías á los lados de Cristo transfigurado; para otros son el Antiguo y el Nuevo Testamento, los circuncisos y los incircuncisos, los querubines y los serafines, Darío y Ciro, los medos y los persas, los hebreos y los babilonios. La explicación mejor acogida, según San Jerónimo, era la de Cristo entre dos ladrones, aunque él prefiere la de que era el Padre revelado entre el Hijo y el Espíritu Santo, interpretación que Cirilo

de Alejandría rechaza, estimando que el texto no decía *zóon* (animales), sino *zoón* (vidas), y que las dos vidas eran las de Cristo antes de la Pasión y después de la Resurrección. Eusebio las cree la vida divina y la humana, y Teodoreto la vida presente y la futura.

En tiempos de Carlomagno, la Iglesia admitió en el Breviario el texto de Habacuc, mal comprendido y aplicado al buey y al asno de la Navidad. Al fin de la Edad Media el antiguo sentido simbólico desaparece por completo, y San Francisco de Asís en 1223 celebra el Nacimiento con una representación en que aparecen el buey y el asno, difundiéndose esta costumbre por todo el mundo cristiano, y la *Leyenda Aurea* de Jacobo de Varagine explica la presencia de los dos animales por el hecho de que María fué á Belén montada en un asno y San José llevaba el buey para venderlo. El cardenal Lambertini, después Benedicto XIV, sostuvo al principio la tradición, pero luego sintió escrúpulos; siendo Papa nombró una Comisión para desterrar del Breviario los mitos y puerilidades que tanto dañan al catolicismo.

Es muy extraño, como dice Austin, que no exista reliquia alguna del buey ni del asno en los ricos tesoros de nuestras iglesias, cuando las hay de la burra de Balaam en San Juan de Letrán y en Génova, y hay las del asno en que Jesús entró en Jerusalem en Verona y en Viena. En resumen: la presencia material del buey y el asno en el acto del Nacimiento no está afirmada ni aun indicada por ninguna narración primitiva; pero es una hermosa leyenda que nada tiene de inverosímil y que será siempre una de las más atractivas por su seductora sencillez.

CRIMINOLOGÍA

Caso extrañísimo de crónica criminal. — El narrador es Rinaldo Sterlich, en *L'Italia Moderna*, y la historia es de hace diez años.

Por entonces vivía en París una costurera, huérfana, de veinte años, bella, pero modesta, trabajadora y bastante romántica. Salía poco, y sus ratos de ocio los pasaba leyendo novelas. La portera, Masette, le arreglaba el cuarto y la comida, y cuantos conocían á la joven la estimaban por sus excelentes prendas de carácter y su vida arreglada.

A los dos años de vivir en aquel cuarto, se instaló en otro de enfrente un joven estudiante de veintidós años, alsaciano, Max Steinberg, guapo chico, que parecía pertenecer por su equipo á una familia acomodada. A los tres meses, Max, que había anunciado su partida para el campo, donde pensaba pasar un mes, hizo su equipaje y lo expidió por la noche, con objeto de salir temprano, *albante cœlo*, á la mañana siguiente.

Para despedirse de su vecinita y de la portera, con las que había hecho amistosa relación, les ofreció una cena, que la tomaron en el cuartito de Virginia, y para la que llevó Max buen vino y exquisitos licores. La vieja portera no se hacía de rogar, y comía y bebía de la mejor gana; pero Virginia apenas tocó á los manjares, rociándolos con poquísimo vino y muchísimas lágrimas.

Max estaba contrariadísimo. —¿A qué viene ese llanto?— decía.—No me voy á América. Estoy á las puertas de París. Escribiré á menudo, y nos veremos antes de lo que parece. ¡Vamos, alegría!—Pero ni estas exhortaciones ni las de Masette conseguían nada. Virginia estaba como atontada por el dolor. Poco después de las diez Max se despidió, dando un beso á la vieja y á la joven, y á las seis de la mañana partió para el campo.

Cuando la portera subió á las ocho al cuarto de Virginia, según su costumbre, encontró á la joven en un estado lamentable: tendida en la meridiana, más muerta que viva, con los ojos hinchados por el llanto, los cabellos esparcidos, el traje descompuesto, agitada por tremendas convulsiones.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado, Virginia? ¿Se siente usted mal? Corro á avisar á un médico.

—No, no, señora Masette. Voy á decírselo á usted todo. ¡Ay! ¡Pobre de mí! ¡Estoy arruinada!

—¿Arruinada? ¿Qué quiere usted decir? Hable usted, hable usted en nombre de Dios.

—Esta noche... ha vuelto Max..., no sé cómo, ha abierto la puerta... Le he visto bien... pero yo estaba como aletargada... No tenía fuerza, no podía hablar... Debía haber algo... en el licor... que me hizo beber... Me ha estrechado entre sus brazos... me ha dado centenares de besos... y luego... ¡ay, Dios mío! A la fuerza... ¡estoy perdida! ¡Dios mío, Dios mío!... Y después ha huído, dejándome aquí... como un cadáver...

—¡Virgen santa! ¡qué infamia! Casi parece increíble. Pero entonces, ¿tendrá que casarse con usted?

Virginia no cesaba de llorar, y en vano la portera intentaba consolarla.

—¿De qué sirven—la decía—la desolación y las lágrimas? Pensemos en el remedio, hija mía.

—¡Remedio contra lo irreparable! El remedio es la muerte. Yo moriré de desesperación y de vergüenza.

—No diga usted tonterías, Virginia. Para morir siempre hay tiempo. Y ¡quién sabe! Max puede arrepentirse y reparar su falta: yo no lo creo perverso; acaso ha sido un momento de locura. Ante todo, hay que denunciar el hecho. Y luego, unas cosas traen otras.

—No, no. Revelar la vergüenza sufrida, denunciarlo, ¡nunca! ¡nunca!

Pero tanto insistió Masette, que al fin la convenció, y se fueron á ver al comisario. Le explicaron el caso, y el comisario quedó en avisarlas cuando fuera preciso. Al volver á casa, Virginia se encontró con una tarjeta postal en que Max la decía: «Queridísima Virginia: Dejé á usted la otra noche muy conmovida por mi marcha, pero espero que esté usted ya completamente tranquilizada. ¡Qué hermoso campo es éste! ¡Un paraíso! La escribiré pronto y más extensamente. Conservo de

usted el más afectuoso recuerdo. Hasta la vista, muy pronto. Suyo, *Max.*»

La joven prorrumpió en llanto y llevó la tarjeta á Masette.—¡Max! ¡Parece un sueño!

Los agentes de policía no tardaron en dar con el joven, que se mostró sorprendido y contrariado al recibir la orden de acompañarles, llevándolo al comisario. Éste, con ojo experto, le examinó de pies á cabeza, y no pareció mal impresionado.

—Siéntese frente á mí—dijo á Max,—y míreme bien á la cara. No tenga usted vacilaciones, y hable con franqueza. Acusan á usted de un hecho torpe... y bien sabe usted de qué se trata.

—¿Yo? ¿yo?—exclamó Max con estupor, poniéndose encendido hasta el blanco de los ojos.

—¡Sí, usted, usted!... No venga usted á echarlas de ingenuo.

—A fe mía, le juro á usted que no comprendo.

—Pronto comprenderá usted. Pero antes de comunicarle la categórica denuncia, razonemos un poco con calma y franqueza. Sea usted sincero, y será mejor para usted, pues le diré, ante todo, que mis informes sobre sus antecedentes no pueden ser mejores. Esta es, según parece, la primera vez que infringe usted el Código penal. Pero la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, puede ayudarle.

—Pregunte usted, señor comisario, y yo responderé con el corazón en la mano.

—¡Perfectamente! ¡Lo veremos! ¿Conoce usted á una joven obrera llamada Virginia? ¿Qué relaciones ha tenido usted con ella y qué piensa de ella?

—Eramos vecinos de cuarto, en el mismo piso; la veía frecuentemente, hasta todos los días; me era muy simpática, y del saludo pasamos á una amistad de buena vecindad. Todos hablan de ella bien, y mi opinión es que Virginia es una muchacha honrada y modesta, sin gazmoñería, sin ostentación.

—¿Y qué piensa usted de su carácter?

—Verdaderamente, no sé. Con una relación poco íntima, de tres meses tan sólo, es muy difícil precisar las notas características de un hombre, y mucho menos de una mujer. Pero diré á usted escuetamente que Virginia me parece neurasténica, excitable, fácil de sugestionar, un poco exaltada á veces por la lectura de novelas y crónicas emocionantes. La he visto llorar, gemir y hasta entrar en convulsión á la lectura de un periódico que refería el trágico suicidio de dos amantes, que le eran completamente desconocidos. Por lo que á mí toca, desde hace unas semanas observé que la simpatía de Virginia hacia mí era muy superior á la que yo sentía por ella, pues era un verdadero amor que ella trataba de ocultarme.

—Sea usted sincero, Max. ¿No ha alentado usted con caricias, con expresiones ó promesas, aunque vagas, el amor de Virginia hacia usted?

—No, jamás, lo aseguro. Y diré más: Virginia, de sentimentalismo modesto, nunca me ha dicho una palabra que descubriese su amor. Una sola vez, presente la portera y una sobrina suya llamada Marta, se hablaba de matrimonio, y Marta anunció sus desposorios para la próxima primavera. Virginia aprovechó la ocasión para hacer una medio declaración. «¡Feliz tú, buena Marta—dijo—si te casas como el corazón te dice! Yo también me consideraría afortunada si tuviese la suerte de casarme con un joven como el señor Max.» Y tras esto bajó la vista toda confusa sobre su labor, y un vivo rubor coloreó su rostro. Marta y su tía no perdieron la oportunidad de hacer mi elogio, como de un marido modelo.

—Y usted, Max, ¿qué dijo?

—Paré la estocada como mejor pude, y dije: «¡Oh, buenas muchachas! Os auguro las mayores dichas conyugales; en cuanto á mí, os lo aseguro, no tomaré *nunca* mujer.» Pero la vieja Masette replicó: «¡Ay, hijito mío! Es usted todavía demasiado joven. ¡Cuántos como usted juran no tomar mujer, y luego caen en la red como tantos mirlos!» «Concedido, Masette, la respondí; los juramentos se infringen, pero yo no he ju-

rado, ni juro; sufro una ley de inexorable fatalidad, que me veda tomar mujer.» Y eso es todo. La vieja enmudeció; quizá había comprendido más allá de mis intenciones. Las muchachas, que no debían comprender, no chistaron; y tras una pausa, el coloquio pasó á otro asunto.

—Está bien, Max. Pero no acierto á comprender sus esfuerzos para desengañar, digámoslo así, á la costurera. ¿Qué molestia le ocasionaba á usted su amor tácito y platónico, como usted mismo dice? ¿Temía usted de su parte alguna trama, algún compromiso?...

—No, señor comisario, no la creo capaz. Pero quiero quitar equívocos y esperanzas. Me gusta ser leal y correcto.

—¿Y cómo se armoniza esa lealtad y esa corrección con el incalificable procedimiento final?

—Permítame usted, señor comisario; pero no comprendo bien.

—¡Hola! Me explicaré mejor. La noche antes de marcharse usted celebró usted una cena de despedida con Virginia, desolada de la separación, y con la portera, que la confortaba. A las diez las dejó usted. ¿Podría usted decirme lo que hizo desde las diez hasta el alba?

—Es sencillísimo. Me acosté, dormí unas horas, me levanté, me arreglé, y á las seis, en un simón, me fuí á la estación.

—Pues no es la cosa tan sencilla, señor Max. Y para no perder el tiempo, ahí tiene usted la denuncia escrita por la joven costurera Virginia; son cuatro páginas de su puño y letra, y en ellas expone, con máxima precisión, todos los más minuciosos pormenores de sus fechorías de usted, y le acusa de haber vuelto á su cuarto á media noche y de que mientras se hallaba en estado de gran postración de fuerzas, en un sopor casi cataléptico, la violentó usted brutalmente.

—Eso es falso, señor comisario. ¡Una infamia, una negra calumnia!

—¡Palabras, palabras, palabras!... Lea usted, lea usted,

Max; medite sobre cada circunstancia, y luego... piense en su caso.

Max enmudeció y leyó con gran atención. Ora se mostraba turbado, ora prorrumpía en exclamaciones de ira, ora se fisgaba. Luego dijo, devolviendo la denuncia al comisario:

—Virginia pide un careo, y yo lo acepto.

—Acéptelo usted ó no, el careo es indispensable, decisivo. O ella se desdice si usted persiste en su absurda negativa, ó confiesa usted. No hay otra salida.

El joven se quedó un tanto meditabundo, tapándose lo ojos con ambas manos en acto de recogimiento. Después de breve pausa fijó sus ojos serenamente en los del comisario, y le dijo:

—Escúcheme usted bien, señor comisario. Tengo confianza en usted como en un padre. A usted y sólo á usted voy á hacer una confesión que por sí sola será prueba segura, impugnable, de mi absoluta inocencia. ¡Señor comisario... yo... soy una señora!

—¡Que el diablo me lleve! ¿Una señora?

—Sí, una señora, y no creo que se necesita mucha pericia para comprobar el sexo. Estoy, por lo tanto, en absoluta imposibilidad de cometer el grave atentado de que se me acusa.

—Evidentemente.

—Soy huérfana, legalmente emancipada y dueña de mis actos. Estoy en París desde hace cerca de dos años, independiente, libre y feliz, y dispongo de una fortuna que me permite vivir con desahogo y hasta con lujo. Estudio Botánica, por la que siento verdadera pasión. Y como las confesiones no se hacen á medias, diré á usted todo y le daré una extensa memoria precisa y documentada por la que sabrá usted toda mi historia: una verdadera novela. El nombre Max no es sino la abreviatura de Maximina, y ya verá usted por qué graves circunstancias me he decidido á vivir de hombre.

—Leeré con mucho gusto sus aventuras, señorita Maximina. Pero el caso es que el enigma, en cuanto á la pobre Virginia, no sólo queda sin explicar, sino que se complica. Usted

no la ha violentado ni ha podido violentarla; luego el criminal es otro, en quien la desgraciada, en su estado de sopor, de semiletargia, ha creído firmemente reconocer á usted. ¿Quién es ese otro? Hay que buscarlo, y quizá el careo nos dé un rayo de luz..

—Lo auguro y deseo ayudar á usted hasta por la pobre Virginia.

—A fe mía, señorita, en cuarenta y cinco años de activísima carrera policíaca nunca me ha ocurrido un caso tan extraño. Debo y ansío vivamente salir de este enredo. Haga usted el favor de esperar en ese gabinete; ahí encontrará usted periódicos para entretenerse. Espéreme usted, que voy á proveer.

Llamada por el comisario, Virginia acudió á escape, acompañada por la portera.

—¡Pobre hija mía!—dijo el comisario;—ya tenemos al mirlo en la jaula. ¿Recuerda usted bien todos los pormenores del hecho? ¿Está usted segura de ellos? Piénselo bien.

—¡Oh! Estoy segurísima.

—Pues ahora, antes de la confrontación, deseo saber algunos pormenores que me parecen esenciales. ¿Estaba alumbrada la habitación en el momento de la agresión?

—Estaba encendida sobre la cómoda mi pequeña lamparita veladora azul.

—En verdad que una pequeña veladora da una luz poco á propósito para reconocer exactamente á las personas. Y luego que usted se hallaba en un estado de somnoliento aturdimiento.

—¡Oh, no, no! No me equivoco. Estoy segura de que era Max.

—Y cuando la violentó á usted, ¿estaba vestido ó desnudo?

—Eso sí que verdaderamente no sabré decirlo. ¡Fué una cosa tan imprevista y tan violenta!

—Dice usted que su cuarto estaba bien cerrado. ¿Cómo ha podido Max penetrar en él sin ser sentido?

—No acierto á explicármelo.

—Está bien. Veremos. Entretanto, antes del careo, es indispensable asegurar legalmente la prueba de la violencia sufrida; para ello, en el gabinete de enfrente encontrará usted una viejecita muy lista, la señora Richard, comadrona excelente, que la registrará á usted para certificar lo que proceda.

—Puesto que estoy arruinada y deshonrada... consiento con gusto.

Y diciendo esto, Virginia prorrumpió en llanto.

—¡Valor, hijo mía!—dijo la portera. — Quería registrarla yo, que entiendo algo de esas cosas; pero esta bendita muchacha tiene un pudor tan ridículo, que no ha querido. No hace más que llorar y desesperarse.

Pasaron al gabinete de reconocimiento, y á los pocos minutos salió de él la señora Richard, gritando:

—Esto es una farsa, señor comisario. En el cuerpo de esta muchacha no hay la menor señal ni el más leve indicio de violación de domicilio. Es una flor inmaculada. ¡Y llora, y se desespera, y recuerda las horribles violencias... y el dolor!

—Es pasmoso. ¿Qué quiere decir esto?

—Quiere decir que en los fastos de la criminalidad hay espantosas tragedias, pero hay también farsas y huevos de Pascuas; quiere decir que la alucinación y la sugestión crean frecuentemente verdades evidentes que son mentiras.

Cuando el comisario enteró á Virginia del resultado de sus pesquisas, la joven costurera quedó como atontada por la extraña revelación. Luego, sollozando, dijo:

—¡Ay, señor comisario! No puedo menos de quedar convencida por la evidencia. ¡Ay, desventurada de mí! De modo que ¿soy una loca?

—Todavía no, pobre hija mía. Pero conviene curarse seriamente para no ir á dar á un manicomio ó al suicidio.

—En el remedio estoy pensando — interrumpió Maximina.—Señor comisario, yo me encargo de la curación. Querida Virginia, en adelante seremos como dos hermanas; yo seré

tu compañera y tu tutora, y la señora Masette nos asistirá.

—¡Oh! Con todo mi corazón.

—Consultaremos á los mejores médicos y doctores en psiquiatría, y ante todo y desde luego ¡nada de lecturas venenosas que conturban la fantasía y que sugestionan! Necesitas mucha calma, reposo y distracción. ¡Confía en mí! Te curaré. Y luego, ya que no puedo casarme contigo, te buscaré un buen marido. ¡Acaso sea el remedio más eficaz!

CRÍTICA

Pleonasmos risibles.—En el curso de una conversación, con la rapidez con que suelen expresarse las ideas, es disculpable que se le escapen á cualquiera giros y términos pleonásticos, como los de *subir arriba*, *bajar abajo*, *entrar dentro*, *salir fuera* y otros semejantes; por no ser tan frecuentes ni tan naturales, causan risa y son objeto de mofa aquellos otros de *un cadáver muerto*, *gana dos pesetas diarias todos los días*, *el palacio real del Rey* y otros por el estilo. Pero si todos estos descuidos se cometen en la conversación, y encuentran su disculpa en el abandono del tono familiar y en la improvisación, no sucede lo mismo cuando se deslizan en un trabajo cualquiera destinado á la publicidad, por poca importancia que quiera dársele. . . . . .

Por eso nos ha sorprendido tropezar en el popular diario ilustrado de esta corte *A B C* con uno de esos descuidos morrocotudos que, por lo mismo que no es de los corrientes, causa más impresión. En un articulito titulado «La captura del *Vivillo*» cuenta el cronista (que es lástima no firme, pues así conoceríamos su nombre) los antecedentes del famoso bandolero, y dice así: «La familia del *Vivillo* está compuesta por la mujer, Dolores Jiménez Gómez; dos hijos varones y tres hijas mujeres, por cierto muy interesantes é ilustradas».

Tiene gracia la manera de precisar. Pasemos por alto lo de que la familia «está compuesta *por* la mujer», como si la mu-

jer del *Vivillo* compusiera su familia como quien compone un par de zapatos ó una paella; no, la familia no se compone *por* la mujer; se compone *de* la mujer y los hijos, como una paella se compone *de* arroz, langostinos, almejas, pollo, etc., aunque se compone también *por* la cocinera ó el cocinero que la guisa: son cosas muy distintas, y no cabe confundir la relación de causalidad, que se expresa por medio de la preposición *por*, con la relación de contenido, expresada por la preposición *de*.

Pero éstas son minucias de estilo y primores de ejecución que no hay que exigir en un articulejo sin firma. Lo gracioso es el modo de señalar que tiene el anónimo cronista la composición de la familia del *Vivillo*. ¡Miren ustedes que componerse, además de la mujer, de dos hijos *varones* y de tres hijas *mujeres!* Eso sólo le pasa al *Vivillo*, y hay que meterse á bandolero, y pasar el charco, y colarse de rondón en la República Argentina, y dejarse coger, para que el mundo se entere de que los hijos del *Vivillo* son varones, y las hijas mujeres. ¡Válganos Dios con los descubrimientos que hacen estos cronistas, y hasta dónde llegan en su afán de averiguarlo y puntualizarlo todo! ¡Dos hijos varones... no confundir, señores, ¡varones!, y tres hijas... mujeres, entiéndase bien, ¡mujeres! ¡Mujeres las hijas, y varones los hijos, y miren ustedes que se trata de la familia del *Vivillo!*

.....

Después de escrito lo anterior, caigo en la cuenta de que el cronista realmente ha estado sobrio, y que me burlo de él sin razón, pues la verdad es que podía haber dicho que las hijas del *Vivillo* eran mujeres hembras del sexo femenino, y se ha contentado con decir que eran mujeres. ¿Qué menos iba el hombre á decir de unas hijas, aunque fueran las hijas del *Vivillo?*

.....

Y todavía, escrito lo que precede, tropiezo con un discurso de La Cierva (¿quién es La Cierva? ¡Ah, sí! ¡Todo un ministro de la Gobernación!... ¡Qué ministros nos gastamos!) en el que con toda la gravedad que requieren las circunstancias de

un ministro, de un Congreso y de una discusión sobre suspensión de garantías constitucionales, afirma, sin intercalar ninguno de sus habituales «¿entiende usted?», que tanto esmaltan su conversación, que las bombas de Barcelona «matan *personas*, *niños* y *transeuntes*».

¡Válganos Dios! Ya puede consolarse el cronista del *Vivillo*. Todo un ministro le hace la competencia. Bombas que, además de matar personas, matan niños, ya son bombas de tomo y lomo; pero que, sobre matar *personas* y *niños*, maten *transeuntes*, eso sí que es dar quince y raya á todo lo que hasta los tiempos de La Cierva habían hecho las bombas. ¿Qué serán los *transeuntes* para La Cierva? ¿Qué serán las *personas?* ¿Qué serán los *niños?* Tres categorías distintas de seres: los *niños* no son personas ni transeuntes; las *personas* no son transeuntes ni niños, y los *transeuntes* no son niños ni personas. ¿Qué serán unos y otros? Decididamente, hay que llevar á la Real Academia de la Lengua á D. Juan de La Cierva para que nos haga siquiera esas tres papeletitas para el Diccionario. ¡Psch! Después de todo, sería un ministro más, y no haría allí mal papel.

*
* *

La deformación de palabras por la acentuación.—Es ya muy antigua la crítica de la esdrujulomanía, que daba por resultado las voces *cólega* y *síncero*, que todavía corren por las calles en bocas no siempre de analfabetos. No es de este tipo de palabras del que hoy queremos hablar, sino de otro grupo, el de las palabras llanas con acento retrotraído ó avanzado, pues el capricho del uso tan pronto tira del acento para atrás como para adelante, sin regla fija y con absoluta desorientación para llegar á establecerla.

Y es de notar que las voces á que me refiero no son del dominio vulgar; son voces técnicas, ó por lo menos voces cultas, desconocidas ó muy poco empleadas por el vulgo, y en las que por lo mismo resulta más extraño este proceso de deforma-

ción, pues sabido es que la alteración del acento, obedeciendo á las leyes del menor esfuerzo, ha impreso el sello nacional en los términos del dominio vulgar, conservándolo en cambio en los del lenguaje erudito, como se observa en todas las derivaciones divergentes ó *doublets*. Se comprende que así sea, porque el desgaste de las palabras de mucho uso nos da siempre un resultado: el de obligarlas á someterse al patrón vulgar, al genio del idioma, á las leyes permanentes de su evolución.

Véase, por ejemplo, lo que pasa con la palabra *perro*, *perra*. La lengua castellana hace de la *e* latina ó románica tónica, colocada en esta posición, es decir, ante dos consonantes trabadas, un *ie*, como ha sucedido con *terra*, convertida en *tierra*, *petra* en *piedra*, *perna* en *pierna*, etc. Pues bien: la palabra *perra* (ó *perro*, pues para el caso es lo mismo) constituye una infracción de esa ley; mientras no se ha usado mucho, su estructura ha sido respetada; pero desde que se ha empleado para designar las monedas de cinco céntimos (*perras chicas*) ó de diez (*perras gordas* ó *grandes*), se está usando constantemente por todo el mundo; claro es que en el siglo xx, en que está la lengua ya formada definitivamente y consagradas las formas fónicas y gráficas por la prensa, el impulso evolutivo no se deja sentir en las palabras como en los tiempos en que la lengua estaba en pleno período de formación. Pero aun así y todo, es tal la fuerza de esas leyes internas y tal la fijeza del genio del idioma, que á través de todos los obstáculos asoma la exigencia de la ley y surge la imposición inconsciente de la transformación de la palabra con arreglo á los principios generales que han presidido á la evolución de la lengua nacional. Pasad por la Puerta del Sol y fijaos en el modo de pregonar su mercancía de periódicos y baratijas los golfos y golfas que invaden la babilónica plaza; no dicen «¡á perra gorda!» ni «¡á perra chica!», sino «¡á pierra gorda!, ¡á pierra chica!», imponiendo en el siglo xx á la palabra *perra* la misma deformación que sus antepasados de los siglos xii y xiii imponían á *terra*, *perna*, *tesa*, etc.

Esto se comprende, y bien mirado, viene á resultar que quienes hablan bien el castellano son ellos y no nosotros, pues ellos son los que aplican la ley y nosotros quienes la infringimos. Pero ¿qué decir de los médicos que hablan de *pneumónias*? ¿Qué decir de los catedráticos de Geografía é Historia que nos hablan de *Rumanía* y de *Septimanía*? Aquéllos retrotraen el acento y éstos lo avanzan dentro del mismo tipo de palabras, sin que ni unos ni otros se den cuenta de lo disparatado de su modo de decir. ¿No ven esos señores médicos que *pneumónia* y *pulmonía* se dan de cachetes? Si dicen *pulmonía*, y hacen bien, ¿por qué han de decir *pneumónia*? ¿No les desgarra el oído esa bárbara *sinfónia*? Y esos otros señores catedráticos que hablan de *Rumanía* y de *Septimanía*, ¿por qué no son consecuentes y dicen también *Alemanía* y *Birmanía*, *Lusitanía* y *Araucanía*, *Hispanía* y *Albanía*, *Hircanía* y *Pomerania*? Podía comprenderse que los médicos suprimieran la *p* inicial y dijeran *neumonía*, como debe decirse *neumáticos*, pues el genio del idioma rechaza esa *p* en semejante posición; ó bien que dijeran *neumoña*, á la antigua castellana, ó que hicieran lo que hacen algunos catedráticos de Psicología, que son tan golfos, quiero decir, tan castellanos netos, que no aciertan á pronunciar esa *p* inicial y la hacen preceder de una *e*, diciendo *Epsicología* sin darse cuenta de ello (y hasta incomodándose si se les llama la atención, negando que tal hagan) y obedeciendo á la misma ley que nos obliga á decir *espada* y *espíritu* en lugar de *spada* y *spíritu*; pero que conserven la *p* con mucho cuidado y luego nos larguen un *pneumónia*, eso es intolerable é injustificable. Podía también comprenderse que los catedráticos de Historia, sintiéndose españoles y obedeciendo al genio del idioma, rompieran con la tradición erudita y restauraran la formación popular, diciendo *Rumaña*, como se dice *España* ó *Bretaña*; pero que avancen el acento para hablarnos de *manías* es una manía insoportable. ¿Y qué decir de aquellos otros profesores y alumnos que hablan de *Patológia*, de *Histológia*, de *Zoológia*, de *Fisiológia* y de otras muchas *lógias* que nada tienen que ver

con las masónicas? Eso sí que da quince y raya á todas las *pneumónias* que nos vienen destrozando el tímpano. Ni lo pide el genio del idioma, que nada tiene que ver con esos términos cultos, ni lo autoriza la etimología, ni lo reclama la mayor facilidad ó el menor esfuerzo, ni hay, en fin, por dónde cogerlo. Tengan todos, por Dios, un poco de caridad con este hermoso idioma que nos han legado nuestros padres, y procuren conservar su hermosura intacta, pues ya va siendo lo único que nos va quedando que conservar.

***

«MÁS» POR «YA», «MEDIANA» Y «UN CIERTO».—Por el título de este apartado ya habrán caído ustedes en la cuenta de que se trata de tres galicismos, los tres (amén de otros de menor cuantía) encerrados en un solo artículo de Marcelo Prévost, traducido no sabemos por quién, para la flamante publicación feminista del *trust* periodístico madrileño *La Moda Práctica*, laudable tentativa de vulgarización de las revistas de modas, puestas al alcance de los menos pudientes.

Habla Prévost, con su indiscutible autoridad en la materia y con todos los primores de su brillante estilo, del *crac* de la belleza, destronada hoy por la elegancia, y dice, según su traductor anónimo: «Hoy, en este París, se puede decir que no hay mujeres viejas ni feas, con tal de que las mujeres dispongan de tiempo y de dinero. En revancha, *no hay más bellezas.*» He dado á leer el parrafito, que á mí me ha escandalizado, á varios amigos, y todos se lo han tragado sin hacer la menor objeción. Y sin embargo, ni eso es castellano, ni Prévost ha dicho ni ha querido decir semejante cosa. Prévost ha dicho en buen francés, como suyo, *il n'y a plus de beautés;* pero eso no quiere decir que «no hay más bellezas», sino que «ya no hay bellezas», que no es enteramente lo mismo, aunque á veces lo parezca. El adverbio *plus*, cuando va con negación, no debe traducirse por *más*, sino por *ya*, y eso se encuentra en cualquier método ó gramática. Claro es que en ocasiones el senti-

do viene á coincidir; pero siempre hay un matiz diferencial. Si yo me presento en la taquilla de un teatro y pido una butaca y se han acabado, al taquillero puede decirme: *Il n'y en a plus*, y yo puedo entender que *no hay más*; pero si en lugar de entender esto, entiendo que «ya no hay», entonces interpreto mucho mejor la frase francesa. «No hay más bellezas» es un disparate. «Ya no hay bellezas» es cosa diferente, y es lo que ha dicho Prévost.

Siguiendo el traductor en su tarea, dice unas líneas más abajo: «La belleza se vuelve tan difícil de llevar como un gran nombre. Es precisamente lo que deseaban *la mediana* de las mujeres». ¡Esta sí que es gorda! Primero la falta de concordancia del verbo en plural *deseaban* con el sujeto en singular *la mediana*; esta falta tiene la explicación de la silepsis, pues muchas veces, en efecto, se concierta el verbo en plural con un sujeto en singular, si éste es un colectivo, pues entonces se sustituye en el pensamiento el contenido múltiple del nombre al nombre mismo y se concierta, no con el nombre, sino con su significación, con lo que encierra; así se dice «la mayoría votaron que sí»; no es muy correcto, pero está autorizado, tiene su explicación y puede pasar. Pero ¿qué es eso de «la mediana de las mujeres»? La mediana de las mujeres, en buen castellano, no es ni puede ser otra cosa que la mujer que no es muy alta ni muy baja, muy joven ni muy vieja, muy guapa ni muy fea; una mujer mediana, en una palabra. ¿Y es eso lo que ha querido decir el traductor, ni menos lo que ha dicho Prévost? No, porque eso no hace sentido. Prévost ha querido decir y ha dicho que eso es lo que deseaba la *generalidad* de las mujeres, que son precisamente las que no son bajas ni altas, ni flacas ni gordas, etc.; eso en francés está muy bien expresado por *la moyenne*, pero no puede, sin grave lesión del sentido, traducirse al castellano por la *mediana*, como lo hacen desgraciadamente muchos de nuestros ingenieros, atiborrados de galicismos, y no pocos de nuestros economistas y banqueros, que hablan con gran aplomo de *la mediana* de las cotizaciones,

cuando tienen en castellano la palabra *promedio* para expresar la misma idea sin ofender los oídos de nadie.

El tercer tropezón es de menor cuantía, aunque tan extendido se halla en nuestros descastados galiparlantes, que bien merece severos varapalos. «Es imposible—dice el traductor—adquirir la belleza; mientras que *una* cierta habilidad de conversación está al alcance de la mayor parte». Pasemos por la «habilidad de conversación», aunque es algo difícil de digerir; pero ¿qué falta nos hace en castellano copiar ese ripio francés del *un, una*, precediendo á *cierto, cierta?* En castellano no necesitamos decir «un cierto día», «una cierta habilidad». Con decir «cierto día», «cierta habilidad», tenemos bastante. El *un, una*, lo exige el francés porque lo ha impuesto el uso, aunque allí mismo es un ripio, gramatical y clásico; el castellano se encuentra muy bien sin él, y es lástima que pretendan introducirle nuestros descuidados traductores y nuestros amanerados gomosos, únicos que suelen emplearlo.

IMPRESIONES Y NOTAS

Sentido de los obstáculos.—¿Existe un sentido especial que nos permite apreciar la existencia de los obstáculos? Parece que sí, según se desprende de una nota del Dr. Rodríguez Méndez publicada en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, de Buenos Aires.

Si se observa á los ciegos, se ve que saben evitar perfectamente los obstáculos; los niños ciegos circulan por entre los árboles sin tropezar con ellos, y los hay que distinguen si una puerta que hallan á su paso está cerrada ó abierta, sin tocarla. El célebre oftalmólogo Javal, que se ha quedado ciego, trata de este asunto con bastante lucidez.

Spallanzani sacó los ojos á varios murciélagos y observó que seguían volando sin chocar contra los obstáculos. El sitio de la sensación de ese sexto sentido, según los ciegos, es la

frente, y no es debida á la presión atmosférica, pues la perciben con más intensidad cuando andan con más lentitud. La sensación es algo vaga, y suele acompañarse de una especie de espejismo, creyendo el ciego que hay un obstáculo que no existe. Algunos dicen que es un fenómeno auditivo; otros sostienen que no tiene nada que ver con el oído; otros, que el tímpano obra como receptor especial, pero sin percepción auditiva; y otros, que la sensación tiene algo de auditiva, pero con mezcla de otras sensaciones.

G***, profesor de Historia en la Institución Nacional de París, que se quedó ciego á los cuatro años por atrofia de los nervios ópticos, dice que gracias al sentido de los obstáculos puede pasear á lo largo de una avenida sin dar con los árboles ni con los faroles del alumbrado, ni tropezar con los montones de grava de las carreteras; una pared la *siente* á dos metros de distancia; en una sala ha reconocido un mueble grande y una mesa de billar. En la percepción influye la masa del objeto; no siente un papel, pero sí un libro de la misma dimensión; el sentido es más fino en la obscuridad que en la luz, y desaparece casi por completo con el ruido. Este hecho no ocurre con otros ciegos.

Un joven de veintisiete años, ciego desde los dos, va solo por los caminos, tiene que andar desde su casa á la oficina cuatro kilómetros, va siempre de prisa, y en el sitio oportuno cambia de dirección en ángulo recto para ir al edificio, sin equivocarse nunca. Cuando hay viento y las hojas hacen ruido, suele tropezar, y lo mismo le ocurre cuando hay nieve; para no chocar, se golpea el muslo con la mano, y el eco de ese ruido le advierte la proximidad del obstáculo. Se le pone ante una pared, se le hace dar varias vueltas, y siempre acierta de qué lado está el obstáculo.

Un profesor de Montpellier que carece de toda percepción luminosa nota el relámpago, sin saber de qué manera, pero con toda seguridad, según refiere Imbert, catedrático de Medicina de aquella Universidad. El ciego W. Hanks Levy, autor

de *Blindness and the Blind*, dice que ante un obstáculo, con ó sin luz, sabe si es grande ó pequeño, delgado ó grueso, si está aislado ó unido á otros, si la unión es continua ó con claros, si es de madera, piedra ó ladrillo. Los objetos situados más altos que los hombros no suele notarlos, pero á veces percibe los que están muy lejos, según la naturaleza de los objetos y el estado de la atmósfera, sin que influyan para nada el viento ni el sentido auditivo, pues aunque se tape los oídos percibe lo mismo. Levy llama *facial* esta percepción de los obstáculos, por ser la cara la única parte del cuerpo que recibe la impresión y la transmite al cerebro; tapada la cara, cesa la percepción; la niebla mengua la percepción, pero en la obscuridad se conserva completa. Al recorrer una calle distingue las casas con tiendas de las que no las tienen, así como las puertas y ventanas, y si están cerradas ó abiertas; las ventanas de un solo cristal las distingue peor que las de varios, como si el vidrio fuese mal conductor de la sensación. Si el objeto es más bajo que la cara, la sensación parece seguir la línea oblicua que va de la cara al objeto; con arreglo á esa línea ha corregido alguna vez la falsa percepción de altura hecha por uno que tenía buena vista; distingue bien la línea de separación entre la madera y los ladrillos, así como los accidentes de altura y de superficie de la pared.

Como se ve, la nota de Rodríguez Méndez es interesantísima, y sólo con los datos recogidos hay materia para largas disquisiciones: relaciónense esos hechos con los experimentos de los espiritistas y con las afirmaciones de la teosofía en cuanto á la multiplicidad de cuerpos; tráiganse á cuento los fenómenos de telepatía, autosugestión, rayos X, ondas hertzianas y telegrafía sin hilos, y se verá que todo ese conjunto de fenómenos heterogéneos tiene un fondo común. En todo caso, el pretendido sexto sentido ó sentido de los obstáculos nos parece que puede muy bien reducirse á una delicada manifestación del sentido del tacto.

***

Los intelectuales y su papel social.—Huberto Lagardelle, en sus estudios sobre *Los intelectuales y el socialismo obrero*, publicados en *El movimiento socialista*, define á los intelectuales como «personas que ejercen la profesión de pensar y que sacan provecho de ella»; eso, como objeta con razón Eduardo Rod, es enseñarnos de lo que viven los intelectuales, pero no lo que son. El mayor número de los intelectuales son procedentes, en efecto, de las carreras liberales; pero hay en esas carreras personas que no merecen ese nombre, y en cambio se encuentran comerciantes, industriales, obreros y hasta rentistas que son intelectuales.

Los intelectuales no forman una casta, ni siquiera un partido, ni una clase. Tienen una existencia especial que los distingue, y eso basta. Son de temperamento intransigente y despótico, y no admira cada cual más que á sí mismo. Hace diez años ó menos, todos los admiraban también; pero de entonces acá, las cosas han cambiado: hoy nos parece que los artistas y los pensadores no son los únicos seres del mundo, y que al lado de sus cuadros ó de sus libros hay otras obras no menos meritorias. Desde los enciclopedistas del último tercio del siglo XVIII puede decirse que los intelectuales han sido los dueños del mundo, en el orden de las ideas y en el de los hechos políticos y sociales. Hoy pierden esa dirección, ya porque estén gastados, ya por las faltas que han cometido, ya porque la realidad se ha encargado de demostrar lo falso de muchas de sus promesas.

Las faltas más graves que han cometido son las debidas á su orgullo: pretendiendo imponer á los hombres sus teorías y sus gustos, se han echado fuera de la humanidad como seres privilegiados, si es que no llegaban en su aristocratismo al aislamiento en sus «torres de marfil», en las cuales puede uno callarse ó soñar, pero nunca juzgar ni menos dirigir á los hombres. Al aislarse así, perdiendo el contacto con las masas, los intelectuales perdían la capacidad de obrar. Su acción ha sido eficaz y brillante mientras sólo se ha tratado de demoler; pero

muy floja cuando ha llegado la hora de construir. Han prometido á los pueblos maravillas: libertad, justicia, igualdad, verdad, todas las abstracciones que flotaban en su cerebro; pero los pueblos, como dice Pégny en los *Cuadernos de la quincena*, comienzan á cansarse de todas esas declamaciones ilusorias, y quieren algo más positivo, dudando ya de la infalibilidad de los intelectuales y pidiéndoles cuentas, que no están preparadas.

Han confundido el dominio de la inteligencia con el de la realidad; cuando han notado que el terreno les faltaba y que el vencimiento se acercaba, han querido retrasar la fecha fatal, y entonces les ha faltado sinceridad: han pintado el pasado con los más negros colores para hacernos el presente más aceptable, y han jurado que la culpa de que sus predicciones no se realizaran la tenían los restos de los antiguos tiempos mantenidos por la pereza de los demoledores, que les obstruían el camino; y se han seguido demoliendo pórticos, y columnatas, y restos de todas clases, y nunca está el terreno suficientemente libre, ni jamás llega la hora de levantar el nuevo templo.

Más dura todavía que esta crítica de Pégny es la de Lagardelle, portavoz de los sindicalistas. Para Lagardelle los intelectuales son *mercaderes de frases*, *criados de frases*, *asistentes* de la burguesía que les envilece. No admite que se les compare á los obreros, que al fin son *productores*, mientras que ellos no son sino *parásitos*. Por eso los rechaza fuera del movimiento proletarista, al que en vano pretenden asirse para seguir disfrutando sus prebendas. El intelectualismo no tiene nada que hacer en el movimiento social de las reivindicaciones proletarias; representa, por su educación y sus fines, la antigua sociedad parasitaria y jerárquica, y está reñido con la organización obrera. El socialismo de los intelectuales tiene otros orígenes y otras necesidades que el obrero; «éste sale de la realidad económica, y aquél de la utopia democrática de los sistemas ideológicos y de la superstición estatista».

Así piensan de la acción social de los intelectuales los intérpretes de las aspiraciones socialistas y anarquistas. Juzgando la acción de las Universidades populares ó de la extensión universitaria, dice Eduardo Berth en *El movimiento socialista*: «¡Decir que nuestros buenos burgueses dreyfusistas han querido inocular á los obreros el virus mortal de la inquieta cultura moderna! ¡Se necesitaba toda la simplicidad, ó toda la pillería, ó toda la tontería, como se quiera, de nuestros intelectuales, para intentar tan absurda y criminal empresa; hacer desfilar todas las noches, ante nuestros obreros, la procesión de civilizaciones é ideas en una especie de cinematógrafo intelectual! ¿Qué obrero podía prestarse á semejante empresa sino el burguesillo urbano, el empleado, el tenderillo, el obrero medio aburguesado, que es la clientela de los partidos democráticos, la plebe de las ciudades? Esos fueron los únicos clientes de esas Universidades populares que metieron tanto ruido y que fracasaron en medio de la indiferencia obrera».

Los intelectuales tratan de hacerse perdonar el papel que representan, y quieren hacer méritos para que se los tenga en cuenta la nueva sociedad. Por eso se hacen apóstoles y heraldos del mundo nuevo, esperando ser sus guías, sin ver que los que han de ser los amos les dejan ahora perorar en periódicos y reuniones porque su retórica puede ser útil á «la causa»; pero cuando hayan triunfado y no se les necesite se les despedirá con un desdeñoso «¡Callaos!», y habrá que ver el papel que les reservan en las organizaciones sociales futuras. Es asombroso el empeño que despliegan en empujar la rueda que ha de aplastarlos, figurándose que así asegurán el porvenir y pueden aprovecharse del filón descubierto.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	Págs.
El año musical, por Cecilio de Roda	5
La extensión universitaria de Oviedo, por Adolfo Posada	32
La independencia de América, por Jerónimo Bécker	44
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	67
Recuerdos, por José Echegaray	98
España fuera de España, por E. Bertaux	110
Maternidad, por Johan Bayer	129
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	164
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	171

AP
60
E8
año 20
no.229-31

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY